
SERMONES

1985-1988

Evangelio Según San Mateo



RAFAEL POLA

SERMONES

1985-1988

Evangelio Según San Mateo



RAFAEL POLA

Sermones, 1985-1988, Evangelio según San Mateo
Primera edición 2014

D. R. Rafael Pola Baca

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra, dando crédito al autor

Impreso en México

Para los pastores
Miguel Altamirano y
Daniel Moore

ÍNDICE

Introducción	9
1. Engendrado del Espíritu Santo, 1:20	10
2. Jesús, 1:21.....	13
3. Emanuel, 1:23	15
4. Rey, 2:1. 2	19
5. Apacentador, 2:6	22
6. Nazareno, 2:23	25
7. Poderoso, 3:11, 12	28
8. El Hijo amado, 3:17	31
9. Desierto, tentación y victoria, 4:1	34
10. ¿Necesitamos milagros para creer? 4:5-7	37
11. ¿Es Jesús tu luz?	40
12. El desafío del reino, 4:17	43
13. Pescadores de hombres, 4:18-22	46
14. Jesús enseña, proclama y sana, 4:23-25	49
15. Jesús el maestro, 5:1, 2	52
16. Pobres en espíritu, 5:3	55
17. Los que lloran, 5:4	58
18. Mansedumbre, 5:5	61
19. ¿Es posible ser feliz? 5:6	64
20. ¿En qué consiste el amor? 5:7	67
21. Cristo nos he hecho limpios, 5:8	70
22. La fe cristiana en el mundo de hoy, 5:13	73
23. Una estrella en el horizonte, 5:14-16	76
24. Jesús y la ley, 5:17-20	79
25. La perspectiva cristiana de la sexualidad, 5:27-30	82
26. Jesús y el matrimonio, 5:31-32	85
27. Jesús y la Palabra, 5:33-37	87
28. La perfección del amor, 5:38-48	91
29. ¿Dar o darse? 6:1-4	94
30. El Padre nuestro II, 6:11-14	97
31. El perdón, 6:14, 15	100
32. Jesús y el ayuno, 6:16-18	103
33. ¿Dónde está tu corazón? 6:19-21	106
34. Visión de amor, 6:22, 23	109
35. “Elijan ustedes mismos a quienes van a servir? 6:24	112
36. La providencia del Rey – Padre, 6:25-34	115
37. No juzgues, 7:1-6	118
38. Cultivémonos en generosidad, 7:7-12	121
39. La vida, 7:13, 14	124
40. Fe y vida, 7:15-20	127

41. Sujetos a su voluntad, 7:21-23	130
42. ¿Prudencia o insensatez? 7:24-27	133
43. El desafío del discipulado, 7:28-29	136
44. La fe, 8:5-13	139
45. Enfermo y dolorido, 8:14-17	142
46. Sígueme, 8:18-22	145
47. ¿Qué hombre es este? 8:23-27	148
48. Poderoso, 8:28-34	151
49. Mayordomía de la fe, 9:1-8	154
50. ¿Qué de nuestro lenguaje? 9:9-13	157
51. En nuestra vida personal ¿resistencia al cambio? 9:14-17	160
52. En el compañerismo fraternal, ¿resistencia al cambio? 9:14-17	163
53. En la misión de la iglesia, ¿resistencia al cambio? 9:14-17	166
54. En medio de la muerte, 9:18-26	169
55. Desata, 9:32-34	172
56. Compasivo, 9:35	175
57. Visión pastoral, 9:36	178
58. ¡A cosechar! 9:37, 38	181
59. La misión cristiana hoy, 10:1-4	184
60. Nuestra misión, 10:5-15	187
61. ¿Qué del sufrimiento apostólico? 10:16-25	190
62. El testimonio cristiano, 10:26-33	193
63. ¿Soy un discípulo? 10:34-39	195
64. La presencia apostólico hoy, 10:40-42	199
65. La pregunta sobre Jesús, 11:1-19	202
66. ¡Debes arrepentirte! 11:20-24	204
67. Solo Cristo salva, 11:25-30	207
68. De la libertad cristiana, 12:1-8	211
69. Es lícito hacer el bien. 12:9-14	214
70. Hay esperanza, 12:15-21	218
71. ¡Hay que definirse! 12:22-37	220
72. Una señal desconcertante, 12:38-42	224
73. ¿Qué es ser cristiano hoy? 12:43-45	227
74. Somos familia de Dios, 12:46-50	229
75. Cómo tener una vida fructífera, 13:1-9, 18-23	232
76. La mayor bienaventuranza, 13:10-17	237
77. Victoria en Cristo, 13:24-30	240
78. ¿Temor al fracaso? 13:31, 32	243
79. ¿Puede cambiar el mundo? 13:33	246
80. Jesús y el reino, 13:34, 35	249
81. La buena semilla, 13:36-43	252
82. ¿Dónde está tu tesoro? 13:44	255
83. El hombre y el reino, 13:45, 46	258
84. ¿Qué te depara el futuro? 13:47-50	261

85. La Biblia en la iglesia, 13:51-52	263
86. ¿Incredulidad o fe? 13:53-58	266
87. Acción misionera en un mundo en crisis, 14:1-12	269
88. El desafío del discipulado, 14:22-30	272
89. Jesús presencia del reino, 14:32-34	275
90. El hombre interior, 15:1-20	278
91. Vivir por la fe, 15:21-28	281
92. Jesús satisface el hambre, 15:32-39	284
93. Jesús sana, 15:29-31	287
94. El discernimiento del reino, 16:1-4	290
95. Sobre el guardarse, 16:5-12	293
96. La confesión de fe, 16:13-20	295
97. Seguirle por el camino del dolor, 16:21-28	299
98. “¡Escúchenlo!”, 17:1-13	302
99. ¿Cómo vencer la debilidad espiritual? 17:14-21	305
100. Anuncio de la pasión, 17:22-23	308
101. ¿Qué de nuestros valores? 18:1-5	310
102. ¡Ay del que hace caer! 18:6-9	313
103. La acción pastoral de la iglesia, 18:10-14,	316
104. Perdonados para perdonar, 18:23-35	319
105. La pareja en Cristo, 19:1-12	322
106. ¿Dentro o fuera del reino? 19:13-15	326
107. Cristo y el Reino, 19:16-30	329
108. Una exhortación a la bondad, 20:1-16	332
109. Frente al futuro, 20:17-19	335
110. Ante el poder, el servicio, 20:20-28	338
111. La humildad mesiánica, 21:1-11	341
112. Jesús en el templo, 21:12-17	343
113. El fruto del Espíritu es fe, 21:18-22	347
114. La autoridad espiritual, 21:23-27	349
115. La voluntad de Dios, 21:28-32	352
116. ¿Preparados para el reino? 22:1-14	355
117. El cristiano y el Estado, 22:15-22	358
118. La resurrección y la vida, 22:23-33	361
119. El amor, 22:34-40	364
120. Jesús, el Cristo, 22:41-46	367
121. ¿Enaltecerse o servir? 23:1-36	370
122. Lamento de amor, 23:37-39	372
123. Jesús y la deconstrucción, 24:1-2	377
124. Llamamiento a la perseverancia, 24:3-28	380
125. Antes del fin, vigilantes, 24:29-51	383
126. Velar es actuar, 25:1-13	386
127. El enemigo de la riqueza, 25:14-30	389
128. La misión del servicio, 25:31-46	392

129.	La misión es entrega, 26:1-5	394
130.	La misión es entrega de amor, 26:6-13	399
131.	Dios transforma los acontecimientos, 26:14-16	403
132.	La nueva alianza, 26:17-29	406
133.	¿Cómo vencer la desilusión?, 26:30-35	410
134.	La oración eficaz, 26:36-46	413
135.	Hay que hacer la voluntad de Dios, 26:47-56	416
136.	¿Cuál es tu visión? 26:57-68	419
137.	“A ese hombre ni lo conozco”, 26:69-75	422
138.	La entrega de Jesús, 27:1-2	425
139.	La muerte como fin, 27:3-10	427
140.	El silencio de Jesús, 27:11-14	431
141.	¿Hasta dónde vas a llegar? 27:15-26	433
142.	Jesús es escarnecido, 27:27-31	438
143.	Es tiempo de sepultarse, 27:57-61	441
144.	Los malvados, ¿se aseguran?, 27:62-66	444
145.	El desvarío del pecado, 28:10-15	447
146.	La gran comisión, 28:16-29	450

INTRODUCCIÓN

En 1985 tenía un poco más de dos años de haber iniciado mi primer ministerio pastoral de tiempo completo en la Primera Iglesia Bautista de Aviación Civil en la Ciudad de México (posteriormente Iglesia Bautista Salem). Tenía 27 años. Después de 29 años, en retrospectiva, mi corazón está lleno de gratitud a una iglesia que supo recibirme con amor y paciencia. Era un pastor joven lleno de ilusiones y la iglesia siempre estuvo dispuesta a escuchar y entender lo que su pastor les predicaba y enseñaba. Conservo estos sermones porque se incluían como un inserto en el boletín dominical. Aquí hay 146 sermones, casi tres años, en los que domingo a domingo, la iglesia escuchaba los mensajes sobre el Evangelio de Mateo. La pregunta central de toda la serie fue ¿Quién es Cristo hoy? Poco a poco, siguiendo la temática del propio Evangelio, el concepto del Reino de Dios fue tomando el lugar preponderante.

En términos generales los mensajes siguen la estructura retórica que aprendí con el pastor Rolando Gutiérrez-Cortés: exordio, proposición, confirmación, epílogo y resolución. Un método innovador que se centraba en el oyente. Seguí durante mucho tiempo esta estructura y años después encontré muchas similitudes con el sermón de un punto que he estado usando y con los nuevos enfoques de la predicación orientados a la charla, la conferencia o la presentación.

Estos sermones pueden ser útiles como lecturas devocionales diarias y como material de apoyo para la preparación de sermones bíblicos. Aunque cada contexto es diferente, me parece que los temas y problemas que aborda siguen siendo vigentes. De ninguna manera pueden ser útiles para predicarlos tal cual, porque cada predicador debe hacer su propia investigación del texto, su meditación espiritual y su reflexión pastoral.

Miguel y Daniel fueron parte, de diferente manera y en diferentes etapas, de mi ministerio en Aviación Civil. Ahora que están sirviendo al Señor como pastores entre la diáspora latinoamericana, que mejor manera de enfocar en ellos la gratitud que siento hacia aquella sencilla iglesia y la oración que sostengo por quienes tomaron el ministerio pastoral y las iglesias que se formaron bajo el impulso misionero que el Espíritu Santo nos dio durante esos años.

Rafael Pola
Ciudad de México, 2014

ENGENDRADO DEL ESPÍRITU SANTO

Mateo 1:20

“20 Pero cuando él estaba considerando hacerlo, se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo.” NVI

¿QUIEN ES CRISTO HOY? El hombre, el hijo de Dios. Hombre que nace en el vientre de María, Hijo de Dios engendrado por el Espíritu Santo. En él conocemos a Dios y en el conocemos al hombre.

Es pregunta que se reitera, ves tras vez, en la historia del cristianismo. Desde las primeras imágenes que los discípulos guardaban en su corazón, el Testimonio de Dios que proclamaban al andar en los caminos de Asia, África y Europa; el Cristo Rey de la Edad Media, el Cristo de la gracia del protestantismo, el Soberano de la Reforma y el Regenerador por excelencia que anunciaron las iglesias libres. En cada caso, el testimonio de la escritura y la realidad del mundo en que se proclama, determinaron la predicación y la enseñanza sobre Jesús. El Jesús del Evangelio, el Cristo uno con el Padre y el Espíritu Santo, ha de decir su Palabra. Le interesa saber qué piensan los hombres de él, como lo atestiguó en su dialogo con el Apóstol San Pedro, ¿quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? (Mateo 16:13) Para bendecir a quien sabe ver en él el cumplimiento de las promesas divinas; tiempos de refrigerio, perdón y salvación.

Hoy, a quince años de que finalice el siglo XX y con él una era de acelerado avance cuyos cambios nos tomaron por sorpresa, América Latina ha de escuchar la voz de Dios, en medio de circunstancias difíciles, apremiantes, sobrecogedoras, pero también esperanzadas y anhelantes de tiempos mejores. Las tradiciones religiosas, el contorno cultural, la realidad social, la problemática económica, son jalones del, presente que demandan una palabra de nuestra fe, un anuncio pertinente de la obra de Jesucristo y lo que él puede hacer para transformar la realidad del mundo a la realidad de Dios. A nosotros nos da el privilegio de meditar de ello y de buscar su orientación para vivir nuestra fe en medio de las circunstancias de nuestra nación.

¿Qué se predica desde los púlpitos de nuestras iglesias en el día de hoy? ¿Qué proclaman los cristianos en las calles, las plazas, los centros de trabajo y estudio, los ambientes familiares y los medios de comunicación masiva? ¿ Ha sido el Cristo de las Escrituras el centro de nuestras vidas y de nuestro anuncio?

Tal era el anhelo del apóstol San Pablo: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros, para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabra o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Corintios 2:1, 2).

Como Iglesia Bautista Salem, hemos de considerar el testimonio de la Escritura sobre Jesús, a fin de que él sea el centro de nuestra proclamación, orando para que este

mundo y esta ciudad sean alcanzados por su gracia. Como Iglesia anhelamos que Cristo sea formado en nosotros.

La actitud

El evangelio reconoce a José como un varón prudente y justo. Quién enfrentó la crisis más profunda de su vida, ante el anuncio del nacimiento de Jesús. La voz de su corazón le aconsejaba dejar en secreto a María, para no exponerla a la vergüenza y el castigo. Pero la voz del Ángel le abrió una realidad inesperada, asombrosa, sobrecogedora. Lo que María guardaba en su vientre, era la criatura más esperada y anhelada por el pueblo de Israel, el Mesías, descendiente de Abraham y de David lo que los padres de la fe esperaron y anhelaron, el centro de las expectativas de Israel que regreso del cautiverio babilónico y centro de la proclamación de los profetas.

El ambiente de Israel en el tiempo del nacimiento de Jesucristo, fue de un profundo despertar religioso, pero también de confusión. Las sectas y los partidos proliferaban por doquier, el servicio del templo era fructífero, y los sacerdotes, escribas, cantores y servidores del templo se contaban por millares. En este contexto de profunda religiosidad y confusión mesiánica, nace Jesús, en el seno de la familia de José y María.

La actitud de desconfianza y azoro de José ante el testimonio de María, fue sobrepujado por un espíritu que supo acallar el consejo de su propio corazón, para dar lugar a la palabra de Dios en boca del ángel que le visitó en sueños. Prevaleció en él la revelación de Dios.

El hijo de Dios.

Jesús es uno con el Padre y el Espíritu Santo, desde la eternidad. Así lo testimonia el anuncio del ángel a José; lo que en María es engendrado, del Espíritu Santo es. Porque si David había vislumbrado en el Salmo 2 que el Rey de Israel sería engendrado por Dios, esto se verificó en la persona de Jesús por la fuerza del Espíritu Santo. Esto nos enseña que el origen, la naturaleza y la misión de Jesús son divinas: es engendrado por el Espíritu Santo, siendo el mismo Dios y viviendo de acuerdo a los designios de su voluntad, cumpliendo en él las promesas dadas a Abraham y David.

El Espíritu Santo y el Hijo.

Que Jesús es el hijo de Dios, engendrado por el Espíritu Santo, fue testificado por Pedro, Pablo y Juan. No es una verdad secundaria, sino el centro mismo de la fe en Jesús. Como en Génesis, el espíritu Santo actúa como creador de la vida. Así si su presencia transformó el caos en el orden de Dios; su fruto en Jesús es la inauguración de la era del Espíritu, de los tiempos de refrigerio, la nueva vida abierta a Dios. Dios a través del Espíritu Santo, se ha comprometido íntimamente con el hombre y con el mundo. Como Padre que engendra es responsable de su hijo y de la misión que le ha asignado. Dios responde en Jesús a las expectativas y añoranzas de su pueblo y de toda la humanidad.

Jesús, hijo en el Espíritu, es la respuesta de Dios, el compromiso de Dios, la salida de Dios a las búsquedas humanas.

El hombre espiritual que se expreso en la proliferación de sectas y partidos en Israel como en el mundo de hoy, ha hallado una respuesta divina de Jesús. Aceptarla y a su vez comprometerse con ella, demanda del hombre una actitud humilde ante el testimonio de Dios, desoyendo la palabra del propio corazón y abriéndose a la palabra del espíritu. Porque así como José necesito escuchar al ángel, y Mateo testifico lo que el Espíritu le permitió vivir y creer, así el que predica hoy esta palabra, el que la escucha y el que la vive ha de estar sostenido por el mismo Espíritu que engendro a Jesús. Porque nadie puede llamar a Jesús Señor si no es por el Espíritu Santo. Porque el Espíritu es el origen naturaleza y misión de Jesús y ha de ser origen, naturaleza y misión de la nueva vida que el hijo el Señor nos ofrece.

Dios se ha vinculado con la historia del Hombre en el Hijo, y “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios”. (1 Juan 5:1)

Dios se ha comprometido con nuestra propia realidad en el Hijo para transformarla, para que el poder de la muerte sea acabado por la fuerza del Espíritu. Para que lo que servía al pecado, sea renacido en Dios. Al que escucha el anuncio se le demanda creer, oyendo la voz del espíritu y abriéndose al testimonio de la Escritura. Ni confusión, ni desconfianza, fe en Jesús para renacer a una nueva vida, al fin de que el mundo crea que Jesús es el Cristo, para gloria de Dios Padre. Amén.

Domingo 6 de enero de 1985

JESÚS

Mateo 1:21

“21 Así que se levantó José, tomó al niño y a su madre, y regresó a la tierra de Israel.”
NVI

JESÚS SIGNIFICA DIOS ES SALVADOR. Refiere a la naturaleza de Dios y su significado apunta a la misión que él le encomendó a su Hijo. Jesús nos revela a Dios, siendo el testimonio de lo que Él es, mostrándolo en su misma naturaleza. Jesús como nombre propio da sentido a la vida del Hijo de Dios, el engendrado por el Espíritu Santo, cuya misión es dar salud, salvación y restituir lo perdido. En Jesús se cumplen los tiempos de refrigerio esperados por Israel, es el inicio de la era mesiánica, en la que la paz y la justicia son las dimensiones en que el Reino se hace realidad en medio de Israel y de todas las naciones. Su nacimiento se dio en el contexto de las expectativas judías sobre los últimos tiempos, de acuerdo a las promesas dadas por Dios a Israel. Por ello mateo cita el Salmo 10:8 “Y Él redimirá a Israel de todos sus pecados”.

La miseria humana.

Las carencias humanas nos asaltan paso a paso al observar el desenvolvimiento del hombre a lo largo de la historia. A esta realidad, que parece como un fenómeno indubitable, la Escritura le llama pecado, la miseria humana. Su explicación refiere a la actitud que el hombre adopta frente a Dios, expresándose en desobediencia a Su voluntad, errando el blanco para el cuál fuimos creados desde la fundación del mundo. El pecado es una ofensa a Dios y una acción que lastima lo más íntimo de su ser, rompiendo la comunión que El desea tener con sus criaturas.

La miseria humana está en su incompletitud, en sus limitaciones para alcanzar plenamente la realización como hombre, generando sentimientos de frustración, desaliento, desánimo, impotencia, culpa, dolor. Esta miseria se muestra ampliamente en las diferentes áreas de la vida del hombre: 1) en sus relaciones con Dios, de lejanía, indiferencia y desobediencia; 2) En sus relaciones con el prójimo, con desamor y actitudes destructivas, que impiden ser con otros y 3) en sus relaciones consigo mismo: insatisfacción, frustración, intranquilidad. En cada una de estas áreas la miseria humana limita toda la potencialidad con que el hombre ha sido creado. Sabemos que en el mejor de los casos los hombres llegan a utilizar el 10% de su capacidad. Esto da cuenta de la realidad que termina en pecado, tanto en la esfera de nuestras relaciones con Dios, como en el ámbito personal o social.

Porque el pecado deforma lo que Dios ha creado, transformando a lo mejor de la creación en una parodia de hombre, deformando su rostro, su alma, la totalidad de su ser. La Escritura enseña que el que vive en pecado está muerto.

...ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo ni aun uno.... Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.....” (Romanos 3:9, 10, 22)

Una poderosa fuerza

El perdón es la fuerza poderosa que mueve el obstáculo y hace posible que el hombre se reconcilie con Dios.

Perdón es, por definición, cancelar una deuda. La remisión de una culpa. Sus antecedentes son, en Dios su capacidad de amar y de perdonar, en el hombre una clara conciencia de culpa y arrepentimiento genuino, que lo mueve a cambiar la senda. Así lo expresa el salmista, que al recibir la palabra de Dios, es sensible a su llamamiento y expresa desde lo profundo de su alma “ Porque yo reconozco mis rebeliones , y mi pecado esta siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos” Salmo 51; 3, 4^a). Es confesión de culpa que descansa en la naturaleza de Dios, lleno de amor y de misericordia.

Ser perdonado por Dios, cancela nuestra deuda y es momento en que la vida se reinicia. Dios se olvida de todo aquello que le hemos ofendido, recibiéndonos en su seno y tratándonos como a hijos que han vuelto al hogar de donde salieron.

El Salvador

Cuando el ángel le anunció a José que el Hijo que habría de nacer llevaría por nombre Jesús, estaba, a la vez, señalando la misión que tendría que cumplir. En sentido estricto, salvación quiere decir dar salud y rescatar. La forma en que Jesús enseñó y vivió esta promesa de Dios, fue ciertamente un escándalo para los judíos, quienes no podían concebir que se adjudicase la autoridad de perdonar pecados. No discerniendo que en Él Dios había previsto salud para su pueblo.

La salvación no se encuentra en las obras, en las prescripciones de la ley en los sacrificios expiatorios, sino en la actitud que el hombre adopta frente a Jesús. En él la presencia del Reino de Dios es tangible, dando paz al corazón, justicia a las relaciones entre los hombres y amor como el sentimiento central en la vida de la humanidad. Jesús es la esperanza de superación de la miseria humana, porque es el modelo del hombre, a cuya semejanza hemos de vivir, dejando hasta los más recónditos secretos del alma al pie de la cruz. En Jesús el Señor obró para salvación del hombre porque Dios no permanece al margen de la miseria humana, sino que interviene para salvación.

La promesa de salvación que David pudo ver en Dios, infundió a su corazón tranquilidad y a su vez fue motivo de su exhortación a Israel para que aprendiera a esperar en Dios. Que la miseria humana es una realidad, no es menos cierto que esta miseria es sobrepujada por la acción de Dios en Cristo Jesús para perdón de los pecados. Reconociendo ante él que hemos sido desobedientes, y mostrando un arrepentimiento genuino. La confianza del corazón del cristiano está en la seguridad de su perdón y

salvación para la acción del Hijo, quien cumplió su misión hasta el fin. Y habiendo sido perdonados, estamos capacitados para restaurar nuestra relación con Dios , con el hombre y con nosotros mismos, dejando atrás los sentimientos d frustración y desánimos, viviendo de acuerdo a los propósitos divinos. Utilizando el máximo de nuestra potencialidad.

Jesús ha de imprimirle un nuevo significado a tu vida.

Reconocer a Jesús como el hijo de Dios enviado para la salvación del hombre, implica aceptar ante él que hemos pecado, y arrepentirnos de nuestro mal obrar, a fin de aceptar su perdón y la sanidad de todo nuestro ser. Por ello él nos exhorta en esta hora a reconocerle como salvador.

El reconocimiento que el Espíritu Santo pone en tu corazón y que no has de resistir, a fin de que creyendo en él no te pierdas, más tengas vida eterna. Amén.

Domingo 13 de enero de 1985

EMANUEL

Mateo 1:23

“23 «La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel» (que significa «Dios con nosotros»).” NVI

LA IMAGEN DE UN NÁUFRAGO en medio del océano, es la visión del hombre del siglo XX. No está solo, un océano de seres humanos le rodean, avanzando como hormigas, de un lado hacia otro, al trabajo, a los centros de diversión, se reúnen con multitudes, llena los estadios, las plazas. Pero su corazón, toda su alma, le grita ¡estas sólo; Convive con otros hombres, en la oficina, en las aulas, en las reuniones, pero no satisface ese sentimiento de soledad. ¿Alguna vez nos hemos sentido así? Habla, escucha, ordena, obedece, pregunta, explica, pero que hay detrás de todas las palabras? Son esfuerzos para no caer en el ostracismo. Pero ¿qué sentido tienen las palabras? Enciendes el televisor, la radio, buscas los diarios o revistas ¿qué te dicen? Estas solo.

La soledad del hombre contemporáneo

Miles de millones de seres humanos llenan este planeta. Desde hacia hasta América, hombres y mujeres, niños y ancianos, habitan en medio de la creación. Estamos solos. Fue el sentimiento de abandono que vivió Adán cuando se sintió pequeño en medio del paraíso, cuando se vio como hombre, con una mujer a su lado y lejos de Dios. La comunión se había roto por la desobediencia en que habían caído, por la desubicación en que cayó cuando trataron de ser igual a Dios. Y la vida perdió su sentido, el trabajo se convirtió en maldición, la relación con la mujer se transformó en dominación, sufrimiento, soledad. La misma soledad en que Caín caviló la muerte de Abel. Y la soledad en que quedó cuando privó a su hermano de la vida.

La destrucción de Dios y del prójimo es la destrucción de uno mismo, al abandonarse a la más angustiosa soledad.

Es el temor de un hombre común: una vida sin sentido. O mejor dicho, con un sentido tan rutinario e individualista, que los viejos sueños de la humanidad para vivir en fraternidad, se han derrumbado paso a paso. Una visión ciertamente pesimista parece ser el sentir común del hombre, que se ve rodeado de miseria y maldad.

La comunión con Dios.

La expresión de esta necesidad humana se ha dado a lo largo de la historia en la invención de diferentes religiones. No obstante, la Biblia nos enseña que Dios mismo es quien ha dado todo de sí, ha hecho lo necesario para satisfacer esta necesidad humana. Dios ha dado los pasos necesarios para restablecer la comunión del hombre. El quiere encontrarse cara a cara con su creación. No para ser compañía que solo satisfaga su necesidad; sino para vivir en comunión. El hombre necesita del otro, ha sido creado para vivir en comunión. Esa es justamente la tragedia que le aqueja, no que el hombre este

solo, pues vive rodeado de millones de hombres y mujeres; sino que no atina a establecer relaciones con otros hombres, porque no está dispuesto a encarar una relación de comunión en la que recibe, pero también se está dispuesto a dar.

Dios ha tenido la iniciativa, en Cristo Jesús ha estado dispuesto a comprometerse con el hombre para vivir en comunión con él. No para ser mero compañero, sino un ser completo con el cual relacionarse de una manera íntima y genuina. Dios quiere vivir en comunión con sus creaturas, a fin de darse y recibir. Y así construir una relación madura y satisfactoria para ambos.

Dios con nosotros.

Jesús, Emanuel, es el cumplimiento de las profecías de Isaías registradas en el Antiguo Testamento. Si la obra del Espíritu Santo en María es lección de recreación y el nombre de Jesús da cuenta de la naturaleza de Dios, así como de su misión, Emanuel, significa la presencia de Dios con su pueblo, con toda su creación. Y la preposición con, que usan nuestras versiones, da cuenta de que Dios nos ha visitado en Jesucristo su Hijo.

Dios y el hombre se encuentran en Cristo Jesús. En el Hijo, Dios está con nosotros. Es Jesús la posibilidad de comunión del hombre con Dios y la obra de Dios para vivir en comunión con su pueblo. Por ello, en medio de la soledad en que muchos hombres se encuentran, buscando un sentido a su vida y encontrando en el mejor de los casos paliativos que le ayuden a sobrellevar su existencia, Dios está presente en Cristo Jesús. Este es el anuncio que Jesús significó para la humanidad y lo que Mateo entiende inspirado por el espíritu Santo, al incluir la profecía de Isaías al final de la anunciación del ángel a José. Ciertamente, Dios en Jesús está re-creando la humanidad, dando testimonio de su misma naturaleza y de la obra que el Hijo vendría a realizar entre los hombres. Pero aún más que eso, Mateo puede ver que en ese niño que había de nacer, Dios se estaba comprometiendo con su creación para vivir en comunión con ella.

Así, que en medio de las circunstancias de la vida, en el sufrimiento o el dolor, en la muerte, en el éxito o en el fracaso, nunca hemos de olvidar que Dios está con nosotros. Viviendo en comunión con su pueblo, sin importar las circunstancias por las que atraviesa. Es confianza que permite encarar los dolores de la vida y sobrellevar las luchas en que podemos encontrarnos. Por encima de todo, Dios está con nosotros. Dios es fiel a sí mismo y leal a su pueblo. Vivamos seguros en su comunión.

La seguridad de la comunión.

La presencia de Dios en medio de su pueblo, en el corazón de sus hijos, además de infundir seguridad al sendero de la vida, nos enseña que contamos con su poder. En medio de la obscuridad del mundo, no perdamos la senda, porque su luz alumbrará en nuestro corazón.

Es luz que nos guía y que podemos irradiar a otros. En esta confianza vivían los cristianos de Calosas, sabiendo que si Dios estaba con ellos, ningún poder podía

atemorizarlos. Es la fuerza que da la seguridad de su presencia en la vida, al poder vivir y cultivar la comunión, con él a cada paso que se da. Por ello es seguridad que quién ha comenzado la obra, habrá de terminarla, para que quienes creen en Jesús, sean hechos a la imagen del Hijo. Hay poder en la comunión con Dios. Hay visión al vivir completa comunicación.

El significado de la comunión.

¿Qué significado le da a nuestra vida vivir en comunión con Dios? El mundo da testimonio de su vacío espiritual, del sinsentido de su vida por la miseria en que viven. Pero el cristiano tiene en el fondo de su ser la seguridad de que Cristo es esperanza de gloria. Nos acompaña en el sufrimiento, y en la alegría. Nos es leal en medio de cualquier circunstancia y nos permite superarlas con el poder de su presencia. Se ha comprometido a estar con nosotros. Así lo atestigua la palabra, dijo. “y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Amén.

Domingo 20 enero de 1984

REY

Mateo 2:1,2

“Después de que Jesús nació en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, llegaron a Jerusalén unos sabios^[a] procedentes del Oriente.

2 —¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? —preguntaron—. Vimos levantarse^[b] su estrella y hemos venido a adorarlo.” NVI

JESÚS NACIÓ EN LA PEQUEÑA ALDEA DE BELÉN de Judea no es la capital Israel, vino al mundo en medio de un establo y no en el palacio del rey, su nacimiento fue atestiguado por pastores que guardaban las vigilias de la noche, resguardando su rebaño, no los jefes y las cortes de palacio. Nació en la oscuridad de la noche.

Sin embargo, en el niño Jesús se estaba cumpliendo la palabra del ángel a José: él salvará a su pueblo e sus pecados, y las profecías de Isaías, Dios con nosotros. Su nacimiento es testimonio de lo que Dios hizo de acuerdo a sus propósitos para la historia y el mundo. En las orillas de una pequeña aldea, apartada del centro de Palestina, Dios se manifestó de tal manera que la historia se cumplió y Sus propósitos eternos llegaron a su culminación. De tal manera que la historia tuvo como hecho central el nacimiento de Jesús de Nazaret, testimonio que las señales de los tiempos ya estaban maduras para que la redención fuese vista por ojos inesperados; los magos que siendo gentiles, llegaron de oriente para adorarlo. Le reconocen los pastores, le adoran los gentiles; Herodes y Jerusalén permanecen turbados.

¿Dónde está el rey de los judíos?

El reinado de Herodes el Grande fue era de sufrimiento para el pueblo de Israel. Ciertamente su gobierno había traído tiempos de paz para la región de Palestina, lo que tenía satisfecho al Emperador Romano, pero a costa de la muerte y los altos impuestos en que vivían los habitantes de Israel. La Paz romana había costado la vida a muchos hombres y mujeres, la mera sospecha de sedición desataba una persecución tenaz. Incluso la gente había convertido en un dicho que era mejor ser un perro de Palestina que hijo de Herodes, porque era tal su temor a la traición, que mandó a la muerte a su esposa e hijos, temiendo que quisieran arrebatarle el trono. Muchos movimientos mesiánicos vieron la luz y su fin en tiempos de Herodes. En este contexto de violencia y terror los magos llegan preguntando a Jerusalén por el nacimiento del rey de los Judíos, lo que explica la turbación de Herodes y toda Jerusalén con él.

Pero no solo los magos preguntaron por él nacimiento del rey de los judíos, también Herodes pregunto a los maestros de la ley, en donde había de nacer el Mesías de Israel. Como sabemos, la incertidumbre de Herodes, su delirio de persecución lo movió a terminar con la vida de todos los niños menores de dos años de la región de Palestina.

Los magos de oriente preguntaron en donde creyeron que podían encontrar al futuro Rey, en la ciudad capital y en el palacio de gobierno. Pero nunca se imaginaron que Jesús yacía en medio de la oscuridad de la pequeña aldea de Belén, rodeado por sus padres y compartiendo su habitación con los animales del establo.

La presencia de los magos reconociendo a Jesús da testimonio de que el reinado del Hijo de Dios iría más allá de los confines de Israel, sería rey que también los gentiles reconocerían como suyo, postrándose ante él. Él Señor estaba cumpliendo sus propósitos, aunque de una manera asombrosa e inesperada.

Su estrella hemos visto en el oriente

Los magos conocían los significados de las estrellas. Los navegantes hacían uso de ellas para guiarse en medio del océano en las travesías del Mediterráneo.

Para unos y otros las estrellas eran guía. Y al inquirir en los cielos, vieron el testimonio de que algo muy importante sucedía en la región de Palestina. Supieron entender las señales que los astros celestes anunciaban. Y sin dudarle un momento, salieron en procesión hacia Jerusalén para ir al encuentro de tan excelsa acontecimiento. Pero se encontraron con un Jerusalén ignorante de lo que estaba sucediendo, con un rey desesperado por defender su trono y una ciudad temerosa ante el abuso del poder de los romanos. Son los gentiles los que pueden discernir lo que Dios estaba haciendo en Belén, son los pastores los que reciben el testimonio de los ángeles en medio de la oscuridad de la noche. No hubo portento, ni ceremonia, ni cortes que dieron cabida al Hijo de Dios; pero Dios quería que su Hijo naciese así, porque tenía planes asombrosos para su pueblo. Muchos debieron haber visto la estrella, solo los magos gentiles entendieron su significado. Los despreciados, los marginados fueron sensibles al nacimiento de Jesús. Sabemos el desprecio que Israel tenía para los magos, astrólogos y adivinos, la ley de Jehová había prohibido tajantemente toda práctica adivinatoria en Israel. Dios sin embargo se estaba revelando a lo despreciado y rechazado por su pueblo, Así son los planes divinos.

Así como el Evangelio de Mateo atestigua la incapacidad de Jerusalén para reconocer el nacimiento de su rey, también da testimonio de la luz de estos magos que pudieron reconocerle como tal. Pero ¿qué ves tú en el nacimiento de Jesús?

El rey de los judíos.

Prometido como rey de los judíos, el Mesías de Dios nacía reconocido por pastores y magos gentiles. Fue lección desde su nacimiento pues Jesús nació con la misión de ser Rey de todo cuanto existe, de toda la creación. Ese fue el poder que recibió del Padre y la misión que tenía que cumplir. El mismo nacimiento de Jesús nos muestra el tipo de reinado que Dios tenía deparado para él; no de cortes y lujos, sino de aldea y establo: no de caravanas de reconocimiento ante su poder, sino de lucha tenaz, para cumplir su misión. Dios había escogido para el no el camino del reconocimiento y el

poder temporal, sino el de la humillación y el servicio con los desheredados de la tierra. Así es el amor de Dios por el hombre y el camino que escogió para su Hijo.

Reconocerle como Rey entraña la seguridad de que en él, Dios cumple su promesa y la era que su cumplimiento inicia; el gobierno del Mesías, con los tiempos de amor y de justicia, de paz y de soberanía de Dios sobre la tierra. Al reconocer a Jesús como rey, se está confesando que la soberanía de Dios está entre nosotros. Dando a la vida una dimensión de paz y de justicia.

Este reconocimiento significó para los magos la disposición para adorarlo. Ya que reconocerle como rey es concederle el poder y el reconocimiento, darle autoridad sobre la vida y la historia.

¿Es Jesús tu rey? ¿Le has concedido el poder sobre tu vida, tus decisiones, tu corazón, tu mente? ¿O permaneces turbado ante él como Herodes y Jerusalén, estando dispuesto a buscar su aniquilamiento para que no pierdas el dominio sobre tu propia vida? Reconocer a Jesús como Rey es estar dispuesto a otorgarle el dominio y el poder sobre nuestra vida y nuestra historia. Que así sea, Amén.

Domingo 27 de enero de 1985

APACENTADOR

Mateo 2:6

“6 »“Pero tú, Belén, en la tierra de Judá, de ninguna manera eres la menor entre los principales de Judá; porque de ti saldrá un príncipe que será el pastor de mi pueblo Israel.” NVI

LAS AUTORIDADES RELIGIOSAS DE ISRAEL, conocían la Ley y los Profetas, de tal manera que dieron una respuesta acertada a Herodes, sobre el lugar de nacimiento del Mesías, pero no atinaron a ir en busca de la promesa. Incrédulos o indiferentes, permanecieron en Jerusalén. Sabían las verdades de Dios, pero no las usaron para orientarse en su vida. Más tarde, el Señor Jesucristo se refirió a ellos calificándolos de ciegos, guías de ciegos, cuyo destino era caer en el hoyo.

Poseer conocimientos acertados no es garantía para saberse conducir en la vida, pues hay quienes sabedores de las verdades más profundas, no atinan a conducirse de acuerdo a ellas, y vagan de un lado a otro, sin rumbo y sin sentido. No usan lo que tienen en beneficio personal y mucho menos en beneficio de la humanidad y el Reino de Dios.

¿A dónde vamos?

Si en la loca carrera de la humanidad alguien preguntara a quienes rigen los destinos de sus naciones ¿a dónde van?; O si en las actividades cotidianas de los millones de hombres se pudiera hacer un alto para interrogarse y meditar en el propósito de lo que se hace a cada momento, seguramente muy pocos podrían dar una respuesta satisfactoria aún para sí mismos. La falta de sentido, la falta de propósito, es permanente en la humanidad. Se vive sin objetivos claros, adoleciendo aún de una idea aproximada de la razón por lo que han recibido el don de la vida de parte de Dios.

Sin embargo, por menos que sea el porcentaje de quienes respondan con seguridad, algunos de ellos confesarían que aunque saben a dónde se dirigen, no tienen la fuerza moral ni espiritual para conseguir sus objetivos. Son débiles de voluntad, indisciplinados; la deformación del carácter les impide llegar a la meta. En la vida cristiana estos males también dañan, aunque la debilidad espiritual es problema de fondo.

Hay quien puede ayudarnos a llegar a la meta

Recibir una palabra de orientación en momentos de confusión, es favor que se agradece íntimamente, ser formados y capacitados para que el consejo sea vertido en práctica concreta, es ayuda que todos quisiéramos tener. Porque se reciben muchos conocimientos en la vida, que nos capacitan para transformar el mundo en que vivimos pero muy poco de lo que sabemos nos ayuda a transformarnos a nosotros mismos. Se necesitan orientadores y guías que tengan clara la meta a la que se dirigen y sepan aún capacitar a otros para que juntos alcancen los objetivos propuestos. Esta es la función

del maestro en la educación, del padre en la familia, del pastor en la iglesia y del gobernante en la nación.

Su inteligencia y capacidades humanas, han de ser perfeccionados con la seguridad de saber a dónde se dirige y la fuerza de carácter para dar los pasos necesarios a fin de llegar a donde se han propuesto. Teniendo la capacidad necesaria para sobreponerse a circunstancias adversas del mundo en que se vive. Es el liderazgo que hemos de formar y bajo del cual un pueblo se siente seguro. Quién sabe ser líder, tiene sabiduría a la hora de orientar, dirigir, guiar, regir. Echa mano de su autoridad, la que le dan sus conocimientos e integridad moral o la que ha recibido de parte del grupo que dirige.

Quien puede ayudarnos a llegar a la meta, es quien tiene la autoridad que su propia vida le da y la que ha recibido de quien tiene todo el poder en sus manos.

Jesús el apacentador

A Jesús hemos aprendido a conocerle como Salvador, como la presencia de Dios en medio de su pueblo, hoy hemos de reconocerle como el apacentador de Dios. Apacentar es un verbo campesino, se relaciona con la función de pastor en medio de sus rebaños. Un pastor apacienta a las ovejas cuando los conduce a pacer, comer la hierba de los campos. Escoge lo mejor porque quiere un rebaño fuerte y sano. Tiene un propósito definido y da los pasos adecuados para conseguirlo. Dirige el rebaño con la autoridad de quien busca lo mejor para sus ovejas. A las que comen demasiado las enseña a controlarse y a las débiles, les prepara medicina adecuada para fortalecerlas, quiere un rebaño fuerte.

Jesús es el apacentador de Dios. A los que vagan confundidos sin dirección ni sentido, los ayuda a alcanzar los propósitos de Dios para la vida; a los que han descubierto esta verdad en lo más íntimo de su alma, les capacita para llegar a ella. Por eso, rige y orienta, porque tiene dirección y además está listo para ayudar a ser como Dios quiere que sean. Dios quiere lo mejor para sus hijos. Y lo mejor está en la dimensión de su Reino.

La Iglesia de Jesucristo es el Nuevo Israel de Dios, que ha recibido la bendición de ver cumplida la promesa dada por el Espíritu en labios del profeta Miqueas, reconociendo que Jesucristo es el guiador que apacienta a su pueblo. Por ello, nos instruye en la palabra y nos fortalece con su Espíritu Santo, a fin de que lleguemos a configurarnos al Hijo, creciendo a Su imagen, como un cuerpo perfectamente coordinado e integrado en él, que es la cabeza.

Apacentados para apacentar.

Si nos detuviéramos un momento en la obra que realizamos como hijos de Dios, como Nuevo Israel, y nos preguntásemos, ¿a dónde vamos?, como iglesia bautista Salem sabríamos responder, a la configuración. Y si en ese momento de reflexión pudiéramos también cuestionarnos del poder que tenemos para llegar a la meta, seguramente también podríamos responder, lo tenemos, porque Dios nos ha dado en Jesucristo un apacentador,

que nos orienta y nos guía, pero además nos alienta adecuadamente para tener la fuerza espiritual, moral y física, a fin de cumplir lo que él ha puesto en nuestro corazón.

Cada uno de nosotros hemos sido llamados a ser apacentadores de Dios, pastores unos de otros y todos pastores del mundo. Conduciendo a los hombres que viven sin orientación, a beber del agua de la vida, y a nutrir a los que ya lo han conocido. La autoridad y el poder nos han sido dadas por Dios, así nos lo dijo nuestro Señor: por tanto id y haced discípulos. No olvidemos que por pequeños que seamos a los ojos del mundo, Dios puede hacer grande lo pequeño, así como hizo con la pequeña aldea de Belén.

Tenemos misión, tenemos pastor, tenemos equipo.

¿Como usamos lo que tenemos? Los religiosos de Israel no supieron usar el conocimiento que tenían de la Escritura. Nosotros hemos de estar alertas para usar, en la dimensión del reino de Dios, lo que él nos ha dado para bendición de toda la humanidad. La mies a la verdad es mucha, más los obreros pocos, rogad al pastor de la mies, que envíe obreros a su mies. Es tiempo para orar.

Domingo 3 de febrero de 1985

NAZARENO

Mateo 2:23

“23 y fue a vivir en un pueblo llamado Nazaret. Con esto se cumplió lo dicho por los profetas: «Lo llamarán nazareno.»” NVI

JOSÉ Y MARÍA REGRESARON DE EGIPTO A ISRAEL al ser informados de la muerte de Herodes el Grande. No se dirigen a Belén, lugar de nacimiento de Jesús, ni a Jerusalén; porque en la provincia de Judea reina Arquéalo, hijo de Herodes, aún más violento y sanguinario que su padre. Por seguridad de la familia, el ángel del Señor les aconseja dirigirse a Nazaret, ciudad de la provincia de Galilea, en donde gobierna Herodes Antipas. Aunque también hijo de Herodes el Grande, era mejor gobernante que su hermano. De tal manera que por el lugar de su crecimiento Jesús fue llamado Nazareno.

La palabra en la historia

Paso a paso, la Palabra acompaña a Jesús en su misión. Donde su anunciación y más aún, desde las expectativas mesiánicas del Antiguo Testamento, la palabra de Dios acompaña sus hechos portentosos en la historia. Es palabra de orden en Los Principios, en Palabra de salida en el éxodo, es palabra de esperanza en Babilonia y es palabra de arrepentimiento en la Jerusalén reconstruida. La palabra acompaña permanentemente los hechos de Dios, les da orientación y hace posible su comprensión a los hombres.

Es así como la palabra acompaña a Jesús desde que es promesa a la mujer, es esperanza a los padres de la fe y es profecía a David y los hombres de Dios que le siguieron. La palabra en la boca del ángel es interpretación de los misterios de Dios para José y María y orientación para la comprensión del cumplimiento de sus propósitos en momentos de peligro o confusión. Así es como la palabra de Dios acompaña a la familia de Nazaret, para volver a su lugar de origen, en resguardo de la vida del hijo de Dios. Así hoy día, la palabra es compañía en la nueva vida que hemos recibido en Cristo Jesús. Desde el momento en que al escucharla, se nos dio la gracia de recibirla con fe en el corazón, al taladrar el alma e invitarnos a volver la cara a Dios. La palabra nos ha acompañado en cada paso de nuestro peregrinar, como exhortación para confiar en él en medio de las luchas del reino o llamado a arrepentimiento cuando se le ha fallado, o ha henchido el corazón de esperanza cuando se cae en la desesperación o el desconcierto. A cada paso, la palabra nos acompaña para resguardo de la vida y el ministerio.

Dios acompaña al hombre a través de su Palabra. Como acompañó a Jesús, ha estado con nosotros. Por ello, el hecho de que Jesús fuese llamado Nazareno o conocido como Jesús de Nazaret, dice mucho más que el mero lugar de su formación personal. Nazaret tiene un rico significado para nuestra fe.

Su significado veterotestamentario.

El significado veterotestamentario de Nazareno es el cumplimiento de la profecía de Isaías. Al considerar el hecho de que Jesús fue llevado por el Padre para ser formado en Nazaret, aprendemos que más que datos acerca de la ciudad en la que habría de crecer, estamos ante el cumplimiento de la Palabra profética en la vida de Jesús, refiriéndolo a la promesa que anunciaba un retoño del tronco de Isaí. La misma palabra Nazaret, es un término que Mateo relaciona con el nezer que se traduce como vástago, vara o retoño al tronco de Isaí.

El abundar en la visión que el Antiguo Testamento nos da de Jesús como nazareno, reconocemos por lo menos dos lecciones para nuestra vida. 1) Dios cumple en Jesús su palabra profética y 2) la promesa de Dios es fruto nuevo en el viejo tronco de Israel.

Dios actúa así, cumple sus promesas y da nueva vida a lo que parece muerto y seco: De un viejo tronco, el Señor levanta el prometido Rey de Israel.

Su significado neotestamentario.

Si para la fe de Israel, el hecho de que Jesús fuese nazareno significó el cumplimiento de la profecía de Isaías, para los apóstoles y primeros cristianos, el que Jesús fuese conocido como el hombre de Nazaret, da testimonio de la realidad de la encarnación de Dios. Jesús de Nazaret es para los discípulos un hombre histórico, no un fantasma desencarnado que vaga por el mundo.

Fue Nazaret donde Jesús vivió los primeros treinta años de su vida, ahí empezó su ministerio público, aunque recibió hostilidad de sus vecinos. La singularidad de este hecho se pone de manifiesto en el hecho de que después de su resurrección, Jesús se presentó a Pablo como Jesús de Nazaret. No daba lugar a duda de su realidad histórica.

Sin embargo, la vida de Jesús en Nazaret da testimonio de la tensión en que vivió su ministerio: fue lugar de resguardo de Dios y rechazo de sus vecinos, fue ciudad despreciada por los poblados cercanos y la misma Jerusalén, pero, a la vez era permanentemente visitada por viajeros de todo el mundo conocido, al encontrarse en el paso de una de las rutas de caravanas más importantes del mundo, denominada como el Camino del Sur. Ciudad importante por su ubicación comercial pero despreciada por los centros religiosos de Israel. Es en esta Ciudad en donde Jesús fue formado por Dios.

Es en ella que crecía y se fortalecía, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios era sobre él. El Padre formó a su hijo no bajo el cuidado de un maestro fariseo o en la Jerusalén religiosa, sino en la Cosmopolitan y comercial ciudad de Nazaret, bajo la guía de la sinagoga y el calor de su hogar, el rudo trabajo del taller de carpintería. Así fueron los designios de Dios para su Hijo. Si para Mateo, la cita de Isaías le refiere al pasado del significado de nazareno, Lucas nos da el sentido futuro: un lugar de formación para la vida y el ministerio.

Su significado contemporáneo

El significado para nosotros hoy del hecho de que Jesús fuese llamado Nazareno es que da luz a nuestra pregunta rectora ¿Quién es Cristo hoy? Porque nos permite profundizar en el sentido de ser el retoño de Isaías y el haber sido formado por el Padre en Nazaret.

Hoy aprendemos que la palabra de Dios acompaña sus hechos portentosos, que su Palabra se cumple en el centro de la historia del hombre, al usar lo que el mundo desprecia, a fin de transformarlo desde la periferia hacia el centro, desde lo despreciado hacia lo venerado, desde lo pagano hacia lo religioso, desde las mujeres hacia los hombres, desde los niños hacia los adultos. Dios acompaña la historia del hombre con su palabra y ella es lo determinante en cada caso. Que Jesús sea Nazareno nos enseña que Dios se ha hecho hombre en la historia para transformarla desde dentro, para recrearla en dimensión de eternidad y lo que es personalmente significativo, que Jesús ha de hacerse nuestra historia, para transformar la vida desde su interior, a fin de que su palabra también nos acompañe paso a paso, formándonos en la dimensión de su Reino, creciendo, haciéndonos fuertes en él, dándonos sabiduría y cubriéndonos con su gracia para el cumplimiento del ministerio.

Es en nuestro corazón que se hace carne la palabra de Dios, es en el hogar en el que la palabra forma y conforma al Hijo, es en el corazón de esta ciudad en donde están formando un puñado de hombres y mujeres que viven en la dimensión del reino. No importa la opinión que el mundo se forme de los hijos de Dios, su valor esta en relación con el Reino del que son embajadores. Por ello, su formación tiene como propósito serle útiles a él, y esta ha de darse al calor de la Palabra, el trabajo y el hogar. Amén.

Domingo 10 de febrero 1985

PODEROSO

Mateo 3:11,12

“11 »Yo los bautizo a ustedes con[a] agua para que se arrepientan. Pero el que viene después de mí es más poderoso que yo, y ni siquiera merezco llevarle las sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. 12 Tiene el rastrillo en la mano y limpiará su era, recogiendo el trigo en su granero; la paja, en cambio, la quemará con fuego que nunca se apagará.» NVI

AL AHONDAR EN LA PREGUNTA ¿quién es Cristo hoy? Ciertamente es posible considerarla a la luz de su significado personal, pero también de lo que significa para el pueblo o lo que significa para el mundo. Es interrogante que puede ser vista desde la perspectiva de la misión o naturaleza de Jesús, de sus nombres o sus hechos. La expresión de Juan el Bautista. “más poderoso que yo”, da luz acerca de la forma en que el hijo habría de cumplir su misión y lo que esto significaría para su pueblo.

El impotente estorba

¿Eres paja o eres trigo? El cristiano que vive en el poder del Espíritu, ciertamente estorba en cumplimiento de los propósitos de Dios para su pueblo. Porque todo lo ve desde su perspectiva carnal, dando lugar a que el diablo lo lastime hasta que lo dobla o hace caer. El cristiano que no vive en el poder del Espíritu busca los errores para señalarlos, para meditar en ellos, para aumentar su propia frustración. Añade dolor a su sentimiento de frustración, buscando errores en los otros. Es paja que ocupa lugar en la siembra, y que más que de provecho, sirve de estorbo.

El cristiano que no vive en el poder del espíritu, deforma la imagen del Hijo en su propio corazón, no dando los pasos necesarios para crecer en él y serle de utilidad en sus propósitos eternos. Vive para el hoy, sin saber sembrar para el mañana, da satisfacción a su carne, sin considerar los valores del Espíritu, culpa a todos de su suerte, sin saber que es el arquitecto de su propio destino. Como el enfermo, todo lo que come le hace mal y hasta lo que el otro come le parece mal.

Es tiempo para considerar la interrogante que el texto nos presenta: ¿eres paja o eres trigo en el sembrado de Dios?

El poderoso sembrador

Jesús, por la misericordia, el amor y la gracia del Padre, ha sembrado en el hombre la semilla de la fe. Por el espíritu Santo el hombre se abre a la palabra de Dios y reconoce a Jesús como Señor. Es entonces cuando Jesús, como poderoso sembrador, cultiva la vida de su hijo sumergiéndolo en el Espíritu y pasándolo por el fuego. Ciertamente ambos bautismos son de bendición.

El bautismo del Espíritu, en el contexto del pensamiento judío, tiene un significado sublime. En primer lugar, la palabra espíritu también significa aliento. Como el aliento divino que dio vida al primer Adán, después de haber sido formado de la arcilla de la tierra. El aliento de vida y el aliento de Espíritu es una corriente de nueva vida que penetra en el corazón del hombre para transformarlo, regenerando la totalidad de su ser. En segundo lugar, Espíritu significa viento, como el viento del que fue sensible el profeta en el desierto, o el viento de una tormenta que arrasa con poder. Así que, el bautismo en el Espíritu es bautismo en el poder de Dios, que recubre la debilidad, que limpia los desechos de la vida y que hace posible lo que parece imposible, que se enfrenta a lo que todos eluden y se soporta lo insostenible. Y, en tercer lugar, el espíritu capacita para entender la obra de Dios. De esta manera ilumina la inteligencia del hombre para saber en dónde y hacia donde se mueve Dios, a fin de que seamos hallados en su trinchera y no luchando contra él. Por el poder del Espíritu nuestros ojos son abiertos, como fueron los de los ciegos que le seguían y que solo atinan decir, una cosa se, que habiendo sido ciego, ahora veo.

Por otro lado, el bautismo de fuego también es de un rico significado. El primer lugar da la idea de la iluminación. Cuando el fuego consumidor de Dios desciende de lo alto, no solo destruye, sino que también ilumina. Jesús es la luz, que hace que nuestros corazones ardan, pero tengan sentido. En segundo lugar, el bautismo de fuego significa calor. Jesús, al bautizarnos en el fuego de su poder, hace que nuestros corazones se sientan abrazados por su poder y amor, los hace vibrar, no solo por Dios, sino también por el prójimo. Y por último, el bautismo de fuego tiene un claro sentido purificador: a su paso, destruye lo que es falso y deja lo que es verdadero. El fuego purificador de Dios elimina la escoria del mal.

Por ello, al hablar de que Jesús es poderoso, significa que el nos da un bautismo en el Espíritu al concedernos nueva vida, poder y visión y nos da un bautismo de fuego al constreñirnos a vivir en su luz amor y verdad.

La misión del Hijo y el Espíritu

Una cosa es cierta, la impotencia de quien es paja en el reino de Dios, puede ser sobrepujada por la acción del Espíritu en el poder del Hijo Jesucristo. Resalta el hecho de que Juan pone todo el acento en lo que Jesús hace. Porque es él quien tiene el poder para sumergirnos en el espíritu y en el fuego.

Misión que Juan el bautista no pudo tener, pues su ministerio fue llamamiento al arrepentimiento. Es pues, la autoridad de Jesús para desencadenar el poder de lo alto, lo que hace poderosa en la perspectiva del reino y la misión que el Padre le encomendó. Como Hijo, supo con obediencia y fidelidad cumplir la encomienda del Padre, y cada uno de nosotros es testigo de que si abandonamos nuestro ser en sus manos, sin resistirnos a que el obre en nuestra vida, ciertamente cumple su palabra al sumergirnos en el poder del Espíritu y del fuego abrazador. Por ello, en el contexto de la misión del

pueblo de Dios, el bautismo del espíritu y de fuego, capacita para la configuración a Jesucristo y para ser útiles en la misión que ha mandado cumplir en medio del mundo y las edades.

Poder, bautismo, misión.

Nuestra utilidad en el Reino de Dios se da en la sumisión al Jesús poderoso y en la dimensión del perenne bautismo de Espíritu y fuego en que se vive. Por ello, quien es útil en la obra de Dios es quien vive sumergido en su poder, visión y nueva vida; quien ama y camina en su luz. Este es el poder espiritual que requiere el pueblo de Dios a fin de cumplir su misión y es poder que Jesús nos da con infinito amor y gracia. Por ello, el cómo su Hijo, limpia el granero, recoge el trigo y quema la paja que estorba y daña. La perspectiva escatológica es clara, el Jesús que vendrá por su iglesia, es el Cristo Juez que pondrá a su derecha y a su izquierda a los que son y no son de él, pero que también llamara a cuentas a sus hijos acerca de su mayordomía, que en este contexto significa, su capacidad para vivir sumergidos en su Espíritu y en el fuego divino.

Si reiteramos la pregunta con la que iniciamos la meditación dominical, ¿eres paja o eres trigo? Recordemos que Jesús limpia su granero y que su anhelo es tomarnos como trigo frondoso, inundados de su poder y su amor, de su gracia y santidad. Solo en esta dimensión nos es posible cumplir a cabalidad el llamamiento a ser hechos a la imagen del Hijo y ser testigos de su reino en el mundo. Porque sólo en el poder del Espíritu podremos sobreponernos a las limitaciones más apremiantes, soportar lo insoportable y transformar para su gloria lo que ahora sirve a Satanás. Roguémosle pues a Dios: sumérgenos Señor en tu Espíritu y en tu fuego consumidor, para ser trigo y no paja en tu granero celestial. Amén.

Domingo 17 de febrero de 1985

EL HIJO AMADO

Mateo 3:17

“17 Y una voz del cielo decía: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él.»”
NVI

LA VOZ DEL PADRE PERfila EL CARÁCTER DEL HIJO. Es cincel que da forma a su alma, asentando golpe tras golpe, con amor y perseverancia. La voz del Padre abraza el corazón del Hijo y su ausencia es carencia que tarde o temprano repercute en la totalidad de su personalidad.

Jesucristo tuvo Padre. Fue su nombre preferido cuando les hablaba de él a sus discípulos, cuando predicaba a la multitud o cuando le buscaba en lo íntimo de su orientación personal.

Por su parte, el Señor se refirió a Jesucristo como hijo. Así lo escucho el Señor después de ser bautizado por Juan en el Jordán.

El acto de su bautismo, con el cual de hecho inició su ministerio, fue un acto de obediencia que caracterizó la relación filial que guardaba con el Padre. Además de tener padre, Jesús sabía ser hijo. La voz del Padre que se deja oír en medio del Jordán fue voz que confirmó su identidad y vocación. Identifica el perfil del llamamiento y clarifica el sentido y método de su ministerio.

Por otra parte, saber que la Escritura nos reconoce como hijos de Dios, es ocasión para considerar que la identidad de Jesús es modelo de la vocación que hemos recibido.

¿En donde se da el principio de la misión?

Ubicándonos como hijos. Comprendiendo que el principio de la misión no es un sentimiento de filantropía por las necesidades del mundo, propio de quienes buscamos el bien por el bien mismo; ni la identificación con un espíritu transformador, que estimula a luchar por un mundo mejor. El principio de la misión del pueblo del Altísimo, de la familia de Dios, ésta en un acto de obediencia, que se realiza por el mero hecho de atender la voz del Padre.

La carencia de una voz paterna clara, cariñosa y oportuna es origen de la ansiedad e inseguridad de la vida personal, como de la vida cristiana. Quien ha carecido de padre, no ha tenido la oportunidad de ser educado en una sana relación filial; es deficiencia que aflora en la dificultad de relacionarse con Dios como Padre. Es punto tensional que se vive como iglesia de Jesucristo, pues la ausencia de la figura paterna provoca un carácter indefinido e inseguridad personal. Realidad que es posible superar en la medida en que cada uno se identifique con Jesucristo y aprenda con él a vivir como hijo. Educación que se inicia en la oración cotidiana. “Padre nuestro que estás en los cielos”.

El principio de la misión de Jesucristo se dio en su bautismo como acto de obediencia. Es lección que hemos de tener presente, a fin de que en lo personal o en lo

eclesiástico, Dios se agrada de nuestra obediencia como anuncio al mundo de que estamos comprometidos con Él.

La relación de Jesucristo con el Padre.

Al escuchar la voz del Padre, Jesús se identificó a sí mismo como hijo amado. Saberlo y oírlo confirmó su identidad de hijo y de escogido por él. La voz de Dios confirmó su vocación al identificarlo con el Mesías anunciado por David y con el Siervo Sufriente de la profecía de Isaías. La voz del Padre definió la tarea que habría de cumplir, porque para eso le fue formado pacientemente, desde su nacimiento en el seno de la familia de José y María, hasta su desarrollo en la ciudad de Nazaret.

La relación que Jesús cultivó con su Padre, -ya en el cumplimiento de su ministerio-, tuvo como principio la actitud alerta del hijo que atiende la voz del papá, quien le indica los pasos que debe dar para llegar al final de su camino. La voz paterna fue seguridad para Jesús y confirmación de su llamamiento. La relación Padre-hijo se dio en la dimensión del respeto y el amor, no de la agresión y la hostilidad. Dios como Padre sabe la trascendencia que su palabra tiene en el corazón del hijo, por ello no sólo procura el tono con el que se comunica, sino el contenido mismo de lo que le dice. Lección en la cual meditar y vivir, reconociendo que la palabra que damos a nuestros hijos es para su seguridad y confianza: seguridad en su vocación y sentido para su vida. Que sea voz de amor.

Su relación con el Padre le permite identificar el perfil de su vocación.

La voz de Dios le permitió a Jesús identificar el perfil de su vocación y confirmar su conciencia misionera. La palabra de amor es cimiento que apuntala la vocación. Porque el amor busca lo mejor para el ser amado y en la dimensión de Dios, lo mejor es buscar Su Reino por sobre todas las cosas. Así, Jesús sabe que es el cumplimiento del anuncio de David en el Salmo 2, como Mesías de Israel y reconoce que la forma en que esta palabra ha de cumplirse es en el contexto del Siervo Suficiente de Isaías.

Si su destino era el trono de Israel, el sendero para llegar a él estaba sembrado de espinas. La voz del Padre confirma su linaje y es indicación de que el precio que hay que pagar es el del amor sacrificial. Como Padre sabio, el Señor no invita a su hijo a eludir el camino, sino que lo estimula a que lo viva.

La voz sabía de quien ama, no estorba el costo de la vocación, anima a cumplir aunque se pague con sufrimiento y prueba.

Su relación con el Padre le da claridad al sentido de su vida

La voz del Padre le da a Jesús claridad no sólo de su identidad, sino también del sentido de su misión. Ser identificado como el Mesías de Israel le dio la certeza de que su lucha sería por la instauración del reino del Padre. Reino que se haría realidad en el corazón y las relaciones de sus discípulos. Sin embargo, aunque los judíos esperaban el

Reino de Dios, no atinaron a comprender la forma en que Jesús cumplía esta vocación. Reiteradamente se negó a encabezar las revueltas de los nacionalistas y rechazó en sus seguidores el uso de la espada, no dio lugar al odio o la vergüenza. Su método fue el amor sacrificial.

Vivirlo, más que predicarlo, le costó el desprecio y la incompreensión. Un costo que enfrentó con valor, sabiendo que estaba cumpliendo la voluntad del Padre. En su horizonte estaba clara la sombra de la cruz. Ella sería la culminación de su amor sacrificial. Senda que transita con un rostro firme y que aún en horas de agonía cumple, porque sabe que es la voluntad del que lo envió.

Jesús, modelo de la vocación del pueblo de Dios

Como la vocación de Jesús, la que hemos recibido del Padre, se inicia en un acto de obediencia radical e incondicional. Una respuesta afirmativa a su voz, viviendo para el reino, anunciando las buenas nuevas de salvación para el mundo. Es vocación que se ha de cumplir asumiendo el amor sacrificial como el camino que el Señor ha trazado para su pueblo. Porque el anuncio del Reino ha de darse en la identificación con las necesidades del hombre, amándole hasta el fin. La obediencia y el amor sacrificial de Jesús son modelo para encarar nuestra propia vocación. Porque sabernos hijos del Padre celestial nos identifica con el llamado a anunciar las virtudes de su amor. Que así sea para su Gloria. Amén.

Domingo 24 de febrero de 1985

DESIERTO, TENTACIÓN Y VICTORIA

Mateo 4:1

“ Porque todo lo que hay en el mundo,
Los deseos de la carne, los deseos de
Los ojos, y la vanagloria de la vida,
No provienen del Padre, sino del mundo.
Y el mundo pasa, y sus deseos;
Pero el que hace la voluntad de Dios
Permanece para siempre”.
1 Juan 2:16,17

"Luego el Espíritu llevó a Jesús al desierto para que el diablo lo sometiera a tentación."
NVI

JESÚS SALIÓ VICTORIOSO. Fue tentado en la soledad del desierto y resistió los embates del Adversario. No así Adán, quien cayó en la tentación que la serpiente puso ante sí. Caída de trascendencia en la humanidad, porque implicó influencia de muerte. Pero así como el primer Adán pecó, el segundo Adán, que es Jesucristo, venció la tentación, lo que no sólo redundó en bendición de su propia vida, sino fue levadura de vida para toda la humanidad.

Enferma de muerte, una mujer fue razón de asombro a médicos y familiares, por la resistencia que demostró en los últimos días de su vida: “es la fuerza de su corazón lo que la mantiene con vida” comentó alguien. Otros, en contraste, mueren rápidamente cuando el ataque de una enfermedad se conjuga con una mala salud y un cuerpo débil. Unos caen abatidos, otros logran resistir tenazmente, hasta vencer.

Descuido y cultivo

Hay que cultivar la vida espiritual, su trascendencia es de dimensión eterna. Atender la vida espiritual es proveer para la fe, el carácter y la vocación, es ejercitar el corazón para que sea capaz de discernir en dónde se mueve Dios, en donde se mueve el espíritu del hombre y en dónde es el diablo el que actúa. Porque da sensibilidad para percibir la dirección de cada acción: de mundo o de eternidad.

Descuidar la vida espiritual hace al hombre vulnerable

El diablo asecha y cuando ve un resquicio pone cosas en el corazón (Efesios 6:11; Juan 13:2), hasta que controla la vida del hombre, oprimiéndolo y llevándolo de derrota en derrota (Hechos 19:38). El descuido de la vida espiritual es práctica nociva en que se incurre al dar lugar a lo que la Escritura llama los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida. Tiene que ver con los sentidos y con los valores y,

finalmente, lastima la identidad cristiana, poniendo temor en lugar de fe, opresión en lugar de libertad y vergüenza en lugar de seguridad.

El adversario de Dios se opone a que el reino de la vida sea consumado entre los hombres. Ese es el sentido de su acción, así tienta al cristiano. Cuando lo encuentra en momentos de debilidad espiritual, fruto del descuido personal y eclesiástico, pone frente a él, con astucia, lo que le es apetecible y le da satisfacción a su vanidad personal. La palabra pastoral del apóstol San Juan así lo advierte, pues la tentación entra por los sentidos. Y el hombre es presa fácil de la tentación cuando su debilidad se suma a la desesperación del desierto. Así como el enfermo puede resistir y vencer si tiene un fuerte corazón, uno débil cae fulminado por su propia irresponsabilidad.

Hay que resistir la tentación

Todo hombre tiene que enfrentar tiempos de desierto. Así el cristiano, vive momentos de angustiosa soledad, -aunados a la presencia del tentador- en los que se sabe atacado una y otra vez para hacerlo caer en los lazos del engañador.

Hay que resistir la tentación, diciendo no a los deseos de los ojos, a las atracciones del mundo y a la vanagloria de la vida. Tres enemigos claramente identificados por la Palabra, cuyo denominador común es la distorsión de los propósitos eternos del Señor para la vida de sus hijos.

Es tiempo de prevenir. Hay que cultivar la vida espiritual para estar alertas a las asechanzas del diablo. Forjando un carácter integro, una fe firme, una vida de oración disciplinada y una vocación decidida. Sobre todo, hay que saber decir no.

Ejercitándonos en todo ello con paciente perseverancia, para alcanzar la fortaleza de un corazón sano, inflamado por el fuego del espíritu. El ejercicio permanente de la vida espiritual capacita para enfrentar las luchas del alma y salir victorioso. Tomando plena conciencia de que la lucha del cristiano es contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales. Los frentes de lucha son peligrosos porque se ocultan, no son visibles ni palpables la mayoría de las veces, aunque toman formas distintas que despiertan el apetito de la carne. En el momento más inesperado atrapan por los ojos. La prevención de la vida espiritual, atiende la educación de los sentidos, para que estos se solasen en Dios y los valores de su Reino, atiende el cultivo de los valores espirituales: amor, justicia y paz, dando cause a las expectativas personales equilibrándolas para que no busquen un placer efímero y finalmente perjudicial. Es palabra de advertencia, estamos a tiempo de cultivar nuestra vida. El adversario no descansa y sus tentaciones son atractivas a la carne.

Jesús venció la prueba

La historia de la tentación de Jesús en el desierto fue ocasión de aliento para la iglesia primitiva. En medio de sus luchas aprendieron a confiar en que “Pues en cuanto el mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”. Su

victoria es la victoria de su pueblo, pues si la trasgresión de Adán lastimó a toda la humanidad, la victoria del Hijo es simiente de vida para todos los hombres. Jesús resistió los ataques de su persona y las distorsiones en que el diablo quiso hacerlo caer en relación con su misión. Jesús salió victorioso.

Hay que vivir la vida cristiana en dimensión de eternidad.

Los años de formación espiritual de Jesús en Nazaret, repercutieron favorablemente a la hora de la tentación. Los cristianos podemos vivir seguros en la gracia del Señor, cultivando nuestras propias vidas en dimensión eterna, cuidando y disciplinando nuestros corazones, de tal manera que su reino sea una realidad para su pueblo. Por ello hay que orar (Mateo 26:41), hay que resistir (1 Corintios 10:13) hay que soportar (Santiago 1:12) y hay que cultivar piedad (2 Pedro 2:9). Es estrategia sabia si reconocemos que el diablo anda como león rugiente buscando a quien devorar; confiando, a la vez, en que si resistimos al diablo, de nosotros huirá.

El Cristo victorioso del desierto nos socorre con su poder y el que fue tentado en todo, tiene un corazón compasivo en nuestras debilidades (Hebreos 2:18, 4:15)

De la salud de la vida espiritual, la fortaleza del corazón, la integridad del carácter cristiano, depende la resistencia que oponamos a la tentación y la victoria que alcancemos sobre ella. Descansando por la fe en lo que Jesús ha hecho por nosotros y que es levadura que ha de leudar a toda la creación.

Hay que cultivar el corazón, evitando que un descuido nos haga presa fácil del engañador. La palabra del Señor es palabra de victoria, aferrémonos a ella, asumiéndola en lo personal y viviéndola en la comunidad de los redimidos. ¿Cómo está la fuerza de tu corazón?

Domingo 3 de marzo 1985

¿NECESITAMOS MILAGROS PARA CREER?

Mateo 4:5-7

“5 Luego el diablo lo llevó a la ciudad santa e hizo que se pusiera de pie sobre la parte más alta del templo, y le dijo: 6 —Si eres el Hijo de Dios, tírate abajo. Porque escrito está: “Ordenará que sus ángeles te sostengan en sus manos, para que no tropieces con piedra alguna.”

7 —También está escrito: “No pongas a prueba al Señor tu Dios” —le contestó Jesús.” NVI

LAS CREENCIAS POPULARES de nuestros pueblos, cuya raíz está no sólo en la propia idiosincrasia, sino en las carencias más íntimas de la nación, acostumbrada a cultos diversos y manifestaciones ancestrales de creencias sobrenaturales aún, de diversas maneras han influido en las formas de expresión de la fe cristiana que el hombre contemporáneo vive en la ciudad de México. Todos conocemos de sobra las manifestaciones del culto guadalupano y las muestras de fanatismo que trae aparejado, así como la explosión de cultos en los que el milagro tiene un lugar central.

Como bautistas, hemos querido obedecer la Biblia en toda doctrina y práctica personal o congregacional, por ello en esta ocasión, el Señor ha de permitirnos considerar la tentación de Jesús en el desierto, a la luz del problema contemporáneo de los milagros y señales prodigiosas.

El milagro no es suficiente

La Biblia afirma la verdad de que la salvación está más allá de los milagros. Es el caso de los diez leprosos que pidieron a Jesús ser sanados en el camino a Jerusalén. El evangelista Lucas nos dice que ciertamente los diez fueron sanados, pero solamente uno fue agradecido para volver a dar la gloria a Dios. Alcanzando posteriormente la salvación de su alma por la fe que Jesús reconoció en su corazón.

Al identificar un problema, ubicamos también el contexto en el que este se da. Por ejemplo, sabemos que en el tiempo de Jesús toda enfermedad era considerada satánica, lo que Jesús no aceptó, y además que la enfermedad de lepra y los problemas de demonios eran sumamente comunes. Jesús, en su propia vida y ministerio tuvo ocasión de ser de bendición para ambas necesidades. Incluso él mismo tuvo que enfrentar la tentación satánica, cuando estando en el desierto el diablo le retaba para que demostrase que era el Hijo de Dios. Pero Jesús no cayó en la tentación de buscar pruebas de Dios para su identidad y misión, se resistió a caer en lo sensacional, prueba que el diablo le demandaba. Así es que ni para seguridad de la identidad cristiana, ni para salvación, el milagro es suficiente, aunque indudablemente tiene su lugar en los misterios divinos.

La identidad cristiana

La seguridad de que se es cristiano no se fundamenta en la experiencia. Jesús sabía que era Hijo de Dios y lo confirmó al escuchar la voz del Padre desde el cielo y al

descender la paloma en símbolo del Espíritu. Así mismo, los cristianos sabemos que somos hijos de Dios porque así lo atestigua la Palabra y el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu.

El tentador puso un condicional al reconocimiento de Jesús como Hijo de Dios. Era trampa para llevar a Jesús a caer en tentación. Pero Jesús no permitió que su identidad fuese puesta en tela de juicio o que necesitase de prueba para estar seguro de ella. Porque la identidad cristiana descansa en el testimonio del Padre a nuestro corazón.

De cualquier forma, quienes buscan milagros o los piden a otros como prueba de su identidad, nunca estarán satisfechos, dado que la curiosidad humana, el morbo que esto provoca y la insaciable necesidad de pruebas nunca verán su fin.

El Hijo de Dios y los milagros

El título Hijo de Dios, es nombre de Jesús de claro carácter mesiánico. La era mesiánica estaba íntimamente relacionada con actos portentosos de Dios y su reino eterno con poder y justicia.

Una de las manifestaciones más claras de que el Reino de Dios se había acercado con Jesús, fue ciertamente su relación con los poderes satánicos. Este es el sentido en que han de enfrentarse los milagros de Jesús: siempre en relación con las señales del reino que testificaban que el poder satánico estaba siendo derrotado vez tras vez, para ser totalmente destruido con su muerte y resurrección. Por ello, los milagros no son para beneficio personal, ni para satisfacción de necesidades individuales, por genuinas que estén sean, son para que el Reino de Dios avance, en testimonio de que la era mesiánica, el reino de Dios ya está entre nosotros.

¿Cómo entender entonces los milagros que Dios hace y que indudablemente han sido de bendición para nuestra vida? No son para salvación, ni para confirmación de la identidad cristiana, sino señales del poder del Espíritu; por ello Jesús indicó a sus discípulos que las señales les seguirán en testimonio del poder que estaba en ellos. Así que los cristianos tenemos de Dios la bendición de ser usados por el poder del Espíritu, a fin de no andar buscando milagros y señales para confirmar nuestra fe. La fe del hijo de Dios descansa en lo que la Palabra dice de él y el testimonio del Espíritu que en el corazón nos hace clamar ¡*abba* Padre!

En un mundo como el que nos ha tocado vivir, cuyas condiciones actuales dan cuenta de profundas necesidades espirituales, emocionales, morales y de todo tipo, ciertamente el poder del Espíritu del Señor ha de hacernos sus instrumentos a fin de dar testimonio de que el diablo y sus ángeles no tienen ya poder sobre la vida del hombre, porque Jesucristo lo ha vencido en la cruz del Calvario. Fenómenos de posesión demoniaca o enfermedades mentales que se le asemejan, las profundadas en los vicios y la inmoralidad, son señales que la iglesia ha de atender y entender como manifestaciones de las fuerzas demoniacas que aún se resisten. Pero hemos de vivir esta dimensión de nuestra fe con gran equilibrio y siempre sujetos a la enseñanza de la Palabra, pues es

cierto que los fanatismos y prácticas propias de nuestra cultura, animista y milagrera, es ocasión en que muchos cristianos pueden ser confundidos. Recordemos, pues, que los hechos portentosos de Dios no son ni para salvación ni para confirmación de la identidad cristiana, sólo son testimonio del poder de Dios y la derrota de Satanás, pero han de ser seguidos por una actitud genuina de fe en la obra de nuestro Señor Jesucristo, para alcanzar la salvación de todo el ser.

Mi fe descansa en buen lugar

Esta expresión es parte de un hermoso canto de nuestros himnos bautistas. Es cierto, nuestra fe no descansa en una religión, sino en la seguridad de que Jesucristo murió por nosotros. Por el Hijo Jesucristo el Padre nos ha adoptado, dándonos seguridad de nuestra naturaleza e identidad cristiana. Por ello, si Dios no ha querido manifestarse en nuestra vida con milagros de uno a otro tipo, confiemos en que él es el Señor y sabe lo que es mejor para cada uno de nosotros, y confiemos en que en ninguna medida esto puede dañar nuestra seguridad de que somos hijos de Dios. Pero si él quiere manifestarse con portentos maravillosos, es porque su deseo es dar testimonio al mundo de que el diablo no tiene poder sobre nuestra vida y su reino ya está entre nosotros.

Así es que, hay que resistir la tentación de andar buscando o provocando milagros. Somos hijos de Dios y como tales hemos de comportarnos. Amén.

Domingo 10 de marzo de 1985

¿ES JESÚS TU LUZ?

Mateo 4:12-16

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres de los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyo heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.

Hebreos 1:1-4

“12 Cuando Jesús oyó que habían encarcelado a Juan, regresó a Galilea. 13 Partió de Nazaret y se fue a vivir a Capernaúm, que está junto al lago en la región de Zabulón y de Neftalí, 14 para cumplir lo dicho por el profeta Isaías:15 «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles;16 el pueblo que habitaba en la oscuridad ha visto una gran luz;sobre los que vivían en densas tinieblas la luz ha resplandecido.»”

JESUS ES LA LUZ DEL MUNDO. Confesión misionera de la Iglesia cristiana; impulso del alma anhelante porque Jesús sea quien resplandezca en el horizonte de la humanidad.

Las tinieblas o la oscuridad es un concepto bíblico de amplio significado. En general se le asocia con la realidad ajena a Dios, espacio del pecado, la opresión, la angustia y la maldad. Sin embargo, el pueblo de Dios vivió siempre sostenido por la palabra divina que centraba su corazón en la realidad de Dios de un Dios de luz. Así lo fue con el Israel de la cautividad egipcia o de la derrota militar o del Israel contaminado por la vida pagana de los pueblos vecinos. Anunciar a Dios como luz que resplandece, fue palabra de esperanza y de salida y realidad liberadora en la experiencia de fe del pueblo de Dios. No accidentalmente Mateo refiere a Jesús el pasaje de Isaías sobre el reinado del Mesías, interpretando y dándole sentido al inicio de su ministerio.

Las tinieblas

El relato de las plagas que Dios envió sobre Egipto, refiere que el Señor mandó a Moisés levantar su mano para que durante tres días y tres noches una densa oscuridad cubriera a la nación. Durante ese tiempo no hubo actividad, de tal forma que ni aún se levantaban de sus camas. La ausencia de luz paralizó la actividad total de la nación, provocando un caos terrible. Por otro lado, en el pasaje de Isaías que cita Mateo, la oscuridad se asocia a la angustia que vive la nación como resultado de las derrotas militares sufridas en el norte y que tuvieron como consecuencia la ocupación de las tierras del otro lado del Jordán. El yugo de la opresión y la angustia de ver el territorio divino ocupado por paganos es la idea de oscuridad que está presente en Isaías.

Una tercera imagen de la oscuridad es la que vivió Israel durante la noche en su peregrinar por el desierto, una oscuridad que podía frenar su marcha hacia la tierra prometida y que hubiera dado lugar a que fueran alcanzados por los ejércitos egipcios. Es oscuridad que pudo detenerlos en el peregrinar del éxodo.

De alguna manera todos los hombres viven estas formas de oscuridad; la que paraliza y provoca caos, la angustia de vivir bajo la opresión o la del camino que desalienta en la marcha de liberación e incluso puede llegar a paralizar. Pero la oscuridad más angustiosa y aberrante; es la oscuridad de quienes viven lejos de Dios: combinando la angustia, el caos, el sinsentido y la muerte. De quienes hacen lo que quieren de su vida y nunca llegan a puerto seguro, vagando como barcos sin timón.

Luz resplandeciente.

Agustín de Hipona confesó a Jesucristo como Luz de Luz y Dios de Dios. Y esto es así porque es la plenitud de Dios que todo ilumina. Así lo entendió Isaías, al escribir que no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, refiriéndose a la derrota militar de Israel. Fue palabra de aliento, de consuelo y de esperanza. Porque Dios es la Luz y su resplandor es para liberación del yugo que oprime a su pueblo. Es luz que resplandece como la forma en que se presenta al mundo, pero que ha de ser vista, para que sea guía concreta del peregrinar de su pueblo.

Al que vive sumido en la oscuridad de la opresión, el caos, la angustia o la pérdida del sentido, la Palabra de Dios es palabra de esperanza y consuelo, pues la luz de Dios resplandecerá para quien está ahora en angustia.

Dios es luz

El apóstol San Juan escribe en su primera carta universal que Dios es luz y no hay ninguna tiniebla en él (1:5). Así lo atestigua la historia de Israel, pues al caminar por el desierto, el Señor les guía como una lumbrera de noche para que no se detuvieran en su salida de Egipto (13:21); Dios es luz para las familias judías que viven dentro de la oscuridad de la plaga de tinieblas, alumbrando en el seno de cada familia judía (Éxodo 10:24) y es luz en Isaías para liberar los territorios tomados por los pueblos enemigos, liberando el yugo de opresión (9:1,2). Pero, sobre todas las cosas, Dios es luz en Jesucristo. Porque si él ha hablado a su pueblo de muchas maneras, en los postreros

tiempos, como dice la Carta a los hebreos, nos ha hablado por el Hijo, en quien ésta la plenitud de Dios. Porque la lumbrera del desierto, la luz al interior de las casas judías y la luz que resplandece al Israel oprimido, no son más que atisbos de la plenitud de Dios en Jesucristo.

La luz de Dios en el mundo de hoy.

Vivimos tiempos de oscuridad, de opresión, de angustia y caos. Pero Dios no nos ha llamado a ser plañideras del presente. Sino a dar un mensaje de esperanza y consuelo a la humanidad. Por ello, el pueblo de Dios sabe que si hay oscuridad en el mundo, Jesús es su luz; que si somos tentados a detenernos en el camino de la liberación y la santidad, Jesús es la luz, cuando vivimos tiempos de angustia o de opresión de derrotas en batalla, Jesús es la luz, porque Jesús como luz de Dios permite ver la realidad de Dios que es el perdón, esperanza y liberación, aún en la oscuridad del pecado. Sensibiliza para buscar la guía de Dios, su consuelo y liberación en cualquier encrucijada del presente. En el despropósito del mundo de hoy, tenemos una luz que nunca se apaga, y que resplandece en nuestros corazones.

Dios es luz y no hay tinieblas en él. Es el testimonio de la iglesia y su anuncio de esperanza al mundo. Porque el pueblo que estaba asentado en tinieblas vio gran luz, la luz de Jesucristo, la plenitud de Dios, como liberador, guía y consolador.

Un canto de victoria.

Es la expresión del salmista cuando dice: Jehová es mi luz y mi salvación, ¿de quién temeré?. Realidad divina, que al vivir en su promesa nos permite decir desde lo profundo del alma: Jesús es mi luz. Confesarlo, creerlo, vivirlo es el mensaje que Dios tiene para ti en esta ocasión. Jesús es la luz del mundo y ha de serlo para ti, ya sea que vivas días de opresión o angustia, tiempos de esclavitud o confusión. Que Jesús sea tu luz es mi oración e invitación. Amén.

Domingo 24 de marzo de 1985

EL DESAFIO DEL REINO

Mateo 4:17

“17 Desde entonces comenzó Jesús a predicar: «*Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos está cerca.»” NVI

LOS MILLONES DE ANALFABETAS, subempleados, desempleados, enfermos, huérfanas y mujeres abandonadas de América Latina, son testimonio de una realidad convulsionada por las más profundas contradicciones humanas. México no es una excepción a esta realidad. Nuestros desesperanzados son los hombres y mujeres del campo que emigran a las ciudades para labrarse un futuro mejor y sólo encuentran rechazo y explotación, vejaciones y humillaciones. Y quienes teniendo acceso a los bienes de este mundo, carecen de amor, paz, compañerismo.

Los pobres, descritos como los desalentados, reciben de Jesús una palabra de desafío. Su conciencia de que el Reino de los cielos está a la puerta de la historia, hace que Jesús confronte a sus seguidores con su realidad de angustia y desesperación. Los desafíos a prepararse para el reino, les demanda un cambio de forma de vida, los exhorta al arrepentimiento.

El reino desafía nuestra desesperanza

La Palabra de Jesús fue una permanente confrontación para quienes le seguían. Provocaba asombro y esperanza. Es palabra eterna que nos llega hoy como un mensaje desafiante. Porque también hay desesperanza en el corazón del hombre contemporáneo.

Presa de las contradicciones que nacen del amor a la riqueza, al placer y al poder. Ídolos que sacrifican a toda la humanidad y determinan decisiones y proyectos. Proyectos de muerte. El hombre de hoy también sufre la angustia del fraccionamiento de la comunidad humana, de los pueblos, las familias y el hombre mismo en su persona; las neurosis, los egoísmos y el desequilibrio del mundo natural.

La angustia no es sólo una realidad, sino la actitud de muchos corazones. Estado de ánimo depresivo y deprimente, de quienes no encuentran salida a sus problemas y se resignan a sufrir. Es a este espacio de muerte al que Jesús desafía con su palabra profética: el Reino de los cielos está cerca, hay que prepararse para su venida.

¡Arrepiéntos!

¡Qué mayor desafío que confrontar al hombre de hoy con una exhortación al arrepentimiento! Del hombre que ha creado sistemas para abolir la responsabilidad personal, de eludir el compromiso, de encontrar soluciones fáciles y desechables para todos los problemas. Pero es la Palabra de la Escritura la que molesta la conciencia porque ubica en una realidad que no se asimila y se oculta. Somos responsables del camino que lleva el mundo y somos responsables de la actitud que adoptamos ante él. A

la resignación de los desalentados, Jesús les dice: prepárense para el reino, a la maldad de los destructores, Jesús les dice: prepárense para el reino. Porque es llamamiento a cambiar de actitud y de forma de vida.

Aunque a nadie le agrade hablar de responsabilidad personal ante el derrotero de su vida, tomar conciencia de que la deformación de la comunidad humana no es más que fruto de las acciones del propio hombre, nos permite percatarnos de la responsabilidad y de la necesidad de decir no a los proyectos de muerte para decir sí a los proyectos de vida. Porque indudablemente hay quienes planean su vida para destruirla y hay quienes la cultivan para gozar de ella con felicidad y amor.

El llamamiento al arrepentimiento es una exhortación de Jesucristo para cambiar de forma de vida, para cambiar de rumbo, dejando de marchar en sentido de muerte para dirigirnos hacia la realidad de la vida que ésta en Dios. Es invitación para levantar los ojos de la arcillas de la tierra, y ponerla en el firmamento.

Arrepentirse es un desafío para quién no acepta su responsabilidad personal, para quién se solaza en la angustia y para quien vive en proyección de muerte. ¡Arrepentíos!

Luz que disipa las tinieblas

El advenimiento del Reino que Jesús anuncia como inminente, fue el tema de los profetas del Antiguo Testamento y esperanza del judaísmo posexílico. Su naturaleza más profunda permanece en la proclamación de Jesucristo. El reino significa la destrucción del orden satánico y de pecado, para dar lugar al orden de Dios. Esto representó para Jesucristo la necesidad de que los hombres se preparasen para recibir el Reino de Dios, cultivando en ellos mismos las actitudes y valores de esta realidad divina. Sin embargo, este cambio de vida era antecedido por el reconocimiento de la lejanía de Dios con que se había vivido y el despropósito que había ocasionado en el pueblo de Dios. Es así que el Reino es la victoria de la luz sobre las tinieblas, la paz sobre el odio, el amor sobre el resentimiento. El gobierno de Dios sobre el mundo, la historia y los hombres. Por ello, cada uno de quienes le escucharon debían prepararse para recibir el reino.

La presencia del reino de Dios en Jesucristo el Hijo, es el desafío que la comunidad cristiana encarna hoy, como testimonio al mundo de esta realidad. El Reino de Dios está presente hoy a través de su pueblo, que es testimonio de esta dimensión de amor, paz, justicia, fraternidad y equidad. Es palabra que también ha de anunciarle al mundo: arrepentíos. Porque el reino de Dios es esperanza para una sociedad de espacios cerrados.

Caos y transformación hoy

Aceptar la realidad presente es el primer paso para avanzar en su transformación. Especialmente para los desesperanzados, desalentados y marginados. Llamándolos a la transformación.

Cambio que produce en el hombre el impacto de la palabra evangélica, que da alternativas y esperanza. La expresión de la iglesia primitiva al final del libro de Apocalipsis: Amen, si, ven, Señor Jesús. Es la expresión de fe de un pueblo que quiere ver transformada la realidad de la muerte en el imperio de la vida. Pero es oración que se sustenta en la acción cotidiana que va transformando las actitudes más íntimas, hasta las estructuras de la sociedad de hoy que forma la humanidad e irrespetan lo que Dios ha creado. Y esto es tan cierto que la Palabra de Dios lo atestigua y la historia misma de testimonio de ello, al constituirse al cristianismo en un fermento de transformación de la esclavitud, la ignorancia, el oscurantismo, el autoritarismo y la mentira. Lentamente el reino de Dios se abre espacios, avanza en medio de la oscuridad del mundo. Porque el reino de Dios, que se hizo presente en Jesucristo, es realidad de transformación en un mundo de angustiados y desesperanzados.

La propedéutica del reino

El inicio del ministerio de Jesucristo fue una exhortación desafiante para quienes le escuchaban. Lo es también para nosotros. Nos desafía a vivir en la dimensión del reino y a ser sus portavoces en medio del mundo. Nos desafía a cambiar de actitud y de forma de vida, para no acomodarnos a los ídolos del poder, la riqueza y el placer que son los tiranos del presente. Nos desafía a ser de bendición para los marginados de Dios, llamándolos a reconciliarse con él. Es un desafío personal. ¿Cómo responderás tú? El mensaje ha sido claro: ¡arrepentíos!

Domingo 31 de marzo 1985

PESCADORES DE HOMBRES

Mateo 4:18-22

“18 Mientras caminaba junto al mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos: uno era Simón, llamado Pedro, y el otro Andrés. Estaban echando la red al lago, pues eran pescadores. 19 «Vengan, síganme —les dijo Jesús—, y los haré pescadores de hombres.» 20 Al instante dejaron las redes y lo siguieron.

21 Más adelante vio a otros dos hermanos: *Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que estaban con su padre en una barca remendando las redes. Jesús los llamó, 22 y dejaron en seguida la barca y a su padre, y lo siguieron.” NVI

EL DISCIPULADO es el antecedente de la misión profética de la iglesia. Ser discípulo de Jesucristo demanda acción, adhesión personal, formación y misión. Exige superar limitaciones, aceptar el desafío del seguimiento y del amor que construye. Las dos parejas de hermanos que Jesús llamó, dejaron inmediatamente sus redes y le siguieron.

De lo ordinario a lo extraordinario

Ser llamado al discipulado demanda una acción al hombre de hoy: la renuncia. La tarea en que Jesús encontró envueltos a Pedro, Andrés, Jacobo y Juan, era un trabajo productivo, del que dependía el sustento de sus familias. Como pescadores sus hábitos les habían forjado un carácter. La llamada de Jesús implicó para ellos el abandono a sus tareas cotidianas, a su fuente de trabajo y a sus propios hogares. Sabemos que Pedro era casado y que Jacobo y Juan trabajaban con su padre. La renuncia a sus ambientes cotidianos significó además disposición a un cambio radical de forma de vida. Eran pescadores, hombres ordinarios: no formaban parte de las clases altas o letreadas, pero tampoco de los pobres de Israel. Nada extraordinario tenían que ofrecerle a Jesucristo, sólo su propia persona. Y lo más valioso, lo que les pidió Jesús. El Señor reconoció, al verles trabajar, que su carácter de pescadores les capacitaba para ser parte de su grupo más cercano: perseverantes, disciplinados, madrugadores, pacientes, valientes, pertinentes y astutos. Y el Señor los usó en la empresa más extraordinaria que haya conocido la humanidad.

El discipulado, en el ámbito de la misión, demanda del seguidor de Jesús el abandono de su contexto personal y un carácter disciplinado e íntegro. Hombres y mujeres comunes son suficientes, si están dispuestos a la entrega de sí mismo.

Jesús demanda adhesión personal

El llamamiento que recibieron los pescadores = discípulos, no fue una invitación para sumarse a una causa, un ideal o una tarea. Fueron llamados a la adhesión personal con Jesucristo. Así lo indicó el Señor: venid en pos de mí, síganme. v. 19.

Jesús los llama a jugarse su suerte con él, a dejar en sus manos su presente y su futuro. Y los discípulos fueron tras Jesús. El es el objeto de la fe cristiana, su persona y su misión son el centro del amor y de la tarea de la iglesia hoy. Por ello, es mucho más que un modelo que imitar, es una persona que seguir y con la cual vincularse de una manera amorosa, íntima y personal.

El discipulado, en el contexto de la misión, descansa en una relación personal con Jesús. Es la fuerza que permite superar los obstáculos que se presentan al predicador del evangelio, y que surgen como amenazas internas o externas. El camino lleno de espinas que tiene que recorrer el peregrino, sembrado de tentaciones de este mundo y de conflictos internos, dan lugar a la duda y el temor. Pero sabemos que Jesús está con sus discípulos y ellos viven con él, es la fuerza que impulsa a seguir adelante en la tarea profética.

Una formación ineludible

La forma espontánea en que respondieron los discípulos, abandonando todo lo que les ataba en este mundo, no fue suficiente para que Jesús los involucrara en su misión. Esto fue claro desde el principio. Jesús les dijo: os hare. Porque si el primer paso en el discipulado es la renuncia y el seguimiento, es este ha de ser seguido por un proceso formativo, en el que el hombre es un discípulo y Jesús es el maestro.

Tal vez estamos enfocando el puente nodal del discipulado cristiano en el mundo de hoy: la formación del discípulo. Los cuatro pescadores que son llamados por Jesús, ciertamente no eran hombres letrados ni religiosos. Pero Jesús hizo de su vida ordinaria algo extraordinario porque fueron sometidos a un proceso formativo que tenía como objeto el prepararlos como profetas del Reino. Jesús acepta por amor al hombre que renuncia a sí mismo y lo sigue, pero su amor es creativo y da forma a una nueva persona, perfeccionada por la gracia y la disciplina del discipulado. El conocimiento de la Escritura, del contexto en que el hombre vive. La capacidad para comunicar un mensaje espiritual, la disciplina personal, la vida en oración y el estudio privado, la capacidad para ver las necesidades de otros y suplirlas con amor, son características que los discípulos vieron en su maestro y tuvieron que aprender. No accidentalmente Jesús pasó una gran parte de su ministerio enseñando y formando con especial cuidado a los que le seguían.

La espontaneidad del seguimiento ha de ser guiada por la paciente tarea del pescador que prepara su carnada y espera que el pez muerda su anzuelo. Es la paciencia y perseverancia que se ha de mostrar en el dejarse formar por Jesús el maestro.

El discípulo de Cristo ha de estar dispuesto a pagar el costo de su formación, con desvelo, disciplina perseverancia, valor y entereza. El discipulado cristiano hoy como ayer, no puede ser mediocre. La misión cristiana demanda hombres capaces en su conocimiento de la Escritura, en su capacidad de articulación y en su vida espiritual personal y comunitaria. No podemos desconocer que hay a quienes les ha costado un mayor sacrificio aceptar su formación que responder al llamado de Jesús.

El reto del mundo contemporáneo

El discipulado cristiano para el cumplimiento de la misión, tiene que enfrentar retos que le presenta el mundo de hoy: Romper con las cadenas de una iglesia aculturada, dar alternativas a la crisis familiar que da lugar a personalidades conflictivas, egoístas e inseguras. Sanar personalidades que dan cuenta de la indisciplina con la que han vivido día tras día desde que nacieron. Romper con el síndrome de una iglesia temerosa, que se atreve a dar la palabra profética del reino de Dios y que estimula un espontaneísmo que más que misión, encarna un escape a las luchas personales o eclesiales. El mundo de hoy, deformado por el pecado, nos presenta retos que como iglesia hemos de asumir, con disposición para ser formados en el contexto de la misión de hoy.

Tenemos una misión profética

Ser pescadores de hombres es ser proclamadores del evangelio del reino. Al principio siguiendo el ejemplo de Cristo, anunciaron la inminencia del reino, después, fue Jesús el centro de su predicación: "...a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo." Hch. 2:36. Porque la misión profética es una convocación para que los hombres abran su corazón al evangelio y sean transformados en seres del Reino, cuya vida sea para alabanza de la gloria de Dios.

Como a los cuatro pescadores del mar de galilea, Jesús tiene un llamado personal para cada uno de nosotros. Pedro y Andrés, Juan y Jacobo supieron responder a las demandas de Jesús. De inmediato dejaron sus redes y le siguieron.

¿Cómo responderemos nosotros? Recordemos que ser discípulo de Jesucristo demanda una acción de renuncia, una adhesión personal, la disposición a ser formados por él y una misión profética, para transformación del hombre y del mundo. Amén.

Domingo de resurrección

7 abril de 1985

JESUS ENSEÑA, PROCLAMA Y SANA

Mateo 4:23-25

“23 Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, anunciando las buenas nuevas del reino, y sanando toda enfermedad y dolencia entre la gente. 24 Su fama se extendió por toda Siria, y le llevaban todos los que padecían de diversas enfermedades, los que sufrían de dolores graves, los endemoniados, los epilépticos y los paralíticos, y él los sanaba. 25 Lo seguían grandes multitudes de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y de la región al otro lado del Jordán.” NVI

EL EVANGELIO DEL REINO es palabra de confrontación para todos los hombres. A los fanáticos, a los desinteresados y a los oprimidos. Jesús tiene algo que decirles. Clarificar el sentido de la Escritura, proclamar el perdón de Dios y liberar a los oprimidos por el diablo, fueron tres elementos centrales en el ministerio de Jesús. Es síntesis de su labor en el mundo y a su vez, ministerio que la iglesia ha recibido para confrontar, liberar y transformar al hombre.

Jesús enseña el sentido de la ley

La sinagoga era parte central de la religión del pueblo de Israel. Amplías funciones que no se desarrollaban en el templo. Se diseminaron por todo el territorio habitado por lo menos por diez familias judías. Era un centro de instrucción religiosa. Quienes la frecuentaban eran hombres interesados en la ley de Dios, celosos de su fe y de su tradición. Sabemos que Jesús asistía a las sinagogas y que en ellas procuraban enseñar el sentido de la ley de los judíos. Se le conocía como maestro y al llegar a las reuniones sabatinas, le permitían hacer uso de la palabra. El mensaje entre los religiosos de su tiempo tenía el propósito de darle sentido a la ley. Jesús les enseñaba a entender el significado de la ley y la forma en que esta se cumplía en su persona. Una y otra vez Jesús enfrenta a sus escuchas con la ley de Dios y los confronta a entender su significado de fondo, que apunta al cumplimiento de las mesas, el advenimiento del reino y su realización en la persona misma de Jesucristo. Y una y otra vez el escándalo y la violencia fue la reacción a las palabras de Jesús.

La religión puede constituirse en un poderoso enemigo de la fe, cuando la letra sustituye al Espíritu, cuando la tradición sustituye a la fe y cuando las normas sustituyen e al amor. Se pierde la razón. Se distorsiona la dimensión de las cosas y se cae en extremos de violencia y agresión. El mundo ha sido holocausto de fanatismos religiosos, políticos e ideológicos. La religión como fanatismo es fiel instrumento de los ídolos del poder y de los dioses de la destrucción, llegando incluso a pasar sobre la vida y la dignidad humana. Jesús confronta a los religiosos con el espíritu y el sentido de la fe y los inquieta hasta disgustarlos.

Jesús proclama el Evangelio del Reino

La región de Palestina era frontera con regiones paganas y era frecuentemente visitada por los comerciantes que las cruzaban en sus caravanas. El comercio y las diversas ocupaciones de sus habitantes la hacían una región bulliciosa. Sus habitantes eran gente común, algunos desinteresados en asuntos de fe y otros seguidores de sectas y partidos políticos de actualidad en el inicio del primer siglo. Jesús se ocupa de anunciar, proclamar en público, en las calles, las plazas, los valles y montañas, así como las playas y riberas, el Evangelio del reino, que a su vez era un llamamiento al arrepentimiento y un ofrecimiento del perdón de Dios. A quienes vivían ocupados de sus intereses personales, contando y vendiendo, comprando, negociando, Jesús los convoca a poner su vista en las cosas de arriba y les hace reflexionar en sí mismos, a fin de que se alleguen al Reino de Dios.

La indiferencia religiosa de las ciudades cosmopolitas y, a la vez, los fanatismos y sincretismos que en ellas se dan, son confrontados por el mensaje de Jesús, que es una exhortación a levantar los ojos de la tierra, para ocuparse de la buena nueva de transformación que entraña el reino de Dios. Responder a esta convocatoria fue decisión que los mismos discípulos tuvieron que afrontar. Saliendo ellos mismos de las barcas y las mesas de impuestos.

Jesús sana a los oprimidos

La promesa en que una gran cantidad de la población vivía, las enfermedades e y epidemias que causaban la muerte a cientos de personas, por razones físicas, mentales o espirituales, fueron también alcanzados por el ministerio de Jesús. Con los marginados Jesús pasó a la acción, a la manifestación del poder del espíritu que había en él y con el cual les hacía sentir el amor de Dios. Los cautivos por el diablo fueron impactados por el poder del Espíritu y liberados de sus opresiones. Eran hombres y mujeres marginados, que no podían alcanzar la salud de sus cuerpos y que recibieron una acción de salida en la persona de Jesús. Los paralíticos, ciegos, sordos, cojos; los endemoniados y oprimidos por el diablo, fueron rescatados de su opresión por la acción liberadora de Jesús. A ellos, Jesús les hace sentir en carne propia el significado de su mensaje. En El no hay disociación entre sus palabras y los hechos, es coherente de tal manera que además de dar sentido a la ley, proclama el perdón de Dios y muestra la forma en que el Reino de Dios supera el sufrimiento de la opresión.

Hoy día hay que vivir de tal manera la vocación de Dios que los millones de marginados que habitan en este planeta, se sientan alcanzados por el poder del amor misericordioso de Dios. Los enfermos por razones físicas o mentales, quienes no pueden vivir en plenitud por estar enfermos de su cuerpo y de su alma, necesitan sentir el poder de Jesús a través de su iglesia, a fin de ser liberados de manera integral de todos los poderes de la muerte y los demonios.

La melancolía y tristeza con que muchos hombres viven, el fanatismo en que otros se refugian, o el desinterés con que se escapan, son claras indicaciones de que el mensaje cristiano es tan contemporáneo hoy y pertinente, como lo ha sido a lo largo de los siglos. Jesús también confrontó a los oprimidos, haciéndoles sentir que Dios obraba para liberación de sus males.

Como iglesia de Jesucristo, comunidad escogida y llamada de entre los hombres, es nuestro privilegio el ser parte de este ministerio integral en que Jesús ocupó sus años de lucha por el reino. Porque hoy como nunca hace falta redescubrir el espíritu de la Palabra, a fin de no hacernos adoradores de la ley y de amar, por encima del cielo a la tradición y volver nuestros ojos al hombre para levantarlos de los poderes que paralizan. Hoy más que nunca, la iglesia ha de redescubrir su ministerio profético, para llamar a los hombres y al mundo al arrepentimiento y a que reciban el perdón de Dios a fin de ser transformados de la esclavitud del pecado a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Así mismo, el mundo en que vivimos necesita ver y vivir el poder del reino que les permita superar el sufrimiento, salir de la opresión, abandonar su frustración y melancolía, la destrucción de sus propias vidas y familias, causada por el impacto del poder desarticulador del mal y Satanás. La coherencia entre palabra y acción, entre enseñanza y servicio, nos es necesaria hoy, de tal manera, que la credibilidad del Evangelio y del ministerio de la iglesia está en ello.

Al considerar el ministerio de Cristo, somos confrontados con su llamamiento a entender el sentido de la Escritura, con su desafío y acercarnos al reino y con su acción liberadora. Ya como fanáticos o religiosos, ya como masa desinteresada y egoísta o como oprimidos y marginados, el Evangelio nos desafía a volvernos a Jesucristo, a transformar la vida por la fe y el perdón de Dios, a ser instrumentos de su gracia para que el mundo vuelva su rostro a Dios. Es nuestro reto, asumámoslo con valor. Amén.

Domingo 14 de abril 1985

JESUS EL MAESTRO

Mateo 5:1,2

“1Cuando vio a las multitudes, subió a la ladera de una montaña y se sentó. Sus discípulos se le acercaron, 2 y tomando él la palabra, comenzó a enseñarles diciendo:”
NVI

LA RADICALIDAD DE LA ENSEÑANZA DE JESUS, el desafío de su llamamiento, son resumidos por Mateo en el Sermón del Monte. Su tarea regeneradora atiende las carencias más íntimas de la multitud que le sigue. Verle instruir sobre la ley, proclamar la buena nueva del Reino y atender a quienes les buscaban enfermos o abatidos. Fue formando una expectativa tal en la región de Palestina y provincias cercanas, que en poco tiempo una multitud le seguía. Jesús los escucha, los observa, los conoce.

No pasa por alto las necesidades de sus hermanos. Y con palabra sabía de profundidad espiritual, les desafía a vivir de acuerdo a la voluntad del Padre, en sintonía con los valores de su Reino.

La visión del hombre

Jesús ve a la multitud. ¿Qué vio en el rostro de los varones, mujeres y niños que constituían la multitud que le seguía? La mirada de Jesús es la mirada de Dios. En el antiguo testamento, Agar, la esclava de Sara, sólo atina a referirse a Dios como “Dios que ve”, y denomina el lugar de su encuentro como Pozo del Viviente-que-me-ve. Y David, en el Salmo 94, pregunta a los que viven con insensatez: “El que formo el ojo, ¿no verá? (v.9).

Jesús observa a la multitud que le sigue y no pasa por alto sus necesidades. Su mirada le permite conocer lo que hay en el fondo de su alma, lo que esperan de él y lo que están dispuestos a dar.

Los discípulos suben a encontrarse con él y también son objeto de su mirada. Han respondido a su desafío y ahora tendrán que escuchar lo que cuesta seguir a Cristo, la radicalidad de su mensaje. Congregados en el monte, con la multitud como espectadores, están en la presencia de Dios para sintonizarse con los valores del Eterno.

La mirada de Dios escudriña el corazón del hombre. Le conoce porque lo formó y porque le ha seguido paso a paso, viendo el dolor de su esclavitud y la insensatez de su comportamiento. Es mirada de misericordia y es mirada de amor. ¿Qué ve el Señor en nuestro corazón?

La enseñanza de Jesús

Al llamar radical y desafiante la palabra de Jesús a sus discípulos, es porque va a la raíz, al fondo, a la médula de lo que Dios quiere del hombre. El Maestro explica lo que

está más allá de la letra de la ley y lo que no ve o no quiere ver. Es la palabra que se ocupa de verdades trascendentes, porque apunta a la transformación del hombre. Su consejo se fundamenta en el amor con que Dios ve al hombre y en la creatividad de ese amor que no queda satisfecho con aceptar y recibir al pobre, sino que anhela su transformación para que sea plenamente humano.

Los sentimientos, los pensamientos, los valores y la forma en que todo esto afecta la conducta del hombre son los espacios que Jesús enfoca con la luz de Dios. El hombre interior es el tema de su enseñanza a los discípulos en el contexto del Reino.

El destinatario de esta enseñanza fue el grupo de discípulos que poco a poco se iba formando. La conciencia de una humanidad carente y oprimida, fue para Jesús motivo de su preocupación por capacitar al grupo de sus seguidores. Es enseñanza para quienes han respondido al desafío del Reino: “arrepentíos porque el Reino de los cielos se ha acercado”. Enseñanza que, sin embargo, fueron convocados y enviados a compartir. No se trata de una instrucción secreta como la de los escribas, llena de simbolismos y misterios, sino de la Palabra clara de Dios destinada a la transformación del hombre y su formación en el contexto de Su voluntad.

El reino demanda visión articulada

Observando, Jesús enseña a observar a sus discípulos. Les hace conciencia de la necesidad de aprender a ver con los ojos de Dios y sentir con el corazón de Dios. Su palpitar ha de ser al mismo ritmo, porque el reino exige a los discípulos sintonizarse con el tiempo de Dios.

Integración que los discípulos tuvieron que aprender poco a poco, paso a paso, con la disciplina de quien sabe ser alumno, escuchando, preguntando, reflexionando, viviendo. Esta sintonía se enriquecía al atender las palabras de Jesús en el monte. Reconocían así los intereses de Dios por la humanidad y podían hacerlos suyos. Por ello, Jesús se sienta a enseñarles, con la solemnidad del rabino que da una palabra de peso, y con la paciencia de quien sabe que no se pierde el tiempo en la educación del reino. Instrucción no ocasional, sino permanente, no espontánea, sino estructurada, articulada con la voluntad de Dios.

Jesús abrió su corazón y mostró a sus discípulos los nidos más íntimos de su mente. A diferencia de las religiones de misterio y de la propia tradición judía, Jesús no mantiene en secreto su sabiduría, ni la hace exclusiva de un grupo de seguidores cercanos. Ciertamente, instruye a los más íntimos, para capacitarlos a fin de hacerles instrumentos del reino de los cielos y de enviarlos por los senderos de Palestina a proclamar el reino de Dios.

La integración con la visión de Dios demanda de los discípulos disciplina y disposición para ser formados en los valores de Dios. Es obediencia ineludible para el discípulo.

Transformados para transformar

El llamado al arrepentimiento y a la aceptación del perdón de Dios, el impacto del Espíritu en quienes siguen a Jesús, es el primer paso a la transformación de su vida. Se es transformado por el impacto de la gracia y se es capacitado para ser agente de transformación, de utilidad en el reino del Señor. Esta información implica una reeducación de la forma de vida, reestructurando valores y hábitos, a fin de palpar al ritmo del reino.

El desafío de la palabra del Maestro, consiste en la anticipación de su enseñanza. Los discípulos fueron llamados a vivir como seres-del-Reino en un contexto de muerte y de pecado. El desafío a comprometerse con la radicalidad de un seguidor de Jesús.

Aprender a ver Con Jesús las necesidades más íntimas del hombre, reconocer el valor de su enseñanza, y asumir el compromiso del discipulado, son los pasos que han de dar los discípulos.

Vivir hoy con la radicalidad del reino, con el desafío de sus valores y actitudes, es demanda que no podemos soslayar, es el centro mismo del mensaje cristiano. Sacrificarlo o olvidarlo es hacer impotente el poder de Dios, acomodando el mensaje a los valores del mundo y no el mundo a los valores del reino. Son las demandas de Dios las que han de ser sal que penetre en el mundo para orientarlo en dimensión de su amor. Amén.

Domingo 21 de abril de 1985.

POBRES EN ESPÍRITU

Mateo 5:3

“...¿qué aprovechara al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” Marcos 8:36

“3 «Dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece.”

LA FELICIDAD es la búsqueda incesante de la humanidad. Hay quienes la entienden como un estado de ánimo que en ocasiones se tiene y en otros no. Se produce por los estímulos externos que se reciben del mundo circundante, ya sea por satisfacción de los ideales personales, estímulos de seres amados, adquisición de objetos o bienes, etc. Pero Jesús, en el sermón de la montaña, hace una afirmación que nos deja pasmados, asombra y en ocasiones parece incomprensible.

No hay que errar el blanco

Hay quien pone su confianza en el lugar equivocado y no encuentra la felicidad. Los santuarios contemporáneos del consumo y el placer, ya sean los grandes almacenes en los que pueden encontrarse todo tipo de mercancías, o los centros de diversión en los que el hombre pierde conciencia de sí mismo, buscando una felicidad fortuita y pasajera, son claros ejemplos de la superficialidad y desubicación con que el hombre de nuestro siglo busca un rato de felicidad por muchos de frustración. Por ello, el consumo se ha convertido en una compulsión contemporánea, tanto a niveles de satisfactores como de valores. No pocos sabios de hoy han dicho que el mal del siglo está en haber convertido al hombre mismo en el centro de todos los valores y origen de la felicidad. Para esta falacia la palabra de Dios es clara y directa: maldito el hombre que confía en el hombre, apartando su corazón de Jehová (Jeremías 17:5).

La miseria

La primera bienaventuranza que recoge Mateo en el verso tres, contiene una palabra hebrea de significado asombroso, la traducción que se hizo al griego y al español, nos permite enriquecer aún más su significado. El pobre para la cultura griega es un hombre despreciable, que no debe participar en la ideal republica platónica. Se refiere a la pobreza absoluta, al hombre que vive hundido en la miseria y tiene que mendigar para subsistir. Para los hebreos el pobre es el humilde e imposibilitado, el que carece de poder, el marginado por la sociedad. En el Nuevo testamento tenemos ejemplos claros de los pobres: Lázaro y la viuda que depositó las dos blancas. En nuestra cultura el pobre es el pordiosero, el que está por debajo del nivel de subsistencia.

Lo asombroso de la primera bienaventuranza es que Jesús declara feliz al hombre pobre. Porque es el mendigo, consciente de su necesidad, quién está dispuesto a colocar

su esperanza y confianza en Dios. El reconocimiento de su necesidad, la conciencia de sus carencias, la pobreza de su espíritu, la conciencia de su propio pecado, le hace abrir su corazón a Dios. Hoy, a nadie se le ocurre hablar de la bendición de la pobreza, sino de la maldición que acarrea su presencia en la vida.

La realidad de la pobreza en nuestra América Latina: los millones de marginados que habitan en las ciudades perdidas, los niños abandonados y las mujeres solas, los teporochitos y malvivientes son una presencia desgarradora de nuestras ciudades. Su pobreza material, su marginalidad social, el desprecio que sufren de sus congéneres, encuentra palabra desafiante en la boca de Jesús: ¡Qué feliz es el pobre de espíritu! El que se ha dado cuenta de su pobreza, de su necesidad, de su realidad. El que vive con el dolor de su conciencia y se abre al reino de Dios.

¡Feliz el pobre!

No se trata solo de una afirmación, sino de una exclamación enfática de Jesús. No es una promesa para el futuro, sino una realidad presente. Es la dicha verdadera del hombre que abre su corazón a Dios y acepta su amor como una bendición inmerecida. Es el miserable que se sabe amado por Dios, el hombre que puede gozar la más excelsa y maravillosa felicidad. Porque no hay felicidad mayor que saberse amado y aceptado por Dios. Más aún cuando nos sabemos indignos de tan sublime amor. La felicidad del pobre es el gozo autosuficiente que no depende de las motivaciones externas para ser real, porque no depende del bien o del mal que recibe. Gozo de quien vive permanentemente en la presencia de Dios, en compañía de Jesús, del que vive a Dios como su totalidad de su vida, y no tiene nada más de donde asirse, ni cosa alguna que pueda sustituir el amor de Dios. El pobre feliz es el que ha podido entregarse a depender de Dios, que es dichoso al hacer su voluntad.

Jesús dice, felices los pobres de espíritu, para quienes la pobreza, más que una realidad material, es una opción personal, cuya disposición a dejarlo todo, a olvidarse de todo, les da la felicidad de vivir el reino de Dios como el único objeto de su voluntad. Y no que la renuncia les haga felices, sino que pertenecer a Jesús es el todo que el hombre puede tener.

Solo el hombre que ha estado dispuesto a dejarlo todo, a dejarse a sí mismo, es el que vive feliz, abandonado en las manos de Dios. Su única opción está en Dios, razón de su felicidad.

El Reino

La primera bienaventuranza, en donde Jesús reconoce la felicidad de la pobreza de espíritu, tiene una promesa en tiempo presente. Además que en pertenecer a Jesús está la felicidad, recibe un premio de Dios: el reino de los Cielos.

El reino de los cielos, así como el reino de Dios, nos habla del dominio de Dios, en donde su voluntad se realiza. Así lo dice la oración del Padre nuestro: “venga tu reino,

hágase tu voluntad” Voluntad de Dios y reinado de Dios son sinónimos y realidades paralelas que nos muestran que solo quienes hacen la voluntad de Dios, viven en Su dominio y reinado. Sólo quien se ha entregado y depende de Dios, está en posibilidad de llevar a cabo Su voluntad en la vida. Por ello, Jesucristo les dijo a los escribas y fariseos, que las prostitutas y los publicanos les llevaban delantera en el reino de los cielos, dado que despojados de todo, eran felices al vivir de acuerdo a la voluntad de Dios. Porque quien nada tiene, nada teme perder.

El Reino de Dios es realidad presente para quien vive de acuerdo a Su voluntad, cuya obediencia se funda en la confianza, en la entrega, en la renuncia a todos los bienes de este mundo: la renuncia a sí mismo y a todo ídolo que se adueña del corazón. Es el corazón del pobre de espíritu el lugar en donde la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como el cielo.

Ubiquémonos en Dios

¿Qué lugar hemos adoptado frente a la palabra del Señor?

La pobreza de espíritu es la opción del hombre contemporáneo para ser feliz. Todo otro motivo de su aparente felicidad es deleznable, se tiene hoy y mañana no. ¡No hay otra, hay que ponerse en las manos de Dios! Porque, “Sólo Dios hace al hombre feliz, la vida es nada, todo se acaba, sólo Dios hace al hombre feliz”. La pobreza por decisión, el reconocimiento de nuestra necesidad, es la felicidad. Por ello, dichosos los que reconocen su necesidad espiritual, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Amén.

Domingo 28 de abril 1985

LOS QUE LLORAN

Mateo 5:4

“Tener amor es sufrirlo todo.....” (1 Corintios 13:7 V.P.)

“4 Dichosos los que lloran, porque serán consolados.” NVI

LA DESHUMANIZACION que atizábamos como lava que destruye a su paso todo lo que en su camino hay, adquiere especial relevancia en “la sociedad de la aspirina”. La reticencia al dolor, al sufrimiento, como síntoma de la deshumanización de la sociedad, se enfrenta a la aguda paradoja del Sermón de la montaña: ¡felices los que lloran! Hay quienes han experimentado la dicha a que se refiere Jesucristo, aquí un ejemplo; “ Durante año y medio, mi querido padre estuvo gravemente enfermo, con cáncer los últimos tres meses de su vida los pasó en mi casa asistido por mi esposa y por mí. Más lo que realmente quiero decirle es que dichosos tres meses fueron la época más bendita en las vidas de mi mujer y la mía. Hasta su última noche le estuve diciendo a mi padre lo felices que nos sentimos por poder experimentar este estrecho contacto con él durante sus últimas semanas.” (Carta a Viktor E. Frankl).

El sufrimiento

Sentir dolor es característico de los seres vivos, tener conciencia de dolor es distintivo propiamente humano. Y sin embargo, el dolor es una experiencia tan íntima y subjetiva que sólo puede vivirla quien sufre.

Jesús dice a sus discípulos: felices los que lloran. Su expresión remite al tipo de dolor que sólo puede vivirse en las experiencias más amargas de la vida: la muerte, el desencanto, la conciencia. El dolor del alma que no puede encontrar paliativos en medicamentos, porque traspasa el corazón. Sobrecoge hasta lo más íntimo. Y sin embargo, hay algo profundamente humano en la experiencia del dolor, que deja gran riqueza y belleza en el corazón del que ha sufrido. El dolor nos parece como el fuego purificante de los metales preciosos, que hacen humano al hombre y más valioso al metal. Cuando el alma toca fondo, se sensibiliza el corazón a Dios.

Ocupémonos en los tipos de sufrimientos que el cristiano puede vivir:

En primer lugar, el sufrimiento que nace de ser consciente de la realidad del mundo. Jesús mismo lo vivió al exclamar: ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados; ¡ Cuantas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste; (Mateo 23:37)

En segundo lugar, el dolor del arrepentimiento, cuando el hombre cae en la cuenta de su propio pecado y se enfrenta a la cruz, vislumbrando las consecuencias que ha tenido su extravío. David lo expresó así: “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos” (Salmo 51:4).

El tercer lugar, podemos señalar el dolor de quienes han estado dispuestos a dejarlo todo por causa del reino. El sufrimiento de la renuncia y el desgaste personal, del que lucha por el reino de Dios. Es exhortación de Pablo a Timoteo: “Tu, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo” (2 Timoteo 2:3).

En cuarto lugar, el sufrimiento del crecimiento. En el que la lucha está en hacer morir las obras de la carne y crecer en la dimensión de Jesucristo. Sufre el que lo vive, y también el que, lo procura en quienes están bajo su cuidado: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”. (Gálatas 4:19), El dolor de la configuración.

Por último, consideremos la presencia del sufrimiento en la profunda experiencia de amar. Así lo ha expresado el apóstol Pablo en su carta a los corintios: amar es sufrirlo todo. Aceptando el sufrimiento, sin negarse a lo difícil, porque da sentido y profundidad a la vida.

¡Felices los que sufren!

Aceptar la realidad del dolor en la vida, como parte de un proceso de maduración y crecimiento no incluye el aceptar una afirmación paradójica como la de Jesús, quien califica como dichosos a los que sufren. En su profunda sabiduría, Jesús nos dice que el dolor tiene siempre su recompensa y ha de hacernos felices. Feliz el hombre que llora por un profundo sufrimiento, porque vive con lo profundo de la vida y su conciencia. En contraste, habría que exclamar ¡Hay de aquellos cuya superficialidad les mantiene al margen de lo propiamente humano; Esta es la paradoja de la alegría de la tristeza y el dolor, porque en él se descubre lo realmente valioso de la vida, siendo consciente de uno mismo y de la trascendencia de lo que es y se hace, por lo que se vive. ¡Feliz el que pueda sufrir con otro y por otro; que ha podido salir de sí mismo, para dar lugar en su corazón al mundo que le circunda. Fue la razón del lamento de Jesús al ver a Jerusalén sumida en su rebeldía. ¡Feliz quien sufre penalidades por el Reino de Dios; por el evangelio de Jesucristo. ¡Qué feliz el hombre que sabiendo amar, está dispuesto a sufrir por amor; a sí mismo, al mundo, al reino, a Jesucristo. Indudablemente, tener amor es sufrirlo todo. La Crisis es el centro de la vida cristiana.

En la segunda carta a los corintios, Pablo nos hace considerar una profundidad insospechada

Del sufrimiento cristiano: “Pero tenemos este tesoro en vaso de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados: en apuros, mas no desesperados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos... Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros...” (2 Corintios 4:7-10, 15). En el mismo sentido les escribe a los romanos, diciendo: “...si es pues que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (8:17)

Isaías entendió así la vocación mesiánica del Hijo de Dios, cuya proclamación tendría como centro, consolar a todos los enlutados. Un consuelo que vendría de Su identificación con el dolor y la agonía de los que sufren y llevando él, sobre sí mismo, su dolor y sufrimiento. Es el himno del Siervo Sufriente.

Identificarnos con esta vocación, asumiéndola como nuestra propia misión, es vivir la cruz de Cristo como centro de la vida cristiana.

Serán consolados.

¿Cómo ser consolados si no se ha sufrido? ¿Cómo aceptar el consuelo, si no ha asumido el sufrimiento? Jesús dice:” Felices los que lloran, porque serán consolados”.

El cristiano es consolado en la certeza del cumplimiento de las promesas diarias. Poniendo su corazón en la Palabra anuncia tiempos de liberación y refrigerio para las angustias de la operación o del dolor cristiano. Y para quien ha aprendido a vivir a Dios como Padre de misericordia y Dios de toda consolación. Cualquiera que sea la razón del sufrimiento y de las lágrimas que riegan nuestras mejillas, recibimos consuelo en el Reino que se ha hecho presente entre nosotros en Jesucristo. Amén.

Domingo 5 de mayo 1985

MANSEDUMBRE

Mateo 5:5

“... os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo...” 2 Corintios 10:1

“5 Dichosos los humildes, porque recibirán la tierra como herencia.” NVI

EL DESCONTROL DE LA VIDA es fruto de un corazón que se nutre en el pozo de la indisciplina y la rebeldía. La exaltación de ánimo, la debilidad o la impotencia, son erupciones que afloran en la epidermis de un cuerpo de desatinos. Diagnóstico cuya realidad es desafiada por la Palabra de Cristo: ¡felices los mansos! mansedumbre que se canaliza como hijo de Dios y como hermano en la fe. Ejemplo tenemos en el patriarca Moisés y en el Hijo Jesucristo. Su integridad, mansedumbre y carácter son modelo de identidad cristiana en un mundo desdibujado. Su prosperidad espiritual dio testimonio que la mansedumbre tiene como resultado una vida abundante en Dios. Es un nuevo modelo de vida en Cristo que enfrenta con el poder del evangelio los modelos de una sociedad que estimula el descontrol de la vida y la exaltación del ánimo.

Un problema de fe

Hay que señalar los problemas para ubicarlos en su justa dimensión, someterlos a un análisis objetivo y propugnar por su superación. Venciendo la tentación de quienes se recrean oyendo problemas para estimular el morbo.

Y más que de un problema de fe, hay que señalar que la indisciplina y el descontrol del ánimo son carencias de un carácter cristiano deformado, en el que el estímulo ha sustituido la paciente formación de una vida bajo el control del espíritu.

La ausencia de un carácter férreo en cuanto a la fe, queda en evidencia ante el impropio de la ira descontrolada, que destruye y se solaza en el aniquilamiento de lo que la despierta. Es un torrente de energía fuera de control que arrasa todo lo que hay a su paso, como un río fuera de su cauce. Una anergia destructiva que no se ha sabido canalizar a través del paciente cultivo de un carácter de fe. Y por paradójico que nos parezca, la ira destructiva no es más que una manifestación de debilidad e impotencia, Porque el energúmeno que se levanta sobre su prójimo para dañarlo con la pus de su ira, no es más que impotente, incapaz de controlar sus emociones y débil de carácter, que no se atina a encauzar positivamente sus energías en la extensión del reino. Es poder del control de Dios y que sirve a la carne o al mismo demonio, quien opera en esa vida como lo hizo en la de Caín, con los trágicos resultados que todos conocemos.

Fuerza que desemboca en autoritarismo, violencia, muerte. En la vida cristiana tiene como principio un corazón que no ha aprendido a confiar en Dios y actúa con rebeldía, negándose a seguir los consejos de la Palabra y la voluntad de Dios.

¡Felices los mansos!

El uso común de la palabra mansedumbre en nuestra cultura ha desvirtuado por completo su significado bíblico. Popularmente se le asocia con una falta de carácter, dejadez e impotencia. Nada más lejos de lo que Cristo quiso enseñar a sus discípulos.

La mansedumbre a que se refiere el Maestro en la tercera bienaventuranza, tiene significado en la relación del hombre con Dios y con su prójimo.

El manso es el que da su perfecta confianza, su perfecta obediencia y su perfecta sumisión a Dios. Quien sabe aceptar en humildad amorosa y obediente la forma en que Dios actúa en su vida y la providencia como él derrama su amor. Quien asume como el mejor el camino el que Dios traza para su vida. Aceptar sus órdenes y conducción.

La mansedumbre como forma de conducta con el prójimo es posible en quien tiene su vida bajo control. Quien sabe soportar y actuar con suavidad ante aquello que despierta su enojo. Para quien pudiendo actuar con severidad, da paso a la suavidad. Suavidad que ésta al margen de la indolencia, pues es resultado de la fuerza. Especialmente en momentos cuando el enojo aflora, el manso sabe controlarlo para que no sea un poder destructivo. Sino constructivo, no hiriente, sino cicatrizante. Es el enojo justo que se despierta cuando se es testigo de una injusticia y que su ausencia sería pecado por indiferencia. Sin embargo, la posibilidad de ejercer el control sobre el enojo, es resultado de autocontrol, el autodomínio y la autodisciplina. Empresa ciertamente imposible si se pone la confianza en uno mismo, realidad espiritual si la vida se deja en las manos de Dios, aprendiendo a vivir bajo el control del Espíritu Santo, encauzando las energías en el ejercicio de la vida devocional, aprendiendo a latir al ritmo del corazón de Dios.

La mansedumbre del cristiano

Se fundamenta en el carácter de Cristo y tiene como parangones a los hombres de fe. Moisés es un claro ejemplo de un hombre manso. Con el carácter y la fuerza que le permitió sacar a su pueblo de la esclavitud y de ponerlo a vista de la tierra prometida, soportando los cuarenta años de desierto y las rebeldías del pueblo; pero humilde y obediente ante la manifestación del Dios de Israel. Dispuesto a seguir los pasos que Dios le indicaba en su sendero.

Pablo mismo, echa mano de la mansedumbre de Cristo para exhortar a los hermanos de Corintio en cuanto a su comportamiento. En Cristo, fue mansedumbre que le permitió ejercer su poder espiritual bajo el dominio y la voluntad del Padre.

Aceptando con humildad los agravios y definiendo con energía a los que actuaban con injusticia. En ambos casos, el control de su vida estaba en relación directa con el control de Dios.

La herencia prometida

Solo quien sabe disciplinar su vida y dominar su temperamento en el poder del espíritu Santo está capacitado para recibir la herencia de Dios, que fue la tierra prometida para Israel en Egipto, las bendiciones de Dios a Israel en Palestina y la plenitud de vida en Cristo para el cristiano. Porque no se comporta como el hijo que dilapida con torpeza la riqueza de su herencia, sino que ha aprendido a valóralo y a ganarla con una vida recta, Bajo el dominio de Dio. Solo quien tiene dominio propio sabe aceptar con responsabilidad la libertad gloriosa a que hemos sido llamados como hijos de Dios, por ello, el Apostol Pablo exhorta a los fieles a no tener la libertad que hemos recibido en Jesucristo, como ocasión para la carne. Por ello, hereda la vida abundante quien ha sabido vivir bajo el control de Dios y no de sus instintos o sentimientos destructivos. La libertad y la independencia que se viven en el poder de Dios son totalmente plenas. Tal como las de Jesucristo ante los poderes que sojuzgan al hombre y a los pueblos. Es el modelo de libertad, como herencia de Dios, que hemos de vivir en un mundo que estimula el descontrol y la exaltación del ánimo. Amén.

Domingo 12 de mayo de1985

¿ES POSIBLE SER FELIZ?

Mateo 5:6

“En el camino de justicia está la vida; y en sus caminos no hay muerte.” Proverbios 12:28

“6 Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.” NVI

EL EGOCENTRISMO ES UN AMOR ENFERMIZO. El famoso filósofo inglés Bertrand Russell afirma, en su libro *La Conquista de la felicidad*, que uno de los impedimentos mayores para ser feliz es la excesiva concentración en uno mismo. Por su parte, nuestro Señor Jesucristo, conversando con Felipe y Andrés, afirma que el que ama su vida, la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. (Juan 12:25). El narcisismo es patología mental de quien se contempla a sí mismo, convirtiéndose en objeto de su amor. Es, ciertamente, desequilibrio que produce infelicidad.

Jesús afirma y exclama con toda certidumbre, que la felicidad está en el apetito por hacer la voluntad de Dios en la vida. Un deseo vehemente de que Su querer sea el propio anhelo de vida. Al apropiarse de la expresión de Jesucristo: pero no como yo quiero, sino como tú.

La descomposición

Síntoma inequívoco de enfermedad es la carencia de apetito. Al hablar de la vida del espíritu, la inapetencia es insensibilidad. Grave síntoma de que se ha sido atacado por agentes extraños, cuyo propósito es la destrucción de la vida. Ya sea virus, bacterias o parásitos que viven a expensas del cuerpo en que se alojan.

La rebelión de Absalón fue seguramente una de las experiencias más amargas en la vida del rey David. Ver a un hijo levantarse contra su padre, es dolor incomparable. A tal grado Absalón había conjuntado poder político y militar que David tuvo que salir huyendo de Jerusalén rumbo al desierto. Fue la ocasión en que compuso el Salmo 63. Un canto que expresa la frescura de su fe: “Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela”. En medio de la soledad del desierto y el desánimo de la traición, David no pierde su apetito espiritual, ora de madrugada, en el lecho de su cama, sintiendo hambre y sed de su Dios.

La inapetencia espiritual,-que se gesta poco a poco, descuidando el cultivo de la vida cristiana, pecando sin confesar y sin arrepentimiento, endureciendo el corazón;- degenera en corrupción de fe, vocación y misión. La palabra de Jesús, dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, va dirigida a sus discípulos. Los que han dejado todo, en un pasado de fe, para seguir a Jesús y a quienes les da una advertencia. Porque el peligro de la inapetencia espiritual, del desánimo, de la infección de la carne, amenaza la vida de los hijos de Dios. Se corrompe la fe, porque se descompone la frescura de un corazón que

ya no reposa en Dios, ni es consciente de la cruz de Jesús, y se olvida de que a Dios se debe, porque se ha pagado un precio muy alto por su rescate. Se degenera la vocación, porque se resiste el corazón a cumplir con el llamado de Jesús a dejarlo todo, e incluso aborrecer la vida, por causa del reino. Se corrompe la misión, transformándose en una búsqueda de éxito personal o satisfacción propia, olvidando que es Dios mismo el contenido y fin de la misión de la iglesia: es Su voluntad la que se ha de cumplir. En todo ello, la descomposición de la personalidad aflora como un amor desequilibrado por uno mismo, que atenta en contra de todo lo que hay a su paso: fe, vida, vocación, familia, iglesia.

El don inefable

El don inefable de Dios es el amor. Amor que se ha derramado en nuestros corazones a través de Jesucristo su Hijo. Es el amor el que puede darle sentido a la vida, para trascender la enfermedad de vivir y pensar sólo en uno mismo. La sutileza del narcisismo nos pone alertas para no caer en el engaño de amarnos de tal manera que en realidad laboremos en pro de la propia destrucción. El narcisista se ama a sí mismo con carencia de amor, porque no se ha sentido amado y se vuelve sobre sí mismo, negándose al mundo y a su prójimo. Con sutil apariencia busca a los otros, quiere agradar, pero en el fondo busca ser aceptado y sentirse satisfecho en sí mismo. No le interesa la felicidad del otro, sino la propia felicidad. Toma el camino equivocado que le lleva a una profunda depresión y frustración.

Dios nos ama, nos ha amado en el Hijo. Su amor ha sido desprendimiento y sacrificio. Es un amor perfecto, que no busca lo suyo y todo lo da. Que es feliz dándose a los hombres. Es este amor divino lo que puede dar sentido a la vida de cada uno de nosotros. Porque el que cree en el Hijo, aunque esté muerto vivirá. Una fe que se anida en el corazón y permite que se vea diferente a Dios, al hombre, al mundo y a uno mismo. Pues el amor de Dios opera de tal manera que: "...en otro tiempo erais tinieblas, más ahora sois luz en el Señor." (Efesios 5:8)

Vehemencia por hacer lo que Dios exige

Hambre y sed de justicia, es un deseo vehemente por hacer lo que Dios exige. El sentido que la vida ha adquirido en Jesucristo, se hace concreto en el anhelo por la justicia. La justicia puede ser entendida tanto como una rectitud personal, así como la realidad que determina las relaciones entre los hombres y del hombre con Dios.

Así como Pablo al escribir a los efesios les enseña que el fruto del espíritu es toda justicia (Efesios 5:9), Jesucristo usa la misma expresión en las bienaventuranzas. Se trata de una justicia perfecta, que incluye tanto la vida personal, como las relaciones humanas y la vida con Dios. Por ello, la realidad personal adquiere trascendencia cuando se vive por la justicia del reino, que ha de significar un nuevo sentido a la forma en que vivimos en lo personal, como familias, como iglesia y como pueblo de Dios, en relación con los

que padecen injusticia y con Dios. En este sentido, justicia es amar al hermano y amar a Dios (1 Juan 3:10). Porque la justicia de Dios es el amor, que acepta al pecador como alguien sin culpa y sin mancha, recibéndole con los brazos abiertos e invitándole a compartir la comunión de mesa que es comunión de vida.

¿Qué tanto anhelamos la justicia? ¿Hay apetito en nuestro corazón, anhelo ferviente, por vivir de acuerdo a las exigencias del Reino? No olvidemos que el apetito de nuestro corazón es signo inequívoco de la salud de la vida espiritual. Estemos alertas para no caer en la peligrosa enfermedad de amar de tal manera nuestra propia vida, que la perdemos, destruyéndola con nuestras propias manos. La felicidad es una realidad para el cristiano que ha aprendido a salir de sí mismo y a vivir por el Reino de Dios, luchando por la justicia como una realidad para su vida en lo personal, amando y luchando por los que padecen por la justicia. Pero también, viviendo en justicia en sus relaciones con Dios. Si este es nuestro deseo, Jesús dijo, que seremos saciados. Atiborrados de tal manera de felicidad, que contagiemos al mundo del gozo inefable que en Cristo hemos recibido. Dios se deleita en nuestros sueños.

Domingo 19 de mayo de 1985

¿EN QUE CONSISTE EL AMOR?

Mateo 5:7

DIOS ES AMOR. Su amor es compromiso en dimensión de eternidad. Sale de sí mismo para darse a la humanidad, a cada hombre y mujer en lo personal. Su visión de amor es universal y no obstante personal. El ilustre intelectual mexicano Alfonso Reyes, escribe: Ama, sin embargo, a los hombres de tu siglo que parecen no saber ya amar, que sólo obran por hambre y por codicia. (La existencia como economía, como desinterés y como caridad) Y, sin embargo, asoma la pregunta: ¿en qué consiste el amor?

Los hombres de este siglo

No saber amar es la imperfección más aguda de la humanidad: la deslealtad de Adán y Eva al Creador, la ira desatada de Caín que se engendró en un ensimismamiento dañino. La miseria del hombre de su capacidad de expresar amor, al encerrarse en sí mismo, dando lugar a la insensibilidad, la indiferencia y otras actitudes que dañan las relaciones con su prójimo. Un mundo sin Cristo es un mundo sin misericordia: perverso, destructivo. Sus acciones son producto de la codicia, la dureza de corazón, el afán de poder.

Si la Biblia enseña que el hombre ha sido creado para ser-con-otros, el pecado, como la miseria del hombre, lo hace encerrarse en sí mismo y mantenerse ajeno a todo lo que pasa fuera de él. Dando paso a una agria indiferencia, especialmente hacia aquellos que sufren cualquier tipo de marginalidad: espiritual, moral, social, económica. Hacia el que vive derribado en una sociedad de competencia desleal, que estimula lo individual por encima de lo comunitario.

El egoísmo nos separa de Dios. Porque ya lo dice la Escritura: el que no puede amar a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?

La dicha de la perfecta simpatía

¡Dichosos los que viven con misericordia! Los que practican los sentimientos benignos de su corazón. La misericordia a que se refiere Nuestro Señor Jesucristo en la quinta bienaventuranza, más que un sentimiento de condolencia o compasión, se trata de una acción por los que sufren la miseria de la realidad del hombre. El significado bíblico de la palabra misericordia es de tal riqueza que su traducción en español requiere de mayor explicación. En la Escritura tenemos tres pasajes que pueden ayudarnos a profundizar en las implicaciones de esta exclamación de Jesucristo. Lucas 10:33 nos refiere la conocida historia del buen samaritano, quien al ver a un hombre medio muerto fue movido a misericordia. Su enseñanza es clara, misericordia es prestar ayuda de manera práctica, sin importar barreras de ningún tipo. Mateo 18:27 refiere la parábola de los deudores, en la que el Señor perdona la deuda a su siervo, al ser movido a misericordia. Significado en este caso la capacidad de perdonar una deuda. Ciertamente

esta bienaventuranza refiere a una acción que nace en lo más profundo de un corazón sensible a las necesidades de otros. Que está dispuesto a llevar con otros sus trabajos y miserias dando esperanza, alegría, seguridad y refugio. Es amor que se dirige hacia quienes padecen cualquier tipo de sufrimiento. La misericordia es un amor leal, constante y fiel, porque es coherente con él mismo y se da. Por ello, es lo opuesto al egoísmo, al ensimismamiento, vertiéndose por entero a cada persona.

La misericordia es un amor actualizado por individuos en particular. Lo que la Escritura llama el prójimo: el más cercano. Que bien puede ser aquel que vive bajo el mismo techo o comparte las horas de trabajo y estudio. Sólo quien ha muerto a sí mismo y vive para Cristo es capaz de amar con misericordia, porque su negación personal le permite abrir su corazón a su prójimo y darse sin reservas. De tal manera que está capacitado para ver con los ojos, pensar con la mente y sentir con el corazón de su prójimo. Es la auto - identificación total con el otro.

La radicalidad de la palabra evangélica se hace manifiesta en un mundo que estimula la competencia, el egoísmo, la fractura de la comunidad humana, y que, como bien ha dicho Alfonso Reyes, se ha olvidado de amar, para vivir por lo que le satisface su hambre y su codicia. No obstante, el Hijo de Dios exclamó que la felicidad está en aquellos que viven el amor con misericordia, que en el fondo es una perfecta auto - identificación con el prójimo, habiendo muerto para sí mismos y viviendo para Cristo.

Dios se hizo hombre

Uno de los textos más subyugantes de la Escritura, porque manifiestan la profundidad del amor de Dios a los hombres, es el de la Carta del Apóstol San Pablo a los filipenses: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”, (2:5-8)

La encarnación de Jesucristo es la máxima expresión de la misericordia. Porque es la manifestación de cómo el corazón de Dios se ha inclinado hasta identificarse plenamente con la miseria de la humanidad, de cada hombre en particular. En Cristo, Dios se convierte en nuestro hermano, viendo como uno de nosotros, oyendo y sintiendo, en una perfecta identificación, con disposición para compartir cada una de nuestras luchas. Porque el origen de la misericordia está en Dios mismo. La antigua bendición sacerdotal (Números 6:25) así expresa. Es confesión de fe en la eternidad de la misericordia de Dios que hemos aprendido a repetir en el Salmo 23: “Ciertamente el bien y la misericordia me guiarán todos los días de mi vida...” (v.6a). Ya sea que volvamos nuestros ojos a la naturaleza o a la propia historia del pueblo de Dios la misericordia de Dios se encuentra paso a paso. En él, su misericordia significa fidelidad y constancia en su amor, lealtad a su pueblo, que en Jesucristo queda abierta para toda la humanidad.

Porque Dios es amor. De ahí que la manifestación suprema de la misericordia de Dios sea la encarnación del Hijo, en la que Dios se identifica totalmente con los dolores y los sufrimientos de cada persona. Ser misericordioso es sentir como Dios siente y actuar como Dios ha actuado en Jesucristo.

Promesa y advertencia

El beneficio de ser misericordioso nos alcanza aún a nosotros. Porque Dios ayuda a los que se portan así, Jesucristo dijo: dichosos los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia. La auto - identificación perfecta con el corazón del hombre nos capacita para ser tolerantes y perdonar, dado que, “conocerlo todo, es perdonarlo todo”. Identificarnos íntimamente con el prójimo nos capacita para entender por qué actúa de tal manera y hará más efectiva cualquier tipo de ayuda. Nos enseña a dar y como dar, reflejando la actitud de Dios, quien conociendo íntimamente el corazón del hombre, se supo dar en Jesucristo. Por ello, ser misericordioso es más que dar. Es darse en sacrificio por amor al hombre. Reflejando así la actitud de Dios, configurándonos a Cristo en su muerte y en su resurrección. Ser misericordioso nos une a Dios, no serlo, nos separa de Dios. Por ello, es promesa y advertencia claramente expresada en Santiago 2:13 y Mateo 7:2

Oremos en esta hora a nuestro Dios, para rogarle que Él nos enseñe a ser una comunidad que vive sostenida en la misericordia, y por lo tanto, una comunidad dichosa. Cuya felicidad nace de la presencia de Cristo en cada corazón y todo lo que esto entraña para la vida de la comunidad. Nos debemos a Dios, al mundo y al hermano. Amén.

Domingo 26 de mayo de 1985

CRISTO NOS HA HECHO LIMPIOS

Mateo 5:8

“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”. Juan 15:3

“8 Dichosos los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios.” NVI

EL HOMBRE TEATRAL es el hombre del siglo XX. Ha aprendido el uso de la máscara para ocultar su personalidad. Incluso en el ámbito de la fe, vivimos la amenaza de contagiarnos de un ambiente cristiano, sin serlo, con buenos propósitos que no se pueden alcanzar. Una fe limpia es una fe genuina, que se vive con transparencia y sinceridad, que descansa en la realidad de la obra expiatoria de Jesucristo, por quien el Padre nos ha adoptado como hijos, habiendo recibido por gracia el perdón de nuestros pecados y la transformación de la vida.

La polución del corazón

El verbo polución refiere a la acción de manchar o ensuciar. Para el pueblo judío la limpieza ceremonial era una preocupación central en la vivencia de su fe. La ley prescribe una serie de restricciones para no contaminarse, a las que tenían que sujetarse tanto los sacerdotes que oficiaban en el Templo, como todo aquel que quería participar de los sacrificios. Actitud que originó en Jesucristo una aguda advertencia: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas; Porque limpiáis lo de afuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseos ciegos; Limpia primero lo de adentro del vaso y del plato, para que también lo de afuera sea limpio” (Mateo 23:26,27).

Es el mismo espíritu del salmista, quien se pregunta: “¿quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede permanecer en su santo templo? El que tiene las manos y la mente limpia de todo pecado; el que no adora ídolos ni hace juramentos falsos” (Salmo 24:3,4 V.P.)

Por su parte, el Apóstol San Pablo reconoce en Timoteo la virtud de una fe no fingida; sino genuina y sincera. Porque la hipocresía de la fe, su representación, es una amenaza para quienes viven en un ambiente religioso. Confundiéndose con una teatralidad que representa lo que no es. Imitando actitudes externas e incluso un lenguaje religioso, pero con un corazón impuro y unas manos manchadas por la injusticia en que se viven las relaciones cotidianas. El salmista sabía que la pureza de corazón tiene que ver con unas manos limpias que no dan pie al cohecho o a la explotación del prójimo; y un corazón que no se inclina ante los ídolos. Una fe fingida es aquella que representa, como quien se pone máscara, una forma de ser que se contradice en la vida cotidiana, porque Dios no es el centro de la vida: se lastima al prójimo y se adora al dios que se construye por la propia carne. Un corazón sucio, manchado y mezclado con pecado, es impuro moral y espiritualmente. Una fe fingida deja mucho que desear en cuanto a su

autenticidad: “Pues donde esté tu riqueza, allí estará también tu corazón”. (Mateo 6:21). La conciencia de esta realidad espiritual es lo que lleva a exclamar al profeta Isaías: “¡Hay de mi; que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio del pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.” (Isaías 6:5). Ante la simulación y los aparadores, la fe cristiana ha de mostrar su autenticidad y sinceridad. La fe que se vive con alegría es la fe genuina, que no da pie a la frustración ni a los remordimientos, ni al temor de ser descubierto como una moneda falsa. La expresión de Jesucristo en esta bienaventuranza, refiere con claridad a un corazón que carece de mezclas o de aleaciones; limpio, como una ropa recién lavada.

De ahí que esta sea, en opinión de muchos, la bienaventuranza que más exige del discípulo de Jesucristo, pues le demanda un corazón totalmente limpio, sin mezcla de ninguna clase y que está dispuesto a ser sometido al escrutinio de Dios, tanto en pensamiento como en motivaciones. Por lo que sus manos son inocentes y su conducta es irreprochable. Es la fe de quien vive con transparencia y con sinceridad.

Sopesar el corazón es medida sabia, escuchando la exhortación de Dios, quien nos impulsa a: “Echad de vosotros todas vuestras trasgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo. ¿Por qué moriréis, casa de Israel? (Ezequiel 18:31) Y la voz del Espíritu Santo en labios del apóstol Pablo: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”, (2 Corintios 7:1). Nuestra fe ha de ser sometida a una purificación tal, que se despoje de toda hipocresía, representación o fingimiento. Así lo dice el profeta Jeremías: “Lava tu corazón de maldad, oh Jerusalén, para que seas salva. ¿Hasta cuando permitirás en medio de ti los pensamientos de iniquidad” (4:14).

“El que quiera venir en pos de mi....”

La radicalidad de la enseñanza de Jesús queda de manifiesto en su invitación a la negación del propio yo. Vivir en toda profundidad esta bienaventuranza, sólo es posible para quien ha muerto a sí mismo, dejándose purificar por la gracia de Dios. Porque solamente Cristo puede hacer surgir la dicha de un corazón puro, sin mezcla de pecado y sin fingimiento hipócrita. Es la felicidad de la sinceridad, que sobrepaja la frustración de quienes viven engañados o que tratan de engañarse a sí mismos. La fe cristiana descansa en la seguridad de que Cristo, nuestra pascua, ya fue sacrificada, convirtiéndonos en nueva levadura. (1 Corintios 5:7,8).

Es la sangre de Jesucristo la que nos limpia de todo pecado, purificándonos a través del lavamiento de la palabra, que penetra el alma hasta lo más profundo del corazón. (1 Juan 1:7).

La dicha de estar en comunión con Dios

Nuestro carácter moral y nuestra actitud mental, la pureza de nuestro corazón, o nos acerca cada vez más a Dios o nos aleja de él. La dicha a que se refiere Jesús, nace de una fe que vive en íntima comunión con Dios, cuya esperanza es llegar a un conocimiento pleno, y a una profunda amistad por amor. La realidad que vive nuestro corazón: los pensamientos, sentimientos y acciones, determinan la forma en que vemos a Dios. Ya con el temor de una conciencia que nos acusa o con la dicha de quien se sabe comprometido hasta sus vísceras, en el reino de los cielos, que no consiste ni en comida, ni en bebida, sino en justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Romanos 14:17).

Ante la palabra de Jesús, que penetra en nuestros corazones para llamarnos al arrepentimiento, reconociendo que hemos sido hombres de labios inmundos y de corazones impuros, no hay más que humillarnos ante Dios (Miqueas 6:8). Bendiciéndole porque por gracia somos salvos, pues Cristo nos ha hecho una nueva levadura por el derramamiento de su sangre y rogándole que tenga misericordia de nosotros, para que al examinar nuestro corazón, nos permita estar dispuestos a ser purificados por el carbón encendido de su altar, negándonos a nosotros mismos y viviendo para él. Oremos a Dios, para que nos fortalezca, a fin de vivir una fe genuina, con un corazón sin mezcla alguna, testificándolo con nuestra lealtad a él y la justicia en que vivimos con nuestros hermanos. Amén.

Domingo 2 de junio de 1985.

LA FE CRISTIANA EN EL MUNDO DE HOY

Mateo 5:13

“13 »Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve insípida, ¿cómo recobrará su sabor? Ya no sirve para nada, sino para que la gente la deseche y la pisotee.”
NVI

LA IGLESIA ES UNA COMUNIDAD TESTIMONIAL, llamada por Jesucristo a salir de la escoria del mundo (1 Corintios 1:27,28) para ser luz resplandeciente. Su misión se da de cara al mundo para influir en él, de tal manera que lo que está bajo el dominio del pecado quede bajo la soberanía de Dios. Es la perspectiva misionera del Reino.

Una iglesia ineficaz, aculturada, carnal, es un contrasentido que influye negativamente la realidad del mundo. Es pecado de quien sabiendo hacer lo bueno, no lo hace. Cristo es ejemplo de vida testimonial, muestra el amor de Dios, viviéndolo de tal manera que confronta al hombre para volverse a él.

Jesús al terminar las bienaventuranzas, inserta esta palabra que da sentido a la vida de sus discípulos, no sólo educando su fe en relación con su vida en comunidad o con Dios, sino en el significado que tiene para el mundo, cuando se es pobre de espíritu, se llora, se es manso, se tiene hambre y sed de justicia, se es misericordioso, de limpio corazón, pacificador y un perseguido por causa de la justicia. En cada actitud hay bendición de Dios, perspectiva de transformación del mundo.

La presencia de la Iglesia en el mundo

La presencia del cristianismo en la América Latina se remota a la cruz y la espada de la conquista española. Fue toda una empresa cristianizadora que tuvo que empezar por decidir si los habitantes de este continente eran dignos de ser evangelizados o no, una polémica sobre la humanidad de los indios que llevó años en dilucidarse, hasta que prevaleció la conciencia de su dignidad humana. La expresión popular de esta fe ha estado plagada de mitos, santerías, paganismo y relajamiento moral. La presencia cristiana fue una transformación cultural y a lo largo de los años se ha significado por una lucha por el poder.

La llegada de los misioneros evangélicos fue difícil. La predicación de un mensaje personal, se dio en el contexto de la ayuda social, la alfabetización, el colportaje, etc. Su énfasis ha sido la conversión personal y la labor de evangelismo. Su presencia en la sociedad ha sido mínima y su crecimiento numérico y poco significativo desde la perspectiva estadística.

De una u otra manera una mentalidad conventual es característica de la vida de los evangélicos en América latina. Se ha dado una marginación de los espacios de

decisión en la sociedad. Y cuando la presencia evangélica se da casi inevitablemente, no hay elementos para articular la fe en el contexto del mundo.

¿Sería demasiado aventurado afirmar que la iglesia como una comunidad testimonial se asemeja a esta sal que en palabras de Jesucristo, pierde el sabor? ¿O la realidad de la iglesia en América Latina da testimonio de una fe que influye, condimenta y persevera al mundo de hoy? Nuestra meditación sobre la misión cristiana en perspectiva del reino señala la gravedad de vivir la fe de manera ineficaz, sin perseverar, al desdibujarse el carácter cristiano, acomodándonos al mundo, con sus pasiones y deseos. Es buena ocasión para reflexionar en qué medida nuestra presencia como iglesia tiene algo que decirle a nuestra comunidad, sociedad, ciudad, nación y mundo. Porque la perspectiva de Jesucristo es de dimensión universal.

Sin embargo, Jesucristo nos enseña que el testimonio de la iglesia ayer y hoy ha de darse a través de una comunidad de fieles dispuestos a ser luz en las tinieblas y sal al mundo, viviendo con los valores del Reino de Dios. No se trata de luchar por el poder o la riqueza, sino de vivir en pobreza de espíritu, llorar, ser manso, tener hambre y sed de justicia, misericordioso, de limpio corazón, pacificador y un perseguido por causa de la justicia. El compromiso ético personal es insoslayable en el contexto del reino de América Latina.

Una iglesia testimonial

Una iglesia fermento, que es sal en el mundo de hoy, nace de un compromiso personal y comunitario con el Señor del reino para vivir de acuerdo a los valores de la Palabra, siendo distintos al mundo, tanto a niveles personales, familiares, eclesiásticos y sociales. A una mentalidad conventual se le ha de superar con la formación de un espíritu testimonial y misionero. Reconociendo que la influencia de la iglesia se da a través de la vida de los cristianos en las diferentes esferas de responsabilidad cotidiana. Vivir de acuerdo a las normas del Reino es compromiso personal, familiar y de iglesia. Es en este contexto en donde el poder de Dios y su realidad han de ser soberanas. Porque si la soberanía de Dios no empieza sobre la propia vida, la familia, la iglesia, el anuncio al entorno social, perdería legitimidad (Juan 17:21) Todo ello es una verdad que apunta a la necesidad de una fe genuina y profunda, que se compromete en el seguimiento de Jesús, no siendo oidor advenedizo, sino un discípulo que se ha negado a sí mismo y le ha dicho si a Dios.

En esta perspectiva, la santidad de los cristianos, su ser diferentes al mundo, es razón de su influencia, condimento y preservación de todo cuanto existe. Para que, en la perspectiva del Apóstol Pablo a los Colosenses, todo lo creado se reconcilie con Dios. Ser iglesia testimonial es compromiso de santidad misionera, en donde la santidad se define por lo que no se hace (que es importante) sino por lo que se hace, porque es testimonio de que se es un hijo de Dios. Ser una iglesia testimonial es cumplir la función de la sal: influir, servir, condimentar, perseverar, dar sabor y ser señal de la fidelidad de Dios al

nuevo pacto en Jesucristo. Ser sal incluye conducta, pensamientos y sentimientos, forma de vida personal, familiar y eclesial.

Cristo, testimonio de Dios

La configuración le da sentido a la vida de la iglesia. Tanto en su carta a los Efesios como a los Gálatas, Pablo afirma esta verdad. Tanto el crecimiento de la iglesia, como su formación son guiados por este propósito. Porque Cristo es el modelo del nuevo hombre y de la nueva humanidad. Su influencia en el mundo tuvo como sustento su santidad, su capacidad de amar y el cumplimiento de su misión, viviendo de acuerdo a los valores, las normas de su reino. En él aprendemos la pobreza de espíritu, el sufrimiento, la mansedumbre, el deseo de justicia, la misericordia, la pureza, la paz y la justicia. Un estilo de vida testificado en el poder del Espíritu y cuyo costo significó la realidad de la cruz. Su vida fue testimonio de Dios, de todo lo que él es y hace por la humanidad. Y es llamado al que hemos sido convocados, para que al anunciar el testimonio de Dios en Cristo, haya en nosotros la realidad de una fe no fingida, que muestra la realidad del poder de Jesús en nuestra vida, al poner bajo su soberanía todo lo que somos y hacemos, con disposición para preservar al mundo, darle sabor y ser sujetos de transformación para la gloria de Dios Padre.

La sal que deja de cumplir su función, pierde su utilidad. Queda para ser pisoteada. Una iglesia que pierde su capacidad de influencia en el mundo, es burla y escarnio de los hombres y razón de la tristeza del corazón de Dios.

Jesús nos ha desafiado a vivir de acuerdo a su propia manera de vivir. Es un desafío para ser influencia positiva en el mundo de hoy, simple y sencillamente a vivir como cristianos, no acomodándonos al mundo, sino transformándolo en el poder del Espíritu Santo. ¿Querrás tú sumarte a este desafío? Que así sea para bendición del mundo y gloria de Dios. Amén.

Domingo 30 de junio de 1985

UNA ESTRELLA EN EL HORIZONTE

Mateo 5:14-16

“14 »Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad en lo alto de una colina no puede esconderse. 15 Ni se enciende una lámpara para cubrirla con un cajón. Por el contrario, se pone en la repisa para que alumbré a todos los que están en la casa. 16 Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo.”

JESUS ES LA LUZ DEL MUNDO: “El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, Luz resplandeció.” (Mateo 4:16). Mateo recuerda el pasaje del profeta Isaías sobre el Príncipe de Paz, y el texto del profeta hace referencia a la victoria que el Señor dio a Gedeón y sus trescientos hombres sobre los madianitas (Jueces 7:15-25). Tanto Isaías como el libro de los Jueces hacen referencia a la acción de Dios para liberación de la opresión y el gozo del pueblo por la salida de su vida de oscuridad. Tanto en el caso de Gedeón, como en el de Isaías la liberación de Dios fue bendición para el pueblo de Israel. En el texto de Mateo, se define la predicación de Jesús: un llamamiento al arrepentimiento en la perspectiva del reino, a su cambio de vida por la acción de esa perspectiva del reino, a un cambio de vida por la acción del Espíritu.

Jesús contrastó la realidad del mundo, con la de sus discípulos. Al mundo lo describió como una región de oscuridad y tinieblas, a los que le seguían les llamó luz.

“Vagaba yo en la oscuridad”

La dimensión personal del mensaje de Jesucristo ha sido medida de la predicación evangélica. La visión del hombre que surge del Evangelio atiende a su realidad espiritual y lo confronta con la Palabra profética de Jesús. De una u otra manera el hombre mismo ha hecho conciencia de esta realidad al señalar que la miseria del hombre es su propia impotencia para vivir de acuerdo a lo que es bueno, justo y verdadero. Conciencias sensibles a esta problemática han descrito la realidad de su tiempo como una náusea.

No obstante el pueblo de Dios sabe, por la palabra de Evangelio, que la miseria del hombre es el pecado, lo hace esclavo de sus propios instintos y fractura la comunidad humana. Israel fue objeto de la lucha de las naciones por el poder y cayó en opresión. Por otro lado, el hombre contemporáneo es objeto del comercio de sus inclinaciones más íntimas. Fracturando de tal manera la convivencia humana que la sociedad cainítica es una amenaza permanente. A esta verdad hace referencia el himno cuando se hace eco al testimonio personal de muchos cristianos, que han reconocido que sin Jesús vagaban en la oscuridad del mundo.

La afirmación de Jesús: vosotros sois la luz del mundo, es tanto una verdad que atiende a la identidad como a la misión que se le ha encomendado al pueblo de Dios. El

contraste es claro con la visión del hombre sin Dios: vive sin reconocer su necesidad espiritual, sustentada en una alegría ficticia que viene del estímulo de sus sentidos y en muchos casos de una enajenación irracional, con el corazón sucio, que da lugar a la soberbia y al enojo descontrolado y malvado. Dando por resultado relaciones interpersonales que se establecen a partir de instintos no controlados y antivalores de muerte. Esto es aún más grave en una sociedad que estimula de tal manera los sentidos que ha convertido al placer en el Dios de este siglo.

“Brilla en el sitio donde estés”

Así como nuestros himnos, la “coritología” latinoamericana ha sabido captar el espíritu del Evangelio, exhortándonos a brillar en cualquier lugar. Y bien podríamos usar la metáfora de la estrella, porque el cristiano no brilla con luz propia, sino con la luz de Dios. Por ello, Jesús afirma; “vosotros sois la luz del mundo”, señalando una realidad que vivimos por la gracia de Dios, quien nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. Desde esta perspectiva, la Iglesia de Jesucristo es una comunidad que vive en la dimensión mesiánica de Jesucristo. Cuya misión es ser luz a las naciones y a todo hombre que vive en oscuridad. Ya el profeta Isaías afirmó esta perspectiva misionera universal como central en su descripción del Mesías. Jesús nos involucra en su misión, nos hace parte de ese pueblo mesiánico, llamado a ser influencia positiva, luz, a los hombres. Esta luz a que se refiere Jesús son las buenas obras que han sido diseñadas desde la fundación del mundo para que andemos en ellas. Martin Lutero consideraba que esa luz es el creer, confesar y enseñar la fe, a lo que habría que añadirle que es toda obra de amor en que los cristianos expresan su fe día a día. Es a través de lo que se vive, como los cristianos son luz al mundo. Es vivencia de la fe de un corazón que arde por la llama viva del amor, la justicia, la paz y la esperanza. Esto hace del cristianismo una fe perfectamente visible, que cumple las funciones de la luz: guía y advierte del peligro, se vive en la energía y el poder del Espíritu.

La luz del mundo

La visión del profeta Isaías señala la promesa mesiánica dada a Israel, la liberación de la presión y tiempos de alegría y fiesta, Jesús por su parte, acota con su vida y enseñanza el significado de su misión. En este sentido Lucas hace referencia al cántico de Simeón, que recoge una perspectiva universal. El mesías no sólo sería honra de Israel, sino luz a los gentiles (2:32) Sin embargo, la actitud del pueblo cuando se vio envuelto en la luz de Dios no fue de alegría, al contrario, Jesucristo dijo que como los hombres amaban más las tinieblas en las que podían vivir de acuerdo a sus concupiscencias, rechazaron la luz (Juan 3:19) y con ella rechazaron la vida que Dios ofrece en su Hijo (Juan 8:12, 9:5), y el sentido que el imprime al peregrinar por el mundo, a fin de no quedar en oscuridad (Juan 12:35, 12:46).

El llamamiento al arrepentimiento con que Jesús empezó su ministerio, fue ocasión para que los hombres abandonaran sus malas obras y fueran investidos por la luz de Dios, a fin de vivir de acuerdo a sus propósitos eternos, expresados en las bienaventuranzas del Sermón del Monte. Mensaje que se inicia señalando la bendición de reconocer el vacío espiritual, cayendo en la cuenta de la oscuridad en que se vive y la necesidad de que Dios transforme esa negritud con la brillantez de su presencia.

Un pueblo mesiánico

Jesús nos hizo parte de su misión. Como él es luz, nosotros también somos luz. Como él fue enviado a ser luz de los gentiles, nosotros somos enviados a ser luz a todos los hombres. Esta misión se vuelca en realidad en la medida en que como hijos de Dios vivamos nuestra propia identidad en medio de una sociedad que estimula la idolatría de los sentidos y el resquebrajamiento de la comunidad humana. Ser diferentes es responsabilidad que no podemos eludir, no por el prurito de una diferencia artificial, sino de lo que es constitutivo de nuestra identidad y ha quedado definido en las ocho bienaventuranzas. Aceptar esta diferencia es asumir una responsabilidad que nos confronta con la doble función del pueblo de Dios: evitar la descomposición del mundo (sal) e iluminar las tinieblas con lo que somos y lo que hacemos (luz).

La oscuridad en que viven millones de seres humanos sobre la faz de la tierra, clama por la manifestación de los hijos de Dios, que articulan su fe de tal manera que su luz alumbrará las tinieblas, influyendo positivamente en cada circunstancia, a fin de llamar al mundo a que se reconcilie con Dios. No podemos eludir esta vocación, porque sería eludir nuestra propia fe. No se trata de una parte accesoría que se puede vivir a elección, sino de la misma esencia de nuestra fe. Asumamos con alegría el privilegio de ser parte de la misión mesiánica del pueblo de Dios, alumbrando como una estrella en el horizonte.

¿Eres luz? Que el Espíritu inflame nuestros corazones para alumbrar a los hombres con la luz de Dios. Amén.

Domingo 7 de julio de 1985.

JESUS Y LA LEY

MATEO 5:17-20

“17 »No piensen que he venido a anular la ley o los profetas; no he venido a anularlos sino a darles cumplimiento. 18 Les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra ni una tilde de la ley desaparecerán hasta que todo se haya cumplido. 19 Todo el que infrinja uno solo de estos mandamientos, por pequeño que sea, y enseñe a otros a hacer lo mismo, será considerado el más pequeño en el reino de los cielos; pero el que los practique y enseñe será considerado grande en el reino de los cielos. 20 Porque les digo a ustedes, que no van a entrar en el reino de los cielos a menos que su justicia supere a la de los fariseos y de los maestros de la ley.” NVI

LA LEY Y LA JUSTICIA SON DOS REALIDADES QUE Jesús entrelaza en el Sermón del Monte. Su enseñanza sobre la ley disipa la curiosidad de los judíos acerca de la actitud de Jesús frente a ella. De manera enfática, Jesús acepta la autoridad de la ley como palabra divina ha sido dada por Dios. El mismo entiende su vocación como un cumplimiento de la ley y los profetas. No rompe con el pasado, sino que lo consume. La exigencia que le plantea a sus discípulos en una actitud ante la ley que les permita vivir en una justicia radical, cuya raíz está en su asimilación espiritual.

El cristiano, la ley y el mundo de hoy

El famoso comentarista William Barclay ha descrito la sociedad contemporánea como una sociedad permisiva, en la que ha repercutido el proceso de cambio que vive la humanidad, desdibujando las líneas que determinan las normas morales y los valores humanos. Señala problemas relacionados con el trabajo, el placer, el dinero, la sexualidad, la familia y la comunidad. En nuestra realidad latinoamericana las circunstancias no son diferentes. Ha imperado una moral católica que poco a poco va cediendo su lugar a la moral hedonista de la sociedad de consumo. Una ventana abierta a esta realidad son los programas televisivos, que muestran como un espejo las circunstancias por las que atraviesa nuestro continente. Hoy, podemos constatar que la represión engendra rebeldía. Que una moral cuyas preocupaciones sean las normas y no las personas, finalmente termina en una crisis de agotamiento. En nuestros días se vive una confusión tal que el hombre debate la eterna pregunta por discernir entre lo bueno y lo malo, desconfiando de las normas que le indican lo que es bueno. El resultado ha sido el relajamiento de la moral cuyo resultado es la fractura de la comunidad humana, tanto en la célula primaria de la familia como en los vínculos secundarios del vecindario, el trabajo, la escuela, etc. Hay que señalar, no obstante, que en nuestro contexto sufrimos los embates de esta problemática en la esfera de la honestidad, la castidad, la fidelidad, el pudor, la discreción, la santidad. Se ha convertido en práctica común y aceptada

socialmente la corrupción, la fornicación, el adulterio, el exhibicionismo, el chisme y el rumor.

La obediencia radical

Jesús enseña a sus discípulos la actitud que adopta ante la ley. No la rechaza ni la elude, acepta su autoridad y la consuma. Sin embargo hay que señalar que Jesús hace referencia a la Escritura englobada bajo los términos la ley y los profetas, o lo que hoy día llamamos el Antiguo Testamento, y en contraste mantiene una actitud crítica ante la tradición oral de los escribas y las miles de normas que se habían formado a partir de la ley, Asume la palabra de Dios y se compromete a cumplirla, pero mantiene una actitud diferente ante la tradición oral, que en su recopilación en el siglo tercero de nuestra era, constituía una gran cantidad de libros. Sin embargo, Jesús se está refiriendo a una realidad de fondo en su relación con la ley, pues si la Escritura es la historia de la salvación, esta historia halla su culminación en el ministerio de Jesucristo. Si la palabra anuncia el advenimiento del Mesías y la realización del Reino de Dios, esta palabra se cumple en la persona de Jesús. Por ello, Jesús no rompe con la historia de Israel y la ley, sino que es su punto culminante, su realización y lo que le da significado. Es a partir de Jesús que el cristiano se compromete a una obediencia radical de la revelación divina, afirmando que la Biblia, es la norma de lo que hace y de lo que cree.

La plenitud de sentido de la ley está en Jesucristo porque en él se cumplen los propósitos eternos de Dios para el hombre y el hombre ve restaurada su relación con El. Es el mensaje de la reconciliación que la iglesia proclamó con vigor. Y por ello, el apóstol San Pablo pudo decir que el fin de la ley es Cristo (Romanos 10:4)

Jesús y la ley

Jesús vivió en obediencia a la voluntad del Padre. Una y otra vez afirmó que era conveniente cumplir la Palabra. Acepta la autoridad de la revelación y asume sus consecuencias para su vida. En todo ello Jesús es ejemplo de obediencia radical a la voluntad de Dios. Él lo había entendido en la profundidad de su ascendencia espiritual, porque la ley y los profetas tienen como valores de fondo el amor: el amor a Dios y el amor al prójimo. Así lo enseñó y lo vivió. Porque la obediencia radical a la voluntad de Dios está en la medida en que se ama a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Por ello, frente al legalismo de los judíos, expresado en la legislación de los escribas y en la falsa moralidad de los fariseos; Jesús señala que el cumplimiento de la ley está en la capacidad de amar a Dios y al prójimo. Y frente a la crisis moral y espiritual del hombre de nuestro siglo. Jesús afirma que la esencia de la moral cristiana está en la capacidad de amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Su vida y su enseñanza adquieren radicalidad tanto en el contexto judío del primer siglo como en la sociedad hedonista de nuestros días. Porque la ley del amor es eterna y adquiere su verdadero sentido en la consumación del Reino, del que Jesús es principio,

contenido y fin. Por ello, consideramos que la radicalidad de Jesús ante la ley queda expresada en que la ley se asume en su raíz: el amor y en la raíz del hombre: su corazón.

El testimonio cristiano

Nuestro Señor Jesucristo nos ha dado el privilegio de ser parte de su pueblo, llamado a ser una comunidad testimonial, envueltos en las tensiones de nuestro siglo, pero asidos a la Palabra de verdad. Ser comunidad testimonial nos permite discernir que nuestra vida es influencia para otros. Y en el contexto de una sociedad permisiva, el pueblo de Dios ha de ser una comunidad participativa en los misterios de Dios. A fin de que como una nación santa y un pueblo de sacerdotes, sintamos que es un privilegio de todos el poder ser parte de la avanzada de Dios en la tierra: con vidas santas que asumen en lo profundo de su corazón la ley del amor, poniendo a Dios por sobre todas las cosas y aprendiendo a vivir para los otros con amor. En una sociedad permisiva, la iglesia de Jesucristo aparece como una comunidad fiel a la Palabra, que la vive y la asume desde Jesucristo. Porque solamente en él es posible sujetarse a los mandamientos de la revelación. Es así que la vivencia de la Palabra se da en Jesucristo y desde Jesucristo, porque Él ha inscrito en el corazón la ley del amor y ha capacitado con el Espíritu Santo para vivir de acuerdo a su voluntad, sin dar lugar a la carne. Por ello, como ciudadanos del reino, vivimos y cumplimos la Palabra de Jesucristo y desde él nos proyectamos como luminares en el mundo, salando y alumbrando a todos los hombres.

Bendigamos a Dios por este privilegio inmerecido de ser luz que en las tinieblas resplandece, llevando a sus últimas consecuencias la revelación de la Palabra, amando y amando, sin olvidar que el distintivo cristiano es la ley del amor. Por ello, Jesús nos pide una justicia mayor que la de los fariseos y escribas, porque es una ley que está en el corazón y que se preocupa por Dios y por el hombre. Y de esa manera damos de gracia lo que de gracia hemos recibido. Así que, frente a una sociedad permisiva, el pueblo de Dios es una comunidad participativa del misterio, la voluntad y el sentido de Dios al mundo. Bendigamos al Señor en lo más profundo de nuestro corazón, porque la ley del reino es el amor y la justicia de Dios es Cristo. Amén.

Domingo 14 de julio de 1985

LA PERSPECTIVA CRISTIANA DE LA SEXUALIDAD

Mateo 5:27-30

“27 »Ustedes han oído que se dijo: “No cometas adulterio.” 28 Pero yo les digo que cualquiera que mira a una mujer y la codicia ya ha cometido adulterio con ella en el corazón. 29 Por tanto, si tu ojo derecho te hace *pecar, sácatelo y tíralo. Más te vale perder una sola parte de tu cuerpo, y no que todo él sea arrojado al infierno.[b] 30 Y si tu mano derecha te hace pecar, córtatela y arrójala. Más te vale perder una sola parte de tu cuerpo, y no que todo él vaya al infierno.” NVI

EL SEXO ES SANTO. La sexualidad humana no es solo genitalidad, sino que es conformada por la totalidad de la personalidad. Incluye el pensamiento y la imaginación. Cuando su ejercicio no está bajo el dominio de Dios, en responsabilidad y amor, su uso es ilegítimo. Su control incluye la mortificación y la mayordomía integral de la vida. Su trascendencia es significativa en la vida espiritual del cristiano y demanda de él un corazón puro y relaciones de justicia con su prójimo.

La sexualidad ilegítima

La palabra de Jesús en torno al adulterio, es revelación sobre el hombre, la mujer y lo que han de ser sus relaciones. El hombre no es puramente instinto, también puede hacer uso de su razón y del control del Espíritu para encauzar ese don divino que es la sexualidad. Jesús atiende un elemento central en la vida humana, aclara que una adecuada conducta sexual es mucho más que el control de la genitalidad, señala que la mirada y la imaginación pueden ser presa de lujuria, y ser instrumentos de injusticia y no de edificación. La mirada codiciosa, la imaginación y el exhibicionismo en que vivimos, se entrelazan en una sociedad que ha hecho de lo más íntimo del hombre algo público y de lo más delicado un objeto de mercancía. El comercio del sexo es un poder demoníaco que destruye lo que Dios ha creado, perturbándolo, pervirtiéndolo y aniquilándolo. Porque es indudable que el abuso sexual termina en asexualidad.

De la mujer, Jesús afirma que no es un objeto de placer. Que merece respeto y consideración. Que su sexualidad no es solo genitalidad y que ha de respetarse como un ser creado por Dios a su imagen y semejanza. Es así como Jesús advierte acerca de la codicia, del valor del hombre y del valor de la mujer. Jesús señala que el origen del problema está en los ojos. En la mirada codiciosa que busca apropiarse de lo que no le pertenece.

La mortificación

Con toda claridad se ha señalado que la solución a esta problemática no es la amputación, sino la mortificación. Mortificar significa reprimir las pasiones y controlar la

voluntad. La presencia del pecado en el hombre es razón del descontrol de sus pasiones y de la deformación de su propósito. Más que realizarle como humano, deforma su humanidad. Por ello, el ejercicio de la razón permite controlar lo meramente instintivo y el control del Espíritu en el discípulo de Jesucristo, encauza positivamente toda la energía sexual, siendo usada con responsabilidad y controlada por el amor y la justicia, teniendo como plomada la santidad a que el Señor nos ha llamado. Por ello, tenemos que decirlo, resolver el problema de una sexualidad descontrolada, codiciosa y perturbada, no es sólo represión y control, sino cultivo espiritual en la oración y el ayuno, estando sujetos bajo el poder del espíritu para que lo que Dios ha creado, sea usado para bendición del hombre, la pareja y el matrimonio. Pues reconocemos que es la familia, como institución divina, el espacio que Dios ha diseñado para el ejercicio de la sexualidad, dado que es en su ambiente de amor, respeto, responsabilidad en donde el sexo alcanza el propósito para el que fue creado.

No obstante, la mejor manera de evitar los pensamientos codiciosos es ocupándose en los asuntos del reino y llenar nuestra mente de pensamientos positivos. El apóstol así aconsejaba a la iglesia de Filipos: “ Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo que es honesto, todo lo que es justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (4:8,9). Consideremos que los pensamientos y la mirada son la puerta para hacernos caer y llevarnos a la ruina. De ahí que la radicalidad de las palabras de Jesús, cuando señala que hay que sacarse el ojo o cortarse la mano, enseñan que el discípulo de Cristo ha de vivir como si realmente se hubiera sacado los ojos: no mirar y si se hubiera cortado la mano, no hacer. Es el poder de la abstinencia que vigila las aproximaciones al pecado. Porque Jesús no permite el placer que carece de amor y responsabilidad.

Sexualidad y mayordomía

Cuando hablamos de la mayordomía de la sexualidad hacemos referencia a la buena administración de lo que Dios nos ha dado como un don para la realización del hombre. Un mayordomo es responsable ante el Señor de los bienes que han sido puestos bajo su cuidado. Y no sólo en la conservación de los mismos, sino en su buen uso y multiplicación en beneficio de su dueño. El cristiano se debe a Dios porque ha sido regenerado por la sangre preciosa del Hijo Jesucristo. Es criterio de fondo que atiende a la conciencia de que: “O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19,29). Nuestro cuerpo no nos pertenece, solo somos sus administradores y hemos de entregarle al Señor buenas cuentas de él y no despojos lastimados por el descontrol de los apetitos, la codicia y la maldad.

Hemos dicho que el sexo es santo. Es verdad que se descubre en la escritura, porque ha sido santificado por el Espíritu de Dios. En sí mismo, por su propósito, tiene un

fin noble para el hombre y la pareja, pero como todo bien, puede dársele mal uso y transformarse en causa de la destrucción de la vida. Por ello, aprendamos que la perspectiva cristiana de la sexualidad afirma que a) el sexo es santo, b) el hombre es más que un ser instintivo, c) la mujer es persona creada a imagen y semejanza de Dios, no es un objeto de satisfacción masculina, d) el espacio diseñado por Dios para el ejercicio de la sexualidad es el matrimonio, por su ambiente de amor, responsabilidad, pureza y pudor, e) que somos mayordomos de nuestros cuerpos, de lo que miramos y de lo que imaginamos, dado que el origen del pecado está en la mirada codiciosa y una imaginación perversa.

La trascendencia de la sexualidad

Valoremos los alcances de la sexualidad. Tiene trascendencia interna y externa, porque nos afecta en lo íntimo y en nuestras relaciones: temporal y eterna, porque determina nuestro presente así como nuestro futuro; personal y colectiva, porque afecta nuestra vida individual así como a la colectividad en que vivimos, llámese familia, iglesia o sociedad; divino y humano, porque es un don de Dios que ha de cultivarse para ser plenamente humanos en la perspectiva del reino. Porque si el reino de Dios es justicia y paz, estos valores han de ser realizados en el espacio de nuestro ser sexual, cuerpo y alma, emotividad y razón. El Reino de Dios empieza en nuestra propia mirada, en la imaginación y en la buena mayordomía de los dones de Dios. Por ello, Jesús nos ha enseñado que el reino de Dios es para los puros de corazón y quienes ayudan a su prójimo y no dan lugar a la injusticia, Nuestra vocación es seguir a Jesús y no a la multitud. Vivámosla para edificación de nuestras vidas, alabanza de Dios y el extensión del reino. Amén.

Domingo 28 julio de 1985.

JESUS Y EL MATRIMONIO

Mateo 5:31-32

“31 »Se ha dicho: “El que repudia a su esposa debe darle un certificado de divorcio.”
32 Pero yo les digo que, excepto en caso de infidelidad conyugal, todo el que se divorcia de su esposa, la induce a cometer adulterio, y el que se casa con la divorciada comete adulterio también.” NVI

JESÚS SE OCUPA DEL MATRIMONIO. Más que involucrarse en la polémica de su tiempo, atiende la crisis en que se ve envuelta la estructura familiar: la disolución del matrimonio era asunto de todos los días, a partir de razones pueriles e insignificantes. La actitud de Jesús ante el divorcio nos obliga a reflexionar como comunidad de fe, que le ha declarado Señor, sobre la institución del matrimonio desde la perspectiva bíblica y pastoral.

Una distinción

El pueblo de Israel reconoció en la familia un lugar instituido por Dios para manifestarse en bendición. Para los hombres judíos, gozar la bendición de Dios era ver una familia numerosa y presenciar el nacimiento de varias generaciones. Las familias cristianas también han aprendido a confesar con la Escritura que “herencia de Jehová son los hijos, cosa de estima el fruto del vientre”. Es confesión de singular importancia, si consideramos las circunstancias que atraviesa actualmente el núcleo familiar, propiamente señalados como tiempos de crisis.

Dios diseñó a la familia para que en ella el hombre y la mujer se desarrollaran a plenitud, el pecado lastimó este propósito y dañó a la pareja. Hay que distinguir, sin embargo, tres diferentes conceptos que suelen confundirse: problema, crisis y tensión. Problema es una cuestión propuesta que se trata de aclarar. El problema puede ser ejemplificado como una madeja de estambre a la que no se le encuentra principio ni fin. El problema estorba el funcionamiento de un sistema, cualesquiera que este sea. En este sentido, un problema es aquello que estorba el funcionamiento de la familia como tal. Crisis es un cambio grave para mejoría o empeoramiento. Es un momento decisivo en un asunto de importancia y que demanda una decisión. Un sistema entra en crisis cuando está en peligro de funcionamiento total y le amenaza la destrucción o propicia la mejoría del mismo. Hay crisis positivas y crisis negativas en todo sistema. Una familia entra en crisis, por ejemplo, cuando uno de los cónyuges abandona el hogar.

Tensión es el estado de un cuerpo por la acción de fuerzas que lo solicitan. Las familias pueden enfrentar problemas, crisis o tensiones y hay que distinguir que es lo que en cada caso afecta su funcionamiento, a fin de que se implementen medidas preventivas o correctivas, de acuerdo al caso.

En términos generales la familia contemporánea está viviendo épocas de crisis. El avance de la sociedad ha repercutido de tal forma que es inevitable la transformación del grupo familiar. Si a esto le añadimos la ausencia de fe que es carencia no sólo de quienes niegan a Dios, sino de quienes lo viven de manera formal los fines de semana, es claro que las repercusiones tienen que ver con la ausencia de la conciencia de Dios en la vida cotidiana, inseguridad en los momentos difíciles y una desorientación en el ámbito de la moral.

La familia también forma parte de la crisis social, crisis económica y crisis espiritual. Hablamos de una familia en crisis en un mundo en crisis, en el que aparece la familia como una caja de resonancia. Se han cambiado los gustos, se han lastimado los tratos y las relaciones se han mancillado. No hay lugar para el gozo ni para el sufrimiento familiar.

El área del comportamiento familiar no ha quedado al margen de esta problemática. ¿Cuál es el comportamiento del padre con respecto a sí mismo, y con respecto a los otros? Véase el comportamiento de la madre y de los hijos. Pero señalemos también el comportamiento familiar. Actualmente muchas familias están huérfanas de habitantes. Casi nunca la familia está en su lugar: el hogar.

Se han convertido en familias de trotamundos. Y las nuevas parejas que se casan para formar una familia no saben cómo hacerlo, porque nunca se han tenido. Y el hombre no sabe ser-en-relaciones porque nunca las ha tenido, no sabe convivir con padre, madre, hermanos y luego no sabrá hacerlo con esposa e hijos.

Vínculos de unidad

Los cristianos somos vínculos de unidad espiritual. Jesús no aceptó entrar en la polémica del divorcio, señaló la importancia del matrimonio. Dios nos ha llamado a ser vínculos de unidad, provocando el acercamiento familiar, entre esposos, entre padres e hijos y entre hermanos. ¿Estamos siendo vínculos de unidad en nuestra propia familia? ¿Estamos dispuestos a compartir gustos con papa, mamá o el hermano pequeño. Estamos dispuestos a cultivar el fuego del hogar, la capacidad de renuncia, cultivando un estilo de vida cristiana...en la familia? Por ello si hemos señalado los problemas de inestabilidad, desamor, indisposición, cosificación e idealización. También señalo que la salida está en ser vínculos de unidad espiritual, proclamando el evangelio de reconciliación en nuestro propio hogar. Pero además hay que desarrollar la sensibilidad cristiana, cultivar el amor familiar, alentar la disponibilidad, aprender a convivir y a ser-con-otros y, lo que caracteriza propiamente nuestra fe, desarrollarse en el Espíritu de Jesucristo. En síntesis; hay que cuidar y cultivar a la familia, estimulando la resistencia espiritual, para saber enfrentar los retos de un mundo en crisis, para no ser caja de resonancia, sino instrumentos de la gracias de Dios, para que él haga habitar en familia a los desamparados.

Jesús y la familia

La relación que se establece por el vínculo de la fe entre Jesús y la familia es la que nace de la confesión: Jesucristo es el Señor.

El Señorío de Cristo sobre la familia es el ejercicio de su autoridad en cada uno de sus miembros y en las relaciones que se establecen entre ellos. A partir de la negación personal, del que se dice no a sí mismo para decirle si a Cristo y a su prójimo. Esto permite cultivar una disposición espiritual para ser formado bajo el discipulado de Jesús, asumiendo como verdad normativa la enseñanza de la Escritura. Es en el hogar en donde se han de cultivar los rudimentos de la fe: “enseñándoles que guarden todas las cosas”, se estimula a vivir la fe y se le cultiva en el culto familiar, la familia aprende a depender de Dios y a estimular el dominio propio, como carácter de fondo de cada uno de sus miembros y de sus relaciones. Confesar el Señorío de Cristo en la familia es vivir su autoridad en cada decisión y en cada vínculo interpersonal. Ante él somos responsables, porque él pedirá cuentas de la buena administración de nuestros hogares.

Tareas que encarar

Estructurar una educación cristiana que capacite a la familia a amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

Estructurar una educación teológica que capacite a la familia a articular su fe en un mundo de crisis, a fin de dar razón de la esperanza que hay en ella, a cualquiera que se lo demande.

Estructurar una educación misionera que permita a la familia ser sujetos de transformación de su entorno y del mundo, para que el mundo pase de la oscuridad a la luz admirable de Dios, siendo capaz de abrir campos misioneros para establecimiento de nuevas iglesias.

Es la tarea que nos queda por delante y que hemos de asumir como iglesias para el extensión del Reino de Dios entre nosotros y el mundo. Amén.

Domingo 4 de agosto de 1985

JESUS Y LA PALABRA

Mateo 5:33-37

“Cuando haces voto a Jehová tu Dios, no tardes en pagarlo; porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti, y sería pecado en ti” Deuteronomio 23:21

“33 »También han oído que se dijo a sus antepasados: “No faltes a tu juramento, sino cumple con tus promesas al Señor.” 34 Pero yo les digo: No juren de ningún modo: ni por el cielo, porque es el trono de Dios; 35 ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. 36 Tampoco jures por tu cabeza, porque no puedes hacer que ni uno solo de tus cabellos se vuelva blanco o negro. 37 Cuando ustedes digan “sí”, que sea realmente sí; y cuando digan “no”, que sea no. Cualquier cosa de más, proviene del maligno.

“33 »También han oído que se dijo a sus antepasados: “No faltes a tu juramento, sino cumple con tus promesas al Señor.” 34 Pero yo les digo: No juren de ningún modo: ni por el cielo, porque es el trono de Dios; 35 ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. 36 Tampoco jures por tu cabeza, porque no puedes hacer que ni uno solo de tus cabellos se vuelva blanco o negro. 37 Cuando ustedes digan “sí”, que sea realmente sí; y cuando digan “no”, que sea no. Cualquier cosa de más, proviene del maligno.” NVI

DE LA ABUNDANCIA DEL CORAZON HABLA LA BOCA. No podemos disociar a quien habla, de lo que dice. En la palabra está representada la totalidad del ser que la pronuncia. La palabra del discípulo de Cristo tiene a Dios como referencia, su criterio es el Espíritu de Jesucristo, el contenido la Escritura y el sentido la gloria de Dios. El cristiano usa la palabra y se sabe comprometido bajo el temor de Dios. Jesús señala que Dios se ocupa de pedir cuentas de aquello en que hemos dado nuestra palabra, ya sea castigando el pecado del insensato o bendiciendo al que es responsable y veraz.

Refiere a Dios

En conversación íntima con sus discípulos Jesús establece una clara relación entre él y sus palabras. Amarle a él es cumplir su palabra. Porque las palabras con que les instruye no provienen de él, sino del Padre. “... la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió.” (Juan 14:24). Dios ha hablado y en su palabra se ha revelado a sí mismo. Es palabra que da luz porque da cuenta de lo que Dios es y hace por la humanidad. La palabra de los patriarcas y profetas y la palabra de Jesús revelan los misterios de Dios, le tienen a él como punto de referencia, no solo en tanto que es de él la palabra, sino que es parte de la manifestación de su personalidad. Dios se ha comprometido en su palabra.

Como la palabra del hijo compromete al Padre, a él refiere por la personalidad que descubre, la palabra del cristiano refiere al Padre Celestial que nos ha engendrado por el Hijo. Y es referencia que se despliega tanto en verdad que es independiente de la voluntad, como es exhortación a la responsabilidad. Y decimos que es independiente de la voluntad, porque querámoslo o no, llevar el título de hijos de Dios compromete a nuestro Padre en cada una de nuestras palabras, y tiene un sentido de responsabilidad porque hemos de cultivar a Dios como el punto de referencia de todo nuestro lenguaje: verbal, gestual, corporal, escrito, etc.

Tiene como criterio el Espíritu de Jesucristo.

Pablo al escribirle a la iglesia de Corinto, hace referencia al espíritu con que les visitó: "...me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino de Jesucristo, y a éste crucificado". (1 Corintios 2:2). El espíritu de Jesucristo es la norma o regla que se determina nuestro lenguaje. Atendiendo el uso de las palabras y especialmente a aquellas en las que hay un compromiso explícito, como lo es el voto y el juramento. La palabra del discípulo está siempre bajo la presencia de Dios y ha de ser norma bajo el Espíritu de aquel que nos amó hasta el fin.

Jesús se identificó así mismo con la verdad. Él es palabra de verdad y como tal norma la palabra de quienes son formados bajo su cuidado. Esto es principio fundamental en tiempos en que la palabra se divorcia de quien la pronuncia y en que ha perdido con mucho, su valor, dando testimonio de la falta de honestidad y de veracidad humana, origen de la destrucción de la comunidad humana. Porque la palabra incierta construye una falsa comunidad, sustentada en la apariencia y la hipocresía. La palabra verdadera destruye la falsa comunidad y da paso a una genuina convivencia.

Hablar bajo el criterio del Espíritu de Jesucristo, es tener conciencia de que la palabra ha sido dada como un don precioso para cumplir los propósitos de vida que en Cristo Jesús ha revelado al mundo. Porque si la palabra en el principio tuvo como fin crear, ordenar y sustentar al mundo, en Cristo Jesús la Palabra ha sido dada para regeneración, salvación, santificación y perfeccionamiento de la obra divina. Nuestras palabras, imperfectas y humanas, adquieren este sentido cuando es Cristo, su Espíritu, lo que las norma. La palabra de Cristo es vida y luz.

Su contenido es la Escritura

Así es que si hablamos del lenguaje como una totalidad de la Palabra como un caso particular, especialmente aquella en que nos comprometemos con el prójimo o el Señor, su contenido ha de ser la Biblia, la Palabra de Dios. Es reconocimiento que se hace de Jesucristo, porque sus palabras las había oído del Padre y además conocía de tal manera los salmos, los profetas y la ley, que su palabra era resonancia de la palabra eterna de Dios. Porque es verdad que "sin el conocimiento de Dios, no hay firmeza suficiente en los juicios que se emiten" y Dios se nos ha dado a conocer a través de la palabra y de la Palabra. Hay firmeza y verdad en la palabra del cristiano cuando es la Biblia el contenido

de su lenguaje. Porque la conoce, la lee, la estudia, la reflexiona, la memoriza, la medita y la aplica a su vida cotidiana. Al ser la Palabra el contenido de nuestras palabras, se habla con veracidad y con valor, se hace uso del lenguaje para edificación personal y de la comunidad y el Reino de Dios se extiende bajo la soberanía de la Palabra que tiene como referencia y norma el espíritu de Su Hijo.

Su sentido es la gloria de Dios.

La palabra ociosa no ha de hallar cabida en la boca del cristiano. El diablo usa las palabras para destruir, lastimar, confundir, estorbar la obra de Dios. Con palabra sugerente hizo caer en pecado a la primera pareja, con palabra necia hizo vagar a Israel en el desierto, con palabra codiciosa hizo caer a David en pecado, con palabra distorsionada quiso tentar a Jesús en el desierto. Lo cierto es que la palabra es poderosa y puede adquirir sentido de muerte para quien la usa y para quien la escucha y le da cabida en su corazón. La palabra de promesa de Dios en Jesucristo, han sido Si y Amén en nosotros, para la gloria de Dios (2 Corintios 1:21-22) Porque la palabra de Cristo que ha morado en nuestros corazones tiene sentido de vida y de vida eterna. Trastocando nuestro ser desde la raíz, al imprimirle calidad y sentido. Por ello, si Dios ha cumplido sus promesas en nosotros, es justo que nuestra vida desplegada como lenguaje total, tenga como sentido la gloria de Dios. Así que, toda palabra que salga de nuestra boca ha de tener como sentido la gloria de Dios, para que él sea alabado en cada palabra, en cada frase, en cada oración, en cada cláusula, en cada discurso y en todo lenguaje de nuestra vida. Como iglesia somos todo un lenguaje que ha de alabar a Dios y cada uno de nosotros un signo que ha de armonizarse para que cumpla su parte en el himno de alabanza al poder y la gloria de Dios.

Cuando hacemos voto o promesa, sabemos que Dios ha de ser nuestro punto de referencia, que hemos de ser guiados por el Espíritu de Jesucristo, comprometidos con la verdad, y que la Palabra ha de ser el contenido de nuestro lenguaje para que el sentido último de lo que decimos y prometemos sea la gloria de Dios. Hemos sido hechos para alabanza de Su gloria. Desterremos toda mentira y falsedad, todo voto incumplido, y seamos veraces, porque Dios lo demanda así. Lo contrario es pecado. Amén.

Domingo 11 de agosto 1985

LA PERFECCION DEL AMOR

MATEO 5:38-48

“Los que sembraron con lagrimas, con regocijo segarán” Salmo 126:5

“38 »Ustedes han oído que se dijo: “Ojo por ojo y diente por diente.”[a] 39 Pero yo les digo: No resistan al que les haga mal. Si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, vuélvele también la otra. 40 Si alguien te pone pleito para quitarte la capa, déjale también la *camisa. 41 Si alguien te obliga a llevarle la carga un kilómetro, llévasela dos. 42 Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no le vuelvas la espalda.

43 »Ustedes han oído que se dijo: “Ama a tu prójimo[b] y odia a tu enemigo.” 44 Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen,[c] 45 para que sean hijos de su Padre que está en el cielo. Él hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos. 46 Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué recompensa recibirán? ¿Acaso no hacen eso hasta los *recaudadores de impuestos? 47 Y si saludan a sus hermanos solamente, ¿qué de más hacen ustedes? ¿Acaso no hacen esto hasta los *gentiles? 48 Por tanto, sean *perfectos, así como su Padre celestial es perfecto.” NVI

EL AMOR A LOS ENEMIGOS ES LA PIEDRA DE TOQUE DE LA FE CRISTIANA. Motivo de admiración y de sospecha. Se le reconoce como una máxima de elevado valor, pero a la vez se duda de que sirva como una guía efectiva de la conducta. Jesús atiende a las relaciones interpersonales que se ven lastimadas por el egoísmo, la incapacidad de amar y el mal. Instruye a sus discípulos en el valor del amor sin excepción, el amor total y perfecto. Su fuente está en Dios, cuya esencia es el amor, porque Dios es amor. Amor que se ha recibido en el Hijo y que se ha de verter en servicio por el prójimo porque es la identidad de los discípulos y la perfección a que han sido llamados por el Señor. En esta ocasión la Palabra de Dios es una exhortación para superar los escollos del amor, dando y dándonos a nosotros mismos, reconociendo que si con lágrimas hemos de sembrar, a su debido tiempo segaremos con regocijo.

El corazón de hombre

Dios nos creó y nos conoce. Sabe de los estragos que el pecado produce en sus criaturas. Caín es testimonio de lo que el mal da a luz: el fratricidio. Dios sabe del deseo de venganza que se acumula en el corazón resentido y amargado, que no se detiene para hacerse justicia por su propia mano, ya en un hecho de violencia o en actitudes y palabras que tratan de destruir a quien les ha ofendido. El Señor sabe de la incapacidad de amar de quien se siente defraudado, ofendido, lastimado en su propia valía personal. La amargura de quien sólo piensa en su propio bienestar y no se ocupa de lo que puede ser

beneficio para quienes comparten su vida. Y Jesús va más allá, señala nuestra incapacidad para amar a los que son malos y procuran nuestra destrucción.

Lo cierto es que por resentimiento, deseo de venganza, amargura, egoísmo, la comunidad humana vive una fractura profunda y delicada. Y que el mal busca otro mal para enfrentarse a él e inflamarse, hasta consumirlo todo. Así es cuando respondemos al mal con mal, juntos provocan un fuego incontrolable que todo lo destruye: la vida, la salud, la comunidad, la paz, el amor.

La infinita buena voluntad

Devolver bien por mal es testimonio de un alma acrisolada en el yunque de Dios, Hay una dignidad infinita en el amor que se vive como buena voluntad, y en el dominio propio que no reacciona al mal en sus mismos términos. Pero aún más, Jesús atiende al corazón de sus discípulos, siembra en ellos palabra que impide el fruto de la semilla de la amargura o el resentimiento. Es semilla autodestructiva, aniquila a quien le da lugar. Cristo llamó a sus discípulos y nos llama hoy a una actitud de amor total, porque el cristiano no ha de buscar lo suyo, sino pensar en los demás. Sabe que hay bendición en el dar y en el darse. Jesús señala a sus discípulos que la superación de los problemas que se interponen en las relaciones interpersonales, se da en la dimensión del amor sin excepción. Es el amor que se vive como buena voluntad. Que no se despierta sólo sino que requiere del ejercicio de la voluntad para despertarlo y vivirlo.

Amar a los enemigos es dar lugar a la voluntad de buscar su bien y hacerlo. Se testifica con hechos, palabras e intercesión. El amor cristiano es la renuncia a la justicia propia o a la venganza para interrumpir el curso de la violencia, de la destrucción, de la ofuscación cainítica.

Amar a los enemigos es vivir cada acción de la vida con un propósito restaurador, emitir cada palabra para que haya una efectiva comunicación que da lugar a la comunión y doblar las rodillas en intercesión, reconociendo que el orar por el enemigo nos ponemos de su parte frente a Dios. Nadie puede orar por su enemigo si no ha dado el paso del odio al amor, del resentimiento a la buena voluntad. Y esto es posible porque el hijo de Dios vive una nueva naturaleza de la que brota una nueva vida. Vivir en Dios es estar dispuestos a dar y a darnos, porque sólo el que ha sido aceptado por Dios y se ha aceptado puede renunciar a sí mismo.

Configurándonos en el amor

No lo ignoramos, sabemos que Dios nos ha llamado a configurarnos a la imagen de su Hijo. Este proceso de crecimiento, es el que cada una de nuestras facetas va estructurándose a la semejanza del Hijo, tiene como punto central, la vivencia del amor. El Dios que nos ha revelado Jesucristo el Hijo es un Dios de amor. Mismo que pudieron vislumbrar los profetas, así lo testifica Oseas: “Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia...” (14:4) y Jesucristo mismo lo expresó así a Nicodemo: “Porque de tal manera

amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.” (Juan 3:16) Así que si el Padre nos ha amado, a pesar de cómo somos, de que éramos sus enemigos al ir en contra de sus preceptos, se testifica en el sacrificio del Hijo, muestra excelente de amor. Es en esta dimensión del amor que como cristianos hemos de crecer: “Amaos los unos a los otros con amor fraternal...” (Romanos 12:10). Este amor es posible en la gracia de Cristo, porque es agua de vida que brota de una copa rebosante y que por su misma naturaleza necesita del otro para ser él mismo. Así que, si por gracia hemos sido amados, por gracia hemos nosotros de amar. Reconociendo que la gota permanente del amor puede romper la roca del odio y el afán de destrucción. Sin desmayar, porque a su tiempo habrá cosecha abundante.

La identidad cristiana

Somos hijos de un Padre que sabe amar. Su paciente amor labra en nosotros un carácter a su semejanza. Él es nuestro modelo, no el mundo, ni los falsos ídolos de placer, el egoísmo y la vanidad. Hemos sido llamados a configurarnos a nuestro Señor y en esta configuración está nuestra identidad. Hemos sido fruto del amor y en amor hemos de vivir. Porque la identidad y la perfección cristiana se dan en el amor.

Así termina Jesús su enseñanza sobre el amor a los enemigos, en una exhortación a ser perfectos como el Padre. Es perfección que tiene la idea de totalidad, de cumplimiento de un propósito. En este sentido la perfección cristiana está en realizar la obra con que fuimos creados, y esta es, amar a la semejanza del amor de Dios, que nos distingue al bueno del malo para enviarle bendición, sino que significa lo más amado e íntimo de sí mismo para ser bendición de quien está envejecido y enfermo, lejos de él. Hemos sido creados para amar, hemos sido regenerados para amar. Amando, cumplimos el propósito de Dios en nuestra vida. Dando cabida al resentimiento y a la venganza distorsionamos la obra de Dios en nuestro corazón y cavamos nuestra propia destrucción.

Superemos los escollos del amor. Ubiquemos en donde tenemos problemas para amar y dispongamos del amor de Dios que hay en nuestro corazón, para al decirnos, amemos no de palabra, sino de hecho y verdad. Orando y orando por el hermano o el enemigo, confiando en que Dios contesta la oración de fe. Perdonémonos como Dios perdona, amémonos como Dios ama. Sin olvidar que los que siembran con lágrimas, con regocijo segarán. ¿Quieres acompañar a Jesús en esta siembra de amor? Amén.

Domingo 18 de agosto de 1985

¿DAR O DARSE?

Mateo 6:1-4

“»Cuídense de no hacer sus obras de justicia delante de la gente para llamar la atención. Si actúan así, su Padre que está en el cielo no les dará ninguna recompensa.

2 »Por eso, cuando des a los necesitados, no lo anuncies al son de trompeta, como lo hacen los *hipócritas en las sinagogas y en las calles para que la gente les rinda homenaje. Les aseguro que ellos ya han recibido toda su recompensa. 3 Más bien, cuando des a los necesitados, que no se entere tu mano izquierda de lo que hace la derecha, 4 para que tu limosna sea en secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará.”

“Más bien aventurado es dar que recibir” Hechos 20:35b

JESUCRISTO SE DIO A SI MISMO PARA LIBRARNOS de nuestros pecados. Para librarnos del yugo del yo, del amor enfermizo por uno mismo, del orgullo y la verdad. Nos enseñó como dar. Él mismo fue ejemplo de entrega amorosa.

Un corazón limpio, que ya había señalado como motivo de dicha en las bienaventuranzas, se cultiva al guardarlo de la vanidad o la soberbia religiosa que busca el prestigio personal. El fin de nuestra fe es ser alabanza de la gloria de Dios y dar, como Jesús nos enseñó. Así se estrecha nuestra comunión con Dios y apura la muerte del viejo hombre.

La soberbia espiritual

La soberbia es un apetito desenfrenado de ser preferidos a otros. Es una de las manifestaciones del egoísmo y puede surgir en la comunidad de fe, cuando la vida del creyente es dominada por la carne y no por el Espíritu de Dios. La soberbia espiritual es un problema del corazón y su trascendencia afecta la relación con Dios, puesto que se le rinde culto al yo y se distorsionan las obras de piedad en pro del prestigio personal o la satisfacción egoísta.

Jesús hace referencia a un problema común en los religiosos de su tiempo, se regodeaban en las obras de piedad, limosna, oración y ayuno, para ser vistos de los hombres. Transformaban una acción íntima y privada en un espectáculo público para conseguir alabanza personal. Su búsqueda era la fama y el reconocimiento temporal del mundo, acrecentar su prestigio y hacer gala de su religiosidad con ostentación. Esto les conducía a una actitud hipócrita, a una falsa identidad, pues se comportaban como actores que representan un espectáculo para su propia gloria personal. Su acto de piedad no correspondía con una genuina actitud de corazón. La soberbia espiritual en que incurrieron se ubica como problema de un corazón perturbado que da lugar a la hipocresía. La hipocresía es no ser uno mismo, y aparentar una falsa identidad. Busca

prestigio y satisfacción personal. Es el dominio del egoísmo. Y la forma equivocada de dar, que se representa en esta actitud teatral, tiene como origen una motivación equivocada y la incapacidad para darse al prójimo.

¡Muerte al viejo hombre!

Aprender a dar como Jesús quiere es avanzar en la muerte del viejo hombre y la aniquilación de las obras de la carne. La astucia satánica se manifiesta en esta sutil tentación para hacernos caer en pecado, Justificándolo con supuestas acciones de fe y devoción.

El dar del discípulo de Cristo tiene como origen una justicia interior que se vierte en amor y bondad por el prójimo que está en circunstancias de necesidad. No da por obligación o por vanidad, sino por amor fraternal. Es dar como manifestación de lo íntimo que abraza el corazón. Por ello, el dar es una obra de piedad que muestra fidelidad a Dios. El énfasis está no en quien da, sino a quien se da y a quien se agrada, al prójimo y a Dios respectivamente. Se da por amor al prójimo y por fidelidad a Dios. Cultivando así obras de piedad personal que enriquecen la fe y el corazón del hijo de Dios, aprendiendo a desprenderse de los bienes de este mundo, a no idolatrarse a sí mismo. Jesús les enseñó a sus discípulos que su ayuda la ofrecieran en total discreción, incluso discreción de ellos mismos, para no regodearse en el pensamiento de su bondad personal. Al dar no se busca el prestigio personal, sino el bien del ser humano y la gloria de Dios. La ofrenda de amor ha de quedar en lo íntimo de la relación personal con el Padre. Su satisfacción está en que el amor ha cumplido su propósito de darse a otro y ser bendición.

Esta enseñanza de Jesús tiene una trascendencia tal que nos conduce por el sendero del sacrificio del yo, para apurar la muerte del viejo hombre, el más grande tirano de nuestro siglo.

Cristo se dio por amor

Si profundizamos en la pregunta que da título a nuestra serie de mensajes ¿Quién es Cristo hoy? Podríamos considerar: Cristo es aquel que se dio a sí mismo por amor. En la era del egoísmo, la vanidad, la egolatría. Cristo es el que se da “Por que ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos (2 Corintios 8:9). El es nuestro modelo. La configuración en que hemos de crecer nos constriñe a renunciar a nosotros mismos para que el prójimo sea y crezca: a despojarnos o negarnos para ser en otros y ayudar a los otros a ser. Es la muerte del viejo hombre, es un llamamiento radical. La Escritura tiene una amplia enseñanza sobre esta instrucción de Jesús (cf. Deuteronomio 15:10; Proverbios 21:26b; 28:27; Lucas 22:19; Hechos 20:35; Gálatas 1:4; Santiago 2:16). Se ha de dar sin detenerse, sin mezquindad, hacerlo da dicha y enriquece. Cristo es nuestro modelo, él dio su cuerpo por nosotros y se dio a sí mismo en la encarnación y la crucifixión. Se dio por amor, se despojó por amor, se negó por amor, se humilló por

amor. Ciertamente nos amó y ahora nos enseña a dar y a darnos por amor. Es por eso que Jesús enfoca la soberbia espiritual, es la negación de la fe cristiana, pues erige al que da como centro de admiración. El cristiano no vive para sí, sino para bendición de su prójimo y la gloria de Dios. Hay que examinar las motivaciones del corazón.

La recompensa

Sin embargo, Jesús señala que este dar en discreción tiene su recompensa. El cristiano sabe que su obediencia al Padre tiene un resultado, una bendición, una recompensa. No busca la recompensa, sino que la recibe con gratitud. La recompensa de dar con amor y discreción está en estrechar la comunión con el Padre, en la satisfacción de cumplir el propósito con que hemos sido creados, el reto de tener más trabajo que hacer, porque al que tiene se le dará más.

La felicidad de un hijo está en la satisfacción de su Padre. El gozo del cristiano es ser alabanza de la gloria de Dios. Nuestra mayor recompensa es saber que el Padre celestial se agrada de sus hijos cuando saben dar con discreción, porque se dan al otro por amor. Jesús nos enseña a cultivar un corazón limpio, a hacer morir las obras de la carne que son la vanidad y la soberbia espiritual. Jesús nos libra de la tiranía del yo, que es un cruel dominio sobre la vida del hombre y que lastima su vida toda, con su prójimo, con Dios, con él mismo. Hay que culminar la muerte del viejo hombre, negándose a sí mismo y amando a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Porque sólo el que se niega es el que verdaderamente se ama. Sólo el que se ha encontrado al encontrarse con Dios, puede estar en disposición de darse a los demás. Permitir que el amor de Dios cubra nuestro corazón, aceptar su sacrificio por nosotros, recibirle como un regalo de Dios, es el único camino para ser feliz y ser bendición para el mundo.

Hay que examinar el corazón, evaluar cada paso que damos en la vida, reconocer que no lo hacemos por nosotros mismos sino por Dios, cortarle el paso a la soberbia espiritual, para que nuestra comunidad este sustentada en el amor que da y se da. Amén.

Domingo 25 de agosto de 1985

EL PADRE NUESTRO II

Mateo 6:11-14

“11Danos hoy nuestro pan cotidiano.12 Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores.13 Y no nos dejes caer en *tentación,sino líbranos del maligno.” 14 »Porque si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial. 15 Pero si no perdonan a otros sus ofensas, tampoco su Padre les perdonará a ustedes las suyas.” NVI

ORAR EN COMUNIDAD y por la comunidad de fieles es rogar que Dios supla sus necesidades materiales, espirituales y morales; que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo sobrepujen la inseguridad y el desasosiego, el resentimiento y la tentación. Así se cultiva y fortalece la vida común en la perspectiva del Reino de Dios. Hay que aprender a vivir y orar como parte de una comunidad de fe: cada uno de los miembros identifica sus necesidades y peticiones con las de su hermano y funde su corazón con el de su prójimo. Es cultivo que pule las deformaciones del viejo hombre en el corazón de los discípulos. La oración del Padre Nuestro es ocasión en que la comunidad unifica sus necesidades y su oración. No somos islas, somos parte de una comunidad de fe, miembros de un cuerpo, piedras de un edificio, pámpanos de una misma vid, hijos de un mismo Padre, hermanos en la sangre del Amado. La oración del Padre nuestro nos enseña a decir nosotros, a orar por nosotros, a pedir por nosotros, a vivir por nosotros cuando ya se ha exaltado el nombre de Dios (v. 9-11). Somos cuerpo, somos iglesia. ¡Qué bendición!

Dios Padre suple nuestra necesidad de pan

Abba Padre, es gemido en labios del hijo que se sabe íntimamente amado, protegido, sustentado. Jesús oro así y la iglesia tiene el privilegio de orar a Dios como Padre. No es un Dios lejano que se desatiende de sus hijos. Está cerca, está con nosotros, es Emanuel. A él la iglesia le pide por el pan cotidiano, el pan de cada día, el pan necesario. Los discípulos ya han aprendido que no deben de afanarse por lo que han de comer o lo que han de vestir, porque si Dios como creador es providente con su creación, ¡Qué será como Padre! Jesús instruye a sus discípulos: orar les prepara para recibir el pan de cada día. Orar por el pan de cada día previene el desperdicio de las provisiones de Dios, la ostentación. Dios es creador y suple las necesidades de su creación, Dios es Padre y vela por el sustento de sus hijos. La sociedad del desperdicio que vivimos, las compulsiones de comer y beber, la mala distribución de los recursos alimenticios, nos mueve a orar: el pan nuestro de cada día dánoslo hoy. Los millones de toneladas de alimentos que se desperdician en el mundo por mala distribución o acaparamiento, nos hace sentir la responsabilidad de tener una sana administración de los bienes que el Padre nos da. Las muertes por hambre de los hermanos de África, los vientres hinchados de los niños de

Asia, África y América Latina, nos hace rogar: el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y dánoslo como tu creación y dánoslo como tus hijos. Y no nos dejes estar satisfechos hasta que el pan sea nuestro y no sólo abunde en una mesa.

No olvidemos que fue Jesús quien Dijo “Yo soy el pan de vida; el que a mi viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.” (Juan 6:35). Es sabio orar por las necesidades materiales de la congregación de los justos y del mundo, y es sublime el rogarle al Padre que del pan celestial a toda la humanidad. Un pan que recordamos al compartir el memorial de la Cena del Señor. En el que todos participamos del pan que simboliza su cuerpo y del vino que simboliza su sangre. Danos hoy el pan de cada día, es oración que, en la dimensión de la cena del Señor, se transforma en una celebración de unidad espiritual y anuncio del advenimiento del Mesías, para perfeccionar su obra en el corazón de sus hijos.

Dios Hijo suple nuestras necesidades de perdón

Confesar el pecado y apartarse del él es medida sabia, da salud al alma. Hacerlo como comunidad de fe es cobijarse a la sombra de la cruz y entender que nuestro Padre nos ha dado palabra de perdón en el Hijo. Ya hemos sido limpios por la palabra que Cristo nos ha dado y que él mismo ha encarnado; pero también es cierto que la vida presente, el estar en el mundo, el luchar en contra de la carne y del Malo, demanda de nosotros como pueblo de Dios una genuina y disciplinada oración de perdón. Es lavamiento de las adherencias del camino por la oración. La oración de perdón solo puede ser elevada por una comunidad que sabe que el pecado es una realidad tangible en el mundo y que no esta exenta de equivocarse al sendero de su camino al trasgredir la voluntad de Dios en su vida comunitaria. La oración de perdón demanda el asumir la realidad: “soy pecador”. Hemos sido comprados por precio, nos le debemos a Dios en cada espacio de la vida en que él no es el Señor, es una deuda que tenemos con Dios, y de la que hemos de ponernos a cuenta. Le pertenecemos a Dios como comunidad de fe, somos el cuerpo del Hijo, edificio de Dios. Por ello, a Dios le corresponde el Señorío sobre nuestros pensamientos compartidos, las palabras con que cultivamos, las relaciones que establecemos, los planes y proyectos en que nos unimos, la adoración que elevamos a su gracia, la formación en que nos comprometemos como pueblo suyo, la obra misionera y evangelizadora en que proclamamos Su nombre. Le pertenecemos a Dios y cada milímetro en que no queremos sujetarnos a su soberanía es deuda que tenemos que saldar con él.

La petición de perdón supone una actitud de amor y misericordia con el hermano que comparte los mismos misterios en el seno de la iglesia. También nos debemos amor los unos a los otros. Nos debemos comprensión, ternura, ayuda mutua, oración intercesora, palabra de aliento. No hacerlo son deudas que hemos de saldar para buscar un acercamiento de alma y corazón. Hay que vivir y orar unánimes en el seno de la iglesia de Jesucristo. Es la realidad que se simboliza al partir el pan y beber la copa, es realidad

que ha de ser vivida en perdón y restauración permanente. Porque si la comunidad de fe se reconoce como pecadores, también ha de vivirse como perdonados por el amor y la gracia de Jesucristo. En su cruz, todos vivimos la experiencia del perdón y nos comprometemos a dar de gracia lo que de gracia hemos recibido.

El Espíritu Santo fortalece nuestra debilidad

Ser tentado es ser orillado a pecar en aquello que sabemos que es una debilidad personal. Por ello, como Iglesia hemos de orar; no nos dejes caer en tentación; en la hora de la prueba, fortalécenos. Porque si bien es cierto que en nuestra vida personal hay tentaciones que nos orillan a ofender a Dios y lastimar nuestra santidad, como iglesia, la más grande tentación es no discernirnos como un solo cuerpo y no entender que estamos orando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en un nosotros en el que cada persona es una nota que ha de componer una hermosa melodía. Hay que orar rogándole al Señor que no nos deje caer en la tentación de no entender que somos un cuerpo y que así hemos de presentarnos ante el Padre. Aprendiendo a cuidar de la iglesia, de nuestra comunidad, con celo espiritual, para que nada ni nadie lastime la unidad en que hemos de vivir de acuerdo al poder del Espíritu Santo. Hay que salirle al paso a las carnalidades que provocan desánimo, irresponsabilidad, falta de compromiso; actitudes que lastiman a nuestros hermanos, porque les desalienta y proyectamos nuestra falta de amor comunitario. Hay que ser conscientes de nuestro pecado cuando la insensatez personal repercute en nuestra vida de iglesia. Para que al doblar las rodillas como comunidad sepamos que Dios nos fortalece con el poder de su Espíritu Santo y la presencia del Hijo en nuestros corazones, a fin de no caer en tentación. Es compromiso de cultivo espiritual compartido, para que como Jesús en el desierto, al resistir al diablo, le vemos huir con el más rotundo de los fracasos. Hay que pensar como iglesia, hay que amar a nuestros hermanos, hay que vivir para su edificación y fortalecimiento.

Dios suplente nuestras necesidades de sustento físico, sustento espiritual y sustento moral, y lo hace con su amor de Padre, su gracia como Hijo y su poder como Espíritu Santo. Amén.

Domingo 15 de septiembre de 1985

EL PERDÓN

Mateo 6:14, 15

“14 »Porque si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial. 15 Pero si no perdonan a otros sus ofensas, tampoco su Padre les perdonará a ustedes las suyas.” NVI

PERDONAR CUANDO SE DOBLAN LAS RODILLAS EN ORACIÓN ES CULTIVAR LA PIEDAD DEL ALMA. Todo cristiano piadoso sabe que cuando la iglesia se une para orar el Padre Nuestro, el perdón se convierte en una disposición comunitaria. Así se sana el corazón, perdonando; y así se le mantiene íntegro, ejercitándose en comprensión, en olvido y en amor. La comunidad cristiana se perfecciona al postrar el alma ante el Trono de la Gracia. Ser iglesia es percatarse que el pecado está presente cuando los corazones se endurecen, resistiéndose al impulso del perdón. Ser iglesia es interceder; ante el Padre Celestial para que él transforme los corazones de piedra en corazones de carne, sensibles a la presencia del hermano y al vínculo perfecto del perdón.

Ha de ser generoso

La generosidad es característica de la mujer virtuosa: “Alarga su mano al pobre, y extiende sus manos al menesteroso.” (Proverbios 31:20). Si la dádiva de amor, que satisface el hambre de aquel que carece de lo necesario, ha de darse con generosidad ¿qué decir de la dádiva del perdón fraternal? ¿No se ha de ofrecer también con generosidad a aquel que esta abatido hasta los huesos por el cáncer del odio y la violencia? Hay quienes son sensibles a las necesidades del mundo y se mantienen imperturbables ante la miseria espiritual de sus cercanos. Hay manos que se extienden con generosidad para alimentar a los hambrientos y dar agua a los sedientos, pero no están dispuestos a perdonar. Perdonar entraña para el hombre algo más que desprenderse de sus bienes materiales; desprenderse de su yo, del orgullo y la vanidad. Jesús lo sabe y por ello reitera al final de su oración que el perdón ha de otorgarse con generosidad.

Se vive en la dimensión de Dios

El perdón es fuerza y no debilidad en la vida de la iglesia. La Palabra de Dios nos advierte del peligro de negarse a perdonar. Es actitud que siembra resentimiento y que a su tiempo cosecha espinas y abrojo, porque “todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”. Ser incapaces de otorgar el perdón es abonar en nuestro depósito celestial. La justicia de Dios y su amor paternal no le permiten dar a sus hijos lo que estos no pueden recibir. Que Dios nos perdone, sin una actitud genuina de arrepentimiento sería añadir a la insensatez, la sobreprotección que evitaría la integridad espiritual. Meditemos, ¿el que no está dispuesto a amar a su hermano, pueda amar a Dios?

Cuando nuestros niños son instruidos en su fe en la escuela dominical y posteriormente en el culto infantil, son orientados de acuerdo a la Palabra en sus relaciones fraternales. Es enseñanza que ha de darse con el soporte de nuestra vida como iglesia. Consideremos: ¿Cómo podríamos enseñarles a orar el Padre Nuestro y las lecciones del hijo pródigo y la oveja perdida, si no se articulan en nuestra vida como iglesia? La educación cristiana no es solo información de las verdades de la Escritura, sino es cultivo permanente del carácter, doblando las rodillas ante el Padre Celestial, y orando con disposición de perdonar a los ofensores.

Se cultiva en actitudes piadosas

El Señor no nos ha dado palabra de juicio ni la potestad de ejercer venganza. Solo él es el juez y vengador de los justos, el Señor ha sembrado palabra de perdón y actitudes de restauración. No hay mayor miseria que la de ser cautivo de la lengua, usándola para perjuicio del prójimo, poniéndole en mal ante los hermanos de la congregación, miseria comparable a la de un corazón infestado de odio y resentimiento, que evita el conciliar el sueño, buscando la manera de lastimar a otros. Quien así actúa y piensa, se olvida que todos estamos cobijados a la sombra de la cruz y que la cruz significa el perdón de Dios y el perdón fraternal.

Se aprende a perdonar cuando se cultiva una actitud de comprensión. Nadie puede conocer todas las facetas de la personalidad de un ser humano, lo que hay detrás de sus acciones, pensamientos, sentimientos, reacciones y propósitos. Sólo tenemos un conocimiento parcial y por ello nuestros juicios son parciales. ¿Podrá esta afirmación ayudarnos a ser más comprensivos? El impedimento mayor para que el hombre viva en comunidad es su inclinación a erigirse en juez de los que están sumidos en la miseria espiritual. Hay que percatarse que en ocasiones la propia falla estorba la compasión de lo que le sucede a los otros. Es lección que aprendemos en la parábola de la paja y la viga.

Dios conoce nuestro corazón y él sabe que es saludable repetirnos la enseñanza del perdón. Vivir en esta dimensión como iglesia de Jesucristo no solo nos demanda comprensión; también capacidad de olvido. Hay perdón cuando se olvida la ofensa recibida. Hay que permitir que el Señor destruya en su cruz los números rojos de la vida. No hay mejor remedio para un corazón resentido que aprender a olvidar. Por ello, cuidemos nuestras conversaciones de hogar y la plática que estimulamos en nuestra convivencia como iglesia, a fin de que no nos hallemos haciendo remembranza de ofensas pasadas y resentimientos dañinos. Hay que olvidar y conversar del perdón de Dios.

Jesucristo nos enseñó que la identidad de nuestra fe está en el amor. La gracia de Dios significa que el amor cubrirá multitud de pecados. Amar es perdonar. Por amor perdona el padre, el esposo, el hermano, la ofensa recibida. Es perdón que se ofrece con generosidad, sin malicia ni sadismo, sin esperar la oportunidad de echarlo en cara. Es

perdón que nace del corazón dispuesto a darse y a restablecer la comunión con el ser que se ama.

Es con actitudes de amor, olvido y comprensión que se enriquece el depósito de la fe, y se está en posibilidad de recibir de Dios comprensión, olvido y amor.

¿Persistiremos en el pecado?

No hay lugar a confusión, Dios quiere que su Iglesia viva en la dimensión del perdón. Que sea cultivo de una vida piadosa en cada ocasión en que se doblan rodillas para orar. Sin embargo, ¿hay quien persista en el rencor, el odio y el resentimiento? Está sembrando autodestrucción, apurando la infección que abatirá su vida. Quien no está dispuesto a perdonar, eso mismo espere recibir de Dios: sus oraciones no tendrán eco, sus ruegos no tendrán respuesta. Poco a poco se irá sumiendo en el pantano del odio y en su cosecha segará amargura, soledad y frustración.

Dios nos ha dado una clara lección. Jesucristo es la prueba de que hemos sido perdonados. Un perdón inmerecido, un perdón de gracia y amor. El nos enseña a perdonar. Es instrucción que apunta a la hora en que oramos en comunidad. Ante Dios hay que allegarse con una genuina actitud de arrepentimiento y humildad, con disposición para olvidar la ofensa y ayudar al ofensor a que se agarre de la cruz para evitar un nuevo resbalón. Perdonar es capacitarnos para recibir el perdón de Dios. ¿Hay alguien a quien debes perdonar?

Domingo 22 de septiembre de 1985

JESUS Y EL AYUNO

Mateo 6:16-18

“¹⁶»Cuando ayunen, no pongan cara triste como hacen los *hipócritas, que demudan sus rostros para mostrar que están ayunando. Les aseguro que éstos ya han obtenido toda su recompensa. ¹⁷Pero tú, cuando ayunes, perfúmame la cabeza y lávate la cara ¹⁸para que no sea evidente ante los demás que estás ayunando, sino sólo ante tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará.” NVI

LA PIEDAD es la calidad de vida cristiana que corresponde a la verdad del Evangelio. A través del Espíritu y la Palabra, Dios imprime en el alma de sus hijos un espíritu piadoso. Las tensiones en que se desarrolla la iglesia en el tiempo presente tienen como antecedente un grave descuido, lo que se ha llamado la misión en profundidad, la tarea de hacer discípulos. El carácter del discípulo se estructura en el Sermón del Monte a través del cultivo de una vida piadosa cuyos elementos son la limosna, la oración y el ayuno. Prácticas no desconocidas para el pueblo judío, pero que recibieron el acento de Jesús al señalar que han de vivirse con el sostén de una fe sincera, discreta y humilde. La piedad cristiana ha de cultivarse permanentemente tanto a nivel personal como eclesiástico. Así fue ejemplificado en la vida de nuestro señor Jesucristo y en el de la iglesia primitiva. La práctica del ayuno capacita a la iglesia para cumplir su misión y le bendice en el poder de Espíritu.

Tensiones espirituales

La vida de la iglesia demanda una atención esmerada y responsabilidad compartida en el cultivo fraternal de la piedad. Es labor paciente y atenta que demanda la clarificación de los problemas que la iglesia puede enfrentar. La visión espiritual permite percatarse de las tensiones y capacita para estructurar adecuadamente la vida de la iglesia. El hilo rector del crecimiento de la iglesia es la formación del carácter cristiano. Una integridad entre fe y vida repercute en la capacidad que muestra la iglesia para sostener su ministerio, su expansión misionera y su mayordomía integral. Teniendo a Dios como su único factor de dependencia. Meditemos en tres tensiones espirituales que nos guían en la ubicación de la vida de piedad que hemos tenido hasta hoy.

El egoísmo y sus facetas de tacañería y codicia son defectos del alma humana que vive centrada en el yo. El egoísta es idolatra. En el altar de su ego sacrifica todo bien material o espiritual. No es difícil percatarse de la presencia de esta enfermedad en el alma. ¿Estamos dispuestos a desprendernos de nuestros bienes y darlos con generosidad al pobre o al menesteroso? El corazón se enferma de codicia cuando tiene como su derrotero una acumulación sin fin de bienes materiales o “espirituales” como fue el caso de los fariseos.

La segunda tensión que estorba la vida de piedad es la autosuficiencia de quien no tiene a Dios como su noticia. Su vida es una estela de acciones inoportunas, decisiones al vapor y conductas insostenibles si se contrastan con la prudencia y la dependencia espiritual que todo cristiano ha de cultivar. En la autosuficiencia el impío supone que todo lo logra con su propio esfuerzo personal.

Por último la indisciplina aparece como un estilo de vida de quien aduce incapacidad para ser sistemático. Hay que percatarse que la indisciplina lastima la vida, el cuerpo, el alma y el espíritu. Es influencia destructiva para quienes viven a su alrededor. La indisciplina es la ausencia de hábitos de higiene, de alimentación, de piedad. El indisciplinado vive como la veleta arrastrada por el viento en turno, sin rumbo fijo ni horizonte claro.

Hasta aquí hemos señalado tres tensiones que en ocasiones se transforman en agudas crisis que lastiman a fondo la vida de la iglesia, al sufrir los impactos del egoísmo, la autosuficiencia y la indisciplina. ¡Has evaluado tu vida de piedad!

Dios estimula la piedad

Jesús advierte a sus discípulos sobre la calidad de vida que han de cultivar. Dios estimula la piedad de sus hijos. Sabe que para mortificar la carne y corregir los vicios del crecimiento se requiere de una vida disciplinada, a través de actos repetidos sistemáticamente. Ejercitarse en la piedad es practicar de manera sistemática la ofrenda y los diezmos, la oración y el ayuno. La forma en que la iglesia ha sido educada le permite aceptar que la ofrenda y la oración son prácticas que vivir permanentemente. Pero ¿qué del ayuno? Hay quienes temen caer en actitudes farisaicas, sin percatarse que el mismo peligro asecha a la oración y la ofrenda. Lo que se ha de cuidar es la actitud con que se ejercita la piedad. El ayuno es la medicina divina para el pecado de la indisciplina personal y eclesiástica. En el ayuno se estimula la abstención voluntaria en todo aquello que constituye el placer. La Biblia señala que hay abstención de alimentos, de diversiones, de vida conyugal.

La ofrenda nos capacita al desprendimiento, la oración a la dependencia espiritual y el ayuno a la mortificación de la carne. Para que el pecado no se enseñoree de nuestros cuerpos y sea el Espíritu quien domine la vida.

Las razones de ayuno son diversas en la Escritura. Es señal de pertenencia, compañía de la oración, autodisciplina, gesto de solidaridad. Se ayuna en señal de arrepentimiento al ser consciente de pecado; se ayuna como devoción complementaria de la oración, especialmente en momentos en que se enfrentan pruebas difíciles o encomiendas que demandan todo el poder del Espíritu. Se ayuna para disciplinar la carne, enseñándola a abstenerse de lo que es apetecible. Se ayuna en solidaridad con los pobres, los necesitados y los menesterosos, tanto a nivel espirituales como materiales.

Jesús ayunó y así ejercito su piedad espiritual. Lo hizo durante cuarenta días y sus respectivas noches en el desierto; enseñó a sus discípulos que la misión que les

encomendaba demanda de oración y ayuno. La iglesia primitiva ayunó en momentos de decisiones trascendentes para la vida y ministerio. Y en el Sermón de la Montaña nuestro Señor Jesucristo nos advierte que al ayunar, hemos de cuidar el hacerlo para Dios y no como espectáculo que alabe nuestra soberbia espiritual. El ayuno es humilde y secreto, es sincero y genuino, algo íntimo entre el Padre y su Hijo. Se ha de ofrecer en discreción y con la convicción íntima de que su sentido está en Dios.

Formación misionera

Por gracia, el Señor nos ha adoptado como hijos. Como Padre, él procura nuestra formación permanente, a fin de que seamos perfeccionados para la obra del ministerio. La vida cristiana tiene como derrotero la disciplina espiritual tanto a nivel personal como comunitario. Nuestra formación como iglesia demanda un ejercicio sistemático de la ofrenda generosa, de la oración personal y comunitaria y del ayuno privado. Así se mortifica a la carne en sus resabios de egoísmo, autosuficiencia inicua e indisciplina. La vida piadosa fortalece de tal manera a la iglesia que su misión se ve fructificada por la obra del Espíritu. Piedad es obediencia y santidad. ¿Y qué mejor que ser obedientes y santos en el cumplimiento de la misión que hemos recibido? La piedad da fuerza al testimonio total de la iglesia: de palabra y obra.

¿De qué manera nuestra vida personal y de iglesia ha tenido como aspiración el ejercicio de la piedad? ¿Son la ofrenda, la oración y el ayuno parte constitutiva de nuestra vida diaria? Hay tres tareas por delante que no podemos dejar de cumplir. Tareas que maduran el carácter cristiano bajo la soberanía de Dios, tareas que fortalecen la obra misionera: ofrendar, orar y ayunar. Amén.

Domingo 29 de septiembre de 1985

¿DONDE ESTA TU CORAZÓN?

Mateo 6:19-21

“¹⁹»No acumulen para sí tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones se meten a robar. ²⁰Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido carcomen, ni los ladrones se meten a robar. ²¹ Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.” NVI

LOS VALORES RIGEN LA CONDUCTA. Los ideales griegos de lo bueno, justo y verdadero han sido olvidados en aras de lo agradable, placentero y atractivo. La santidad, la fidelidad y el servicio, propios de la fe cristiana, no se consideran en los senderos de la vida. Los hombres se conducen de acuerdo a lo que se valora en la sociedad contemporánea.

Jesús percibió que los hombres de su tiempo vivían para adquirir un vestuario vistoso, para acumular en sus graneros y atesorar en sus hogares. Actitudes similares vive el hombre de hoy. Sin embargo, la pirámide social en que vivimos, deja para los pocos que viven en la cúspide, la posibilidad de acumular bienes materiales y provoca en una gran capa de la sociedad, resentimientos sociales, frustraciones y sentido de impotencia al no poder adquirir lo que la sociedad considera origen de la felicidad. No obstante, Jesucristo afirma la insensatez de acumular riquezas y enfrenta a sus discípulos con los valores que tienen sentido de eternidad y no están sujetos a los vaivenes de este mundo. Su vida fue testimonio de lo que anidaba en su corazón y enseñaba a sus discípulos.

La prosperidad

Un próspero ciudadano judío se caracterizaba por un vestuario hermoso, graneros rebosantes y acaudalados tesoros. En ello cifraban la felicidad. Hoy en día, también persisten valores similares que rigen la conducta de los hombres, se reconoce en otros la belleza y calidad de su vestuario, los bienes que posee y el capital que atesora en las instituciones financieras. Tal parece que un hombre de amplio y fino guardarropa, de abundante riqueza y jugosas inversiones tiene asegurada la felicidad. En tener bienestar material invierte su tiempo, sus capacidades, su vida. Hay que percatarse sin embargo, de lo que dice Jesucristo. Los bienes materiales están sujetos a la labor devastadora de lo que corrompe y destruye.

¿Acaso Jesús prohíbe a sus discípulos la prosperidad? ¿Le desagrada el que posea un vestuario de calidad, bienes en abundancia y fuertes capitales? Le preocupa su corazón, atiende los valores que rigen la vida, el sustento de la felicidad y de la tranquilidad del alma. Sobrepuja lo temporal con sentido de eternidad.

El topo es animal de corta vista. Es usado como epíteto de quienes no ven más allá de sus narices. Para quienes los bienes materiales son la felicidad y el sentido de la vida. Jesús da a sus discípulos una visión diferente de su vida y el sentido de la misma.

Se atesora lo indeleble

La belleza de un vestuario puede ser abatida por la labor de la polilla, la abundancia de un granero por el gusano y la rata que corroe, la riqueza de un tesoro por quienes hacen boquetes en las casas y se apropian de las riquezas ajenas. Por inmensa que parezca una fortuna y segura la vida de quienes en ella confían, puede ser abatida hasta el polvo por el impacto de una economía desequilibrada, inflación devaluación, deuda, Etc. ¿Quién puede sentirse seguro en medio de la anarquía económica en que vivimos? No obstante, Jesús enseña a sus discípulos que hay valores que nos siguen hasta la eternidad. No caducan con el tiempo ni sufren al impacto de las crisis sociales. No están sujetos a la labor devastadora de la polilla, el orín y los ladrones, son tesoros celestiales que Jesús nos exhorta a acumular y cultivar de manera permanente. Con la tozudez de la hormiga que labora pacientemente, sin descanso.

Estos valores pueden ser considerados como la voluntad de Dios para nuestra vida: la santidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la templanza, el amor, la paciencia, la benignidad.

La acumulación de estos bienes es acción inteligente, Es siembra con visión de eternidad, porque cultiva los valores que nuestro Padre reconoce y procura en el alma de sus hijos.

Vale la pena desvelarse, malpasarse y sufrir en esta dimensión. Porque aquel que ama y vive con su corazón sostenido por el gozo de saberse un hijo de Dios está formando en él un carácter indeleble que le traerá prosperidad espiritual, que repercute para bendición ahora y en la eternidad. Jesús enseña a sus discípulos que han de encauzar todas sus energías en esta perspectiva de eternidad. Haciendo su mayor esfuerzo por formarse un carácter cristiano que no se abate por las adversidades que minan los bienes materiales. Atesorar un carácter semejante al de Cristo,- quien siendo rico se hizo pobre para enriquecer a muchos-, es sendero que hemos de seguir en nuestra vida, porque es la voluntad de Dios y porque es medida sabia que ha de repercutir en la vida eterna.

Hay que poner el corazón en las manos de Dios

¿Dónde está tu corazón? Al meditar en el pasaje de esta mañana nos parece indubitable la sabiduría de la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo. Sabemos que es su voluntad el que atesoremos bienes del espíritu, valores de fe, y sin embargo ¿podremos cambiar el derrotero de nuestra vida, a fin de que nos conduzcamos de acuerdo a esta enseñanza? No hay problema al considerarlo, pero hay una fuerte lucha cuando Jesús nos demanda el vivirlo, a la hora en que se toman decisiones, en que se planea el futuro. Es lucha permanente por el constante bombardeo del mundo contemporáneo, en el que las

conversaciones entre amigos y familia, lo que se mira en medios de comunicación, no hacen más que proyectar a la nada, el prestigio, la belleza ficticia y el placer como los motivos de la felicidad. ¿Tendremos hoy la decisión espiritual y fuerza de carácter cristiano para contrarrestar la iniquidad del mundo contemporáneo y sintonizarnos con las verdades eternas de la Palabra? ¿Podremos, aún más, tener un espíritu misionero para pastorear y consolar los corazones confundidos de quienes viven adorando al dios del dinero? Porque asumir en nuestra vida estos valores espirituales nos convierten en signos del reino de Dios y molesta conciencia de la sociedad actual. ¿Estaremos hoy dispuestos a dejar nuestro corazón en las manos de Dios, amando su Reino por sobre todas las cosas? Fue Jesús quien dijo que donde está nuestro tesoro está nuestro corazón. Considerémoslo a fin de que nuestro corazón no sea hallado amando más los bienes de este mundo, que nos dan seguridad ficticia, a los bienes del Reino de Dios. La conducta en que muchos nos movemos da testimonio de que esta palabra de Jesús ha quedado en el olvido; sacrificamos los bienes de su reino por los bienes de este mundo. Comportándonos con la insensatez de olvidar que el Señor nos manda a hacer tesoros en el cielo.

Israel aprendió a cultivar el espíritu esforzado y de trabajo al observar la labor paciente y obstinada de la hormiga, que no se detiene ante nada para conseguir sus objetivos. En ese espíritu férreo fueron educadas las nuevas generaciones. Es ejemplo que ha de persistir hasta hoy, en que la pereza, el desánimo, la fragilidad del carácter parecen marcarnos de tal manera que abandonemos con extrema facilidad la formación de un carácter cristiano y de valores espirituales que tenga una dimensión de eternidad. Valores que también repercuten en el tiempo presente, acarreado prosperidad a nuestra vida espiritual, al amar, perdonar, restaurar, reconciliar, servir, al vivir gozosos, en paz, siendo benignos y bondadosos, pacientes y mansos y templados.

Tengamos como ilusión, sueño y proyecto de vida esta acumulación de tesoros espirituales que fortalecen nuestra vida presente y futura. Amén.

Domingo 6 de octubre de 1985

VISION DE AMOR

Mateo 6:22,23

“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida.” Juan 8:12

“²²»El ojo es la lámpara del cuerpo. Por tanto, si tu visión es clara, todo tu ser disfrutará de la luz. ²³Pero si tu visión está nublada, todo tu ser estará en oscuridad. Si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué densa será esa oscuridad!” Mateo 6 NVI

LA MIRADA GENEROSA ES LA LUZ DE Dios a través de la ventana del alma. La mirada está presente en la revelación desde que el Señor observa lo creado y se agrada de ello, hasta la visión de Juan en Patmos del Cordero Inmolado sentado en el trono. Miradas que dieron lugar a la satisfacción divina y el arrobamiento apostólico. La primera pareja sobre el huerto del Edén se ven desnudos y se avergüenzan, Eva había codiciado el fruto prohibido y caído en la tentación de llevarlo a sus labios. El pecado distorsiona su mirada en una mirada codiciosa, como habría de distorsionar la del Rey David, quien paseándose por su palacio, miró la belleza de Betsabé y cayó bajo la opresión del deseo.

La mezquindad

El ojo maligno es el que refleja la infección de un corazón mezquino. La expresión que usa nuestro Señor Jesucristo es referencia a la actitud de quien no está dispuesto a compartir y vive sólo para sí. Si en nuestra cultura los ojos son la ventana del alma, para los judíos refiere al corazón. Un corazón maligno trasciende a la totalidad de la vida, un corazón mezquino es infelicidad pasada, presente y futura. Eva quiso ser como Dios, David apropiarse de la mujer que no le correspondía. La mirada que se posa en el fruto prohibido y extiende la mano para probarlo, la mirada encendida del rey que le lleva a engañar y matar, es testimonio de corazones fracturados por el poder devastador del pecado. En ambos casos, la mirada inicua fue origen de dolores y testimonio de la oscuridad del alma.

La codicia o el deseo; el perjuicio, el celo y el orgullo estorban la visión del hombre y dañan la comunidad humana. El tacaño es el que solo tiene ojos para mirarse a sí mismo, vive ajeno a la realidad del mundo, de su ciudad, de sus hermanos. No sabe extender su mano al necesitado y vive convulsionado por el vehemente deseo de tener y acumular hasta la saciedad. La tacañería y la mezquindad van de la mano, ambos adjetivos dan cuenta de la avaricia de un corazón, que sólo sabe mirar en beneficio propio y no acierta a vivir en comunidad de bienes. Y esto se da tanto a niveles familiares y fraternales como sociales. La visión de un corazón maligno está distorsionada por la miseria de no saber dar y mucho menos darse.

La generosidad cristiana

¿Quién puede dar lo que no tiene? Generoso es quien comparte aquello que posee. El que mira con generosidad expresa la riqueza de un corazón transformado por la gracia de Dios. No da por hecho de dar, sino en testimonio de la gracia que cobija su corazón. Si bien es cierto que los hechos dan testimonio de nuestros sentimientos y que Jesús valoró la actitud de quien sabe quitarse la capa y darla a quien le pide la túnica, también lo es el hecho de que la fe cristiana tiene un carácter distintivo que se ha de compartir. Quienes poseen riquezas las puede ofrecer, y ¿qué mayor riqueza podríamos ofrecerle al mundo que la de nuestra fe, amor, palabra y testimonio? Valoremos, los últimos acontecimientos que hemos vivido como ciudad han demostrado la generosidad de corazones que se desprendieron de alimentos, ropa, medicinas, bienes diversos para socorrer a los necesitados. Como cristianos se prepararon comidas, se distribuyeron ropa y alimentos, se atendieron a quienes solicitaban ayuda o a quienes no la querían recibir. Y sin embargo lo máspreciado que se pudo compartir en un momento de dolor fue la fe, el amor, la esperanza y la palabra de vida que se anida en nuestro corazón.

Y sin embargo, ¿habrá quienes piensen que estos momentos de dolor son ocasión propicia para engrosar sus listas de miembros y tener la satisfacción de quien cuenta a sus hermanos como un fabricante se deleita ante la abundancia de su mercancía? Sólo daría testimonio de mezquindad que hay en el corazón y que nubla su visión. La generosidad cristiana es dar en solidaridad de espíritu, con humildad y sin esperar recibir nada a cambio, sólo la satisfacción personal de haber sido instrumento de la gracia de Dios para despertar la fe en un corazón desesperanzado o la paz en el alma atormentada.

Cristo, la mirada de Dios

Es mirada de gracia, es acción generosa que se da por amor. Jesús es la luz del mundo, es luz porque revela al Padre y transforma la vida del hombre imprimiéndole sentido y dirección. Fue él quien dijo que seguirle significaba ser partícipe de la vida. Así que en la generosidad de Dios hay una acción recíproca, porque ama, el Padre envía al Hijo para ser la luz del mundo, el hombre recibe la palabra de amor a través del testimonio y responde en seguimiento, lo que trasciende para vida. Porque Cristo es la mirada de Dios, es mirada de amor, de gracia, de perdón y es ofrecimiento generoso en el que se proclama que el tiempo del perdón y la gracia ha llegado para la regeneración del hombre. Y esta generosidad de Dios que se vive en la dimensión del Hijo, tiene como expresión sublime la entrega de la vida a través de su sacrificio. La generosidad de Dios se expresó en el darse a sí mismo para salvar al mundo del pecado, para restablecer la comunión, para vivir en fraternidad con el hombre. Porque Cristo es el testimonio de la solidaridad de Dios con la miseria del hombre. Por ello, Jesús se conmovió ante la visión de una Jerusalén carente de pastor, y ante el desquiciamiento de quienes le llevaron a la cruz. En todo momento su mirada fue reflejo de la gracia de Dios.

El hombre generoso, desde la perspectiva de la Escritura, es el que tiene un ojo bueno, quien se mantiene mirando a la realidad de Cristo: en Cristo encarnado que se identifica con las necesidades más profundas de la humanidad; el Cristo crucificado como cordero inmolado para nuestra justificación, el Cristo resucitado que da vida a los suyos para que experimenten el poder de su resurrección, el Cristo reinante, que da poder y potestad a la iglesia para proclamar este evangelio de amor y el Cristo que vuelve para consumar la comunión de Dios con su Pueblo. El cristiano, como hombre generoso, se ve así mismo, a su prójimo y al mundo con los ojos de Cristo, que es mirada de amor, perdón, gracia y misericordia. Por ello, que Dios sea nuestra visión y que Cristo sea nuestro modelo de generosidad.

¿Cómo está tu ojo?

Un corazón malvado incapacita para vivir con el prójimo, con Dios y consigo mismo. Es contraste, la generosidad del corazón que se expresa en acciones y juicios, propicia la comunión con Dios, con el prójimo y con uno mismo. La misión de Jesús fue llevarnos de las tinieblas a la luz admirable (Juan 12:46) y el que vive en la luz se conduce con la seguridad de quien conoce la dirección de sus pasos y el sentido de su camino.

Ser discípulo de Jesucristo es cultivar un corazón generoso, que ha sido transformado por la gracia de Dios; es cultivar una mirada cristiana que descubre en el otro no la imagen de si mismo, sino la necesidad de la gracia de Cristo. Hay que cultivar un corazón generoso a fin de que la vida crezca en intimidad, fraternidad y comunión con Dios. Y, si de alguna manera podemos resumir el significado de la generosidad cristiana como expresión del carácter de Cristo, es a través de la palabra dar, que mas que un compartir de bienes materiales o espirituales, es darse a uno mismo, negando la mezquindad personal y viviendo en la luz.

Domingo 13 de octubre de 1985

“ELIJAN USTEDES MISMOS A QUIÉNES VAN A SERVIR”

Mateo 6:24

*Oh Salvador, ya puedo oír
tu invitación de amor
Para entregar mi vida a ti
Cual un fiel seguidor
Rey de mi vida sé,
Reina en mi corazón
Ven, ten posesión, es mi oración
Ven, reina en mi corazón*

²⁴»Nadie puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro, o querrá mucho a uno y despreciará al otro. No se puede servir a la vez a Dios y a las riquezas. Mateo 6:24 NVI

EL DIOS DEL DINERO es un ídolo popular en la sociedad contemporánea. El pueblo de Dios ha tenido que perfilar el carácter de su fe, ayer y hoy, en contraste con culturas idolátricas, que levantan esculturas y santuarios al dios de la riqueza. Y así como Israel escucho del deuteronomista que servir a dioses paganos era razón de tropiezo, la iglesia de Jesucristo, el nuevo Israel, ha recibido de su Maestro una advertencia clara: no se puede servir a dos señores.

La insensatez de adorar a la riqueza

¿Hay sensatez en la conducta de quien no atina a depositar su fe en Jesucristo y, sin embargo, hace del dinero la imagen de su vanidad? No sólo es insensatez, sino pecado del que el Señor advirtió a Israel en repetidas ocasiones. Tanto el libro de Éxodo como la reconsideración de la ley en el Deuteronomio, son claros en la prohibición divina de depositar el corazón en dioses falsos. Así que, ni los baales ni la diosa Asera, como divinidades de la fertilidad y la prosperidad, fueron dignos de recibir la adoración del pueblo escogido, tampoco el dinero o la riqueza pudieron compartir el corazón de Israel con el Dios Soberano de la creación. “No harás para ti escultura, ni imagen alguna...No te inclinarás a ellas ni les servirás” (Deuteronomio 5:8,9).

¿Qué hay en el fondo del hombre insensato que no sabe vivir su amor con fidelidad? Hay quienes aducen una incapacidad natural, otros la insatisfacción de su vida, algunos más el no cosechar lo mismo que sembraron. Pero, ¿qué excusa podemos presentar cuando la infidelidad se vive en relación con Dios? ¿También podemos aducir que no tenemos la aptitud de serle fieles a Dios, o que él no da lo mismo que le ofrecemos? “Dios es amor” (1 Juan 4:8). No podemos eludirlo, negarle a Dios nuestra lealtad total es

haberla ya depositado en ídolos falsos. Y todo ídolo demanda con celo un servicio total. ¿O acaso podríamos pensar que el dios del dinero es un ídolo benigno que trae bendición a quienes les adoran? Considerémonos en primer lugar que son ídolos muertos; además que son tan mezquinos y sangrientos que sacrifican la vida humana, degradan el orden natural y destruyen la comunidad. ¿O acaso no hemos sabido de hombres que mueren en la más triste soledad y amargura por haber depositado toda su vida en el dios del dinero y al final acabaron solos con su avaricia?, ¿O no hemos sabido de familias que se destruyen en pelear herencias o capitales? ¿No estamos al tanto de la degradación de los recursos naturales por la explotación irracional en que los sacrificamos? No hay tiranos más sangrientos que el ídolo falso del dinero y la riqueza. Y, sin embargo, es el dios popular de este siglo al que se le rinde pleitesía y se levantan santuarios.

Reflexionemos, ¿no será momento en que como pueblo de Dios empecemos a considerar con seriedad que la sociedad contemporánea mas que idolatra de imágenes religiosas, es adoradora de la riqueza y el dinero?

Nuestra vocación es ser fieles

El hombre sensato pone su confianza en Dios. Un pueblo entendido vive su fe en lealtad al Señor. La iglesia de Jesucristo tiene una vocación clara: ser leal a su Señor. Así lo enseña el apóstol San Pablo: “...se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel”, (1 Corintios 4:2), y así fue educado el pueblo de Israel: “ A Jehová tu Dios temerás, y a él solo a servirás”; “Ahora pues Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma”; “...no os apartéis de en pos de Jehová, sino servidle con todo vuestro corazón” (Deuteronomio 6:13;10:12; Samuel 12:20).

La gratitud y el amor son las razones por las que se ha de cultivar un corazón leal a Dios. La salida de Israel de Egipto, la compañía permanente de Dios durante cuarenta años por el desierto, fueron razones presentes en la historia de Israel que le llamaba permanentemente a la gratitud y a la fidelidad. No obstante, la acción de Dios en la historia fue llamada del Señor para que Israel depositara en él su corazón. Dios no quería la frialdad de un contrato de beneficio mutuo, sino intimidad de una relación de amor, que diera lugar a la lealtad y a la fidelidad. Así mismo es el amor y la gratitud lo que ha de sustentar la fidelidad del corazón cristiano. También a nosotros el Señor nos sacó de lugar de esclavitud, y nos ha acompañado paso a paso en nuestro peregrinar. La regeneración de nuestras almas fue el principio de una relación en la que el cultivo de cada acto de la vida ha de tener como criterio la fidelidad a nuestro Dios y Señor. Porque el Señor no se conforma con una parte de nuestra vida, el anhela ser el Señor. Por ello la iglesia compone himnos de amor en los que le promete fidelidad total. Así hay que entender nuestra fe, es un cultivo permanente de amor y gratitud. Hay que vivir alertas para no caer en la idolatría de falsos dioses.

Jesucristo es el Señor

Creámosle en nuestro corazón, confesémoslo con nuestros labios, adorémosle con todo nuestro ser, digámoslo al mundo. Porque estar sujetos a su voluntad y vivir bajo su autoridad es sujeción. Porque sólo al estar sujetos a su señorío el hombre puede cosechar lo que Dios ha sembrado en su alma. No hay que olvidar que Dios nos ha creado para que seamos realmente hombres, dispuestos a cultivar relaciones de fidelidad con él y de fraternidad con los hermanos. La fidelidad a Dios es andar el camino, consumir nuestra vocación humana. Ser leales al dios del dinero es ir en sentido contrario al propósito de Dios para nuestra vida: deforma, sojuzga, sacrifica, condena.

El Señorío de Cristo es la soberanía de Dios sobre la vida del hombre. El señorío de Cristo se testimonia en vivir para su servicio. Ser leales a Dios es servirle con ahínco. Pero haciéndolo con una actitud gozosa. “Servid a Jehová con alegría” (Salmo 100:2).

Si la adoración a los ídolos tuvo como advertencia de parte de Dios ser tropiezo para la vocación de Israel, servir al Señor recibió la promesa de alcanzar la bendición: “más a Jehová vuestro Dios serviréis, y él bendecirá tu pan y tus aguas; y yo quitaré toda enfermedad en medio de ti” (Éxodo 23:15). Así que, ser fieles en el servicio al Señor, trae prosperidad a la vida y salud al cuerpo. Porque el hombre que es fiel y se cuida de andar en compañía de malignos que adoran a sus propios vientres, es como el árbol plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto a su tiempo y todo lo que hace prosperará. Sirvamos a Dios, seámosle fieles y él prosperará nuestro camino. Que nuestra decisión sea servir al Señor. Amén.

Domingo 20 de octubre de 1985.

LA PROVIDENCIA DEL REY-PADRE

Mateo 6:25-34

²⁵»Por eso les digo: No se preocupen por su *vida, qué comerán o beberán; ni por su cuerpo, cómo se vestirán. ¿No tiene la vida más valor que la comida, y el cuerpo más que la ropa? ²⁶Fíjense en las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni almacenan en graneros; sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que ellas? ²⁷¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora al curso de su vida? ²⁸»¿Y por qué se preocupan por la ropa? Observen cómo crecen los lirios del campo. No trabajan ni hilan; ²⁹sin embargo, les digo que ni siquiera Salomón, con todo su esplendor, se vestía como uno de ellos. ³⁰Si así viste Dios a la hierba que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, gente de poca fe? ³¹Así que no se preocupen diciendo: “¿Qué comeremos?” o “¿Qué beberemos?” o “¿Con qué nos vestiremos?” ³²Porque los *paganos andan tras todas estas cosas, y el Padre celestial sabe que ustedes las necesitan. ³³Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas. ³⁴Por lo tanto, no se angustien por el mañana, el cual tendrá sus propios afanes. Cada día tiene ya sus problemas. Mateo 6:25-34 NVI

LAS REVISTAS FEMENINAS y las telenovelas son escaparates del mundo contemporáneo. Dan testimonio de los valores y metas que rigen la vida de millones de hombres y mujeres alrededor del mundo. La comida, la bebida y el vestido son hoy, como ayer, razón de afán y ansiedad.

Los momentos de crisis, de escases, de limitaciones económicas son ocasión en que, como un torrente incontrolable, surge la ansiedad humana, el afán de encontrar una seguridad aparente en los bienes materiales. ¿Por qué permite el Señor que sus hijos sean probados en su fe, al enfrentar carencia material? Es tensión que muestra la salud del corazón y el compromiso con el Reino.

La ansiedad

El hecho de que nuestro Señor Jesucristo aborde el problema de la ansiedad en el Sermón de la montaña nos permite entender que los discípulos no están exentos de sufrirla. Los discípulos, quienes lo han dejado todo por seguir a Cristo, también pueden caer en la preocupación de saber que será del mañana en cuanto a la comida y al vestido. Esta inquietud en la iglesia del Señor, cuando persiste enfrenta limitaciones económicas o tiempos de escases. Jesús no promete que los discípulos estarán libres de sufrir limitaciones, pero sí enseña la manera de enfrentarlos. La forma como el mundo vive estas adversidades, es a todas luces impropio. Dado que la ansiedad es inútil y nociva, ¿qué ganamos con vivir ansiosamente? La ansiedad es ciega, porque no permite ver que la providencia de Dios sustenta a su creación, pájaros, flores. Y es testimonio de

infección espiritual, dado que la fe cae abatida por el afán del sustento material. Y se está a un paso de tomar senderos equivocados, haciendo negocios injustos, evadiendo compromisos, siendo gravosos para otros, faltando a los mandatos del Señor. Y la ansiedad conduce al sometimiento idolátrico de la riqueza y al ojo malo que solo busca el beneficio personal.

¿Es qué acaso el Señor nos llama a una actitud de desinterés y abulia? No, ciertamente la palabra es clara en cuanto al resultado de la ociosidad y a la responsabilidad cristiana del trabajo, pero Jesús enfatiza que caer presa de la ansiedad, es comportarnos como paganos, olvidando que tenemos en el Señor un Padre providente y soberano.

¿Quién tiene el control?

La Escritura prohíbe el pensamiento lleno de ansiedad que da lugar a acciones suicidas y errores costosos. En contraste, el seguimiento de Jesucristo, como discípulos que hemos renunciado a todo para tenerlo a él, tiene como consecuencia la liberación del agobio contemporáneo. Ya señalábamos que las revistas femeninas y las telenovelas son escaparate del agobio y el tren de vida suntuario y falaz en que muchos hombres caen por ambición e inseguridad. Ante la tiranía de la moda y las dietas. ¿No es contradictorio constatar las enfermedades psíquicas y físicas que producen la ansiedad por el bien vestir y el bien comer? Es reflexión que Jesús provoca en sus discípulos. Hay un claro problema de valores y prioridades en la vida. Más aún una crisis de fe cuando el Reino pasa a segundo término y vivimos sujetos a las ansiedades del mundo contemporáneo. Ser discípulos de Jesucristo es una renuncia a la obsesión por lo material y liberación del agobio. Esto nos permite, al nivel de la vida cotidiana, aprender a buscar lo esencial y a simplificar nuestro tren de vida. Pero, preguntará alguno, ¿cómo vencer la ansiedad? Sólo dejando que nuestro Dios se convierta en el poder dominante de la vida. Por ello, la pregunta que hemos de considerar hoy es ¿quién tiene el control sobre mis metas y expectativas en la vida?

La suprema seguridad

El pueblo de Dios ha aprendido a confesar su fe en la Escritura. Así, David está con nosotros hoy al llevarnos a considerar su propia experiencia: “Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigué pan”. (Salmo 37:25) Dios es la suprema seguridad para nuestra vida. Quien ha renunciado a todo lo que posee, dejando su vida, su tiempo, su pasado, presente y futuro en las manos de Dios, experimenta la eficacia del amor de Dios. Porque nuestro Padre celestial valora a la persona, su cuerpo y su vida. No desprecia lo material, pero lo coloca en su lugar adecuado: lo supedita a la prioridad del reino y su justicia.

El Reino de Dios da testimonio de que Dios es soberano, y las palabras de Jesús nos llevan a considerarlo como nuestro Padre. Así que, la seguridad del Hijo de Dios

descansa en que él creador y sustentador de todo cuanto existe y que como Padre sabe dar buenas dadas a quienes lo piden. La vida del discípulo ha de ser una manifestación del reinado de Dios: pensamiento, sentimientos, planes, metas, acciones; todo lo que se es y se hace ha de estar bajo la soberanía de Dios. El padre se ocupa de quienes han renunciado a toda seguridad y han depositado su vida en Jesucristo. Así que consideremos que Jesús alienta nuestra fe y seguridad, al mostrarnos la realidad del amor eficaz y soberano de nuestro Dios. Amor al que él se sujetó, el renunciar a todo y vivir totalmente en la dimensión del reino.

El desafío

Jesús desafía a sus discípulos a vencer la ansiedad viviendo enteramente para el reino de Dios y su justicia. Es un desafío latente esta mañana para todos nosotros, dado que, el mundo en que vivimos ha depositado su seguridad y su vida en las manos del dinero y la riqueza que le da una supuesta seguridad de comer y de vestir. Pero sujetarse a este dominio es actitud pagana que Jesús rechaza en quienes le siguen. La meta de nuestra vida, el objetivo que ha de regir nuestra conducta aquí y en el mundo es el reino de Dios, su soberanía sobre todos los que confiesan y el estilo de vida que ella provoca: y su justicia, la actitud regeneradora y sacrificial que encarnó Jesucristo, quien es la justicia de Dios que hemos de proclamar y vivir en medio de nuestra sociedad. Es palabra evangélica que desafía las seguridades ilusorias, los falsos ídolos, las apariencias de felicidad, que solo ocultan realidades de miseria y amargura. Para el mundo es un desafío a renunciar a ídolos, para los discípulos a solidificar su fe, radicalizar el seguimiento, evaluar su testimonio. Es un llamado a la entrega exclusiva al servicio de Dios.

Quien deja todo por seguir a Cristo, quien renuncia a sus seguridades materiales por el reino de Dios, recibe la promesa de recibir la satisfacción de sus necesidades. Porque el Señor suplirá todo lo que le falte. Sin olvidar que la palabra de Jesús no es un llamado a la irresponsabilidad, ni a la holgazanería, sino tener como prioridad en la vida el reino y la justicia de Dios, su soberanía y su palabra de reconciliación. Por ello, vivamos y actuemos para que la justicia del reino sea una realidad en este mundo de injusticia, idolatría y apariencia; que como iglesia aceptemos el desafío de dejar toda nuestra vida sometida a la autoridad de Jesucristo. Porque teniendo a Cristo ¿qué nos falta?

Vivamos hoy para el reino, el día de mañana traerá su propio afán. La ambición que a Dios le agrada, es la ambición que tiene como meta el ser agradables al Señor. No hay otra alternativa; o soy ambicioso para mí mismo o lo soy para Dios. ¿Cuál es tu decisión?

Domingo 27 d octubre de 1985

NO JUZGUES

Mateo 7:1-6

7 »No juzguen a nadie, para que nadie los juzgue a ustedes. ² Porque tal como juzguen se les juzgará, y con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes.³» ¿Por qué te fijas en la astilla que tiene tu hermano en el ojo, y no le das importancia a la viga que está en el tuyo? ⁴ ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Déjame sacarte la astilla del ojo”, cuando ahí tienes una viga en el tuyo? ⁵ ¡*Hipócrita!, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás con claridad para sacar la astilla del ojo de tu hermano.⁶» No den lo sagrado a los *perros, no sea que se vuelvan contra ustedes y los despedacen; ni echen sus perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen. Mateo 7:1-6 NVI

LA ACCION PASTORAL FRATERNAL atiende a las relaciones interpersonales que se viven en el seno de la congregación. Cada miembro del cuerpo de Cristo se sabe interdependiente de los otros y considera su responsabilidad compartida de mantener la unidad y armonía del cuerpo al que pertenece, Jesús instruyó a sus discípulos sobre esta realidad de su iglesia y les advierte que una casa dividida en sí misma no puede prevalecer. Cuidar de la iglesia de Jesucristo es cuidar de las relaciones fraternales que se viven en el seno de la comunidad de fe, procurando actuar con criterios pastorales de amor, perdón, restauración y edificación. Cada uno es guarda de su hermano, para vigilar su salud espiritual y actuar en consecuencia.

¿Juez o hermano?

La actitud de la iglesia hacia los hermanos más débiles es testimonio de la salud de su corazón. Dice la palabra que de la abundancia del corazón habla la boca: la palabra de juicio es consecuencia de un corazón soberbio que pretende usurpar el lugar que sólo a Dios le pertenece. Nuestro Señor Jesucristo identifica dos problemas que lastiman las relaciones de los discípulos: la palabra de juicio y la actitud hipócrita. En quien Juzga se descubre un corazón soberbio y endurecido; en el que se comporta con hipocresía, un rechazo a considerar su propia salud espiritual. Tanto la palabra condenatoria como la negación a considerarse a sí mismo, son acciones que lastiman la vida fraternal en la que se sustenta la iglesia del Señor, ya que Jesús advierte que quien así actúa lo mismo recibirá de parte de Dios. El que con ley se relaciona con ley será tratado. No olvidemos que nadie es lo suficientemente bueno como para tener la autoridad de expresar una declaración condenatoria hacia el hermano débil o caído. Rechacemos estas actitudes y procuremos vincularnos en el Espíritu de nuestro Señor.

Quien emite palabra de juicio no atina a tener la lucidez de considerar su propia vida, antes de observar la de los otros. Dado que en la mayoría de los casos, quien juzga a otro se refleja a sí mismo, para no asumir su responsabilidad personal de arrepentimiento y confesión. Jesús llamó a esta actitud hipocresía.

Pastoral fraternal

La acción pastoral fraternal ubica a cada creyente en su vocación: Dios nos ha constituido en un pueblo de sacerdotes, con la responsabilidad de sobrellevar los unos las cargas de los otros. Es rechazo a la indiferencia, pero también a la palabra de juicio y a la hipocresía.

El amor es el único que transforma a una comunidad humana en una comunidad nutridora. Considerar a los hermanos en la congregación como parte de sí mismo y en su momento, a estar dispuestos a ayudar o recibir ayuda, nos orienta en dirección a cultivar la vida de iglesia como una acción nutritiva, por la disposición pastoral de cada uno de sus miembros. Es claro que ello nos desafía a cultivar en nuestros corazones una palabra restauradora, una actitud humilde, un sometimiento a la soberanía de Dios y disposición para actuar por amor.

La relación fraternal se sustenta en una actitud de aceptación de los otros a pesar de sus defectos. Porque la hermandad cristiana no se fundamenta en las virtudes de sus miembros, sino en el amor que se ofrece a quien lo necesita precisamente por su miseria o por su debilidad.

Dios es juez, los cristianos somos hermanos. Sólo al señor le pertenece la autoridad del juicio y el justificar o condenar a quienes se presenten ante su presencia. Por ello, dar lugar a la palabra de Juicio nos coloca dentro de nuestra propia categoría y nos margina del perdón y la misericordia de Dios. Porque con el juicio con que se juzga se será juzgado (v.2) No olvidemos que la tentación del que juzga es usurpar el lugar que solo a Dios le pertenece.

¿Amar o hablar de amor?

La biblia es la historia del amor de Dios por el hombre. Da testimonio del constante extravío del ser humano y de la permanente búsqueda de Dios por la reconciliación. Es una historia de amor que tiene su culminación en la vida de nuestro Señor Jesucristo. Quien supo darse a quien lo necesitaba, conviviendo con los publicanos, los pecadores, compartiendo la mesa con seres despreciables y permitiendo ser tocado por mujeres impuras. No solo hablo de amor, amo. Y su amor tuvo la expresión más sublime en su sacrificio personal para salvación de todo aquel que cree.

Como el nuevo Israel de Dios, el Señor nos dio la encomienda de proclamar este mensaje de amor, pero no solo como un mensaje verbal que ha de escuchar el mundo, sino como una forma de vida que se expresa en la iglesia, considerando nuestras relaciones interpersonales y la acción pastoral que nos debemos los unos a los otros. No accidentalmente es que Jesús ora a su Padre con el ruego de que nos guardara en unidad, a fin de que el mundo aceptase nuestro testimonio. Por ello, a quienes aún son débiles dentro de la comunidad de fe, no es solo nuestro compromiso sobrellevarle, sino perdonarle, amándolos y restaurándolos, con espíritu de mansedumbre. Alentándoles a configurarse a Jesucristo y hacer morir las obras de la carne.

Así que, la prohibición de nuestro Señor Jesucristo de emitir palabra de juicio no ha de entenderse como desinterés e indiferencia, ni como complicidad en el pecado, sino como una renuncia a juzgar a fin de actuar pastoralmente con los hermanos en la fe. Es el ejemplo que hemos recibido de nuestro Señor Jesucristo, quien actuó restauradoramente con todo aquel que compartió su vida.

La iglesia como comunidad sanadora

Esta dimensión del ministerio de la iglesia atiende no sólo a la salud personal de cada uno de sus miembros de la congregación, sino de manera prioritaria las relaciones fraternales que se establecen entre ellos. A fin de seguir el ejemplo del buen pastor que su vida da por sus ovejas y va en busca de la que se había perdido. No hay que olvidar que la vivencia de la iglesia como una comunidad sanadora, demanda de cada uno de nosotros un examen sincero de la salud de nuestra vida espiritual, a fin en que estemos en posibilidades de ayudar al hermano a limpiar la mota de su ojo. El autoexamen, la autocrítica como preámbulo al arrepentimiento y a la confesión, son acciones saludables en la vida y el ministerio que como iglesia hemos recibido. No nos neguemos a considerarnos en lo personal, a fin de que nuestra vida no sea enturbiada por pecados no confesados, por la dureza de corazón que nos margina y excluye del cuerpo de Cristo que es su iglesia. No somos jueces, no podemos ser hipócritas, porque somos hermanos y nos debemos los unos a los otros.

¿De qué manera esta dimensión de nuestra fe ha logrado hacerse realidad en nuestra vida de iglesia? ¿Aún prevalecen nuestras actitudes farisaicas de juicio e hipocresía? Asumamos la palabra del Señor que nos orienta a vivirnos como hermanos en una acción pastoral fraternal humilde y amorosa. Amén.

Domingo 3 de noviembre de 1985

CULTIVÉMONOS EN GENEROSIDAD

Mateo 7:7-12

⁷»Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá. ⁸ Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre. ⁹» ¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¹⁰ ¿O si le pide un pescado, le da una serpiente? ¹¹ Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan! ¹² Así que en todo traten ustedes a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes. De hecho, esto es la ley y los profetas. Mateo 7:7-12 NVI

¿QUIEN ES CRISTO HOY? Fue pregunta que dio origen a la serie de sermones que hemos meditado a partir del inicio de este año. Conocer a Jesucristo, relacionarnos con él, entender su Palabra, acatarla en obediencia, es llamamiento que nos ha confrontado desde las páginas del Evangelio de Mateo. Es Levi, quien fue llamado desde la mesa de impuestos, quien nos muestra la sabiduría de Jesús al presentárnoslo como el Maestro por excelencia: vive lo que enseña. Su instrucción no sólo provee información para encauzar la vida, sino que confronta la realidad humana en su más íntima profundidad a fin de transformarla, despojándola del poder devastador del pecado y encauzándola a una relación nutritiva con el Padre celestial.

Hay que saber pedir

La sabiduría popular nos dice que en el pedir esta el dar. No obstante hay limitantes en el pensamiento del hombre contemporáneo para pedir, Si lo consideramos a la luz de la cultura familiar, hay padres que no aceptan las peticiones de los suyos y estallan con la ira incontrolable, ya sea si la petición es de carácter económico, moral, afectivo o espiritual. No es necesario subrayar que el egoísmo aparece como enfermedad crónica de quien no está dispuesto a dar ni a darse. Esto engendra temor y desconfianza en el seno de la comunidad familiar. Si consideramos la petición a la luz de la economía, podemos percatarnos que hay desconfianza en el pedir, dado que hay ensañamiento y descontrol en los intereses que devenga el acreedor, y abuso de los indefensos a quienes se les obliga a pagar aún a costa de sacrificios de vida y salud. Y qué decir si lo contemplamos a la luz del desarrollo, reconociendo que en muchas ocasiones lo que se da como ayuda no es más que un oculto interés mezquino por dominar o la transferencia de recursos inservibles y anticuados.

Sin embargo, no podemos dejar de considerar la imagen del pordiosero que pulula por nuestras ciudades y a quien se le trata con desprecio y violencia. No obstante, nuestro Dios no es padre egoísta, ni acreedor inhumano, ni codicioso aprovechado; así como tampoco nosotros hemos de identificarnos con pedinches perezosos.

Identificándonos con el Hijo

Somos hijos en el Hijo. En Jesús hemos sido adoptados por el Padre. Gozamos de los privilegios y las responsabilidades de su paternidad. Como iglesia, hemos tenido como objetivo de nuestro ministerio la configuración. Y hemos entendido que es la identificación con el Hijo, en su palabra, en su vida, en su ministerio, en sus dolores, en sus alegrías. Consideramos hoy el gozo de una intimidad familiar que es identificación con el Padre celestial, cuya morada en los cielos da testimonio de su santidad, y su presencia en la tierra es testificada en la persona del Hijo quien nos ha incluido en la familia de Dios. Ser hijo y así configurarnos a Jesucristo es aprender a pedir, a buscar y a llamar. Si el primer verbo demanda un saber esperar la respuesta; el buscar y el llamar, dan cuenta de una actitud solícita en la demanda de los dones de Dios. Así qué, aprender a pedir es asumir la autoridad de la Palabra de Cristo en la vida, dado que es él quien nos exhorta a hacerlo, infundiéndonos confianza en la respuesta que recibiremos del Padre celestial. Dado que no es petición infructuosa, el Señor da; ni sustentada en el temor de un préstamo con interés desmedido, sino en la confianza del corazón del Hijo que reposa en la benevolencia y generosidad del Padre.

Así que, asumamos, la configuración se da en la identificación de cada uno de nosotros en la capacidad de pedir al Señor y romper así la soberbia y pretendida autosuficiencia de quienes no le quieren deber nada a Dios porque temen dar cuenta de su mayordomía en el día del juicio.

¿Autosuficiencia o dependencia?

Entendamos, ser padre es cultivar en los hijos un espíritu de trabajo y de independencia personal, a fin de que asuman la responsabilidad del sustento personal, familiar y en su momento, la ayuda a los progenitores. Jesús no estimula la dependencia parasitaria, ni la holgazanería. La paternidad humana y la divina, se dirigen por senderos distintos cuando entendemos que la madurez espiritual está en la dependencia en Dios, así como la madurez humana es en la independencia personal. Porque si bien es cierto que mantenerse al margen de la generosidad de Dios es testimonio de una madurez espiritual así mismo ser un ser dependiente en la edad de la responsabilidad es ejemplo de inmadurez emocional, y ambos fenómenos aparecen en nuestras ciudades, en nuestro pueblo, hay quienes no saben pedir y recibir en generosidad de Dios y hay quienes siguen dependiendo de sus padres con actitudes comodinas y vergonzosas. El padre malo es el que da un pan que se transforma en piedra o pescado que se vuelve serpiente, porque el pan no ganado es un pan duro de digerir y el pecado de la flojera es un áspid venenoso que acaba con la integridad de quien lo ingiere. Es deducción plausible en las palabras de Jesús si contrastamos su enseñanza con algunas manifestaciones del pecado en el hogar.

Si bien es cierto que hay que saber pedir, también es verdad que hay que saber dar, especialmente cuando se trata de la relación entre los padres y los hijos. Y para ello basta reflexionar en las dadas materiales que trata de sustituir el darse personal de los padres

para los hijos y que terminan siendo trampas mortales en las que los hijos ven el final de sus vidas. Los automóviles en manos de adolescentes huérfanos funcionales son tumbas rodantes o armas temibles. Así es que, no solo hay que saber pedir, sino también ejercitar el temor de Dios en el dar, a fin de que sea un don de bendición para el que recibe.

La generosidad de Dios

El Señor no solamente nos da, sino que nos da lo mejor y en abundancia. Jesús, al instruirnos acerca del pedir, el buscar y el llamar, nos advierte sobre el peligro de no considerar a Dios en lo que es fruto del trabajo. Hay quienes por irresponsabilidad y pecado no aceptan considerar a Dios como el dador de toda buena dádiva y de todo don perfecto. Piensan que el usufructo del trabajo, el salario que se devenga, es asunto solo de ellos, remuneración de su esfuerzo personal. Y por ello no consideran su responsabilidad de agradecer, ofrendar y diezmar de lo que reciben. Pero el hijo de Dios no puede olvidar que todo lo que recibimos nos viene de Dios, quien da a sus hijos lo mejor para cada uno. Así es que si recibimos en escasez o en abundancia, eso es bueno de parte de Dios.

Dios es generoso, no sólo por la tierra y por el agua, por el grano que fructifica en cosecha, por la vida que hasta hoy nos ha concedido, por la mesa nunca vacía de sus hijos; sino por el don precioso de la salvación que hemos recibido en Jesucristo su Hijo. Porque ¿quién que habiendo demandado salvación de Dios no la ha recibido en abundancia? ¿O quién ha demandado de Dios bendición y no ha tenido de su parte lo mejor? Pero si queremos recibir de Dios solo lo que queremos y no lo mejor, no pensemos que el accederá a nuestro capricho para darnos piedras inservibles o serpientes mortíferas. Dios da lo mejor y esto es lo que redundará en nuestra bendición espiritual, a fin de afianzarnos en nuestra fe y esperanza.

Este es principio que estructura nuestra vida de oración pero también de convivencia con los otros. Porque así como queremos que Dios actúe con nosotros, hemos de actuar nosotros con los hombres. Gozar de un Dios generoso es compromiso de generosidad. Amén.

Domingo 10 de noviembre de 1985.

LA VIDA

Mateo 7:13,14

¹³»Entren por la puerta estrecha. Porque es ancha la puerta y espacioso el camino que conduce a la destrucción, y muchos entran por ella. ¹⁴Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y son pocos los que la encuentran.” Mateo 7:13,14 NVI

EL REINO DE DIOS exige del hombre una decisión radical, en tanto que en ella está en juego su vida. Tomar decisiones entraña el ejercicio de la razón, al ponderar diferentes opciones y adoptar la mejor. Sin embargo, en el Reino de Dios no se da una ponderación racional, sino una actitud de obediencia a la llamada Jesús: entrad; mas que una razón al juicio de quien la escucha, es una convocación a seguir la voz del Maestro. Es la Palabra de Dios la única que puede conducirnos a la vida, es ella la que da testimonio de Dios, de su amor por el hombre. En ningún momento podemos imaginar que nuestras mentes finitas y oprimidas por el pecado nos lleven a decidimos por Cristo. Nadie puede acceder al Padre si no es por el Espíritu que obra en su corazón.

La ilusión de la vida

Dice el predicador: “Yo me volví otra vez, y vi vanidad debajo del sol” (Eclesiastés 4:7). La mirada del sabio de Dios observa una vida falsa en el mundo. Imaginemos la ilusión del perdido en el desierto, cuya mirada le engaña con oasis exuberantes. O la ilusión de quien llega a una ciudad y al mirar los aparadores, las mercancías que se ofrecen a sus ojos, los automóviles, las residencias, queda prendido de ella. En la ilusión, el deslumbramiento, que nace como engaño y no menos ocasiones como autoengaño. Nuestro Señor Jesucristo sentenció que ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición. Al hombre le resultan apetecibles y atractivas sus ilusiones. Satisfacen su carne, la vanidad. Entre el camino ancho y el angosto, Jesucristo es quien hace la diferencia. Es el criterio entre la vanidad de la vida.

Una presencia ignorada

Jesús es el despreciado, el ignorado, “La piedra que desecharon los edificadores” (Mateo 21:42), “Despreciado y desechado entre los hombres. Varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él, el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos “(Isaías 53:3). La puerta ancha y el camino espacioso son escogidos por la multitud presa de la ilusión del pecado. La ilusión con que el diablo tentó a Jesús en el desierto: el poder, el hambre y la soberbia. La ilusión a que dio lugar Judas, creyendo que podía sustentar su felicidad en doce monedas de plata; o la ilusión en que cayeron Ananías y Safira, imaginando que podían mentirle al Espíritu Santo. Hay ilusiones satánicas.

Considerar la palabra de Jesús en el contexto del mundo contemporáneo, es constatar que los placeres son para muchos una ilusión irrenunciable. El engaño en que viven los hace pensar que es mejor seguir por el camino espacioso, el camino del pecado; que escuchar la voz de Dios y seguir a Jesús. Es engaño satánico que les mantiene cautivos, bajo su dominio y poder. Es el camino fácil de quien aduce vivir con realismo, imaginando que hay mayor realidad en el mundo que en Dios.

Nuestra oración como iglesia es de intercesión ante el Señor, a fin de que él nos de la sabiduría de proclamar esta palabra de liberación. Bendecimos al Señor, al orar, porque sólo él puede conducir al hombre a un encuentro con su realidad, no para orillarlos a evadir su presente, sino para confrontarlo con sí mismo, pues como hijo de Dios es la realidad suprema. Jesús es Dios con nosotros, Dios hecho carne, la realidad de Dios en medio de los hombres. Es puerta estrecha y camino angosto que los hombres evaden, eluden su palabra, hacen oídos sordos a su llamamiento.

¡Como hemos de orar por los que están cautivos de las vanidades de su mente y del pecado que les domina; Es ilusión trascendental, dado que su fin es la perdición en esta vida y en la venidera. Se pierde la vida, se pierde a Dios y se pierde a sí mismo.

Puerta estrecha y camino angosto

Gracias a Jesús es posible dar el paso decisivo que conduce de la muerte a la vida. Jesús es la entrada al Reino, dado que sólo hay un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo el justo. No hay muchos caminos que nos conduzcan a Dios, sólo Jesús. Ni las obras, ni los sacramentos, ni los sacrificios de los padres por los hijos, sólo Cristo salva. Sólo él nos ha abierto el camino a la presencia de Dios: “El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:12). Es palabra que considerar, dado que los caminos del mundo, llámense caminos de maldad o de sacrificio, no tienen promesa de vida eterna. Sólo en Jesús la puerta estrecha por la que los hombres no quieren pasar es posible que el hombre entre en el Reino de Dios. Puerta despreciada, pequeña, camino eludido por insignificante. Así lo expresó con claridad el profeta Isaías: Jesús, el siervo sufriente ha sido despreciado por quienes no pueden ver en él al que sufre por la humanidad.

Creer en Jesús es el paso decisivo que nos permite franquear la puerta del Reino de Dios “El que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36) Creer es afirmación de fe que da vida a lo que está muerto, de quien asume la Palabra de Dios y acepta la obra de Cristo por cada uno de los hombres y en lo personal. Creer en Jesús es aceptar la obra exhortatoria que él ha consumado por el hombre, asumir que el lugar de cada uno de nosotros era la cruz de Jesús, lugar que él ocupó para llevarnos a Dios, concedernos la paz y el perdón.

Jesús proclamó y encarnó el perdón universal, la gracia de Dios como una realidad presente en el mundo. Vivirlo es confirmación de la fe que se anida en el

corazón, como don precioso, de quien cree en Jesucristo y franquea así la puerta estrecha que conduce a la vida, Jesús es el derrotado entre los hombres, el lastimado, el humillado, para que nosotros no lo seamos, y por ello es el autor de la vida.

Las palabras de Jesús son una invitación a seguirle, a creer en el, a entrar por la puerta estrecha, a conducirnos por el camino angosto. Es decisión que entraña renunciaciones, es cierto, pero que fructifica en la vida nueva. Hay que renunciar a la ilusión de poder, de la riqueza o del placer, al temor o a la inseguridad, Jesús nos convoca a abandonar el camino ancho y la puerta espaciosa y obedecerle.

“Cristo sigue teniendo los brazos abiertos;
En sus manos florece el milagro divino;
E en los rumbos inciertos de un mundo en tinieblas
El es el camino...”

La palabra de Jesús es llamada a entrar y encontrar vida, como bien lo expresa don Francisco Estrella, él es el camino del mundo en tinieblas. Él es el único camino y Dios lo ha puesto ante la vida a fin de que encuentres la vida. Si la ilusión conduce a la perdición, Jesucristo la realidad de Dios es la puerta de entrada al reino. Bendigamos al Señor en esta hora porque nos ha dado la gracia de escuchar su llamada a entrar y porque nos ha concedido el don inefable de su amor.

Afirmamos, entonces, que la palabra del Maestro en el Sermón del Monte no ha de entenderse como el premio a una vida de renuncia y abnegación. La salvación, la vida, el reino de Dios, no se da a quienes pretenden ganarlo con sus obras, sino a quienes les ha sido franqueada la puerta por Jesucristo. Es él quien nos invita a entrar y quién nos da la seguridad de la vida. Si hemos transitado por el camino espacioso creyendo encontrar en él un sentido a nuestra vida, la palabra del Señor nos exhorta a tomar la senda angosta, confesando a Jesucristo como el único que puede darnos la vida, ¿Crees esto? Amén.

Domingo 17 de noviembre de 1985

FE Y VIDA

Mateo 7:15-20

¹⁵»Cuidense de los falsos profetas. Vienen a ustedes disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos feroces. ¹⁶Por sus frutos los conocerán. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los cardos? ¹⁷Del mismo modo, todo árbol bueno da fruto bueno, pero el árbol malo da fruto malo. ¹⁸Un árbol bueno no puede dar fruto malo, y un árbol malo no puede dar fruto bueno. ¹⁹Todo árbol que no da buen fruto se corta y se arroja al fuego. ²⁰Así que por sus frutos los conocerán. Mateo 7:15-20 NVI

LA COHERENCIA ENTRE LA FE Y LA VIDA es desafío permanente para el discípulo de Jesucristo.

La palabra pastoral de nuestro Señor Jesucristo es una exhortación a ser cuidadosos, a estar en guardia de la influencia maligna de quienes no viven lo que predicán. Así, la expresión poética de esta verdad en el Salmo 1 alumbra con toda propiedad: “Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado” (v.1). El salmista contrasta la maldad de los caminos del pecador con la prosperidad del hombre de la Palabra, Jesús contrasta el árbol bueno con el árbol malo, teniendo su fruto como criterio. Para nuestro Señor Jesucristo, las obras dan testimonio de lo que es, la actitud determina la forma de obrar.

Hay que guardarse de las malas influencias

La prudencia ha de caracterizar la vida de la iglesia de Jesucristo. Hay peligros que asechan su integridad, su salud espiritual. El gran reformador Martín Lutero dijo: “ahí donde Dios edifica una iglesia, el diablo construye al lado una capilla”. Jesús advierte a sus discípulos a fin de que vivan alertas de los falsos profetas. Las circunstancias de la iglesia del primer siglo dieron amplia justificación a esta palabra de Jesús. Fue palabra dada a tiempo, que guió a los discípulos en su peregrinar. Una y otra vez tuvieron que salirle al paso a diferentes tipos de herejías todos ellos, en general, deformaban la enseñanza de las Escrituras y el testimonio de la iglesia, acerca de las personas y obra de nuestro Señor Jesucristo. Ya sea afirmando que no era suficiente su sacrificio para ser salvo o que no había sido real su humanidad, ni su dolor, ni su sacrificio, ni su sudor de muerte.

Pablo, Pedro, Juan, cada uno de los apóstoles supo guiar su práctica pastoral, estando en guardia de los falsos profetas.

En todo caso y claramente presente en las cartas juaninas, el criterio de distinción entre el falso profeta y el profeta verdadero es su vida. Así, si la Palabra de Nuestro Señor Jesucristo afirmó que por sus frutos los conoceréis, el Espíritu Santo inspira al apóstol Juan para decir: “el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor”.

Guardarse de las malas influencias, es prevenir la presencia del corazón duro, la incomprensión, el desamor en la vida de la iglesia de Jesucristo. Aun podemos señalar con toda certeza que en las palabras de nuestro Señor Jesucristo, hay una clara advertencia no sólo hacia las herejías que distorsionan su doctrina, sino hacia aquellas que trastornan la práctica de la fe. Si ha de haber celo en cuanto a la doctrina, también ha de haber en cuanto al testimonio de vida. Jesús optó por subrayar la integridad de fe y vida, dejando con una fuerte palabra de reprensión a los religiosos que encarnaban los fariseos, y que pensaban que era prioritario el cumplimiento de todos los ritos por encima de la realidad del corazón. Así que, la palabra de advertencia de Jesús hemos de entenderla, a la luz del Evangelio, como ponerse en guardia de quienes pueden engañar con su palabra, pero cuya vida está determinada por el odio, el resentimiento, la sospecha.

Vivimos lo que creemos

El árbol malo, da frutos malos, el árbol bueno da frutos buenos. La vida es testimonio de lo que somos, lo que hacemos, de lo que creemos.

La creencia entraña compromiso, disposición de lucha, provocación al cambio, seguridad de fe, regla de comportamiento. (Cf. Creencias bautistas).

En una era de incertidumbre ante la vida y el futuro, ser discípulo de Jesucristo significa afirmación de fe y claridad de creencia. Porque hay un compromiso visceral entre lo que afirma nuestra boca y como se actúa en la vida cotidiana. Por ello, el análisis de nuestros comportamientos, nuestras reacciones en momentos conflictivos y decisiones trascendentales, nos permite constatar la creencia verdadera que determina la vida. Es así que, en palabras de nuestro Señor Jesucristo, el criterio para determinar lo verdadero de lo falso en relación con los profetas, es su futuro. Porque las palabras son engañosas y la religión puede ser mera apariencia, el fruto es lo que se ve de lo que hay en el fondo del alma.

Crear es compromiso a vivir, a luchar porque las creencias determinen al mundo y a la historia, provocar al cambio en toda circunstancia en donde impere la muerte, el desamor, el pecado; afirmar el paso con seguridad de rumbo y asumir lo que se cree como regla de comportamiento en una sociedad permisiva y hedonista. Ser discípulo es afirmar nuestras creencias con coherencia de vida. La fe de hoy ha de ser testimonio al mundo en perspectiva de vida nueva.

Un criterio insustituible

Jesús demandó de sus discípulos obras de justicia de amor (Mateo 5:20,44). Una justicia mayor que la de los fariseos y un vínculo de amor superior al de los paganos. No obstante, su demanda tiene como antecedente la gracia de Dios, realidad única, en la que el hombre es hecho partícipe del llamamiento al discipulado. Por ello, todo hombre que vive la gracia de Dios en Jesucristo ha sido adoptado como hijo y regenerado por el poder del Espíritu Santo. Regeneración que ha de mostrarse en la justicia y el amor, criterio de

vida de todo discípulo de Jesucristo. Y si el Señor demanda justicia y amor es porque él ha sido la revelación suprema de ambas realidades. Cristo es la justicia y el amor de Dios.

En su hijo, nuestro Dios ha hecho justicia a la humanidad, en él ha vaciado la plenitud de su amor por el hombre. Su forma de vivir dio testimonio de que Jesús lo creía así; fue justo entre los hombres y tuvo como norma de comportamiento el amor. Descubrió en los falsos maestros una forma impía de vivir, oculta bajo la palabra engañosa o la religiosidad vacía. Y no solo fue palabra de advertencia, para sus discípulos, sino realidad que les envolvía paso a paso, porque les veía tratar con justicia a todo hombre que se le acercaba y recibirle con amor sacrificial. Así que, en Jesús tenemos el criterio del amor y la justicia, sólo él las ha encarnado en perfección absoluta y es vivencia que también espera de quienes le siguen.

Una palabra a tiempo

La advertencia que encontramos en labios de nuestro Señor Jesucristo ha de permitirnos en esta mañana entresacar dos lecciones de fondo. En primer lugar, es criterio para examinar la salud e integridad de nuestras creencias, al confrontarlas con el estilo de vida que asumimos. En segundo lugar, es consejo sabio a fin de estar apercibidos de falsos maestros, cuya espectacularidad en palabra o en obra ha de ser confrontada con su integridad de vida. Y es consejo sabio porque del Señor nos es dado, y pertinente porque lo contiene la palabra. Sin embargo, al leer los acontecimientos de nuestro presente, no podemos menos que reconocer que es palabra para nosotros hoy, dada la explosión de sectas, grupos y movimientos religiosos que basan su labor en lo atractivo de sus palabras engañosas. En todo momento sepamos que el criterio que ha de normar nuestra vida y que ha de guiarnos en el discernimiento espiritual es el amor y la justicia como formas de vivir. Atendamos el consejo y articulémoslo. Amén.

Domingo 24 de noviembre de 1985.

SUJETOS A SU VOLUNTAD

Mateo 7:21-23

²¹ »No todo el que me dice: “Señor, Señor”, entrará en el reino de los cielos, sino sólo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo. ²² Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios e hicimos muchos milagros?” ²³ Entonces les diré claramente: “Jamás los conocí. ¡Aléjense de mí, hacedores de maldad!” Mateo 7:21-23 NVI

ARTICULAR LA FE en la vida fraternal es testimonio de la soberanía de Dios sobre la fe de sus hijos.

La palabra escatológica de nuestro Señor Jesucristo atiende a un peligro en la vida de sus discípulos: el hacer de la vida cristiana algo fácil, apartándose de las exigencias fundamentales de la fe para caer en el activismo religioso estéril y superficial. Si en los versos anteriores Mateo recoge la palabra del Señor acerca del peligro que representan los falsos profetas, en este pasaje se ocupa de advertir sobre la amenaza que acecha a su pueblo si olvida que la fe cristiana es más que una forma de ver y entender el mundo, de ocuparse en actividades religiosas y entraña demandas fundamentales para la vida de los discípulos. Así que la configuración, como vivencia fraternal de la voluntad de Dios, es antecedente de quehacer misionero y principio guía de la labor pastoral.

¿Una religiosidad superficial?

En esta ocasión el Evangelio habla de una realidad tangible en el Reino de Dios, en la iglesia. Se refiere a una clase de discípulos que ha trastornado el sentido último de su fe. Jesús fue definitivo en relación con los falsos profetas y ahora lo es con los falsos discípulos. Si en los falsos predicadores detectó una actitud farisaica, inclinada por la ley en sacrificio de la sinceridad de la fe, en esta ocasión advierte sobre el peligro de quienes se refugian en la fe cristiana para abonar en beneficio propio y dar lugar a su soberbia. Una actitud que va de la mano de un relajamiento de las demandas del evangelio, pues se le reduce a un mero activismo religioso, espectacular y admirable.

La palabra pastoral de nuestro Señor Jesucristo condena a quienes hacen uso de su nombre a fin de atraer la atención sobre sí mismos, no viviendo con sencillez, sino con presuntuosidad. Es así que los acontecimientos maravillosos: la profecía, los exorcismos y los milagros, desviaban la atención de los discípulos de las demandas fundamentales del Evangelio de nuestro Señor, de las buenas nuevas que había de proclamar.

El Señor Jesús nos habla del hombre religioso, cuyo ser queda oculto bajo la apariencia, que busca su propia satisfacción, que sacrifica lo mas por lo menos, y que en última instancia vive fuera del propósito de Dios para su vida.

La fe es obediencia

La configuración es la articulación de la fe a la vida cotidiana, especialmente en su dimensión fraternal. Las relaciones de nuestro Señor Jesucristo con el Padre y Espíritu Santo son testimonio de una relación armónica por excelencia. Se fundamenta en el amor y la obediencia, en la unidad de propósito y de acción. El Padre ama al hijo y el Hijo obedece la voluntad de su Padre a fin de consumir su obra en la persona del Espíritu Santo. Hablar de relaciones trinitarias es señalar una armonía perfecta. Así mismo, la configuración cristiana comparte el mismo principio de fondo, mismo que ha de regir la vivencia de la fe las relaciones fraternales que se establecen en el seno del hogar y de la iglesia de Jesucristo. Subrayamos la soberanía de Dios no solo sobre lo que se hace o lo que se dice, sino en las relaciones que se establecen con quienes son parte de uno mismo: los padres, los hijos, el cónyuge, los hermanos en la congregación, los compañeros de trabajo o de estudio, los amigos, los vecinos. Jesús nos advierte sobre el peligro de confundir la fe y la búsqueda de gloria personal, al margen de la voluntad del Padre en sencillez y humildad.

Hacer la voluntad del Padre es una exigencia práctica en la vida cotidiana. No hace referencia a lo que podríamos considerar actividades religiosas sino a lo que vivimos al margen de la fe. La voluntad de Dios ha sido revelada por nuestro Señor Jesucristo no sólo a través de lo que nos enseñó y predicó, sino en lo que hizo. Por ello, la obediencia a la voluntad del Padre es el distintivo que nuestro Señor subraya para la vida de sus discípulos. Tanto a niveles personales, como de iglesia y de pueblo de Dios la palabra del Evangelio es clara, el Señor pide obediencia, vivencia de la fe y el cumplimiento de sus exigencias en la vida cotidiana, en nuestras relaciones interpersonales.

Jesús Cristo, el Hijo obediente

Dios se agrada de los que hacen su voluntad. Su demanda permanente es la obediencia incondicional. La Escritura nos registra que el Padre se agradó de la obediencia del Hijo. Así enseña a orar Jesús a sus discípulos: “hágase tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra”. Así relaciona el reino con el cumplimiento perfecto de la voluntad del Padre. No sólo lo hace oración de sus discípulos, sino es testimonio en su propia vida., al actuar siempre sujeto a la voluntad del que le envió. La expresión más sublime de esta realidad se dio en el huerto del Getsemaní, en el que Jesús le dice al Padre que no sea su propia voluntad la que se haga, sino la de quien tiene la autoridad y apura la copa del sacrificio.

La vida de obediencia se fundamenta en la oración. En el sometimiento del tiempo y la voluntad a Dios a fin de transformarla en una práctica cotidiana que se sustenta en el poder espiritual que la oración entrena para los hijos de Dios. Es vivencia de fe dado que sabemos de la naturaleza humana cuya resistencia al sufrimiento y a la asimilación de las verdades eternas estorba, en muchas ocasiones, el cumplimiento de los propósitos más genuinos del corazón. Por ello, es que hemos de considerar las relaciones de Jesús, quién

nos mostró que su obediencia se fundamentó en su vida de oración y en el conocimiento que tenía de las Escrituras, pues en ellas el Señor nos ha revelado su voluntad. No obstante la voluntad de Dios ha sido plenamente expresada en la persona del Hijo, quien nos ha enseñado que no es el deseo del Padre que se pierda una sola de sus ovejas (Mateo 18:24), sino que tengan vida eterna para participar de su reino,-la plenitud de su voluntad entre los hombres (Juan 6:39).

Dimensión pastoral y misionera

La sencillez de la obediencia, del seguimiento en el discipulado, es la articulación de la fe al nivel de la vivencia fraternal. A este ámbito atiende la labor pastoral de la iglesia. Unos a otros hemos de alentarnos a la configuración, comprometiéndonos a vivir cada día a la luz de la palabra del Señor, de su voluntad para nuestra vida. Hoy se demanda del pueblo de Dios la expresión de una fe sencilla, que no se fundamente ni en la soberbia religiosa de hechos portentosos, ni en la superficialidad del activismo religioso, sino en un compromiso cotidiano a estar sujetos a la voluntad del Padre cada momento y en cada relación de nuestra vida, considerando las relaciones familiares, fraternales y sociales. De otro modo la advertencia del Señor es que se recibirá palabra de iniquidades, desobediente y rebelde a la voluntad del Padre. Un estilo de vida no Evangélico es criterio para discernir la falsedad de la fe. Señalando con ello que ser discípulo es mucho más que una apariencia religiosa, es vivencia cotidiana de la voluntad del Padre: nuestra santificación y el amor a Dios y a los hermanos. Así que estar sujetos a la voluntad del Padre. Amando y amando, es criterio de la acción pastoral y del quehacer misionero en que estamos comprometidos como iglesia. Amén.

Domingo 8 de diciembre de 1985

¿PRUDENCIA O INSENSATEZ?

Mateo 7:24-27

“²⁴»Por tanto, todo el que me oye estas palabras y las pone en práctica es como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca. ²⁵Cayeron las lluvias, crecieron los ríos, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa; con todo, la casa no se derrumbó porque estaba cimentada sobre la roca. ²⁶Pero todo el que me oye estas palabras y no las pone en práctica es como un hombre insensato que construyó su casa sobre la arena. ²⁷Cayeron las lluvias, crecieron los ríos, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa, y ésta se derrumbó, y grande fue su ruina.»Mateo 7:24-27 NIV

EL CARÁCTER CRISTIANO SE FORJA AL CONFIGURARNOS A LA IMAGEN DE Jesucristo. Al concluir el Sermón de la Montaña, Jesús identifica una necesidad sensible en los discípulos: la debilidad que les impide resistir los dardos de fuego del maligno que se abaten sobre la vida.

El hijo negligente

Es vigilia en los ojos de sus padres. Su futuro es incierto, no sabe afrontar los retos de la vida. Y del insomnio paterno al llanto del fracaso hay una distancia imperceptible. La ausencia de un carácter prudente es carencia sensible en el seno del hogar en crisis. Tenemos plena certidumbre que el ambiente del hogar y las relaciones de sus miembros, es influencia permanente en el corazón de los hijos. El carácter se forja lenta y pacientemente, es fruto del golpe permanente, adecuado y pertinente del cincel. Golpes esporádicos, desproporcionados, a “tontas y a locas”, solo producen figuras deformes, grotescas o feas. ¡Hay del artista que ignora la técnica de su oficio y la naturaleza de los objetos que transforma!

¿Podemos identificarnos con el pesimismo del proverbio que reza: “árbol que crece torcido, nunca su rama endereza”? ¿Cómo prosperar en la vida cuando se carece de los principios más elementales de carácter, como la obediencia y la prudencia? Para citar otro refrán popular, no podemos pedirle a un olmo que de peras como fruto; pero si podemos esperar que de la higuera se produzcan higos. Aunque ¡qué trágico fruto le deparó el Señor a la higuera estéril que no lo contenía cuando se le demandó!

La negligencia o el quietismo espiritual es cáncer que se reproduce con velocidad incontrolable en el corazón del cristiano sin carácter. Su acción devastadora ataca de tal forma, que el único fruto previsible es el de la ruina. Ni en la parábola de los dos hijos, ni en la historia del Rey Saúl se desconoce la naturaleza de sus personajes. Los primeros eran hijos y el rey un ungido del Señor. No ignoramos, sin embargo, que la destrucción de su vida fue consecuencia de un carácter deformado, que no logró engranar el oír con el hacer, la fe con las obras, la palabra con la acción. Si el hijo desobediente tuvo que afrontar las consecuencias de sus actos, el rey Saúl terminó reducido a una imagen

bestial, despreciado y humillado por sus siervos. ¿Cómo cerrar los ojos ante la evidente tragedia que viven quienes siendo hijos, no se comportan como tales? ¿De quienes siendo ungidos de Dios, terminan sus días reducidos por sus instintos naturales y a quienes hay que cuidar de sí mismos?

El hombre prudente

El árbol frondoso, alegría de la madre, satisfacción del padre, orgullo de quienes le rodean. Su prudencia es fruto de un corazón forjado al calor de la Palabra y la oración, del amor, la ternura y la paciencia. Todo hombre prudente ha gozado en su vida la bienhechora influencia de quien supo asestar golpes, con paciencia, a fin de estructurar en él no solo un recto carácter moral, sino una prudente vida espiritual. Pero ¿qué de quienes no han tendido la dicha de ser forjados al calor de un hogar cristiano, en el que el padre asume su responsabilidad pastoral y la madre la dicha de ser coheredera de la gracia del Señor? ¿Acaso la ruina es su destino? No, hay un padre espiritual que vela por la vida de sus hijos y que da palabra de esperanza a todo aquel que vaga por el mundo carente de firmeza.

Bendigamos al Señor porque Jesús vino al mundo para que los hombres tuviéramos vida y vida en abundancia. Ni el pesimismo de los dichos populares, ni el fatalismo de algunas formas de entender la vida, han de determinar nuestra visión. En Dios hay esperanza.

Que en Dios está escondida la vida y la prosperidad de los hombres es verdad inobjetable. Y que el hombre tiene por naturaleza el apetito de su pecado, es tan cierto que hay quienes aún conociendo los manjares de la mesa familiar, van en busca de las algarobas de los cerdos. No podemos negar la presencia de corazones insensatos que habiendo conocido la gracia del Señor, terminan sentados a la mesa de los escarnecedores. No supieron moldear su carácter cristiano a la luz de la Palabra, y de odores efervescentes pasaron a ser escándalo y vergüenza de su familia en la fe. Constituyen insomnio de quienes velan por su salud espiritual y lagrimas de sus hermanos en la sangre del Hijo de Jesucristo. La palabra de Jesús no admite confusión. Hay quienes oyen su palabra, se entusiasman, pero no la acatan como norma permanente de su vida. No atinan a articular su fe con su vida cotidiana y sufren de una arterioesclerosis que más que de edad avanzada, es testimonio de la inmovilidad de su alma. Por ello, Jesús subraya que la prudencia de sus discípulos, consiste en vivir lo que se ha oído al calor de la Palabra. Fe y obras, integridad, coherencia entre palabra y acción.

El obediente

Si Jesús ha sido admirado por su entrega de amor. Si ha sido adorado como rey y Salvador, no podemos eludir el verlo hoy, como el hijo obediente en todo a su Padre. Su vida consistía en hacer la voluntad de su Padre, en una integración perfecta de propósitos.

Jesús tenía padre, velaba por el permanentemente y nunca estorbo el forjamiento de su carácter. Le formo en dependencia espiritual, en disciplina, en oración y ayuno, en el afrontamiento de sus responsabilidades. Por ello, estando ya en la cruz, no se olvidó de encomendar al discípulo que le acompañaba, la seguridad de María. Ni de velar por la necesidad de cariño de quien se recostaba en su hombro. El carácter de Jesús se forjó paso a paso, en la articulación entre palabra y obra, en la integridad de su enseñanza con su forma de vivir. No eludió el sufrimiento, ni las pruebas ni los dolores. Los afrontó con carácter de hijo y supo cumplir la obra que su Padre le encomendó.

Es tiempo de resistencia espiritual

Si hemos escuchado la palabra de Jesús y nuestro corazón ha sido arrobado por la profundidad de su sabiduría, si hemos brincado de gozo ante la promesa de salvación y vida eterna, no echemos en saco roto su advertencia. Ser oidor y no hacedor conduce a una vida de derrota, frustrada y dolorosamente vergonzosa. Configurarnos a Jesucristo es forjar un carácter espiritual que tiene como principio el oír la Palabra y aplicarla a la vida.

Si vivimos tiempos cuyas características demandan de los hijos de Dios resistencia espiritual. Es demanda que tiene como antecedente un carácter forjado en el leer, meditar, oír la Palabra, en la obediencia personal. Hemos de vivir la enseñanza del maestro al articular fe en toda relación presente o futura: con Dios, con el prójimo, con la naturaleza, con uno mismo.

Jesús conoce nuestra debilidad, él sabe que una casa fundada sobre arena no puede prevalecer, pues no está firme en sí misma. Y que una roca es buen cimiento de la vida, la roca que es Jesucristo y que compromete a vivir la palabra.

¿Insensatez o prudencia? Nuestra alternativa es la obediencia. Amén.

Domingo 15 de diciembre de 1985

EL DESAFIO DEL DISCIPULADO

Mateo 7:28,29

“²⁸ Cuando Jesús terminó de decir estas cosas, las multitudes se asombraron de su enseñanza, ²⁹ porque les enseñaba como quien tenía autoridad, y no como los maestros de la ley.” Mateo 7 NVI

LA IGLESIA COMO COMUNIDAD RESTAURADORA tiene su fundamento en Jesús. Su vida, doctrina y ministerio es su propio paradigma por excelencia de una relación íntima con Jesús, da por resultado una iglesia que se entiende a sí misma como una comunidad llamada a ser un espacio en el mundo, en el cual las multitudes que siguen de lejos a Jesús, hallen una palabra de restauración, que les permita integrarse plenamente a las dimensiones del Reino. Este es el reto más significativo que vivimos hoy como pueblo del Señor Jesucristo. Las necesidades de nuestro entorno son testimonio de la devastadora acción del pecado en la vida del hombre.

La multitud

¿Quiénes forman la multitud que sigue a Jesús y está atenta a sus enseñanzas en la montaña? Hombres, mujeres y niños, religiosos y descreídos, sanos y enfermos, prominentes judíos y despreciables pecadores. Una multitud heterogénea que se asombra ante la enseñanza del maestro galileo. Si al inicio del Sermón de la montaña sabemos que Jesús se dirige especialmente a sus discípulos, la final nos percatamos de la actitud de asombro de una multitud que aún sin comprometerse con él, se percató de su diferencia.

Entre esa multitud hay quienes lo siguen. Muchos de una manera anónima, sin acercarse demasiado, sin preguntar, sin vivenciar lo que escuchan. Otros inquietos por sus antecedentes religiosos, cuestionan la naturaleza de la enseñanza y quien la imparte. Un reducido número se relaciona más íntimamente con el maestro y se les identifica como seguidores. Entre ellos están publicanos, ramera, enfermos, pescadores, luchadores sociales, etc. Hay una gran diferencia entre la multitud anónima y el grupo de los discípulos. Se distinguen por la forma en que se relacionan con Jesús.

La doctrina de Jesús

Es itinerario para articular la vida desde Su vocación mesiánica en el contexto del reino de Dios. El pequeño grupo de discípulos, de esa manera asombrosa e inesperada empieza a descubrir poco a poco todo lo que significa su compromiso con Jesús de Nazaret. No sólo es una nueva enseñanza de un predicador ambulante por las regiones de Judea y Palestina. Hay algo más, un desafío que poco a poco va aclarándose en su corazón, y que será plenamente comprensible hasta que vivan la experiencia de la resurrección. Se convence de la pertenencia de la enseñanza para la vida cotidiana y el compromiso de vivirla. Han oído decir al Maestro que las expectativas mesiánicas acerca

del reino se están cumpliendo. Que el Reino se ha acercado, que están viviendo los tiempos de perdón y gracia para todos.

La palabra de gracia de Jesús tuvo y en nuestros días sigue teniendo, consecuencias concretas para la forma de vivir y el sentido de la vida: 1) ha llamado a ser influencia en el mundo, 2) ha transformado la forma de relacionarse con el mundo, 3) a cultivar una espiritualidad diferente a la de los escribas y fariseos, y 4) desafía a un seguimiento comprometido. Todo aquello con claras implicaciones para la vida diaria. No se trata solo de aprender una nueva doctrina y repetirla tal y como la ha enseñado el Maestro, sino de transformarla en actitudes y valores, sentimientos y acciones con las relaciones con Dios, con el prójimo, con uno mismo, con la sociedad.

Ser discípulo de Jesús significa asumir al reino de Dios como prioridad de la vida y comprometerse con lealtad imperturbable. Esta dimensión del seguimiento cristiano se da en la medida en que se profundiza la relación personal con Jesús, tanto a nivel del individuo como de la comunidad. La relación con Jesús ha de vivirse de una manera íntima y personal: amándolo, creyendo en él, y obedeciéndole. Porque el discípulo cristiano demanda de amor, fe y obediencia a Jesús. Tres actitudes que son antecedente de la vida cristiana entendida con vocación restauradora. Poco a poco, en la medida en que se profundiza la relación con Jesús y la comprensión de su doctrina, se profundiza en la propia transformación y en la misión al mundo.

El Jesús de la montaña

Durante 1985 hemos mantenido una interrogante en nuestras homilias dominicales ¿Quién es Cristo hoy? La pregunta se antojaba necesaria por las imágenes parcializadas de Jesús, que se proyectan en el mundo. Ahora, después de 51 domingos y de haber considerado 7 capítulos de Mateo, podemos tener una mejor comprensión de lo que Jesús es para nosotros.

El maestro, énfasis distintivo del evangelista Mateo. Ocupa tres capítulos de su evangelio en el primero de los cinco discursos que recoge. Jesús es un maestro con un estilo, una personalidad y una doctrina asombrosa. Se ocupa de enseñar, de conducir, de orientar, de transformar actitudes, de ampliar el horizonte, de darle sentido a la vida de sus discípulos. Enseña no sólo de palabra, sino de hecho, siendo testigo de su palabra al convertirla en estilo de vida. Misma demanda que presenta a sus discípulos.

El mesías. Su palabra, su forma de vivir, apuntan a una revelación incomprensible para las multitudes que lo siguen. Él es el Mesías, el Hijo de Dios, el cumplimiento de la esperanza abrigadas por el corazón de Israel. La puerta estrecha que transforma la vida de quienes lo siguen y transforman al mundo en su totalidad al cumplimiento de los tiempos. En él las palabras perdón, amor, misericordia alcanzan su mayor profundidad. Quienes le siguen son pecadores, que marginados del mundo, están dispuestos a dejarlo todo por seguirle, en medio de sus luchas, tensiones y dudas. Pero habiendo dado el paso de fe que Jesús demanda de sus discípulos.

El contraste

Jesús tenía claro su modelo de vida y de discipulado. Rechazó tajantemente los modelos de los fariseos y de los escribas. Por ello el evangelista Mateo subraya al fin del Sermón, que la gente reconocía en él una autoridad que no encontraban en los escribas. Eran eruditos, maestros de la ley que basaban su autoridad en lo que otros habían dicho. La autoridad de Jesús es la del Hijo de Dios, cumplimiento de todo lo dicho en el Antiguo Testamento. No solo enseñaba el modo correcto de entender la ley, sino que les instruía acerca de sus implicaciones para la vida.

Jesús le dijo a sus discípulos que ellos no deberían ser como los fariseos ni como los escribas. Esta palabra revestida de su autoridad mesiánica, sigue siendo viva para nosotros en el mundo de hoy. Jesús le dice no a la religiosidad superficial y dogmática que no atina a ver el cumplimiento de las promesas de Dios. En él hay perdón y vida. Su persona demanda de quienes le siguen una vinculación íntima y sincera; en amor, en fe y en obediencia. Sólo en esta vinculación personal la vida puede ser restaurada. Sanidad que se cultiva a través de un sendero lleno de espinas, como el que tuvieron que transitar sus propios discípulos. Es en este sendero que va fraguándose la restauración personal y afirmándose la vocación transformadora.

No podemos ser multitud que se asombra ante la enseñanza de Jesús, se demanda de nosotros un compromiso personal en amor, fe y obediencia. Amén.

Domingo 22 de diciembre de 1985

LA FE

Mateo 8:5-13

⁵ Al entrar Jesús en Capernaúm, se le acercó un centurión pidiendo ayuda.

⁶ — Señor, mi siervo está postrado en casa con parálisis, y sufre terriblemente.

⁷ — Iré a sanarlo — respondió Jesús.

⁸ — Señor, no merezco que entres bajo mi techo. Pero basta con que digas una sola palabra, y mi siervo quedará sano. ⁹ Porque yo mismo soy un hombre sujeto a órdenes superiores, y además tengo soldados bajo mi autoridad. Le digo a uno: “Ve”, y va, y al otro: “Ven”, y viene. Le digo a mi siervo: “Haz esto”, y lo hace.

¹⁰ Al oír esto, Jesús se asombró y dijo a quienes lo seguían: — Les aseguro que no he encontrado en Israel a nadie que tenga tanta fe. ¹¹ Les digo que muchos vendrán del oriente y del occidente, y participarán en el banquete con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. ¹² Pero a los súbditos del reino se les echará afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes.

¹³ Luego Jesús le dijo al centurión: — ¡Ve! Todo se hará tal como creíste.

Y en esa misma hora aquel siervo quedó sano. Mateo 8:5-13 NVI

LA FE ES UN DON DE DIOS. Sobrepuja la incredulidad, satisface la necesidad. La fe es abandonarse en las manos de Dios. Se despierta al oír la Palabra y asumir su autoridad sobre la vida. Y ¡qué mejor que depositarla en el Hijo, el Verbo, la Palabra de Dios encarnada; Quién ha recibido del Padre la autoridad de sanar y salvar, perdonar y restaurar. Es él quien revela la voluntad del Padre y restablece la comunión del hombre con Dios. Es, a su vez, en el tiempo presente, la palabra que ha de ser proclamada con fervor por la iglesia, con el poder y la autoridad de Cristo.

¿Incredulidad o necesidad?

Jesús identifica un corazón incrédulo entre los judíos y una necesidad apremiante entre los gentiles. Los religiosos no pudieron ver en él presencia del “Dios con nosotros”; los gentiles representados por el centurión y su siervo, dieron testimonio de un corazón abierto a la Palabra de Dios, ya sea al responder con fe, como el militar romano, o en medio de una vida atormentada, como el siervo paralítico.

El centurión se aflige por la enfermedad de su siervo. Se percata del tormento que para él represento el estar imposibilitado de movimiento o el sufrir los dolores de su enfermedad. Lo atiende, se moviliza, busca soluciones. Se encuentra con Jesús y vive una ocasión admirable: su corazón gentil es tocado por el don de la fe. El Padre actúa en él y el Hijo se manifiesta con autoridad y poder.

Creer es entregarse a la Palabra de Dios

¡Cómo actúa la fe! un hombre acostumbrado a mandar, ruega un orgulloso militar romano, se humilla; un señor se ocupa de su siervo; un hombre de autoridad, llama a Jesús Señor, asume su indignidad y reconoce la autoridad. Es lección para los incrédulos judíos y los necesitados paganos. La fe del centurión es confianza en la palabra de Jesús y en su autoridad sobre la enfermedad. Creer es asumir la autoridad de Jesús y confiar en el poder de su palabra. Porque si la Palabra del Padre ha sido creadora de todo cuanto existe y sustentadora del universo: si ha sido Palabra de éxodo para Israel o de juicio para los rebeldes; es, en el Hijo, Palabra de salud en medio de una vida atormentada por la inmovilidad y el dolor de la postración. Creer en Cristo es dejarle hablar y obrar. El centurión supo entender el poder de la palabra de Jesús: “di la Palabra y mi criado sanará”. Ni la enfermedad, ni su paganismo, ni la distancia podrían estorbar la fe del centurión. Creyó en el poder de la palabra de Jesús.

Si vienes hoy a interceder por quienes sufren: cree. Si estas atravesando la tormenta del dolor y la inmovilidad: cree. Si ante Jesús se interpone tu religiosidad: cree. Porque creer es aceptar su autoridad y su poder en la realidad de tu propia vida.

Cristo es la Palabra que todo lo transforma

Al toque de su mano limpia de lepra un cuerpo enfermo, al decir su palabra levanta de su lecho a un hombre paralizado. Hay poder en él y en su palabra. El mismo es la Palabra de Dios que se ha hecho presente entre nosotros para vencer el poder de Satanás y restaurar lo que se haya lastimado por el pecado.

Es angustiante el dolor de quienes ven su cuerpo inerte frente a sí. Es una tormenta el sentirse impotente ante el dolor y la enfermedad. Así vivían el leproso y el siervo enfermo. Y así deambulaban por la vida millones de hombres incapaces de transformar su existencia. Jesucristo, palabra de Dios encarnada, es el poder del Padre en medio de los hombres. En Jesús el poder de Dios creador, liberador, sustentador regenerado se ha hecho presente en medio de nuestra propia historia, que bien puede identificarse con la de un duro religioso e insensible o la de un pagano infestado de podredumbre hasta los huesos, o la de un esclavo inmóvil, atormentado e impotente. En medio de cada una de estas historias, Jesús es palabra poderosa que las transforma si tan sólo creemos. Porque es inevitable: ¡hemos de creer en el poder de su Palabra y en su autoridad sobre todo poder de muerte!

Jesús no se inmovilizó porque el centurión y su siervo fuesen gentiles, ni invito el acudir al hogar del primero. Estuvo dispuesto a correr los riesgos de su vocación. La disposición de Jesús no fue estorbada por la prohibición de cruzar palabra con un gentil o de entrar en su casa o el hecho de que este fuera un militar del Imperio. Responde a una necesidad personal, dando testimonio de su autoridad como Hijo y asumiendo la profecía que afirma que en el reino de Dios los gentiles estarían sentados a la mesa en el gran banquete escatológico. Por ello, su autoridad vence las resistencias y logra lo imposible. Si la Palabra de Dios es sostén de todo cuanto existe, la palabra del Hijo y el Hijo mismo

que es la Palabra, es el poder que todo lo transforma, porque expresa la voluntad restauradora del Padre, que no se detiene ante el prejuicios de ninguna especie.

La fe y el reino

La fe no solo opera para salud del cuerpo y salvación del hombre, es también la llave de entrada al reino de Dios. Reino que no es patrimonio de una raza o de una religión, es herencia de Jehová para quienes creen en él y se abandonan a su palabra, asumiendo su autoridad sobre la propia vida. Por ello, la fe restablece la comunión con Dios, lastimada por el poder devastador, dañino, del pecado.

Aún estando Cristo distante del esclavo paralítico, el poder de la palabra opera en su cuerpo restableciendo su salud. Es el mismo poder que opera hoy cuando creemos su palabra revelada en las Escrituras. Por ello, el apóstol San Pablo afirma que la fe viene por el oír y el oír la Palabra de Dios. Es así que en la siembra de fe, la proclamación de la Palabra tiene un lugar central e insoslayable.

Como iglesia de Jesucristo, depositaria de la Palabra escrita y encarnada, es nuestra misión y nuestro privilegio el ser heraldos de este mensaje de salvación y esperanza para la humanidad. ¿Nos hemos percatado de este inmenso privilegio y de esta responsabilidad? En nuestras manos está un tesoro inapreciable para todo hombre que vive en incredulidad o en necesidad. Tenemos una buena nueva que no podemos callar y que es preciso proclamar a todo el mundo. Creemos en el poder de la Palabra de Dios, en el poder de Jesús para transformar la vida de la humanidad.

Si viven en situación de desesperanza, de inmovilidad, de frustración, con el alma atormentada y la brújula perdida, si no hay horizonte claro en el futuro, ¡cree! Cree en el poder de la palabra de Jesús y tus piernas volverán a moverse y tu corazón a latir y tu sangre a palpitar por todo tu cuerpo. Por sobre todas las cosas, como iglesia del Señor, confiemos en la victoria de la Palabra, porque ella está aquí para transformar. Que así sea nuestra vida hoy, es el tiempo indicado para ser sanados por el Señor. Amén.

Domingo 12 de enero de 1986

ENFERMO Y DOLORIDO

Mateo 8:14-17

¹⁴ Cuando Jesús entró en casa de Pedro, vio a la suegra de éste en cama, con fiebre. ¹⁵ Le tocó la mano y la fiebre se le quitó; luego ella se levantó y comenzó a servirle.

¹⁶ Al atardecer, le llevaron muchos endemoniados, y con una sola palabra expulsó a los espíritus, y sanó a todos los enfermos. ¹⁷ Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: «Él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores.» Mateo 8:14-17 NVI.

¿HAY LUGAR PARA JESUS EN NUESTRO HOGAR? La casa de Pedro estuvo abierta a la presencia del Maestro, Jesús estuvo dispuesto a compartir la intimidad del hogar de Pedro. Entra y observa. Atiende cada detalle que testifique de la familia que lo habita. No está ajeno a su entorno y su presencia transforma el ritmo de vida del hogar.

Jesús va

“Vino Jesús a casa de Pedro”. ¡El Maestro en la casa! Podemos imaginar la ansiedad de Pedro por atenderlo, por hacerle sentir cómodo. Como buen judío le ofrece agua para sus pies, algo con que saciar su hambre. El estar con Jesús en la montaña, acompañarle por las calles de Capernaúm, no se compara a la dicha de tenerlo en el seno del hogar. Comparten los secretos de la casa.

Pedro tiene a su suegra enferma. ¡Qué mejor ocasión para aprovechar la presencia de Jesús! Porque Jesús no se resiste, acepta con agrado compartir el techo del discípulo. Jesús no se resiste a compartir el calor o el frío de nuestro hogar. El va.

Jesús ve

“...vio a la suegra de este postrada en cama, con fiebre”. Jesús ve a una mujer necesitada. No pasa por alto la ocasión de ser bendición en el hogar de su discípulo. ¿Qué vería Jesús en nuestro hogar? La suegra de Pedro estaba postrada en su cama, sufriendo altas temperaturas. Estando en la casa de Pedro, tiene ocasión de acercarse a esta mujer, de observarla. Si le diéramos ocasión de entrar en nuestro hogar, podría acercarse a la esposa, al esposo, a los hijos, a los padres. Y Jesús observaría todo aquello que les impide vivir de acuerdo a los designios de Dios para la vida.

Hay que abrirle a Jesús el hogar. No hay que mantenerlo al pie de la puerta, llenos de temores, de celos, de vergüenza o desconfianza. Ser discípulos de Jesús es vivir en disposición de que él entre en el hogar y conozca nuestra intimidad, los secretos de la casa. Él quiere entrar y ver: ¿Quiénes la habitan?, ¿qué necesidades hay? La mirada de Jesús puede percatarse del cuerpo enfermo de la suegra de Pedro y también de la realidad del corazón.

Jesús toca

“Y toco su mano”. Jesús no se mantiene a distancia. La suegra de Pedro no retira su mano, atemorizada, ante la cercanía de Jesús. Ambos vencen las barreras que solemos levantar entre los hombres. Es Jesús quien se acerca a la mujer. En él, Dios ha querido encontrar al mundo, acercarse al hombre, tocarle en medio de su necesidad. Mateo subraya que es el contacto personal de Jesús, el poder que sale de él con el mero roce de sus dedos, lo que hace levantarse a esta mujer de su lecho de enferma. Simplemente toca su mano y la fiebre la deja.

Si tú has venido hoy postrado por una enfermedad que ha logrado calarte los huesos, y vives sin fuerza alguna ni esperanza, déjate tocar por Jesús. No te retires con recelos a desconfianza. Su toque es amor restaurador. Así como el leproso vio su carne limpia y la suegra de Pedro restablecida su salud, Jesús te sana si te dejas tocar por su mano de amor.

El Siervo de Jehová

Jesús es siervo. De Dios y de los hombres. No lo recordamos altivo ni soberbio, sino ceñido con una toalla y armado con un lebrillo para lavar los pies sucios de sus discípulos. No se mantiene al margen de las necesidades cotidianas de sus discípulos. Llega a la casa de Pedro y no espera ser servido, sirve. Por ello mateo ve en esa actitud de Jesús el cumplimiento de la profecía de Isaías; “El mismo tomo nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias” (Y.17). La actitud servicial y humilde de Jesús es testimonio de su vocación mesiánica. Su ministerio no se adornó con majestuosas ceremonias y el retumbar de platillos. Quiso estar al pie de la cama de las enfermas y tocarlas, sanar a los leprosos, ser bendición para los gentiles, pasar largas horas de enseñanza con sus discípulos. No sólo estuvo entre los hombres, sino con los hombres, compartiendo sus dolencias, llevando sus enfermedades. No fue Mesías lejano y vanidoso, sino un siervo útil, siempre dispuesto a gastarse en actitudes de servicio.

Hay que invitar a Jesús a pasar, no hay que mantenerlo en el dintel de la puerta. Hay que dejarlo entrar, ver y actuar. No importa que la marginación y el sufrimiento al que nos hemos acostumbrado sede su paso a un rayo de luz celestial. Porque ¡qué difícil nos es cambiar nuestros hábitos; Nos hemos acostumbrado a vivir con enfermos. El Señor no nos quiere ni postrados ni inútiles, sino acomodados en su reino.

Jesús dice

Jesús provoca cambios. Incluso en el hogar de sus discípulos. Así fue en el caso de Pedro, pues una vez que su suegra ha sido sanada, son llevados a su presencia una multitud de necesitados, que sufren por tormentos espirituales o corporales. Al pernoctar en la casa de Pedro, transforman el hogar en un espacio de bendición espiritual.

Su palabra actúa para la liberación y salud de los que le buscan. La palabra de Jesús es Palabra de Dios que actúa con poder para liberar toda personalidad oprimida por el

diablo o cualquier tipo de enfermedad. Ciertamente el hogar de Pedro cambió por la presencia del Maestro.

Jesús sana

“... y sanó a todos los enfermos,” De una manera escueta y sencilla el evangelista Mateo da testimonio de la acción de Jesús por los necesitados de Capernaúm. Liberó a los endemoniados, sanó a los enfermos. El ritmo del hogar de Pedro, el uso de su espacio, la rutina en que vivían, fue radicalmente transformada, siendo usado en dimensión de su reino.

¿Habrá lugar para Jesús en nuestro hogar? ¿O preferimos mantenerlo en el dintel para que no conozca nuestra intimidad, ni levante a nuestros enfermos? Ciertamente que la presencia de Jesús en nuestro hogar significa la presencia de Su palabra y de su espíritu de servicio. Es su palabra la que tiene poder para transformar la vida de los hombres. Por ello, como discípulos, hemos de vivir en la palabra, en la oración, en el compañerismo y en el testimonio, siendo instrumentos de su poder transformados.

Hay que vencer la rutina de enfermos en que muchos nos hemos acostumbrado a vivir. Demos el paso necesario para que Jesús tome posesión de nuestro hogar y lo convierta en un espacio de su reino. Amén.

Domingo 19 de enero de 1986

SÍGUEME

Mateo 8:18-22

¹⁸ Cuando Jesús vio a la multitud que lo rodeaba, dio orden de pasar al otro lado del lago.

¹⁹ Se le acercó un *maestro de la ley y le dijo: —Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas. ²⁰ —Las zorras tienen madrigueras y las aves tienen nidos —le respondió Jesús—, pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza.

²¹ Otro discípulo le pidió: —Señor, primero déjame ir a enterrar a mi padre. ²² —Sígueme —le replicó Jesús—, y deja que los muertos entierren a sus muertos. Mateo 8:18-22 NVI

EL HOMBRE ENTERRADOR vive con la mirada en la tierra, el corazón confundido, carente de visión. Es testimonio de la debilidad humana, del barro con que estamos hechos, quebradizos y delicados. Se ocupa de sepultar muertos y pierde de vista su propio desafío a ser caminante de los senderos de la vida. La confusión a que da lugar lo mantiene con la incertidumbre de haber escogido lo mejor, pero se siente inclinado a volver a luchar batallas perdidas. Al hombre enterrador Jesús le dice: Sígueme; al hombre sabio, Jesús lo confronta con el aprehendizaje del seguimiento, la incertidumbre de la vida. Seguir a Jesús es ofrendar el alma en un camino incierto.

No hay licencia

El Reino de Dios no admite pausas ni lo que alguien ha llamado “verdades de balcón”, demanda entrega total y vivencia consagrada.

El hombre es débil, su voluntad está marcada por los dardos del maligno. Corre y se detiene a descansar, pelea y da la espalda; promete y falla. La carne socaba su visión y su proyecto de vida. Su corazón lo traiciona porque prometiendo fidelidad, busca amores fallidos; su mente lo hace caer al dar lugar a pensamientos inicuos, sin contar con Dios; actúa y camina sin brújula, pierde los propósitos del Reino. Hombre a quien Dios ama y le llama al seguimiento.

El discipulado no admite espectadores, sino soldados dispuestos a dar hasta la última gota de su sangre por el Reino que defienden y anhelan extender.

Jesús no admite pausas en su Reino, ni licencias en su llamamiento, porque conoce la debilidad humana y los miedos que le acosan. Al discípulo que quiere dilatar su compromiso lo confronta con un imperativo, y al escriba que lo ve como un maestro, le aclara que seguirle es algo mucho más profundo que conocer su enseñanza. La debilidad humana se muestra en el deseo de saber, pero sin comprometerse; en la vulnerabilidad de los sentimientos que quieren compartir el corazón con dos lealtades. La debilidad humana se muestra en la “ley del menor esfuerzo”, lo que implique menos dolor, menos sufrimiento, es la tentación de lo fácil lo que hace perder la brújula a los que han oído la llamada de Jesús.

¡Sígueme!

La voz de Jesús resuena en la eternidad. Ayer al débil discípulo que quiso cambiar su sendero de vida por el hombre enterrador; hoy, a los que piden licencia en el discipulado, prefiriendo otorgar su lealtad a dos señores, a sabiendas que con ambos queda mal.

El hombre que Dios creó como señor de la creación se convirtió en esclavo de su propio corazón. Hombre a quien Jesús ha llamado a seguirle y a quien no le da espacio de descanso, ni oportunidad de tregua, porque sabe que perder el paso, no mantener el ritmo, paraliza, desalienta y confunde.

Hombre enterrador, oye la palabra de Jesús, levanta tus ojos de las cenizas que procuras y contempla el sendero angosto que cicatrizará tus heridas, sanarás tu carne, solidificará tu corazón.

Caminando con Jesús

Dejar la gloria que tenía con el Padre, humillarse hasta la servidumbre más sencilla, carece de almohada y vivienda, familia y hacienda, fue la forma en que Jesús quiso vivir. Su vocación le fue tan preciada que todo pasó a ocupar un segundo término. Predicaba, proclamaba y vivía el Reino. Su camino fue paso de renuncia y sacrificio, de dolores, lágrimas y muerte. Pero afirmó su rostro y llegó hasta el fin.

El ministerio de Jesús fue marcado por un corazón que supo obedecer la voz del Padre que le amaba. No es posible vivir en la voluntad del Padre y seguirle en el discipulado, si no se está dispuesto a una obediencia tal que sacrifique todo cariño, aún el enfermizo amor a uno mismo, para seguirle a él. No se puede compartir el corazón. En él no puede reinar Jesús y nuestra propia voluntad, Jesús, como Señor y Maestro, ha de ser obedecido. Su palabra es seria, es palabra de autoridad que no admite dilación alguna. Por ello, al discípulo que duda, Jesús le confronta diciendo: sígueme.

El desmedido apego a uno mismo, los amores parasitarios que viven a expensas de los otros y el narcisismo en que almas doloridas han transformado su vivir, han de abatirse por la palabra desafiante de Jesús: sígueme. No le habla al padre muerto, ni al hermano o al vecino, es llamada personal que no se puede eludir ni por temor ni por perplejidad. Jesús ha dicho su palabra y esta ha de ser obedecida, pues su palabra de seguimiento ha de tornarse en palabra de juicio en el cumplimiento de los tiempos. El mismo Jesús que hoy nos llama a salir de la debilidad, es el que a su tiempo pedirá cuentas de los dones que nos ha conferido.

La decisión

Israel oyó la Palabra de Jehová de los ejércitos, palabra de éxodo. Su gratitud se volcó en celebración, haciendo memoria del día en que su Señor les sacó de la tierra de Egipto. Pero al andar los primeros días por el desierto, sintió el anhelo por las ollas de carne, por los ajos y las cebollas, aún por las tumbas en que eran sepultados viviendo en

Egipto. Clamaron al Señor y él les había oído, pero no estaban dispuestos a pagar el precio: el camino del desierto, las aguas amargas de Mara, la muerte sobre la arena. Su corazón añoraba la carne y las mesas egipcias. El Señor fue paciente, el agua amarga la transformó en agua dulce, la carne la sustituyó con maná, pero no les permitió regresar a Egipto, abandonar el desierto. El les había dado una vocación del pueblo libre, siervo de Jehová, y tenía que cumplirla a costa de su propia vida.

No es menor el compromiso personal que hemos adquirido al oír su llamado y responder en fe, recibéndole como nuestro Salvador y Señor. También nos ha llamado a seguirle por la senda angosta, en la que la primera piedra que nos detiene es el temor personal y la resistencia a pagar el precio de nuestra salud. Jesús no permite pausas ni treguas en su reino, nos dice: sígueme. Hacer un alto en el camino termina por desviarnos de la senda para vivir persiguiendo ilusiones nefastas. ¡Cómo tenemos que orar para que nuestros ojos no pierdan su horizonte; para que nuestra debilidad no nos domine! La llamada de Jesús demanda una obediencia radical. Seguirle transforma al hombre enterrador en sembrador de vida. Pero ¡hay que dejarlo todo! ¡hay que dejarnos a nosotros mismos en su manos! Hay que caminar con él un camino incierto, pero preñado de vida y esperanza. Amén.

Domingo 26 de enero de 1986

¿QUÉ HOMBRE ES ESTE?

Mateo 8:23-27

²³ Luego subió a la barca y sus discípulos lo siguieron. ²⁴ De repente, se levantó en el lago una tormenta tan fuerte que las olas inundaban la barca. Pero Jesús estaba dormido. ²⁵ Los discípulos fueron a despertarlo.

— ¡Señor — gritaron —, sálvanos, que nos vamos a ahogar!

²⁶ —Hombres de poca fe — les contestó —, ¿por qué tienen tanto miedo?

Entonces se levantó y reprendió a los vientos y a las olas, y todo quedó completamente tranquilo.

²⁷ Los discípulos no salían de su asombro, y decían: «¿Qué clase de hombre es éste, que hasta los vientos y las olas le obedecen?» Mateo 8:23-27 NVI

LA POCA FE es motivo de temor, inseguridad y alarma tanto en la vida personal del discípulo, como en la labor misionera que nuestro Señor encomendó a la iglesia.

Cuando el temor asoma

Jesús navega en la barca rumbo a la región de Gadara. Va acompañado de sus discípulos y son sorprendidos por una tormenta en medio del mar. La magnitud del fenómeno lo expresa Mateo al usar un término que significa una catástrofe natural o un terremoto. La barca parece ser devorada por las olas que la cubren y los discípulos son arrobados de terror y desesperación. Creen perder la vida.

La actitud de Jesús contrasta con la desesperación de los discípulos: duerme tranquilo en un lado de la barca. Hasta ahí llegan para despertarle y demandarle su ayuda.

La mirada de Jesús, serena y firme se posa sobre los rostros sudorosos y angustiados de sus discípulos. Sus ojos reflejan el temor que se ha apoderado de ellos. Su único reproche es: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe?

El temor asoma cuando falla la fe. La crisis de fe es vivir al margen de la presencia de Jesús. Él está con sus discípulos pero no es suficiente su presencia para infundirles confianza. Van a recriminarle su actitud: ¡sálvanos! No entienden como permanece dormido cuando la vida de todos corre peligro. No sólo pierden su propio control, sino intimidan a Jesús con palabras insolentes.

Vivir circunstancias catastróficas en la vida son momentos en que la fe es puesta a prueba y asoma la realidad del corazón. Hay temor, angustia y desesperación, se nubla el horizonte.

La autoridad de Jesús

Mateo establece con claridad en su Evangelio que Jesús era un hombre de autoridad espiritual. Reprende a la enfermedad y da salud, habla con autoridad cuando enseña o predica, ahora el Evangelio subraya que su autoridad es aún sobre las fuerzas

naturales. La fe es creer en la autoridad de Jesús sobre cualquier otro poder. Ya sea una enfermedad, las fuerzas naturales o su enseñanza. Su palabra es palabra de autoridad.

El cristiano y la iglesia de Jesucristo tienen que atravesar pruebas que maduren su fe. Ha de ser puesta a prueba para ser fortalecida. Aquí se ejemplifica con la tormenta en medio del mar, pero es un caso típico de cualquier momento en la vida de la iglesia que nos parezca una dificultad insalvable, un terremoto. En medio de estas circunstancias ¿olvidamos que Jesús tiene palabra de autoridad? ¿pasaremos por alto su presencia serena? ¿Viviremos inadvertidos a su palabra de autoridad sobre todo poder de este mundo? También hoy sus discípulos necesitamos mantener clara nuestra visión y acrisolado el corazón para confiar en que: el que en nosotros empezó la obra, la perfeccionará; y que las puertas del Hades no prevalecen en contra de la iglesia. Bendigamos al Señor por los tiempos de tormenta, porque en ellos nuestra fe es probada y acrecentada al confiar en la autoridad de Jesús.

Toda iglesia que se dispone a vivir en la dimensión misionera, como esta barca que se dirige a la región de Gadara para enfrentar a los hombres endemoniados, ha de sortear las pruebas del camino, que incluso nos parecen tan difíciles que tememos ser consumidos. Por ello es momento de expansión misionera, cuando las colonias de la ciudad están siendo conquistadas por la palabra poderosa de Dios en el poder del Espíritu. En momentos en que como iglesia hemos aceptado el reto del discipulado, no nos asombremos que haya quienes quieren salir corriendo al ver problemas tan grandes que temen por su propia vida. Sin importar cual sea nuestra situación, oigamos la voz de Jesús que nos cuestiona ¿por qué teméis hombres de poca fe?

¿Qué consecuencia podría tener nuestra labor misionera si en medio de nuestra tarea perdemos la fe? No hay que perder de vista que donde Dios actúa también se hacen presentes las huestes espirituales de maldad que procuran destruir la obra de Dios. Cómo tenemos que orar y acrisolar nuestra fe para que no seamos objeto del temor, la angustia o la falta de visión, en estos momentos en que se requiere cerrar filas, unir fuerzas, doblar las rodillas, proclamar la palabra, discipular a los creyentes, sembrar nuevas iglesias.

Su palabra a la iglesia

En medio de una situación difícil la palabra de Jesús se dirige en primer lugar a la iglesia. Es palabra severa, señala la crisis de sus hijos. Pero es palabra que ubica el problema y confronta al que lo sufre. Su palabra de autoridad significa para el mundo y para la iglesia. A la iglesia le reprende, a las fuerzas naturales las domina. Por ello, no hemos de tambalear, la autoridad de Jesús afirma su iglesia y calma la tempestad.

La naturaleza se sujeta a la palabra de Jesús. Tanto la enfermedad del leproso como la fiebre de la suegra de Pedro son sometidas a la palabra de Jesús. El siervo del centurión se levanta de su lecho, de su parálisis, con la palabra de Jesús.

Porque la palabra de Jesús es palabra que domina todo poder espiritual o natural que lastime la vida del hombre y de la iglesia. Tener fe es concederle al Señor esta autoridad

en nuestra propia vida a fin de que permaneciendo en su Palabra podamos lo que queremos y nos sea hecho. Porque es la palabra la que tiene poder, cuando es palabra que se asume con sujeción. Sólo el hombre puede desconocerla, no oírla, despreciarla. Del hombre demanda fe para operar en su ser. Consideramos en esta mañana que como discípulos del señor hemos de responder con fe a la autoridad de su palabra. Porque la afirmación del Evangelio sigue siendo verdadera para nosotros: conforme a su fe sea hecha.

Y si la fe es un don de Dios que se despierta por el oír la palabra. Nos percatamos que tener fe en su palabra es educarse en oír la proclamación de la misma. Porque en la medida en que conocemos las promesas del Señor y vivimos de acuerdo a ellas, nuestra fe se abre paso en medio del temor, la incredulidad o la angustia.

¿Somos hombres de poca fe? ¿Somos un pueblo sumido en la incredulidad y el temor? No dudemos, sino confiemos en el poder de nuestro Señor, porque Él tiene poder sobre las fuerzas espirituales y naturales. Cualquiera que sea la tormenta que estemos atravesando podemos confiar en que su palabra transforma en calma, en paz, en tranquilidad. Así sucedió con la mar temerosa: a su palabra se transformó en tranquilidad.

Marchar en ritmo misionero, asumir nuestro compromiso de discipulado ha de ser motivo de atención para redoblar nuestra fe a fin de no temer en medio de la tormenta. Jesús va con nosotros, él no nos abandona. Navega tranquilo con su iglesia porque tiene el poder que ha recibido del Padre para someter todo poder que se levante amenazante sobre sus hijos. Con esta confianza marchemos, porque el Reino de los cielos se hace fuerte y los valientes lo arrebatan. Amén.

Domingo 2 de febrero de 1986

PODEROSO

Mateo 8:28-34

²⁸ Cuando Jesús llegó al otro lado, a la región de los gadarenos, dos endemoniados le salieron al encuentro de entre los sepulcros. Eran tan violentos que nadie se atrevía a pasar por aquel camino. ²⁹ De pronto le gritaron: — ¿Por qué te entrometes, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a atormentarnos antes del tiempo señalado?

³⁰ A cierta distancia de ellos estaba paciendo una gran manada de cerdos. ³¹ Los demonios le rogaron a Jesús: — Si nos expulsas, mándanos a la manada de cerdos. ³² — Vayan — les dijo. Así que salieron de los hombres y entraron en los cerdos, y toda la manada se precipitó al lago por el despeñadero y murió en el agua. ³³ Los que cuidaban los cerdos salieron corriendo al pueblo y dieron aviso de todo, incluso de lo que les había sucedido a los endemoniados. ³⁴ Entonces todos los del pueblo fueron al encuentro de Jesús. Y cuando lo vieron, le suplicaron que se alejara de esa región. Mateo 8: 28-34 NVI

¡ERES HOMBRE MUERTO! Es frase común en los juegos infantiles entre policías y ladrones. Y sigue siendo expresión que trasciende en el mundo de hoy. Así lo testimonia la prensa cotidiana, cuando leemos la nota roja o la información internacional. Pero cuantos hombres habrá en el mundo que aún no yacen bajo la tierra, pero que, como los gadarenos del Evangelio, han sido reducidos por fuerzas espirituales a muertos en vida. También han transformado su hábitat en sepulcros y su apariencia personal es la de endemoniados que encadenan porque son peligrosos para la subsistencia de quienes los rodean.

La enfermedad ¿preferible?

Hasta el capítulo 8, Mateo nos ha descrito dos encuentros de Jesús con paganos. El primer caso es el del centurión y su siervo, corazones totalmente dispuestos a experimentar el poder y la gracia de Dios. Este pasaje es el segundo relato. Jesús está en la región de Gadara. El texto nos sitúa ante la presencia de fuerzas espirituales que pretenden dominar la vida del hombre para destruirla. Sin embargo, la presencia del mal no sólo está en la vida de estos dos endemoniados, sino también en la de la ciudad que sale unida a enfrentarse a Jesús y rechazarlo. Mateo subraya que los demonios no pueden oponerse a la presencia de Jesús; pero que los hombres de Gadara le piden que se vaya y los deje tranquilos en sus negocios.

¡Aquí está el hombre de hoy! Se le representa esclavo de poderes espirituales que lo sojuzgan, pero con la seguridad de que la presencia de Jesús les es irresistible y también como los hombres preocupados por sus negocios y la bonanza de los mismos, que prefieren vivir entre demonios que dar lugar al poder de Jesús, destructor de toda maldad, pecado y perversión.

¡Como se rechaza al Jesús poderoso que somete a los demonios y pone en crisis los negocios impuros; Se prefiere a un Jesús distante, débil , transformado en un crucifijo milagroso o una estampita mágica o un sanador gratuito. No se le deja interferir en la vida, ni transformar el sentido de la misma.

Jesucristo es el Señor

Fue confesión de la iglesia inspirada por el Espíritu Santo, a la luz de la cual se negaron a doblar rodilla frente al Cesar y a permitir que los poderes espirituales de maldad sojuzgaran su vivir. Porque ante la presencia del Hijo de Dios los demonios no tienen más que huir. Por ello, Santiago exhorta a los cristianos “resistid al diablo y de vosotros huirá”. Pero ¿cómo confesar a Jesús Señor si la carne, el pecado y la inmundicia siguen enseñoreándose de la vida de sus hijos? Son los hombres de Gadara los que rechazan a Jesús; sus demonios son tan poderosos que los incitan a decirle no a la presencia de Jesús en su vida. Prefieren seguir apacentando cerdos”, animales impuros y mantener a sus demonios encadenados, que asumir la presencia de Jesús en su ciudad, en su vida.

Señorío es poder y autoridad

Jesús es Señor porque ha recibido el poder y la autoridad del Padre. Es el Mesías prometido a Israel, el cumplimiento de las promesas, el retoño de Isaías, quien heriría a la serpiente, hasta su final destrucción. Por ello los demonios identifican a Jesús como el Mesías y saben de su misión final, en la cual lanzará al lago de fuego y de azufre a la bestia y atará al diablo, despojándolo de todo poder. Es victoria que se ha dado en la cruz del Calvario y de la que esperamos su consumación final. La palabra lo enseña y nuestro corazón lo cree.

El señorío de Cristo se vive en la iglesia que lo anuncia y vive en el poder del espíritu, frente a las fuerzas de la maldad y la voluntad humana que se resisten a someterse a él.

Por ello, la Biblia enseña que el poder de Jesús es el poder de su presencia y el poder de su Palabra. “Di la palabra, pide el centurión, y mi criado sanara”. Hoy, su Palabra sigue estando presente en la Escritura, llamando a los hombres a sujetar su voluntad a su señorío y persistimos en marginarlo de nuestro entorno, rechazarlo de nuestra vida, despedirlo de nuestra ciudad. Preferimos verle de lejos, que permitirle llegar a transformar nuestros lugares de inmundicia, las tumbas de los muertos en vida, los hatos de cerdos de quienes hacen negocio de lo íntimo y vergonzoso. Pero Jesús tiene el poder y la autoridad que el Padre le ha conferido y ninguna fuerza o poder le puede resistir.

Una sumisión que redunde en liberación

El Evangelio según San Juan dice “...Si vosotros permaneceréis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”

(8:31b 32). Permanecer en la palabra es obedecer la Palabra y obedecer es estar sujeto a un poder y una autoridad reconocida. Es obediencia a la Palabra de Jesús que redundará en la liberación de nuestra propia vida. Porque nos muestra la verdad de lo que somos, lo que Dios hace de nosotros. Por ello, la Palabra de Jesús fue liberación de los endemoniados de Gadara, pero sus consecuencias fueron rechazadas por la ciudad. Porque hemos de considerar que la palabra del Señor tiene consecuencias radicales para nuestra vida. ¡Benditas consecuencias que nos permiten gozar de la libertad gloriosa de los hijos de Dios: Ya no estamos bajo esclavitud!

Oremos al Señor en esta mañana para rogarle que haya en nuestra vida una disposición total a su palabra, viviendo con entereza y fe de las consecuencias de su obra en nosotros. El grano de trigo tiene que morir para llevar el fruto. No podemos ser discípulos sin comprometernos a asumir la palabra de autoridad de Jesús. ¿Quieres tu hacerlo hoy?

Domingo 8 de febrero de 1988

MAYORDOMIA DE LA FE

Mateo 9: 1-8

⁹ Subió Jesús a una barca, cruzó al otro lado y llegó a su propio pueblo. ² Unos hombres le llevaron un parálítico, acostado en una camilla. Al ver Jesús la fe de ellos, le dijo al parálítico: — ¡Ánimo, hijo; tus pecados quedan perdonados!

³ Algunos de los maestros de la ley murmuraron entre ellos: «¡Este hombre *blasfema!»

⁴ Como Jesús conocía sus pensamientos, les dijo: — ¿Por qué dan lugar a tan malos pensamientos? ⁵ ¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados quedan perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? ⁶ Pues para que sepan que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados —se dirigió entonces al parálítico—: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

⁷ Y el hombre se levantó y se fue a su casa. ⁸ Al ver esto, la multitud se llenó de temor, y glorificó a Dios por haber dado tal autoridad a los mortales. Mateo 9 NVI

¿Dónde está la fe de ustedes? Lucas 8:25a

LA DESESPERANZA es la playa en la que desemboca el pecado. La pregunta de Jesús a sus discípulos, que consideramos hace algunos domingos en medio de la tormenta, señala este sobrecogimiento de temor en medio de circunstancias adversas. Vivir con un enfermo de desesperanza es compartir la vida con un inválido, incapaz de dar un paso firme, una acción decidida, una proyección creativa.

Afirmemos que esta actitud mental es fruto del pecado. Jesús sabía y hoy ha quedado demostrado, que el pecado lacera a mente y cuerpo. En muchas ocasiones las dolencias no son más que el resultado de la descomposición de nuestra mente, cuando el pecado domina el pensamiento.

Ilustrando esta enseñanza, el famoso comentarista William Barcklay, señala un caso por el conocido en el que un médico envió por un una paciente con anemia un pase para ser reclusa en un hospital. Cuando el médico responsable de entregar el pase lo revisó, descubrió que su sangre se encontraba en buenas condiciones y recomendó revisar el diagnóstico. Este hecho llamo la atención de quien había dado instrucciones y al verificar la sangre de su paciente descubrió que ciertamente estaba recuperada. Asombrado pregunto a la paciente si había sucedido algo importante en su vida durante los últimos días. La paciente contestó que solo había perdonado a alguien a quien durante muchos años guardo un terrible rencor. Barcklay comenta que la salud mental de esta mujer repercutió en la salud de su sangre.

El paralítico del pasaje de Mateo es mucho más que un enfermo de anemia, está incapacitado para moverse, para orientar su vida, para ganarse el sustento, para compartir la felicidad de sus hermanos. La enfermedad de su cuerpo generalmente va acompañada de un estado psicológico depresivo y amargo.

El valor de la fe

¿Qué fue lo que salvo a este hombre? La fe de sus amigos. Creyeron en Jesús e hicieron hasta lo imposible por conducirlo hasta él. Por gracia de Jesucristo la Palabra ha despertado en nuestros corazones la fe en el poder y autoridad, en el amor y el perdón de Dios, revelado en el Hijo. La fe ha sido el regalo celestial que nos incorporó al reino de Dios, a fin de vivir en la dimensión de su amor y su justicia. Pero también la fe es la respuesta del hombre al acercamiento de Dios en Jesucristo “Dios” con nosotros, entre nosotros, para nosotros.

¿Qué hacer cuando hemos compartido la vida durante meses o tal vez años con seres necesitados del perdón y la gracia de Dios para ayudarles a regenerar sus vidas? También nos es necesario echar mano de nuestra fe para hacer hasta lo imposible por conducirlos a Jesús. Ciertamente nadie puede ser obligado a creer, pero el Señor nos permite servirles, a fin de acercarlos a la Palabra. Es la proclamación de la palabra lo que despierta la fe.

No podemos olvidar que la salud del cuerpo y la paz con Dios van de la mano. La enfermedad es resultado, en muchos casos, de corazones endurecidos, mentes malignas, espíritus lacerados por el odio y el rencor. Son enfermos que necesitan encontrar con la Palabra de perdón de nuestro Dios a fin de reencauzar su vida por senderos de luz y esperanza. Por ello, la fe es lo que mantiene a la iglesia de Jesucristo esperanzada en la transformación del mundo y del hombre, y la fe es lo que permite a todo necesitado de gracia devolver el acercamiento de Dios con un acercamiento personal. Cuando el Señor hable, hay que responderle porque su Palabra es palabra de vida.

Somos responsables de nuestra fe

Si Jesús nos llamara a cuentas en esta ocasión y confrontara nuestra vida con la pregunta ¿Dónde está vuestra fe? ¿De qué manera podríamos responder? La parábola de los talentos refiere que hay siervos que al recibir un talento de su señor van y lo entierran sin usarlo ni multiplicarlo y que a su regreso el Señor les responderá severamente por su actitud. La fe es un Don de Dios para ser usado en bendición de todos los hombres que viven marginados de la gracia. ¡Cuántos paralíticos permanecen en su desesperanza por no haber encontrado amigos con fe que los conduzcan a Jesús! Nuestros amigos esperan de cada uno de nosotros esta actitud de servicio de amor en la que ponemos todo nuestro esfuerzo para acercarlos al Señor.

No obstante, esta labor de servicio evangelizador ha de estar sostenida en un corazón que vive en fe. Fe que determina nuestras acciones, palabras y actitudes. Porque es la fe de la iglesia la que sirve de instrumento divino para acercar a los hombres a Dios. Por ello, hablemos de mayordomía de la fe ya que somos responsables de acercar a otros a Jesús. ¿O es que acaso nuestro Señor no tiene autoridad para perdonar los pecados y levantar a los enfermos?

El sostén de nuestra misión.

La fe es el perdón de Dios, es el sostén de nuestra labor evangelizadora. Creemos y hemos vivido el perdón de Dios. Sabemos que su palabra de amor ha transformado nuestra propia vida. Por ello, estamos listos para ser bendición de otros, acercándole al Señor. Nuestra labor de extensión misionera ha de estar sustentada en una profunda vivencia del amor perdonador de nuestro Señor. De otro modo, la incertidumbre de nuestro vivir y la debilidad de nuestra fe impedirá nuestra misión evangelizadora en el mundo de hoy.

Así que, a reforzar nuestra fe al recordar los hechos portentosos que Dios ha hecho en medio de nuestra propia vida y la de nuestros hermanos, porque él nos sacó de las tinieblas a su luz admirable, Dios permita que en esta mañana salgamos del santuario dispuestos a ser usados por el Señor, a fin de que nuestra fe sea útil en la proclamación de su reino. Amén

Domingo 16 de febrero de 1986

¿QUE DE NUESTRO LENGUAJE?

Mateo 9:9-13

⁹Al irse de allí, Jesús vio a un hombre llamado Mateo, sentado a la mesa de recaudación de impuestos. «Sígueme», le dijo. Mateo se levantó y lo siguió.

¹⁰Mientras Jesús estaba comiendo en casa de Mateo, muchos recaudadores de impuestos y pecadores llegaron y comieron con él y sus discípulos. ¹¹Cuando los fariseos vieron esto, les preguntaron a sus discípulos: — ¿Por qué come su maestro con recaudadores de impuestos y con pecadores?

¹²Al oír esto, Jesús les contestó: —No son los sanos los que necesitan médico sino los enfermos. ¹³Pero vayan y aprendan lo que significa: “Lo que pido de ustedes es misericordia y no sacrificios.” Porque no he venido a llamar a justos sino a pecadores. Mateo 9:9-13 NVI

“El temor de Dios, amor fraternal, y en el amor fraternal, caridad” 2 Pedro 1:7 V.A.

DE LA ABUNDANCIA DEL CORAZON HABLA LA BOCA. Las palabras y los lenguajes en que nos movemos son un espejo del alma humana. El lenguaje, además de objeto de la ciencia literaria, es forma de expresión de la teología y de la predicación. Hay que considerarlos en relación con nuestra fe y la proyección en que la vivimos hacia el mundo.

No hablamos solamente de lenguajes verbales. Señalamos a todo conjunto de símbolos con significado. Por ello, cuando hablamos del llamamiento de Mateo, no sólo consideramos las palabras que nos registra la Escritura, sino todos los signos que se interrelacionan en él, el medio ambiente en que se produce la invitación de Jesús.

El lenguaje de la obstrucción

Hay palabras, actitudes, gestos que tienen el propósito de obstruir la vida cristiana. Una palabra que lastima el corazón, una actitud de rechazo, un gesto agresivo, son formas del lenguaje que obstruyen la comunicación de la fe, no como una serie de verdades doctrinales, sino como una forma de ser y de vivir en el mundo.

El lenguaje de la obstrucción cae con todo su peso sobre el alma de los seres marginados en nuestra sociedad. Aún podemos recordar los letreros que se encontraban en algunos restaurantes, prohibiendo la entrada a negros y mexicanos. Es el lenguaje de la obstrucción que termina por convertirse en el lenguaje de la opresión.

Pero no vayamos tan lejos, podemos también considerar como reflejo de este lenguaje de la obstrucción, la actitud representada por los escribas de Israel que se asombraban por el hecho de que Jesús compartía su vida con “publicanos” y pecadores. Son expresiones que en labios de los escribas descalifican, rechazan, marginan. Palabras que también fueron usadas por Jesús, pero con un propósito redentor.

En los hogares también suelen usarse expresiones obstructivas, llamamos a alguien con un mote desagradable, o con expresiones peyorativas que recaen sobre alguna peculiaridad o error de nuestros familiares. El lenguaje de la obstrucción que rechaza, margina, califica y descalifica a nuestro hermano y que nos lleva a tomar conductas secretarias y que no discierne el Reino de Dios.

La palabra de invitación.

Jesús no rechaza, invita a seguirle. Llama a compartir el camino, la senda, la vida, el presente y el futuro. Es lenguaje que invita a la comunión de vida con un propósito redentor.

¡Qué bello es constatar como el lenguaje de aceptación de Jesús no fue solo verbal, sino que todo su ser testificaba de una armonía de propósito! Seguramente Mateo no solo escuchó las palabras del Maestro, sino que vio que su actitud, su gesto, su sentimiento de invitación, de aceptación, de redención y el desafío de compartirlo todo.

A los pecadores, a los publicanos, Jesús les llamo enfermos. Señalando que tenían necesidades de un médico, no de un juez. Médico que estuviera dispuesto a ser él mismo bálsamo de bendición para sus dolencias. Por ello, su lenguaje de invitación se sustenta en una disposición personal para transformar el trono de podredumbre, en un espacio de vida. El reino de Dios.

Jesús no invitó a Mateo a cambiar de vida, ni a aceptar una nueva doctrina, sino a seguirlo a él. Su invitación se discierne en un nivel de vida mucho más profundo que el de quien se adhiere a un movimiento o a un grupo, es una vinculación personal.

Es palabra de comunión

La tercera disciplina de la cruz del discípulo es el compañerismo. Es disciplina que se transforma en todo un ministerio de nutrición en el seno de la iglesia local. Su principio está en la Palabra de Jesús que nos exhorta a vivir en amor fraternal. El reino de Dios, del que la iglesia es signo en el mundo de hoy, puede ser considerado como la perfecta comunión de los hombres y de estos con Dios. Es compasión y amor.

No hay otra forma de realizar la comunión humana que vivir sostenidos de la gracia de Dios. La gracia es lo que nos permite ver al pecador, al publicano, como un enfermo necesitado del médico. Y ¡qué mejor que realizar la comunión humana en el seguimiento de Jesucristo! Es lo que nos identifica como hermanos. Es la gracia de Dios derramada en Jesucristo, lo que transforma nuestro lenguaje de pecado, de obstrucción, en himnos de alabanza a la gloria de Dios. Así, la fraternidad en que vivimos como iglesia de Jesucristo, volcándonos en lenguajes de invitación y comunión, son signos de esta realidad maravillosa: el Reino de Dios que se ha hecho presente en el mundo gracias a la vida del Hijo, sacrificado en el Calvario. Es lección que atender cuando consideramos que el ministerio de evangelización tiene como consecuencia el ministerio de nutrición, porque los nuevos creyentes, que han respondido en fe a la llamada de Jesús, han de vivir la realidad del reino en la comunión de la iglesia.

Es palabra testimonial

Somos un cuerpo. Al perturbar nuestro lenguaje, llevándolo a lo vulgar y destructivo, lastima la integridad de lo que somos. Por ello, nos apartamos, ofendemos con la palabra, las actitudes, los gestos.

En el Reino de Dios la invitación al seguimiento con espíritu compasivo se manifiesta en el compartir de mesa, como lo hizo Jesús con Mateo y sus amigos. Las consecuencias que esto provocó en la mente sectaria de los escribas fueron ciertamente de escándalo, pero Jesús estuvo dispuesto a correr los riesgos y a dar una palabra testimonial, a través de ese bello gesto del compartimiento del pan

¿Podríamos hablar de una iglesia que se nutre recíprocamente, si no comparte la mesa por las cosas con alegría y sencillez de corazón? Y más aun ¿podríamos discernir el ministerio del compañerismo si no lo articulamos como iglesia al momento de partir el pan y tomar la copa que simboliza la sangre de nuestra redención? Ciertamente no, porque es en el compartir de la mesa del Señor como se testimonia de la comunión del reino.

Nuestra presencia en el mundo, nuestro testimonio fraternal, han de ser signos del reino que se vivan en el espíritu de Jesucristo, en el lenguaje del amor. Aceptamos este reto de fraternidad, añadiendo a nuestro amor, caridad. Amén.

Domingo 23 de febrero de 1986

En nuestra vida personal ¿RESISTENCIA AL CAMBIO?

Mateo 9:14-17

¹⁴Un día se le acercaron los discípulos de Juan y le preguntaron: — ¿Cómo es que nosotros y los fariseos ayunamos, pero no así tus discípulos?

Jesús les contestó: ¹⁵ — ¿Acaso pueden estar de luto los invitados del novio mientras él está con ellos? Llegará el día en que se les quitará el novio; entonces sí ayunarán. ¹⁶Nadie remienda un vestido viejo con un retazo de tela nueva, porque el remiendo fruncirá el vestido y la rotura se hará peor. ¹⁷Ni tampoco se echa vino nuevo en odres viejos. De hacerlo así, se reventarán los odres, se derramará el vino y los odres se arruinarán. Más bien, el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así ambos se conservan.” Mateo 9:14-17

“La mano de Jehová vino sobre mí, y me llevo en el Espíritu de Jehová, y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos...y por cierto secos en gran manera.” Ezequiel 37:1-2

DIOS CAMBIA EL CORAZÓN DEL HOMBRE. El espíritu y la Palabra son los agentes de transformación. El capítulo 37 del libro del profeta Ezequiel describe su visión desoladora: Israel reducido a un valle de huesos secos. A la vez, contempla el milagro operado por la palabra y el Espíritu, al transformar esa realidad sepulcral en un ejército listo para la batalla.

¿Cuál es nuestra visión de la iglesia hoy? ¿Una comunidad desarticulada y sin vida o un pueblo lleno del Espíritu de Dios y guiado por la Palabra en permanente renovación? Es pregunta incisiva que nos permite reflexionar a la luz de nuestra fe acerca del tiempo presente y de la proyección futura de la vida de la iglesia.

Vestido viejo

Vivimos tiempos de cambio. Los últimos doscientos años han sido de acelerada transformación en todos los ámbitos de la vida. En esta era de cambios la iglesia ha tenido que renovarse a la luz de la Palabra, el Espíritu, la perspectiva del reino y las necesidades de nuestro entorno.

Como iglesia bautista estamos empezando a vivir nuestro trigésimo año como iglesia organizada. Contamos con 120 años de historia como denominación en nuestro país y alrededor de cuatrocientos años de haber surgido al mundo como denominación. Con estos cuatro siglos de historia, de conformación de una identidad denominacional a través de declaraciones de fe, creencias y principios, de una práctica congregacional bien establecida y organizada alrededor de cuatro ministerios básicos de la iglesia, adoración, evangelización, educación y servicio. La pregunta es ¿hemos estado dispuestos a una transformación permanente por obra y gracia del Espíritu del Señor? ¿Seguimos abiertos a

la acción del Espíritu o nos hemos quedado petrificados como estatuas de sal adorando a nuestro pasado?

Una y otra vez se oye decir “siempre lo hemos hecho así”, “esa es nuestra costumbre” Y sin embargo la palabra del Señor es clara en relación con la necesidad de que la iglesia viva en una permanente renovación: “ En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4, 22-24).

Renovación del corazón

¿Hay algo que debemos cambiar en nuestra vivencia personal de la fe? Jesús fue claro en su palabra a los discípulos de Juan el bautista: su ministerio es vino nuevo. No podía ser asimilado por la religiosidad judía como una secta más de piedad. Su presencia significaba la apertura total de la forma de vivir la fe de los judíos y del entendimiento de la Palabra.

No es posible remendar lo que debe ser cambiado. Sería equívoco considerar que la renovación de la iglesia se reduce a una contemporización de su lenguaje o sus estructuras.

La iglesia está constituida por seres humanos perdonados por la gracia de Jesucristo, reunidos en un solo cuerpo con el fin de obedecer, alabar y proclamar a su Señor. ¿Que es entonces lo que se ha de renovar? Nuestros corazones, la manera en que vivimos nuestra fe, la forma en que realizamos nuestros ministerios, las relaciones en que nos movemos como cuerpo del Señor, las metodologías de nuestra educación. No podemos aceptar la visión de una iglesia desarticulada, paralizada, muerta, fría, sin visión y sin espíritu ferviente. Es testimonio de pecado, de desobediencia, de carnalidad, de tibieza espiritual.

Se necesita un cambio radical que vaya a la raíz de nuestro corazón, que renueve nuestra voluntad, corazón y mente. Y no hay otra manera de hacerlo que apurando el vino nuevo que es Jesucristo nuestro Señor. ¿Encontrará el Señor en nuestro corazón una obstinada resistencia al cambio, una huida a la soledad en búsqueda de un pasado que ya no puede seguirse sosteniendo ni por inteligencia, ni por fe, ni por visión, ni por salud espiritual? Permitamos que el Espíritu y la Palabra del Señor transforme nuestros corazones a fin de serle útiles en la proclamación del Reino.

Jesús todo lo hace nuevo

El cambia el presente y el futuro. Transforma nuestras realidades con Dios, con el hombre, con el mundo y con nosotros mismos. Dado que, en la fe en el Hijo Jesucristo, podemos vivir cada segundo de nuestra vida en la dimensión de su gracia, su amor y su perdón; y cada relación con una visión, una mente y un corazón sustentado en su obra de redención. Hemos sido transformados para transformar.

Jesucristo es el cumplimiento del nuevo orden que nuestro Señor quiere infundir al mundo. Es el cumplimiento de un nuevo orden interno que se vive por la fe en el poder de su gracia, es disposición a ser lleno del Espíritu cada día y a que el Señor transforme nuestros hábitos de vivir, pensar y sentir bajo la norma de su palabra Santa. En Jesús se han cumplido los tiempos mesiánicos de liberación, paz, amor, gracia y fraternidad.

Del corazón al mundo

Así trasciende la obra de renovación del Espíritu en la iglesia. Cambia el corazón del hombre para que sea instrumento de la gracia en medio del mundo, empezando en su propio hogar, barrio, escuela, oficina, negocio, y hasta lo último de la tierra. Es mentalidad misionera que se estructura en la renovación espiritual de cada cristiano, a fin de no petrificar nuestra fe, adorando a un pasado ya ido; sino adorando al Dios que es vida, movimiento, espíritu, transformación, esperanza, renovación total. El Reino de Dios se extiende a través de la iglesia del Señor.

¿Encontrará el Señor disposición al cambio en nuestro corazón? ¿O persistiremos en una resistencia obstinada aferrados a nuestra propia desesperación? Abramos en esta hora nuestro corazón a la acción del Espíritu y dejémonos guiar por la Palabra. Amén.

Domingo 2 de marzo de 1986

En el compañerismo fraternal ¿RESISTENCIA AL CAMBIO?

Mateo 9:14-17

¹⁴Un día se le acercaron los discípulos de Juan y le preguntaron: — ¿Cómo es que nosotros y los fariseos ayunamos, pero no así tus discípulos?

Jesús les contestó: ¹⁵ — ¿Acaso pueden estar de luto los invitados del novio mientras él está con ellos? Llegará el día en que se les quitará el novio; entonces sí ayunarán. ¹⁶Nadie remienda un vestido viejo con un retazo de tela nueva, porque el remiendo fruncirá el vestido y la rotura se hará peor. ¹⁷Ni tampoco se echa vino nuevo en odres viejos. De hacerlo así, se reventarán los odres, se derramará el vino y los odres se arruinarán. Más bien, el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así ambos se conservan. Mateo 9:14-17
NVI

EL HOMBRE SOLITARIO vive como una isla en medio de un océano. En la comunidad de fe, es un miembro al margen de su cuerpo, ensimismado, abatido en sus propios problemas o en sus sueños personales. Los grados de descomposición a que puede conducir esta actitud de la carne, son tales, que bien podemos imaginarlos como los de un hombre que sólo se contempla a sí mismo en un espejo, quedando prendido a su propia imagen.

Comunidad de fe, que es la iglesia, es el orden nuevo en que nuestro Señor ha depositado el vino nuevo de su sangre. En ello radica la novedad de la iglesia de Jesucristo en relación con la comunidad judía. Roguémosle al Señor que él nos dé luz, a fin de restaurar a los cristianos solitarios o a quienes han deformado de tal manera sus relaciones fraternales que han terminado como pobres vestigios de la plenitud del reino de Dios.

Comunidades judías.

Jesús se encuentra con los representantes de dos de ellas, la de los fariseos y la de los discípulos de Juan el bautista. Ciertamente con marcadas diferencias entre ellas, pero con grandes similitudes también. Ambas pueden ser consideradas como grupos de religiosidad radical. Los fariseos ponían su acento en la observancia minuciosa de toda prescripción legal, en contra del relajamiento de su fe; los discípulos de Juan predicaban un bautismo de arrepentimiento y una piedad de pertenencia, con el propósito de que el advenimiento del Mesías no se hiciera esperar. Su vida comunitaria testificaba de esta actitud del corazón. Los discípulos de Juan practicaban ayunos, al igual que los fariseos, los segundos observan con cuidado toda práctica de Jesús a fin de contrastarla con su interpretación de la ley. Ambos se escandalizan por la forma en que viven Jesús y sus discípulos. ¿Cuál es el motivo?

Una comunidad de amor

Los discípulos de Jesús no ayunan, no viven en luto espiritual por la situación de Israel. Al contrario, comen y beben con alegría, comparten la mesa con publicanos y pecadores. Ni dolor, ni lagrimas, ni pertenencia.

Jesús no se resiste a dar una palabra de orientación a quienes les interrogan. En su respuesta describe a la comunidad de sus discípulos como los amigos del novio en la fiesta de la boda. A la vez, él es el novio que celebra su amor. El amor es el vínculo espiritual que funde en nuevas relaciones a Jesús y sus discípulos. No están juntos por la práctica de principios compartidos, como los fariseos, ni por la convicción religiosa radical, como los discípulos de Juan, sino por el amor que muestra en esta fiesta nupcial, en el que el novio invita a sus amados a compartir el gozo de su alma. En esa fiesta no puede haber ayuno, ni dolor, ni lágrimas; sino banquete, celebración, alegría.

Jesús, el novio

La referencia a una fiesta de bodas y a Jesús como el novio que comparte con sus amigos, tiene una clara ascendencia en la tradición judía. Reiteradamente la Escritura habla de Dios como el esposo y de Israel como la amada. Es figura que se observa en las palabras de Jesús y que Mateo subraya dándole un inequívoco significado mesiánico, dado que es a judíos a quienes se dirige preponderantemente en su Evangelio.

Jesús es el motivo esperado por Israel, la amada que es llamada a celebrar nupcias. Los discípulos son los amigos íntimos del novio, quienes se encargan de todos los preparativos, a fin de que nada falte en esa celebración. Y aún el apóstol San Juan en su visión apocalíptica hace referencia a ese banquete final que denomina las bodas del Cordero y en el que la relación entre el Señor y su pueblo será perfectamente culminada.

Jesús nos ama como el novio a su desposada. Es como amor de alegría, de fiesta, de celebración, de amigos, como cultiva una relación con cada uno de los que formamos el pueblo. No es una relación formal entre maestro y seguidores o una vinculación que tenga que ver sólo con principios de índole religioso, sino que su relación subraya el vínculo de amor recíproco entre el novio y los amigos. Esa es la trascendencia de su sangre en el corazón de cada uno de nosotros cuando lo consideramos en la dimensión de la vivencia fraternal. Escándalo para quienes viven la fe solo preocupados por los ritos y las leyes, así como para quienes viven su fe con dolor y angustia, mustios y silenciosos. El pueblo de Dios es una comunidad de amados con un tierno amor sacrificial, bañados con la sangre preciosa del Hijo, transformado por el poder del Espíritu.

¿Qué de nuestra vida comunitaria?

¡Como nos gozamos ante la obra portentosa de Dios en el corazón de un hombre que ha pasado de muerte a vida! Pero, ¿Por qué no gozamos de igual manera cuando un hermano solitario se reintegra a la comunidad de su iglesia? ¿por qué no brincar de alegría cuando nos percatamos que hay quienes luchan en el Señor para cambiar sus formas de

convivencia fraternal, a fin de no dar lugar a palabras que lastimen? ¿O es que acaso el vino nuevo que es nuestro Señor no fue escándalo para quienes vieron la forma de convivencia de sus discípulos? ¿O ya hemos olvidado que el temor sobrecogió a la ciudad que vio la forma de amarse de la iglesia primitiva?. Hay asombro, hay escándalo, hay recelo y temor, ante una comunidad de fe dispuesta a integrarse en un solo cuerpo, unida por el amor y la gracia de Jesucristo y plenamente consciente de que somos uno en el Espíritu y uno en el Señor.

La ocasión anterior consideramos la pregunta ¿resistencia al cambio en nuestra vida personal? Ahora el Señor nos permite considerar si hay resistencia al cambio en nuestra vida fraternal. Arriesguémonos a amar, a darnos, a compartir, a vivir la alegría, el gozo, la felicidad de saber que el novio está con nosotros y que no hay motivo de llanto ni de tristeza. La comunidad es una comunidad en fiesta perenne, que celebra el amor, la gracia, y la esperanza que hay en Jesucristo. Que así sea. Amén.

Domingo 16 de marzo de 1986

EN LA MISION DE LA IGLESIA

¿Resistencia al cambio?

Mateo 9:14-17

¹⁴Un día se le acercaron los discípulos de Juan y le preguntaron: —¿Cómo es que nosotros y los fariseos ayunamos, pero no así tus discípulos?

Jesús les contestó: ¹⁵—¿Acaso pueden estar de luto los invitados del novio mientras él está con ellos? Llegará el día en que se les quitará el novio; entonces sí ayunarán. ¹⁶Nadie remienda un vestido viejo con un retazo de tela nueva, porque el remiendo fruncirá el vestido y la rotura se hará peor. ¹⁷Ni tampoco se echa vino nuevo en odres viejos. De hacerlo así, se reventarán los odres, se derramará el vino y los odres se arruinarán. Más bien, el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así ambos se conservan.” Mateo 9: 14-17
NVI

LA MISION DEL PUEBLO DE DIOS es universal. No se circunscribe a una raza, nación o grupo social. El apóstol San Pablo lo indica con claridad al afirmar que el fin de su misión es que toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre.

Toda lengua

Enfocar la misión cristiana como un proyecto de expansión a toda lengua, es hacer referencia no solo a la dimensión geográfica, sino que considera la identidad de cada lengua, cultura, nación o continente. Jesús y el testimonio de los apóstoles son claros al señalar que la dimensión de la obra de Dios en el mundo no puede quedar cautiva en los viejos y estrechos límites del judaísmo. La misión de Jesús y la de sus discípulos fue una novedad para la concepción judía, de tal manera que se abre la puerta a los gentiles, a los rechazados, a los marginados. Las entrevistas y milagros de Jesús que relata Mateo, son testimonio de esta verdad.

Nuestra visión misionera no puede olvidar, en consecuencia, que la misión incluye a toda lengua. Pensamos en las distintas lenguas que se dan en el seno de nuestra nación, señalando no solo las lenguas indígenas, sino también las de los diferentes grupos extranjeros. Toda lengua necesita oír la proclamación del evangelio de la paz, en el que Jesucristo es proclamado Señor del universo. Cultivemos nuestra vida de oración como iglesia, rogando al Señor que Él no permita que seamos insensibles a la necesidad de extender la proclamación de la Palabra y la siembra de iglesias, a otras culturas.

El Señorío de Cristo

La misión entraña discípulos. El discipulado es seguimiento obediente a la llamada de Jesús. El discípulo es quien pone su vida, su voluntad, sus emociones y su corazón a los pies de su cruz. La obra misionera no puede desconocer esta dimensión en

profundidad que hemos llamado discipulado. Es vocación que cultiva en otros la disposición a estar sujetos a la voluntad del Señor y Salvador Cristo Jesús.

La obra misionera enfoca la tarea del discipulado como una labor que se desarrolla en el cultivo del corazón de los creyentes hasta que toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor. Cristo como Señor debe ser creído y confesado en maya, chinanteco, náhuatl, rarámuri, inglés, francés, chino, etc. En toda lengua, en toda nación, en toda cultura, en todo grupo social.

Esta es la dimensión misionera que hemos de vivir como bautistas en México. No debemos permanecer ajenos a la bendición espiritual que entraña el cruzar fronteras para llamar a otros pueblos a reconocer el señorío de Cristo. Incluyamos en nuestras oraciones y en nuestros proyectos misioneros a aquellas regiones en las que imperan religiones de misterio o secularizadas.

La gloria de Dios

La vida misionera de la iglesia tiene como propósito glorificar a nuestro Dios. Hemos de vivir cada segundo de nuestra vida, de nuestro pensar y de nuestro actuar con la conciencia espiritual de que nuestra misión es ser alabanza de la gloria de Dios. Es el ejemplo que recibimos de nuestro Señor Jesucristo, quien glorificó a su Padre en su obediencia radical. Como iglesia de Jesucristo hemos de vivir en esta misma dimensión, trabajando por la obra misionera con el propósito que el nombre de Dios sea glorificado. Nuestra obediencia le glorifica.

Imaginemos el gozo de nuestro Señor al escuchar los cantos de alabanza a su gloria entonados en diversas lenguas. Y más aún si esos cantos se confunden con los himnos que ha de constituir las vidas de los pueblos alcanzados por la obra misionera del pueblo de Dios. ¡Cómo debemos cuidar esta perspectiva integral al momento de involucrarnos en la obra de extensión del reino de Dios en el mundo! No es posible soslayar el hecho de que la labor misionera de la iglesia incluye la transformación de las sociedades en que se proclama el mensaje de reconciliación. Por ello se atienden las formas de relación humana y la familia.

La novedad de la misión cristiana

Cuando señalamos la novedad de nuestra misión cristiana, lo hacemos no como un prurito de modernidad, sino que atendemos a la Palabra de nuestro Señor, quien se refirió a su ministerio como vino nuevo y remiendo nuevo. Su palabra evangelística fue anuncio de perdón, amor y gracia para toda la humanidad. Su vida, su ministerio, fueron testimonio real de su proclamación. La obra de Jesús fue la renovación del hombre por obra del Espíritu, fue, y sigue siendo, transformación de la comunidad humana realizada por el poder del amor sacrificial y redentor de nuestro Señor. Su diferencia con el judaísmo es que no era labor de proselitismo, con el fin de aumentar el número de seguidores; por el contrario, fue un anuncio gozoso de la esperanza que Dios es para la

humanidad. Ha de ser esta palabra de esperanza la que se encarna en cada cultura, en cada lengua y en todo el mosaico humano que conforma la totalidad del mundo.

Nuestro compromiso de oración está sustentado en el ejemplo que recibimos de nuestro Señor Jesucristo. Su ruego sacerdotal fue por los que habían de creer y, a su vez, por el testimonio al mundo que significaría la unidad en amor de su pueblo.

El llamamiento que la iglesia hace al mundo para confesar a Jesucristo como Señor, le compromete a asumir primeramente ese llamamiento, porque el anuncio evangélico se ha de encarnar en la forma de vivir de la iglesia, en sus relaciones internas, en su espíritu misionero y en su servicio a la comunidad. La predicación misionera no sólo es palabra que se anuncia, sino que es mensaje que se encarna y se comparte al calor de la fe, la alabanza y la exaltación de la gloria de Dios.

Restan catorce años para llegar al año 2000, al final de nuestro siglo y el alumbramiento de una nueva era para la humanidad. Estos últimos años el Señor ha querido poner en el corazón de su pueblo un reto misionero que se traduce en la siembra de las iglesias locales, espacios del reino en los que la Palabra y el Espíritu marcan los rumbos de la novedad de la vida. Es novedad que la iglesia está llamada a vivir en cada relación que sustenta, en cada esfuerzo que realiza, en cada extensión que sustenta, en cada esfuerzo que realiza, en cada extensión misionera que impulsa. El compromiso personal es que cada uno de nosotros sea evangelizador y que cada uno de nuestros hogares sea usado por el Señor como un centro misionero. Los desafíos para que nuestras familias se estructuren alrededor de estas metas son claros, porque demandan de cada hogar una vida disciplinada en la Palabra, en la oración, en el compañerismo, en el testimonio. Sólo profundizando nuestra fe, creciendo en profundidad podremos ser siervos útiles en el Reino de nuestro Dios. ¿De qué manera responderemos al reto misionero que el Señor ha puesto en nuestro corazón? La mies es mucha y los obreros pocos. Los campos ya están blancos para la siega.

Levantemos nuestros ojos y pongamos la mano en el arado sin volver atrás. Amén

Domingo 23 de marzo de 1986

EN MEDIO DE LA MUERTE

Mateo 9:18-26

¹⁸ Mientras él les decía esto, un dirigente judío llegó, se arrodilló delante de él y le dijo: —Mi hija acaba de morir. Pero ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá. ¹⁹ Jesús se levantó y fue con él, acompañado de sus discípulos. ²⁰ En esto, una mujer que hacía doce años padecía de hemorragias se le acercó por detrás y le tocó el borde del manto. ²¹ Pensaba: «Si al menos logro tocar su manto, quedaré *sana.» ²² Jesús se dio vuelta, la vio y le dijo: —¡Ánimo, hija! Tu fe te ha sanado. Y la mujer quedó sana en aquel momento.

²³ Cuando Jesús entró en la casa del dirigente y vio a los flautistas y el alboroto de la gente, ²⁴ les dijo: —Váyanse. La niña no está muerta sino dormida. Entonces empezaron a burlarse de él. ²⁵ Pero cuando se les hizo salir, entró él, tomó de la mano a la niña, y ésta se levantó. ²⁶ La noticia se divulgó por toda aquella región. Mateo 9:18-26 NVI

VEO CABALGAR SOBRE EL MUNDO LOS CINCO JINETES DEL APOCALIPSIS ha dicho Billy Graham, el famoso evangelista de masas. Los acontecimientos de estas semanas en el ámbito internacional parecen confirmar esta advertencia. Los enfrentamientos en el Golfo de Sidra entre los Estados Unidos y Libia, que han puesto a los países de la OTAN en alerta azul, y los constantes enfrentamientos en la frontera de Honduras y Nicaragua, han de mantenernos en permanente oración, pues los pronósticos sobre el futuro de la paz universal no son alentadores.

Jesús hizo presencia en medio de la realidad de la muerte. Jairo, un principal de la sinagoga, va en su busca, su hija acaba de morir. En camino al hogar de este hombre, es acosado por una mujer de larga enfermedad. La realidad de la muerte y una enfermedad lastimera son realidades que demandan la acción del hijo de Dios.

Enfermedad y muerte

El desgaste anímico conduce a la desesperanza. ¿Quiénes creen aún en la posibilidad de un acuerdo de paz entre las naciones del mundo? La permanente angustia de vivir con la posibilidad de un holocausto nuclear conduce a la desesperanza o el cinismo. Algo similar sucede en la vida personal. Sufrir una larga agonía, un problemática sostenida por largos años y más aún, cuando una enfermedad del alma o del cuerpo se acompaña de una marginalidad humana, la consecuencia es una depresión de tumba o un cinismo ofensivo. Lo cierto es que el corazón humano se endurece hasta perder la noción de lo que es bueno o sano.

No obstante, una larga enfermedad no puede compararse con la presencia de la muerte en un hogar. (Porque si hablamos de cristianos enfermos, lo hacemos con dolor pastoral, pero si atendemos la realidad de la muerte espiritual, lo hacemos con vocación redentora). Decíamos ya que no podemos comparar el sufrimiento de una larga

enfermedad a la conciencia de compartir la vida con un muerto. Porque si una larga enfermedad puede conducirnos a la desesperanza o al cinismo, la miseria espiritual de un muerto en vida es razón de incredulidad.

¿Hay conciencia de esa realidad? ¿Nos hemos percatado de la situación en que se vive? Porque ¡que mayor peligro que el no percatarse de la enfermedad o de la muerte! Si la realidad de la guerra despierta conciencias y moviliza fuerzas de paz, qué decir de la inminencia de la muerte espiritual o de la desesperanza del corazón. Hay que movilizar todas las fuerzas de que somos capaces a fin de dar una palabra pastoral o un testimonio redentor.

Hay que acercarse a Jesús.

Jairo tuvo que vencer sus prejuicios religiosos, la mujer enferma de flujo de sangre, el temor de ser descubierta y avergonzada. ¿Tu, que tienes que vencer para acercarte a Jesús?

Jairo era un hombre principal en la sinagoga, estaba profundamente comprometido con la fe de sus padres, su propia fe. Seguramente había buscado hasta el último recurso para sanar a su hija antes que recurrir a Jesús. Sin embargo, su amor de padre lo lleva a buscar a este predicador itinerante para solicitarle su presencia en el hogar. Supo vencer sus prejuicios religiosos orillado por su dolor paternal.

La mujer enferma de flujo de sangre había sufrido por muchos años la enfermedad. Había recurrido a toda solución posible. Su enfermedad y su impureza religiosa persistían. Sola, andaba los caminos con la carga de su enfermedad y su impureza. Esta mujer vence la desesperanza y se arriesga a tocar el manto de Jesús. No la detiene el hecho de que al tocar el manto del Maestro su impureza le contamine. Necesita de su poder y da el paso necesario. Creyó y de Jesús salió un poder sanador que curó su enfermedad.

Acercarse a Jesús entraña sostener luchas en el propio corazón. Motivos religiosos, enfermedades del alma, desesperanza por una larga enfermedad, incredulidad por la realidad de la muerte. Cualquiera que sea la circunstancia, hay que acercarse a Jesús porque él no se resiste a ser bendición a cualquiera que le busca.

Vida y salud

¿De qué manera reacciona Jesús ante la enfermedad y ante la muerte? Su vocación mesiánica que ha sido confirmada en su lectura de Isaías en la sinagoga, entraña salud y liberación. El poder que actúa en la vida de la mujer enferma de flujo de sangre y en la hija de Jairo, es testimonio de su vocación y de su misión en medio del mundo, del hombre, de la historia.

El poder de Jesús es poder que infunde vida, a pesar de la burla de las plañideras: el poder de Jesús es poder que restaura a una mujer destruida, y levanta de entre los muertos a una joven en la flor de la vida. Se da generosamente a quien lo necesita. No

hay resistencia ni por motivos religiosos ni por motivos de impureza. Cualquiera que sea el camino que los hombres toman para buscar a Jesús, encuentra en él respuesta solidaria.

“Fe, la victoria es”

Así reza el título de un himno de nuestro himnario bautista y es verdad que sobresale al considerar la conducta de Jairo y de la mujer enferma de flujo de sangre, la fe que vence los prejuicios religiosos, la fe que vence una larga y desesperante enfermedad, la fe que vence la impureza espiritual y la muerte de una joven amada. Acercarse a Jesús en fe es apurar el trago de la vida en medio de la muerte, es restaurar el corazón en medio de la angustia y la miseria espiritual. En todo momento, en cada caso, la acción de Jesús es acción restauradora, que infunde esperanza, de salud, levanta del sepulcro.

Si nuestra vida ha sido dañada por una larga enfermedad, de tal manera que el corazón a perdido la esperanza de salud, si a la enfermedad le ha seguido un cinismo total que pecamos con descaro y sin discernir lo bueno de lo malo, ¿como necesitamos abrir nuestro corazón al don de la fe para acercarnos a Jesús! ¿Estaremos hoy dispuestos a buscar la acción redentora de nuestro Señor en nuestra propia historia?

Si en el mundo hay signos de muerte, si en tu propia vida la desesperanza ha determinado tu conciencia, hoy más que nunca debemos movilizar todas nuestras fuerzas espirituales, y actuar en la dimensión del Cristo resucitado, que ha vencido la muerte con poder para darnos vida en él. Amén.

Domingo de resurrección

30 de Marzo de 1986

DESATA

Mateo 9:32-34

³²Mientras ellos salían, le llevaron un mudo endemoniado. ³³Así que Jesús expulsó al demonio, y el que había estado mudo habló. La multitud se maravillaba y decía: «Jamás se ha visto nada igual en Israel.»

³⁴Pero los fariseos afirmaban: «Éste expulsa a los demonios por medio del príncipe de los demonios.» Mateo 9:32-34

“En aquel tiempo los sordos la palabra del libro, y los ojos de los ciegos verán en medio de la oscuridad y de las tinieblas”. Isaías 29:18

LA ACCION EVANGELIZADORA es fruto espiritual que nace de una vida congregacional sustentada en la Palabra, la oración, la comunión fraternal y el testimonio. La gracia de Dios operó el milagro de desatar la boca del sordomudo, pero no podemos pasar por alto el hecho de que fue un milagro sustentado en la piedad personal de Jesús: su cultivo permanente en la Palabra, sus largas vigiliias de oración, la comunión que compartió con sus discípulos y el testimonio que era su vida, su palabra e incluso su silencio.

Una opresión angustiante

¿Cómo pedir auxilio si se carece de voz? ¿Cómo percatarse de que la ayuda está próxima si se carece de oído? Tal es la condición del sordomudo, vive ajeno a la realidad que le rodea, con la angustia de quien no puede expresarse.

La acción evangelizadora que pasa por alto las necesidades del hombre se convierte en una labor de proselitismo. El modelo que nos mostró nuestro Señor Jesucristo, norma de su iglesia, atendió a las necesidades reales de cada uno. No pasa por alto la opresión angustiante en que el hombre ha caído por la fuerza del pecado que opera en su interior.

El evangelio es un milagro. Es buena noticia para quienes no pueden andar, no pueden ver, no pueden oír, no pueden hablar.

Es el contenido del ministerio que la iglesia vive como una acción evangelizadora permanente, que no puede limitarse a acciones aisladas y esporádicas. Es fruto que se da en el vivir cotidiano del pueblo de Dios. La acción evangelizadora de nuestro Señor Jesucristo se antecedió por la observación de una necesidad, por ello fue oportuna y pertinente. La vida de oración, meditación en la Palabra, comunión fraternal de nuestro Señor Jesucristo le mantenía listo para servir en el momento necesario.

Conciencia espiritual

La humanidad se ha hecho sensible a la urgencia de luchar en contra de la opresión. Las revoluciones pretenden liberar de la opresión política o social, las luchas por la igualdad pretenden afirmar la dignidad de mujeres, niños y marginados. Es conciencia que aplaudimos porque está acorde con la voluntad de Dios. ¿Qué decir de la conciencia espiritual de la iglesia que observa la realidad contemporánea de la opresión espiritual? Es conciencia que surge del amor redentor de Dios y que nos constriñe a estar listos para servir en cualquier momento. Hudson Taylor, misionero a la China, sintió en su corazón el peso de doce millones de chinos que morían anualmente sin haber escuchado el mensaje liberador del Señor. Su conciencia espiritual lo movió a orar para ser enviado a esa nación y a prepararse para cumplir cabalmente con su ministerio. Aprendió el idioma de forma autodidacta, estudio griego y hebrero, limitó su alimentación, aprendió a vivir por fe y preparó su cuerpo para tiempos difíciles. Esta preparación, a su tiempo, le permitió fructificar.

Permanecer en Cristo crea conciencia espiritual en la iglesia. Capacidad para detectar la miseria en la que vive la ciudad. Más aún, hay que percatarse de la trascendencia del evangelio para satisfacer esta necesidad.

Permanecer en Cristo es despojar la vida de todo egoísmo, asumiendo personalmente el llamado del Señor: niéguese a sí mismo. Sólo vivir de manera permanente en Jesucristo nos capacita para gastarnos en el ministerio de evangelización, de liberación. Hay que tomar la cruz cada día y seguir al Señor.

Permanecer en Cristo es ejercitarse en las disciplinas del discípulo: leer, meditar y aplicar cotidianamente la Palabra, orar con fe de manera personal y comunitaria, vivir en comunión fraternal, sobrellevando las cargas los unos de los otros, y testificando de los hechos portentosos de Dios de palabra y de obra. Estas disciplinas nos capacitan a fin de estar preparados para toda buena obra, como obreros que no tienen de que avergonzarse.

Presencia liberadora

Dios en Cristo Jesús, el Hijo, es presencia liberadora. De la misma forma, presencia de Dios Espíritu Santo en el corazón y la vida de los apóstoles les hizo instrumentos de liberación, y la presencia de la Palabra y el Espíritu en la iglesia primitiva fue razón de su crecimiento vertiginoso y obra de evangelización y misiones. ¿Cuál es la trascendencia de la presencia del Espíritu y la Palabra en las iglesias de hoy? Nadie puede decir que no se percata de la miseria espiritual en que vive el mundo.

La debilidad espiritual de la iglesia es fruto de una pobre vida de oración, el desconocimiento de la Palabra, el descuido del compañerismo fraternal. Vivir en tal debilidad es pecado del que se habrá de dar cuenta ante Dios, como el atalaya que no advierte del peligro a su ciudad. El discípulo de Cristo ha de abreviar diariamente en la Palabra de Dios y ser lleno del Espíritu cada día. Sólo así puede ser útil en el reino del Padre. Reino que se extiende a través de hombres y mujeres dispuestos a negarse y a seguir a Jesús.

¿Quién lleva en su corazón la carga de los 16 millones de sordos, mudo, ciegos o cojos que habitan en esta ciudad? Como asociación nos hemos puesto la meta de alcanzar en 5 años 50,000 profesiones de fe. A algunos les parece una meta desafiante, a otro inalcanzable, y sin embargo, tan solo en nuestra ciudad vivimos con 16 millones de personas que no oyen la Palabra, que no conocen de Cristo, que no pueden comunicarse con su prójimo ni con Dios.

Hay que reiterarlo, la obra de Dios demanda de hombres y mujeres que renunciando a su egoísmo, se deciden a tomar la cruz y seguir a su Señor. Un seguimiento firme, que no se permite el volver la vista atrás, sino que se conduce como quien pone los ojos en el Autor y Consumador de la fe.

¿Cómo desconocer que nuestro Señor Jesucristo necesitó nutrirse en la Palabra, en la oración y en la comunión, para cumplir eficazmente su ministerio? ¿Cómo olvidar que la importancia de los discípulos para echar a los demonios y sanar a los enfermos hizo exclamar a nuestro Señor sobre la necesidad del ayuno y la oración? ¿Cómo ignorar que la Palabra es la espada del Espíritu que despierta la fe? Hay que orar y no hay que dejar de proclamar. Sin eludir la cuota personal de negación, renuencia y sacrificio personal que el Señor está demandando de esta generación. Dios quiere usarnos en el proclamación de su Reino, un Reino que es realidad de esperanza para los ciegos, los mudos y los sordos. Para Isaías fue palabra profética, para nosotros es realidad que vivir. ¿Estás dispuesto a sumarte a esta vocación?

Domingo 13 de abril de 1986

COMPASIVO

Mateo 9:35

³⁵ Jesús recorría todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas, anunciando las buenas *nuevas del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia. Mateo 9:35 NVI

ENSEÑAR, PROCLAMAR Y SANAR constituyen tres facetas del ministerio cristiano.

¿Qué otra labor puede compararse a la sublime bendición de ser partícipe de la obra de Dios en el mundo? Jesús vivió inagotable su ministerio, recorrió todas las aldeas y se ocupó de instruir y curar a quienes le seguían. Mateo subraya su entera consagración. No permite que nada le distraiga, su entrega es total. Enseña en la sinagoga, proclama en lugares públicos, atiende a todo necesitado.

Los últimos versículos del capítulo 9 preparan al lector del Evangelio para relacionar el ministerio de Jesús con el de sus discípulos y, en consecuencia, con el de la iglesia. El ministerio del pueblo de Dios se guía por tres principios básicos: la educación, la predicación y la cura de almas.

El ministerio

El Apóstol Pablo, orientando a la iglesia de Corinto sobre el servicio cristiano, escribe: “Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen y bendecimos; padecemos persecución y lo soportamos. Nos difaman y rogamos; hemos venido a ser ahora como la escoria del mundo y el desecho de todos”. (1 Corintios 4:11-13). Una vocación probada en el sufrimiento, un corazón abierto, dispuesto a la entrega total por su vocación, por el Dios que le llamó.

Jesús cumplió su vocación. Nada lo detuvo. Pablo enfrentó todo dolor para ser fiel a quien le llamó. ¿Cuál es la medida de nuestra consagración? Al hablar del ministerio cristiano lo hacemos señalando que es asunto vital, no puede confundirse con un oficio o una labor esporádica. Demanda la consagración de todo tú ser: espíritu, alma, cuerpo. Jesús vivió para ejercer su ministerio, para cumplir la voluntad de su Padre; Pablo consideró su misión como la razón de su vida. ¿Para que vivimos nosotros hoy?

La enseñanza

Enseñar la Palabra es el ministerio de la iglesia.

El padre judío se sabía responsable de educar a sus hijos en el temor de Dios, de enseñarles la ley. El hogar es un espacio para la palabra, para ser instruidos en el consejo de Dios. Hay hogares que se diseñan para vivir confortablemente, otros para ser lugares de trabajo, otros más para ser centro de reuniones familiares, ¿Para qué se diseñan los hogares cristianos.

Los apóstoles recibieron la comisión de hacer discípulos y enseñarles que guarden todas las cosas. En el discipulado hay enseñanza para la vida, a fin de que la Palabra trascienda en las relaciones con Dios, con el prójimo y con uno mismo.

Si el Antiguo Testamento subraya que el padre es responsable de enseñar la Palabra, el Nuevo Testamento no le exime, pero subraya que es labor de discipulado. La buena nueva de Dios, es el criterio de lectura, meditación, interpretación, enseñanza y aplicación, porque Jesucristo es la buena nueva de Dios para el mundo. La Palabra ha de leerse, meditarse, interpretarse, enseñarse y aplicarse en el espíritu de Jesucristo. Es la Palabra que actúa en el corazón del hombre y en el mundo, su actualización es de trascendencia espiritual para toda la creación.

En tiempos de crisis espiritual, cuando la humanidad ve transformarse los valores y las normas de convivencia, cuando las pautas de conducta se modifican, hay que sujetarse a la roca firme que es la Palabra. Hay que enseñarles a los hijos, a los hermanos y a los padres; a los niños, a los adolescentes, a los jóvenes, a los adultos, a los ancianos. Toda lengua ha de confesar el Señorío de Cristo, para que Dios sea glorificado.

La proclamación

El Espíritu Santo obra en el corazón del profeta Isaías y le permite vislumbrar el cumplimiento de los tiempos de esperanza, cuando el Señor dará salvación a Israel. Su anuncio entraña que el día de Jehová tendrá cumplimiento y que será año de la buena voluntad de Jehová.

Es la promesa que está en el anuncio de Jesús. El evangelio del Reino es el principio del día de Jehová. La buena voluntad de Dios se ha cumplido en Jesucristo. Su predicación es una invitación para que los cansados confíen en Dios y alcancen salvación, libertad, y perdón. Es el mismo anuncio de la iglesia de Cristo. Oficio particular del pastor y del profeta, responsabilidad compartida de todos los discípulos, ya que el Señor nos envió a todo el mundo y a toda criatura (cf. Marcos 16:15). ¡Hay que anunciar la buena noticia de lo que Dios ha hecho en Jesucristo;

¿Por qué la iglesia ha sido enviada a proclamar la Palabra? Porque es la Palabra de Dios la que despierta la fe en el corazón del hombre, sólo ella penetra el corazón, alumbra el sendero de la vida, da salud. Por ello, hay que predicar la palabra, hay que proclamar la buena nueva de Dios y hacerlo sostenidos por el Espíritu.

Dios ha querido poner en nuestras manos este glorioso ministerio de la proclamación.

Cura de almas

Nuestro Señor Jesucristo fue sensible a las necesidades de los hombres. Lo ha sido a las nuestras. Vivió entre los marginados y atendió sus dolencias. Sus milagros fueron testimonio de que el tiempo de Dios había llegado, pero además fueron respuesta

de amor y de solidaridad a los enfermos. Así lo subraya el evangelista Mateo: “sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo”.

La cura de almas es atención integral a las necesidades del hombre. Es vocación divina a la iglesia, no puede ser relegada. Es dimensión pastoral que responde a la orden del Señor: a toda criatura. Es ministerio que demanda oración y llenura del Espíritu.

La enseñanza, la predicación y la cura de almas se realizan como fruto de una permanente y profunda comunión con Dios, de un sometimiento de la voluntad humana a la voluntad de Dios. Sin olvidar el compromiso moral de limpiar la vida del discípulo de todo rasgo de egoísmo o desidia. El ministerio demanda un carácter espiritual integro, equilibrado y pleno.

El Señor nos ha llamado a sembrar iglesias, esta labor se sustenta en la enseñanza de la Palabra, la proclamación del Evangelio del Reino y la cura de almas. Sin educación cristiana, sin predicación y sin atención pastoral estaríamos bordando en el vacío, desobedeciendo la orden del Señor. ¡Hay que enseñar, hay que proclamar y hay que sanar!

Domingo 20 de abril de 1986

VISION PASTORAL

Mateo 9:36 NVI

³⁶ Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor. Mateo 9:36 NVI

LA ACCION MISIONERA de nuestro Señor Jesucristo no pasa por alto su visión pastoral. Jesús mira, siente, define, causa y ubica. El equilibrio entre el ejercicio de su autoridad y la perspectiva del Reino se lo da su corazón pastoral. No es posible mantener una visión pastoral si se carece de un corazón pastoral.

Hay que mirar

Un rostro, una actitud, una acción, son de gran significado para Jesús. El observa nuestro corazón como expresión de identidad y de carácter. Mira y sabe quiénes somos, como somos. Pero Jesús no solo observa individuos, también contempla familias, comportamientos, relaciones, normas, valores. Y aún más, observa a su pueblo, a la comunidad que ha sido llamada a someterse a su señorío, a su amor, a su voluntad. Observa el quehacer de su pueblo, sus relaciones, sus actitudes.

¿Qué entraña para la labor pastoral y misionera de la iglesia tener conciencia de la mirada de Jesús? El Jesús histórico observó al pueblo de Israel vivir en sus aldeas, en sus ciudades, ocuparse de sus quehaceres. El Jesús resucitado nos observa a la diestra de su Padre y desde lo profundo de nuestro propio corazón, en el que habita por la fe a través del Espíritu Santo. Podemos imaginar la visión que tuvo Jesús: una Jerusalén religiosa y activa. Vio a las mujeres, a los niños, a los varones, a los ancianos. Su mirada es la mirada del hombre y es la mirada del Mesías, del Cordero Pascual.

Así como Jesús pasó la mirada sobre su pueblo, hemos sido llamados a pasar nuestra mirada sobre nosotros mismos: "el que éste firme, mire, no caiga", observar al mundo natural: "mira a la hormiga oh perezoso y se sabio"; mirar a nuestro hermano, mirar a Dios, mirar la tierra: mirar los campos que ya están blancos para la siega.

Hay que sentir

Pablo habla de un peso de gloria que hay en su corazón; Jesús, afirma el Evangelio, siente compasión. En Jesús, la mirada de Dios, es mirada compasiva. No hay ira en su corazón.

Una iglesia misionera, con visión pastoral, se cultiva en la vivencia de un corazón compasivo. El autor de la Carta a los hebreos nos enseña que nuestro Señor sintió compasión de su pueblo y de nosotros hoy, no sólo porque su corazón estaba sintonizado con el corazón de Dios, sino también porque fue tentado en todo y se compadece de nuestras debilidades.

Sufrir la tiranía del pecado, vivir en la miseria de un corazón que se obstina en desobedecer a Dios, ha sido dolor pasado que nos permite sentir compasión por aquellos que hoy sufren las mismas penalidades. Sentir con el corazón de Dios es asumir sus sentimientos de Padre, hacerlo en el espíritu de Jesucristo que es solidario en las tentaciones y debilidades, hacerlo en el Espíritu Santo es asumirlo como Consolador. La visión pastoral de una iglesia misionera se sustenta en un corazón compasivo en la perspectiva de la plenitud de la deidad.

Hay que conocer las causas

La visión pastoral de la iglesia se da en el discernimiento espiritual de quien puede identificar causas, no solo resultados. Toda conducta obedece a causas. Actuar pastoralmente o con un propósito misionero no puede pasar por alto esta enseñanza del Evangelio. Jesús sabe que su pueblo vive desorientado, desamparado, disperso. ¿Carencia de pastor? No, obstinación para tomar cada quien su propio camino. Isaías lo afirma claramente: “cada quien se apartó por su camino”.

La carencia de visión y de ejercicio pastoral es de graves consecuencias. Ejercer el oficio, sin un corazón pastoral es insensatez temeraria. No hay que soslayar el elemento crítico de la palabra de Jesús sobre los miles de sacerdotes judíos que habitaban en Jerusalén. Abundaban en Israel sacerdotes que oficiaran en el templo. Además los grupos religiosos incluían escribas, fariseos, saduceos, etc. Pero Jesús afirma que Israel vaga como ovejas que no tiene pastor, sin amparo y sin cuidado. ¿Cuál es el significado de esta palabra para la misión de la iglesia? La palabra identifica dos causas. En la visión de Isaías, las ovejas son rebeldes a la voz pastoral. En la visión de Zacarías se trata de una crisis en la misión pastoral (cf. Zacarías 10:2)

La acción misionera se realiza de corazón a corazón. Somos mensajeros del Dios de toda misericordia. Su corazón es compasivo ante el sinsentido de la vida del hombre, ante el desamparo en que vive, ya por su obstinación en pecar o por carencia de pastor que les oriente.

Ser consciente de la mirada de Jesús entraña meditar en la vida de la iglesia. ¿Desorientación o amparo? Descansemos en su actitud de misericordia y compasión.

Hay que ubicarse

Hay que ubicarse en la vocación que Dios le ha dado a su pueblo. Hay que vivir de acuerdo a sus propósitos eternos. Al sembrar iglesias, respondiendo a una clara visión de extensión misionera, hay que mirar, sentir y cultivar. El amparo de Dios se da en el amparo pastoral. Hay que cultivar un corazón que sabe acudir al consuelo divino.

El propósito de la acción pastoral es congregar al pueblo en torno a la vocación de Dios, con un objetivo, con metas compartidas, en un mismo sentir. La armonía de propósito y de espíritu no puede ser soslayada como labor pastoral. Es perspectiva de unificación, de orientación y de reconciliación.

No hay que olvidar que carecer de orientación pastoral es de trascendencia. El pueblo se desubica, pierde su conciencia de cuerpo, cada quien toma por su propio camino. Extender nuestra labor misionera, en un espíritu de pastoral congregacional, nos compromete a mantener esta expectativa. Hay que integrarnos de manera fervorosa y comprometida, sabiendo que somos responsables ante el Padre que nos ha llamado a la obediencia.

Marcos, en el mensaje paralelo, subraya que Jesús después de observar la condición de Israel, comenzó a enseñarle al pueblo. Su visión le movió a la acción. Acción pastoral que tenía en el centro la Palabra. Por ello, hay que leer y meditar la Escritura, aplicarla con temor de Dios y desarrollarse en el ministerio de la predicación y la enseñanza.

Sembrar iglesias es amar compasivamente e instruir en la Palabra. Porque hay promesa de que la Palabra no vuelve vacía. Sembrar iglesias es comprometerse en el discipulado. Este es motivo de oración en el que hemos de ejercitarnos. Amén.

Domingo 27 de abril de 1986

¡A COSECHAR!

Mateo 9:37,38

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de que avergonzarse”. 2 Timoteo 2:15

³⁷ «La cosecha es abundante, pero son pocos los obreros —les dijo a sus discípulos—.

³⁸ Pídanle, por tanto, al Señor de la cosecha que envíe obreros a su campo.» Mateo 9:37,38 NVI

LA CONCIENCIA DE JESUS le sensibiliza, es don para entender las necesidades de Israel. Jesús conocía a su pueblo, al enseñarles, al predicarles, al sanarles, observa el por qué y él para qué de su vida. Al terminar este pasaje, Mateo subraya no solo la conciencia de Jesús, también su visión: hacen falta obreros.

Jesús es consciente del mundo que le rodea, de la hora en que vive, de su ministerio y de la colaboración que necesita de sus discípulos.

Entender el discipulado con visión misionera es comprometerse a permanecer en la oración a fin de cumplir como iglesia un ministerio de intercesión.

Permanecer en Cristo es participar de su conciencia y de su vocación. El nos indicó que debemos orar por obreros, y, a su vez, nos dijo que si permanecemos en su palabra, al orar recibiremos nuestras peticiones.

Conciencia del mundo

¿Cómo entender el mundo si no permitimos el señorío de Dios sobre él? ¿Cómo entender el orden natural sin afirmar nuestra fe en el Dios Creador? ¿Como comprender la historia humana si no lo hacemos desde el Dios de la historia? Aún más, no podríamos discernir interrelaciones si no partimos del hecho de que Dios tiene un propósito para todo lo que existe y que en ese propósito estamos involucrados nosotros.

Jesús miro, sintió y vivió la creación. Su perspectiva fue una visión de fe, porque asumió la revelación de Dios, considerando al mundo como una mies, un campo listo para ser cosechado. La mies significa que el mundo está listo para el juicio, es la última hora. Jesús advirtió que las condiciones están maduras para que el fruto sea levantado. Su mentalidad campesina nos comunica una visión, una comprensión espiritual del mundo.

En los versos anteriores Mateo recoge la observación que Jesús hace a Israel, vagan como ovejas que no tiene pastor, dispersas y desorientadas. Aunque hay compasión en su actitud, también hay conciencia de que el tiempo de orientar todas las cosas a Dios ha llegado.

Conciencia de la hora

Los judíos vivían en espera de que llegase la hora final, la reivindicación del pueblo de Dios. Jesús es consciente de que esa hora ha llegado. El Dios de Israel cumple sus promesas en el Hijo, a quien hizo Señor y Cristo y en quien ha inaugurado el reino de paz y justicia. Los judíos no pudieron verlo así y le desearon.

Jesús sabe que la hora es de juicio. La Palabra que proclama juzga al mundo. Su poder le lleva hasta lo profundo del corazón humano, dando luz a sus pensamientos y a los propósitos del corazón. Jesús afirma que ha venido a meter espada, la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios.

Jesús sabe que la hora es de arrepentimiento. El juicio de Dios es llamado al arrepentimiento, Jesús afirma “arrepentíos porque el reino de los cielos se ha acercado”.

Saber que la hora final ha llegado es percatarse de que la llamada de Dios es para arrepentimiento. La voz del pastor congrega a las ovejas en el torno a él, las orienta y las conduce a pastos verdes. La voz del pastor llama al pueblo extraviado a un arrepentimiento genuino. El juicio de Dios define la realidad del hombre: “todos hemos pecado” y la proclamación de la iglesia: “arrepentíos”.

Conciencia del ministerio

¿Cómo vencer la frustración que provoca una visión de miseria y desorientación en el pueblo de Dios? ¿Cómo superar la depresión de un corazón sensible a la realidad espiritual de la creación? Siendo consientes de la misión que hemos recibido de parte del Señor. Jesús conocía su vocación, se sabía llamado a proclamar el evangelio del reino, a enseñar la Palabra y a sanar a todo enfermo. Mateo escribe que Jesús gastaba su vida en la proclamación, la enseñanza y la acción pastoral. Hay quienes son consientes de las necesidades del mundo, de la hora crítica en que se vive, pero no son consientes del rol que les toca jugar, de la vocación que deben asumir. La gran comisión es una encomienda para la iglesia de Jesucristo, ella constituye un pueblo de sacerdotes.

La responsabilidad misionera de la iglesia se inicia en la disciplina de la oración. Nuestra conciencia espiritual es impulso para obedecer al Señor: rogad. Jesús no impulsa a la actividad desenfrenada, sino al recogimiento espiritual de la oración. En esa intimidad Dios se encarga de poner pesos en el corazón de su iglesia.

Conciencia de vocación

Un discípulo conoce su responsabilidad ante el maestro, su vocación es ser formado: un obrero es llamado a cumplir una labor, una tarea definida. A la par que instruirles sobre su responsabilidad de orar, Jesús comparte con sus discípulos una carga espiritual: hace falta obreros. La cosecha ya está lista para ser levantada.

Una iglesia misionera vive con la conciencia de que el discipulado entraña ser definido como obrero en la viña de Dios que es el mundo. No se puede ser discípulo sin ser obrero y no se puede ser obrero sin ser discípulo. El servicio entraña palabra, oración,

compañerismo y testimonio y estas disciplinas desembocan inevitablemente en el servicio.

Jesús nos enseña que ni la oración ni el trabajo de la iglesia son en vano. El Señor ha querido usar a hombres para levantar la cosecha. Somos colaboradores de Dios en la llamada al mundo para que se arrepienta de sus pecados y crea en el Nombre que es sobre todo nombre.

El mundo y el hombre han sido juzgados en la cruz del Calvario. La condena de Jesús fue la condena de toda la humanidad, su sacrificio fue expiación por todos los pecados. La iglesia proclama esta verdad y comparte la buena nueva de salvación en el Cristo resucitado.

Tener conciencia de esta vocación, de la llamada y envío de Jesús a cosechar, es vivir con la dignidad de quien se sabe un obrero del reino. La vergüenza del obrero es no haber cumplido con la misión que se le ha encomendado o haberlo hecho mal. Nuestro Señor nos ha dado ejemplo de entrega, sacrificio y responsabilidad. ¿Estaremos a la altura de nuestro llamamiento en esta encrucijada de la historia?

Domingo 4 de mayo de 1986

LA MISION CRISTIANA HOY

Mateo 10:1-4

“10 Reunió a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar a los *espíritus malignos y sanar toda enfermedad y toda dolencia.² Éstos son los nombres de los doce apóstoles: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Jacobo y su hermano Juan, hijos de Zebedeo; ³Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el recaudador de impuestos; Jacobo, hijo de Alfeo, y Tadeo; ⁴Simón el Zelote y Judas Iscariote, el que lo traicionó.” Mateo 10:1-4 NVI

LA VOCACION APOSTOLICA DE LA IGLESIA es universal. Constituye el corazón de la misión cristiana en el mundo contemporáneo. Es encomienda recibida del Señor Jesucristo. Así se los indicó a los doce discípulos. La narración del evangelista Mateo subraya claramente el paso del discipulado al apostolado, del aprendizaje al quehacer misionero.

Del discipulado al apostolado

El discipulado es obediencia: “enseñales a obedecer todo lo que les mando a ustedes” “(Mateo 28:20 VP). Es obediencia a la Palabra y obediencia al Espíritu. La palabra es la norma de nuestra fe y práctica, el Espíritu es quien constriñe nuestro corazón, nos da conciencia espiritual para actuar como Dios quiere. La obediencia surge del reconocimiento a una autoridad que tiene sobre su iglesia. Enseñar esta sujeción es vocación apostólica: que la Palabra de Dios norme los lenguajes del mundo con un espíritu redentor y que el Espíritu regenere todo cuanto existe, realizando la gestación de una nueva humanidad. Porque no es autoridad terrenal que sojuzga y oprime, sino autoridad divina que restaura.

¿Cómo se enseña a obedecer al Espíritu? Viviendo sujetos a su autoridad. ¿Cómo se enseña a obedecer a la Palabra? Asumiéndola como la norma de vida de la iglesia. Es aprendizaje que no sólo apunta a la comprensión de una enseñanza, sino a la formación de una vida, de una nueva humanidad. La vocación apostólica de la iglesia se cumple en la medida en que se aprehende la Palabra y el Espíritu. Una iglesia con espíritu, vocación y ministerio apostólico vive en obediencia radical, en renuncia permanente: renueva su mente, presenta su cuerpo y controla sus emociones bajo la autoridad de su Señor.

El discipulado nos ha enseñado a preguntarnos por la mayordomía de nuestra mente, de nuestro cuerpo, de nuestras emisiones. El apostolado es ocasión para meditar en estas mismas esferas de nuestra vida como iglesia.

Jesús llama

Primero nos llama al discipulado, enseguida nos confronta con el apostolado. Su conciencia del mundo, de su vocación y de su pueblo fue razón para que nos instruyera sobre la necesidad de orar y nos desafiara a compartir su visión misionera.

Jesús llama a hombres que renunciando a sí mismos le han seguido. Mateo subraya algunas de sus características singulares, Son hijos, son hermanos. De él mismo recuerda el evangelista su pasado como publicano, cobrador de impuestos. Otros son caracterizados por sus compromisos políticos, el zelote. Mateo los ubica en sus relaciones y en sus compromisos, en sus expectativas y en sus errores. Son plenamente humanos. No obstante, su realidad está constituida no por lo que fueron, sino por lo que son y serán por la gracia de Dios. De pecadores irredentos el Señor los transforma en discípulos para comprometerlos con una vocación apostólica.

Si la misión cristiana en el mundo contemporáneo es también una misión apostólica, se realiza a través de un nuevo pueblo, profundamente humano, con carencias, con defectos, con expectativas, pero todo restaurado por la gracia de Dios en Cristo Jesús. Es Él quien llama al apostolado. Su vocación a extender el reino demanda un espíritu, una mentalidad y un ministerio apostólico.

La autoridad apostólica

La encomienda de Jesús a su iglesia entraña autoridad espiritual. Autoridad que le es concedida por el Señor Jesucristo y realizada en el poder del Espíritu Santo. El quehacer misionero se cumple con siervos que siendo hombres han recibido autoridad de su señor y poder para vencer a las huestes espirituales de maldad que se resisten al propósito de Dios para el mundo.

Subraya que es autoridad espiritual. No es autoridad para gobernar ni para juzgar, ni para dominar a los hombres. Es poder para echar fuera demonios y sanar las dolencias de los hombres. Estas señales han de ser comprendidas y vividas a la luz del reino de Dios, porque es en él que cobran su real significado. No hay que confundir, el Señor no nos llama a ser pitonisos, adivinos o milagreritos, sino a entender su Reino con una clara vocación apostólica que se verifica en la autoridad espiritual de la iglesia de Jesucristo. La visión del reino nos compromete a vivir bajo la soberanía de Dios y orando para que el reino se realice plenamente en el mundo. Esto significa, entre otras cosas, la derrota de las huestes espirituales que sojuzgan a la humanidad.

La autoridad que Cristo ha conferido a su iglesia es responsabilidad para cultivarse en la oración y el ayuno. Porque la autoridad espiritual sostiene la vocación apostólica y la acción pastoral. Subrayémoslo, el apostolado requiere oración y ayuno.

La misión es un quehacer. Es orden de nuestro Señor Jesucristo y es vocación apostólica en la iglesia. Su antecedente se da en el discipulado y su autoridad se sostiene en el poder espiritual.

Resaltemos cinco lecciones básicas:

- 1) El apostolado supone una clara conciencia de las necesidades del mundo.
- 2) El apostolado supone un compromiso de intercesión permanente.
- 3) El apostolado supone responsabilidad en la formación de discípulos
- 4) El apostolado se realiza en el quehacer misionero corroborado en el poder del Espíritu
- 5) El apostolado confirma la necesidad de cultivar la personalidad del discípulo

¿Qué insensatez sería tratar de cumplir nuestra vocación apostólica sin considerar estas cinco lecciones básicas de la Escritura.

Es misión de toda la iglesia

La Palabra de Dios enseña que la misión de la iglesia es universal, su propósito es que toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor. Que este propósito se cumpla es responsabilidad de toda la iglesia. Este es el significado de que los doce discípulos fueran llamados ante la presencia del Señor. En ellos está representado todo el Nuevo Israel.

Como iglesia de Jesucristo hemos sido llamados a confirmar nuestra misión, a verificar la labor del reino, en el sojuzgamiento de los poderes espirituales de maldad. Nuestras iglesias locales, ubicadas en países que sufren de graves carencias y necesidades, también han sido llamadas a ser iglesias apostólicas. Es responsabilidad de todo el pueblo de Dios.

Y que mejor recurso para cumplir este reto que la formación de vidas en el discipulado, porque el apostolado demanda obediencia a la Palabra y al Espíritu, plenitud espiritual. Amén.

Domingo 11 de mayo de 1986

NUESTRA MISION

Mateo 10:5-15

⁵ Jesús envió a estos doce con las siguientes instrucciones: «No vayan entre los gentiles ni entren en ningún pueblo de los samaritanos. ⁶ Vayan más bien a las ovejas descarriadas del pueblo de Israel. ⁷ Dondequiera que vayan, prediquen este mensaje: “El reino de los cielos está cerca.” ⁸ Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, *limpien de su enfermedad a los que tienen *lepra, expulsen a los demonios. Lo que ustedes recibieron gratis, denlo gratuitamente. ⁹ No lleven oro ni plata ni cobre en el cinturón, ¹⁰ ni bolsa para el camino, ni dos mudas de ropa, ni sandalias, ni bastón; porque el trabajador merece que se le dé su sustento.

¹¹ »En cualquier pueblo o aldea donde entren, busquen a alguien que merezca recibirlos, y quédense en su casa hasta que se vayan de ese lugar. ¹² Al entrar, digan: “Paz a esta casa.”

¹³ Si el hogar se lo merece, que la paz de ustedes reine en él; y si no, que la paz se vaya con ustedes. ¹⁴ Si alguno no los recibe bien ni escucha sus palabras, al salir de esa casa o de ese pueblo, sacúdanse el polvo de los pies. ¹⁵ Les aseguro que en el día del juicio el castigo para Sodoma y Gomorra será más tolerable que para ese pueblo. Mateo 10:5-15
NVI

LA DIMENSION DEL REINO DETERMINA LA MISIÓN DE LA IGLESIA, Jesucristo predicaba el evangelio del Reino, testificando de él e invitaba a su pueblo a recibirle con corazón dispuesto. El capítulo 10 del Evangelio de Mateo tiene el propósito de instruir a la iglesia sobre el sentido de su misión. Y este no puede ser otro que el Reino de Dios. Inaugurado en Jesucristo.

Caminar en la dimensión del Reino

La iglesia ha de caminar en la dimensión del Reino de Dios, teniéndole como la realidad que le determina. ¿Cuales son los factores determinantes del sentido de nuestra misión como iglesia? Si consideramos la situación de Israel, Jesús les observa como ovejas perdidas. Ciertamente es una cuestión trascendental considerar las determinaciones de nuestra misión hoy, porque se demanda obediencia a una orden de nuestro Señor Jesucristo, sensibilidad a las necesidades del mundo, conciencia de nuestra vocación.

Señalemos solo un elemento de las facetas que han de ser distintivas de la misión de la iglesia en el mundo contemporáneo. No es una actividad colateral de la vida de la iglesia, ni una actividad de fin de semana en los miembros de la congregación. La misión constituye el centro mismo, el quehacer, el estilo de vida de la iglesia que se encarna en el mundo. Porque la misión implica ir, y el ir es permanente, porque estando en el mundo no podemos eludir vivir en presencia misionera. Nuestra misión es hacer de la encomienda

de Jesucristo una actitud y una acción permanente, de tal modo que cada día de la semana y en cada relación en que nos movemos, estamos en misión.

La predicación del Reino

La predicación misionera se da en el contexto del Reino de Dios. Es buena noticia que Jesucristo anuncio y envió a sus discípulos para que hagan lo mismo. La misión de la Iglesia hoy, nuestra misión, no puede soslayar la predicación de la Palabra. La Palabra de Dios revelada a los hombres con el propósito de que sus dimensiones de vida y de muerte, sean transformadas por el poder del Espíritu, presencia de Dios en el mundo, testimonio del Reino. Pero ¿cual ha de ser el contenido de nuestra predicación? La inminencia del Reino de Dios, que ha sido inaugurado entre nosotros por el Hijo. La predicación del reino es una buena noticia al mundo, Dios ha cumplido sus promesas en Cristo Jesús, quien ha venido a ejercer la soberanía de Dios, conduciendo a todo hombre al conocimiento de Dios y a la seguridad de su salvación de todo aquel que cree, como será subrayado en las cartas del Nuevo Testamento.

Un mensaje de esperanza, de salida, de éxodo, de liberación, es el contenido de nuestro mensaje, pero no es predicación de un ideal inalcanzable, sino su concreción en la persona del Hijo, porque es en Jesús en quien se ha hecho presente el Reino de Dios. Es Jesús quien significa una realidad de transformación para el hombre, la sociedad, el mundo y la historia. Sólo en él lo que carece de sentido puede encontrar sentido, lo que carece de esperanza puede tener salida, lo que carece de amor, puede ser alcanzado por la ternura del corazón de Dios. Porque el Reino de Dios es paz, justicia, esperanza y amor.

No obstante, Mateo subraya que la predicación del reino tiene su testimonio tangible en los milagros que Jesús realiza y que ha enviado a realizar a su pueblo. Sanar, limpiar, resucitar, echar fuera demonios, son todo testimonio de la derrota de Satanás y sus ángeles en este nuevo orden que Jesús inaugura.

Porque la predicación del Evangelio del Reino demanda la acción de la iglesia, sustentada en el poder que ha recibido de Jesucristo, para acompañar a los hombres en la liberación de todo tipo de presión. Así mismo los grandes demonios de nuestro siglo: poder, riqueza y placer, han de ser echados fuera de la vida de los cristianos como testimonio y de la iglesia, de la presencia del Reino en medio del mundo y de la historia. Signo de este reino es la iglesia, cuya renuncia al poder, a la riqueza y al placer egoísta ha de ser luz que en las tinieblas resplandece.

La gracia y el Reino de Dios

Esta palabra de salvación y el testimonio del Reino de Dios son comprometidos a los hombres, a las sociedades y a las culturas, de manera gratuita. La renuncia al poder de la iglesia se manifiesta con una actitud humilde al compartir su mensaje. La palabra de Cristo y el poder del Señor llegó a nuestra vida sin merito alguno. Así mismo hemos de compartirlo con todo hombre que esta oprimido bajo el poder de los espíritus y las

huestes de maldad que señorean en este mundo. Por ello, no hay llamado a penitencia ni sacrificio personal. El evangelio del Reino es un evangelio de la gracia, porque el reino no se gana sino se recibe desde el corazón generoso de Dios a la humanidad del hombre.

La misión exige desprendimiento

La misión cristiana no se puede cumplir con afanes de dominio, con mentalidad imperial o de empresa transnacional. La misión cristiana exige desprendimiento del pueblo que anuncia el reino. Esta es la enseñanza de Jesús a sus discípulos, al enviarlos les instruye sobre la forma en que deben de cumplir su misión. Total disponibilidad para el cumplimiento de la misión. Ningún tipo de atadura debe estorbar el ir a anunciar el evangelio.

La misión cristiana tiene por equipo la palabra, el testimonio de la iglesia, la gracia de Dios y el desprendimiento como actitud misionera. Por ello, quien sabe desprenderse de todo para ser ligero en su misión, también tiene la capacidad de recibir de parte del Señor su sustento cotidiano y de hacerlo con la humildad de quien comparte un pedazo de pan con sus hermanos. El compartir el pan, el compartir el hogar y el ser sostenido en la obra misionera, son parte constitutiva del testimonio del Reino.

El oyente y la misión.

Cumplir nuestra misión demanda de los oyentes un oír y un recibir. Jesús fue claro en sus demandas; el mensaje debe ser escuchado, el mensaje debe ser recibido. La misión de la iglesia es una misión de paz, su contenido está expresado plenamente en la paz del reino, que es fraternidad humana y comunión. Oír la palabra y recibirla en el corazón tiene como consecuencia la armonía que se sustenta en la justicia, la paz y el amor. No podemos pasar por alto que nuestra demanda al mundo es que oiga la Palabra y la reciba en su corazón. Porque rechazar este mensaje, hacer los oídos sordos a la palabra del reino tiene funestas consecuencias en esta vida y en el futuro de Dios. Hay juicio y hay castigo para quien resiste a abrir su corazón a Dios, a recibir su paz y a hacerla una realidad en el hogar. Porque la trascendencia de la misión en esta perspectiva que ha de significar la presencia del reino en el hogar. La casa ha de vivir bajo la paz de Dios. Amén.

Domingo 18 de mayo de 1986

¿QUÉ DEL SUFRIMIENTO APOSTÓLICO?

Mateo 10:16-25

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos” Mateo 5:10

¹⁶ Los envió como ovejas en medio de lobos. Por tanto, sean astutos como serpientes y sencillos como palomas. ¹⁷ »Tengan cuidado con la gente; los entregarán a los tribunales y los azotarán en las sinagogas. ¹⁸ Por mi causa los llevarán ante gobernadores y reyes para dar testimonio a ellos y a los gentiles. ¹⁹ Pero cuando los arresten, no se preocupen por lo que van a decir o cómo van a decirlo. En ese momento se les dará lo que han de decir, ²⁰ porque no serán ustedes los que hablen, sino que el Espíritu de su Padre hablará por medio de ustedes. ²¹ »El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo. Los hijos se rebelarán contra sus padres y harán que los maten. ²² Por causa de mi nombre todo el mundo los odiará, pero el que se mantenga firme hasta el fin será salvo. ²³ Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra. Les aseguro que no terminarán de recorrer las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre. ²⁴ »El discípulo no es superior a su maestro, ni el siervo superior a su amo. ²⁵ Basta con que el discípulo sea como su maestro, y el siervo como su amo. Si al jefe de la casa lo han llamado *Belcebú, ¡cuánto más a los de su familia! Mateo 10:16-25

LA IGLESIA COMO SIGNO DEL REINO ha de encarar el sufrimiento apostólico como ocasión para que el nombre de Dios sea proclamado. La dicha del testigo es vivir su apostolado con limpia conciencia; la felicidad de una iglesia es mantener sus ropas blancas, a pesar de la furia de los Neronés. Porque la astucia, la sencillez y la prudencia son características de un espíritu sensible a las demandas del reino de Dios.

Una sociedad hostil

El entorno social de la iglesia primitiva fue hostil a su testimonio evangélico. El poder político destruyó Jerusalén y dispersó a la iglesia que se congregaba en esa ciudad. El poder religioso sacrificó a quienes mantuvieron en alto la antorcha de la fe y el nombre de Cristo. Esteban, el primer mártir cristiano, murió lapidado mirando la gloria de Cristo. El poder económico rechazó el mensaje de justicia del reino; así fue como se levantó una multitud azuzada por vendedores de ídolos en Éfeso, los dueños de los cerdos en Gadara, y quienes se enriquecían con la joven adivina de los Hechos. Pero en todo momento, ante toda circunstancia, la iglesia de Jesucristo se mantuvo fiel a su Señor, sin dejar de decir lo que habían visto y oído.

Hay que considerar las diversas formas en que las sociedades contemporáneas rechazan la tarea apostólica de la iglesia. No obstante Jesús se refirió a la tensión que este mensaje provocaría en el seno de los hogares. Dado que la proclamación de la Palabra no

solo pone en crisis los cimientos de una sociedad determinada, sino que apunta a la estructura misma de nuestras familias. La prueba de la injusticia en que viven muchas naciones y familias es la violenta respuesta que manifiesta ante la presencia del reino, encarnado en Jesucristo. De insultos, persecución y sacrificio está sembrada la historia de la iglesia. Su testimonio se ha tornado una y otra vez en martirio, porque los que luchan por la justicia, reciben persecución de quienes han fincado su vida en la injusticia.

El Espíritu del Reino

La filigrana, la imprudencia y la torpeza distorsionan la proclamación del Reino. El testimonio de la iglesia, que ciertamente puede tornarse en martirio, ha de sostenerse en el Espíritu que hemos recibido del Padre y en la dimensión del Reino de Dios. No hay que perder de vista la realidad de nuestra filiación divina y del amor, la justicia, la paz y la fraternidad que hemos recibido por gracia de nuestro Señor. Es dimensión que sustenta la obra apostólica, porque evita la filigrana de quien retoca el mensaje para ser aceptado por la sociedad, la imprudencia de quien no sabe sazonar su presencia testimonial y lastima a sus oyentes y la torpeza de quien pasa por alto ocasión para que el nombre de Jesucristo sea anunciado. La filigrana hace incomprendible el mensaje, la imprudencia levanta barreras personales, la torpeza no sabe conducirse en la dimensión del Reino.

Las bienaventuranzas que Mateo recoge en el capítulo 5 de su Evangelio, se verifican en la dimensión apostólica de la misión de la iglesia. Porque la lucha por la justicia del reino levanta la hostilidad de poderes políticos, religiosos, económicos y de la misma familia, cuando el pecado y la injusticia dominan. En estas circunstancias adversas para el testimonio de la iglesia no hay que perder de vista que el Señor nos llamó a la prudencia, a la sencillez y a la astucia, como testimonio de nuestra filiación divina y pertenencia al Reino.

El Siervo sufriente

El Divino Maestro que instruye a los suyos paso a paso, es un siervo humilde que vive su enseñanza. El profeta Isaías vislumbró la realidad del sufrimiento como parte del cumplimiento de los propósitos de Dios en el mundo y la iglesia primitiva identificó esta figura con la realidad del sufrimiento de Jesucristo el Hijo: herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, angustiado y afligido, fue llevado al matadero. (cf. Isaías 53:5-7). El sufrimiento de Jesús es el del Hijo que cae en las manos de los jornaleros que se revelan en contra de su Señor. Es el sufrimiento de quien ha inaugurado el reino y por ello es el perseguido y rechazado por la sociedad injusta, por los hombres esclavos del pecado. El sufrimiento de Jesús es el del Hijo que le pide al Padre se haga su voluntad a pesar de la realidad de la cruz y del que grita su abandono colgado de un madero, en medio de la burla de sus perseguidores. Ciertamente que ni a Jesús le fue apetecible el sufrimiento, pero fue crisol de su vocación y clímax de su obra salvífica y regeneradora. Así que, cuando Jesús nos habla del sufrimiento del apostolado, es porque

él lo ha vivido hasta lo último, en tanto que ama a su Padre y le obedece y ama a sus hermanos y da la vida por ellos.

El testimonio apostólico

El sufrimiento de Jesús es el de aquel en quien llega el Reino, el sufrimiento de la iglesia es el de los testigos de ese Reino. Es el sufrimiento del discípulo que se sabe hijo, que se sabe ciudadano del reino y que vive su vocación apostólica con entereza espiritual. Jesús consuela los corazones de sus discípulos, y afirma que al momento de ser probados o azotados, el Espíritu del Padre está en ellos a fin de que sepan hablar y conducirse con humildad. Porque el sufrimiento apostólico es ocasión para que el nombre de Cristo sea predicado y oído en medio de una sociedad hostil. Si la persecución obliga a la iglesia a vivir en diáspora, es oportunidad para que todas las ciudades escuchen el mensaje del reino. Así sucedió en la iglesia primitiva y los Hechos de los apóstoles dan testimonio del crecimiento extraordinario que vivió la iglesia durante el primer siglo.

El apóstol Pedro, instruyendo a los cristianos sobre esta realidad afirma que: “Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por, tanto, no os amedrantéis por temor de ellos, no os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros...” (1 Pedro 3:14.15)

Estemos preparados en el poder del Espíritu para enfrentar el sufrimiento que el reino de Dios entraña para la misión apostólica de la iglesia. La hostilidad de la sociedad no ha de amedrentarnos, porque tenemos el espíritu de poder y de dominio propio. Pero ¡hay que vivirlo! Amén.

Domingo 25 de mayo de 1986

EL TESTIMONIO CRISTIANO

Mateo 10:26-33

“...con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”

Romanos 10:10

²⁶»Así que no les tengan miedo; porque no hay nada encubierto que no llegue a revelarse, ni nada escondido que no llegue a conocerse. ²⁷Lo que les digo en la oscuridad, díganlo ustedes a plena luz; lo que se les susurra al oído, proclámenlo desde las azoteas. ²⁸No teman a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno. ²⁹¿No se venden dos gorriones por una monedita? Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo permita el Padre; ³⁰y él les tiene contados a ustedes aun los cabellos de la cabeza. ³¹Así que no tengan miedo; ustedes valen más que muchos gorriones.³²»A cualquiera que me reconozca delante de los demás, yo también lo reconoceré delante de mi Padre que está en el cielo. ³³Pero a cualquiera que me desconozca delante de los demás, yo también lo desconoceré delante de mi Padre que está en el cielo. Mateo 10:26-33 NVI

LA PATERNIDAD DE DIOS es el sustento de la proclamación de la iglesia. El discipulado que desemboca en apostolado no puede soslayar esta realidad en la que descansa la proclamación de Jesucristo. Permanecer en el Hijo da como resultado un testimonio natural de la iglesia al mundo: hemos sido llamados a ser “pescadores de hombres”.

El testimonio que descansa en el discipulado es producto natural de una vida que ha sabido disciplinarse en el estudio de la Palabra, en la oración y en el compañerismo de los creyentes, cediendo su voluntad al Señor y siendo lleno del Espíritu Santo. Porque ¿cómo podríamos soslayar el hecho de que la proclamación de la iglesia está sustentada en el dominio del Espíritu de su mente, voluntad y emociones?

Una comunidad proclamadora

El pueblo de Dios, la iglesia de Jesucristo, no es una comunidad cerrada que oculta los misterios de su fe. Algunos quisieran que fuese así porque no quieren oír la Palabra y procuran confinar al pueblo de Dios dentro de los templos. Otros no quieren ver que la perspectiva neo testamentaria de la misión de la iglesia se expresa en el ir que contrasta con el venir del proselitismo judío.

El ir del apostolado se constituye en la proclamación de la persona y la obra de Cristo Jesús en la perspectiva del reino. La humanidad de la iglesia, lo quebradizo de los instrumentos que son los hombres, no es un impedimento, sino ocasión para que la gracia y el poder de Dios se manifiesten. El temor del discípulo al momento de proclamar su fe no se desconoce ni se recrimina, se le ubica y se le identifica con claridad. El mensaje que

subyace en el texto de Mateo es que el temor a los hombres no ha de detener el testimonio apostólico: porque hemos sido llamados a constituir una comunidad proclamadora que da testimonio de su fe en Jesucristo a través de sus relaciones, de su estilo de vida y del ir en pos del que está perdido. Nada debe detener la encomienda apostólica.

Una comunidad familiar

El pueblo de Dios es una familia. Cada iglesia local es una familia que se constituye alrededor del Hijo, en quien hemos aprendido a llamar a Dios Padre. Y ¿qué temor puede ser más fuerte que la seguridad de un hijo que se sabe guardado por su padre? En medio de la tormenta, el hijo duerme confiado en los brazos de su Padre. Así que el testimonio no se proclama solo por una identificación misionera, ni por una convicción personal, ni por una tarea compartida, sino por sabernos hijos. Es relación fundamental que estructura nuestra identidad cristiana. El discipulado y el apostolado descansan en la paternidad de Dios. Por ello la posibilidad de la muerte en el testimonio cristiano no ha de amedrentarnos. Dado que hay dicha en aquel que padece por la justicia, pues sabe que el cuerpo del testigo puede ser instrumento de Dios a la vez que blanco de quienes le persiguen a fin de destruirle. No obstante, es Dios quien decide el destino de la persona, es el Padre el que decide el destino de su hijo.

Sabernos hijos de Dios constriñe nuestro corazón, superamos el temor de los hombres en el temor de Dios, que es entendido como obediencia y confianza.

Comunidad de fe y martirio

¿Acaso podemos esperar un destino mejor que el destino del Hijo? La misión de Cristo no pudo eludir el dolor de la cruz. La realidad de la muerte, el sufrimiento de la traición, el dolor del desistimiento de algunos de sus seguidores. Pero es dolor, es sufrimiento, es martirio que tiene sentido en la perspectiva del reino de Dios. Es martirio para el testimonio. Y la Biblia la historia del cristianismo nos muestra, que la salvación de los hombres entraña mártires, a quienes se les promete una muerte violenta, pero la seguridad de su salvación. Porque Cristo mismo fue crucificado para que los hombres fueran reconciliados con Dios. Así que el sufrimiento y el martirio no están al margen del testimonio de la iglesia. Porque el testimonio cristiano es la proclamación de la persona y obra de Jesucristo, descansa en nuestra filiación divina, pero no puede eludir el compromiso de una entrega total de vida, a fin de que la sangre de los mártires sea la semilla de la obra misionera. En medio de esta realidad, el hijo sabe que confía en su padre. ¿O acaso podíamos olvidar que la obra bautista en México es una huella de sangre?

Una comunidad confesora

No podemos callar, hemos de confesar la fe que abriga nuestro corazón, nos sustenta, nos dirige y da sentido a nuestra vida personal, familiar y eclesial. La característica del discipulado es una confesión abierta (cf. Romanos 10:9-10). Ya hemos señalado que el testimonio entraña martirio y que la confesión, sangre. En su muerte el mártir cristiano se declara solidario de Jesús en su vida, en su ministerio, en su muerte y ¡cómo olvidar que también lo somos en su resurrección! Hay que declararse discípulo, hay que declararse hijo, hay que declararse apóstol de Jesús porque somos llamados a ser comunidades que confiesan su fe y su identidad en medio de una sociedad hostil.

Entender el testimonio cristiano es vivirlo a la luz del apostolado de la iglesia, apostolado que descansa en el discipulado, mismo que entendemos como disciplina espiritual que desemboca en servicio fraternal. Pero hay algo más que ser aprendices o enviados, es el hecho de que somos hijos del mismo Padre y que su reino es nuestro Reino, el que hemos sido enviados a proclamar, testificar y confesar con mente, voluntad y emociones, cuerpo y vida, muerte y resurrección.

Dios ha de levantar en estos días un ejército de hijos suyos que estén dispuestos a llegar hasta lo último a fin de que su nombre sea glorificado creído y adorado en todo el mundo. Porque el apostolado es universal y universal ha de ser el testimonio y la proclamación de la iglesia. ¿Quieres tu sumarte a este ejército de mártires que están dispuestos a vivir y morir por Cristo? Amén.

Domingo 1 de junio de 1986

¿SOY UN DISCIPULO?

Mateo 10:34-39

“³⁴»No crean que he venido a traer paz a la tierra. No vine a traer paz sino espada. ³⁵Porque he venido a poner en conflicto “al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra su suegra; ³⁶los enemigos de cada cual serán los de su propia familia” ³⁷»El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; ³⁸y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. ³⁹El que encuentre su vida, la perderá, y el que la pierda por mi causa, la encontrará”. Mateo 10:34-39

LA GRACIA DE DIOS ES EL FUNDAMENTO DEL DISCIPULADO. La salvación es un regalo que hemos recibido sin merecerlo, la llamada de Jesús ha venido a nosotros sin buscarla y sin ser dignos de ella. ¿Cómo hemos respondido a la voz de Jesús? ¿Somos verdaderamente sus discípulos? ¿Hemos aprendido a vivir con dignidad la nueva vida que en Cristo hemos recibido? Consideramos en esta ocasión cinco verdades en relación con el discipulado, que han de ser parámetro para evaluar nuestro compromiso con el Señor.

Suscita oposición

Ser discípulo no solo es aprender la doctrina de Cristo, sino comprometerse personalmente con él, dándole nuestra lealtad. El discipulado cristiano no sólo se da en la comprensión de su enseñanza, ni en el cambio de la conducta, se da propiamente en una relación que recibe y da amor, que se sustenta en la gracia. Consideramos que se puede aprender una doctrina sin que ello implique un cambio de conducta: también podemos aceptar que alguien transforme su forma de vivir por una conveniencia personal, ya sea para alcanzar la felicidad o el éxito, pero ello no implica discipulado cristiano. El discípulo de Cristo es aquel que aprende y vive, pero que lo hace en base al amor de Dios que despierta en él su amor por Dios. Esta dimensión de amor suscita oposición, porque es demanda del núcleo familiar y la sociedad. Hay esposos que se sienten celosos cuando sus compañeras deciden amar al Señor: hay esposas que no están dispuestas a compartir a sus conyugues con Dios. Y así en el corazón hay disposición al compromiso con Jesús, los enemigos del hombre son los de su propia casa. No se acepta que alguien ofrezca a Jesús su tiempo, sus talentos, su dinero, su corazón, su vida, su lealtad. Por ello, Jesús habla de la espada que pondría en las relaciones del discípulo con su entorno, primordialmente el familiar. Sin embargo, no nos es dado evitar esta tensión, ni sacrificarla, sino asumirla con conciencia cristiana, sabiendo que la fe en el Hijo de Dios despierta oposición. Pero tampoco nos es dado el provocarla, ya que la palabra de Cristo es clara: él es quien actúa en las relaciones de sus discípulos. Hay quienes provocan tensiones en sus núcleos familiares no por su amor y lealtad a Cristo sino por la

impertinencia con que viven su fe: no hay coherencia entre palabra y obra. Aprendamos la lección, el discipulado suscita oposición, porque el mundo rechaza la lealtad a Jesús y nos impone su paz aplastando a sus adversarios.

Es relación prioritaria

Hay que ser leales a Cristo, El permanece fiel. El fracaso de las relaciones humanas y propiamente hablando de las relaciones familiares descansa en la corrupción moral y espiritual. No podemos desconocer que las familias sufren tensiones por diferencias de carácter, de cultura, de expectativa, de realización personal. Y que estas diferencias pueden ser superadas con amor. Pero ¿qué decir cuando un hogar entra en crisis como resultado de la corrupción moral? Se desgasta el amor, se pierde el respeto, se diluyen las normas, se destruye y corrompe. Y si la corrupción moral es destructiva en las relaciones humanas. ¿Qué decir de las relaciones espirituales que vivimos con el Señor? ¿Quién podría llamarse discípulo de Cristo si accede a vivir bajo normas y prácticas indignas de la santidad a que el Señor nos ha llamado? Y no señalamos solo aquello que flagrantemente viola su ley, sino de la pasividad e indiferencia de aquel que sabiendo hacer lo bueno no lo hace.

No podemos soslayar el hecho de que las tensiones del cristiano no sólo se viven por el ambiente moral de su hogar, sino también en relación con la apreciación que cada quien hace de la persona de Jesús. Porque hay quienes piensan que se puede ser discípulo sin comprometerse en profesión de fe, bautismo y seguimiento. Pero estas tensiones tampoco podemos eludirlas, porque el discipulado es relación prioritaria que fundamenta la vida.

Es camino de sufrimiento

¿O acaso podríamos esperar un fruto distinto al que vivió Jesús? Nuestro Señor instruye a sus discípulos en la realidad de cruz que entraña el discipulado. Pero ¿qué sacrificio le es gravoso a aquel que ama? Incluso a niveles humanos sabemos que cuando una pareja se une por amor está dispuesto a enfrentar carencias y limitaciones con gozo, o que un joven que ama su vocación sabe que le implica renunciaciones y privaciones. ¿Que decir entonces del discipulado cristiano, si en Jesús hemos sido buscados por el Padre para que nadie se pierda? También este camino de amor implica cruz y sacrificio, dolor e incluso muerte. Porque si la espada es realidad tensional que Jesús decide para sus seguidores, la lealtad de nuestro amor y la disposición al sacrificio es algo que solo puede decidir el corazón del hombre. En el fondo Jesús habla de la realidad de la cruz señalando que en el discipulado lo que está en juego es la lealtad. Porque aquel que quiere evaluar su vida cristiana solo tiene que preguntarse ¿Estoy siendo leal a mi Señor por encima de mis relaciones familiares? Y más aún, ¿estoy siendo leal a mi Señor por encima de mi propia vida? Porque la cruz habla de negación a uno mismo y ninguno puede ser

discípulo de Jesús si no se niega a sí mismo. Hay que discernir las implicaciones de la negación en cada caso particular.

La dignidad del cristiano

La dignidad del cristiano está en su discipulado. Jesús fue enfático. Aquel que no puede negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguir a Jesús no es digno de él. Es dignidad que se va construyendo paso a paso, en la negación, en el sufrimiento, en el amor, Dios ha creado al hombre para que sea alabanza de su gloria, y este propósito divino se alcanza cuando el hombre vive en plena comunión con Dios. La llamada de Jesús para seguirle es la puerta angosta que restablece esta comunión y que conduce a la vida. Así como el grano de trigo debe morir a sí mismo, para fructificar en la vida nueva que Jesús le ha concedido por su gracia. Por ello, la vida cristiana no es resultado de un esfuerzo personal por cambiar actitudes, conductas, valores, más bien es resultado del sacrificio y de la muerte de todo esfuerzo personal y de toda ilusión humana, porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna. La salvación no se gana, se recibe. Y esta vida nueva ha de ser vivida con la dignidad del que se compromete en el seguimiento.

Es pérdida y encuentro

Hay quienes piensan que se puede ser discípulo sin comprometerse con Jesucristo en el seguimiento y la renuncia personal, compartiendo su amor con otros. Están perdiendo su vida. Hay quienes piensan que dando rienda suelta a sus deseos están ganando el mundo y con él la vida. Jesús afirma que la están perdiendo. Porque el que pierde su vida renunciando a sí mismo y a lo que el mundo le ofrece, la halla en Jesucristo, pero el que piensa que la gana cediendo a las tensiones familiares, sociales, propiamente la está perdiendo.

¿Eres un discípulo de Cristo? Estas cinco verdades te ayudarán a evaluar tu seguimiento. Que la gracia de Dios sustente nuestros desafíos. Amén.

Domingo 15 de junio de 1986

LA PRESENCIA APOSTOLICA HOY

Mateo 10:40-42

⁴⁰»Quien los recibe a ustedes, me recibe a mí; y quien me recibe a mí, recibe al que me envió. ⁴¹Cualquiera que recibe a un profeta por tratarse de un profeta, recibirá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo por tratarse de un justo, recibirá recompensa de justo. ⁴²Y quien dé siquiera un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños por tratarse de uno de mis discípulos, les aseguro que no perderá su recompensa.» Mateo 10:40-42 NVI

LA ESCISION DE LA VIDA, la separación de lo cristiano y lo secular, de la palabra y la obra, del pensamiento y la acción, es mal que aqueja al mundo contemporáneo. Lo observamos en quienes hacen promesas y no las cumplen o en aquellos que no se percatan de que su presencia ha de ser presencia apostólica donde quiera que se encuentren

Los últimos versículos del capítulo 10 de Mateo, llamado el Discurso de la misión, nos permite considerar el significado de la presencia apostólica en el mundo de hoy y sus consecuencias en la vida del hombre.

Es presencia que proclama

Hace algunos años un grupo de antropólogos y teólogos se reunieron con el propósito de considerar la relación entre el evangelio y la cultura. La reunión partió de una preocupación, las iglesias jóvenes estaban amenazadas por una deformación cultural de los países misioneros y además, corrían el peligro de caer en un sincretismo con su propia cultura. La iglesia occidental, sin embargo, también está sujeta al peligro del sincretismo, esto es, a identificarse de tal manera con su cultura que se pierda la distinción entre el mundo y la iglesia, especialmente atendiendo al estilo de vida de los creyentes.

La presencia apostólica en el mundo de hoy ha de superar el sincretismo y conformar un estilo de vida misionero, en pensamiento, palabra y acción: en valores y actitudes. Ciertamente que la trascendencia ética de esta afirmación ha de ser considerada: el amor al prójimo y el amor a Dios no debe perderse de vista a la hora de actuar en el mundo contemporáneo; pero también hay una trascendencia apostólica que no se ha de soslayar, la iglesia cristiana no solo ha de dar testimonio en su forma de vivir, sino en su conciencia y acción misionera. Los primeros versículos del capítulo 10 señalan la misión que Jesús otorgó a sus apóstoles y la autoridad con que les invistió para cumplirla. Ahora, al final del capítulo, les recuerda que esa autoridad ha de vivirla en el ejercicio de su vocación. Dondequiera que hagan presencia, ahí este Jesús y el Padre. Pablo mismo fue quien afirmó, “vivo no ya yo, más vive Cristo en mí”

Cristo está en la proclamación de la iglesia. Proclamación que no sólo es palabra, predicación; sino forma de vivir y de acción misionera. Cada minuto de nuestra vida hemos de vivir en Cristo, con Cristo y por Cristo, en misión apostólica que sana y libera. De esta manera cada acción que aprendemos a niveles personales o comunitarios ha de estar sostenida en la autoridad espiritual que hemos recibido, a fin de que la opresión en que vive el mundo sea liberada por la fuerza del amor de Dios y la esperanza de una nueva vida. Considerar esta dimensión apostólica a niveles familiares y sociales es de suma trascendencia en los momentos que atraviesa hoy nuestra nación y continente.

Pero hay que cambiar la perspectiva misionera, porque el sustrato judío sigue permeando la conciencia de la iglesia, pensando en que los hombres deben venir, olvidando que la misión cristiana es un ir a todas las naciones, a todas las criaturas. Este ir se entiende como la presencia de la iglesia a través de sus miembros, en el mundo cada día de la semana.

En medida en que la iglesia hace presencia apostólica en el mundo, proclamando su fe y viviendo con espíritu apostólico, la proclamación es llamamiento a la configuración. Nuestra suplica es que el mundo se reconcilie con Dios y nuestro ministerio es que Cristo se forme en cada hombre y mujer de esta ciudad.

La presencia que bendice

Los discípulos de Cristo intentaron estorbar a los niños que buscaban a Jesús y el Señor les respondió, no habían discernido lo que significaba el reino de Dios. Así mismo hay quienes desprecian a los hermanos que sin mucha palabra solo se hacen presentes en la adoración. También hubo quien desprecio la labor callada de Dorcas porque solo se ocupaba de confeccionar túnicas, o a Simón el curtidor, porque solo se le recuerda como hospedador de Pedro; pero no hay que olvidar que la presencia cristiana trae bendición. Porque es presencia de vida, más que multitud de palabras. Pero se demanda un testimonio edificante, un espíritu humilde, una vida santa que sea de inspiración y bendición para quien ve a Cristo en sus discípulos. Todos hemos de percatarnos que nuestra presencia trae bendición, cuando “vivo no ya yo, más vive Cristo en mí”. Y es bendición a pesar de que no se entienda de esa manera, como le sucedió a Jesucristo a las afueras de Gadara, cuando los habitantes de la ciudad le rogaron marcharse, pues su negocio de cerdos había sido destruido. Porque la liberación y la salud que opera en el Evangelio, en ocasiones levanta la oposición de quienes aman más las tinieblas que la luz.

Jesús promete bendición para quien recibe a un profeta o un justo. El ministerio del profeta y el testimonio del justo son influencia positiva en el hogar. Pero afirma que hay especial bendición para quien a sus pequeñitos, a sus discípulos, tal vez no buenos predicadores, ni irreprochables religiosos, pero seguidores de Jesús que solo saben servir, amar, ayudar, escuchar. La presencia cristiana, por ser discípulos, por ser apóstoles, es bendición para quien recibe el testimonio, como el testimonio de Cristo Jesús.

Es presencia cristiana

La presencia apostólica hoy es presencia que proclama a Cristo en el estilo de vida, en la conciencia misionera; es presencia que al recibirla trae bendición. Ha de ser distintivamente presencia cristiana, porque tiene a Cristo como origen, contenido y fin. La misión que Jesús encomendó a sus discípulos ciertamente era la misma que él había recibido del Padre, anunciar la inminencia del Reino y vivir sus dimensiones de salud y liberación. La opresión espiritual, la crisis familiar, la promiscuidad moral, la injusticia social, el desequilibrio mundial, son jalones de la realidad a la conciencia cristiana: ¡Hay que hacer presencia apostólica; ¡Que Cristo se haga presente en cada uno de sus discípulos; Es demanda del mundo, fue encomienda de Jesucristo.

El sincretismo sigue siendo peligro latente para el pueblo de Dios. Para los judíos fue tentación de adorar a Baal y Azera, de unirse en matrimonio con hombres y mujeres de otros pueblos, de adoptar sus prácticas. Para la iglesia de Jesucristo es peligro que asecha al perder la conciencia apostólica, dejar de ser luz y sal, para convertirse en caja de resonancia de las crisis del mundo contemporáneo. Porque el “vive Cristo en mí”, se antecede por el “vivo yo ya no”. Y esta muerte implica la negación de valores, concepciones, prácticas y costumbres que distorsionan la nueva vida que en Cristo hemos recibido. Seamos bendición, dando testimonio de Cristo en nuestra vida. Así que la configuración es antecedente apostólico que somos llamados a vivir. Amén.

Domingo 22 de junio de 1986.

LA PREGUNTA SOBRE JESUS

Mateo 11:1-19

“El Espíritu de Jehová el señor está sobre mí, porque me ungió Jehová: me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos...” Isaías 61:1a

“11 Cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en otros pueblos. ² Juan estaba en la cárcel, y al enterarse de lo que *Cristo estaba haciendo, envió a sus discípulos a que le preguntaran: ³ —¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro? ⁴ Les respondió Jesús: —Vayan y cuéntenle a Juan lo que están viendo y oyendo: ⁵ Los ciegos ven, los cojos andan, los que tienen *lepra son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncian las buenas *nuevas. ⁶ *Dichoso el que no *tropieza por causa mía.

⁷ Mientras se iban los discípulos de Juan, Jesús comenzó a hablarle a la multitud acerca de Juan: « ¿Qué salieron a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ⁸ Si no, ¿qué salieron a ver? ¿A un hombre vestido con ropa fina? Claro que no, pues los que usan ropa de lujo están en los palacios de los reyes. ⁹ Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿A un profeta? Sí, les digo, y más que profeta. ¹⁰ Éste es de quien está escrito: »“Yo estoy por enviar a mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino.” ¹¹ Les aseguro que entre los mortales no se ha levantado nadie más grande que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él. ¹² Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos ha venido avanzando contra viento y marea, y los que se esfuerzan logran aferrarse a él. ¹³ Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan. ¹⁴ Y si quieren aceptar mi palabra, Juan es el Elías que había de venir. ¹⁵ El que tenga oídos, que oiga. ¹⁶ » ¿Con qué puedo comparar a esta generación? Se parece a los niños sentados en la plaza que gritan a los demás: ¹⁷ »“Tocamos la flauta, y ustedes no bailaron; Cantamos por los muertos, y ustedes no lloraron.” ¹⁸ »Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y ellos dicen: “Tiene un demonio.” ¹⁹ Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: “Éste es un glotón y un borracho, amigo de recaudadores de impuestos y de pecadores.” Pero la sabiduría queda demostrada por sus hechos. Mateo 11:1-19 NVI

¿QUIEN ES CRISTO HOY? No se demanda una declaración teológica, sino dar cuenta de una relación, de un compromiso personal. Quien es Cristo para mí, quien es Cristo para esta congregación, quien es Cristo para la obra Bautista de México, quien es Cristo para el pueblo de Dios, en nuestra patria quien es Cristo para sus millones de seguidores en todas las naciones. Juan el bautista interrogó: ¿eres tú el Cristo?

A diferencia del capítulo que precede, el once y doce son de carácter narrativo, y preparan el capítulo 13, las parábolas del reino. La figura de Jesús empieza a ser abatida, las ciudades le rechazan, las autoridades religiosas manifiestan una clara hostilidad ante

él, el bautista está inquieto ante las noticias que recibe de Jesús. Una verdad resalta: el reino decididamente está escondido.

Jesús y su misión.

No hay que profundizar demasiado para percatarse del hecho de que en el mundo contemporáneo hay imágenes diversas sobre Jesús y diferentes formas de entender su misión. El catolicismo nos ha dado la imagen de un Cristo agonizante, sufriente y derrotado. En contraste, los evangelios hemos proclamado al Cristo salvador, que pagó el precio de nuestro pecado, muere en la cruz y resucita para nuestra justificación. El pentecostalismo ha hecho énfasis en un Jesús milagroso que sana. Son imágenes que describen facetas de Jesús: ciertamente es el Hijo que agoniza en la cruz, el salvador personal y el que sana nuestras dolencias. Ciertamente pero no suficiente. Porque la enseñanza sobre la persona y la obra de Cristo Jesús que hay en la Palabra es de una riqueza y amplitud extraordinaria. Para Mateo Jesús es Maestro, es Rey, es Mesías. Es el Cristo de la Palabra, de la acción y de la misión. Asombra a sus contemporáneos: incomprendible para muchos, piedra de tropiezo para otros. Su forma de vida y sus hechos son razón de escándalo; Juan no ve en él su esperanza mesiánica, no hay juicio en sus palabras, no le ha liberado de la cárcel, no ha destronado a los poderosos. Su pregunta es honesta ¿debo esperar a otro? Las autoridades judías le acusan de romper con los esquemas religiosos de Israel: come con publicanos, de parte con pecadores.

Juan espera a un Mesías que obre por la fuerza y derribe a los que ejercen el poder, Jesús sana, libera, sirve. Su misión la vive a la luz de la Palabra. La presencia del profeta Isaías es clara: 29:18, 26:19, 61:1, 35:4 la buena nueva se proclama a los pobres, a los abatidos, libera, cura. Hay dicha, hay bienaventuranza en quien acepta su modo de hablar, su persona y su misión. Quien no encuentra tropiezo en él.

2000 años de cristianismo han dado lugar a diversas imágenes de Cristo. Pero queda la demanda de una doctrina y vivencia sobre Cristo propiamente bíblica y sabiamente contextualizada en la realidad de nuestro mundo, nuestra cultura, nuestra sociedad.

La enseñanza, la predicación, la doctrina y la vivencia sobre Cristo ha de ser respetuosa de la revelación. Creyendo en la Palabra de “tapa a tapa” sin olvidar las promesas mesiánicas dadas a Israel, el testimonio de los Evangelios y la enseñanza de los apóstoles. Parcializar nuestro conocimiento bíblico empobrece nuestra fe y vivencia en Cristo.

Por ello, hay que analizar y depurar las imágenes de Cristo que en algunos casos no solo se han parcializado, sino que se han deformado, llegando a caricaturizar la persona, la misión de nuestro Señor, de acuerdo a intereses personales, o de grupo. La iglesia de Cristo ha de rescatar hoy la enseñanza integral de la Escritura, estando dispuestos a reconocer si hemos pasado por alto enseñanzas de la Palabra, ya por ignorancia o ya por dureza de corazón.

La trascendencia del reino

El Reino y Jesús son realidades inseparables, Jesús cumplió su misión dentro de la esperanza del Reino, el Reino tiene su inicio en Jesús. Hasta Juan ha operado la antigua alianza. Juan llama al pueblo a un bautismo de arrepentimiento, a una vida ascética que demanda de Dios el cumplimiento de sus promesas. Por ello, es el más grande entre los profetas. Pero los discípulos de Jesús “los pequeñitos” son herederos de la nueva alianza, de la era de la gracia, de la salvación, de la alegría y la fraternidad del Reino de Dios. Son los abatidos a los que ha llegado el Reino en la persona y la proclamación de Jesús. Es a los ciegos, a los cojos, a los paralíticos, a los mudos, que han sido sanados, a los endemoniados que han sido liberados, a los pobres, a los que se llama a heredar el reino. Los que han vivido en comunión con Jesús, porque no le han rechazado, ni le han cuestionado, lo han aceptado con un corazón abierto, tienen la delantera en el Reino. No obstante este Reino sufre violencia, la violencia de los que se resisten a él porque tienen una imagen distorsionada de Dios o de quienes no quieren oír porque se saben comprometidos al cambio, al arrepentimiento, a la conversión. No gustan oír que son pecadores que necesitan arrepentirse, negando su yo, su egoísmo, sus valores, sus esperanzas. Confiando, creyendo, amando a Jesús, aunque su obra no parezca espectacular, porque lo hace desde las necesidades del hombre, de los pobres, de los abatidos, de los desesperados. Para quienes esperaban la venida del reino con poder, con ejército, con fuego, Jesús se rebeló como el hombre que sana a los enfermos, libera a los oprimidos, comparte con los abatidos. Un Reino sencillo, humilde, silencioso.

¡Hay que decidirse!

Jesús no se razona, Jesús no se siente, por Jesús hay que decidirse. Porque no es una convicción racional lo que nos hace depositar en él nuestra vida, ni un sentimiento religioso, sino la decisión que nace del oír la Palabra, arrepentirse y creer en él. Es una decisión que entraña seguimiento y que se da en el proceso de la conversión, del nuevo nacimiento, en la regeneración. Porque hay que aprender a vivir en Cristo y con Cristo y más aún, transformar el discipulado en apostolado, cuando se vive por Cristo. Al Bautista le llamaron loco, a Jesús le acusaron de comelón, no fueron más que formas de evadir la llamada de Dios, la confrontación de la Palabra. Pero la sabiduría de Dios se ha hecho real en medio del mundo a través de la obra del Hijo. Son sus obras, sus palabras, su misión, lo que da testimonio de él y de que Dios está en él reconciliando al mundo.

También del hombre de hoy demanda una decisión. Porque responder a la pregunta ¿quién es Cristo hoy? Demanda una decisión personal en el seno de nuestra comunidad de fe y amor. Amén.

Domingo 6 de julio de 1986.

¡DEBES ARREPENTIRTE!

Mateo 11:20-24

“Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento” Mateo 3:8

²⁰Entonces comenzó Jesús a denunciar a las ciudades en que había hecho la mayor parte de sus milagros, porque no se habían *arrepentido. ²¹« ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Si se hubieran hecho en Tiro y en Sidón los milagros que se hicieron en medio de ustedes, ya hace tiempo que se habrían arrepentido con muchos lamentos.²² Pero les digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para Tiro y Sidón que para ustedes. ²³Y tú, Capernaúm, ¿acaso serás levantada hasta el cielo? No, sino que descenderás hasta el *abismo. Si los milagros que se hicieron en ti se hubieran hecho en Sodoma, ésta habría permanecido hasta el día de hoy. ²⁴Pero te digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para Sodoma que para ti.» Mateo 11:20-24

LA CIUDAD es anonimato, manifestación, marginalidad y opulencia, inmoralidad, stress, violencia y placer. La ciudad vive en medio de estructuras de pecado, de injusticia, de separación, Jesús se ocupó de la ciudad. Observó la realidad en que se desenvuelve y expresó un lamento sobre Jerusalén, enjuició a Tiro, Sidón y Capernaúm. Sus palabras señalaron la actitud generalizada de las ciudades, no respondieron a su palabra y su obra. Sus actitudes de indiferencia, impenitencia y rechazo, antecedieron y sembraron su destino.

La conciencia

El arrepentimiento nace de la conciencia de pecado. Esta conciencia es un percatarse de la trascendencia de nuestros actos, de nuestras actitudes y de nuestras relaciones con Dios y con los hombres. Por ello, el arrepentimiento es una actitud y una acción que cambia las relaciones básicas del corazón: el hombre se vuelve a Dios. En este cambio de lealtad se repudia la desobediencia a los mandatos del Señor, se asume el propósito que Dios tiene para la vida del hombre. Es arrepentimiento de pecado, y el pecado es desobediencia, despropósito y separación.

El arrepentimiento trasciende para un cambio radical de vida. Hay que diferenciarlo del remordimiento que produce tristeza para muerte y que no genera transformación, cambio, conversión (2 Corintios 7:10). La transformación, que produce el arrepentimiento nace de un cambio de actitud y de propósito en la vida, cuya dimensión más sensible es un cambio en la relación del hombre con Dios.

Jesús observó las ciudades. Desde el Antiguo Pacto hubo palabra de Dios para ellas: “¡Hay del que edifica la ciudad con sangre, y del que funda una ciudad con inequidad!” (Habacuc 2:12) Los profetas predicaron en contra de la injusticia y Jesús

observó, con profundo lamento, su obstinación, su rechazo al Reino, su negativa a oír la voz y ver los hechos del Hijo.

¡Se necesita un cambio!

Darse cuenta de que se ha equivocado el camino de la vida, de que se vive lejos de Dios, mueve al arrepentimiento. Y más aún, orilla a tomar la decisión de cambiar de conducta, dejar de pecar, reconciliarse con Dios.

Dios nos habla. ¿Hay quien le escuche? El nos ha hablado por el Hijo, a través de los hechos portentosos que hace en nuestra vida, nos habla en lo íntimo de nuestro corazón o en el orden natural, nos habla en el santuario o en la soledad de nuestro lecho, nos habla en la felicidad o en el dolor; nos habla cuando hace brincar la ciudad y vemos caer como castillos de arena las obras que nos enorgullecen y dan una falsa seguridad. Dios habla. ¿Hay quien le escuche? Ahí en donde nos habla Dios, se deja oír un reclamo: “arrepentíos y creed en el Evangelio” (Marcos 1:15) ¡Cambien de rumbo, crean en la buena nueva! ¡Reconcíliense con Dios, crean en Jesús!

El arrepentimiento es cambio. Es cambio en las relaciones con Dios y en las relaciones humanas. Se ve nuevo a Dios, al mundo, al prójimo y a uno mismo. El arrepentimiento que genera transformación capacita para vivir de manera nueva las relaciones con Dios, con el mundo, con el prójimo y con uno mismo. Este cambio se genera al valorar la gracia de Dios, al ser sensibles a su voz, al responder en fe a su invitación.

Arrepentimiento y conversión van de la mano, incluso suelen traducirse de la misma palabra griega, *metanoia*. Por ello Jesús exige de quienes le escuchan, que su arrepentimiento se manifieste en fruto, en acción, en hechos concretos. ¿Qué fue lo que observo Jesús? En las relaciones fraternales, actitudes cainítica; en la relación con Dios, una actitud impenitente; en las relaciones con el mundo, injusticia y opresión; en la forma de vivir con uno mismo, suicidas, autodestructivas; en la familia, filicidio; en la comunidad de fe, fratricidio. Porque hay muchas formas sutiles de matar y las relaciones en que vive el hombre dan testimonio de la trascendencia del pecado, de la muerte.

Tiro, Sidón y Capernaúm, no quisieron ver los hechos de Dios que les llamaban a la conversión. Dios sigue hablando, lo hace a través de su Palabra, en las manifestaciones de su poder, en la suavidad de la calma. Nos llama al arrepentimiento y la fe, ¿Le oímos hoy?

Jesús, conciencia del hombre

Ser consiente es ser responsable. La actividad de Jesús crea en el testigo una responsabilidad mayor que en el que no conoce a Dios. La responsabilidad de ser testigo, de dar cuenta de que se ha oído la voz de Dios.

La Palabra de Dios es clara en relación con el llamado al arrepentimiento. El Apóstol San Pedro nos instruyó acerca del propósito de Dios para la humanidad. Afirma

que: “El Señor...es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”. Este fue el tema de la predicación de la iglesia primitiva, Pedro y los apóstoles dieron razón de su fe ante el sumo sacerdote diciendo: “A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecado” (Hechos 5:31). Así mismo, el apóstol Pedro informa a sus hermanos en Jerusalén de la forma como el Señor actúa entre los gentiles, a lo que la iglesia respondió diciendo: “¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida! (Hechos 11:18). Así que, el arrepentimiento 1) es la voluntad de Dios para los hombres, 2) es necesario para el perdón de pecados y 3) produce vida.

¿Qué sucede cuando el hombre no se arrepiente ante la llamada del Señor? Jesús habló de Juicio y los apóstoles señalaron la trascendencia del mismo. Sobre este tema, Pablo instruye a la iglesia en Roma diciéndoles que: “Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira en el día de la ira...” (Romanos 2:5) y Jesús mismo afirmó: “... si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.” (Lucas 13:3).

Jesús es la conciencia del hombre, ante su Palabra y sus obras el hombre es responsable. Debe tomar una decisión y producir frutos. Esa fue la palabra de Pedro al mago Simón: “Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad...” (Hechos 8:22)

El arrepentimiento ha de verse en frutos. Y si consideramos el destino común que vivimos como ciudades, como comunidad de fe, los frutos dignos del arrepentimiento han de ser señal de esperanza y alternativa para nuestro mundo. Tener la mente de Cristo nos mueve a dar el fruto supremo del Espíritu, el amor. Porque el arrepentimiento nos hace libres para amar. Amén.

Domingo 13 de julio de 1986

SOLO CRISTO SALVA

Mateo 11:25-30

“Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado” Isaías 29:13

25 En aquel tiempo Jesús dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. 26 Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad. 27 »Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo.

28 »Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. 29 Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma. 30 Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana.»Mateo 11:25-30

LA CRUZ DE CRISTO sobre el Monte Calvario es testimonio del amor de Dios y de la incapacidad de la humanidad para salvarse a sí misma. Ni la ciencia, ni la religión son suficientes para transformar la vida humana, de tal manera que el pecado sea abolido y se viva una nueva naturaleza, un nuevo carácter y un nuevo ser. La miseria de la religión es el legalismo que fatiga el alma y la de la ciencia es la esperanza frustrada que no cristaliza en un nuevo hombre y una nueva sociedad. La única esperanza para el hombre es unirse a Cristo, seguirle y aprender de él. Sólo él puede dar descanso al afligido y menesteroso. Sólo él puede darle a la vida la alegría del amor.

¿Quién puede ser salvo?

Las ciudades judías en las que se encontraban escuelas de religión, se mostraron incapaces de entender el ministerio y la palabra de Cristo. Jesús fue claro al señalar la dureza de las ciudades impenitentes. Ellas representaron la esperanza humana de alcanzar la salvación a través de la religión. Una actitud que sigue presente en nuestra sociedad. Una y otra vez oímos decir que una u otra religión es el camino para llegar a Dios, Sectas nacen cada día con la promesa de dar salvación. No hay que olvidar las palabras de Jesús, no es la sabiduría ni la ciencia de las religiones de ayer o de hoy las que llevan a conocer a Dios.

No obstante hay quienes piensan que si bien la religión ha mostrado su fracaso para dar salvación y que el hombre sigue viviendo profundamente cargado, insatisfecho, cansado; las ciencias humanas si pueden ayudar al hombre a encontrar la felicidad. Se busca el equilibrio psicológico, la armonía familiar, el éxito personal, la paz o la justicia

social, y se levantan esperanzas, se mueven voluntades, se consiguen adeptos. Pero la realidad de nuestro entorno social, del hombre que vive al final del siglo XX, nos habla de la profundidad de su miseria y de la miseria de las ciencias para proveernos salvación.

Tanto la religión como las ciencias humanas son soluciones parciales a las necesidades profundas de la humanidad. En un caso, son expresiones de la realidad espiritual del hombre, en otro de su extraordinaria capacidad para descubrir, conocer, inventar. Pero su parcialidad no las desecha, sino las ubica en su justa dimensión. Por ello Jesús levanta su voz al Padre y le alaba porque no hay que ser entendido ni religioso para conocerle, incluso podríamos decir que la insinceridad y fatuidad de la sabiduría es el dique inamovible para conocer a Dios. Jesús señala que son los niños los sencillos, los agobiados y cansados, los pobres y desamparados los que pueden entender la voluntad del Padre y su ministerio, porque una actitud abierta a la revelación de Dios en Jesucristo.

¿Cómo podemos ser salvos?

Ni por obras, ni por conocimiento, la salvación es por gracia de Dios en Cristo Jesús, su Hijo. Porque el Padre ha entregado todas las cosas al Hijo y con todas las cosas ha recibido la autoridad divina para revelar la realidad del Padre al hombre. Jesús fue anunciado como Emanuel de Dios, que significa Dios con nosotros, Dios se ha hecho presente en el mundo en el hijo, porque el Padre y el Hijo uno son. (cf., Juan 1:1)

Jesús afirma que el Padre se conoce por el Hijo. No se le puede conocer por la ciencia, ni por la ley porque solo a través de Jesucristo Dios puede ser conocido como Padre y este conocimiento trasciende lo cognoscitivo, dando lugar a un conocimiento personal que solo es posible en el amor de Dios. Es así que entender la vida y ministerio de Jesús, es discernir el amor del Padre por cada uno de los hombres. (cf., Juan 3:16) de tal manera que el saberse amados por Dios, también le podemos responder en amor. Afirmamos por ello que el conocimiento de Dios tiene que ver con un conocimiento personal que se da en el Hijo Jesucristo cuando por la fe le aceptamos como Hijo de Dios, Salvador del mundo, perdonador de nuestros pecados y nuestro sustituto en la cruz del Calvario. Nada podemos hacer para alcanzar la salvación, solo recibir este regalo precioso que el Padre nos ha dado en su Hijo Jesucristo, el Cordero inmolado para nuestra justificación. Conocer a Dios como Padre es experimentar su amor revelado en nuestro Señor Jesucristo, su mansedumbre, su humildad, su entereza, su sacrificio cruento, su resurrección son hechos portentosos que testifican, expresan, encarnan el amor de Dios por el hombre.

El reposo para el cansado

Jesús rechazo el legalismo judío que fatiga el alma. El legalismo que desprecia a los pobres y a los sencillos, a los niños y a las mujeres. Por ello Jesús habla a los abatidos y les da una palabra de esperanza. Los invita a seguirlo, a vincularse con él de manera personal y les promete el descanso para su alma. La expresión de Jesús hace referencia al

descanso espiritual que se promete en el reino de Dios, un descanso que sus seguidores pueden vivir desde el momento en que se abandonen en sus manos y viven con él una relación de amor. Jesús dice no a la religión que propagan la salvación a través de una disciplina moral, y llama a abrir el alma y el corazón a la palabra del reino, que es invitación a seguirle a él cada día. Ser su discípulo. En éste discipulado el descanso espiritual que se predice para el reino se hace realidad en aquellos que se unen a Cristo y toma su yugo.

Un Yugo de amor

A través de la fe el hombre queda unido a Cristo, a través del discipulado el hombre expresa su fe en obediencia. El yugo de Cristo a diferencia de la religión, no domina ni oprime, sino libera porque es yugo de amor que se carga con gozo espiritual. Es yugo que permite labrar al mismo tiempo, sembrar con la misma intensidad, cosechar con regocijo, porque se siembra con amor y se comparte en amor. La obediencia a la palabra de Cristo no es la legalidad que conduce a la salvación sino el compromiso del amor que asume con responsabilidad la libertad que hemos recibido de él. Libertad que no es irresponsabilidad espiritual ni libertinaje moral, sino compromiso a transformar la vida a la imagen del Hijo, luchando a brazo partido y descansando en Dios, hasta que Cristo sea formado en cada uno de nosotros. Ser cristiano es aprender a descansar en Dios y en esa medida a obedecer su Palabra. Esta dimensión del amor es lo que le da al servicio cristiano un espíritu de alegría y regocijo espiritual. Porque los abatidos y cansados, los pobres y pecadores, son invitados por Jesús a levantar las manos cansadas y los corazones abatidos, a una nueva justicia del amor, que hace que la vida, el mundo, el hombre y Dios recobren su verdadero significado.

Seguir a Jesús, recibirle en tu corazón por la fe, ser su discípulo para amar con todo tu ser, levantando tus manos caídas, es la invitación que la palabra tiene para ti hoy. Amén.

Domingo 3 de agosto de 1986.

DE LA LIBERTAD CRISTIANA

Mateo 12:1-8

“... como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios.” 1 Pedro 2:16

12 Por aquel tiempo pasaba Jesús por los sembrados en *sábado. Sus discípulos tenían hambre, así que comenzaron a arrancar algunas espigas de trigo y comérselas. ² Al ver esto, los fariseos le dijeron: — ¡Mira! Tus discípulos están haciendo lo que está prohibido en sábado.

³ Él les contestó: — ¿No han leído lo que hizo David en aquella ocasión en que él y sus compañeros tuvieron hambre? ⁴ Entró en la casa de Dios, y él y sus compañeros comieron los panes consagrados a Dios, lo que no se les permitía a ellos sino sólo a los sacerdotes. ⁵ ¿O no han leído en la ley que los sacerdotes en el *templo profanan el sábado sin incurrir en culpa? ⁶ Pues yo les digo que aquí está uno más grande que el templo. ⁷ Si ustedes supieran lo que significa: “Lo que pido de ustedes es misericordia y no sacrificios”, no condenarían a los que no son culpables. ⁸ Sepan que el Hijo del hombre es Señor del sábado. Mateo 12:1-8 NVI

JESUCRISTO ES LA VERDAD. El afirmó: conoceréis la verdad y la verdad os libertará. La naciente iglesia cristiana fue asediada desde su nacimiento por la secta de los fariseos que insistía en que guardaran la ley con todos sus preceptos. Seguramente muchos de los primeros cristianos se interrogaban sobre su responsabilidad de guardar la ley judía. ¿Deberían seguir observando los ritos y ceremonias? ¿Eran libres de no sujetarse a ellas? Es una pregunta que recorre todo el Nuevo Testamento, desde las instrucciones de Jesús, hasta las cartas de Pablo, Pedro y Juan.

La orientación pastoral de nuestro Señor Jesucristo y los apóstoles apuntó a definir y caracterizar la libertad cristiana en relación con la ley, pero también en relación con las prácticas paganas. No obstante, debemos hoy considerar este tema en relación con la vivencia de la fe en el mundo contemporáneo.

La libertad cristiana y sus tensiones.

La imagen de un pueblo sufriente, ritualizado, religioso e incluso fanático, no puede apartarse de nuestros ojos cuando consideramos a nuestra América Latina, los sacrificios físicos y la observancia de ritos permea la práctica de la fe de muchos, las rodillas sangrantes de los paganos, las largas caminatas que pueden durar horas o días; las imágenes que se transportan de un templo a otro, las mandas e indulgencias, parecen desafiar las reformas iniciadas por la iglesia. El pueblo expresa su fe cargada de sufrimiento, dolor y sacrificio. La fe cristiana se ha señalado como rito y sufrimiento en

el contexto de la América Latina. Su pobreza misionera y ética es ampliamente conocida. La fe no alcanza a expresarse en un estilo de vida transformador, de genuina realidad de cambio.

El reduccionismo moralizante de la fe no ha sido menos paralizante. Porque si hay quienes viven la fe como rito y sacrificio, hay quienes lo hacen como una forma de vivir asignada por el “no”, lo que “no hacen”. Se renuncia a toda clase de vicios, se procura una conducta personal intachable, principios con clara raíz cristiana; pero no se ha orientado a un estilo de vida positivo y misionero. Ha sido sólo una forma de vida individual que ha perdido el sentido de vocación transformadora, diaconal y misionera.

Dos imágenes hemos señalado, primero la imagen ritual del catolicismo latinoamericano; segundo la imagen moralista del individualismo evangélico que hemos heredado. Ambos han de ser confrontados con la Escritura, a fin de considerar la libertad cristiana como un signo del reino de Dios inaugurado en Jesucristo su Hijo.

Las tensiones de la libertad pueden ser resumidas en tres: la religiosidad (como el fariseísmo), el moralismo (que reduce la fe a la conducta personal) y el libertinaje pagano, que no conoce normatividad alguna.

El conocimiento de la verdad

Jesús señaló que la libertad nace del conocimiento de la verdad. Es una afirmación que puede ser sostenida en diversos campos de la vida humana. ¡Que decir del sentido mismo de la vida o de la realidad espiritual del hombre! Porque la religiosidad y el fanatismo son una venda sobre los ojos difícil de arrancar. Pablo tuvo que ser derribado en el camino, seguro de su visión, para ser enceguedido y recibir el conocimiento de la verdad. Fue revelación divina que despertó en él la fe. Cuando Jesús habla de éste conocimiento de la verdad no se está refiriendo a la verdad de las ciencias, ni a la verdad de las humanidades, que puede ser expresada en un discurso lógicamente estructurado. Sino al conocimiento de una verdad que tiene que ver con la vida misma y su sentido, un conocimiento que si bien se recibe por el entendimiento humano, es de una realidad tan profunda, que solo la fe puede revelar. Experiencia que vivió el hombre que al ser sanado por Jesús solo alcanzo a afirmar: una cosa sé, que habiendo sido ciego, ahora veo. Su vida y el mundo, Dios mismo cobraron para él su verdadero significado.

Jesús fue quien afirmo: “yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6) Solo el conocimiento personal de Jesucristo, en un encuentro definido en la propia historia, que marque el seguimiento y la renuncia a uno mismo, permite el acceso a la verdad. No es conocimiento que se alcanza a través de la observación de ritos religiosos ni por la rectitud de la vida, sino por la fe en el Hijo de Dios.

La libertad cristiana es la liberación de la religiosidad y de la moralización. Es liberación del pecado y de la carne, de Satanás y de sus ángeles. Una libertad que se ha de vivir dentro de dos pautas claramente señaladas por Jesucristo: (1) su señorío y (2) la misericordia.

Los criterios de la libertad

La confesión de fe de la iglesia primitiva: Jesucristo es el Señor, tenía un amplio significado. Ciertamente era señal de su fidelidad a Jesucristo por encima de toda autoridad humana. También significó que por encima de sí mismos, Cristo era el Señor de su vida, el soberano. Confesión de claras implicaciones éticas, como las que subraya el apóstol Pedro en su primera carta, cuando instruye a la iglesia a abstenerse de sus deseos carnales, a fin de no ser considerados como malhechores. Un tercer significado de esta confesión fue la autoridad de Jesús en relación con el sentido de vida. Por ello no cesaban de predicar, obedeciendo a Dios antes que a los hombres, supieron acatar la prohibición del espíritu para llegar a Roma, como el caso de Pablo; o supieron obedecer a fin de dar la palabra a quienes consideraban inmundos (Romanos 15:22; hechos 4:19 y 10:28.)

En resumen la libertad cristiana significa estar bajo el Señorío de Cristo en las tres dimensiones señaladas: (1) negación a cualquier otra lealtad, (2) responsabilidad moral y (3) el sentido de la vida. Es libertad que exime de los preceptos religiosos que ponen el acento en el rito y no en el hombre. Creer en Jesús como Hijo del hombre entraña la plenitud de la revelación de Dios y en consecuencia la pérdida de vigencia de las leyes rituales.

El segundo criterio que nuestro Señor Jesucristo establece para la libertad cristiana es el amor. Un amor que se expresa en misericordia, un amor activo por el que sufre y vive marginado de Dios, de su prójimo, de su sociedad, de su religión y de sí mismo. El amor misericordioso, es servicio, es entrega, es restauración, es expresión de un pastoral fraternal que se vive con el otro para construirlo, para dignificarlo.

Cristo nos ha hecho libres de la ley y de los preceptos rituales de toda religión. Nos ha hecho libres de carne y de la tiranía del pecado, de buscar la justificación a través de las obras. Una libertad que ha de ser vivida bajo su señorío y orientada por el amor misericordioso. En estos criterios se basa el ejercicio de la responsabilidad personal y comunitaria, al vivir su fe en el mundo de hoy. Las sociedades contemporáneas, sustentadas en estructura de muerte y violencia, sociedades necrofilias, son desafío a la vivencia de la libertad cristiana. Señalamos solamente la filosofía hedonista que impera en las sociedades de consumo, o el legalismo que es la supremacía del rito sobre el hombre. Estas realidades de muerte han de ser sobrepujadas por la ética cristiana, sustentada en el Señorío de Cristo y el amor misericordioso. Es verdad que no podemos dejar de proclamar en medio de la religiosidad sufriente de nuestros pueblos, o de la moralidad negativa, o del libertinaje de muchas ciudades.

La libertad cristiana es una gran responsabilidad. Hay que cobrar conciencia de que hemos de dar cuentas delante del Señor del sentido que le hemos dado a nuestra vida en medio de las realidades de muerte en que vivimos. Nuestra responsabilidad es estar sujetos al Espíritu y amar activamente. Nuestra libertad ha de expresarse en acción misionera porque es el momento histórico que nos ha tocado vivir, y no lo podemos

soslayar. Si hay gozo y paz por la libertad de Cristo, esto ha de significar un estímulo que nazca del corazón y que se vierta en acción pastoral misionera, para que nuestra forma de vivir sea señalada como razón de esperanza, en este mundo cautivo y oprimido por su propia maldad. Esta es la verdad que hemos conocido y que somos llamados a anunciar. Amén.

Domingo 10 de agosto de 1986

ES LÍCITO HACER EL BIEN

Mateo 12:9-14

“⁹ Pasando de allí, entró en la sinagoga, ¹⁰ donde había un hombre que tenía una mano paralizada. Como buscaban un motivo para acusar a Jesús, le preguntaron: — ¿Está permitido sanar en sábado? ¹¹ Él les contestó: — Si alguno de ustedes tiene una oveja y en sábado se le cae en un hoyo, ¿no la agarra y la saca? ¹² ¡Cuánto más vale un hombre que una oveja! Por lo tanto, está permitido hacer el bien en sábado. ¹³ Entonces le dijo al hombre: — Extiende la mano. Así que la extendió y le quedó restablecida, tan sana como la otra. ¹⁴ Pero los fariseos salieron y tramaban cómo matar a Jesús.” Mateo 12 NVI

LA RELIGION, como la expresión del alma humana que busca un significado para sí, afecta los valores para bien o para mal. Cuando se hace uso de ella por grupos de poder es velo sobre la conciencia del hombre o carga que paraliza, atrofia y oprime.

La soberanía de Dios

Se piensa, se escribe, se reflexiona y se predica sobre el Reino. Hay quienes viven sustentados en la esperanza de que su obra sea ladrillo que donan para la construcción de una sociedad inspirada en los valores del reino. Un Reino que imaginan “construir” sustentados en utopías religiosas o de carácter secular. Vale preguntarse, sin embargo. ¿Es posible considerar el Reino sin partir del Señorío de Cristo Jesús? Así lo creyeron los fariseos. No supieron discernir que su expectativa del reino de Dios tenía principio en el reino del Mesías. Cerraron sus oídos a la confesión de Juan “he aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. (Juan 1:29)

Los fariseos amaban la ley y no pudieron entender su sentido. Vivieron su fe como la observancia de preceptos legales. Su observancia estricta la exigían de los otros, siendo indulgentes con ellos mismos. Así, hay quienes están dispuestos a discipular sin haber seguido la senda del discipulado, a misionar, sin haber sido misionados; a predicar sin haber encarnado la Palabra en el corazón; a servir, sin estar dispuestos a que Cristo lave sus pies. Lo cierto es que la religión trastoca los valores, se pierde de vista el sentido y el significado más profundo de la fe.

Consideramos otras contradicciones del mundo de hoy: hay quienes defienden la libertad asesinando a niños indefensos; la sociedad cristiana, arrasando aldeas campesinas; la justicia, pasando por encima de los derechos de los hombres y los derechos de los pueblos, la religión trastoca los valores, más aun cuando se le utiliza como instrumento de intereses mezquinos, de poder, de prosperidad, de placer.

¿Cómo vivir haciendo el bien en medio de un entorno, de un sistema, de una cultura, de una realidad sustentada en valores, inversiones, planificación e investigación para la muerte? Los fariseos estaban convencidos que vivir haciendo el bien, era vivir de acuerdo a la ley. Por ello la consideraban hasta las últimas consecuencias, en los detalles

más insignificantes. Pero Jesús no pone a su consideración una reflexión en torno a la ley, sino les confronta con la realidad de su práctica. Inflexibles con los otros, indulgentes consigo mismos. La absorción religiosa de su conciencia les impidió mirar y entender la acción de Dios en su propia historia.

Jesús sanó a un hombre con la mano seca. Su acción representa lo que él hace por todo hombre oprimido y paralizado por una interpretación de la ley sustentada en la hipocresía y los intereses de grupo de los fariseos. Esta secta había puesto sobre las espaldas del pueblo una cantidad de preceptos y normas que les hacía la vida imposible. Todo el peso del fanatismo religioso caía sobre las espaldas de Israel.

Al servicio del hombre

Jesús interpela a los fariseos: “¿cuánto más vale un hombre que una oveja” y ubica con claridad las prioridades divinas. Por encima de la ley (los preceptos religiosos) y de los bienes (la oveja) el hombre es valor supremo, objeto de su amor. Por ello Jesús subordina la observancia del sábado a las necesidades reales y urgentes del hombre, señala que aun más importante que los bienes, como la oveja que puede ser comprada o vendida, representando su valor en dinero- es el hombre. ¿Podríamos pedir mayor pertinencia para las realidades del mundo de hoy? La deuda y los intereses de la misma, usada como factor de presión y control, sacrifican a grandes porcentajes de la población cuyo valor, puesto en la balanza, parece no cobrar significado. Lo cierto es que a los pies del dios del dinero se sigue sacrificando vidas y ¡que decir del dios del poder! sus altares están atestados de ofrendas de armas atómicas, biológicas y espaciales. Mientras se sufren hambres en África, desnutrición y pobreza en la América Latina, vacío y sin sentido existencial en los países desarrollados.

Se sigue sacrificando al hombre que Dios creó, sustentó, redimió y santificó, al hombre que Dios ha amado entrañablemente y de quien espera recibir la gloria y la honra. A Dios le importa el hombre y el hombre oprimido que sufre. Hay que recordar que Jesús dijo: es lícito hacer el bien, y que el bien se realiza en acciones de misericordia.

Jesucristo es el Señor

Comentando el párrafo anterior (vv. 1-8) señalamos que el Señorío de Cristo entraña su autoridad sobre la vida, la conducta y el sentido de la existencia. Hoy debemos afirmar que el señorío de Cristo tiene que ver con los valores de su pueblo y la sujeción a su autoridad en todo lo que concierne a la forma de vivir y expresa nuestra fe en el mundo de hoy. El bien supremo, quien define nuestro estilo de vida, es Dios, revelado y encarnado en Jesucristo el Hijo. Vivir y expresar la fe de confesar: Jesucristo es el Señor, confesión que entraña el llamado a configurarnos a él. Si afirmamos que la configuración es objetivo de la vida cristiana, el principio del peregrinar en el mundo es el espíritu de redención de nuestro Señor Jesucristo. La actividad salvadora de Jesús al servicio del

hombre de nuestro tiempo, es criterio de conducta en una sociedad sustentada en la idolatría de los dioses de placer, el poder y el dinero.

Liberados para crear

La acción salvadora y regeneradora de Jesús se realiza en la vida del hombre por la acción del espíritu. Por la fe el hombre es liberado de las fuerzas espirituales de maldad y del pecado que le oprime y sojuzga. A partir de esa liberación se ha recibido el llamamiento para crear y aprovechar espacios nuevos de libertad en los que pueda ejercer su creatividad y acción transformadora. El hombre que vio sanada su mano sabía que adelante podría trabajar, transformar, crear; que estaba liberado de la opresión física y, a su vez, que Jesucristo le liberaba de la opresión religiosa de los fariseos. Jesús estaba creando espacios de libertad en los cuales los hombres podrían ejercer sus capacidades, talentos y dones.

¿Cómo olvidar la realidad de la fe en medio de los espacios cerrados de una sociedad sustentada en los ídolos de la muerte? Jesús nos ha llamado a ser luz y sol, a ser testimonio de la presencia del reino, un reino que esperamos y ya estamos testificando por la presencia del Hijo en nuestra vida. Es necesario articular esta fe en nuestra realidad para ser agentes de transformación, para ser creativos, para vivir en libertad, para ser portavoces de esperanza y amor. Nuestros hogares, nuestros lugares de trabajo y estudio, nuestros barrios y colonias, son espacios para vivir la fe en sentido transformador, misionero. Amén.

Domingo 17 de agosto de 1986.

HAY ESPERANZA

Mateo 12:15-21

¹⁵Consciente de esto, Jesús se retiró de aquel lugar. Muchos lo siguieron, y él sanó a todos los enfermos, ¹⁶pero les ordenó que no dijeran quién era él. ¹⁷Esto fue para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: ¹⁸«Éste es mi siervo, a quien he escogido, mi amado, en quien estoy muy complacido; sobre él pondré mi Espíritu, y proclamará justicia a las *naciones. ¹⁹No disputará ni gritará; nadie oirá su voz en las calles. ²⁰No acabará de romper la caña quebrada ni apagará la mecha que apenas arde, hasta que haga triunfar la justicia. ²¹Y en su nombre pondrán las naciones su esperanza.» Mateo NVI

CRISTO ES LA UNICA ESPERANZA. Su carácter, sus recursos, su vocación y su misión así lo señalan. Nuestro tiempo, época de incertidumbre, manos caídas, pies pesados, ojos opacados; de torrentes de palabras sin sentido, de acciones opresivas que aplastan, apagan y lastiman; tiempo en que la vida del hombre y la mujer parece un pábilo a punto de apagarse o una caña sostenida por un suspiro. Es tiempo en que es bueno oír la Palabra para saber o recordar, entender y vivir la realidad de Cristo. El es esperanza del hombre, de las naciones, del mundo entero.

Amor y obediencia

¿Quién es Jesús? El siervo de Dios. Siervo que se supo profundamente amado. Dos columnas que aplomaron su vocación. El servicio definió su identidad; el amor la seguridad de sus pasos. La relación con su Padre afirmó su rostro y solidificó su vida.

La iglesia primitiva entendió que la imagen profética del Siervo de Dios había sido cumplida en Jesús de Nazaret, el hombre que caminó junto a ellos, que miraron sus ojos y palparon sus manos, quien sujetó su voluntad a la del Padre a costa de su propia vida. La iglesia primitiva entendió mirando la vida de Cristo que ser siervo es sujetarse totalmente a la voluntad del Señor. El acompañarle paso a paso, les permitió seguir el perfil de su vida y el delineamiento de su fruto. En el crisol de la obediencia se asumió como Hijo y como Siervo. La imagen que Jesús cultivó en el corazón de sus discípulos no fue el ideal triunfalista de los judíos, sino la vida real de un humilde nazareno cuyo supremo ideal era estar sujeto a la voluntad de su Padre. El amor de su padre determinó su hablar y su callar, su sentir y su actuar, su vivir y su morir. No estuvo exento de sufrir la incertidumbre, pero asumió en obediencia la perfecta voluntad de su Padre.

El carácter del siervo se perfila en la obediencia y el del Hijo en la seguridad del amor del Padre. El que duda del amor vive en la incertidumbre y el desequilibrio, navega del exceso al rechazo y sufre profundamente la interrogante de su valer. Un Hijo amado se sabe deleite del padre, porque ha sido barro conformado en carácter, compartimiento, sentimientos y actitudes.

¿Cómo lograr que los tiempos de misión en que vivimos demanden de la iglesia un espíritu de servicio y de carácter afirmado en la seguridad del amor de Dios? La misión se sustenta en la obediencia y la vocación en un corazón seguro en el amor del Padre.

Espíritu y misión

La obediencia de Jesús y la seguridad del amor de su Padre fueron columnas de su vocación. Además, Mateo, al incorporar la profecía de Isaías, subraya la presencia del Espíritu, relacionándola con su vocación.

El Espíritu de Dios es el despliegue de todo su poder, de su actuar en el mundo, crea, enseña, renueva su vida. (Nehemías 9:20; Salmo 104:30). Dios pone su Espíritu en su siervo y le llena de poder, de vida, de esperanza y de fruto. Es llenura que le da la plenitud para el cumplimiento de su vocación: el anuncio de justicia a las naciones. La proclamación de la justicia de Dios se sustenta en su Espíritu, no en la ley. Porque la letra mata y el Espíritu vivifica.

Misión y proclamación están entrañablemente unidas. Jesús proclama la justicia de Dios a todas las naciones. No entendemos la proclamación como sinónimo de predicación. Porque en la proclamación se subraya la totalidad de la vida. Consideramos el ejemplo de Jesús: su enseñanza, su predicación, su acción, su servicio, la calidad de sus relaciones, sus actitudes, todo proclama la justicia de Dios. Así lo señala Mateo: se aparta de los fariseos, sana a todos los enfermos y exige no ser identificado públicamente. Todo su ser proclama la justicia de Dios.

Las cañas que están por romperse, los pábilos que han perdido su flama y solo humean, urgen de de la iglesia, - la comunidad de los siervos, una proclamación integral y encarnada. No es tiempo de caer en la verbalización del demagogo, sino del servicio humilde y sencillo; no es tiempo de hacer alarde de la misión, sino de disponerse a sanar a los que sufren, alentar a los desesperados, curar a los lastimados, compartir con los agobiados, liberar a los que vagan cansados por el peso de una religión que ha perdido su sentido. Sabemos de la ambigüedad de la vida: del dolor, de la desesperanza y, a la vez, de la dureza, de la obstinación del alma. Frente a los que usan la Palabra para engañar y el poder para aplastar, la iglesia se sabe comunidad de siervos, amados por el Señor, llenos del Espíritu, para amar, gozar, pacificar, bendecir, creer y compartir.

Una visión del futuro

El hombre del siglo XX espera el futuro con incertidumbre. ¿Qué traerá el mañana para nuestra Nación y nuestro Continente? ¿Qué puede esperar del futuro ese pábilo que humea y la caña cascada? ¿Qué esperanza se puede tener en medio de quienes alardean con demagogia y aplastan la vida y la sonrisa? Hoy se predica hambre, pobreza, enfermedad, injusticia y marginación. En medio de la incertidumbre nuestro Señor

Jesucristo ha formado un nuevo pueblo, una comunidad santa convocada a anunciar las maravillas de Dios.

El Siervo de Dios proclama la justicia y lucha hasta hacerla vencer. Abate la injusticia que es pecado, opresión, marginación, desesperanza. En la justicia del siervo el Hombre y el mundo han de cifrar sus esperanzas. Porque Cristo es la única esperanza para el hombre, pueblo y nación lacerados por el dolor, la pobreza, los estragos del sinsentido personal y de la injusticia. El pueblo que nuestro Señor Jesucristo ha conformado ha de anunciar estas palabras. Es Palabra de esperanza porque anuncia el triunfo de la justicia de Dios sobre la opresión del pecado.

Si tú has visto tu vida consumirse hasta perder la esperanza, si has sido doblado por el dolor y el desamor, si vives en medio de la opresión y la injusticia, Cristo es tu esperanza. Ya bien que seamos un varón seguro de sí mismo, o una mujer, joven o niño, Cristo es la única esperanza, el es la justicia de Dios, que ha sido expresada en amor, humildad y sacrificio. Nuestro Jesús es el Señor – Siervo que ha venido para que tengamos vida y en abundancia. Para confrontarnos con el más de la vida, para abrir el horizonte al futuro de Dios.

Abrir el corazón a la Palabra, permitir que su espíritu renueve la fe y el amor, comprometerse en esta empresa de vida, es convocatoria que Dios tiene para ti. Amén.

Domingo 24 de agosto de 1986.

¡HAY QUE DEFINIRSE!

Mateo 12: 22-37

²² Un día le llevaron un endemoniado que estaba ciego y mudo, y Jesús lo sanó, de modo que pudo ver y hablar. ²³ Toda la gente se quedó asombrada y decía: « ¿No será éste el Hijo de David?»

²⁴ Pero al oírlo los fariseos, dijeron: «Éste no expulsa a los demonios sino por medio de Belcebú, príncipe de los demonios.»

²⁵ Jesús conocía sus pensamientos, y les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo quedará asolado, y toda ciudad o familia dividida contra sí misma no se mantendrá en pie.

²⁶ Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo. ¿Cómo puede, entonces, mantenerse en pie su reino? ²⁷ Ahora bien, si yo expulsé a los demonios por medio de Belcebú, ¿los seguidores de ustedes por medio de quién los expulsan? Por eso ellos mismos los juzgarán a ustedes. ²⁸ En cambio, si expulsé a los demonios por medio del Espíritu de Dios, eso significa que el reino de Dios ha llegado a ustedes. ²⁹ » ¿O cómo puede entrar alguien en la casa de un hombre fuerte y arrebatarse sus bienes, a menos que primero lo ate? Sólo entonces podrá robar su casa. ³⁰ »El que no está de mi parte, está contra mí; y el que conmigo no recoge, esparce. ³¹ Por eso les digo que a todos se les podrá perdonar todo pecado y toda *blasfemia, pero la blasfemia contra el Espíritu no se le perdonará a nadie. ³² A cualquiera que pronuncie alguna palabra contra el Hijo del hombre se le perdonará, pero el que hable contra el Espíritu Santo no tendrá perdón ni en este mundo ni en el venidero.

³³ »Si tienen un buen árbol, su fruto es bueno; si tienen un mal árbol, su fruto es malo. Al árbol se le reconoce por su fruto. ³⁴ Camada de víboras, ¿cómo pueden ustedes que son malos decir algo bueno? De la abundancia del corazón habla la boca. ³⁵ El que es bueno, de la bondad que atesora en el corazón saca el bien, pero el que es malo, de su maldad saca el mal. ³⁶ Pero yo les digo que en el día del juicio todos tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan pronunciado. ³⁷ Porque por tus palabras se te absolverá, y por tus palabras se te condenará.» Mateo 12: 22-37 NVI

LA CEGUERA ESPIRITUAL es fruto de un corazón de mármol. Duro. Sólo así se comprende la virulencia con que reaccionaron los judíos ante la acción sanadora de Jesús. El maligno es atado, las fuerzas del mal caen bajo el poder del Espíritu, pero el corazón de los judíos, su maldad, su enfermedad de poder resiste. ¿Cómo podría haber perdón para quien cierra su horizonte a toda aurora, si quiere hacer de su cielo una nube de tormenta? La verdad es que el corazón del hombre, vulnerable a la enfermedad del poder, es duro, granítico, ante la acción del Espíritu.

En éste pasaje el evangelista Mateo narra el exceso a que llega la actitud de los judíos, acusan a Jesús de ser usado por Satanás. Pretenden exhibirlo ante el pueblo, lo agreden y ofenden; su acción desequilibrada es fruto de su temor, oyen las voces del pueblo que le identifican con el Hijo de David. Perciben amenaza. Su desequilibrio espiritual les hace llamar satánico a lo que viene de Dios y al Hijo de Dios lo califican de siervo del príncipe de los demonios. ¿Hasta dónde puede llegar la maldad de un corazón?

Hay que guardar el corazón

Cierto, de él mana la vida. Las palabras de los judíos que enfrentan a Jesús son testimonio de la realidad de un corazón cautivo en las redes del mal. Hay que aprender la lección, día a día se ha de meditar en la Palabra, porque ¡hay que guardar el corazón! Los sueños de grandeza, las ilusiones de poder son células cancerosas que acaban con el equilibrio espiritual. Hacen caer en lazos del diablo, del malo, del que se opone a Dios.

El corazón ha de guardarse de sentimientos egoístas, de pensamientos insanos, de actitudes soberbias, ¡como dañan! Lastiman la propia intimidad separan del hermano, agreden a la comunidad. Los ataques del maligno no se hacen esperar, son dardos de fuego. Y ¡que podríamos decir de quienes hacen de poder su derrotero en la vida! Su horizonte es de muerte porque ellos mismos se cierran la puerta de la esperanza. El poder no reconoce límites, ni la salud personal, ni la integridad familiar, ni el cultivo espiritual, ni la justicia, la equidad o la paz. Perturba la visión, confunde los senderos, endurece el corazón. ¿Qué de nuestro corazón?

Hay que vivir en la dimensión de Cristo

Jesús es realidad de salud. Los cojos andan, los leprosos son limpiados, los paralíticos se afirman sobre los pies, los endemoniados son liberados. Su poder y su amor, su vocación y ministerio se realizan en obras, en acciones, en palabra salutíferas. El pasaje de Mateo nos muestra a un hombre que sufre la opresión satánica como mudez y ceguera. El poder del diablo anuló su palabra y su visión. Jesús atiende la necesidad de este hombre, se mueve en acción de misericordia, lo libera de su opresión. Así actúa el enemigo de nuestras almas, oscurece los ojos y enmudece. ¿Que paso puede dar un hombre sin visión y sin palabra?

Jesús sana las profundas carencias de un alma oprimida, los ojos que no miran, el mutismo del que sufre. No poder mirar y no expresarse reducen al hombre a la soledad de su propio desvío. El soliloquio del que vive oprimido en canto de muerte que contempla su propia destrucción. De este cuadro de muerte, oscuro, silencioso, inexpresivo, Jesús saca al hombre que sana. ¡Cómo no vivir en la dimensión de Cristo!

Hay que vivir en la dimensión del Reino

¿Cómo interpreto Jesús su acción en la persona del endemoniado? "...si yo por el espíritu de Dios hecho fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios".

La acción de Jesús es el Ya del reino que ha llegado hasta los hombres. ¿Que vieron los judíos? La acción del príncipe de las tinieblas. ¡ Que distorsión; Llamam a lo divino satánico, a lo liberador, opresor; a lo bueno, malo y a lo justo, injusto. Su ceguera y dureza de corazón fue tal que se volcó en agresión al Hijo de Dios.

Hay que decidirse a vivir en la dimensión del reino: es liberación y salud. La presencia del reino en Jesús es fuerza que libera de las opresiones satánicas que deforman el vivir. La dimensión del reino es la renovación del hombre que crece y se conforma a la estatura del varón perfecto. Y, aún más la dimensión del Reino es la seguridad de que el malo, el príncipe de las tinieblas ha sido atado y su reino saqueado. Vivir en la dimensión del espíritu es hacerlo con la perspectiva del reino. La historia de la salvación se consuma en la inminencia del reino de Dios. Hay que discernir su presencia en medio de la Historia.

Dios nos ha incorporado en su reino por la acción liberadora de Jesús. Discernirlo en los tiempos de hoy demanda de los discípulos una decidida incorporación a la acción liberadora que testifica de la presencia del espíritu en el cumplimiento de la misión. El actuar y sentir, pensar y hablar, han de sustentarse en el propósito salutífero de Dios en la dimensión del reino. Si la acción satánica enmudece y engeguece, la acción de Dios en Cristo Jesús , sana y libera. Definirse como discípulo es vivir como signo del reino, proclamando el poder de Jesús en palabra y obra, como estilo de vida.

Somos signos del Reino

La iglesia de Jesucristo es un signo del reino de Dios porque ha sido investida de poder espiritual. Es poder que capacita para ser testigo, para hacer discípulos, para enseñar a guardar todos los mandamientos de Dios, para bautizar y esperar el advenimiento del reino sustentados en su presencia hasta el fin del mundo.

Jesús respondió con la palabra de advertencia la agresión de los judíos. Señaló que el poder trasformador del espíritu es la presencia del reino. Más que confusión o equívoco, los judíos Vivian la realidad de un corazón duro, malo, de una vida orientada al sueño de poder. ¿Por qué se resiste la Palabra de Cristo? ¿Por confusión, incomprensión, ignorancia? ¿No se trata de una vida orientada a la adoración de ídolos?

La acción del Espíritu en Jesús es una llamada al hombre para que cambie la orientación de su vida, para que se defina. El fuerte, el príncipe de las tinieblas ya no tiene poder; el reino de Dios se ha hecho presente, en Cristo la salud y la liberación se han tornado en realidad. Permitimos hoy que su poder transforme la ceguera espiritual y el mutismo en que hemos vivido oprimidos por el diablo. Cristo es poder de Dios que sana y libera. Amén.

Domingo 31 de agosto 1986

UNA SEÑAL DESCONCERTANTE

Mateo 12:38-42

³⁸ Algunos de los fariseos y de los maestros de la ley le dijeron: —Maestro, queremos ver alguna señal milagrosa de parte tuya.

³⁹ Jesús les contestó: —¡Esta generación malvada y adúltera pide una señal milagrosa! Pero no se le dará más señal que la del profeta Jonás. ⁴⁰ Porque así como tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre de un gran pez, también tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en las entrañas de la tierra. ⁴¹ Los habitantes de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación y la condenarán; porque ellos se arrepintieron al escuchar la predicación de Jonás, y aquí tienen ustedes a uno más grande que Jonás. ⁴² La reina del Sur se levantará en el día del juicio y condenará a esta generación; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí tienen ustedes a uno más grande que Salomón. Mateo 12:38-42 NVI.

LA SENSIBILIDAD ESPIRITUAL es fruto de saber escuchar la Palabra y estar abierto al sople del Espíritu.

Jesús califica a su generación de mala e idólatra. Dejándose arrastrar por las fuerzas espirituales de maldad se va tras otros dioses. Su actitud contrasta: a diferencia de Nínive, no se han arrepentido, no han estado dispuestos a escuchar la sabiduría de Dios, como lo hizo la Reina del Sur. Con arrogancia le piden una señal, Jesús les contesta con el contra signo de su muerte, una señal desconcertante.

Una generación idólatra

La maldad de los judíos se expresa a través de tres actitudes que mostraron ante Jesús: 1) ponen en duda su autoridad, no la aceptan; 2) siguen a dioses falsos; 3) no están dispuestos al arrepentimiento.

Los capítulos 11 y 12 del Evangelio de Mateo muestran a Jesús desplegando su autoridad espiritual. Como Mesías tiene poder para sanar a los enfermos, echar fuera a los demonios e interpretar la ley. Una y otra vez los fariseos se escandalizan al ver el comportamiento del predicador de Galilea. Sus preguntas afloran: ¿Con que autoridad haces esto? No están satisfechos vuelven a interrogar, procuran matarlo y en los versos 38 al 42 le demandan una señal. ¿Tienen disposición para recibirla, entenderla, asimilarla? Jesús conoce su corazón (cf. Juan 2: 24,25) y la actitud que han adoptado ante su persona y ministerio. ¿Cómo podrán entender la Palabra si no están dispuestos a reconocer la autoridad de Jesús?

La idolatría es mal que corroe el corazón, gusano que corrompe, pudre el espíritu. Israel fue vulnerable a este pecado: “Tus hijos me han abandonado, y juran por

dioses que no son dioses. Les di comida en abundancia, pero me fueron infieles y en masa se entregaron a la prostitución” (Jeremías 5: 7 VP).

¿Cuáles son los dioses falsos que sigue Israel? En el ministerio del profeta Jeremías fueron los baales y las diosas paganas. En el tiempo de Jesucristo: la religión, el poder, el hombre mismo. Jesús sabe que se trata de la misma realidad: los judíos se han cerrado al soplo del Espíritu y viven centrados en sí mismos.

Finalmente la enfermedad de su corazón se testifica en su actitud impenitente. Jesús señala que su culpa es mayor que la de los gentiles. Nínive al oír la predicación del profeta Jonás, se arrepintió; la Reina del Sur acudió desde lejanas tierras a escuchar la sabiduría de Salomón; pero Israel no ha estado dispuesta al arrepentimiento ni a oír la voz de Dios en Jesucristo el Hijo. Por ello, nuestro Señor se resiste a darles señal. Conoce su incredulidad, su idolatría, la maldad que hay en su corazón.

Se necesita un cambio

La invectiva de Jesús fue clara: “Ha llegado el tiempo, el Reino de Dios está cerca. Vuélvase a Dios y acepten con fe sus buenas noticias” (Marcos 1:15 VP) Arrepentirse y creer es la invitación, la exhortación, la llamada de Jesús a su generación y a la humanidad. El arrepentimiento, como se señala en el pasaje de Marcos, es una vuelta a Dios, reconciliación, sujeción a su voluntad. ¿Qué pudo significar para escribas y fariseos esta proclamación del Señor? El pueblo les reconocía como hombres celosos de la ley, entendidos en las Escrituras; Jesús les llama al arrepentimiento, al cambio, a la conversión, a la transformación de su relación con Dios. El arrepentimiento es renuncia a sí mismo, al yo y al uso egoísta que se puede hacer de la religión; es reconciliación con Dios, sujetarse a su voluntad y seguir sus pisadas. Jesús atiende a la relación personal, íntima, de corazón y rechaza la ritualización de la fe porque esconde la dureza del corazón.

Creer nace del oír. Nadie puede creer en la buena nueva de Dios, si no ha sido un atento escucha de la Palabra de Dios. La Escritura afirma que la fe nace del oír la Palabra. Palabra que se ha revelado en Jesucristo, Testimonio del amor, la gracia y la misericordia de Dios. La Reina del Sur supo oír la sabiduría de Dios en Salomón; los judíos no supieron oír la predicación de nuestro Señor Jesucristo y alguien mayor que Salomón estaba con ellos.

¿Qué clase de oidores somos: indiferentes, superficiales, distraídos, reproductores? Oír es actitud trascendente, porque de oír nace la fe.

Es cierto, se necesita un cambio, un cambio que nazca de Palabra. Cambio que es arrepentimiento de vivir centrado en uno mismo y empezar a vivir para Dios y el hermano. Porque...si alguno quiere venir en pos de mi, niéguese así mismo, tome su cruz cada día y sígame”. (Lucas 9:23)

La muerte de Cristo

Ante la solicitud de los judíos Jesús ofrece una señal desconcertante. Hace referencia al profeta Jonás y señala los tres días y tres noches que pasó en el vientre del pez; este evento le permite anunciar que él pasará tres días y tres noches en las entrañas de la tierra. Es imaginable el asombro de escribas y fariseos: ¿Cómo entender a Jesús como Mesías si en lugar de victoria y poder, fuerza y orgullo, habla de una realidad de muerte? “Ha llegado la hora para que el Hijo del hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:23b, 24). La muerte de Cristo significa vida para muchos. Porque si el grano de trigo no muere, solo es un grano, pero si muere su fruto es abundante. Así mismo la muerte de Jesucristo ha dado fruto de redención para el hombre: vida y liberación. La disposición de Jesús para sufrir el abandono y la exclusión de la presencia de Dios, ha redundado en la adopción y reconciliación del hombre con Dios. Esta es la prueba gloriosa de su identidad como Mesías, el cumplimiento de su misión: la muerte del hijo ha sido la forma en que Dios ha reconciliado al mundo, es la buena noticia de salvación.

El signo desconcertante de su muerte es para nosotros la prueba de su amor y sacrificio. Es señal que llama al arrepentimiento y la fe. Es convocatoria celeste para que el hombre cambie su actitud ante Jesús y deje en él la totalidad de su vida. Es exhortación a cambiar el rumbo de la vida y sus propósitos, a dejar de vivir para sí, que es muerte, y empezar a vivir en la dimensión del Reino de Dios. La muerte de Jesús es buena noticia. Como testimonio de su amor, en el sacrificio de su hijo, Dios te llama para que aceptes este sacrificio para perdón de tus pecados. Así lo dice la Palabra: Jesucristo se ofreció en sacrificio para que nuestros pecados sean perdonados; y no sólo los nuestros, sino los de todo el mundo”. (1 Juan 2:2 VP) Amén.

Domingo 7 de septiembre de 1986.

¿QUE ES SER CRISTIANO HOY?

Mateo 12:43-45

⁴³»Cuando un espíritu maligno sale de una persona, va por lugares áridos, buscando descanso sin encontrarlo. ⁴⁴Entonces dice: “Volveré a la casa de donde salí.” Cuando llega, la encuentra desocupada, barrida y arreglada. ⁴⁵Luego va y trae a otros siete espíritus más malvados que él, y entran a vivir allí. Así que el estado postrero de aquella persona resulta peor que el primero. Así le pasará también a esta generación malvada. Mateo 12

SER CRISTIANO es ser discípulo de Cristo: “... y a los discípulos se les llamo cristianos por primera vez en Antioquía”. (Hechos 11:26).

En el trascurso de la historia el mundo ha reaccionado de diversas maneras ante el testimonio de los cristianos. El Imperio Romano reaccionó con virulencia, persiguiendo a la Iglesia primitiva. La época medieval absorbió al cristianismo, de tal forma que el poder de la Iglesia llegó a extremos absolutos. En el mundo moderno se entendió como una cultura. La época contemporánea lo enfrenta como un término vacío de significado, se le asocia a una religión que en muchos casos está muy lejos del espíritu del Evangelio.

¿Cuál es la concepción que cada uno de nosotros se ha formado de lo que es ser un cristiano? Hay quienes piensan que ser cristiano es adherirse a una religión, ser miembro de una iglesia, compartir ciertos valores, creer en Dios, haber vivido la experiencia de la conversión. El pasaje de esta ocasión puede ayudarnos a entender el significado de lo que es ser cristiano en el mundo de hoy. En los versos 43 al 45 Jesús habla de un hombre y de toda una generación. El texto puede ser considerado como una referencia al pueblo judío, pero también como una palabra de advertencia a la iglesia. Señala lo sombrío que es el futuro para quien no se ha comprometido en el discipulado. Hay en este pasaje una dimensión del discipulado poco considerada, la lucha espiritual que entraña seguir a Cristo.

La conversión

¿Qué es convertirse a Cristo? La Biblia enseña que la conversión es un cambio profundo, un cambio desde la raíz, la transformación total de la vida.

Pero la conversión no se agota en un instante, es un proceso continuo que se ha originado en la restauración de la relación con Dios. Dios llama y el hombre responde por la fe. Esta respuesta humana se acompaña por un sincero y profundo arrepentimiento, “arrepentíos y creed en el Evangelio” (Lucas 13:3) Arrepentirse es abandonar la forma de vivir que no agrada a Dios: violando su ley, desobedeciendo sus propósitos, estar fuera de su voluntad.

El remordimiento es percatarse de que se ha obrado mal y atormentarse por ello. Quien sufre remordimientos derrama lágrimas de dolor y angustia; pero mantiene su

mismo estilo de vida, sus mismas conductas, transita por los senderos de siempre. El remordimiento, fruto de una conciencia que acusa, no implica necesariamente un cambio de conducta ni de relación con Dios. Por ello, la conversión es mucho más que el remordimiento y los buenos propósitos, es vincularse de una manera personal con Jesús y permitir que el Espíritu transforme desde la raíz la totalidad de la vida. Convertirse a Cristo es amar a Dios, amar al prójimo y amarse a uno mismo.

¿Qué es ser discípulo?

Un discípulo es aquel que ha vivido la experiencia de la conversión. Quien se ha arrepentido de su pecado y ha dispuesto su vida para relacionarse con Jesús, seguir sus pisadas, tomar su cruz, obedecer sus mandamientos.

El discípulo cristiano puede ser expresado de distintas maneras. Aquí se señalan diez formas. 1) Es haber vivido la experiencia de la conversión 2) Renunciar a uno mismo, disciplinar la vida y dar testimonio cada día. 3) Ser igual al maestro tanto en conducta como en apostolado. 4) Haber vivido un cambio tanto en las estructuras mentales como en el estilo de vida. 5) Seguir a Jesús, participar de su misión y obedecer su palabra. 6) Vivir en el nuevo orden del Señor. 7) Permanecer en su Palabra, en la oración, en la comunión fraternal y en el testimonio. 8) Asumir un ministerio 9) Estar dispuesto a padecer con Cristo. 10) Amar, perdonar, restaurar, reconciliar, adorar y servir. Lo propiamente característico del discipulado es el cambio radical en la relación con Dios que se proyecta en nuevas relaciones con el prójimo, con el mundo y con uno mismo.

El discipulado cristiano entraña lucha espiritual. Los versos 43 y 44 señalan que el espíritu maligno busca recobrar el control de la vida del hombre. Advierte del peligro de un acercamiento a Jesús que no se viva como discipulado, de un remordimiento que no entrañe conversión, de un seguimiento que no se exprese en compromiso. Es de funestas consecuencias. Los siete espíritus malignos simbolizan el control total del maligno sobre la vida del hombre o de toda una generación. La casa que ha sido desocupada, barrida y arreglada es atractiva a los espíritus malignos. Son espíritus que irrumpen en la vida sin ningún tipo de consideración, se apropian de la casa y la destruyen.

No podemos pasar por alto el poder destructor de Satanás. Está activo en nuestro tiempo y destruye la vida de muchos hombres y de los cristianos que le dan lugar en su vida. Por ello la Palabra nos exhorta a resistirle con la promesa de que de nosotros huirá.

La comunidad discipuladora

La iglesia de Jesucristo es una comunidad llamada a formar discípulos. No solo a través de programas formales de educación cristiana, educación teológica y adoración, sino estimulando una forma de vivir acorde con los valores del Reino de Dios. El discipulado es la misión en profundidad de la iglesia. En un mundo lleno de cristianos nominales, de cristianos espurios, los desafíos de la Palabra y el soplo del Espíritu son

contexto y sustento de esta labor lenta y sistemática que tiene como propósito llegar como un solo cuerpo hasta la Estatura del Varón Perfecto.

Dios nos ha llamado a ser discípulos de Jesucristo. Como iglesia hemos recibido la encomienda de hacer discípulos. La iglesia es un cuerpo y como tal ha de crecer de manera coordinada, ejerciendo cada discípulo el don y ministerio que ha recibido de parte del Señor. Dones y ministerios que tienen como propósito la edificación de la iglesia y la proclamación del Reino.

Ser cristiano es ser discípulo de Jesucristo. Negarse a uno mismo, tomar su cruz y seguirla cada día. Es conformarse a su imagen y crecer en él, bajo la soberanía del Espíritu y la guía de la Palabra. Es la Palabra que Dios tiene para cada uno de nosotros hoy, porque el diablo asecha como león rugiente. ¡Hay que estar alertas! Amén.

Domingo 14 de septiembre de 1986

SOMOS FAMILIA DE DIOS

Mateo 12:46-50

⁴⁶ Mientras Jesús le hablaba a la multitud, se presentaron su madre y sus hermanos. Se quedaron afuera, y deseaban hablar con él. ⁴⁷ Alguien le dijo: —Tu madre y tus hermanos están afuera y quieren hablar contigo.

⁴⁸ —¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? —replicó Jesús.

⁴⁹ Señalando a sus discípulos, añadió: —Aquí tienen a mi madre y a mis hermanos. ⁵⁰ Pues mi hermano, mi hermana y mi madre son los que hacen la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Mateo 12 NVI

SER HIJOS DEL PADRE CELESTIAL es misterio que se despliega en fe y obediencia. Jesús reconoce como hermano a quien cree y acata la voluntad perfecta de Dios. Las palabras de Jesús dieron cumplimiento a la promesa dada a Abraham "... y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Génesis 12:2b). No somos hijos de Dios por accidente, su amor por todo el mundo también nos ha cubierto. Es amor por el que hemos sido adoptados para vivir con precaución, disciplina y propósito.

La familia de Jesús

Los versos 46 al 50 de Mateo 12 señalan que el rechazo de Jesús ha llegado al extremo. Las sectas judías le han asediado hasta procurar matarlo, Corazín y Betsaida no han oído su llamado al arrepentimiento. Los fariseos le han llamado siervo de Satanás. En medio de estas tensiones Jesús ha señalado con claridad tres actitudes que no concuerdan con el Espíritu del Reino de Dios. Actitudes mostradas por los judíos.

Su soberbia. Es proverbial el sentimiento de superioridad que desarrollaron los judíos. Saberse pueblo escogido por Dios despertó un sentimiento de desprecio por los no judíos, por los gentiles. Fue conocimiento que les indigestó, no alcanzaron a digerirlo. Jesús observó esa conducta y la desaprobó. Así lo enseñó en la parábola del fariseo y el publicano. "El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera a Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres ladrones, injustos, adúlteros, ni aún como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmo de todo lo que gano" La sentencia de Jesús fue definitiva: cualquiera que se enaltece será humillado. (Lucas 18:9-14). Los soberbios no entrarán al Reino de los cielos, sino los humildes, quienes se saben indignos de mirar el rostro de Jesús, de tocar sus manos. La sencillez de espíritu es la actitud de la familia de Jesús.

Su exclusivismo. Fue actitud que se tomó en discriminación. La comprensión que Jesús tuvo de la voluntad del Padre fue totalmente diferente. El verso 50 dice en nuestras versiones. "Todo aquel", otras enfatizan su generalidad traduciendo, "cualquiera que". Ser parte de la familia de Dios no es patrimonio de una raza o de un grupo especial. Es bendición que se ha abierto para todo hombre: "Porque de tal manera amo Dios al

mundo...” también a los negros, a los amarillos, a los morenos; a los del sur y del este, a pobres y ateos, a malvivientes y virtuosos; especialmente a los pequeñitos. Una familia universal.

Su formalismo. La ritualización de la fe judía sacrificó el fondo por la forma. Sus ceremonias llegaron a ser detestables para el Señor. Por ello, en la familia de Jesús la pertenencia tiene que ver con la relación personal, que se sustenta en la fe en Jesús. No se es parte de su familia por la observancia de una serie de ritos religiosos, sino de vincularse a él, creer y seguirlo.

Hasta aquí hemos señalado tres precauciones que hemos de observar: la soberbia, el exclusivismo y el formalismo. Hay que mantener clara la perspectiva del Reino: humildad, universalidad y fe que se traduce en obediencia.

Llamados a la obediencia.

Ser hijo es aprender a vivir en el ámbito de la familia. En la familia se enseña a observar hábitos que forjen el carácter: perdonar, servir, ayudar, soportar. De forma natural los hijos obedecen a sus padres. Es la forma en que se transmite de generación en generación una herencia invariable de conocimientos. La obediencia al padre es hábito que da seguridad en el niño que está formando su carácter. Y si esto se da en la familia como núcleo social, ¿qué decir de la familia de Dios! También en ella somos llamados a la obediencia, porque la voluntad del Padre celestial es perfecta. Jesús afirmó que la familia de su Padre está formada por aquellos que acatan su voluntad. Ya lo había enseñado cuando guió a los discípulos en la oración del Padre nuestro “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10).

Acatar la voluntad del Padre y la voluntad de Jesús es una y la misma cosa. En Cristo hemos conocido al Padre, en el Hijo, obedecemos al mismo Padre. Obedecer al hijo es obedecer al Padre. Oír a Cristo es comprometerse a acatar su voluntad (Mateo 7:24) Hay una profunda razón en todo ello, sólo el Hijo conoce al Padre y solamente él es quién lo revela (Mateo 11:27)

La voluntad del Padre es que creamos en el Hijo y sigamos sus pisadas. La fe que se despliega en obediencia es un camino que transitamos tomados de la mano de Jesús. Por ello, la obediencia es estilo de vida, porque la respuesta de fe se verifica en el acatamiento de su voluntad.

Hay que ubicarse como familia de Dios

El mundo natural nos enseña que hay especies de animales en las que las madres se comen a sus hijos; otras en la que los hijos se comen a su madre. Así mismo, en los núcleos humanos, hay un empobrecimiento de la estructura familiar que daña mortalmente a sus miembros. ¿Será problemática ajena a la familia de Jesús? Así como hay hijos rebeldes en el seno de los hogares, también los hay desubicados en la familia de

Dios. La desubicación espiritual tiene como resultado el empobrecimiento de la vida, un caminar cansado y cargado, hasta llegar a la pérdida de la vida misma.

¡Hay que ubicarse en Dios! El es el Padre y nosotros somos hijos. ¿Cuál es el significado de esta verdad, que propósito tiene ser parte de la familia de Dios? Motivo de soberbia y exclusión. ¡No!

El Apóstol San Pablo señala en su Carta a los Efesios (2:14-22) que somos hijos para que seamos templo santo, morada de Dios en el Espíritu. La fe y la obediencia son puerta de entrada a este espacio de vida. Sus implicaciones éticas son claras, ¡qué decir de la dimensión de eternidad!

Así es que si tú has creído, perteneces a la familia de Dios, has sido llamado a acatar Su Voluntad y a vivirla con todo gozo en cada espacio de tu vida. Amén

Domingo 21 de septiembre de 1986

COMO TENER UNA VIDA FRUCTIFERA

Mateo 13:1-9, 18-23

“1 Ese mismo día salió Jesús de la casa y se sentó junto al lago. 2 Era tal la multitud que se reunió para verlo que él tuvo que subir a una barca donde se sentó mientras toda la gente estaba de pie en la orilla. 3 Y les dijo en parábolas muchas cosas como éstas: «Un sembrador salió a sembrar. 4 Mientras iba esparciendo la semilla, una parte cayó junto al camino, y llegaron los pájaros y se la comieron. 5 Otra parte cayó en terreno pedregoso, sin mucha tierra. Esa semilla brotó pronto porque la tierra no era profunda; 6 pero cuando salió el sol, las plantas se marchitaron y, por no tener raíz, se secaron. 7 Otra parte de la semilla cayó entre espinos que, al crecer, la ahogaron. 8 Pero las otras semillas cayeron en buen terreno, en el que se dio una cosecha que rindió treinta, sesenta y hasta cien veces más de lo que se había sembrado. 9 El que tenga oídos, que oiga.»

18 »Escuchen lo que significa la parábola del sembrador: 19 Cuando alguien oye la palabra acerca del reino y no la entiende, viene el maligno y arrebató lo que se sembró en su corazón. Ésta es la semilla sembrada junto al camino. 20 El que recibió la semilla que cayó en terreno pedregoso es el que oye la palabra e inmediatamente la recibe con alegría; 21 pero como no tiene raíz, dura poco tiempo. Cuando surgen problemas o persecución a causa de la palabra, en seguida se aparta de ella. 22 El que recibió la semilla que cayó entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de esta vida y el engaño de las riquezas la ahogan, de modo que ésta no llega a dar fruto. 23 Pero el que recibió la semilla que cayó en buen terreno es el que oye la palabra y la entiende. Éste sí produce una cosecha al treinta, al sesenta y hasta al ciento por uno. Mateo 13: 1-9, 18-23 NVI.

PERMANECER EN LA PALABRA es siembra que da fruto. Cuando Jesús se sentó en la barca y se dispuso a enseñar, sabía que la vida de la multitud que le observa es semejante a una planta que puede secarse o fructificar. El propósito de hablarles en parábolas era poner ante su conciencia una situación que debían juzgar.

Jesús compara el corazón del hombre a la tierra, hace cuatro distinciones y advierte de tres amenazas que se ciernen contra la semilla para evitar que fructifique.

Todo hombre quiere tener una vida fructífera. ¡Qué decir de los discípulos de Cristo; Lograrlo supone encarar desafíos, superar problemas, perseguir objetivos definidos. Así es el reino de Dios, contra él se levantan tres poderes que quieren sacar, ahogar y destruir la Palabra.

Cuando Jesús habla, siembra la Palabra del Reino en el corazón del hombre. Primero la semilla y luego la pequeña planta son asediadas por fuerzas externas que pretenden destruirlas. Vencer estos poderes y caer en buena tierra son las expectativas de la Palabra. ¿Cómo lograr que la planta subsista? ¿Cómo avanzar para que la vida cristiana sea fructífera? Aquí consideramos cuatro lecciones.

Resistir al maligno

La Palabra del reino sufre oposición de diversos poderes. El primero de ellos es el poder demoníaco de Satanás. Ataca al entendimiento del hombre. Jesús le llama “el malo”. Pretende arrebatarse la semilla sembrada en el corazón, perturbar el alma para que la Palabra no sea comprendida en sus implicaciones de arrepentimiento, conversión y discipulado.

¡Cómo pasarlo por alto! el diablo pretende arrancar la Palabra, ella es el objeto de sus dardos de fuego, conoce su poder, propósito y bendición. También ataca el entendimiento humano, provocando incompreensión, confusión y perturbación espiritual. Por ello estimula actitudes de incredulidad que generan resistencia a la Palabra (cf. Juan 5:38). Con sutilidad le dice al que lo quiere oír “Esto no es para ti..., no lo entiendes..., no hay perdón que te pueda alcanzar...” Arrebata el mensaje de esperanza que ha llegado al hombre por proclamación de la Palabra. No se detiene y ataca con tentaciones de poder y gloria. Así les sucedió a los fariseos. Por ello, hay que resistir al diablo, ya que nuestra lucha es contra huestes espirituales de maldad que provocan incredulidad, que ponen en duda la verdad de la Palabra y estimulan deseos de poder y gloria encarnados en las ideologías de este siglo.

Dominar las emociones

La segunda lección atiende al oyente superficial cuyo corazón esta rebosando de pedregales. Su primera reacción ante la Palabra es eufórica, pero al poco tiempo se descubre como inconstante y superficial. En la vida del creyente superficial la plantita ha empezado a crecer, pero no echa raíz, el terreno es pedregoso. La propia emotividad que le hace reaccionar con euforia, lo lleva a abdicar, tropezar y finalmente, secarse.

¿Cuáles son las adversidades que no pudo superar? La persecución y la aflicción por causa de la Palabra del reino. Jesús se había referido a esta realidad al decir: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos” y “... cualquiera que oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena... y cayó, y fue grande su ruina” (Mateo 5:10, 7:26, 27)

Hay vidas que se secan porque son carnada de las emociones. Su fin es la amargura, la tristeza y el desánimo. No estuvieron dispuestos a que la Palabra echara raíz y que su vida creciera como un árbol frondoso, alimentado por ríos de agua viva. Es cierto, la Palabra del reino despierta lucha, aflicción y persecución; así fue para Jesús, los apóstoles, la iglesia primitiva, el pueblo de Dios, ¿será menos para nosotros hoy?

Matar la carne

Hay vidas que se pudren. Apestan a putrefacción, a descomposición. Se han dejado envolver por los placeres de este mundo y seducir por la riqueza. Jesús se refiere a la Palabra que ha sido sembrada entre espinas y que es asediada en tal forma que

terminan por ahogarla. Jesús habla del hombre asediado por las persecuciones y tentaciones. De aquel que finca su seguridad en lo que posee y su felicidad satisfaciendo los afanes de este siglo. La palabra ha sido sembrada en su corazón, pero, ¡de nada le sirve! es infructuosa. Vive engañado en su propia situación. Frente al hombre mundano, el discípulo de Cristo es el pobre de espíritu que no cae presa del afán, ni es seducido por la riqueza. ¿Cómo eludir la realidad de tantas vidas infructuosas cuya esterilidad es resultado del afán y la riqueza? ¿Cómo pasar por alto el hecho de que esta actitud se hace concreta en una forma de vivir egoísta, materialista, consumista?

Jesús fue claro: la palabra del reino no crece junto al afán y la codicia. No es posible servir a dos señores. Es preciso matar la carne.

Permanecer en la Palabra

No basta resistir al diablo, dominar las emociones y matar la carne, hay que permanecer en la Palabra del Reino. Hay que preparar el corazón para que sea buena tierra. ¡Qué mayor bendición que tener una vida fructífera! ¿O acaso hay alguna expectativa en caer en lazo del diablo, ser como barca sin timón, llevada por los vientos de las emociones, o vivir en el afán y la seducción de este siglo?

Entender la Palabra es permanecer en ella, cuando se obedece y se vive como luz para el sendero y lámpara para los pies. Hay que construir la vida sobre la roca de la obediencia: “Cualquiera pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca” (Mateo 7:24) Entender vale por hacer. El discípulo es el que permanece en la Palabra de Jesús, dando así testimonio que el amor de Dios se ha perfeccionado en su corazón. Cf 1 Juan 2:5)

La vida fructífera es resultado de una real sujeción a la Palabra. No hay que olvidar que la gloria del Padre está en que sus hijos lleven mucho fruto y que el fruto permanezca (Juan 15:8, 16). La abundancia del fruto está en proporción directa a la obediencia con que ejercitamos nuestros dones y ministerios, sin olvidar que hay que resistir al diablo, dominar las emociones y matar la carne.

En el hombre mismo están las causas del fracaso de la Palabra del reino, ya que su corazón es lugar de combate para su comprensión, entendimiento y obediencia.

La vida del hombre puede secarse, ahogarse o fructificar. Jesús ha puesto ante nuestra conciencia una realidad que es preciso considerar. Sus desafíos están claros, las tentaciones también. Es preciso poner los ojos en Jesús y no mirar atrás. Tener a Aquel que es Autor y Consumador de nuestra fe como el contenido de nuestro mirar, puede expresarse de la siguiente manera.

Hay que estar sujetos a Dios. No es suficiente resistir al diablo, por que en lugar del deseo del maligno podemos dar rienda suelta a la propia carnalidad. Jesús nos enseñó a decir con él las siguientes palabras “hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo”.

Hay que ser lleno del Espíritu. Dado que el permanecer en la Palabra es un don para quien ha sido investido del poder del Espíritu. ¿Quién podría imaginar que le es posible dominar la carne, si no es dominado por el Espíritu de Dios? No se trata ni de ascetismo ni de mutilación, sino de vivir en la libertad gloriosa del Espíritu. Ya que en donde está el Espíritu de Dios hay libertad.

Hay que ocuparse del Espíritu. Si el afán y la riqueza ahogan la Palabra del reino, esta misma palabra nos alienta a ocuparnos del Espíritu: él es vida y es paz. (Romanos 8:6).

Hay que fructificar. Una vida fructífera en el Reino de Dios se despliega en amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. Andar en el Espíritu es vivir en multiplicación. Ya en treinta, sesenta o cien por uno. Espigas llenas, cargadas y rebosantes, es lo que espera el Señor de cada uno de nosotros. Amén.

Domingo 28 de septiembre de 1986

LA MAYOR BIENAVENTURANZA

Mateo 13:10-17

¹⁰ Los discípulos se acercaron y le preguntaron: — ¿Por qué le hablas a la gente en parábolas?

¹¹ —A ustedes se les ha concedido conocer los secretos del reino de los cielos; pero a ellos no. ¹² Al que tiene, se le dará más, y tendrá en abundancia. Al que no tiene, hasta lo poco que tiene se le quitará. ¹³ Por eso les hablo a ellos en parábolas:

»Aunque miran, no ven;

aunque oyen, no escuchan ni entienden.

¹⁴ En ellos se cumple la profecía de Isaías:

»“Por mucho que oigan, no entenderán;

por mucho que vean, no percibirán.

¹⁵ Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible;

se les han embotado los oídos,

y se les han cerrado los ojos.

De lo contrario, verían con los ojos,

oirían con los oídos,

entenderían con el corazón

y se convertirían, y yo los sanaría.”

¹⁶ Pero dichosos los ojos de ustedes porque ven, y sus oídos porque oyen. ¹⁷ Porque les aseguro que muchos profetas y otros justos anhelaron ver lo que ustedes ven, pero no lo vieron; y oír lo que ustedes oyen, pero no lo oyeron. Mateo 13: 10-17 NVI

LA ALEGRÍA es forma de ser que caracteriza al reino de Dios. Jesús afirmó: “bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen” ¡Tanto en el mundo de ayer como en el de hoy, el testimonio cristiano esta en la forma de vivir que la Palabra llama regocijo, alegría, dicha. Es un estilo de vida que contrasta con la sociedad de “placeres sin alegría”, Nuestro siglo ha visto nacer y crecer la industria del “tiempo libre”, cuyo propósito es lograr distintos grados de excitación que saquen al hombre de su melancolía, aburrimiento, sinsentido, vacío. Las ciudades son claros ejemplos de ello, las calles exhiben propaganda ofreciendo cada vez más excitantes placeres. Sensaciones que son incapaces de abonar una cuota de gozo en el corazón humano. Son éxtasis momentáneos que desaparecen como un suspiro, dejando a su paso una profunda tristeza.

Jesús señala a sus discípulos como bienaventurados porque oyen y ven. No solo atiende a su capacidad de ser y vivir, de entender y asimilar; si no a la gracia de Dios que les permite ser parte del cumplimiento de los tiempos mesiánicos, cuya característica es la dicha y la alegría de contemplar los misterios de Dios revelados.

Se suele señalar que la forma de vida de la sociedad contemporánea ha atrofiado la capacidad humana de gozar, de vivir. Jesús se refirió a esa cualidad del hombre que

llamamos corazón. Afirmo que el endurecimiento del hombre lo hace perder su capacidad de ver, oír, de entender. Insensibilidad espiritual que provoca un desequilibrio de valores de tal magnitud que obstruye su relación con Dios.

Hay quienes no la pueden gozar

Las relaciones de confianza y libertad que Jesús establece y cultiva con sus discípulos, es el espacio en que aflora la pregunta que le plantean; ¿Por qué usas parábolas? A los ojos de sus seguidores el lenguaje parabólico resulta incomprendible a la multitud que le escucha. Es una inquietud genuina, desea que el llamado al arrepentimiento y la fe sea claro y directo. La respuesta de Jesús aborda una verdad determinante: Dios ha dicho su juicio sobre el corazón insensible de Israel: un mayor endurecimiento. Todo el pasaje se da en la atmosfera del cumplimiento de los tiempos mesiánicos: la ceguera y sordera de Israel, la dicha de los discípulos, la revelación de los misterios de Dios.

La afirmación de Jesús se sustenta en su autoridad de Hijo y en cuatro razones que justifican el uso de las parábolas.

El más profundo cautiverio.

Su primera razón se da en relación con la revelación de Dios. La afirmación debe ser comprendida en relación con su ministerio y el cumplimiento de los tiempos mesiánicos. A los discípulos se les concede conocer los misterios del Reino, a los judíos no. El acento de las palabras del Señor está en la acción de Dios, que concede, que da, que otorga. Conocer sus ministerios es un don que no se merece y por ello se recibe con gratitud. Así lo expresa en su oración: “Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó” (Lucas 10:21).

En segundo lugar, Jesús afirma que el uso de parábolas se debe a la economía de la salvación. La parábola se usa en otras ocasiones en los Evangelios, en un contexto de Mayordomía, aquí Jesús señala que la responsabilidad primera ante Dios es nuestra respuesta a su revelación. ¿Que tenía Israel?

Había sido depositario de la ley de Dios y en el tiempo de Jesús, el mismo ministerio del Señor. En este sentido en que Jesús afirma: “...al que no tiene, aún lo que tiene le será quitado”. Es la cosecha del siervo inútil, la consecuencia de la esterilidad espiritual de Israel. Es la semilla que se secó, según la parábola del sembrador.

El más profundo cautiverio es la opresión del corazón. Ciertamente los sistemas sociales y de ideas influyen en la conciencia humana. Jesús observa que el corazón de Israel sufre la cautividad de un pensamiento que ha surgido de su falta de visión, de entendimiento. No han sabido oír. Su visión espiritual estaba atrofiada. En medio de su opresión se resistieron a vivir el éxodo de la liberación de Dios. Prefirieron la seguridad de su pecado que la apertura de la fe a la palabra mesiánica de Jesús. Miseria que se

profundizó por el juicio de Dios. Ahí donde ya se ha optado, donde ya se ha decidido, el juicio es mayor endurecimiento: “Para juicio yo he venido a este mundo; para que vean los que no ven, y los que ven sea hechos ciegos”. (Juan 9:39). Ciegos son los que no creen y en su incredulidad han sido condenados.

Por último Jesús cita al profeta Isaías. Hay una gran similitud en la actitud humana y en ambos casos se señala la destrucción de Israel. Dios ha encontrado a su pueblo cerrado al mensaje. En el ministerio de Cristo se vive un momento de tensión tal, que Jesús toma un distanciamiento definitivo de las autoridades judías. Han rechazado el Evangelio, la buena noticia.

El retoño de Isaías

En la visión caótica que Isaías tiene el Señor le da Palabra de esperanza: del viejo tronco de Isaí, florecerá un retoño.

Jesús sabía que su vida tenía sentido en la revelación de los misterios de los tiempos finales. Misterios que solo Dios puede revelar. En su palabra orienta la vida de sus discípulos a fin de que entiendan la realidad del Reino de Dios.

Son sus discípulos, los pequeñitos quienes han dado el paso de fe y se han vinculado a él. Esa relación con Jesús es la que les abre los misterios del reino. La bendición no les fue concedida a los santos y profetas del Antiguo Testamento, les ha sido dada a los pequeñitos. Han podido ver y oír que Dios cumple todas sus promesas en Jesucristo y revela los misterios: “...según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestada ahora” (Romanos 16:25,26) “Dios ha querido dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre las naciones, el cual es: Cristo en vosotros la esperanza de gloria”. (Colosenses 1:27)

Jesús, nuestra alegría.

Ver, oír y entender a Cristo es la mayor alegría, es la alegría. ¡Bendigamos a Dios por la gracia que nos ha dado, al revelarnos a su Hijo Jesucristo en el corazón; Privilegio que esperaron los Santos y Profetas y que Él quiso dar a los pequeñitos, a la escoria del mundo, a los ignorantes. ¿Acaso podríamos perder el gozo de haber entendido este misterio? ¿Caer en la insensatez de buscar la alegría en los placeres efímeros de este siglo? ¿En el éxito social, el ganar más dinero, sacarse la lotería, el placer sexual, el comer o ganar? Son realidades que producen la invalidez humana, invalidez espiritual. Recordemos que la alegría no es el éxtasis momentáneo, sino la presencia del Hijo en nuestro corazón. Amén.

Domingo 5 de octubre de 1986

VICTORIA EN CRISTO

Mateo 13: 24-30

²⁴ Jesús les contó otra parábola: «El reino de los cielos es como un hombre que sembró buena semilla en su campo. ²⁵ Pero mientras todos dormían, llegó su enemigo y sembró mala hierba entre el trigo, y se fue. ²⁶ Cuando brotó el trigo y se formó la espiga, apareció también la mala hierba. ²⁷ Los siervos fueron al dueño y le dijeron: “Señor, ¿no sembró usted semilla buena en su campo? Entonces, ¿de dónde salió la mala hierba?” ²⁸ “Esto es obra de un enemigo”, les respondió. Le preguntaron los siervos: “¿Quiere usted que vayamos a arrancarla?” ²⁹ “¡No! —les contestó—, no sea que, al arrancar la mala hierba, arranquen con ella el trigo. ³⁰ Dejen que crezcan juntos hasta la cosecha. Entonces les diré a los segadores: Recojan primero la mala hierba, y átenla en manojos para quemarla; después recojan el trigo y guárdenlo en mi granero.” » Mateo 13: 24-30 NVI.

LA INCERTIDUMBRE que se torna en desánimo o ansiedad, distorsiona la naturaleza del reino. Fue peligro para la iglesia primitiva al ser asediada por los interrogantes de los judíos. ¿Si Jesús es el Mesías, porque no arranca el mal del mundo? Los judíos esperaban un Mesías juez, que destruyera a los infieles, y restaurara el reino de Israel. Jesús no actuaba en esa dirección.

La Palabra pastoral de nuestro Señor Jesucristo fue de orientación en momentos de confusión. No pasó por alto el asedio de los judíos, ni la incertidumbre que procuraron sembrar en el corazón de los suyos. Su orientación define la naturaleza del reino de Dios, señala que el juicio le pertenece sólo a Dios, que el trigo que fructifica va acompañado por la cizaña y que hay que confiar en Dios, al final de los tiempos, el vencerá.

La siembra

La parábola del trigo y la cizaña recoge una imagen común en Palestina. Jesús usa un lenguaje simbólico para expresar los misterios de Reino. Sus palabras demandan de quien escucha la elaboración de un juicio. Exige definición. En esta parábola Jesús enseña que el mundo ha sido sembrado por la Palabra y que su fruto son vidas transformadas, desafiadas y comprometidas. Que mejor ejemplo que sus discípulos: Mateo fue levantado de la mesa de los impuestos; Pedro abandonó las redes para transformarse en pescador de hombres. Cuando la palabra se siembra y fructifica, produce un cambio de vida y un desafío. Los discípulos de nuestro Señor vivieron el desafío constante de ser confrontados por las autoridades religiosas de Israel, tanto fariseos como saduceos y escribas fueron acrecentando su hostilidad, hasta procurar la muerte del Señor.

No obstante el mayor desafío fue el que les presentaba su propio corazón. Pedro sufrió al oír el canto del gallo. Negó a quien había prometido dar la vida por él. Jesús había sido claro desde el principio: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira

hacia atrás, es apto para el reino de Dios. Además si alguno quiere venir en pos de mi, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. (Lucas 9:62,23)

La siembra del Hijo fue acompañada por la acción del enemigo, su labor fue sembrar junto al trigo la cizaña. La cizaña engendro hijos de ira, espíritus de contradicción y opresión que siguen los designios de Satanás. Es la tensión en que se vive el Reino: la presencia de los Hijos de Dios y los hijos del diablo. Es visión de su Reino y visión del mundo que comparte Jesús con sus discípulos. De Esta manera explica la presencia del mal durante y después de su ministerio en la tierra. El Reino sufre las asechanzas del enemigo de Dios, que siembra semilla de amargura junto a la de trigo. Sus ataques se dirigen en contra de la obra de salvación que ha venido a consumir el Mesías.

¿Fracaso?

Los judíos juzgaron la obra de Cristo desde su perspectiva mesiánica. Esperaban un Cristo victorioso, guerrero y poderoso, que limpiara su era separando el trigo de la cizaña y ello no les permitió ver en Jesús al Cristo. Asediaban a los discípulos interrogándoles sobre el aparente fracaso del ministerio de su Señor, aún permanecían infieles en Israel y no habían restaurado el reino davídico. A partir de las palabras de Jesús la iglesia primitiva entendió que la presencia del mal se debe a la obra del maligno y que aun no ha llegado el tiempo del juicio de Dios. El juicio no es atributo de los hombres. En esta visión del reino se señala la lucha de dos poderes, el poder regenerador de Dios y el poder opresor del maligno. Es el diablo quien procura sabotear la obra restauradora, salvífica y liberadora de Jesús, el Cristo. En esta dirección operan los hijos del maligno: causan tropiezo, hacen maldad. La expansión del reino de Dios enfrenta la oposición de las fuerzas del mal, así se explica la presencia de formas de opresión que mantienen cautivos a los hombres, ya sea en las distintas ideologías que le atan tanto al novel del pensamiento como de la práctica cotidiana. La opresión Satánica atenta contra la voluntad, las emisiones y el pensamiento de los hombres y utiliza estructuras e instituciones cuyo fin es la muerte.

En medio de estas realidades de muerte y opresión, la iglesia sabe que el juicio sólo le pertenece a Dios y que sólo él conoce el tiempo en que separará la semilla de la cizaña, limpiara su era, culminará su obra. A su pueblo le corresponde la tarea de proclamar, de actuar en perspectiva misionera y pastoral, de anunciar la liberación, tanto de manera personal como comunitaria.

Visión de triunfo

No es el éxito como tal, ni un triunfalismo exacerbado lo que orienta la labor de Reino que realiza la iglesia. Sabemos que la proclamación del reino levanta oposición en el mundo, que hay fuerzas, sistemas de pensamiento e instrucciones satánicas que quieren mantener al hombre y al mundo oprimido. Pero también sabemos que al final de los tiempos la victoria total le pertenece a Dios. Es seguridad que guía nuestro camino y da

fuerza al paso de su pueblo. Victoria que se sustenta en fe. La obra misionera en nuestra tierra requiere de una clara conciencia espiritual que entienda el mundo como reino de Dios, a fin de que una tradicional orientación centrista (propia de la perspectiva misionera judía) se transforme en acción centrifuga: id dijo nuestro Señor. Que una iglesia misionera levanta oposición del mundo, lo sabemos; que despierta la cizaña en medio del trigo, lo advirtió Jesucristo; pero que la victoria le pertenece a nuestro Dios es verdad de fe que ha sido sembrada en nuestro corazón. No hay porque temer al fracaso, ni a la oposición de Satanás, el juicio le pertenece a Dios y el Señor Jesucristo ha investido a sus discípulos del poder de lo alto, a fin de ser testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. Esto significa que el Reino de Dios ha de abrirse paso en nuestro hogar, barrio, ciudad; en cada Estado, en el País y en el Continente, en el mundo entero y en todo el universo.

Esta es la perspectiva misionera que ha de animarnos en toda labor que realiza la iglesia. Nuestras tareas se dan en la perspectiva del reino de Dios. Reino que proclamó, inauguró y definió nuestro Señor y que a su tiempo consumará.

Tres lecciones claras se desprenden del pasaje que consideramos en esta ocasión: 1) al pueblo de Dios le corresponde anunciar la Palabra de liberación, el juicio le corresponde al Señor, 2) la cizaña aparece a la vez que el trigo fructifica y 3) en medio de las luchas del Reino, podemos proclamar con júbilo: nuestro Dios vencerá y nosotros con él. Amén.

Domingo 12 de octubre de 1986

¿TEMOR AL FRACASO?

Mateo 13: 31,32

³¹ Les contó otra parábola: «El reino de los cielos es como un grano de mostaza que un hombre sembró en su campo. ³² Aunque es la más pequeña de todas las semillas, cuando crece es la más grande de las hortalizas y se convierte en árbol, de modo que vienen las aves y anidan en sus ramas.» Mateo 13:32 NVI.

EL DESALIENTO que nace del sentimiento de fracaso paraliza la expansión del reino de Dios. ¿Qué es el fracaso? Solemos referirnos a él en relación con metas no alcanzadas, objetivos perdidos, sueños evaporados. En el reino de Dios el fracaso no tiene lugar. Su propia dinámica le conduce al crecimiento.

La vida nos muestra que son muchos los hombres y mujeres que han aprendido grandes lecciones de sus fracasos. No pocos han visto tornarse sus fracasos en éxito si aprovechan la potencialidad humana con que fueron creados. Gaby Bremer es el nombre de una joven enferma de parálisis cerebral que no se ha dado por vencida y que usando su dedo pulgar escribe poesía. Una limitación física irremediable ha sido vencida por su deseo de vivir y la fuerza de su espíritu. Como ella, todo hombre y mujer puede ver lo pequeño tornarse en grande y los fracasos en éxito si echa mano de la fuerza de su espíritu. Y si esto es así a niveles humanos ¡que decir cuando consideramos lo divino!

La dinámica del Reino

En la parábola de la semilla de mostaza Jesús muestra uno de los misterios de la naturaleza del reino de los cielos. Su dinámica lo lleva de lo pequeño a lo grande, de lo insignificante a lo trascendente. Sus discípulos se sienten desanimados por el aparente fracaso de su tarea. En lugar de ser seguido por Israel, sus autoridades le rechazan, hostilizan, agreden. La multitud permanece lejana e indiferente a sus palabras. La lección es definitoria, el Reino de Dios inicia tan pequeño como la semilla de mostaza, pero su propia dinámica le lleva a crecer hasta convertirse en un árbol grande y frondoso.

La pequeña semilla lleva en sí misma la fuerza de su crecimiento. No obstante la Palabra de nuestro Señor no se refiere al crecimiento natural, sino a un crecimiento asombroso e inesperado, que sucede por la irrupción de una fuerza especial. Jesús como hombre que sale a sembrar, sabe que el crecimiento de la semilla del reino está en el seno mismo de la Palabra. Un desarrollo que se da tanto en volumen, en extensión y en fuerza. Es decir, en calidad, en cantidad y en poder. La dinámica del Reino de Dios es un movimiento que va de lo pequeño a lo grande, de lo insignificante a lo trascendente, contemplando tanto su crecimiento en cantidad y extensión, así como calidad y madurez y en poder, ya que se tiene del Espíritu.

¿Puede el Reino permanecer estancado, pequeño, limitado? ¿ Se cierne sobre el reino el temor al fracaso, la frustración o el desánimo? Jesús sabe del peligro que sus

discípulos enfrentan, de la inclinación humana a quitar la mira de las cosas de arriba y ponerla en las de la tierra. Por ello su palabra es razón de aliento en el corazón de los suyos: en sí misma, la semilla del Reino lleva la dinámica de su crecimiento, lo que hoy es aparente fracaso, mañana será un árbol frondoso. Lo que en el presente parece intrascendente para el pueblo de Israel, el futuro le depara la trascendencia de ser bendición universal.

El proceso de su dinámica es el mundo

Ya hemos señalado que el crecimiento de la semilla se da en tres dimensiones: volumen, extensión y fuerza. Este es el proceso de su dinámica, ¿cómo se da en el mundo? Cuando la Biblia habla del mundo no lo hace como una categoría teórica sino como una realidad que es objeto del amor de Dios. Ciertamente que hablar del mundo es señalar sus estructuras y las formas en que estas se relacionan, pero en la perspectiva bíblica se habla del mundo como objeto de amor de Dios. Por ello el mundo es el hombre que vive en relaciones con su prójimo, en su hogar, en su barrio, en la ciudad que habita, en el país del que es ciudadano, en el mundo entero del que forma parte. Así es que cuando hablamos del crecimiento de la semilla en el mundo, lo hacemos partiendo del hecho de que su dinámica de desarrollo en volumen, extensión y fuerza ha de darse tanto en las relaciones con el prójimo, en el hogar, en el barrio, en la ciudad, en el país y en el mundo entero.

El desarrollo del Reino en el mundo se da en el crecimiento de su volumen, de su calidad. Es decir, que los valores, los principios, las normas del reino han de crecer en las relaciones del hombre con los otros hombres, en la forma de convivencia en el hogar, del barrio y de la ciudad. Y se da también en su extensión, porque nuevos espacios son alcanzados por el reino, tanto de valores morales, como de relaciones de trabajo, de estudio o de diversión, de labor compartida en el desarrollo de las comunidades, de dignificación de la vida humana en la ciudad, de justicia en el desarrollo del país. Hemos estado acostumbrados a pensar que la extensión del reino se da solamente a niveles geográficos, pero no hay que olvidar que es el mundo el objeto del amor de Dios y que el mundo es mucho más que geografía. Y el crecimiento del reino se da en fuerza porque es un Reino que se extiende en el poder del Espíritu que hace caer paredes de odio como la de los judíos y gentiles o de discriminación como entre varones y mujeres, niños y adultos, a fin de formar un sólo hombre, un solo pueblo en el amor de Dios encarnado en Jesucristo y vivido en el poder del Espíritu.

La iglesia como instrumento del Reino

Es en la perspectiva del Reino de Dios que la iglesia cumple su misión en el mundo. Porque el mundo es el campo en donde el Señor ha sembrado la semilla del Reino y participar de su extensión es privilegio que Dios ha puesto en las manos de los suyos. ¿Cómo vive la iglesia su misión en la perspectiva del Reino? Venciendo con la fe el

desánimo de la insignificancia de la semilla, que siendo tan pequeña es despreciada por los hombres. Olvidando los tiempos de estancamiento o de crecimiento y extendiéndose hacia adelante en la dinámica del crecimiento del Reino y conformando una visión del mundo, en el que el amor de Dios se torna en el amor con que la iglesia cumple y sirve en su misión. Porque el reino de Dios es un reino que crece en el hogar, en el barrio, en la ciudad, en el país y en el mundo entero. Y crece a pesar de aquellos que no sólo no viven en esta dimensión, sino que le estorban con su desánimo, su indisciplina, su frustración, su tedio, su esterilidad.

¿Tememos al fracaso? ¿Permitimos que nuestro corazón se desaliente a causa de las luchas del reino? En ninguna manera, porque la Palabra de Jesús es palabra de aliento para los corazones apagados y las manos caídas, palabra de exhortación para los pies cansados de sembrar la preciosa semilla. Hay que confiar en la dinámica que Jesús ha dado al reino del Padre y sobre todo hay que participar en la expansión del reino ¡Porque el reino de Dios es un reino que crece de lo insignificante a lo trascendente y de lo pequeño a lo grande! Amén.

Domingo 19 de octubre de 1986

¿PUEDE CAMBIAR EL MUNDO?

Mateo 13:33

“Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.”
Apocalipsis 21:5a

³³ Les contó otra parábola más: «El reino de los cielos es como la levadura que una mujer tomó y mezcló en una gran cantidad de harina, hasta que fermentó toda la masa.» Mateo 13:33 NVI.

EL REINO DE DIOS es dinámica de cambio. Es realidad de transformación. Es fermento por la Palabra del Padre, el sacrificio del Hijo y el poder del Espíritu Santo. Es acción transformadora en el mundo por el testimonio de la iglesia que se mueve en la dimensión del amor redentor del Padre, la gracia sacrificial del Hijo y la comunión del Espíritu Santo.

La opinión pública, los diarios, el análisis de los especialistas nos dan una visión del mundo sombría y desesperanzada. ¿Cual es la visión del mundo que sustenta la obra misionera de la Iglesia de Jesucristo? Es importante considerarlo porque la visión estimula la acción. Y no pocos dan lugar en su corazón a un sentimiento de derrota porque su perspectiva es desoladora. O, en su defecto, la gravedad de los problemas que enfrenta el hombre contemporáneo parece la inmensidad de un desierto frente a un peregrino de pies cansados y boca seca. ¡Se desalienta el corazón!

Al vivir tiempos de expansión misionera es sabio escuchar la voz de Jesús. El orienta a su pueblo en relación con la forma como opera el Reino de Dios. El reino es levadura que ocultamente transforma a la humanidad entera, porque Dios hace nuevas todas las cosas.

El Reino es levadura

La comparación que Jesús hace del Reino con la levadura identifica su propia naturaleza: el Reino es factor de cambio. La presencia del reino señala la acción de Dios que transforma, regenera, cambia, fermenta. El Reino es movimiento, es la dinámica divina que realiza su labor oculta, lenta y calladamente hasta que todo ha sido fermentado.

¿Cómo se realiza este cambio? Es fruto de la acción divina, en la que intervienen Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el Génesis, cuando el Padre dice la Palabra en comunión con el Hijo (cf. Juan 1:1-3) el Espíritu actúa para dar orden al caos. Y el visionario de Patmos escucha la voz del Hijo que sale del trono diciendo, he aquí yo hago nuevas todas las cosas. El mismo Jesús que ha transformado el agua en vino y a hombres comunes y corrientes en instrumentos del Espíritu, es el que da testimonio del cambio que Dios opera en su creación. Y qué decir de la obra transformadora del Espíritu, que opera el cambio de la conversión y hace gemir el corazón del hombre y de toda la creación.

El cambio se realiza por obra del Dios Trino. Para provocar la transformación de la humanidad el Dios Trino utiliza como instrumento de su gracia a la Palabra escrita, proclamada y encarnada. Por ello el estudio de la Biblia, la predicación y la vida cristiana han sido utilizadas por el Señor para fermentar toda la creación.

Cómo actúa el Reino

De manera oculta. Es decir, el Reino opera desde las entrañas de la misma humanidad, porque la Palabra se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros, porque la gloria del Hijo se transformó en la humillación del siervo y la cruz del Calvario. El Hijo se hizo hombre, la levadura penetra la masa y realiza su labor de una manera silenciosa pero eficaz, oculta pero asombrosa.

Jesús, al orar a su Padre antes de ir a la cruz, rogó para que los suyos fuesen guardados del mal, pero no retirados del mundo. Porque la fuerza del mismo Espíritu que obró en Jesús, es la que opera en sus discípulos y les hace exclamar ¡Abba, Padre! Y es la misma fuerza que les permite ser testigos desde Jerusalén hasta lo último de la tierra. Poder que hace exclamar a los judíos de Tesalónica: “Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá”. (Hechos 17:6) ¿Y cómo es que los discípulos trastornan Tesalónica? Exponiendo y declarando las Escrituras, dando testimonio que Jesús es el Cristo y exhortando a los hombres a creer. Encarnado en su propio estilo de vida el mensaje del Señorío de Cristo.

La labor sencilla y persistente del Reino da lugar a un cambio radical en la humanidad. El espíritu de Dios actúa hoy en la iglesia cuando proclama, predica y vive la Palabra. Es en la sencillez de una iglesia que ora, predica, sirve, educa y adora; en el poder de una iglesia que ama, reconcilia, restaura y alienta, que la dinámica del Espíritu y la Palabra se hacen presentes en el mundo de ayer y de hoy. Sin olvidar que la misión de la iglesia en el mundo de hoy demanda una transformación de los discípulos, de tal manera que su estilo de vida proclama: “vivo no ya yo, más vive Cristo en mí.”

La dimensión del Reino

Es universal. La pequeña cantidad de levadura realiza una obra asombrosa en la cantidad de harina. Las tres medidas equivalen a 40 litros. Su proporción es abismal. De tal manera que ante la inquietud de un pueblo pequeño con una misión universal, Jesús orienta el corazón de los suyos: ¡fermenten! Sencillamente vivan de acuerdo al poder que actúa en el interior del hombre renovado, el poder del Espíritu, anuncien el mensaje del reino, den testimonio del amor que ha sido sembrado en el corazón.

El desafío de la misión de la iglesia, como instrumento del Espíritu, es fermentar a toda la humanidad. Parece ser una labor inmensa, inalcanzable; no obstante es labor que Dios está realizando en su soberana voluntad y a la que nos ha convocado, a fin de que integrados en su obra, seamos utilizados por el poder del Espíritu creador, transformador y regenerador de la creación.

Así que la perspectiva apocalíptica de la iglesia de Jesucristo, más que de desolación y muerte, es visión de una nueva creación que el Padre está consumando por la muerte y resurrección del Hijo en la fuerza del Espíritu Santo. Si el mundo se mueve por temor y angustia, la iglesia de Jesucristo vive su misión con la esperanza de la nueva creación, sabiendo que el Reino de Dios está obrando desde la humanidad misma, a fin de que todas las cosas sean reconciliadas con el Padre.

Tres verdades se desprenden de este pasaje: 1) la visión de la iglesia no es de derrota, ni su espíritu de fracaso, ¡Dios hace nuevas todas las cosas! 2) La iglesia es fermento del Reino en el mundo de hoy, y 3) La vida de cada cristiano ha de ser factor de cambio. ¡A trastornar el mundo! ¡A proclamar, a servir, amar y restaurar! Cumplamos nuestra misión. Amén.

Domingo 26 de octubre de 1986

JESUS Y EL REINO

Mateo 13: 34,35

“E indiscutiblemente, grande es el ministerio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado a los gentiles, Creído en el mundo, Recibido arriba en gloria.” 1 Timoteo 3.16

³⁴ Jesús le dijo a la multitud todas estas cosas en parábolas. Sin emplear parábolas no les decía nada.

³⁵ Así se cumplió lo dicho por el profeta: «Hablaré por medio de parábolas; revelaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.» Mateo 13: 34,35
NVI

JESUS REVELA EL MINISTERIO DEL REINO a través de la Palabra y el Espíritu. Cerrarse a la Palabra y resistir al Espíritu incapacita para discernir la presencia del Reino entre los hombres. En esta dimensión de incomprensión y revelación, confusión y certidumbre se da la presencia del Reino en el mundo. Ayer y hoy la humanidad encarna estas dos actitudes. Consideramos el caso de los judíos, cuya concepción nacionalista del reino les incapacitó para abrirse a la revelación de Jesús. De tal manera que el uso que hizo nuestro Señor de las parábolas da testimonio de su precaución, a fin de no ser mal interpretado por quienes le escuchan. También hay confusión en nuestros días acerca del reino, dado que se le identifica con un sistema humano, construido por los hombres o, en su defecto, se le hace equiparable a la iglesia. Y si esto es cierto, demanda una exposición de la Palabra que muestre lo que Jesús nos reveló, no sólo para entender el concepto del reino de Dios.

Un misterio revelado.

La Biblia revela los misterios de Dios. La Palabra escrita es el testimonio de lo que Dios ha querido dar a conocer a los hombres. Es la historia de que el espíritu de Dios ha revelado los misterios para que la humanidad conozca el propósito del Padre. Por ello, su centro está en Jesucristo quién nos conduce a la presencia de Dios Padre y da testimonio de su reino en medio del mundo. No se llega a Cristo a través del Reino, sino el Reino a través de Cristo Jesús, el Hijo. (cf. Mateo 11:27)

¿Qué revela Jesús del Reino? A través de parábolas muestra sus características, ciertamente incomprendibles para quienes le escuchan. Porque si los judíos esperan una manifestación esplendorosa del Reino, Jesús señala que su obra es modesta (la semilla de mostaza), si lo ven con los ojos del triunfo irresistible, Jesús les habla de su presencia en medio de obstáculos (las amenazas de la semilla). Sin embargo, la revelación de Jesús toca fibras aún más sensibles, porque en el Reino que les anuncia, se manifiesta su revelación de Dios, incomprendible para los corazones judíos. No un Dios vengador y

triumfante, sino un Dios humilde, compasivo y sufriente. Dios que se revela en el Hijo y en el reino que ha venido a ser, en él, cercano a los hombres.

La única forma de hacer cercano el Reino a los hombres es a través de la predicación, proclamación y encarnación de Jesucristo. Una verdad que incendió el corazón de los cristianos y les movió a inundar la tierra con el mensaje de Cristo. (cf. Gálatas 1:16)

Jesús revela el Reino

El Salmo 78 habla de un anuncio de los misterios de Dios. El Evangelio según San Mateo señala que tal anuncio es realizado por Jesucristo a través de su predicación a las multitudes usando parábolas. De tal manera Mateo subraya el cumplimiento de la profecía y a su vez el carácter mesiánico de su maestro. Jesús es el Mesías porque es él quien revela los misterios de Dios. Misterios que han estado ocultos desde la fundación del mundo y que se han empezado a dar a conocer. Sin embargo, estos secretos son entendidos sólo por aquellos que han dado el paso de seguir a Jesús, de ser sus discípulos. Esto significó para el apóstol San Pablo que la justicia de Dios se revela por fe y para fe (Romanos 1:17). Es decir, sólo se revela al depositar la confianza en Dios y la lealtad a Jesucristo, porque es operación del Espíritu en el corazón del hombre. (1Corintios 2:10).

¿Cuál es el significado de esta palabra para hoy? Jesús nos habla de un Reino que ha sido mantenido oculto y secreto, cuya comprensión es a la luz de la Palabra y la fe, del espíritu de Dios que da a conocer todas las cosas. Un reino que se puede entrar a través de una puerta estrecha y un camino angosto, un Reino que ésta amenazado por los afanes de la vida y cuya acción es callada, humilde y oculta, pero que se manifestara en el día postrero. Es el Reino que Jesús anuncia no sólo con su palabra, aún con su forma de vida y que la iglesia está llamada a comunicarle al mundo (Colosenses 4:3). Porque al mundo le queda aún oculto el misterio del propósito de Dios y de la vida eterna.

La articulación del Reino

En el contexto del Reino, la iglesia de Jesucristo ha sido llamada a ser fermento en la sociedad contemporánea. El pueblo de Dios tiene conciencia de su carácter minoritario, como la pequeñez de la semilla de mostaza; de las amenazas de los ídolos y placeres de la vida, no olvida los peligros que se ciernen sobre la semilla; pero sabe la lavadura que ha de fermentar la masa, hasta transformarla por completo. Es decir, articular el reino es vivir en su dimensión, dejándose tocar por sus desafíos, dejándose ubicar en sus valores y caminando en su sentido.

El propósito de Dios para la humanidad ha sido revelado en Jesucristo, cuyo anuncio sobre el Reino nos ha alcanzado por la proclamación de la Palabra y la acción del Espíritu. La misión de la iglesia no puede perder de vista este horizonte, porque es su tarea específica en la sociedad de hoy; predicar la Palabra, ser la fuerza del Espíritu. Hemos sido llamados a incorporarnos en el sujeto de la historia que es Cristo, el Hijo de

Dios, el camino al Padre, nuestro Señor y salvador. Estar crucificados con él y vivir en el poder de su resurrección, es hacerle presente en las encrucijadas del mundo.

Hay que orar para que nuestro corazón reconozca sin confusiones la obra redentora de nuestro Señor Jesucristo en nuestra propia vida, a fin de incorporarnos a este pequeño pueblo con vocación misionera, transformadora. Para ello es necesario abrirse a la Palabra para que su semilla crezca, y abrirse al poder del Espíritu, a fin de caminar en el poder de su fuerza. Amén.

Domingo 2 de noviembre de 1986

LA BUENA SEMILLA

Mateo 13:36-43

³⁶Una vez que se despidió de la multitud, entró en la casa. Se le acercaron sus discípulos y le pidieron: —Explícanos la parábola de la mala hierba del campo.

³⁷ —El que sembró la buena semilla es el Hijo del hombre —les respondió Jesús—. ³⁸El campo es el mundo, y la buena semilla representa a los hijos del reino. La mala hierba son los hijos del maligno, ³⁹y el enemigo que la siembra es el diablo. La cosecha es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles.

⁴⁰»Así como se recoge la mala hierba y se quema en el fuego, ocurrirá también al fin del mundo. ⁴¹El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su reino a todos los que *pecan y hacen pecar. ⁴²Los arrojarán al horno encendido, donde habrá llanto y rechinar de dientes. ⁴³Entonces los justos brillarán en el reino de su Padre como el sol. El que tenga oídos, que oiga. Mateo 13:36-43 NVI

EL CRISTIANO es la buena semilla del Reino. Jesús lo ha sembrado en el mundo como instrumento de su gracia y le ha dado el poder del Espíritu para que sea su testigo hasta lo último de la tierra. Jesús sabía de la necesidad de la presencia cristiana en el mundo de ayer y de hoy, de su pertinencia para el hombre y el mundo. Porque los hijos del reino son portadores de un mensaje de esperanza, de fe, de paz y de amor.

Los versos 36 al 43 del capítulo 13 del Evangelio según San Mateo tienen un claro carácter escatológico; refieren a la enseñanza de Jesús en relación con preguntas de sus propios discípulos. Ellos esperan una ciega inmediata y viven con ansiedad su presente. Su visión futura podría incluso constituirse en un elemento paralizante y desmoralizador, en estorbo para el cumplimiento de la misión. En este ambiente se da la enseñanza íntima de nuestro Señor a sus discípulos.

Jesús el sembrador

Jesús siembra la buena semilla. Ha recibido el poder y la autoridad del Padre para proclamar el mensaje del Reino y testificar de él señales asombrosas. Su Palabra y su vida le hablan al mundo de la inminencia del Reino. Sembrar es parte de su misión, sembrar la palabra, como ha quedado señalado en la parábola del sembrador. (Mateo 13:1-9) y sembrar a sus discípulos, como se nos enseña en el pasaje de esta ocasión. El Jesús resucitado afirma: “ Como me envió el Padre, así también yo os envío (Juan 20:21b) Y la siembra de la vida del discípulo en el mundo tiene una dimensión de encarnación: “ Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó así mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y

estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:5-8). Jesús al sembrar a sus discípulos en el mundo les ha hecho partícipes de su encarnación, a fin de que echen raíces y crezcan hasta ser parte del árbol frondoso del reino. Ser semilla del reino es participar de la encarnación de Cristo, asumiendo su dimensión de muerte, como el mismo Jesús lo afirmó: “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:24)

Jesús no sembró a sus discípulos como la cizaña del mundo, sino como la buena semilla. ¿Cuál es el significado de esta palabra cuando la consideramos a la luz de nuestros hogares, barrios, trabajo, escuela, etc.? La presencia de la semilla del Reino en cada esfera de la convivencia humana, es la presencia de quienes han asumido el mensaje de Jesús, han dado cabida a su palabra y la han hecho fructificar a 100, 60 y 30 por uno. Son los discípulos quienes han oído que la dicha está en la pobreza de espíritu, en el sufrimiento del Reino, en la mansedumbre, en el ansia de justicia, en la misericordia, en la limpieza de corazón, en la paz y en la diversidad por causa de la justicia. Valores que definen el estilo de vivir de los seguidores de Jesús. En la identidad de la buena semilla.

La tensión del Reino hoy

El campo de la siembra es el mundo. Y es la totalidad del mundo el espacio del reino de Dios. En el mundo Jesús ha sembrado la buena semilla, pero el enemigo, el diablo, ha sembrado también cizaña, aquellos que causan tropiezo y hacen mal. La cizaña trata de destruir, acabar con la buena semilla, con la pequeña planta de trigo que lucha por crecer. Sus armas se dirigen a la fe de los hijos del Reino, para perturbar su misión, lastimar su integridad, desalentar su corazón, poner en duda su Palabra, desconfiar del poder del Espíritu, seducir con los placeres de este mundo.

Los valores de los que causan tropiezo están fundados en el mal y son instrumentos del diablo. La conciencia de esta tensionalidad del Reino en la perspectiva de la culminación de los tiempos, lleva al Apóstol San Pedro a exhortar a la iglesia: “Más el fin de todas las cosas se acerca: sed, pues, sabios, y velad en oración. Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor...” (1 Pedro 4:7). Aunque los discípulos esperen que Jesús realice la siega del reino y destruya a los infieles, él les enseña que aún es el tiempo en que la buena semilla coexista con la cizaña, y que la siega no les corresponde a ellos realizarla, sino a los Ángeles de Dios. Los discípulos aprendieron que debían esperar el tiempo de Dios, que su misión consistía en ser buena semilla en el mundo y no paralizar sus pies y bajar sus manos como resultado de su desánimo e incertidumbre. La buena semilla esta puesta para orientar a la fe, para hacer el bien, para ser instrumento del Hijo, en cada esfera de este mundo.

El fruto del Reino

La perspectiva escatológica de Jesús, su visión del futuro se refiere al tiempo de la siega. Dios es Señor del mundo y todo el mundo ha de quedar bajo el dominio del hijo: “Luego el fin, cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo el dominio, toda autoridad y potencia” (1 Corintios 15:24) Esta supresión de los poderes es acción purificadora del mundo y de toda fuerza que sojuzgue al hombre y le oprima, fuerzas que operen en su interior o en las diferentes esferas del mundo. El tiempo del fin, el tiempo de la purificación, es, a la vez, el tiempo de la liberación total. Por ello, Jesús afirma que los hijos del reino resplandecerán como el sol en el reino de su padre, tendrán el brillo de Jesús, la fuente de la salvación, el resplandor del rostro de aquel que ha tenido una comunión íntima con Dios. El resplandor de la semilla que ha fructificado hasta convertirse en la más grande de las plantas del huerto, de la semilla que no se ha dejado vencer por la cizaña ni ahogar por los placeres de la vida. A la cizaña le espera la justicia de Dios, no la nuestra, es justicia que habla del horno de fuego y de llanto y crujir de dientes.

En el presente del Reino, que los discípulos viven en medio de antagonismos, en la espera de la manifestación final del Reino, la buena semilla está sustentada en las palabras de su Señor: “...y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”; “pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el espíritu Santo” Así que, sustentado nuestro corazón en estas promesas, dispongamos nuestra vida para ser presencia de la buena semilla en el mundo, hasta que Cristo venga a culminar la obra que ya ha empezado. Amén.

Domingo 9 de noviembre de 1986

¿DONDE ESTA TU TESORO?

Mateo 13:44

⁴⁴»El reino de los cielos es como un tesoro escondido en un campo. Cuando un hombre lo descubrió, lo volvió a esconder, y lleno de alegría fue y vendió todo lo que tenía y compró ese campo. Mateo 13:44 NVI

LA BUSQUEDA HUMANA es incesante. Desde que el hombre es hombre ha caminado como incansable pionero que busca tesoros. A la larga, lo que fue encuentro incomparable, se deja abatir por el tedio y la necesidad de continuar la búsqueda. El pionero nunca termina su búsqueda. Sus tesoros son frágiles, algunos perecibles, otros corruptibles. Pensemos en los hallazgos materiales: el petróleo que termina, los metales que se agotan, la riqueza que se esfuma como arena entre dedos. ¡Aún más! son tesoros que distan como el cielo de la tierra de satisfacer las perspectivas y necesidades de los hombres. Pues aún poseyéndolos, el alma busca un tesoro mayor. ¿Qué vale la pena atesorar? Sólo los tesoros con dimensión de eternidad: el pan que satisface el hambre, el agua que nunca se agota. Hablamos del tesoro del reino.

El Reino es un tesoro escondido

Los fariseos, saduceos, escribas convivieron con Jesús, escucharon su voz, constataron sus milagros, y no pudieron ver el reino. La multitud fue objeto de sus enseñanzas, vivieron sus milagros: la multiplicación de los panes, la sanidad de mudos y ciegos, y, sin embargo, no pudieron ver el reino. Estaba oculto a sus ojos, a sus oídos, a su corazón.

En Jesús estaba oculto el Reino, en el que recibe la ofrenda del muchacho que da sus panes y peces, en el que mira la ofrenda de la viuda pobre, comparte la mesa con los publicanos y pecadores, en el que no tiene un lugar en donde recostar la cabeza. En Él se hace presente el reino de Dios.

El descubrimiento inesperado

La parábola del tesoro escondido habla de un hombre que estando en el campo, descubre un tesoro de manera inesperada. Y Jesús enseña que así sucede también con el reino. Se hace presente en la vida de hombres y mujeres que no lo han buscado. Y que quedan asombrados ante la verdad de un tesoro que se les ha hecho presente, inesperadamente. Mateo, sentado al banco de los tributos públicos, escucha una voz que le llama y descubre un inigualable tesoro; Pedro echando sus redes en el mar, es confrontado con una palabra que trastoca la totalidad de su vida. Y dejan todo por seguir a Jesús. Quienes fueron llamados por Jesús los publicanos y pecadores que le siguieron, la mujer de mala fama que le ungió con unguento de gran precio, los niños que se le acercaban para tocarlo, se encontraron en el misterio del reino revelado en Jesús. El

contraste, quienes esperaban al reino, inquirirían en la ley o luchaban por el advenimiento del Mesías, no supieron discernir la presencia cercana del tesoro que tanto anhelaron. Así mismo, el reino ha llegado a nosotros de manera inesperada, a través del testimonio de un amigo, de la invitación de un vecino, de un tratado dejado en nuestras manos, de una reunión familiar, y sin buscarlo, Dios se ha hecho presente en nuestra vida. Como Padre que ama y busca a su hijo que se ha perdido, el pastor que va tras la oveja descarriada, el Señor que invita a un banquete a los que no habían sido convidados. La verdad es que la presencia del Reino en nuestra vida es un milagro.

Un tesoro que causa regocijo

Los judíos esperaban que el Mesías rechazara a los pecadores, consumiera a los infieles. Jesús ofreció el perdón de Dios a los pecadores. El pueblo de Israel temía el juicio venidero, Jesús fue manifestación de la gracia de Dios. Aún más, una perspectiva de muerte fue trasformada por un mensaje de vida. Porque el tesoro del reino es vida y perdón. Ambos se desplegaron como la manifestación del amor de Dios por el hombre. ¿Habría un mayor regocijo que encontrarse con el reino que transforma la muerte en vida, el juicio en misericordia y gracia?

Este es el Reino que los hijos de Dios hemos empezado a vivir por Jesucristo y en Jesucristo. El reino es un tesoro que significa perdón de los pecados, misericordia de Dios y nueva vida en Jesucristo. ¿Qué otro valor podría provocar en nosotros un gozo tal? Porque los tesoros de esta vida son perecibles, corruptibles y temporales. Solo el Reino tiene una dimensión de eternidad, sólo en Reino es la presencia de Dios entre nosotros, encarnada en Jesucristo y sólo en él Dios ha hecho una realidad la fraternidad, el amor y el compañerismo. Porque la eternidad del Reino no solo refiere al tiempo futuro, sino a la calidad de una vida trasformada por la Palabra y el poder del Espíritu. Por ello la parábola habla del regocijo del corazón del hombre que ha encontrado tan incomparable tesoro. Regocijo que es mucho más que una emoción pasajera resultado de un estímulo externo, es el regocijo de un corazón en paz con Dios, consigo mismo y con su prójimo, porque se sabe amado, perdonado y restaurado por gracia.

El tesoro del Reino es el tesoro de la vida y de una vida nueva.

El todo de la vida

Quien se encuentra con el reino de Dios, lo ha encontrado todo. Su encuentro resulta en la renuncia y el desprendimiento de todos los tesoros, que, en muchos casos, se han trasformado en ídolos. La Palabra enseña que el corazón se pone en aquello que se valora como especial tesoro. Nuestro Dios ha tenido al hombre como su especial tesoro, y por él lo ha sacrificado todo. Y el hombre ha puesto su corazón en las tinieblas, de tal manera que ante la luz, prefiere seguir atesorando los bienes de esta vida que le dan una aparente seguridad o felicidad. Jesús afirmó que no es posible servir a Dios y a Mammón, que no se puede vivir por el Señor y por las riquezas. Y así es testimoniado en esta

parábola, el regocijo del hombre que ha encontrado el Reino, se vierte en una acción de desprendimiento, consecuencia de la valoración de su hallazgo.

Al señalar que el reino de Dios es el todo de la vida lo hacemos identificados a Jesús con el Reino y el estilo de vida que él ha venido a mostrar a sus discípulos. Es Reino que produce desprendimiento, lealtad y que reordena las prioridades y valores de la vida. Por ello es novedad de vida, por la radical transformación que provoca en quienes han sido incorporados a él. Amando en lugar de odiar, perdonando en lugar de resentir, restaurando en lugar de destruir. Al terminar el mensaje de esta ocasión, vale la pena preguntarse: ¿Donde está tu tesoro? Amén.

Domingo 16 de noviembre de 1986

EL HOMBRE Y EL REINO

Mateo 13:45, 46

⁴⁵»También se parece el reino de los cielos a un comerciante que andaba buscando perlas finas. ⁴⁶Cuando encontró una de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía y la compró. Mateo 13: 34,46 NVI

VIVIR EN LA DIMENSION DEL REINO es privilegio que la gracia de Dios ha tornado en realidad para el hombre. Un Reino que nos ha encontrado sin buscarlo, un tesoro inigualable que descubrimos inesperadamente. Cada generación de cristianos ha de plantarse el desafío de vivir de acuerdo a los valores del Reino en medio de su tiempo. También nosotros debemos de hacerlo. No solo consideramos nuestra realidad como nación, también la que vivimos como ciudad. Es decir, es preciso plantearse las implicaciones que conlleva el ser iglesia de Jesucristo en la Ciudad de México, el desafío misionero específico. Perspectiva que demanda de la iglesia el cultivo de la vida espiritual que testimonie las dimensiones del Reino para el hombre, la sociedad y el mundo.

El Reino es una perla de gran precio, por él vale la pena dejarlo todo. Su trascendencia entraña las dimensiones de la regeneración, de la reconciliación, de la libertad y de la restauración. Por ello, en esta ocasión, hemos de meditar en las implicaciones totales que el Reino tiene para el hombre.

El hombre: imagen de Dios

Solemos referirnos al varón con el sustantivo de “hombre”. Esto, indudablemente, es una deformación masculina, dado que la Biblia dice que varón y hembra los creó. Cuando la Biblia habla del hombre, lo hace en este sentido genérico, que más que identificar el sexo, identifica lo humano. Tanto el varón como la mujer son imagen de Dios, su obra y corona de la creación.

Adán es hombre masculino, pero también hombre en sentido genérico. Cuando Dios forma al hombre del polvo de la tierra está creando toda la raza humana.

Adán habla de persona y de género humano, de sujeto y de comunidad. Dios es origen de la vida comunitaria del varón y la mujer con otros varones y otras mujeres. El hombre es un ser creado para vivir en comunidad, desde la primitiva comunidad de pareja, la comunidad familiar, hasta las modernas comunidades urbanas.

El hombre es un ser con historia, no sólo desde la perspectiva del devenir del mundo, sino en la propia evolución del sujeto. Dios está presente en esta evolución, su imagen le acompaña desde que es niño, adolescente, joven, adulto y anciano. Cada hombre en la dinámica de su desarrollo ha sido creado a la imagen de Dios. Esta perspectiva del hombre como criatura de Dios no puede ser soslayada cuando hablamos del Reino.

El reino: espacio del amor de Dios

Referirnos al Reino de Dios es señalar el tiempo y el espacio en donde el hombre se sujeta a la soberanía de Dios. Donde Dios es soberano ahí está su reino. Confesar a nuestro Dios como Señor de todo cuanto existe, por lo menos, cuatro dimensiones en la vida del hombre. Cuatro espacios que son transformados por el amor de Dios, porque su reinado no se entiende como dictadura, sino como entrega sacrificial de amor.

Su dimensión evangelizadora. El Reino de Dios es justicia. Los profetas hablaron de la justicia de Dios como una acción retributiva: Israel recibiría su tierra, volvería a sus ciudades, reinaría soberana. Los Evangelios señalan que la justicia de Dios es una acción en beneficio de los pecadores, pobres y despreciados de la tierra, a través de la cual alcanzarían el perdón de los pecados y la entrada al Reino. Las cartas apostólicas identifican a la justicia de Dios en Jesucristo. No es la utopía del reino nacional, ni del equilibrio de los grupos humanos: sino una realidad que se ha hecho carne en Jesucristo, a través de cuyo sacrificio Dios justifica al hombre que vive distanciado de él, justificación que derriba todo tipo de separación: racial, económica, cultural o religiosa. Hablar de la justicia del Reino es señalar su dimensión de regeneración, cuya perspectiva es la transformación del hombre y el mundo a la imagen de Jesucristo. Porque si la realidad del pecado ha dañado la integridad del ser humano, la justicia de Dios es poder regenerador que lo transforma desde lo profundo de sus entrañas.

Su dimensión misionera. El Reino de Dios es paz. No la paz que se entiende como ausencia de conflicto, ni la que se logra por la fuerza de las armas, o la que es producto de la negación. Hablamos de la paz que es *Shalom* de Dios: de la que participa aquel que ha sido reconciliado con El por medio de Jesucristo, de la que goza quien vive bajo las normas de su Reino y se integra a la realidad de su cuerpo que es la iglesia, quien se transforma en un pacificador a fin de que la paz de Dios sea realidad entre las naciones. (M. Breneman). Por ello hablamos de la paz de Dios desde la perspectiva de la reconciliación, fruto del amor que germina en humildad y búsqueda del otro.

Su dimensión ética. Nuestro Señor Jesucristo dijo: conoceréis la verdad y la verdad os libertará (Juan 8:32). El cristiano se sabe libre de la ley y del pecado. Libertad que ha recibido como un don de Dios. Libertad que ha de vivir bajo la soberanía de Dios, porque no se puede dar al margen de su amor y de su misericordia. La dimensión ética del reino entraña el ejercicio de la libertad cristiana en el espacio de la soberanía de Dios, cuya voluntad es que el hombre sea libre para amar, para restaurar, reconciliar y pacificar.

Su dimensión pastoral. El reino de Dios es igualdad. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Igualdad que no es uniformada y que le da la acción pastoral un propósito restaurador, a fin de que la imagen de Dios, lastimada por el pecado, sea sanada tanto en el varón como en la mujer, en la persona como en la comunidad, en el niño, en el adolescente, en el joven, en el adulto y en el anciano. Vivir el reino en dimensión pastoral es hacerlo con un objetivo definido: que la imagen de Dios sea restaurada a través de la proclamación de Jesucristo, la acción del Espíritu Santo y la encarnación de la Palabra en

la vida y misión de la iglesia. La igualdad que proclama el Reino no se agota en el equilibrio de derechos y obligaciones, es igualdad que reconoce diferencias, pero que tiene como sustento la imagen de Dios en cada hombre a fin de que el hombre sea realmente humano, capaz de administrar la creación, transformar su entorno, vivir relaciones de amor y justicia, establecer la paz de Dios y ser instrumento de la gracia hasta que toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre.

El Reino es una perla preciosa, inigualable. Por él vale la pena dejarlo todo. Porque él que ha sido encontrado por el Reino, lo tiene todo. Vivir en la realidad del Reino es desplegar la vida en esta dimensión evangelizadora, misionera, ética y pastoral. Hacerlo en las dimensiones de nuestra ciudad y en la realidad del hombre contemporáneo, es privilegio que le toca cumplir a nuestra generación. Hagámoslo con gozo y en el poder del Espíritu. Amén.

Domingo 23 de Noviembre de 1986.

¿QUE TE DEPARA EL FUTURO?

Mateo 13:47-50

“⁴⁷»También se parece el reino de los cielos a una red echada al lago, que recoge peces de toda clase. ⁴⁸ Cuando se llena, los pescadores la sacan a la orilla, se sientan y recogen en canastas los peces buenos, y desechan los malos. ⁴⁹ Así será al fin del mundo. Vendrán los ángeles y apartarán de los justos a los malvados, ⁵⁰ y los arrojarán al horno encendido, donde habrá llanto y rechinar de dientes”. Mateo 13: 47-50 NVI

LA PARABOLA DE LA RED constituye una palabra de advertencia para el hombre. Cuando hablamos del futuro en dimensión de eternidad ¡hay que decidirse! porque este puede tornarse en fuego consumidor. Al ser humano siempre le ha interesado conocer el futuro, en la antigüedad consultaban a pitonisas, adivinos y agoreros. Hoy, se consulta tanto el horóscopo como se echa mano de la ciencia prospectiva. Ya sea a través del mito o de la ciencia, el hombre se interesa por el futuro. Pensando en el mañana se diseña la vida, se guarda, se invierte. Pero ¿de qué manera se manifiesta interés por el futuro eterno?

Jesús señala a la multitud que le escucha que el Reino de los cielos es como una red, la cual en el presente esta en el mar, recogiendo lo bueno y lo malo, pero que en el tiempo de Dios, en el juicio, seleccionará lo bueno de lo malo y lo malo será destinado al horno de fuego.

Los malos

La bondad o maldad del corazón del hombre se define en relación con el seguimiento de Jesús. No es un calificativo moral, sino salvífico, dado que la salvación no es por obras sino por gracia. Y a los malos les espera un futuro de fuego y llanto. El horno de fuego y el crujir de dientes son realidades que constituyen el tiempo del juicio, cuando el Señor diga su última Palabra sobre la vida del hombre. No obstante, el destino no es incontrolable, Jesús confronta a quienes escuchan con esta realidad, a fin de que tomen una decisión. El contraste entre la vida del hombre bueno y del malo es abundante en la Escritura: “La obra del justo es para vida; más el fruto del impío es para pecado”, “Como pasa el torbellino, así el malo no permanece; más el justo permanece para siempre”, “Ninguna adversidad acontecerá al justo; más los impíos serán colmados de males” (Proverbios 10:16; 10:25; 12:21). Al malo le espera un futuro de pecado, lleno de males, porque: todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.

Los justos

Para ellos el Señor ha deparado el Reino de los cielos. Jesús ha afirmado que resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El contraste es claro: los malos serán consumidos, los justos resplandecerán. Son los justos los que heredarán la tierra (Génesis

37:29), son justos los que sirven a Dios. (Malaquías 3:18), los que practican las enseñanzas del Maestro (Romanos 2:13), los que tienen fe (Habacuc 2:4; Romanos 1:17).

Para Jesús la justicia del hombre se define en la manera como se relaciona con él. Son justos aquellos que han oído su voz y le siguen, los que han tomado su cruz cada día, se han negado y van en pos de él. Jesús ha constituido justos a los que no lo eran: “Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino pecadores, al arrepentimiento”. (Mateo 9:13). Dios justifica a quienes han depositado su fe en Jesús, su lealtad, su amor, su fidelidad, en fin, la totalidad de su vida.

La parábola de la red pone ante los hombres la necesidad de un arrepentimiento genuino, de una negación personal. Es el tiempo en que la red está aún en el mar y el reino recoge peces buenos y peces malos. Es el tiempo de definir la justicia o maldad del corazón, porque la justicia de Dios se ha revelado en Jesús llamando a los hombres a una conversión genuina.

El juicio venidero

El juicio es separación de lo bueno y de lo malo. Es el tiempo en que la justicia de Dios se manifestará plenamente. Día resplandeciente para los hijos de Dios y de dolor para quienes rechazaron su llamada. No obstante este juicio ha sido asumido por nuestro Señor Jesucristo, dispuesto a pagar el precio de los pecadores, a fin de que alcancen gracia y misericordia del Padre. Así lo dice el apóstol San Pablo: “porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Romanos 5:19). Es Jesús quien nos ha hecho justos. Por ello, creer en él, seguir sus pisadas, tomar su cruz, ser su discípulo, es paso de fe que justifica nuestra vida delante de Dios. En Cristo, hemos alcanzado la justicia, la misericordia y el amor de Dios.

¿Qué te espera en el día de la ira del señor? ¿Ser consumido por fuego como estopa, sin que quede de ti raíz o rama? (Salmo 21:9; Malaquías 4:1) ¿Cuál es tu precaución sobre el futuro? Dios permita que en esta ocasión el Señor ponga en tu corazón la fe en el Hijo y el arrepentimiento de tus pecados, a fin de que abones para el fruto del Reino, el fruto que tendrá fin y que verá tu vida resplandeciente o consumida por la eternidad. Amén.

Domingo 30 de noviembre de 1986.

LA BIBLIA EN LA IGLESIA

Mateo 13:51, 52

⁵¹ — ¿Han entendido todo esto? —les preguntó Jesús.

—Sí —respondieron ellos.

Entonces concluyó Jesús: ⁵² —Todo maestro de la ley que ha sido instruido acerca del reino de los cielos es como el dueño de una casa, que de lo que tiene guardado saca tesoros nuevos y viejos. Mateo 13: 51, 52 NVI

SOLO LA ESCRITURA fue el principio enarbolado por la reforma Protestante del siglo XVI que los bautistas hemos heredado. De tal manera que nuestra declaración de fe afirma que la Biblia es la única norma de fe y de práctica. Su lugar es central en la vida de la iglesia, por ello debe ser leída y releída en cada contexto, discernida en el Espíritu con mansedumbre, enseñada y proclamada, asimilada y obedecida con humildad. Y esto es así porque la Palabra satisface las necesidades espirituales, morales y familiares del hombre, así como es el contenido de la tarea discipuladora de la iglesia, pauta de su acción pastoral, educativa y misionera. Es la revelación de Dios a su pueblo.

La iglesia no está sujeta a la autoridad de algún magisterio, ni a la razón natural, ni a los impulsos emocionales. Su sujeción a Dios se expresa en su obediencia a su Palabra en el poder del Espíritu.

Es para leerse

¿Qué significa la declaración que intitula nuestro mensaje en la vida de una iglesia local? Señala su responsabilidad de leer la Escritura de manera sistemática, devocional, y reverente. Debe ser sistemática porque la Palabra ha de ser el contenido de su meditación de día y de noche a fin de ser aptos, sacando los tesoros antiguos a la luz de Cristo. (Salmo 1). Debe ser devocional porque se busca el mensaje de Dios para la vida diaria, enriqueciendo el corazón, fortaleciendo el espíritu, ampliando la visión al conocer la voluntad de Dios para la vida. Y ha de ser reverente porque en la Palabra vamos al encuentro del Dios viviente que habla para ser creído.

En segundo lugar señala la conveniencia de releer la Escritura a la luz de la realidad del hombre contemporáneo en el ambiente fraternal de la iglesia. Así sucedió en el caso de Israel, al ser encontrada la ley y el Nuevo Testamento, al ser contenido de la proclamación y la enseñanza. Hoy, también nosotros debemos de releer la Escritura de acuerdo al momento histórico que estamos viviendo y hacerlo en la perspectiva del reino, como señala el verso 52 del capítulo que estamos considerando.

Es para discernirse

El tercer lugar ha de ser discernida en la comunidad constituida por discípulos y sacerdotes. A la pregunta de Jesús los discípulos afirmaron que habían entendido su

enseñanza sobre el reino, entendimiento que apunta a un discernimiento espiritual de sus misterios: su instauración por Jesús y las tensiones en que se daría y más aún, las implicaciones que el Reino tendría para el sentido de su vida, sus valores, sus principios, sus normas, la totalidad de su ser. La comprensión de la Palabra de Jesús les transformó en peregrinos que han descubierto un tesoro, el tesoro del reino, por el que han sido transformados en maestros, para instruir a otros. Hay que considerar la pregunta de Jesús, porque no basta leer y releer su Palabra, sino entenderla con la trascendencia que tiene para nuestro ser, estilo y orientación de la vida. Es discernimiento a la luz de la acción del Espíritu, al que se le escucha con reverencia y silente humildad.

Es para proclamarse

En cuarto lugar la Palabra debe ser proclamada con responsabilidad. Porque la Palabra es vida para aquel que se debate en la miseria espiritual de su pecado; es orientación para quién vive en la incertidumbre de la sociedad contemporánea; es apoyo para el hogar, porque define valores, establece normas, instruye en principios eternos. La Palabra ha de ser la norma y contenido de la proclamación de la iglesia, así en su asamblea cultica, como en su dispersión cotidiana por las entrañas de la ciudad, a fin de que los mundos de la economía, la cultura, las relaciones sociales, el trabajo y el estudio sean saturados con la Palabra en el sentido del reino. Ciertamente es proclamación que se vive en medio de tensiones, teniendo siempre a Jesús como su criterio y el fiel de nuestro espíritu.

Es para discipular

En quinto lugar la Palabra debe ser enseñada por aquellos que se han convertido en discípulos de Jesucristo. La misión educativa y discipuladora es vocación de la iglesia. Fue el Señor quien dijo: “enseñándoles que guarden todas las cosas” y a través de su Espíritu ha dado dones, como el de maestro y ministerios como el de pastor-maestro, a fin de que los fieles sean instruidos para la obra del ministerio. En el reino la educación se da en la perspectiva del discipulado, de tal forma que todo aquel que ha sido instruido en la Palabra, es responsable de instruir a otros en la Palabra, a fin de que sea leída, releída, asimilada y obedecida, siendo así un manantial de agua de vida que satisface necesidades espirituales, morales y familiares. Esta dimensión educativa de la Palabra en la iglesia tiene su más profundo significado en la responsabilidad de exponerla y aplicarla en la vida de cada uno de los miembros y en la vida de la iglesia.

Finalmente la Palabra es criterio de la acción pastoral, es desde ella que edificamos, orientamos, alimentamos y exhortamos a fin de estar preparados para enfrentar cualquier situación y necesidad.

El crecimiento de la iglesia en cantidad, ministerio, calidad y servicio no puede darse al margen de la obediencia a la Palabra. Por mas que observemos principios prácticos de crecimiento, no es posible soslayar la necesidad imperiosa de que cada uno

de nosotros nos constituyamos en siervos de la Palabra: humildes, reverentes y obedientes. Amén

Domingo 7 de diciembre de 1986

¿INCREDULIDAD O FE?

Mateo 13:53-58

⁵³ Cuando Jesús terminó de contar estas parábolas, se fue de allí. ⁵⁴ Al llegar a su tierra, comenzó a enseñar a la gente en la sinagoga. — ¿De dónde sacó éste tal sabiduría y tales poderes milagrosos? —decían maravillados—. ⁵⁵ ¿No es acaso el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María; y no son sus hermanos *Jacobo, José, Simón y Judas? ⁵⁶ ¿No están con nosotros todas sus hermanas? ¿Así que de dónde sacó todas estas cosas?

⁵⁷ Y se escandalizaban a causa de él. Pero Jesús les dijo: —En todas partes se honra a un profeta, menos en su tierra y en su propia casa.

⁵⁸ Y por la incredulidad de ellos, no hizo allí muchos milagros. Mateo 13: 53-58 NVI.

LA FE es abrirse al testimonio de Dios. Los cristianos creemos en un solo Dios que se ha revelado y se sigue revelando a los hombres. El nos da a conocer su voluntad a través de su creación y de su Espíritu obrando en el mundo. Y de manera excelente nos la da a conocer a través del testimonio de la Escritura y de su Hijo Jesucristo. Como evangélicos creemos que la Biblia es la Palabra inspirada por Dios, en la que El nos habla y da a conocer a todo hombre su voluntad. Por ello, cuando consideramos nuestra misión en el mundo a la luz de los problemas que vivimos hoy, lo hacemos desde la Palabra y con un Espíritu de oración, a fin de que el Espíritu Santo nos guíe a toda verdad. Creer en Dios es estar abierto a oír su voz, por difícil que su Palabra resulte para nosotros. Obstinar-se en oírse a uno mismo es mal que trasciende: “No haremos caso de este mensaje que nos has traído de parte del Señor. Al contrario, seguiremos haciendo lo que habíamos decidido hacer”. (Jeremías 44:16,17 VP). Así respondió el pueblo a la palabra del profeta, negándose a escuchar la voz de Dios.

La visita de Jesús a Nazaret despertó entre los habitantes de la ciudad una reacción que resume la que Jesús había encontrado durante su ministerio: primero sorpresa y finalmente rechazo.

Se maravillan de Jesús

El pasaje del capítulo 13 que hemos venido exponiendo los últimos domingos, es un texto de transición que da principio a la cuarta y última parte del Evangelio. Esta sección se inicia con una serie de narraciones sobre la actividad de Jesús. Mateo nos dice que el Señor se dirige a su tierra y a enseñar en la sinagoga de los judíos. La respuesta de la ciudad no se hace esperar, se maravillan de sus enseñanzas y de sus milagros.

La reacción de los habitantes de Nazaret tiene como origen el hecho de que sea Jesús quién enseñe y haga milagros. No esperaba encontrar en el hijo del carpintero sabiduría divina ni poder espiritual para sanar enfermos o echar fuera demonios. Su

reacción de asombro está marcada por la duda, por la inquietud de entender si realmente su sabiduría y poder provienen de Dios. Recordemos que en el tiempo de nuestro Señor la concepción judía acerca de la revelación de Dios había aceptado el hecho de que él guardaba silencio. Desde hacía cientos de años no se había levantado otro profeta en nombre del Señor y los judíos habían creado toda una serie de concepciones sobre ángeles y demonios que les llenaban de temor e incertidumbre. A la luz de estas concepciones populares el mensaje de Dios se da a conocer a través de un escriba o sacerdote, ni de un saduceo o fariseo, sino a través de un carpintero, famoso por sus milagros y rechazado por las autoridades de Israel, incluso se le ha llegado a acusar de ser instrumento de santanas y había algunos que ya se habían propuesto acabar con él.

Las autoridades religiosas de Israel y el pueblo mismo no podían leer las señales de los tiempos que anunciaban el cumplimiento de las promesas de Dios. Jesús fue piedra desechada, incomprendida y rechazada por las ovejas que había sido enviado a rescatar.

Su concepción popular de Dios y la dureza de su propio corazón fueron enormes diques que estorbaron la revelación del Espíritu. No pudieron aceptar que el Señor se revelase a través de uno de ellos, del hijo del carpintero, de quién conocían a sus hermanos y hermanas.

La verdad es que Jesús fue rechazado tanto por las autoridades religiosas de Israel, como por el propio pueblo. Ambos grupos fueron incapaces de entender el ministerio del reino que en él se estaba revelando.

Las preguntas de los habitantes de Nazaret están marcadas por la incredulidad. Su cuestionamiento atiende no a la veracidad de sus milagros, sino a la fuente de su autoridad: “¿De dónde le viene todo esto?” (13:56b). El Apóstol San Juan da testimonio de la misma incertidumbre, cuando pone en boca de algunos de sus discípulos la misma expresión de incredulidad: “Al oír estas enseñanzas, muchos de los que seguían a Jesús dijeron: - Esto que dice es muy difícil de aceptar; ¿quién puede hacerle caso?” (Juan 6:60 VP).

El hecho de que sus paisanos conocieran su origen familiar y que estuvieran cerrados al Espíritu del Señor les llevó a rechazar su autoridad. Señalemos algunas enseñanzas importantes para nuestra vida a la luz del pasaje considerado en esta ocasión. La incredulidad humana nace de una negación al conocerle a Jesús la autoridad de Hijo de Dios . Es de su divinidad de la que se desconfía. Incertidumbre que no respeta posición social ni credo religioso, dado que tanto los religiosos judíos, como la gente de Nazaret, y aún sus mismos discípulos, consideraron inaceptables sus enseñanzas y su autoridad. Por ello, la fe es una apertura a la revelación de Dios. No es solamente una creencia popular, sino el testimonio que Dios ha dado de sí mismo a través de su Hijo y a través de su Palabra, por ello, si quienes luchan por el Reino pretenden partir de una religiosidad popular que en muchas ocasiones oculta la incredulidad, es sendero equivocado que la historia misma de Jesús señala. Porque el Reino se hace manifiesto ahí

donde la Palabra es escuchada y obedecida, en donde se acepta la presencia del Dios de la Biblia, del Dios que se revela para ser conocido, amado y obedecido.

No creyeron en Jesús

Jesús fue la piedra que desecharon los edificadores. Es el rechazado y marginado. Es en quién no creyeron sus hermanos de raza. Por ello, por la incredulidad del hombre, Jesús no hizo muchos milagros en su propia tierra. Porque la incredulidad es un espacio cerrado que no permite la manifestación del Hijo de Dios. La fe, es por el contrario, el instrumento divino que abre la vida del hombre a la manifestación de su poder, su amor y su gracia. Fe que es apertura a su revelación, a fin de asumir totalmente a Jesús como Hijo de Dios. Considerándole autoridad, sabiduría y poder.

Entender el ministerio del Reino es discernir la presencia de Dios en el sencillo carpintero de Nazaret. Aquel que se relaciona con Jesús por la fe está viviendo ya en la dimensión del Reino de Dios. Porque es Jesús quién revela los ministerios del amor, la gracia, la justicia y la paz del Reino de Dios. Quien trasforma al hombre en un ser con dignidad y con esperanza, sin las señales de la muerte que conlleva su pecado. Amén.

Domingo 14 de diciembre de 1986

ACCION MISIONERA EN UN MUNDO EN CRISIS

Mateo 14:1-12

“14 En aquel tiempo Herodes el tetrarca se enteró de lo que decían de Jesús,² y comentó a sus sirvientes: « ¡Ése es Juan el Bautista; ha *resucitado! Por eso tiene poder para realizar milagros.»³ En efecto, Herodes había arrestado a Juan. Lo había encadenado y metido en la cárcel por causa de Herodías, esposa de su hermano Felipe.⁴ Es que Juan había estado diciéndole: «La ley te prohíbe tenerla por esposa.»⁵ Herodes quería matarlo, pero le tenía miedo a la gente, porque consideraban a Juan como un profeta.

⁶En el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías bailó delante de todos; y tanto le agradó a Herodes ⁷que le prometió bajo juramento darle cualquier cosa que pidiera.

⁸Instigada por su madre, le pidió: «Dame en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista.»

⁹El rey se entristeció, pero a causa de sus juramentos y en atención a los invitados, ordenó que se le concediera la petición,¹⁰ y mandó decapitar a Juan en la cárcel.

¹¹Llevaron la cabeza en una bandeja y se la dieron a la muchacha, quien se la entregó a su madre. ¹²Luego llegaron los discípulos de Juan, recogieron el cuerpo y le dieron sepultura. Después fueron y avisaron a Jesús. Mateo 14: 1-12 NVI

QUIEN AMA LAS TINIEBLAS es torrente destructor. A su paso se aniquila el hogar. Su desorientación perturba los sentidos. Su dureza obstruye la Palabra. Herodes, Herodías, y Salomé ¡qué familia! Un tetrarca traidor y cobarde, una esposa codiciosa e inmoral, una encubridora y cómplice. En contraste, Jesús, el Bautista y sus discípulos. Una acción redentora que testifica de la gracia de Dios que se hace presente en medio del pecado.

Un poder que oprime

Es el poder del pecado: “Prenderán al impío sus propias iniquidades, y retenido será con las cuerdas de su pecado” (Proverbios 5:22). El pecado es un poder opresor que perturba los pensamientos y hace al hombre un ser sin entendimiento, destruye a la familia al hacerse presente como traición, adulterio y encubrimiento, corrompe el servicio público, porque le imprime un desequilibrio en el ejercicio del poder.

Quien vice enamorado de su propio pecado y no se reconoce pecador se destruye y destruye a los que le rodean. Desubica su propio corazón de tal manera que le lleva a levantarse en contra de la Palabra y de los siervos de Dios. El hombre sabio, ve el pecado y se aparta de él, el insensato destruye en su maldad todo lo que encuentra a su paso.

La fama de Jesús se hizo presente en medio de un tetrarca enfermo de poder, traidor de su propio hermano, adúltero, descontrolado y asesino. El Bautista precursor, así mismo, denunció el pecado del gobernador y levantó un afán asesino en el corazón de Herodías. Una pareja amante del pecado que pasó por encima de la ley de Dios al unirse

ilícitamente, que irrespetó la vida de un siervo de Dios al poner su cabeza sobre un plato y convertirla en regalo macabro, una madre que utilizó a su hija de acuerdo a sus intereses y un padrastro que se dejó llevar por sus sentidos, cayendo en la euforia tras el baile de Salomé y prometiendo, en medio de una mesa rebosante de vino, sin percatarse de la responsabilidad que implica ejercer el poder.

Meditemos en la fuerza opresiva del pecado y consideremos que cada uno de nosotros, vive en medio de la realidad del poder, ya como padres o como patrones o como esposos. Que no hay que amar las tinieblas, cerrando nuestros oídos a la voz de Dios, porque se destruye la propia integridad, se aniquila la familia y se distorsiona el ejercicio de nuestra vocación. El remordimiento en el que vivía Herodes, la cobardía con que se conducía, el abuso de su comportamiento, la inmoralidad y la fuerza negativa de Herodías, la complicidad de Salomé son realidades de muerte que trascienden el tiempo y el espacio, porque son testimonio de la presencia del pecado en el corazón humano. Más que amar el pecado, hay que reconocerle para apartarse de él.

Hay que amar a Dios y a nuestro prójimo

El que ama a Dios atiende su Palabra con reverencia. El que ama a su prójimo lo trata con dignidad y respeta su vida. Ciertamente que Herodes estaba lejos de amar a Dios, trasgredió la ley y asesinó al profeta. Y estaba lejos de amar a su prójimo, traicionó a su hermano. En medio del poder que corrompe hay que percatarse de que el Espíritu Santo ha dicho que el que no ama a su hermano, tampoco ama a Dios. En medio de la inmoralidad que obsesiona hay que conducirse en base a la ley del amor: con respeto de la dignidad humana, de la vida, de la santidad del matrimonio, de la responsabilidad de educar a nuestros hijos como criaturas de Dios. Sin olvidar que nuestra vocación es amar como Jesús nos amó, bajo el poder de la gracia, la fuerza del Espíritu y el testimonio de la Palabra. Por ello, hay que oír la Palabra, cuando el Señor nos habla a través de sus profetas para denunciar nuestro pecado y llamarnos al arrepentimiento: hay que ser sensibles al actuar de Dios en Jesús, para vivir bajo la esfera de su amor, hay que estar atentos a la presencia silenciosa de su gracia, a través del testimonio valeroso de quienes le sirven, aun en medio de la amenaza de la muerte, como los discípulos y el Bautista que toman su cuerpo y lo sepultan. Hay que entender la acción de Dios, porque se hace presente de muchas y diversas maneras en medio de nuestra desgracia para llamarnos a su gracia, a fin de que el pecado sea confesado y sea abandonado, y así ser libres para amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Y esto es posible cuando nuestro conocimiento de Jesús se convierte en un conocimiento personal.

Hay que ser fieles a la vocación que hemos recibido.

El mensaje de Dios al pastor de la iglesia de Esmirna es un llamado a la fidelidad: “Se fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10b) Y esta palabra asoma a nuestro corazón cuando leemos la suerte del Bautista en manos de

Herodes. Juan fue fiel a su vocación, su ministerio profético le llevó a anunciar el pecado del gobernador de Galilea y Perea, Herodes el tetrarca. Y su vocación profética le costó la vida. Jesús cumplió su vocación mesiánica con entereza y confrontó a los hombres de su tiempo con el Evangelio de la gracia, aunque le costara la cruz. Así mismo cada uno de nosotros, como parte de la iglesia de Jesucristo, hemos recibido el llamamiento de ir al mundo y hacer discípulos. ¿Cuál es el costo de esta vocación? El evangelio de la gracia que hemos conocido en Jesucristo, el Hijo de Dios, es una buena noticia de salvación y liberación del poder opresor del pecado, para que la destructividad del alma humana, sea trasformada en un instrumento de gracia en nuestros propios hogares y en el ejercicio de nuestra vida profesional. El que encubre su pecado, se destruye a sí mismo, destruye su hogar y a todos los que viven con él, pero el que ama a Dios y a su prójimo, es influencia de vida en medio del poder que corrompe y la inmoralidad que obsesiona.

La acción pastoral misionera de la iglesia no puede pasar por alto este llamamiento al amor de Dios y a nuestro prójimo, porque sin amor, todo se reduce a un canto de sirena, una tonada fantasiosa. Si no tenemos amor somos un platillo descoronaste en la sinfonía que Dios quiere componer en este mundo. La obra misionera y la acción pastoral tiene como su principio, su contenido y su fin el Verbo que se ha hecho carne y que nos ha amado hasta el fin. Es en su ejemplo que hemos de vivir, para que nuestros pensamientos, nuestros hogares y vocaciones estén sostenidos en el amor que todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre, todo lo soporta, porque el amor nunca deja de ser. La historia de Herodes es el relato del poder opresor del pecado, tu historia puede ser distinta, si estás atento a la Palabra y dispones tu ser para que la gracia de Dios lo transforme en instrumento de su amor. Amén.

Domingo 4 de enero de 1987.

EL DESAFÍO DEL DISCIPULADO

Mateo 14:22-30

²² En seguida Jesús hizo que los discípulos subieran a la barca y se le adelantaran al otro lado mientras él despedía a la multitud. ²³ Después de despedir a la gente, subió a la montaña para orar a solas. Al anochecer, estaba allí él solo, ²⁴ y la barca ya estaba bastante lejos de la tierra, zarandeada por las olas, porque el viento le era contrario.

²⁵ En la madrugada, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago. ²⁶ Cuando los discípulos lo vieron caminando sobre el agua, quedaron aterrados. — ¡Es un fantasma! — gritaron de miedo.

²⁷ Pero Jesús les dijo en seguida:— ¡Cálmense! Soy yo. No tengan miedo. ²⁸ — Señor, si eres tú —respondió Pedro—, mándame que vaya a ti sobre el agua. ²⁹ — Ven —dijo Jesús. Pedro bajó de la barca y caminó sobre el agua en dirección a Jesús. ³⁰ Pero al sentir el viento fuerte, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: — ¡Señor, sálvame!
Mateo 14:22-30 NVI

SER DISCIPULO DE CRISTO es caminar en fe. Un caminar que enfrenta desafíos, como los que vivieron los discípulos en el mar, al ser sorprendidos por fuertes vientos que levantaban grandes olas y engañados por sus propios temores al confundir al Señor con un fantasma. El texto, aunque señala tensiones y desafíos del discipulado, engrandece la persona del Hijo: pastoreando a la multitud, orando en la intimidad, caminando sobre las aguas del mundo presente y de la propia interioridad humana. La persona de Jesús es refugio, sostén y amparo, sustenta la fe y la esperanza. Ante la zozobra, el discípulo no puede más que caer de rodillas y reconocerle como Hijo de Dios.

Las adversidades

Hay cristianos que caen en la incertidumbre al constatar que su vida en el Señor está sembrada de tensiones, luchas y pruebas. Se han hecho una imagen de su fe y al vivirla en las tensiones de la vida diaria, son presa de confusión, que en muchas ocasiones los lleva al desaliento. Mateo describe la experiencia que los discípulos vivieron en medio del mar. Escenas que se repiten día a día en nuestra propia experiencia. Mateo subraya que los discípulos se sintieron invadidos de temor por la imagen que ven sobre el mar. En segundo término está la fuerza de las olas que azotan la barca. El temor de los discípulos ante lo desconocido se ve reforzado por sus creencias populares en fantasmas. La visión que observan en medio de la noche la viven desde su propia cultura popular. Son hechos que aun no entienden a la luz de su fe y su esperanza y les provocan temor. Echan mano de lo sobrenatural y fantástico para explicarse su propia historia. La adversidad que vivieron en el mar fue motivado por: 1) sus creencias populares y 2) su

incapacidad para entender a la luz de su fe las experiencias de su vida. Es cierto, no obstante, que el camino de la fe es de lento transitar, en el que las experiencias de la vida han de verse con una nueva perspectiva. Ciertamente es que el miedo perturba nuestra visión y solemos convertir en imágenes terroríficas, lo que es testimonio de la soberanía de Dios.

Las creencias populares, los miedos y las dudas son las adversidades que todo discípulo vive en medio de las tensiones de la historia. Su identidad está fincada en la fe, tanto en relación con su formación interior, a fin de transformarlas a la luz de lo que el Señor ha puesto en su corazón; así como factor que le ayuda a superar los temores y las dudas que asaltan el corazón.

Jesús sostén en las adversidades

¿A quién recurrir cuando nuestros temores nos traicionan? ¿A quién acudir cuando nuestros miedos nos paralizan? La persona de Jesús se levanta como autoridad ante los ojos perturbados de sus discípulos y les infunde confianza.

No hay que pasar por alto la actitud pastoral con que Jesús despidió a la multitud, seguramente confirmó la fe de algunos, orientó las dudas de otros, consoló a los que compartían sus dolores. Su relación con la multitud fue personal, no permitió que la despersonalización asomara en su ministerio. Y una vez despedidos, salió al monte a orar a solas, en la intimidad de su relación con el Padre, en la tranquilidad de la montaña, y de la noche. ¿Por qué subió Jesús a orar? ¿Para vencer la tentación de convertirse en rey, para fortalecer su vida espiritual, para estar en comunión con su Padre, para reorientar su camino? No lo sabemos, sólo sabemos que subió a orar y estuvo así hasta avanzada la noche.

Ante los temores de los discípulos que lo confundían con un fantasma y las fuertes olas levantadas por los vientos, Jesús se manifiesta como soberano sobre la fuerza natural y con voz clara orienta las confusiones de los suyos. Él se afirma como el que es. “No temas, soy yo”. Es la voz que se deja oír en medio de la noche. Como el “yo soy” del Antiguo Testamento, afirmación que despliega el ser del Señor, su fuerza, su poder, su personalidad. Los discípulos deben oír esa voz y disipar sus creencias, vencer sus temores. Es el Dios que se revela en Jesucristo y al que debemos oír y obedecer. Su autoridad soberana se impone sobre la naturaleza y sobre los ojos temerosos de los suyos. La palabra de Jesús es aliento para el que teme, es confianza para el confundido en medio de una barca azotada por las olas y es verdadera en medio de supercherías que hacen al hombre un ser temeroso y dependiente de lo natural y sobrenatural. Pero no es la afirmación de autonomía la del hombre lo que subraya Mateo, sino la afirmación de la soberanía de Jesús, quien siendo origen de todo, también es Señor de todo.

Del temor a la fe

Pedro es descrito como un discípulo atrevido y valiente. Quiere caminar sobre las aguas. Responde al llamado de Jesús, sale de la barca y lo hace. Quita sus ojos de Jesús y

observa la fuerza del viento y el movimiento tempestuoso de las olas. Su valor y temeridad se transforman en terror, su cuerpo se hunde, su voz se transforma en grito de angustia. Y sintiéndose perdido le grita a Jesús ¡sálvame!

Jesús ubica con claridad que la falla de Pedro es su falta de fe. Falta de fe en quien podría caminar sobre las aguas, falta de fe que lo hace dudar de lo que el Señor le permite hacer. Su falta de fe lo hace hundirse y desesperar. En medio de su terror. Jesús le toma de la mano y le reprende. No lo deja hundirse, ni tampoco pasa por alto su corazón dubitativo. El discipulado es un camino de fe en medio de las tensiones de la vida. Es fe que nos permite vivir de una manera nueva nuestras creencias populares, nuestra visión perturbada, nuestra inseguridad. Es cierto que las adversidades del mundo, de las fuerzas naturales o de las comunidades humanas representan una prueba para nuestra fe, pero también lo es que en muchas ocasiones esas pruebas se agranden porque no tenemos una visión clara y porque carecemos de seguridad en lo que Jesús puede hacer en nosotros, cuando se transforma en el criterio de nuestro vivir. El desafío del discipulado es aprender a vivir por fe:

1. Para transformar nuestra cultura popular
2. para aclarar nuestra visión y
3. para afirmar el corazón

Y sobre todo para oír la voz de Jesús que se revela como Pastor, como aliento, como seguridad y como razón de nuestro vivir. Es con estos criterios de fe que hemos de vivir nuestra vocación en medio de un mundo lleno de tensiones. Amén.

Domingo 18 de enero de 1987

JESUS PRESENCIA DEL REINO

Mateo 14:32-34

³²Cuando subieron a la barca, se calmó el viento. ³³Y los que estaban en la barca lo adoraron diciendo: —Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios.

³⁴Después de cruzar el lago, desembarcaron en Genesaret. Mateo 14: 32-34 NVI

AMERICA LATINA ¿un Continente destinado a la pobreza? En 1986 su población fue de 406 millones de habitantes aproximadamente. Se calcula que para el año 2000 será de 600 millones. 194 millones más de seres humanos que requerirán de alimentación, vivienda, fuentes de trabajo y salud. De los 600 millones, 288.4 serán niños y jóvenes de los 0 a los 24 años. En relación con la Ciudad de México será la más grande del mundo para el año 2000 y se espera que el 60% de la población urbana viva en los niveles de pobreza, es decir, debajo del salario mínimo. Pobreza en medio de un continente rico en recursos naturales y en recursos humanos. Acerca de esta problemática nos hace pensar el verso 34: “llegó Jesús con sus discípulos a la tierra de Genesaret.” Una región famosa por su fertilidad, ubicada al oeste del lago de Tiberíades y, sin embargo, con una población enferma. La presencia de Jesús en Genesaret significó la llegada del amor de Dios y del Reino. Y su dimensión de salud para los que viven marginados a causa de sus enfermedades, pero que se acercan llenos de fe y esperanza a Jesús.

Las enfermedades de la urbe

Si consideramos la realidad de la ciudad, debemos señalar que en nuestro caso hablamos de ciudades que son ejemplos de explosión urbana.

El conflicto poblacional que encara nuestro país no está constituido primordialmente por la explosión demográfica, sino por la explosión urbana. Ciudades como la nuestra, cuyo crecimiento ha sido vertiginoso, arrastra graves problemas. Entre ellos señalamos las enfermedades propiamente urbanas, resultado no solo del aumento poblacional, sino de la falta de servicios de salud, de vivienda, de seguridad, de fuentes de trabajo, de recreación, etc. ¡Y qué decir de la problemática ecológica! El agotamiento de los mantos acuíferos, la destrucción de las tierras de cultivo para dar lugar a urbanizaciones marginales o elitistas, el envenenamiento del aire y las relaciones humanas, la señalada “inversión térmica” y todas sus secuelas de carácter respiratorio, cardiovascular, digestivo, etc. Todo ello nos hace reflexionar en la ciudad que habitaremos para el año 2000, considerando que se ha previsto un 60% de pobreza y su consecuencia en enfermedad física, psicológica, social y espiritual, con los reiterados padecimientos de neurosis, soledad, sinsentido, violencia y promiscuidad. Ya vivimos en una ciudad de somnolientos pasajeros de los transportes públicos e individualistas y agresivos conductores de automóviles, que ya pasan del millón y medio en nuestra ciudad. Hablar de la pobreza es señalar la realidad de la enfermedad y la muerte. Una

sociedad pecaminosa, cuya responsabilidad se agiganta si consideramos los 538 mil millones de dólares que gastan en armamentos en los países industrializados y los 89 mil ochocientos millones de dólares que gastan los países de desarrollo en el mismo propósito, la industria de la muerte.

La presencia del reino

Al hacerse presente Jesús en la región de Genesaret, su persona significó la llegada del Reino. Sus sanidades testificaron de la llegada del tiempo de salvación y de la manifestación de la gracia de Dios: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor (Lucas 4:18, 19)

La presencia de Jesús es manifestación de la gracia de Dios en un mundo de enfermedad y opresión. El amor de Dios se hace oportuno, atractivo y alcanzable en él. Jesús está en donde se le necesita, acepta a los que le buscan llenos de carencias, a nadie discrimina por razones religiosas, sociales o económicas; manifiesta su amor en hechos: escucha y sana. Su iglesia, como signo de este Reino en el mundo, está llamada a vivir en la misma dimensión.

Como presencia del amor redentor y restaurador de Dios, como portavoz del Evangelio de salud, de liberación, como heraldo del año agradable del Señor. La vocación de la iglesia es testimonial, porque ha de ser presencia de gracia en un mundo de desgracia; de amor en medio del odio y a pesar del odio; de liberación en medio de la opresión; de salvación en medio del pecado. La presencia de la iglesia en el mundo es señal corporal de la gracia. ¿Qué entendemos por mundo? No lo hacemos como alguna categoría de una disciplina social, sino como la realidad cotidiana en que nos movemos: el hogar, la escuela, el trabajo, el vecindario. Los amigos, etc.

Jesús se obsequió sin reservas a quienes le necesitaron y supo ser oportuno. La iglesia también ha sido enviada a brindarse al mundo con la misma generosidad, en hechos de amor.

Es presencia salutífera

La presencia de Jesús es suficiente. Significó para la multitud de Genesaret, de ser transformados en enfermos a sanos, de marginados en reincorporados a la vida de su comunidad. El pecado oprime y margina, la presencia del Reino en Jesús y en la iglesia, es la manifestación del Señor, cuya soberanía significa salud, restauración, dignificación, liberación. Todo marginado que se acerca con fe a la persona del Hijo, recibe el poder salutífero de nuestro Salvador, poder que lo transforma en una nueva criatura, engendrado por amor en la fuerza del Espíritu, que es vida y vida eterna. La presencia del Reino es razón de esperanza en medio de una ciudad y de un continente cuyo porcentaje de pobreza no puede ser equiparable a su población quebrantada de corazón. Y si es clara la

responsabilidad de la nación en incorporar a una vida digna a su población, no podemos minusvalorar el compromiso cristiano con quienes anhelan la salud de sus vidas escindidas: lejos de Dios, deshumanizados, oprimidos y enfermos. Hay que hacer presencia a fin de que la salud espiritual de nuestra ciudad se despliegue en la forma como el hombre se vive a sí mismo, se relaciona con su prójimo y con Dios. La salud espiritual se mide, en palabras de Jesús, en la intensidad con que amamos a nuestro prójimo y a Dios.

Jesús transforma a los enfermos en sanos: vuelve la vista a los ciegos, libera a los oprimidos, anuncia buenas nuevas a los pobres, Jesús asumió su futuro de cruz a favor nuestro. Testimonio que en nuestro clamor fue oído. Nada nos es más necesario que su amor y él nos lo brinda con generosidad. ¿Le buscarás tu hoy, como los enfermos de Genesaret? Amén.

Domingo 25 de enero de 1987

EL HOMBRE INTERIOR

Mateo 15:1-20

¹Se acercaron a Jesús algunos fariseos y maestros de la ley que habían llegado de Jerusalén, y le preguntaron: ²— ¿Por qué quebrantan tus discípulos la tradición de los *ancianos? ¡Comen sin cumplir primero el rito de lavarse las manos!

³Jesús les contestó: — ¿Y por qué ustedes quebrantan el mandamiento de Dios a causa de la tradición? ⁴Dios dijo: “Honra a tu padre y a tu madre”, y también: “El que maldiga a su padre o a su madre será condenado a muerte.”⁵ Ustedes, en cambio, enseñan que un hijo puede decir a su padre o a su madre: “Cualquier ayuda que pudiera darte ya la he dedicado como ofrenda a Dios.” ⁶En ese caso, el tal hijo no tiene que honrar a su padre. Así por causa de la tradición anulan ustedes la palabra de Dios. ⁷¡*Hipócritas! Tenía razón Isaías cuando profetizó de ustedes: ⁸»“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. ⁹En vano me adoran; sus enseñanzas no son más que reglas humanas.”

¹⁰Jesús llamó a la multitud y dijo: —Escuchen y entiendan. ¹¹Lo que contamina a una persona no es lo que entra en la boca sino lo que sale de ella.

¹²Entonces se le acercaron los discípulos y le dijeron: — ¿Sabes que los fariseos se escandalizaron al oír eso?

¹³—Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada de raíz —les respondió—. ¹⁴Déjenlos; son guías ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en un hoyo.

¹⁵—Explícanos la comparación —le pidió Pedro.

¹⁶— ¿También ustedes son todavía tan torpes? —Les dijo Jesús—. ¹⁷¿No se dan cuenta de que todo lo que entra en la boca va al estómago y después se echa en la letrina? ¹⁸Pero lo que sale de la boca viene del corazón y contamina a la persona. ¹⁹Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, la inmoralidad sexual, los robos, los falsos testimonios y las calumnias. ²⁰Éstas son las cosas que contaminan a la persona, y no el comer sin lavarse las manos. Mateo 15:1-20 NVI

“Si alguien tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”. Juan 1: 38b, 39

CONTRA LA RELIGION como mera observancia de ritos y tradiciones, levanta Jesús su voz. La religión es definida en términos de un conjunto de ritos y leyes que son expresión de la búsqueda humana de la divinidad. Como expresión humana también lleva las marcas del pecado y la desobediencia. Jesús es la revelación del Dios que ha hablado, se ha manifestado, ha hecho presencia en la historia, el mundo, el hombre.

La Palabra y la tradición

Ante la práctica de los discípulos de Jesús, los escribas y fariseos levantan una serie de interrogantes. Les acusan de violar las tradiciones de los ancianos. El hecho es la

no observancia de normas en relación con la separación de lo impuro. El fondo expresa una concepción de la religiosidad judía en la forma de vivir su fe: apartarse de objetos y personas considerados impuros. Aún más, Jesús observa que la inquietud de los escribas y fariseos es que la práctica de los discípulos pasa por alto su autoridad en la interpretación de la ley. En el caso del lavamiento de manos antes de tomar el pan. Para los escribas la vida depende de la observancia de la ley y las normas derivadas de ella, recibidas a través de una tradición oral de generación en generación.

La afirmación de que la Biblia es nuestra única norma de fe y de práctica suele ser definida por muchos y articulada a la vida real de la persona, familia e iglesia, por muy pocos. Jesús no pasa por alto la revelación histórica de Dios, pero no rechaza la pretensión de los escribas de poner en el mismo nivel de autoridad las prescripciones añadidas y su propia autoridad como interpretes legítimos y exclusivos de la ley. Su palabra es realmente dura: son sus interpretaciones las que han violado la ley. Denuncia su infidelidad, señalando el cuarto mandamiento como prueba de su dureza de corazón e impiedad ante la revelación. Con el fin de eludir su responsabilidad familiar hacia donaciones ficticias al Templo. Habían caído en la trampa de una religiosidad exterior que les alejaba de Dios y de su prójimo. Jesús no levanta su voz en contra de la ley ni del servicio al templo, sino del uso pecaminoso que se hace de la religión y de la misma ley de Dios.

La voz de Jesús resuena hoy en medio de su pueblo: ¡hay que volver a la palabra; Ella es la única norma de fe y de práctica, y es el criterio bajo el cual ha de ser analizado toda práctica, tradición o principio en que se le haya incorporado.

La asimilación de la Palabra

Cuando nos allegamos a la Palabra sin una genuina actitud de obediencia y amor, la convertimos en arma de nuestro pensamiento e interés. El caso de los escribas y fariseos es esclarecedor. Instrumentaron la ley como un argumento para justificar su egoísmo, al no estar dispuestos a sustentar a sus propios padres. Su religión les separo de la familia y les hizo trasgresores de la ley. La fe une, acerca, establece puentes de comunicación; la religión separa, fanatiza, esclaviza, enajena. Jesús levanta su voz contra la religión que ha deformado la voluntad del Padre, revelada históricamente en la ley y los profetas. Y levanta su voz hoy para confrontar a quienes perturben su Palabra para convertirla en una nueva religión, llena de prescripciones externas que no sólo expresan el propósito del Padre para el hombre, sino que lo deforman.

Lo impuro, como bien se ha dicho, no son objetos estáticos, sino la trama de su vida concreta. El corazón que distorsiona la ley.

Asimilar la Palabra es internalizar su sentido, de tal manera que se viva en obediencia, bajo la ley del amor, Jesús no rechaza la expresión externa de la fe, ni la observancia de las normas que de ella se desprenden, sino de la utilización que el hombre hace de su religión para profundizar su egoísmo, rebeldía y maldad.

Fe y vida comunitaria

Ante la pregunta de Pedro, Jesús señala pecados que surgieron del corazón que atentan contra el prójimo: malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Son testimonio de un corazón envenenado, endurecido, encallecido. Ante esta realidad personal subrayada por Jesús, que lastima la vida del hombre y sus relaciones con el prójimo, las preocupaciones de los escribas aparecen como meras justificaciones que encubren su maldad.

Su preocupación por el lavamiento de las manos para conservar su pureza, es careta que oculta un corazón pecaminoso, que separa, utiliza y oprime a su prójimo. Lo que incapacita para la comunión con Dios es el pecado personal, es lo que determina la relación con las personas, el uso de las cosas, los delitos contra el prójimo.

Ser cristiano no puede reducirse a la observancia de ciertos ritos religiosos y prescripciones externas, es haber sido transformados por el poder del Espíritu para que la ley de Dios quede escrita en el corazón. Es decir asimilada, vivida, obedecida de tal manera que cumpla su propósito: la regeneración del hombre, la comunión con Dios, la comunión con los otros hombres. Es el desafío de las iglesias evangélicas el día de hoy. La vuelta a la autoridad de la Palabra, renunciando a los sueños de tradiciones que han llevado nuestra vida a una desértica amargura, a las iglesias a una suerte de religiosidad externa, y al cristianismo a una caricatura de su naturaleza.

El llamado de Jesús es palabra desafiante para quienes han acomodado su forma de vida a las tradiciones de su tiempo, a quienes han hecho de su fe mera apariencia y quienes piensan que pueden sustituir con palabras lo que no hay de forma de vida.

Jesús prometió a quienes tuvieran necesidad que de su interior correrían ríos de agua viva, si creen en él. Los ríos de agua que nunca se agota y que es germen de vida en medio de un ambiente desértico. Quien cree en Jesucristo no necesita del estímulo externo para ser feliz, porque su felicidad nace de la presencia del Espíritu en su corazón, que es Espíritu de vida, gozo, paz y amor. Por ello, si alguno tiene sed, vaya a Cristo y del interior surgirán ríos de agua viva y no purulentas aguas pantanosas. Amén.

Domingo 1 de febrero de 1987

VIVIR POR LA FE

Mateo 15: 21-28

²¹ Partiendo de allí, Jesús se retiró a la región de Tiro y Sidón. ²² Una mujer cananea de las inmediaciones salió a su encuentro, gritando: — ¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí! Mi hija sufre terriblemente por estar endemoniada.

²³ Jesús no le respondió palabra. Así que sus discípulos se acercaron a él y le rogaron: — Despídela, porque viene detrás de nosotros gritando. ²⁴ —No fui enviado sino a las ovejas perdidas del pueblo de Israel —contestó Jesús.

²⁵ La mujer se acercó y, arrodillándose delante de él, le suplicó: — ¡Señor, ayúdame!

²⁶ Él le respondió: —No está bien quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perros. ²⁷ — Sí, Señor; pero hasta los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos. ²⁸ — ¡Mujer, qué grande es tu fe! —Contestó Jesús—. Que se cumpla lo que quieres.

Y desde ese mismo momento quedó sana su hija. Mateo 15:21-28 NVI

LA SALVACION ES POR FE. No se alcanza por pruritos raciales, ni herencias familiares, ni por buenas obras o por pertenecer a alguna religión. Debemos repetirlo, la salvación no se alcanza, se recibe, porque es un don de Dios.

Jesús cruza la frontera del paganismo, en el se hace presente el reino. Su retiro a la tierra de Tiro y Sidón es acción profética, es anuncio de que también los gentiles tendrán lugar en el Nuevo Israel de Dios. Cruza fronteras geográficas, culturales, raciales religiosas. Como años más tarde lo había de hacer la iglesia.

La mujer sirfenicia es testimonio de una vida de fe: reconoce su necesidad, aborda a Jesús, abre la puerta de la salvación, recibe bendición y espera en Dios.

Reconocimiento

Hay que reconocer que el demonio no tiene fronteras. Esto implica examinar con cuidado la manera como actúa, a fin de discernir su identidad en cada encrucijada de la historia. Jesús lo identificó como padre de algunos judíos (Juan 8:44). Desde el principio es homicida y es mentiroso. La mujer sirfenicia lo reconoce como opresor de su hija. Actúa tanto en judíos como en paganos, no respeta fronteras. Con los escribas y fariseos se hace presente en soberbia, incredulidad, orgullo. Vivir por la fe es aprender a discernir la presencia del enemigo en nuestras almas, las formas sutiles como se mueve, a fin de resistirle, confiados en la promesa de que de nosotros huirá. La posesión diabólica no es definitiva, Jesús tiene autoridad sobre él y todos los espíritus inmundos.

En contraste, la liberación de Jesús si es eterna. Ya que nada ni nadie nos puede arrebatar de su mano. La acción del maligno se dirige hacia el hombre, a fin de distanciarlo de Dios, como en los fariseos; a fin de distanciarlo de sí mismo, como la hija de la mujer cananea.

Consciente de la opresión en que vive su hija, la mujer se acerca a Jesús con fe, clama, grita, persigue, insiste.

Hay que abordar a Jesús

Identificar nuestras limitaciones es sabio, crear autolimitaciones que nos inhiben es propio de un corazón extraviado. Hay quienes reconocen sus limitaciones y las superan: invidencia, parálisis, orfandad, etc. Pero superar una autolimitación requiere la luz de la fe: sentimientos de inferioridad, complejos de culpa, pasados tormentosos. La mujer sirofenicia reconoció que Jesús se debía a su pueblo, pero persistió. Con humildad supo ser insistente. Reconoce su indignidad, sabe que no es parte del pueblo de Dios, pero identifica a Jesús con el hijo de David, lo que no pudieron hacer los judíos, y con su corazón abierto le demanda misericordia. Sus limitaciones son superadas a la luz de la fe. Su confianza en Jesús le permite persistir tras él, pedirle y rogarle.

Los prejuicios sociales, raciales, religiosos y culturales crean barreras que inhiben el desarrollo humano y la convivencia fraternal. A tal grado logran dañar, que se convierten en parte de la personalidad del humano. En medio de estas realidades opresivas, la fe es la confianza en el poder liberador de Jesús, que restaura las almas oprimidas por el diablo y sus huestes.

El poder de la fe

La fe es el don que abre la puerta al poder de Dios. Es poder que sana, restaura, libera, dignifica, salva, regenera, santifica, sostiene, dirige. Jesús reconoce la fe, no pasó por alto lo que mostro la mujer cananea. Por el contrario, exclama complacido por la confianza que esta mujer manifiesta. El ejemplo de la mujer cananea es testimonio de la forma como el Señor constituye a su Nuevo Israel. Ciertamente es heredero de la promesa dada a Abraham, pero no por razones de raza, sino por compartir el paso de fe, que justifica al hombre. Así que a Abraham la fe le fue contada por justicia y a la mujer sirofenicia le permitió la entrada al poder de Dios manifestado en Jesús.

La misericordia de Dios está por encima de las fronteras que los hombres hemos levantado entre nosotros. Está por encima de barreras económicas, sociales e ideológicas. No resiste a quien le busca con fe.

Solo Dios hace milagros. Lo hizo con la muchacha poseída, lo hizo con ciegos y sordos, con mudos y paralíticos, con judíos y gentiles. Por ello hay quien ha identificado a lo extraordinario como lo propiamente cristiano. Porque ahí en donde el hombre ha levantado paredes divisorias que estorban a la misma humanidad, nuestro Dios se hace presente, señalando con ello la universalidad de su actuar y del don de salvación.

Es fuente de bendición

Dios utiliza la fe para bendecirnos. Cuando en reconocimiento de nuestras limitaciones o autolimitaciones nos acercamos a Jesús, él nos oye y nos bendice; cuando intercedemos por otros como esta mujer o el centurión romano, el no pasa por alto la fe intercesora y satisface la necesidad.

Saber que la fe es fuente de bendición, nos impulsa a vivir por la fe y no sustentados en las vanidades ilusorias que nos llevan a desempeñaderos de muerte. Lo contrario a la fe es el orgullo y la incredulidad. Y son actitudes que ahogan la bendición de Dios. Sigamos el ejemplo de la mujer sirfenicia, quien supo echar mano de su fe para ser bendición de los suyos. Es responsabilidad del cristiano, a fin de no desmayar y estar en permanente oración por los que necesitan nuestra intercesión.

Sigamos el ejemplo de esta alma abatida, pero no desamparada. Superemos nuestras autolimitaciones, que nos hacen vivir con la cabeza abajo, con los ojos extraviados, con el rumbo perdido. Superemos los retos que se levantan frente a nuestra fe, aprendiendo que si abordamos a Jesús con un corazón abierto y un espíritu franco, recibiremos bendición. Hay que aprender a esperar en él y él hará. Amén.

Domingo 8 de febrero de 1987

JESUS SATISFACE EL HAMBRE

Mateo 15:32-39

³² Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: —Siento compasión de esta gente porque ya llevan tres días conmigo y no tienen nada que comer. No quiero despedirlos sin comer, no sea que se desmayen por el camino.

³³ Los discípulos objetaron: — ¿Dónde podríamos conseguir en este lugar despoblado suficiente pan para dar de comer a toda esta multitud?

³⁴ — ¿Cuántos panes tienen? —les preguntó Jesús.

—Siete, y unos pocos pescaditos.

³⁵ Luego mandó que la gente se sentara en el suelo. ³⁶ Tomando los siete panes y los pescados, dio gracias, los partió y se los fue dando a los discípulos. Éstos, a su vez, los distribuyeron a la gente. ³⁷ Todos comieron hasta quedar satisfechos. Después los discípulos recogieron siete cestas llenas de pedazos que sobraron. ³⁸ Los que comieron eran cuatro mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños. ³⁹ Después de despedir a la gente, subió Jesús a la barca y se fue a la región de Magadan. Mateo 15: 32-39 NVI

LAS NECESIDADES HUMANAS Jesús las conoce. Sabe que el hombre necesita pan para saciar su hambre, orden y estabilidad para sentirse seguro, relacionarse con otros para sentirse amado, ser reconocido, respetado y aceptado, realizarse como persona. El Evangelio de la gracia es buena noticia para el hombre, considerado como un ser integral, dotado de una personalidad.

No se ha acertado la mano de Jehová para salvar. Nuestra fe en un Dios de amor, comprometido en la regeneración del hombre, se sustenta en la Palabra. Ella testifica que Dios ama al mundo y se le ha dado en hechos de gracia. ¿O acaso podríamos olvidar el maná en el desierto, el agua de la peña, la lluvia, las cosechas y el don precioso de su Hijo? Los discípulos se olvidaron que Jesús alimentó a cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños. Se vieron impotentes de satisfacer el hambre de estos cuatro mil y no consideraron la presencia de Jesús como el recurso divino para satisfacer toda hambre y toda necesidad.

Se compadece ante la necesidad

¿Pasa por alto Jesús nuestras necesidades? ¿Desconoce el hambre del mundo? ¿Ignora que hay un anhelo de amor, aceptación y realización personal? No, Jesús observa a la humanidad. Su mirada es la mirada de un Dios que ama. “Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he pido su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias”. (Éxodo 3:7) “Jehová está en su santo

Templo; Jehová tiene en el cielo su trono; sus ojos ven, sus parpados examinan a los hijos de los hombres”. (Salmo 11:4). Jesús observó que la multitud había estado con Él tres días y no habían comido. Sintió compasión por ellos. A diferencia de otros, Jesús no utiliza la necesidad espiritual y física del hombre para manipularlo.

El escoge, congrega y alimenta, y lo hace movido por el amor que se muestra en entrega, sustento, protección. La sociedad en que vivimos ha identificado las necesidades humanas y las aprovecha para manipular: vende sus mercancías prometiéndolas como satisfactores del hambre, el afecto, la seguridad, la realización personal. Engañan y oprimen. Aún, en la propia intimidad de las relaciones humanas, reconociendo las necesidades de nuestros hermanos o familiares, afirmamos nuestra personalidad sobre las carencias de otros. El amor en contraste, se ejerce en compasión. Por ello la ley de Dios prohíbe cometer adulterio, hurtar, hablar contra el prójimo, codiciar. Dios nos ha creado para amar, no para utilizar ni manipular.

Convierte lo poco en mucho

La multitud que sigue a Jesús por tres días ha dado prioridad a su hambre espiritual pero no pasa por alto su necesidad de pan. Llama a sus discípulos, les hace conciencia de la urgencia y por respuesta recibe otra pregunta. Sus discípulos no tienen con qué satisfacer el hambre de la multitud. No piensan que su Maestro les puede sacar del apuro.

La provisión de los discípulos son siete panes y algunos pececillos. ¿Que son en las manos de los discípulos para alimentar a cuatro mil hombres, las mujeres y los niños? ¿Qué son nuestros recursos personales para satisfacer el hambre del mundo, la necesidad del afecto de nuestros hermanos, la búsqueda de seguridad y de valor personal de quienes nos rodean? En nuestras manos, ciertamente es poco, en las manos de Jesús es más que suficiente.

Jesús sacia las necesidades humanas

Cuando Jesús nos enseñó a orar el Padre nuestro, hizo que repitiésemos; “danos hoy nuestro pan de cada día.” Y él ha oído nuestra oración. Ha satisfecho nuestra hambre y necesidad de pan, nos ha dado seguridad de su amor, aceptándonos tal y como somos y capacitándonos para crecer en él y desarrollarnos como personas realmente humanas.

¿Cómo lo hace Jesús? Utiliza nuestros propios recursos. Así lo hizo con los panes y los peces que sirvieron para satisfacer a cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños; así lo hizo con los siete panes y algunos pececillos que fueron bendición para los cuatro mil de este pasaje. Por escasos que sean nuestros recursos, nuestro Dios los multiplica. ¿Estamos dispuestos a poner en las manos de Jesús nuestro poco, para que él lo convierta en mucho? ¿Hay en nuestra alma la disposición de la viuda pobre que echó dos blancas en el arca de la ofrenda, es decir, todo lo que tenía? ¿Podremos dar al Señor como ofrenda nuestra propia pobreza? No olvidemos que Jesús utiliza nuestro poco para

bendición de muchos, como las túnicas y vestidos que confeccionaba Dorcas y eran bendición y ejemplo de sus hermanos.

El Señor puede saciar a otros utilizando nuestra vida, si estamos dispuestos a dársela como ofrenda de amor.

Bendice hasta que sobreabunda

Dios no es escaso. Da en abundancia. Satisface. Su abrazo no se ha acortado para darnos salvación y salud. Cuando se lo permitimos, él satisface alma y cuerpo, cuando creemos, él da generosamente. Por ello nos ha enseñado que debemos esperar en él y él hará. Es un Dios vigilante, que no pasa por alto las necesidades de los suyos. El conoce la necesidad del pan, de seguridad, de amor, de estima, de realización de todos nosotros, tenemos su mirada compasiva que se transforma en voz que llama a dejar en sus manos nuestro poco, para dar satisfacción a las carencias. Dios puede utilizarnos para saciar el hambre de otros, ¿estamos dispuestos a compartir nuestros bienes, Dios puede utilizarnos para dar seguridad al que se siente incierto, ¿Estamos dispuestos a compartir nuestra fe? Dios puede utilizarnos para saciar las necesidades de amor de los nuestros ¿estamos dispuestos a entregarnos? Dios puede utilizarnos para dignificar la vida de otros ¿Estamos dispuestos a hablar y actuar para construir? Dios puede utilizarnos para el desarrollo y la realización de nuestros hermanos ¿estamos dispuestos a compartir nuestro poco para que otros crezcan y sean útiles en el Reino de Dios?

Lo cierto es que la compasión de Jesús alcanza al hombre cuando se complementa en la generosidad de los suyos.

Ven a Cristo. Él satisface el hambre de la humanidad, él quiere satisfacer tu hambre. Es un Dios compasivo, que convierte lo poco en lo mucho, que sacia y bendice en abundancia. No olvidemos lo que Jesús ha hecho.

¡Contamos con él! Amén.

Domingo 15 de febrero de 1987

JESUS SANA

Mateo 15: 29-31

²⁹ Salió Jesús de allí y llegó a orillas del mar de Galilea. Luego subió a la montaña y se sentó. ³⁰ Se le acercaron grandes multitudes que llevaban cojos, ciegos, lisiados, mudos y muchos enfermos más, y los pusieron a sus pies; y él los sanó. ³¹ La gente se asombraba al ver a los mudos hablar, a los lisiados recobrar la salud, a los cojos andar y a los ciegos ver. Y alababan al Dios de Israel. Mateo 15:29-31 NVI

DIOS ACTÚA en Jesucristo para darle salud al hombre. La presencia de Jesús en Galilea, su estancia en el monte, su apacible sentarse, fue salud para la multitud de enfermos que fueron conducidos ante su presencia y puestos a sus pies. Quienes presenciaron la acción sanadora de Jesús pasaron de la admiración a la adoración, un cambio que testimonia del reconocimiento de la acción de Dios en medio de la miseria humana.

Una multitud enferma

Desde el punto de vista biológico la enfermedad es considerada una alteración más o menos grave de las funciones del organismo. En la Biblia se contempla a la enfermedad como una alteración espiritual. Por ello, la sanidad solía referirse a Dios. De tal manera que el hablar de enfermedad se hace referencia a todo un cuadro de perturbaciones que lastiman tanto la integración del cuerpo humano, como las relaciones con el prójimo y con Dios.

Mateo menciona a una multitud de enfermos que son conducidos delante de Jesús. Su enfermedad les incapacita para ir por su propia cuenta. Dependen de otros para alcanzar bendición. Es gente que sufre al ver alteradas sus funciones orgánicas y sus relaciones: cojos, ciegos, mancos, mudos, todo tipo de minusválidos. Enfermedades que caracterizan la miseria del pueblo. Imágenes conocidas para quienes habitamos naciones cuya pobreza significa una población con graves y grandes carencias. Recordemos los miles de niños que mueren anualmente antes de los dos años de vida por enfermedades originadas por la pobreza y la marginalidad; los enfermos mentales que engendran nuestras ciudades cinéticas,

El pasaje de esta acción nos orienta a considerar las enfermedades que dan testimonio de la marginalidad espiritual. El pecado es, como poder opresor, origen de muchas de las enfermedades que sufre la población latinoamericana. Impide mirar, caminar, agarrar, hablar, relacionarse con otros, realizarse como ser humano y como hijo de Dios. El pecado convierte al hombre en un ser minusválido, incapaz de vivir en el propósito divino: amar, relacionarse, adorar, hablar, sentir; porque cierra el mundo a Dios, insensibiliza al mundo, al prójimo y a Dios. Convierte al hombre en un ermitaño que bebe de su propia amargura.

¿Derecho a la salud?

De las recientes reformas que se han propuesto para nuestra Carta Magna, sobresale la iniciativa que convierte a la salud en un derecho constitucional de todo ciudadano mexicano. Un derecho humano inalienable. En contraste, la salud que experimentó la multitud que se allegó a Jesús, no puede ser considerada desde la perspectiva de un derecho, sino de un don gracioso que se manifiesta en la acción de Dios en Jesucristo. Si hablamos de enfermedades producidas por el pecado, reconocemos la responsabilidad humana ante Dios. Todos, en la medida de nuestra conciencia, somos responsables delante de Dios de nuestras acciones y sus consecuencias. Esto es cierto tanto en niveles éticos como espirituales. La responsabilidad humana de su pecado significa que la salud le es concedida como un regalo de gracia, otorgado por Dios en su infinita misericordia.

Jesús no culpó a los que lo buscaron. Se abrió en generosa oferta de salud. Su palabra, su toque, su mirada, fueron signos del Dios de amor que obraba en él para bendición de los suyos. Dios quiere un pueblo sano, un hombre cuya armonía física, psíquica y social se afinque en la trascendencia de la vida espiritual. En Jesús, todo hombre tiene derecho a ser sanado, nadie debe resignarse a no poder caminar con paso firme en la senda angosta que lleva a la vida eterna; nadie debe resignarse a no ver los hechos portentosos del amor de Dios; nadie debe resignarse a tener manos caídas cuando hay un arado que lo espera; nadie debe resignarse a permanecer en mutismo ensimismado cuando es hora de proclamar la buena noticia del reino. Dios se hace presente en Jesús como lo hizo ayer, para que todo hombre sea alcanzado por el poder divino que sana, regenera, restaura, salva.

De la admiración a la alabanza

Mateo subraya en este pasaje que Jesús sanó a los enfermos. Nada dice de su fe, ignoramos si pidieron ser sanados o si otros intercedieron por ellos. Afirma, sencillamente, que la multitud de enfermos fue sanada por Jesús. El poder de Jesús es la manifestación del Dios que se inclina a la miseria humana para regenerarla, que se hace presente en medio del pueblo enfermo, minusválido, carente, marginado. El poder sanador de Jesús provocó admiración que se transformó en acción de gracias. Dios estaba presente. Los milagros de sanidad corresponden a la obra del Mesías y dan testimonio de que el reino de Dios se ha hecho presente en el mundo como un acto soberano de Dios. Es salud que no se pudo alcanzar a través del esfuerzo humano. Es salud que Dios otorga como un testimonio de que su señorío es un dominio de amor y misericordia.

Ciertamente la pobreza de América Latina es desafío para la iglesia de Jesucristo. Es desafío para quienes hemos vivido el cambio de la enfermedad a la salud, de la impotencia a la vida en el poder del espíritu, del temor al dominio propio, de la muerte a la vida, del viejo al nuevo hombre, cuyo modelo es Jesucristo: Autor y consumidor de nuestra fe. Es un desafío porque nos involucra en esta obra de salud que el Señor está

haciendo a través de los suyos. Hemos sido llamados a continuar la obra de Cristo, en el poder del Espíritu Santo, para leudar nuestra propia realidad. El pecado es un desafío a la obra misionera de la iglesia, la enfermedad es un reclamó al ministerio de sanidad que compartimos. El mundo vive urgencia de cambio, solo el Espíritu puede cambiar al pecador en un nuevo hombre, al marginado en instrumento de trasformación, al enfermo en un ser sano, capacitado para ver, oír, caminar, trasformar, relacionarse, orar y alabar.

La presencia de Dios en Jesucristo es seguridad de salud. Es realidad que testifica la Palabra y que ha de mover nuestro corazón para acercarnos a él, para dejarnos utilizar por él.

Alabemos a nuestro Dios por el milagro que ha realizado en cada uno de nosotros e invitemos al mundo a que se una a la alabanza, al permitir que él se manifieste en el portento de su amor. Amén.

Domingo 28 de febrero de 1987

EL DISCERNIMIENTO DEL REINO

Mateo 16:1-4

16 Los fariseos y los saduceos se acercaron a Jesús y, para ponerlo a prueba, le pidieron que les mostrara una señal del cielo.

²Él les contestó: «Al atardecer, ustedes dicen que hará buen tiempo porque el cielo está rojizo, ³y por la mañana, que habrá tempestad porque el cielo está nublado y amenazante. Ustedes saben discernir el aspecto del cielo, pero no las señales de los tiempos. ⁴Esta generación malvada y adúltera busca una señal milagrosa, pero no se le dará más señal que la de Jonás.» Entonces Jesús los dejó y se fue. Mateo 16: 1-4

JESUS CONFRONTA la falta de discernimiento espiritual de las autoridades religiosas de Israel. Lo cierto es que religión y espiritualidad suelen ser senderos distintos. El primero es camino espacioso y puerta ancha; pero lo que lleva a la vida eterna es una puerta angosta. La eternidad de la vida que recibimos en Jesucristo no sólo habla de tiempo, sino de una cualidad que significa una nueva situación, una nueva relación, poder y ser que el hombre recibe por infusión de la gracia de Dios.

¿De qué discernimiento habla Jesús? ¿Cual es la carencia que ubica en fariseos y saduceos? De suyo estas sectas eran enemigos irreconciliables en su lucha por el poder y se convierten en aliados tácticos frente a la “amenaza” que les representa el predicador de Nazaret. Se trata del discernimiento del reino, cuya presencia es una semilla que está germinando en la persona del Hijo.

Las autoridades piden señal

Cualquier forma de corrupción ennegrece, ¡y qué decir de la corrupción religiosa; No está exenta de descomposición, podredumbre, hedor de sepulcro. Sus consecuencias son equiparables a las de epidemias mortales. Y cuando vinculamos poder con religión – ya sea este de opinión, económico o político- y además le añadimos el hecho de ser un poder que se ejerce en corrupción, la combinación suena a fuego del infierno. ¿Que uso puede hacer un corrupto del poder de opinión, del poder del dinero o del poder social, más aún si este ha sido perseguido como razón de vivir? Sus consecuencias pueden ser un intento de teodicidio, autodestrucción, filicidios, opresión, explotación y hasta un aniquilamiento social. La historia ha conocido “grandes” tiranos cuyo poder de destrucción asombra.

¿Porque las autoridades judías se unen siendo enemigas entre sí- frente a Jesús? Sus intenciones son claras: pretenden hacer caer a Jesús en una trampa. Lo cierto es que desde el principio la simiente de la serpiente es enemiga de Dios y de su reino. El poder y la descomposición idolátrica del mismo se levantan frente al Dios Verdadero y se opone a la extensión del Reino, cuyos valores hablan de amor y de servicio.

Los fariseos y saduceos demandan señal de Jesús desde su realidad de pecado, sin disposición a renunciar a su prestigio y poder. Ello los ha convertido en “ciegos guías de ciegos” Porque aquel que ama el pecado desprecia la revelación de Dios en Jesucristo. Quién convierte su religión en idolatría la utiliza para ocultar sus pretensiones y se auto margina en el discernimiento del Reino. Porque el criterio del Reino es la acción y la Palabra, la persona de Jesús.

Las autoridades judías pretendieron ocultar sus intenciones de muerte y su indisposición a creer. Por ello demandan una prueba a Jesús que demuestre su identidad mesiánica. Lo cierto es que los cuatro mil hombres alimentados según se describe en el pasaje anterior, los enfermos sanados y su autoridad en la enseñanza, no les fueron prueba suficiente de su identidad mesiánica. ¿Y cómo podrían serlo si habían decidido instalar como su Dios una religiosidad que era máscara de su apego al poder y a la riqueza? Su intensión quedó al descubierto.

Abrir nuestro corazón a la Palabra y obra de Cristo, a su persona, es la única forma de discernir la presencia del Reino. Rechazarlo a él es auto marginarse de la nueva creación que Dios está forjando hoy.

Jesús señala la contradicción de los fariseos

El Reino de Dios no es asunto de ciencias sociales, económicas o astronómicas. Para predecir el clima, analizar las relaciones humanas, los grupos o las clases sociales, describir los fenómenos económicos y ubicar sus posibles causas, no hace falta la fe, es suficiente la razón humana, auxiliada de técnicas y teorías.

Por ello, el reino no se agota en su expresión histórica, ni la vida cristiana puede ser comprendida a la luz de los valores de la “carne” o bajo la tiranía de la ley, aunque esta sea la de la plusvalía. Porque si el Reino de Dios fuese asunto de formulación de teorías, la cruz de Cristo no tendría lugar y su locura valdría por ciencia. Así que, el reino no se discierne porque pertenezcamos a una u otra religión, a uno u otro grupo o clase social; sino porque se ha confesado a Jesús como Señor, por obra y gracia del Espíritu Santo.

Así es como entendemos la recriminación de Jesús a las autoridades religiosas de Israel, capaces de discernir y predecir el clima, pero incapaces de discernir la presencia del reino en la persona del Hijo.

No podemos desconocer que en nuestro tiempo las vanidades ilusorias adquieren su máxima expresión en el Dios del dinero y del placer. La tristeza del joven rico y la insensatez del hijo prodigo son imágenes recurrentes en nuestra ciudad. Vanidades que se transforman en crueles tiranos que engegocen y destruyen.

Jesús se niega a dar señal

El Reino de Dios no es espectáculo para satisfacer la descompuesta curiosidad humana. Los milagros del reino están a la mano para quien quiere ver: panes

multiplicados, enfermos sanados, pecadores regenerados. Por ello Jesús se resiste a dejarse utilizar por los fariseos y saduceos, ¡al Hijo de Dios no se le puede manipular para satisfacer nuestros intereses mezquinos! Ante el Reino del Padre hay que proceder con arrepentimiento, fe y obediencia.

La generación de Jesús se había descompuesto por su idolatría. Pecado que sólo puede ser trascendido por la dádiva de amor de Dios en Jesucristo. Y con ella se extraña la realidad de la cruz y de la muerte. Porque si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, no puede dar fruto. Sin cruz no hay muerte y sin muerte no hay resurrección.

Discernir la presencia del reino de Jesús es entender su muerte por nuestros pecados y su resurrección para levantarnos con él a una nueva vida. Es locura para quienes buscan señales o idolatran la sabiduría, para nosotros la cruz es testimonio del amor y el poder de Dios. Es ahí en donde hemos sido incorporados al reino. ¡Gloria al Señor! Amén

Domingo 1 de marzo de 1987

SOBRE EL GUARDARSE

Mateo 16:5-12

“Cuando salieres a campaña contra tus enemigos, te guardarás de toda cosa mala”.
Deuteronomio 23:9

⁵ Cruzaron el lago, pero a los discípulos se les había olvidado llevar pan.

⁶ —Tengan cuidado —les advirtió Jesús—; eviten la levadura de los fariseos y de los saduceos. ⁷ Ellos comentaban entre sí: «Lo dice porque no trajimos pan.» ⁸ Al darse cuenta de esto, Jesús les recriminó: —Hombres de poca fe, ¿por qué están hablando de que no tienen pan? ⁹ ¿Todavía no entienden? ¿No recuerdan los cinco panes para los cinco mil, y el número de canastas que recogieron? ¹⁰ ¿Ni los siete panes para los cuatro mil, y el número de cestas que recogieron? ¹¹ ¿Cómo es que no entienden que no hablaba yo del pan sino de tener cuidado de la levadura de fariseos y saduceos?

¹² Entonces comprendieron que no les decía que se cuidaran de la levadura del pan sino de la enseñanza de los fariseos y de los saduceos. Mateo 16:5-12 NVI

LAS IDEOLOGÍAS socaban la fe y el entendimiento. Son sistemas de ideas que distorsionan la realidad de la fe y del Reino de Dios. Su presencia es silenciosa, pasan inadvertidas, pero su acción es permanente y corrompen. Hay ideologías religiosas, sociales, económicas y políticas y se encarnan en diferentes tipos de instituciones de la sociedad. Jesús advierte a sus discípulos de la levadura de fariseos y saduceos, de su doctrina, de su ideología de poder que distorsiona la concepción mesiánica y del Reino.

Jesús da una palabra de advertencia a sus discípulos, deben guardarse de las falsas doctrinas porque su influencia permanente y oculta es nefasta para la fe y el entendimiento.

La advertencia de Jesús a sus discípulos.

Mirad, guardaos, advierte Jesús. Es palabra pastoral que alerta sobre el peligro que acecha a los discípulos. Su seguimiento de Jesús implica una confrontación con distintos sistemas de pensamiento, ante los cuales mantener con claridad su fe. De esta lucha participó la iglesia primitiva: los judaizantes que enfrenta Pablo, la filosofía griega que confronta en el areópago; las concepciones epicúreas que acataban al cristianismo al final del primer siglo y que el Apóstol Juan tuvo que afrontar. Los discípulos de Cristo, la iglesia sirio-palestinese a la que escribe Mateo, las iglesias del Asia Menor y el pueblo de Dios en todo momento de la historia debe estar alerta y guardarse, porque la presencia de doctrinas falsas o ideológicas se asemeja al poder de la levadura, su acción es oculta y silenciosa pero efectiva.

Hay que guardarse de la levadura de fariseos y saduceos, es decir, de falsas doctrinas que distorsionan la fe y la obra de Dios en el Hijo y por el Hijo. Esta levadura cambia de acuerdo al espacio geográfico y momento histórico que vive la iglesia. Juan,

por ejemplo, exhorta a las iglesias a: “Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén” (1 Juan 5:21). La presencia misionera de la iglesia en tierra de gentiles dio lugar a la advertencia del apóstol Juan, hay que estar alertas para no caer en idolatrías, comunes en pueblos que no conocen a Dios. Con toda seguridad es palabra pertinente para nosotros hoy, dado que vivimos en una sociedad oprimida por idolatrías que destruyen y oprimen.

Guardarse de las idolatrías es, en palabras de Santiago, guardarse sin mancha del mundo (cf. 1:27) Porque los deseos de los ojos, los deseos de la carne y las vanidades de la vida batallan en contra del reino de Dios (cf. 1 Juan 2:16)

Las ideologías religiosas distorsionan la fe y la persona del hijo Jesucristo, las ideologías sociales manipulan al hombre, las ideologías políticas son justificaciones teóricas de la enfermedad del poder, las ideologías económicas sacrifican a la humanidad en el altar del dios del dinero. Hay que guardarse de las ideologías, cuya presencia oculta, silenciosa y destructiva es una amenaza para el pueblo de Dios y la humanidad.

La confusión de los discípulos

Jesús señala con claridad tres sensibles carencias en sus discípulos:

Se preocupan por nimiedades. Al llegar a su destino y escuchar la reconvención de Jesús, los discípulos dialogan sobre su olvido de llevar pan suficiente para el viaje. Están preocupados por lo que perece y no por lo que entraña un significado de eternidad.

Su poca fe ha dañado sus pensamientos. Mateo subraya que Jesús conocía los pensamientos de los discípulos y señala su causa: la poca fe. Fe que vale por confianza en Dios y, en este caso, en el poder que Jesús ha mostrado una y otra vez: la alimentación de los cinco mil primero y de los cuatro mil después. La fe de los discípulos no fue factor determinante de su vivir ni de los problemas que enfrentaron. Y, sin el sustento de la fe, los pensamientos de los discípulos son carnada para los sistemas de pensamiento que de una manera oculta van destruyendo la visión del Reino.

Su entendimiento se ha perturbado por no asimilar las experiencias pasadas. Más que lo que vivimos, importa lo que asimilamos, interiorizamos, hacemos nuestro, lo incorporamos a nuestro ser. Los discípulos no sólo habían visto, sino que habían participado en la multiplicación de los panes, pero no lo habían incorporado a su ser. Por ello no comprenden su significado y su alcance. No sólo como un recurso del que podían echar mano para satisfacer sus necesidades, sino de una enseñanza sobre la misión del Hijo y la presencia de los tiempos mesiánicos.

De la fe al entendimiento

La poca fe de los discípulos les llevó a pensar mal, a olvidarse de los hechos de Dios y no entender el significado de las palabras de Jesús. Por ello Agustín de Hipona decía que hay que creer para entender. Después de la palabra de reconversión de Jesús los discípulos entienden que su advertencia se refería a la enseñanza de fariseos y saduceos.

Hay que guardarse porque vivimos tiempos de conquista. Esa fue la palabra que recibió Israel. Porque lo malo que hay en el mundo deteriora la fuerza espiritual del ejército del Dios viviente. Por ello Jesús intercede ante el Padre, diciendo: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (Juan 17:15).

Asumir los hechos de Dios en la vida de su pueblo para fortaleza de la fe y entender la Palabra en la perspectiva del Hijo es fundamento de un pueblo que vive como fermento en medio del mundo. La advertencia de Jesús no tiene el propósito de mantener a sus hijos en defensiva, sino de prevenir los enfrentamientos que vivirán a fin de que su fuerza no se menoscabe por la perturbación que causan falsas doctrinas y sistemas de pensamiento.

No hay que olvidar que nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra potestades, contra principados espirituales. ¡Hay que estar firmes! Amén.

Domingo 8 de marzo de 1987

LA CONFESION DE FE

Mateo 16:13-20

¹³ Cuando llegó a la región de Cesárea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: — ¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

Le respondieron: ¹⁴ —Unos dicen que es Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías o uno de los profetas.

¹⁵ —Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?

¹⁶ —Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente —afirmó Simón Pedro.

¹⁷ —Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás —le dijo Jesús—, porque eso no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo. ¹⁸ Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del reino de la muerte¹ no prevalecerán contra ella. ¹⁹ Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

²⁰ Luego les ordenó a sus discípulos que no dijeran a nadie que él era el Cristo. Mateo 16:13-20 NVI

¿QUIÉN ES JESUS PARA SI IGLESIA? ¿Cómo es que le confesamos? Jesús advierte que sus discípulos tienen elementos de juicio para formarse un criterio sobre él: le han visto sanar enfermos, liberar endemoniados, multiplicar los panes, calmar la tempestad, confrontar a los fariseos, escribas y saduceos, enseñar a las multitudes, dialogar con ellos en la intimidad. Después del camino recorrido, ¿Quién es Jesús?

Los discípulos ayer y la iglesia hoy confiesan su fe en Jesús. Es confesión trascendente, dado que en ella se contrasta la propia identidad de la iglesia. ¿Qué puede estorbar la confesión de fe? ¿Qué puede distorsionar la confesión de fe? ¿Qué puede desviar la confesión de fe? La incredulidad y la dureza de corazón.

¿Qué dicen los hombres de Jesús?

Los versos 13 y 14 describen el inicio del diálogo entre Jesús y sus discípulos. El Señor interroga a los suyos, le interesa saber qué juicio se ha formulado la gente sobre su identidad. Las multitudes le han visto obrar y le han oído enseñar, no pocos de ellos han sido objeto de su amor. La opinión generalizada le identifica con un profeta y algunos le llegan a considerar el precursor, el antecesor del mesías, el profeta Elías.

¿Qué dicen los discípulos de Jesús?

De una pregunta que se refiere a los hombres de manera general, Jesús pasa a una pregunta de carácter personal: y vosotros quien decís que es el Hijo del Hombre. Por segunda ocasión Jesús utiliza un título mesiánico. Y como portavoz de los discípulos Pedro confiesa, tu eres el Cristo.

La confesión de fe, que hace a Pedro un hombre bienaventurado, feliz, dichoso y con él a todos los discípulos que se han sumado a su confesión, nace de algo superior. Los discípulos han visto y han oído los mismos milagros y las mismas enseñanzas de Jesús que las multitudes que le han seguido, en alguna ocasión hasta tres días sin probar alimento. Pero su reconocimiento de Jesús es distinto. Los hombres le llaman profeta, los discípulos le confiesan el Cristo, el hijo del Dios viviente. Es reconocimiento que no surge de su inteligencia humana, de carne o sangre, sino que les ha sido dado por el Padre. Dios mismo revela en el corazón del hombre y le mueve a confesar con sus labios que Jesús es el Cristo. Y con ello se afirma su identidad y su misión: salvador, libertador, redentor, don, esperanza, luz.

Confesar a Jesús como el Cristo es asunto de fe. Para ello es preciso oír la Palabra y recibirla en el corazón, es ineludible al abrir el corazón a la acción del Espíritu, por quién podemos llamar a Jesús Señor y dejarnos conducir por el Padre, dado que nadie puede ir al Hijo si el Padre no le llevare. Fe es recibir el testimonio de la Palabra, es no endurecer el corazón al sople del espíritu, es no resistir la conducción amorosa del Padre. Ni incredulidad, ni dureza de corazón.

La trascendencia de la confesión

Confesar a Jesús como el Cristo es declaración trascendente. El mismo llama a Simón el hijo de Jonás con su nombre de discípulo. La confesión trasforma la identidad del hombre y le ubica en relación con los planes de Dios.

Por lo menos identificamos cuatro elementos claves en la trascendencia de la confesión.

Jesús edifica su iglesia sobre una roca. Es Jesús quién edifica. El origen de la iglesia y su crecimiento están en Cristo. La roca misma, como enseña toda la Biblia, es Cristo.

Dado que siendo roca desechada por los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo.

Jesús afirma que la iglesia vencerá a las fuerzas de la muerte ¿Ignoramos que la iglesia vive en una lucha contra la muerte? De ninguna manera. Y a la vez sabemos que la muerte no tiene la última palabra sobre la iglesia. Por el contrario, confesar a Jesús el Cristo, es hacerlo como el Hijo de Dios viviente.

Jesús da autoridad a la iglesia para abrir las puertas del reino. ¿Se trata de una autoridad formal como la de un policía que vigila y resguarda una propiedad? En la gran comisión Jesús afirma que ha recibido toda potestad y bajo tal autoridad envía a los suyos a hacer discípulos a todas las naciones, a toda criatura. Y como dijera el Apóstol San

Pablo: hasta que toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor. Es potestad para proclamar y llamar a la fe.

Jesús da poder a la iglesia para desatar. De los atavismos del hombre todos sabemos porque los hemos sufrido. La iglesia ha recibido de Jesús la autoridad y el poder espiritual para desatar, por ello la envió a sanar, a predicar, a enseñar, a restaurar, a servir.

Si alguno considera que la situación de la iglesia es incierta en nuestro tiempo, hay que recordar que Jesús es la Roca sobre la que esta edificada; si hay quien piensa que el hombre será vencido por el poder de la muerte, hay que recordar que la iglesia vencerá al hades; si hay quien duda de su esperanza en el reino, hay que confesar que la iglesia tiene la autoridad para abrir las puertas del reino y desatar lo que está bajo el poder y la autoridad del maligno o de la carne. No es otra, ni es menor, la trascendencia de la confesión de fe que conoce a Jesús como el Cristo, el Hijo del Dios viniente.

¿Habrá alguien que aún piense que confesar a Jesús como el Cristo es sólo asunto de palabras? Simón el hijo de Jonás supo que la confesión dada a su corazón por el Padre le trasformo en un hombre bienaventurado y le dio identidad de discípulo, por ello es llamado Pedro. Ser discípulo es ser parte de la iglesia que se edifica sobre Cristo, vence la muerte, participa del reino y de la obra liberadora de Dios.

¿Quién es Jesús para la iglesia? ¿Le hemos confesado como el Cristo, asumido como la Roca de la iglesia, experimentado como Vida? ¿Nos vivimos involucrados en el reino y en su obra liberadora? La palabra de Jesús resuena también hoy en nuestro corazón: ¿Y vosotros, quién decís que soy?

Domingo 15 de marzo de 1987.

SEGUIRLE POR EL CAMINO DEL DOLOR

Mateo 16:21-28

²¹ Desde entonces comenzó Jesús a advertir a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas a manos de los *ancianos, de los jefes de los sacerdotes y de los *maestros de la ley, y que era necesario que lo mataran y que al tercer día resucitara.

²² Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderlo:

— ¡De ninguna manera, Señor! ¡Esto no te sucederá jamás!

²³ Jesús se volvió y le dijo a Pedro:

— ¡Aléjate de mí, Satanás! Quieres hacerme *tropezar; no piensas en las cosas de Dios sino en las de los hombres.

²⁴ Luego dijo Jesús a sus discípulos:

— Si alguien quiere ser mi discípulo, tiene que negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme. ²⁵ Porque el que quiera salvar su *vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la encontrará. ²⁶ ¿De qué sirve ganar el mundo entero si se pierde la vida? ¿O qué se puede dar a cambio de la vida? ²⁷ Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces recompensará a cada persona según lo que haya hecho. ²⁸ Les aseguro que algunos de los aquí presentes no sufrirán la muerte sin antes haber visto al Hijo del hombre llegar en su reino. Mateo 16: 21-28 NVI

SEGUIR A CRISTO tiene un costo. Abaratar la fe es insensatez que estorba la obra de Dios y da lugar al diablo. Pedro fue duramente recriminado por su Señor al equivocar el objeto de su mirada y caer en lazo de satanás: pensaba en las cosas de los hombres y no en las de Dios. Pedro y los demás discípulos con él, aún no medían la profundidad de sus pasos en el seguimiento de Cristo. Jesús les mostró que su sufrimiento era ineludible al negarse a sí mismo, el tomar la cruz y seguirle, si somos sus discípulos.

No hay que mirar las cosas de los hombres

Salvar la vida, ganar al mundo y eludir cualquier padecimiento es característica del pensamiento humano. Deben ser contrastadas con el seguimiento de Cristo. Porque no hay que leer las palabras del Evangelio como obras que valgan por sí mismas, sino del costo de seguir a Cristo. Él es el centro de la visión de sus hijos, de su confesión de fe y de su práctica de vida.

Quien camine por el sendero del discipulado no le es dado el poner sus ojos, es decir, el pensar en las cosas de los hombres, el tratar de eludir el costo de su discipulado. Ser cristiano es tener la voluntad de Dios como el objeto de nuestra visión, la razón de los pasos que damos o dejamos de dar en la vida. Pedro supo confesar su fe en Cristo como el Hijo del Dios verdadero; pero se resistió a acatar el significado de su confesión para la

vida. Ciertamente es que los pantanos de nuestra vida cristiana se dan en el nivel de la práctica de la fe y no en el de la doctrina.

Caer en tan trágico error es ser estorbo a la voluntad de Dios y dar lugar al diablo. Y no sólo ello, dado que estorbar la voluntad de Dios puede ser ocasión para que otros tropiecen en su camino de seguimiento a Cristo. Por ello, es constitutivo del seguimiento de Cristo el transformar la visión del hombre y con ello queremos decir, abandonar las maneras de pensar de quienes no conocen a Dios, para empezar a pensar en la dimensión de su voluntad para nosotros, el mundo y la historia.

Discipulado es transformación

Llanto y dolor fue para Pedro el camino del discipulado. No es fácil recibir la represión de un maestro, mucho menos del maestro por excelencia, avergüenza; pero es palabra de orientación que debemos agradecer, endereza el camino. Pedro vivió su discipulado como un camino de transformación. Había de aprender a mirar y de aprender a pensar. Tarea por cierto difícil dado que no hablamos de una mirada escrutadora ni de un pensamiento lógicamente estructurado; sino de la mirada y el pensamiento que tienen a Dios como su fiel. Es decir, su fundamento y sus límites están señalados por la voluntad de Dios. Pedro pensó que Jesús podría ser Mesías sin tener que padecer. Grave error. Era preciso que el Cristo padeciese.

Así mismo hay quienes consideran que es suficiente confesar su fe eludiendo su práctica, o que es posible ser discípulo sin renunciar a sí mismos, al mundo y sus cantos de sirena. Lo cierto es que Jesús fue claro. Seguirlo a él tiene un costo, un precio que no es posible eludir.

Discipulado es seguimiento

El discipulado es un proceso dinámico que entraña una permanente transformación. Dios cambia nuestra visión y la orientación de nuestra vida, pero lo que es esencialmente cierto es que él nos cambia. Y a este cambio le hemos llamado regeneración o nuevo nacimiento. Y que Jesús atiende cuando le explica a los suyos el costo de ir en pos de él.

Hay que negarse a uno mismo. Esta expresión de Jesús apunta a un cambio radical del centro de nuestra existencia. Pablo lo explica con las siguientes palabras: vivo no yo, vive Cristo en mí. (cf. Gálatas 2:20). Más que una afirmación de su personalidad, el discípulo niega a su propio yo como el centro de su existencia, es decir, es renuncia a toda ambición personal, a toda conducta pecaminosa que nace de ser el hombre el origen, la razón y el fin del vivir.

Hay que tomar la cruz. La cruz del cristiano es el padecimiento por causa de Cristo, de su vocación, de su llamamiento, de su misión. No es cualquier padecimiento, sino sufrir por causa del Reino. La cruz no se puede eludir. Sugerirlo así fue garrafal error de Pedro. Repetirlo hoy es senda equivocada que conduce a la muerte. El discipulado

cuesta renuncia y cuesta padecimiento. La cruz es persecución y rechazo de quienes se oponen a Cristo. La cruz es martirio y muerte.

Hay que seguir a Jesús. El discípulo no es más que su maestro. Comparte con él sus dolores y sufrimientos. Comparte su destino, su historia, su sendero. En este seguimiento no es lícito retrasarnos o detenernos, perder el horizonte. Afirmar el rostro y enfrentarse a la cruz es acción que imitar.

El costo del discipulado es caro. Recapitulemos: renuncia, sufrimiento y obediencia por causa de Cristo. Ni por ascetismo, ni por altruismo, ni por masoquismo. Es por causa de Cristo, de la voluntad de Dios, de su Reino.

Discipulado es decisión

Aún más, es sujeción a la voluntad de Dios. Hay que estar sujetos a la voluntad de Dios para nuestra vida. Sólo así es posible cambiar de perspectiva y de estilo de vida. Solo así es posible ganar la vida, ganar el alma, y gozar del buen pago que Jesús ha prometido a los suyos.

Ser discípulo es renunciar a la seguridad del mundo y arriesgar la vida en seguimiento de Jesús; así se encuentra. Ser discípulo es decirle no a la riqueza, al poder y la gloria y así ganar el alma. Ser discípulo es recibir de Dios lo buscado en el tiempo de la reivindicación final. Esta es visión del Reino de un Mesías rechazado que se transforma en el Señor de la historia.

El discipulado hoy es para la iglesia vocación a dar testimonio en medio de un mundo hostil. Contrastando en los hechos su visión, su perspectiva y el sentido de su vida: la voluntad de Dios en las dimensiones de su Reino. Amén.

Domingo 22 de Marzo de 1987

“¡ESCÚCHENLO!”

Mateo 17:1-13

“17 Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a *Jacobo y a Juan, el hermano de Jacobo, y los llevó aparte, a una montaña alta. ²Allí se transfiguró en presencia de ellos; su rostro resplandeció como el sol, y su ropa se volvió blanca como la luz. ³En esto, se les aparecieron Moisés y Elías conversando con Jesús. ⁴Pedro le dijo a Jesús: —Señor, ¡qué bien que estemos aquí! Si quieres, levantaré tres albergues: uno para ti, otro para Moisés y otro para Elías.

⁵Mientras estaba aún hablando, apareció una nube luminosa que los envolvió, de la cual salió una voz que dijo: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él. ¡Escúchenlo!»

⁶Al oír esto, los discípulos se postraron sobre su rostro, aterrorizados. ⁷Pero Jesús se acercó a ellos y los tocó. —Levántense —les dijo—. No tengan miedo. ⁸Cuando alzaron la vista, no vieron a nadie más que a Jesús.

⁹Mientras bajaban de la montaña, Jesús les encargó: —No le cuenten a nadie lo que han visto hasta que el Hijo del hombre resucite.

¹⁰Entonces los discípulos le preguntaron a Jesús: — ¿Por qué dicen los *maestros de la ley que Elías tiene que venir primero? ¹¹—Sin duda Elías viene, y restaurará todas las cosas —respondió Jesús—. ¹²Pero les digo que Elías ya vino, y no lo reconocieron sino que hicieron con él todo lo que quisieron. De la misma manera va a sufrir el Hijo del hombre a manos de ellos.

¹³Entonces entendieron los discípulos que les estaba hablando de Juan el Bautista. Mateo 17: 1.13 NVI

“He aquí yo pongo delante de vosotros la bendición y la maldición: la bendición, si oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, que yo os prescribo hoy...”
Deuteronomio 11: 26,27

OIR LA VOZ DE JESUS es sabio, alentador, clarificador y obediente. No escuchar su voz, ignorar sus palabras, es dar lugar a un diálogo de sordos desbarrancándose por el precipicio de la incomprensión de los designios eternos. El Deuteronomio le llama idolatría: “... si no oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, y os apartéis del camino que yo os ordeno hoy, para ir en pos de dioses ajenos que no habéis conocido.” (11:28)

¿A quién oímos?

Las experiencias que vivimos cotidianamente son innumerables. Pasan a una velocidad extraordinaria. Señalamos sólo una fase de ellas: los diálogos que entablamos durante el día. Hablamos con el cónyuge, los hijos, los padres, los hermanos, el

comerciante, los compañeros, amigos y vecinos, con nosotros mismos y, a veces, con Dios. ¿Cuántos diálogos podemos recordar? ¿Cuántos fueron realmente diálogos? ¿En qué medida los encuentros se dieron cara a cara, corazón a corazón?

La narración mateana de la trasfiguración nos muestra a Pedro en toda su plenitud humana. Es espontáneo, acomedido, errático... ¿A quién escuchaba Pedro? La voz de un pasado y la voz interior.

Pedro actúa de acuerdo a lo que sabe y puede manejar. Frente a él se manifiestan Moisés y Elías. Y de inmediato busca la forma de mantener la experiencia. Se ofrece para construir una enramada y gozar de un coloquio inigualable: Moisés la ley; Elías, los profetas; Jesús, a quien ha confesado como Mesías. Todo el antiguo Testamento se hace presente en el corazón de Pedro, pero sigue pensando como ser humano, poniendo en la mira las cosas de los hombres. Y esta mirada humana es manifestación de oír su propia voz. Imaginar sus pensamientos y su diálogo interno es arriesgado, pero su comportamiento manifiesta su incompreensión (¡como pedirle más!) de la escena que observa.

La superficialidad con que enfrentamos las vivencias cotidianas es resultado de un ensimismamiento defensivo. Perdemos ocasión para ser enriquecidos por otros y para reconstruirnos al incorporar lo que otros nos dan. Echamos mano de nuestro pasado para interpretar los hechos del presente y mantenemos un diálogo interno que no nos permite escuchar, porque no se puede oír a dos personas a la vez. Y el que no oye suele equivocarse: hace lo que le ha sido prohibido, no hace lo que se le pide. Quiriendo acumular muchas y variadas experiencias, hace mucho, pero asimila poco. Y qué decir cuando al que se deja de oír es a nuestro Dios.

Oír a Dios

Dios nos ha hablado de muchas maneras (cf. Hebreos 1:1ss). Dios nos da palabra y se nos da en su palabra. Su palabra no es escudo que lo proteja ni máscara que le oculte; por el contrario, es instrumento de revelación, manifestación, comunicación.

El salmista oye a Dios en la naturaleza: Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento la obra de sus manos. Israel reconoce la voz de su Dios en la ley, los salmos y los profetas. Hay voz de Dios en la palabra escrita, en la palabra proclamada, en la palabra enseñada, en la palabra encarnada. Por ello el deuteronomista exhorta a su pueblo; oye, Israel.

Samuel oye la voz de Dios en sueños y José en sus visiones. Todo ello nos habla de una verdad substancial: Dios habla; y de un compromiso vital, hay que oírlo.

La verdad es que hay que saber oír. ¡A escuchar se aprende! Es labor educativa de especial importancia en la comunidad de fe, para que se de un diálogo franco y abierto, corazón a corazón, con el Dios que nos habla desde su palabra, desde la historia, desde la realidad en que nos movemos. A fin de que este aprendizaje estimule a superar los soliloquios en que nos movemos. Porque una cosa es cierta: cuando estamos ansiosos,

temerosos, preocupados, deprimidos o confundidos, solemos no escuchar, sólo alcanzamos a retumbar desde la voz del pasado, una voz que destruye, ofusca, extravía.

Desde la nube Pedro, Juan y Jacobo escucharon una voz que les decía: a él oíd.

La palabra de Jesús

La voz de Dios arroba el corazón de los discípulos, les hace caer en temerosa postración. La voz que se deja oír desde la nube confirma la sentencia dicha sobre Jesús en su bautismo: es el Hijo amado, es el Mesías, cumplimiento de la ley y cumplimiento de los profetas.

Tres elementos destacamos de la escena de la trasfiguración.

Jesús se acerca. No les rechaza ni por su incomprensión ni por su temor. Postrados en tierra son objeto de un acercamiento dulce y comprensivo de Jesús. Jesús los toca. El ser revelado como Mesías, superior a Moisés y Elías, no lo aleja de sus temerosos seguidores; por el contrario, lo acerca, porque se sabe enviado a afirmar, consolar, libertar. Jesús les habla. No hay silencio indiferente ni acusador. Su palabra es dignificante, restauradora, liberadora. Sus palabras no pueden ser más claras, los invita a levantarse y a no temer.

Porque el temor postra cuando es testimonio de incomprensión ante la revelación.

La escena de la trasfiguración es el apogeo mesiánico de Jesús. Su identidad le es dada por la voz del Padre y con ella es revestido de una gloria incomprensible. La lección es clara, hay que escuchar al Hijo en su manifestación mesiánica: va a padecer, morir y resucitar. No es el Mesías del poder político, sino el sencillo servidor que da su vida como revelación y manifestación del amor de Dios. ¿Lo sabremos oír? ¿Transformaremos su palabra en una vivencia de fe que culmine en nuestro ser reconstruyendo en nosotros la imagen de su Hijo? ¿O acaso permitiremos que la voz de un pasado de iniquidad o de un presente de incertidumbre cierre nuestro corazón? ¡A él oíd!

Domingo 29 de marzo de 1987

¿CÓMO VENCER LA DEBILIDAD ESPIRITUAL?

Mateo 17: 14-21

¹⁴ Cuando llegaron al gentío, vino a él un hombre que se arrodilló delante de él, diciendo:
¹⁵ Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece muchísimo; porque muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua. ¹⁶ Y lo he traído a tus discípulos, pero no le han podido sanar.

¹⁷ Respondiendo Jesús, dijo: !!Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá. ¹⁸ Y reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y éste quedó sano desde aquella hora.

¹⁹ Viniendo entonces los discípulos a Jesús, aparte, dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera? ²⁰ Jesús les dijo: Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible. ²¹ Pero este género no sale sino con oración y ayuno.”
Mateo 17: 14-21 RV

SOBRE LA IMPOTENCIA Y EL PODER ESPIRITUAL enseñó Jesús a sus discípulos. Es palabra que instruyó a la iglesia que recibió el Evangelio de Mateo y que nos alcanza hasta el día de hoy, por gracia del Espíritu de Dios. Fue tema de considerar a la luz del hecho narrado, fue lección que aprender frente a un fracaso evidente. La impotencia de los discípulos para sanar a un muchacho lunático es fruto de su poca fe. Una carencia que Jesús detecta como debilidad generacional. A la luz de este hecho la gracia de Dios posibilita el que un fracaso desencadene una lección positiva, dado que Jesús estimula un factor no considerado por sus discípulos: la oración y el ayuno.

El descuido de la vida espiritual

Un pantano paralizante en la vida de los discípulos de Jesucristo. ¿Cual es el origen de este problema? Dejemos que la palabra nos oriente.

La tristeza. Al llegar al monte de los Olivos Jesús les dice a sus discípulos: “Orad que no entréis en tentación”. (Lucas 22:40b) Al terminar, sigue diciendo el Evangelio, fue a sus discípulos y los halló durmiendo a causa de la tristeza. En el pasaje paralelo de Mateo se dan dos razones más para el sueño de los discípulos, la debilidad de la carne y el cansancio físico (Mateo 26: 41,43).

Las tres razones que dan los Evangelios ante la incapacidad de los discípulos para orar, señalan en el fondo un mismo problema. Han permitido que la tristeza los domine, llenándoles de sueño y cansancio. Y aún no han aprendido que la oración es un recurso espiritual que permite el descanso del alma atribulada ante los desafíos del Reino de Dios. El mismo caso de Jesús ejemplifica lo dicho. Narra Mateo que al llegar de la oración Jesús comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera, que postró su

rostro y oró a su Padre. En medio de su angustia no fue subyugado ni por la tristeza ni por el sueño, supo descansar en la oración.

El descuido de la vida espiritual sigue siendo pantano en el que solemos atascarnos. Al caer en la depresión, al llenarnos de actividades, al ser dominados por la carne que nos orilla a la indisciplina y a la superficialidad, a no ceder nuestra vida a la soberanía de Dios.

La disciplina de la oración y el ayuno

En una escuela de educación preescolar se detectaron dos graves carencias en los niños (todos ellos menores de seis años) la carencia de hábitos y el mucho tiempo que pasan frente al televisor. Cuando hablamos de la educación de la fe los problemas que enfrentamos no son muy diferentes. La indisciplina es carencia demoledora. Considerémoslo. ¿Cuántos de nosotros hemos podido formarnos el hábito de la lectura de la Palabra y la oración cotidiana? ¿Del compañerismo fraternal y del testimonio al mundo?

Una vida cristiana disciplinada está sustentada en la formación de hábitos. Algunos temen caer en la rutina, pero la amenaza latente es la debilidad de la carne que nos hace olvidar el cultivo de la vida espiritual.

Una crisis generacional

Jesús fue claro, señaló que la debilidad espiritual es una crisis generacional. Por ello calificó a sus contemporáneos como incrédulos y perversos. El padre del muchacho enfermo había dado testimonio de la incapacidad de sus discípulos para sanarlo. Ante ello, los suyos le preguntan cuál es el motivo de su fracaso. Otra vez, las palabras de Jesús son definitivas.

La poca fe. Activos en el ministerio de Cristo, depositarios de su sabiduría, testigos de su poder, participantes de sus milagros, los discípulos carecían de fe.

Su fracaso desencadenó un elemento positivo. Fueron instruidos sobre el lugar de la fe en el reino de Dios. Permite que se realice lo imposible. Vence las barreras de la debilidad espiritual y la fuerza opresiva de la enfermedad y el demonio. Es por ello que la fe se cultiva en la oración y el ayuno, disciplinas que enseñan a depender de Dios y esperar en él, a vencer la autosuficiencia y la carne.

El poder espiritual del cristiano, su disposición a ser instrumento del poder de Dios, no están al margen de la vida de oración y ayuno. Son el recurso de Dios para vencer la impotencia que incapacita para el servicio cristiano.

Cultivar nuestra fe es sabio. Nos capacita para servir, liberar a los oprimidos por la enfermedad, vencer en la lucha espiritual. Es testimonio de vida para una generación incrédula y perversa. Es posibilidad de superación del atascadero de la vida cristiana, de la indisciplina, de la debilidad, del fracaso. La angustia de Jesús y el desafío de la cruz que le esperaba en Jerusalén fueron encarados en la oración del Getsemaní, y en la

dependencia del Padre, Jesús salió vigoroso. La pregunta que hemos planteado es ¿cómo vencer la debilidad espiritual? Inquieta no sólo por la dimensión personal que involucra, sino por la trascendencia que reconocemos en el pasaje de esta ocasión. La debilidad espiritual de la iglesia le incapacita para cumplir su ministerio en el mundo: sanar a los enfermos, echar fuera a los demonios, anunciar el mensaje de salvación.

Un reto queda frente a nosotros. La necesidad de cultivar nuestra vida espiritual y fortalecer así nuestra fe. El cultivo de la vida espiritual se da en la formación de hábitos de oración y ayuno, de lectura de la palabra, compañerismo y testimonio. Son las cuatro disciplinas básicas en que todo cristiano ha de ser instruido.

Un objetivo alienta nuestro corazón. Ser instrumentos en el Reino de Dios. Y esto no es posible sin una vida consagrada a él, iniciando por dedicarle las prioridades de nuestro tiempo, de nuestros talentos, de nuestra vida. La lucha del reino de Dios es un enfrentamiento espiritual ante la enfermedad que destruye y el poder del maligno que domina. Los millones de hombres oprimidos y enfermos que habitan nuestras ciudades, necesitan el testimonio y el ministerio de una iglesia fuerte en oración y ayuno. Es la invitación que encontramos en la Palabra y más aún, la exhortación de nuestro Señor a quienes desean ser sus discípulos.

Así es que, velad y orad. Amén.

Domingo 5 de abril de 1987

ANUNCIO DE LA PASIÓN

Mateo 17: 22, 23

“²²Estando reunidos en Galilea, Jesús les dijo: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres. ²³Lo matarán, pero al tercer día resucitará.» Y los discípulos se entristecieron mucho.” Mateo 17: 22,23 NVI

“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu...” 1 Pedro 3:18

JESUS ANUNCIA su pasión, muerte y resurrección. En Galilea estando reunido con sus discípulos, les anuncia su inevitable sufrimiento, muerte y resurrección. Anuncio que causó una profunda tristeza entre los suyos.

Jesús es entregado

En el pasaje anterior sobre el anuncio de su pasión, Jesús señala que será entregado a los ancianos, principales sacerdotes y escribas para sufrir en sus manos. La imagen del siervo que sufre ha sido profetizada por Isaías: Más él herido fue por nuestras rebeliones; molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados [...] Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca (53:5,7) En el texto que ahora consideramos Jesús afirma que será entregado a los hombres.

Dios ha previsto la hora en que Jesús ha de ser entregado. Su entrega no es accidental ni fruto del azar. Su entrega no nace de la decisión de los hombres, tanto sacerdotes como fariseos han pretendido terminar con la vida de Jesús y no han podido. Es ahora Dios quien muestra su voluntad él es el único que puede decidir la muerte de su Hijo. Quien lo entrega como cordero sacrificial para ser degollado por los pecadores. La pasión de Cristo fue esta entrega de los hombres; más que el dolor físico o la tristeza moral, Jesús padece su soledad de Dios entre los hombres, el inicio de su abandono. El hombre que posee el Espíritu de Dios es puesto bajo el poder de los hombres que no comprenden ni secundan, por el contrario, se oponen al plan de Dios.

Jesús es muerto

El cordero llevado al matadero, la oveja trasquilada, son las imágenes de Isaías. Jesús afirma escuetamente, el Hijo será muerto.

La muerte de Jesús es maldición y promesa. Es por los injustos, por los pecados, por las rebeliones de los hombres, castigo de Dios. Es la muerte que llega desde afuera de manera inevitable. Es maldición porque la muerte no estuvo en los planes de Dios para el

hombre, fue fruto de la rebelión y el pecado del hombre. Pero la muerte de Jesús es también promesa porque es así como queda bajo el poder de Dios, para que cumpla con sus propósitos, sirva a su finalidad.

La muerte de Jesús es promesa porque es un tránsito hacia la plenitud del amor de Dios, dado que ha sido antecedido por la muerte interior. Así entendemos la oración del huerto: hágase tu voluntad. Jesús se entrega al Padre por completo. Niega su voluntad y se sujeta a la del ser que ama.

Es así como entendemos el “niéguese así mismo” es decir, entréguese de manera total al ser que ama, a Dios.

Cristo es la superación de la muerte, la muerte que es testimonio de la necesidad humana de regeneración. Porque cuando la muerte exterior no es antecedita de la muerte interior, es fuerza opresora que ciega la vida, la esperanza, el amor. Así fue para el primer Adán, quien al quedar sojuzgado bajo el poder de la muerte, quiso vivir bajo la autoridad de su propia voluntad y falló.

Jesús resucitará

Expresión incomprensible para sus discípulos. En el íntimo coloquio que sostuvieron con su maestro, sintieron languidecer su corazón ante el anuncio de su muerte y no pudieron oír el de su posterior resurrección.

La resurrección corporal de Jesucristo es una verdad central en la fe cristiana. El Apóstol Pablo lo afirma así con toda claridad en 1 Corintios 15:14, Y sí Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Es decir, la muerte seguiría teniendo el dominio sobre el hombre. La muerte que significa opresión, esclavitud, pecado, maldición, separación de Dios. Pero ciertamente Cristo resucitó, así lo testimonia ampliamente la Escritura, y lo subraya de manera enfática el apóstol Juan: lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos. (1 Juan 1:3a).

Pero los oídos de los discípulos permanecieron cerrados al anuncio de la resurrección, el dolor de perder a su maestro, la inminencia del aparente fracaso en su vocación mesiánica, les embargó de tal manera que provocó tal actitud.

Tristeza que se convertirá en gozo

La tristeza de los discípulos será la alegría del mundo, afirmó Jesús. El mundo que representa a las fuerzas espirituales que se oponen a Dios desde el principio y que han visto en la muerte de Jesús su victoria. Pero el Señor les promete que su tristeza se convertirá en gozo. (Juan 16:20) Porque le volverán a ver.

El sentido de la pasión, muerte y resurrección de Cristo se cumple en la vida del hombre. El profeta Isaías recibió del Espíritu la promesa de que el sacrificio del siervo de Dios sería para que el hombre fuera curado y justificado.

Promesa que se reitera por el Apóstol Pedro cuando afirma que el justo padeció por los injustos para llevarlos a Dios. Cristo padeció murió y resucitó para que el hombre

pudiera restablecer su comunión con Dios., para que la separación causada por la muerte fuera vencida y en su lugar fructificara la vida. Dios quiere la regeneración del hombre, su salvación y su justificación. Por ello dispuso que el Hijo fuera entregado en manos del hombre. Razón de tristeza de sus discípulos, pero gozo de todos nosotros, porque en esa muerte hemos alcanzado vida, si hemos creído a su anuncio y aceptado su Señorío sobre nosotros. Si hemos muerto a nuestro yo para entregarnos totalmente al Dios que nos ha amado hasta lo sumo. Esta es la Palabra de fe que predicamos y la invitación que extendemos a todos los hombres. Amén.

Domingo 12 de abril de 1987.

¿QUE DE NUESTROS VALORES?

Mateo 18: 1-5

18 En ese momento los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron: — ¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?

²Él llamó a un niño y lo puso en medio de ellos. ³Entonces dijo:—Les aseguro que a menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos. ⁴Por tanto, el que se humilla como este niño será el más grande en el reino de los cielos. ⁵»Y el que recibe en mi nombre a un niño como éste, me recibe a mí. Mateo 18: 1-5 NVI.

LA TENTACION DEL PODER en la comunidad de fe se hace presente cuando hay quien pregunta ¿quién será el mayor en el reino de los cielos? Es poder que se entiende en términos de dignidad religiosa y que se constituye en el más grande estorbo para entrar en el Reino, porque este consiste en un cambio radical de valores.

La obsesión de dominio

Es sabio examinar la transformación que ha operado la fe en el Señor Jesucristo a la luz de los valores morales y espirituales que se han cultivado. Porque el poder y el dominio son una obsesión humana que empezó sangrando a la primera familia: el fratricidio de Caín. ¿No fue acaso su deseo de sobresalir lo que impulsó la mano de Caín a levantarse sobre la vida de Abel? No es accidental el que se haya identificado la mano con un arma y se utilice como símbolo de poder. El instrumento de transformación con que Dios equipó al hombre se transforma en arma mortífera para dominar y destruir. ¿Y qué podemos decir de la mirada que fulmina o la pisada que aplasta? Lo cierto es que Jesús advirtió el peligro de la lucha por el poder en el seno de la comunidad de fe: se da como obsesión por sobresalir, compulsión por dominar. Es así como se utiliza la Palabra con el propósito de controlar la conciencia.

¿Por qué buscamos el poder? ¿Por qué luchamos por conseguirlo? No nos queremos entregar, sino dominar. No se quiere tener un sólo sentir. Así actúan quienes entienden la grandeza como intimidación y opresión. Pero en el Reino de los cielos no será así, ni lo puede ser ahora en la comunidad de fe que es signo de este Reino. Porque entrar a vivir bajo el dominio de Dios entraña un cambio radical y profundo de los valores y la orientación en la vida.

La transformación de los valores

Cierto que los valores son parte esencial del aprendizaje con que vivimos en el hogar. Los valores se respiran en el seno de un hogar; el estilo de vivir, de relacionarse, de hablar y convivir dan testimonio de ellos. Pero el impacto de la gracia de Dios en la vida del hombre y de una familia afecta nuestras estructuras valorativas y las transforma.

En lugar de poder, humildad. Hay quienes la rechazan porque la ven como una careta que oculta una sórdida e hipócrita lucha por el dominio, o quienes no la aceptan porque la identifican con debilidad y carencia de voluntad. A ninguna de ellas se refiere nuestro Señor Jesucristo. Sino la personalizada por el muchachillo que llama de entre ellos para ponerle como ejemplo. Ciertamente el niño de la calle no es ejemplo de ciencia, ni de pureza, ni de perfección moral. ¿Por qué entonces Jesús lo menciona? Se trata de un testimonio vital de lo que él llamó sus pequeñitos, los débiles y marginados sociales que no tenían derecho a hablar y solo debían limitarse a obedecer. Dispuestos a recibir con alegría lo que se les ofrece. En este tipo de humildad el valor que determina la convivencia de la comunidad de fe en la perspectiva del reino. Por ello hemos dicho que vale la pena examinar nuestros valores, son testimonio de la transformación que Jesucristo ha operado en nuestra vida.

La humildad

“Yo pues preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre...” (Efesios 4:1,2) Para el Apóstol San Pablo la humildad más que una actitud es una forma de vivir. Así mismo nuestro Señor explicó a sus discípulos que es parte de la conversión: si no os hacéis como niños. Es decir, si no sufren un cambio radical en la orientación y en el estilo de vivir. La humildad es utilizar la mano no como instrumento de dominio sino como eslabón para formar una comunidad fraterna, solidaria, amorosa. Comunidad en la que el soporte común es estilo que hay que estimular. Opción voluntaria por el servicio, no por la opresión.

Jesús es modelo de humildad. “...se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y la muerte de cruz” (Filipenses 2:8) Su humildad se entiende como ofrecimiento de vida en rescate por toda la humanidad. Jesús nos enseñó con su ejemplo que la grandeza no está en dominar, sino en servir. Que la mano no es arma para destruir, sino eslabón para construir, que la mirada no es un rayo que fulmina, sino ventana del alma que vincula, que los pies no deben calzar la bota que oprime, sino afirmar el paso en el camino compartido de la voluntad que constituye comunidad familiar, de fe y de esperanza. La humildad son gestos concretos de servicio al hombre. ¿Debilidad, carencia de voluntad, hipocresía que oculta afán de dominio? Hemos de estar alertas para que nuestros valores no se vacíen ni se trasformen en parodias. No lo olvidemos, antes hemos de vivirlo, la grandeza no está en dominar, sino en servir.

El dinamismo de la humildad

¿Cesaran nuestras luchas sordas por el poder y el dominio? La presencia del Reino en la vida de los discípulos entraña una transformación de su vida personal, familiar y comunitaria, sólo en esa medida se transforma en fermento de la sociedad. Para ello la comunidad de fe necesita una energía, un poder o dinamismo que le capacite para vivir

así: "...para que os de, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior con su Espíritu" (Efesios 3:16) La iglesia necesita vivir en el poder del Espíritu para transformar su vida comunitaria en actos de humildad activa. Es decir, recibiendo y acogiendo a todo pequeñito necesitado. Este es el modelo del discipulado, la disposición al servicio. Un servicio que se da sin ocultar fines ocultos de grandeza o de popularidad, un servicio que se ofrece sin eludir el costo del sufrimiento, dado que es un servicio que se brinda por amor y no por esperar una recompensa que infle el ego. La humanidad cristiana se da en el poder del amor que transforma las relaciones nutritivas en la perspectiva del reino, se da en el poder del servicio que acoge al que necesita una mano para levantarse; la humildad cristiana es el gozo de recibir un regalo inmerecido en la persona del Hijo y le acoge con sencillez.

La humildad cristiana es el poder que nos permite entregar y no dominar, unificar nuestro sentir en el sentir de Dios. Es sabio oír y atender a la Palabra de Jesús: si no os volvéis como niños no podréis entrar en el reino de los Cielos. Amén.

Domingo 26 de abril de 1987.

¡AY DEL QUE HACE CAER!

Mateo 18: 6-9

⁶ Pero si alguien hace *pecar a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una gran piedra de molino y lo hundieran en lo profundo del mar.

⁷ » ¡Ay del mundo por las cosas que hacen pecar a la gente! Inevitable es que sucedan, pero ¡ay del que hace pecar a los demás! ⁸ Si tu mano o tu pie te hace pecar, córtatelo y arrójalo. Más te vale entrar en la vida manco o cojo que ser arrojado al fuego eterno con tus dos manos y tus dos pies. ⁹ Y si tu ojo te hace pecar, sácatelo y arrójalo. Más te vale entrar tuerto en la vida que con dos ojos ser arrojado al fuego del infierno. Mateo 18: 6-9

EL SER HUMANO necesita amor y aceptación. Sin distinciones de raza, clase social, moralidad, religión o sexo. Negros, amarillos, morenos, blancos; pobres y ricos; propietarios y trabajadores; buenos y malos; ateos y creyentes; hombres y mujeres; niños, jóvenes; adultos, ancianos; todos sin distinciones, necesitan ser amados y sentirse aceptados. Dentro de la comunidad de fe la necesidad de amor y aceptación no es menos. Gozamos del amor y la aceptación total de Cristo y, por ello, el Espíritu nos constriñe a compartirlo con otros.

Somos responsables delante de Dios de caminar senderos de edificación y acción pastoral fraternal.

Los débiles

Dios les ha puesto en la comunidad de fe para ser aceptados, restaurados, estimulados y apoyados para crecer en su fe y esperanza. Son ejemplificados por el niño que Jesús llamó para ponerlo como criterio de humildad. Los débiles son todos aquellos que no se les otorga el derecho de emitir su voz, ni de participar en su comunidad: mujeres y niños, huérfanos y viudas; pobres y enfermos, los marginados de un mundo de parafina, maquillado y estereotipado, que no admite el sufrimiento, ni el dolor, ni la solidaridad compasiva. Son débiles y marginados que, sin embargo, han recibido de Dios el don preciso de la fe, energía que les mueve a salir de su postración. Son débiles que creen en Jesús. Su fe es el don de Dios que les hace criaturas nuevas, bebés que necesitan ir creciendo y desarrollándose en medio de la comunidad de los creyentes. Y, sin embargo, Jesús advierte del peligro de una comunidad de fe fracturada por pautas de comportamiento nocivo, destructivo y paralizante.

Jesús advierte que esto puede convertirse en una piedra de tropiezo para los pequeñitos, dado que les provoca duda o indiferencia, desengaño. El mal testimonio de una comunidad de fe puede convertirse en razón de escándalo del mundo, quedando así anulado el mensaje de Jesús. A la luz de la responsabilidad fraternal ¡el hombre importa! ¡la comunidad de fe importa! ¡el mundo importa! Más que su fractura, hemos de

propugnar por su restauración ¡Dios guarde a su pueblo de caer en la inconsciencia fraternal! especialmente cuando el lastimado es un pequeñito en la fe.

Somos responsables

En virtud de nuestro llamamiento hemos de estar listos a responder delante de Dios por los hermanos débiles de la congregación: niños y mujeres, nuevos en la fe, marginados social, económica y moralmente. Responsabilidad que entraña el no hacerles caer en desánimo. Por lo cual hemos de guardar nuestra vida de tal manera que no caigamos en carnalidades que pueden escandalizar: fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, ira, contienda, disensiones, partidismos, envidia, borracheras, orgias y cosas semejantes a estas (Gálatas 5:19B-21a). ¡Qué gran responsabilidad es el cultivo de una vida fraternal nutritiva y estimulante! Importa el prójimo, importa el cuerpo de Cristo, importa el mundo. No podemos ser indiferentes o carecer de conciencia fraternal.

¿De qué somos responsables? Del llamado divino a vivir nuestras relaciones fraternales con una actitud pastoral: orientación, estímulo, nutrición y edificación- en la perspectiva del Salmo 23-: entrega de vida y sacrificio – en la perspectiva del Buen Pastor- Atendiendo con especial cuidado a aquellos que son fáciles de lastimar y de quienes somos responsables de recibirlos con amor restaurador ¡llegan tan lastimados! La voluntad de Dios para sus discípulos es que permitan obrar al Espíritu de Dios de tal forma que cambien sus comportamientos, a fin de no dar lugar al egoísmo ni a la debilidad de la carne. Nuestra vocación es ser sostén, acoger, estimular, constituirnos en una comunidad de aceptación gozosa. Una vez ponderada la responsabilidad fraternal, consideremos las serias consecuencias de no asumirlo.

El sentir de Cristo

Pablo exhorta a las iglesias a tener el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús. Él es nuestro modelo de comportamiento y de relaciones fraternales. Con él debemos de identificarnos y a él hemos de imitar. Cristo es nuestra meta en la vida cristiana. Y es en él que debemos de estimular el desarrollo de nuestros hermanos en la fe. Lo que entraña la necesidad de tomar decisiones radicales en lo que hacemos y en lo que deseamos. El deseo y los hechos de Cristo dan testimonio del lugar que ocupaba el hombre, los discípulos y el mundo en su corazón. Jesús ha de ser prioridad en nuestra acción pastoral fraternal, porque en Cristo hemos aprendido a valorar la fe incipiente de los débiles, a ser apoyo mutuo, dar sin esperar recibir. Es el carácter cristiano que ha de formarse en cada uno de nosotros.

El Señor nos ha colocado en la misma comunidad de fe para brindarnos en amor los unos por los otros, vincularnos con humildad y sencillez. En él hemos aprendido a extenderle la mano al débil y estimular al pobre a que se salga de su marginalidad. Lo

cierto es que somos llamados a ayudar y ayudarnos, edificar a otros que han vivido al margen de cualquier bendición material o moral: mujeres, niños, débiles.

La restauración

La gracia de Dios es la gran posibilidad que está frente al mundo a fin de que cambie las pautas de su comportamiento y de convivencia humana. Dios orienta la vida de la iglesia que le confiesa como el Señor para nutrir al débil, edificar a la comunidad y estimular al mundo. Una iglesia que vive con plena conciencia de su responsabilidad fraternal es bendición para los débiles y los nuevos creyentes: los compromete y afirma.

Entender la vida y la fe para bien de otros es perspectiva que nos permite vivir con gozo nuestra acción pastoral fraternal, y no como quien lleva sobre sí una carga difícil. Que mayor bendición que saberse piedra que sostiene a otro en el edificio de Cristo. Somos piedras de apoyo, no arenas movedizas para que los débiles caigan estrepitosamente. Así es como entendemos la pastoral fraternal, es un ministerio de nutrición que se despliega tanto en lo que hacemos como en lo que dejamos de hacer.

¿Estás dispuesto a asumir tu responsabilidad fraternal? Amemos y brindemos generosamente nuestra vida. Porque ¡ay de aquel que hace caer!

Domingo 3 de mayo de 1987.

LA ACCION PASTORAL DE LA IGLESIA

Mateo 18: 10-14

¹⁰»Miren que no menosprecien a uno de estos pequeños. Porque les digo que en el cielo los ángeles de ellos contemplan siempre el rostro de mi Padre celestial.

¹²» ¿Qué les parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le extravía una de ellas, ¿no dejará las noventa y nueve en las colinas para ir en busca de la extraviada? ¹³Y si llega a encontrarla, les aseguro que se pondrá más feliz por esa sola oveja que por las noventa y nueve que no se extraviaron. ¹⁴Así también, el Padre de ustedes que está en el cielo no quiere que se pierda ninguno de estos pequeños Mateo 18: 10-14 NVI

LA IGLESIA COMO COMUNIDAD PASTORAL vive bajo la autoridad de Jesucristo. Su norma es la Palabra revelada en las Escrituras y el Espíritu que actúa en la Iglesia. La acción pastoral es criterio tanto de su estructura como de su ministerio y misión.

Los que se extravían

La humanidad de la iglesia es su debilidad y su fuerza. Es debilidad que se torna en fuerza cuando estimula a la dependencia de Dios. La humanidad de la iglesia es vivirla como un ambiente de convivencia social, psíquica o de intereses. Dando pie a relaciones sustentadas en gustos comunes o en necesidades afectivas. Ver frustradas estas expectativas orilla a algunos a retirarse de la comunidad y refugiarse en su soledad o en la búsqueda de otra comunidad que satisfaga esas carencias humanas. Lo cierto es que la iglesia no es una comunidad propiamente humana, sino una comunidad que nace y vive bajo el poder del Espíritu Santo, es una comunidad espiritual que tiene como origen, contenido y fin a Jesucristo. Es decir, todas sus relaciones, su estructura y su tarea está diseñada por Jesucristo, bajo cuya autoridad se vive cada tarea, cada relación, cada palabra, cada sentimiento.

La oveja que se extravía, de acuerdo al pasaje de esta ocasión, es la que ha sido dañada por algún miembro de la congregación y que le ha hecho caer, extraviarse o escandalizarse. El verso diez señala que aquellos que viven cautivos de las máscaras sociales miran con desdén hiriente a las personas sencillas y sin posición social, lastimándoles de tal manera que les inducen a retirarse de la comunidad. ¿Quién es el débil? El que encuentra su seguridad en las caretas sociales o el que se deja lastimar por sus gestos de desdén?.

Ninguno de los dos ha comprendido la naturaleza de la iglesia, porque en un caso se sigue poniendo una barrera social en las relaciones fraternales y en el otro la frustración de sus expectativas le llevan a la auto marginación. Ambos están fuera de la comunidad aunque están dentro del templo. Ambos necesitan ser restaurados pastoralmente por un pueblo que se sabe formado, sustentado y dirigido por el espíritu de

Jesucristo. Ambos son débiles porque tienden a aislarse de la comunidad: uno en su soberbia social, el otro de cualquier miembro que se auto margina de la comunidad, pensando que en su soledad encontrara satisfacción.

La iglesia que vive como una comunidad pastoral sabe del peligro que corren los que se extravían y su conciencia le mueve a un despliegue, una apertura, una búsqueda pastoral, que más que física es de corazón. La iglesia ha recibido la tarea de cuidar a los pequeños que se extravían. Y lo debemos subrayar, hay quienes viven extraviados dentro del templo, con una aparente presencia en la comunidad, pero que de hecho viven fuera de la verdadera comunión, es decir, la comunión en Jesucristo. No hay que pasar por alto el hecho que se revela en la Escritura: Las personas son importantes y más aun, los miembros del cuerpo de Cristo adquieren una importancia tal en razón de su redención y en virtud de los vínculos fraternales que nos unen.

El cuidado de los débiles

El Señor Jesucristo nos revela en este pasaje que para Dios los débiles son importantes. Es instrucción que no debemos soslayar, señala los valores del reino. Y en razón de esta importancia divina la iglesia se sabe responsable del cuidado de los débiles. Debemos subrayarlo, es responsabilidad de toda la iglesia tanto en las relaciones que tenemos en virtud de los ministerios y tareas que hemos asumido en la iglesia, así como también en cada relación informal que entablamos con otros creyentes. Y es cuidado que se atiende con especial atención en el culto que celebramos unidos a la gloria de Dios. La voluntad de Dios es que ninguno de los pequeños se pierda, mucho menos que se extravié por causa de nuestra organización, administración o trabajo eclesial. El propósito de Dios es que su iglesia se entienda a sí misma como una comunidad pastoral, llamada a cuidar de los débiles, a fin de que no encuentren tropiezo que les lastime o escandalice.

Este cuidado pastoral debe cumplirse con diligencia, con iniciativa y con perseverancia. ¡Y qué decir de su realización en el seno de los hogares! También los pequeños de la familia necesitan el cuidado pastoral de la iglesia, realizándolo con iniciativa, con diligencia y con perseverancia. Porque también hay quienes se aíslan de la comunidad familiar cuando encuentran razón de caída: Un mal testimonio de los padres, una mala relación conyugal, un ambiente de hostilidad, pesadumbre en el cumplimiento de las tareas hogareñas, abandono del ambiente familiar, etc. Todos aquellos que hemos vivido la gracia de Jesús estamos comprometidos a tomar la iniciativa y a ser perseverantes en el cuidado de nuestra familia e iglesia.

El cultivo de los valores es una tarea prioritaria en la vida de una iglesia que se entiende como una comunidad pastoral. La solidaridad, el amor pastoral y la alegría de la restauración son signos de ello. Porque hace falta ser solidarios, es decir, amar comunitariamente, a quienes se han alejado. Y recibirles con gozo cuando vuelven en sí, reintegrándoles a su iglesia. Pastorearnos unos a otros en el amor del Señor es el mejor servicio que podamos cumplir en la comunidad del Señor. Ser parte del cuerpo de

Jesucristo es vencer los comportamientos egoístas que se fomentan en nuestra sociedad. En la iglesia de Jesucristo el individuo es parte de un cuerpo y como tal aprende a ser, a vivir, a compartir, a luchar, a llorar, a gozar con otros. Hermanos a los que ya no mira a través de los ojos de la sociedad y de las perspectivas emocionales que buscan gratificación personal, se aprende a llamarles hermano por la gracia de Jesucristo, porque es en su sangre, en virtud de su sacrificio, que hemos sido incorporados a este cuerpo que es su iglesia.

Hay que mantener relaciones pastorales en cada vínculo, en cada trato, en cada plática, en cada visita. Somos piedras de apoyo cuando vivimos como iglesia dispuestos a restaurar al que se extravía y a no ser razón de su caída. Valorar la fe es cobrar conciencia que al lastimar a una oveja por débil que ésta sea, estamos lastimando el cuerpo de Jesucristo y al corazón de Dios mismo.

Vivamos nuestra vocación de ser una comunidad pastoral y en esta perspectiva actuemos a cada momento. Amén.

Domingo 10 de mayo de 1987.

PERDONADOS PARA PERDONAR

Mateo 18: 23-35

²³»Por eso el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. ²⁴Al comenzar a hacerlo, se le presentó uno que le debía miles y miles de monedas de oro. ²⁵Como él no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su esposa y a sus hijos, y todo lo que tenía, para así saldar la deuda. ²⁶El siervo se postró delante de él. “Tenga paciencia conmigo —le rogó—, y se lo pagaré todo.” ²⁷El señor se compadeció de su siervo, le perdonó la deuda y lo dejó en libertad.

²⁸»Al salir, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien monedas de plata. Lo agarró por el cuello y comenzó a estrangularlo. “¡Págame lo que me debes!” le exigió. ²⁹Su compañero se postró delante de él. “Ten paciencia conmigo —le rogó—, y te lo pagaré.” ³⁰Pero él se negó. Más bien fue y lo hizo meter en la cárcel hasta que pagara la deuda. ³¹Cuando los demás siervos vieron lo ocurrido, se entristecieron mucho y fueron a contarle a su señor todo lo que había sucedido. ³²Entonces el señor mandó llamar al siervo. “¡Siervo malvado! —le increpó—. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ³³¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero, así como yo me compadecí de ti?” ³⁴Y enojado, su señor lo entregó a los carceleros para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía.

³⁵»Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano. Mateo 18: 23-35 NVI

LOS CONFLICTOS FRATERNALES desgarran la comunidad de los discípulos. La única posibilidad de restaurarla es el perdón que se otorga como testimonio de misericordia. En consonancia con la oración sacerdotal de nuestro Señor Jesucristo: “para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros...” Porque sólo inmerso en las relaciones de la Trinidad la iglesia puede vivir la gracia del amor fraternal. Hay que vencer el fratricidio perdonado como fuimos perdonados y porque fuimos perdonados.

El desgarramiento de la comunidad

Testifica de la carnalidad de la iglesia. Porque sabemos de la presencia de cristianos carnales en la comunidad de amor que han dejado abierta la puerta a Satanás y permiten que su espíritu, alma y cuerpo, sean instrumento de desgarre de lo más delicado de la vida de la iglesia: las relaciones fraternales. La carnalidad de los cristianos, Jesucristo la llamo maldad, dureza, violencia, indisposición para perdonar.

El siervo deudor se transforma en siervo malvado cuando actúa sin misericordia ante un hermano que le ruega paciencia. Señala cualquier comportamiento ofensivo que

no se perdona; más aún, se cobra con extrema dureza, inflexibilidad y violencia. El texto de Mateo dice que el siervo malvado ahogaba a su consiervo por una deuda insignificante si se compara con la suya.

La restauración de la comunidad

El perdón como gracia que se otorga en la comunidad cristiana es el instrumento de Dios para la restauración de una iglesia desgarrada en sus fibras más sensibles. El perdón es expresión de una vivencia espiritual que hace posible el restablecimiento de la fraternidad, es decir, de la unidad en espíritu. Es preciso subrayarlo, la iglesia es primordialmente un grupo constituido por seres humanos unidos en el amor y el perdón, la gracia y la misericordia de Dios a través de su Hijo Jesucristo. Sólo en un segundo momento es una institución con organización. De tal forma que la fuerza de una iglesia está más que en el alcance de sus metas, en el cultivo de sus relaciones fraternales. Fuerza que se ve amenazada por la presencia del pecado en la comunidad, es decir, por sentimientos, actitudes, pensamientos y acciones que dividen, desunen, enfrentan, violentan y aniquilan.

¿En qué medida podríamos afirmar que una iglesia ha experimentado el perdón de Dios si no está dispuesta a perdonar al hermano ofensor? Si en lugar de otorgarle generosamente el perdón lo hacemos blanco de nuestras críticas, de nuestro juicio y condenación? Actuando con una inflexibilidad y violencia que ahoga al hermano que solicita nuestra paciencia y amor fraternal.

Hay que luchar a brazo partido por la restauración de la comunidad fraternal, cuando ésta ha sido dañada por el pecado. Hay que hacerlo con vehemencia porque es nuestra responsabilidad delante de Dios. Y hay que encararlo espiritualmente, dado que pasar por alto una relación dañada es permitir la incubación de un mal devastador.

El sustento del perdón

No puede ser la razón, dado que el equilibrio que la caracteriza señala que cada quien debe recibir de acuerdo a su comportamiento. No pueden ser los sentimientos, porque va más allá de un principio de humanidad. No puede ser la voluntad porque esta suele centrarse en el bienestar personal. El sustento del perdón es la misericordia. Es el aspecto compasivo del amor hacia el ser que está en desgracia y que no merece nada. La posibilidad de vivirla en la iglesia nace de la misma misericordia de Dios. Es decir, debemos perdonar porque hemos sido perdonados, debemos ejercer misericordia porque con misericordia hemos sido tratados. Sin merecer nada, Dios nos ha regalado su amor, su gracia y su perdón y nos ha llamado a vivir en amistad con él. Debiendo mucho todo lo ha perdonado. Y aún más sin que nosotros nos atreviésemos a solicitar su perdón él nos lo ha ofrecido de todo corazón. Esta es la lección de la parábola, que Dios ha evaluado nuestra vida encontrando una deuda enorme y que lejos de esperar nuestro pago, ha ofrecido desde lo profundo de su alma el perdón generoso que se da por amor compasivo.

¿Seremos capaces de actuar con la misma intensidad de amor con nuestros propios hermanos o preferiremos la inflexibilidad y virulencia de quien testifica de su esterilidad espiritual?

La fuerza de la comunidad para perdonar se da al vivir en las dimensiones de la Trinidad: el amor del Padre, la gracia de Hijo y la comunión de Espíritu. Porque solo en el amor del Padre que se entrega en su hijo, la gracia que significa don gratuito de perdón y salvación y la comunión que sólo es posible en dimensión de amor, es que la iglesia puede restaurar sus relaciones. No por razón, sentimiento o voluntad, sino porque hemos sido perdonados para perdonar. El perdón misericordioso de Dios nos compete a otorgar perdón en la misma medida de misericordia.

¿Dolor o gozo del Padre?

¡Qué mayor dolor para un padre que ver a sus hijos enfrentarse y destruirse! Es el dolor de Dios cuando descubre entre los suyos un corazón malvado inflexible para perdonar. Tengamos conciencia de la mirada de Dios sobre su iglesia y actuemos en consecuencia. Hay que vencer el fratricidio que amenaza a la raza humana desde el principio. Y no hay mejor manera de vencerlo que otorgando el perdón con la misma generosidad que nos fue concedido. Ejercitando el don de la misericordia sin pesadumbre, por el contrario: "...el que hace misericordia, con alegría" (Romanos 12:8) El cultivo de la vida espiritual de la iglesia se da en acciones cotidianas y disciplinadas de oración y meditación de la Palabra, en el testimonio al mundo y, especialmente, en el compañerismo fraternal. La hermosura de la iglesia es la armonía de su vida comunitaria. Es decir, la conveniente correspondencia y disposición de un hermano con respecto a otro. ¿Sería posible fuera del dominio de Su gracia y misericordia?

Los retos que tenemos por delante son claros: perdonarnos en amor, perdonarnos con misericordia, cultivar una verdadera comunidad fraternal. Y son retos que demandan la participación gozosa de todos nosotros. Amén.

Domingo 24 de mayo de 1987.

LA PAREJA EN CRISTO

Mateo 19: 1-12

19 Cuando Jesús acabó de decir estas cosas, salió de Galilea y se fue a la región de Judea, al otro lado del Jordán.² Lo siguieron grandes multitudes, y sanó allí a los enfermos.

³ Algunos fariseos se le acercaron y, para ponerlo a prueba, le preguntaron: — ¿Está permitido que un hombre se divorcie de su esposa por cualquier motivo? ⁴ — ¿No han leído —replicó Jesús— que en el principio el Creador “los hizo hombre y mujer”,⁵ y dijo: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y los dos llegarán a ser un solo cuerpo”? ⁶ Así que ya no son dos, sino uno solo. Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

⁷ Le replicaron: — ¿Por qué, entonces, mandó Moisés que un hombre le diera a su esposa un certificado de divorcio y la despidiera? ⁸ — Moisés les permitió divorciarse de su esposa por lo obstinados que son —respondió Jesús—. Pero no fue así desde el principio. ⁹ Les digo que, excepto en caso de infidelidad conyugal, el que se divorcia de su esposa, y se casa con otra, comete adulterio.

¹⁰ — Si tal es la situación entre esposo y esposa —comentaron los discípulos—, es mejor no casarse. ¹¹ — No todos pueden comprender este asunto —respondió Jesús—, sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido entenderlo. ¹² Pues algunos son *eunucos porque nacieron así; a otros los hicieron así los hombres; y otros se han hecho así por causa del reino de los cielos. El que pueda aceptar esto, que lo acepte.

¿ES LA CRISIS DE LA PAREJA un dilema irresoluble? El cine, el teatro, la televisión, la literatura dan cuenta del desgarramiento que sufre la relación humana fundamental: el matrimonio. El índice de divorcios aumenta día a día, el resquebrajamiento de las relaciones de pareja es realidad inocultable. Los judíos se habían resignado a la disolución del matrimonio y sus discusiones versaban sobre las razones que justificarían el dar carta de repudio a la mujer. Una discusión viciada de principio, sin alternativas ni salidas. Jesús opone a sus criterios un principio teológico: La voluntad de Dios para la pareja. Un principio que considerado a la luz de su ministerio, transforma a una pareja en crisis en una pareja unida.

El resquebrajamiento de la pareja

Hay diferentes propuestas para explicar la crisis de la pareja. Algunos la ubican como consecuencia de la transformación de una sociedad rural y patriarcal, a una sociedad urbana y moderna. Es decir, señalan razones sociales. Otros por el acceso de la mujer al mercado de trabajo y a la revaloración de su papel en la familia, es decir, su perspectiva es económica. Una tercera opción señala causas profundas en la personalidad del ser

humano, es decir, el conflicto entre el deseo y el deber ser, lo cual sería una explicación psicológica. ¿Qué dijo nuestro Señor Jesucristo sobre la disolución de la pareja? Sin desconocer el impacto social, económico, psicológico, cultural, sobre la pareja debemos considerar a la luz de la Palabra, el diagnóstico que hizo nuestro Señor sobre el tema que nos ocupa. El afirmó: por la dureza de vuestro corazón. Es decir, ubicó el problema en el hombre interior: los sentimientos, los pensamientos, las pasiones, la voluntad.

La redención de la pareja

El pecado de Adán, fue pecado de Adán y Eva. Fue desobediencia de pareja, de tal forma que también las consecuencias del pecado fue la cosificación de la mujer por parte del hombre y la escisión de la mujer entre su deseo de darse a su esposo y el temor de perder su libertad. La división entre el hombre y la mujer es una de las consecuencias del pecado. Legalizar esta separación fue de interés de los judíos, es decir, legitimar su incapacidad humana.

Sabemos que el hombre pecador necesita ser redimido. Es la misma necesidad de la pareja humana. Sólo en la dimensión de la redención el hombre y la mujer pueden superar su división e integrarse en un sólo ser: es decir equilibrar en el espíritu del Señor su independencia e interdependencia; el dar y el recibir. Porque la trascendencia del pecado en la pareja es clara cuando se le conoce en el resquebrajamiento que muchas están viviendo. “Unidas” por factores sociales, culturales, económicos o pasionales, realmente resquebrajadas en su interior: vista la mujer como objeto y resistiéndose a entregarse a su marido.

La pareja cristiana

Redimida en la sangre de Cristo cumple el propósito de Dios en su vida: los dos serán una sola carne. La crisis de la pareja no es un problema insoluble. No hay porque resignarse a la separación ni a la infelicidad. Ningunas circunstancias sociales, económicas, culturales o psicológicas pueden ser más fuertes que la gracia de Dios y el amor de Cristo operando en el corazón del hombre y la mujer y siendo el criterio de su relación conyugal. Si hay algo que puede oponerse a la superación de la crisis de la pareja es la dureza de corazón. La íntima indisposición a permitir que el amor de Cristo nos constriña a amar, perdonar, olvidar, darse y recibir. Es decir, la unidad de la pareja se da en Cristo, formando una personalidad unificada en la cual desaparecen las divisiones, y cada uno de los elementos de esta relación, es decir, el varón y la mujer, cumplen con su vocación.

La pareja cristiana ha vivido la redención que provee Jesucristo. De un corazón de piedra ha recibido un corazón de carne, sensible a Dios, a su prójimo y así mismo. Por lo cual sus sentimientos, pensamientos, pasiones y voluntad están sujetos a la voluntad de Cristo, a quien ha confesado como Señor. Así que si el origen de la separación está en la dureza de su corazón, el origen de su unión es la transformación que opera el Espíritu.

El matrimonio es una disposición creadora de Dios. El amor de Cristo le restituye su verdadero sentido humano, despojándolo de su carga de culpa o frustración, así como de la opresión a que se ha sometido el amor y la energía sexual.

La indisolubilidad del matrimonio

La pareja cristiana está unida en una decisión de amor definitiva. Con el amor se asume con gozo la responsabilidad. Se reconoce que la voluntad de Dios es que el hombre y la mujer deben permanecer unidos. El amor no admite ambigüedades ni indecisiones, la entrega ha de ser decidida y firme, sólo así puede resistir los embates de su entorno y de su interior. ¿Desconocemos que aún la pareja cristiana enfrenta luchas y tensiones? Sabemos que su presencia es una realidad humana, pero que en la medida en que se afrontan en Jesucristo, es decir, con amor, más que abatir a la pareja, la solidifican y hacen madurar.

La valoración y santificación del matrimonio es herencia que hemos recibido en Jesucristo. El creyó en la unión de la pareja y en la realidad de su vivencia. La valoración del matrimonio se dio en un ambiente de resignación religiosa. La actitud de Jesucristo estuvo lejos de esa visión cerrada. Su palabra se remontó al propósito mismo de Dios y fue palabra de salida, de esperanza y de compromiso.

Así que, a la pregunta que inicia el mensaje, debemos responder con firmeza, la crisis de la pareja no es un problema irresoluble, la pareja en crisis puede ser una pareja en Cristo si asumimos la obra de redención que él consumó en la cruz. ¿Quisieran tomar la decisión de ser una pareja que viva la realidad del amor de Dios, a fin de dejar de ser determinada por los problemas y serlo por la gracia de Dios? Amén.

Domingo 31 de mayo de 1987

¿DENTRO O FUERA DEL REINO?

Mateo 19: 13-15

¹³ Llevaron unos niños a Jesús para que les impusiera las manos y orara por ellos, pero los discípulos reprendían a quienes los llevaban.

¹⁴ Jesús dijo: «Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque el reino de los cielos es de quienes son como ellos.» ¹⁵ Después de poner las manos sobre ellos, se fue de allí. Mateo 19: 13-15

EL REINO DE DIOS es promesa cumplida en Jesús. Las preguntas que inquietaban a los cristianos del primer siglo eran ¿Quién entrará al reino de Dios? ¿Los fariseos que eran sumamente escrupulosos en la observancia de la ley? ¿Los Zelotas que luchaban con la instauración del reino mesiánico con violencia? ¿Los hombres virtuosos que vivían con una conducta intachable, como él joven rico? Contestar a estas preguntas es el propósito de Mateo y, a su vez, el nuestro, dado que ayer como hoy se ofrecen concepciones erróneas, contrarias al espíritu de Jesucristo.

La falta de discernimiento

Dos situaciones humanas sobresalen en la lectura del pasaje: la actitud de los discípulos y la ejemplaridad de los niños.

¿Cual fue la razón que movió a los discípulos a reprender a quienes llevaron los niños a Jesús? Mas que la impertinencia que podríamos considerar a lo inoportuno de la ocasión -Jesús se disponía a viajar a Jerusalén-, hay algo más de fondo, la incomprensión de los discípulos del ministerio de su maestro.

La actitud de la cultura judía hacia los niños mostraba dos facetas distintas, por un lado se les concedía una gran atención en el hogar, cuidándose especialmente su educación religiosa, y por otro, se les consideraba insignificantes en la vida social. La relación entre los niños y el reino, que Jesús ya había subrayado (Cf. Mateo 18:3,4,) no fue atendida ni comprendida por los discípulos. Mostraron una carencia de discernimiento que les llevo a mostrar una actitud hostil y un ambiente de agresión. ¿Podrán los niños acercarse a Jesús en un ambiente de hostilidad y agresión? Hay aquí un área de responsabilidad pastoral de señalada trascendencia eclesiástica y familiar.

Los niños, modelo del Reino

Jesús considera a los niños como modelo de su Reino. Por lo menos en otras cinco ocasiones el Evangelio de Mateo habla de los niños (11:25; 18:2; 18:3, 19:13, 21:16). En todas ellas hay un principio rector, el lugar especial que ocupan en el corazón de Dios: les revela sus misterios, les depara el reino, perfecciona su alabanza. ¿Qué hay en los niños que son ejemplo para Jesús? La actitud que manifiestan ante él: le buscan, se dejan conducir ante él, le alaban, lo respetan, lo oyen. En contraste con la actitud de los judíos,

especialmente los líderes del pueblo, es marcada: no quieren oír a Jesús, le buscan para tenderle una trampa, lo quieren matar, le acusan de blasfemo, le rechazan. Los niños, sin una profunda comprensión religiosa ven en Jesús la bendición de Dios, los judíos ennegrecidos por la maldad del corazón no entienden que el Reino se ha hecho presente en el Maestro. Los niños han sido adiestrados para callar y aprender, para respetar y reverenciar a sus maestros, no es otra manera en que se acercaban al supremo Maestro.

A diferencia de sus discípulos, Jesús provee un clima de afecto con los niños. No los margina, ni los agrede, ni los violenta; los acepta y los bendice.

Ser como niño

Ahora estamos en condiciones de responder a la pregunta que debió preocupar a los cristianos del primer siglo ¿A quienes está destinado el Reino? En 37 ocasiones el Evangelio de Mateo se refiere al Reino de los cielos o Reino de Dios. Es un tema central en la concepción del evangelista. En este pasaje afirma que el Reino está destinado a todos aquellos que se transforman en niños. Es decir, no hay razones de exclusividad racial o religiosa. Ni los judíos por ser hebreos ni los fariseos por ser religiosos, ni el joven rico por ser intachable, ni los zelotas por ser luchadores sociales, el Reino está destinado para aquellos que se acercan a Jesús con una actitud de niños.

El llamado a la conversión, a la transformación, al cambio, es claro en las palabras de nuestro Señor. Tan es verdad que ninguna situación humana nos capacita para entrar al Reino. Como el hecho que ninguna nos excluye de principio, ni el fariseo por ser fariseo, ni el rico por ser rico, ni el zelota por ser zelota. Conocemos la historia de Zaqueo, un rico que se hizo como niño, la historia de Simón el cananita, un zelota que siguió a Jesús, y así podríamos seguir enumerando a cada uno de los discípulos, que a pesar de sus circunstancias humanas, fueron aceptados en el Reino de Dios que se manifestó en la persona del Hijo. Hay que tener claro, no se entra al Reino por privilegio alguno, como tampoco se nos excluye por marginalidad alguna. La única puerta de entrada al Reino de Dios es la actitud que tenemos ante Jesús.

El Espíritu y el Reino

El profeta Joel, vislumbrando por el Espíritu de Dios, supo discernir el significado del reinado de Dios para el pueblo: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizaran vuestros hijos y vuestras hijas”. El reino es el tiempo del derramamiento del Espíritu de Dios sobre todo su pueblo. Reino que fue inaugurado por Jesucristo y que tuvo su cumplimiento en la promesa del Espíritu de Dios, en el día de Pentecostés, cuando todos fueron llenos de él. La relación con la persona del Hijo determina también la promesa del Espíritu: creer en el Hijo nos concede la promesa de recibir en nuestro corazón el don del espíritu de Dios: gozo, don y poder que el Señor concede a sus hijos, a fin de capacitarlos para una vida victoriosa en él y una misión transformadora en el mundo.

La trascendencia pastoral del pasaje que nos ocupa en esta mañana es clara. La iglesia está llamada a proveer un ambiente de afecto, de amor y de gozo en el Espíritu que estimule a otros a acercarse al Señor. Vivir ambientes de hostilidad y agresión es estorbar e impedir a quienes lo necesitan, acercarse al Señor y en la iglesia testifica de una carencia de discernimiento y de vivencia del ministerio del Señor. Por ello, hemos de cuidar con esmero la forma en que nos relacionamos, a fin de que sea el Espíritu de Dios quien fructifique en medio nuestro con amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. Evaluemos en qué medida nuestra vida como iglesia testifica de la llenura del Espíritu en nosotros y en qué medida estamos siendo un lugar y un cuerpo que estimula la fe o estorba su despertar en quienes lo necesitan. “Dejad a los niños venir a mí y no se los impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos”. Amén.

Domingo 7 de junio de 1987.

CRISTO Y EL REINO

Mateo 19: 16-30

¹⁶ Sucedió que un hombre se acercó a Jesús y le preguntó: —Maestro, ¿qué de bueno tengo que hacer para obtener la vida eterna?

¹⁷ — ¿Por qué me preguntas sobre lo que es bueno? —respondió Jesús—. Solamente hay uno que es bueno. Si quieres entrar en la vida, obedece los mandamientos. ¹⁸ — ¿Cuáles? —preguntó el hombre. Contestó Jesús: —“No mates, no cometas adulterio, no robes, no presentes falso testimonio, ¹⁹ honra a tu padre y a tu madre”, y “ama a tu prójimo como a ti mismo”.

²⁰ —Todos éstos los he cumplido —dijo el joven—. ¿Qué más me falta? ²¹ —Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme.

²² Cuando el joven oyó esto, se fue triste porque tenía muchas riquezas.

²³ —Les aseguro —comentó Jesús a sus discípulos— que es difícil para un rico entrar en el reino de los cielos. ²⁴ De hecho, le resulta más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios.

²⁵ Al oír esto, los discípulos quedaron desconcertados y decían: —En ese caso, ¿quién podrá salvarse?

²⁶ —Para los hombres es imposible —aclaró Jesús, mirándolos fijamente—, mas para Dios todo es posible.

²⁷ — ¡Mira, nosotros lo hemos dejado todo por seguirte! —Le reclamó Pedro—. ¿Y qué ganamos con eso? ²⁸ —Les aseguro —respondió Jesús— que en la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono glorioso, ustedes que me han seguido se sentarán también en doce tronos para gobernar a las doce tribus de Israel. ²⁹ Y todo el que por mi causa haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o terrenos, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna. ³⁰ Pero muchos de los primeros serán últimos, y muchos de los últimos serán primeros. Mateo 19: 16-30 NVI

SEGUIR A CRISTO es la única manera de entrar al reino de Dios. Nada hay en el hombre que le sea útil para ganar la vida eterna: ni la sabiduría (cf. Jesús y los escribas), ni la religiosidad (cf. Jesús y los fariseos), ni las riquezas (cf. Jesús y el joven rico). Sólo Cristo salva, porque es Jesús, el Hijo de Dios, el don que el Señor concedió a los hombres para otorgarles la salvación, la perfección, la vida eterna o el reino, que en el pasaje de esta ocasión se refiere a la misma realidad. Seguir a Cristo es pasar de ser su admirador para convertirse en su seguidor. El cambio en la relación del hombre con Jesús es clara, él exige adhesión total y lealtad a toda prueba. El joven rico le llamó Maestro, él exige que se le llame Señor. El impacto que este cambio de relación provoca en la vida de los hombres se da al nivel del pensamiento, del ser y del vivir. Es un cambio radical, de

ciento ochenta grados. ¿Cómo es posible este cambio? Los estribillos que solemos cantar lo dicen con claridad: “solo el poder de Dios puede cambiar tu ser”.

Una oportunidad perdida

Ser discípulos de Cristo exige la renuncia a cualquier otra lealtad.

La sinceridad de la búsqueda del joven rico es indiscutible. Como muchos hombres de su tiempo buscaba ese “algo mas” que le diese la seguridad de entrar en el reino mesiánico prometido a Israel. Pero amaba más sus riquezas. En ellas había puesto su corazón.

Nada hay en las riquezas, la sabiduría o la virtud humana que nos aleja de Dios y de su reino. Todo está en el corazón humano. En la manera como nos relacionamos con las personas o los objetos: idolatrándolos, atesorándolos, obsesionándonos de tal forma, que dejamos pasar la mejor oportunidad de nuestra vida, el ofrecimiento del Reino de Dios, la vida eterna.

El Reino vale toda renuncia

El desafío de Cristo al joven rico es una exigencia formulada por tres verbos, tres acciones concretas que Jesús esperaba de su interrogador: vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme. Es decir, dejar todo aquello que exija nuestra lealtad, renunciar a ello radicalmente y compartir la vida, el ministerio, la soledad de Cristo. El paralelo con la exigencia del Señor que recogió el Evangelista Lucas es muy claro: niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Vivir estas tres dimensiones es ser un discípulo de Cristo. Quien admira se asombra de su enseñanza pero no se compromete a vivirla, reconoce su poder pero no está dispuesto a que ese mismo poder se desencadene en él, alaba su humildad y sacrificio, pero no asume su propia cruz en el camino de la fe. ¿Somos admiradores o discípulos de Cristo? Cristo Jesús no busca admiradores, sino hombres y mujeres que respondan al desafío de su llamado, renuncien a todos sus ídolos radicalmente y compartan su sendero pasando por el Calvario hasta su resurrección.

Para Dios todo es posible, en él, las limitaciones, dudas y temores, se convierten en oportunidades de salvación. Hay que dejarlo obrar.

Cristo, factor decisivo del reino

Las inquietudes humanas acerca de la salvación y la vida eterna no son muy distintas a las que atormentaron a los que vivieron en el tiempo de Jesús. También hoy hay quienes piensan que pueden ganar el Reino haciendo buenas obras, acumulando conocimientos o comportándose virtuosamente. La Palabra de Dios es clara y definitiva, el hombre nada puede hacer para alcanzar la salvación, Dios mismo es quien le hace posible en la vida del que responde a su llamado de vincularse en lealtad total a su Hijo. Cristo es el factor decisivo del Reino, de la salvación, de la vida eterna, de la perfección. Esta enseñanza de Jesús asombro a sus propios discípulos. Su mentalidad judía les

indicaba que la riqueza era una manifestación de la piedad personal. Por ello ¡Quienes más que los ricos piadosos podían entrar en el Reino! La inquietud de los discípulos, seguida por la pregunta de Pedro les permitió escuchar una palabra de aliento de parte de su Señor. El Apóstol interrogó al Señor sobre la suerte futura de aquellos que habían dejado su casa, familia y posesiones por seguirle a él, Jesús le contestó con la promesa de que recibirían cien veces más aquello que hubieren dejado.

La naturaleza del reino de Dios no habla de pobreza o de escasez, sino de bendiciones sobreabundantes. La generosidad de Dios para quienes han respondido a su llamado es sobrecogedora y alienta nuestros corazones y anima nuestros labios para adorarlo. ¿Qué más que Cristo podríamos desear los que le hemos seguido? Nuestra oración ha sido como la oración de Teresa de Jesús: “muéveme tú”, nuestra riqueza es Cristo mismo, la abundancia es la de su amor. No obstante su promesa es clara: aquel que algo ha dejado por el Señor, él se lo regresará centuplicado. ¿Cómo no unir nuestras voces en un aluluya que le adore?

Aliento de nuestra fe

El mensaje del Señor en esta ocasión es una exhortación a nuestro corazón para alabarle y bendecirle, cantarle con el himnólogo “Todas las promesas del Señor Jesús, son apoyo poderoso de mi fe.” Y, a la vez, es una oportunidad del Señor para evaluar nuestra propia vida, la de nuestras familias e iglesia en la dimensión del seguimiento de Cristo. ¿Hemos renunciado a toda otra lealtad para seguirlo a él? ¿Lo hemos hecho de manera radical?

La centralidad del Reino de Dios en la vida del cristiano es una realidad que vivimos como anticipo de lo que será en el tiempo final. Hoy, es una prioridad que establecer en nuestra vida. Especialmente cuando consideramos la forma como organizamos nuestra familia. ¿Es Jesús y el seguimiento a que somos llamados nuestro valor central? ¿O acaso hemos permitido que otros objetos o personas estén siendo el centro de nuestra vida? Reconocer que el mundo está lleno de cantos de sirena que exigen nuestra fidelidad y lealtad ha de movernos en una constante evaluación, en un permanente análisis de nuestro corazón. ¿Que es lo que constituye nuestro tesoro? El desafío de Cristo Jesús a cada uno de quienes le escuchan es claro y definido: renuncia a todo lo que tienes, no vuelvas atrás y comprométete con Jesús. De otra manera no heredaras la vida eterna.

Si todo lo has dejado por tu Señor, si vives teniéndolo a él como el centro de tu ser, de tu pensar y de tu vivir, de tus sueños y planes, entonces alientese tu corazón, porque él te dará cien veces multiplicado, aquello a que has renunciado. Gloria demos a nuestro Padre Celestial.

Domingo 14 de junio de 1987

UNA EXORTACION A LA BONDAD

Mateo 20: 1-16

20 »Así mismo el reino de los cielos se parece a un propietario que salió de madrugada a contratar obreros para su viñedo. ²Acordó darles la paga de un día de trabajo y los envió a su viñedo. ³Cerca de las nueve de la mañana, salió y vio a otros que estaban desocupados en la plaza. ⁴Les dijo: “Vayan también ustedes a trabajar en mi viñedo, y les pagaré lo que sea justo.” ⁵Así que fueron. Salió de nuevo a eso del mediodía y a la media tarde, e hizo lo mismo. ⁶Alrededor de las cinco de la tarde, salió y encontró a otros más que estaban sin trabajo. Les preguntó: “¿Por qué han estado aquí desocupados todo el día?” ⁷“Porque nadie nos ha contratado”, contestaron. Él les dijo: “Vayan también ustedes a trabajar en mi viñedo.”

⁸»Al atardecer, el dueño del viñedo le ordenó a su capataz: “Llama a los obreros y págales su jornal, comenzando por los últimos contratados hasta llegar a los primeros.” ⁹Se presentaron los obreros que habían sido contratados cerca de las cinco de la tarde, y cada uno recibió la paga de un día. ¹⁰Por eso cuando llegaron los que fueron contratados primero, esperaban que recibirían más. Pero cada uno de ellos recibió también la paga de un día. ¹¹Al recibirla, comenzaron a murmurar contra el propietario. ¹²“Estos que fueron los últimos en ser contratados trabajaron una sola hora —dijeron—, y usted los ha tratado como a nosotros que hemos soportado el peso del trabajo y el calor del día.” ¹³Pero él le contestó a uno de ellos: “Amigo, no estoy cometiendo ninguna injusticia contigo. ¿Acaso no aceptaste trabajar por esa paga? ¹⁴Tómala y vete. Quiero darle al último obrero contratado lo mismo que te di a ti. ¹⁵¿Es que no tengo derecho a hacer lo que quiera con mi dinero? ¿O te da envidia de que yo sea generoso?”

¹⁶»Así que los últimos serán primeros, y los primeros, últimos. Mateo 20: 1-16 NVI

LOS DESEOS DE LOS OJOS provienen del mundo (1 Juan 1:16). Y los ojos son las ventanas del alma. Los jornaleros que murmuran en contra del Señor que les contrató, miran con malos ojos la forma en que distribuyen la paga, fueron envidiosos. Sintieron pesar por el bien que se les hacía a los otros, esperando recibir más para su propia satisfacción. El señor de la viña les respondió a causa de la descomposición de su alma.

La parábola del Señor de la viña revele una de las características del reino de Dios, su economía, es decir, su dirección, su administración tiene como criterio la bondad. Dios mismo es todo bondad, su actuar tiene el propósito de hacer bien a todo hombre.

El corazón murmurador

Quien murmura manifiesta queja o enfado de su prójimo. Su corazón está infestado de envidia, deseando para sí el bien que el otro ha recibido. Del sentimiento se

trata de un deseo egoísta, de la actitud, un hablar entre dientes; de las acciones, el rechazo, la separación, el aislamiento.

¿Qué reacción se despierta en el corazón ante la necesidad de los otros? ¿Que sentimientos se abrigan cuando vemos que nuestros hermanos alcanzan bendición? A veces minusvaloramos sus bendiciones otras veces les calificamos como indignos. El propio corazón arde de enojo. Los ladrones de la viña perdieron su lugar, la enviada les llevo a olvidar que el dueño de la viña era el señor, ellos solo empleados. La aplicación a los judíos es clara, habiendo recibido al Padre la encomienda de labrar con perspectiva de Reino en el mundo,, se sintieron dueños del Reino y marginaron a los otros. A tal grado que durante el ministerio de nuestro Señor los pecadores fueron olvidados tanto de los fariseos como de los esenios. Escandalizándose al observar que Jesús les prefería como compañeros y siervos.

Si los opresores murmuran cuando se percatan que los marginados son bendecidos, Dios siempre trata con gracia al pecador, Dios es en sí mismo el Sumo Bien y así se manifiesta en su actuar, vive para todos, busca el bien de los desamparados. La putrefacción del alma se manifestó en la mirada y la palabra de los colaboradores resentidos. No solo se descubrieron, sino que perturbaron la acción Divina en la viña humana, cerrando la puerta al reino a quienes son los más necesitados de él.

La bondad de Dios es el criterio del reino

La predicación del Evangelios del Reino encontró un corazón sensible entre los pueblos paganos y los despreciados de Israel. Poco a poco las iglesias cristianas se vieron llenas de paganos. Esto escandalizó a los judíos que murmuraban de ello, afirmando que el reino estaba destinado para aquellos que cumplían la ley de Moisés. La misma actitud fue enfrentada por nuestro Señor en la parábola del señor de la viña, en la que confirma su enseñanza: el criterio del Reino es la bondad de Dios. No es el hombre quien se gana su salvación, es un regalo de Dios. Una bondad que para los judíos resulto desconcertante, inaceptable. Ciertamente locura para los que se pierden.

La bondad es actuar en beneficio del otro. El corazón bondadoso piensa, siente y actúa en bien del prójimo, de todo aquel que está al alcance de nuestra mano para ser bendecido. El corazón bondadoso se da, ayuda, se goza. Así es el corazón de Dios. Una y otra vez, como el Señor de la viña, sale en busca de los desocupados, especialmente de aquellos que llegando la hora final del día, han sido olvidados por todos, y les tiende la mano, les ofrece un lugar en su viña, les da generosamente un salario. Nuestro Señor conoce las más profundas necesidades humanas, la carencia de vida conque muchos millones vagan por el mundo, pero de vida que haga justicia al propósito divino para el hombre, a su dignidad, a sus expectativas, al germen de esperanza que ha sembrado en su corazón. La envidia y la murmuración nos separan, nos lastima, nos autodestruye, la bondad es dar lugar a la llama divina en el seno de nuestra vida, de nuestra iglesia, de nuestros hogares. El oprimido espera una acción consecuente

de los que creen en el Dios de toda bondad. Los oprimidos son marginados del reino cuando se topan con corazones envidiosos y murmuradores.

El desconcierto de los judíos fue grande: los que fueron despreciados por ellos, Jesús afirma que serán los primeros en gozar de la presencia del Reino y de la vida eterna.

Bajo la soberanía de Dios

Dios es soberano. El actúa en base a su bondad. Nuestra acción como iglesia ha de estar bajo su autoridad y sintonizada con su corazón. La religiosidad, ayer y hoy, margina, excluye, descalifica, la acción de Dios busca, llama, restaura, reconcilia, otorga. Somos iglesia de Jesucristo, en el sentido de su caminar hemos de movernos, sentir con su propio corazón, mirar con sus ojos, hablar con su boca.

Alabémosle con gratitud: el actúa en base a su bondad. Actuemos bondadosamente: es el criterio de la economía del Reino al que pertenecemos y la naturaleza de Dios es quien creemos. Vivamos pastoralmente, siendo la gracia, la identidad de cada acción que emprendamos como pueblo: no damos por lo que el hombre es, sino por lo que es y hace Dios. Acojamos a los que están fuera del reino, olvidados por todos, rechazados por todos; salgamos una y otra vez a buscar a quienes están fuera de la viña de Dios, a fin de que también reciban parte de la recompensa del Dios que da vida abundante. ¡Que mayor necesidad que una acción pastoral en la ciudad sustentada en la bondad de Dios; Hay un prójimo a nuestro lado que necesita ver, sentir y vivir la bondad de Dios. Tu y yo somos los indicados para compartirla, para testificarla, para ser canales suyos aquí y ahora. Dios tiene un lugar en su corazón para cada uno de nosotros, para cada uno de los perdidos, de los solitarios, de los tristes y deprimidos. Dios es toda bondad.

Las tareas que tenemos por delante son claras: hay que sujetarnos a la soberanía de Dios. El es el dueño de la viña, nosotros somos solo sus labradores. Hay que actuar como el actúa: incorporar, acercar, restaurar. Pero también tiene palabra de exhortación para quienes se desubican, pierden su lugar y su propósito. Así que hay que desterrar la envidia y la murmuración y cultivar un corazón bondadoso que piensa, ve y actúa por el bien de los otros. Y esto requiere de la iglesia de Jesucristo un corazón humilde y sencillo y una actitud gozosa por la misericordia de Dios. Amén.

Domingo 21 de junio de 1987.

FRENTE AL FUTURO

Mateo 20:17-19

7 Mientras subía Jesús rumbo a Jerusalén, tomó aparte a los doce discípulos y les dijo: 18 «Ahora vamos rumbo a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los *maestros de la ley. Ellos lo condenarán a muerte 19 y lo entregarán a los *gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen. Pero al tercer día resucitará.» Mateo 20: 17-19

EL SUFRIMIENTO DE CRISTO, su condena y muerte en Jerusalén nos revelan a Dios.

Los peregrinos judíos solían subir durante las fiestas religiosas a Jerusalén. El camino que llevaba hasta la ciudad santa se había transformado en todo un hecho cultico. La celebración al Dios de Israel se realizaba durante la travesía que culminaba al ofrecer sacrificios y ofrendas en el Templo. Jesús también sube a Jerusalén, recorre paso a paso el camino de su celebración obediente a Su Padre. Su obediencia, su sufrimiento y su muerte nos hablan del reconocimiento del Hijo al Padre. No llevaba ofrenda o sacrificio, su propia vida estaba destinada para ser sacrificada, como Isaac caminó con Abraham hasta Moria, así Jesús camina hasta Jerusalén.

Preparación para el sufrimiento

El futuro de Jesús estaba claro ante sus ojos. Condenación de los judíos, pasión en manos de los gentiles, la cruz y la resurrección. Piensa en sus discípulos y les aparta para en lo íntimo, cuando se revelan sentimientos profundos y pedazos del alma, prepararlos sobre un futuro que ya se había iniciado. El papel de los discípulos en el relato, a diferencia de los dos anteriores es pasivo, escuchan. Su silencio es elocuente, su incomprensión explicable, su dolor, manifiesto. El maestro les da una de las lecciones que les seguirán en el peregrinar de su fe toda su vida: es necesario que el Hijo del hombre padezca en manos de los judíos y gentiles. La escena se centra en Jesús. Sólo Cristo se manifiesta con el poder y la gloria de su pasión, muerte y resurrección. Pero su palabra de advertencia tiene el propósito de preparar los corazones de aquellos que le han dejado todo por seguirlo y que también vivirán el privilegio de acompañarle en su pasión. Frente al futuro que representa Jerusalén, el Maestro se ocupa de compartir en lo íntimo con sus aprendices.

El Cristo entregado

La luz que vino a alumbrar a los hombres fue rechazada, porque se amaba más las tinieblas; quien prometió la vida eterna encontró palabras de condenación y acciones de muerte en quienes fueron objeto de su amor y de su gracia. Jesús fue entregado a los judíos para ser condenado, para ser escarnecido, azotado y crucificado. Frente al futuro

Jesús es consciente. Su futuro en Jerusalén y su camino hasta la ciudad santa nos revela mucho de él. En Cristo el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el que se había revelado como “el que es”, se manifiesta en la más absoluta humildad, como el condenado, el despreciado, el abatido de quien todos esconden el rostro. El Dios que asume y encarna el sufrimiento de los hombres, haciéndose siervo sufriente. La flagelación que le espera por los gentiles, la asume como rasgo sublime de su humildad y de su divinidad.

En este pasaje es la primera vez que el Evangelista Mateo señala la pasión en manos de los gentiles y la crucifixión. La nota ascendente en sus relatos es clara. Poco a poco Jesús les ha revelado la naturaleza de su misión y de su Reino, la naturaleza misma del Dios a quien él ha llamado Padre.

La iglesia frente al futuro

La visión de la cruz y el sufrimiento de Cristo en el cristianismo de nuestros días se refieren a las celebraciones de Semana de pasión, la Cena del Señor y los cultos denominados “evangelísticos”. Es imposible hablar de un cristianismo sin cruz y sin resurrección. La semana de pasión y muerte recordamos paso a paso el peregrinar de Jesús hasta el Calvario. Al celebrar la cena hacemos memoria de la muerte expiatoria de Jesús en la cruz. No obstante, invitamos a todos los hermanos a meditar en esta ocasión sobre la visión de futuro que la iglesia tiene y el lugar que la cruz ocupa en ella. Jesús dijo con claridad: el que quiera venir en pos de mí, tome su cruz... El futuro de la iglesia del Cristo que sufre es también la cruz ineludible de su misión, de su quehacer en el mundo. También hoy los hombres aman más las tinieblas y sus ídolos que la luz y el Dios vivo que se ha hecho hombre; aman más el prestigio y la riqueza, su comodidad que al Jesús despreciado, humillado, lacerado por los incrédulos. Y así venció a la muerte, siendo obediente hasta su propia muerte. Y la venció llevando sobre él todo el odio, todo el resentimiento, toda la impotencia humana que se levanta contra el Dios de la vida, por su inclinación de muerte. Y les ha vencido no para rechazarles, sino para incorporarlos a su pueblo por el puro afecto de su gracia.

Jesús advirtió a los discípulos sobre lo inevitable de su sufrimiento y muerte. Ya no podían confundir la naturaleza de su misión y la naturaleza de su reino. Y, sin embargo, lo hicieron como lo seguimos haciendo hoy en día.

La cruz de Jesús se levanta ante el horizonte de la iglesia. En una cruz que será seguida por el triunfo de la resurrección, pero que es preciso asumir, porque todo aquel que quiera salvar su vida la perderá. Y la cruz es el dolor, y el sufrimiento que entraña la vida cristiana y el quehacer misionero que hemos recibido de nuestro Señor. Porque el camino que llevó a Jesús hasta Jerusalén, también debe ser andado por la iglesia. Su pasión y muerte y el odio fueron vencidos y en esa victoria se entiende nuestro propio sufrimiento y cruz. Es necesario morir a mí, para vivir en él. La voluntad humana y la voluntad divina no pueden coexistir en la iglesia.

Hay que salirle al paso a los sistemas de pensamiento que quieren eludir la pasión y la cruz. Un cristianismo sin cruz es vacío, a como lo es también sin la esperanza de la resurrección. Así es que, frente al futuro, marchemos con el rostro firme. Amén.

Domingo 28 de junio de 1987

ANTE EL PODER, EL SERVICIO

Mateo 20: 20-28

²⁰Entonces la madre de Jacobo y de Juan, junto con ellos, se acercó a Jesús y, arrodillándose, le pidió un favor.

²¹— ¿Qué quieres? —le preguntó Jesús. —Ordena que en tu reino uno de estos dos hijos míos se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda.

²²—No saben lo que están pidiendo —les replicó Jesús—. ¿Pueden acaso beber el trago amargo de la copa que yo voy a beber? —Sí, podemos.

²³—Ciertamente beberán de mi copa —les dijo Jesús—, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde concederlo. Eso ya lo ha decidido mi Padre.

²⁴Cuando lo oyeron los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos. ²⁵Jesús los llamó y les dijo: —Como ustedes saben, los gobernantes de las naciones oprimen a los súbditos, y los altos oficiales abusan de su autoridad. ²⁶Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario, el que quiera hacerse grande entre ustedes deberá ser su servidor, ²⁷y el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de los demás; ²⁸así como el Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos. Mateo 20:20-28 NVI

“Y sí repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, nada soy.” 1 Corintios 13:3

EL SERVICIO ES ENTREGA DE AMOR. En él se trascienden, por la gracia de Dios, las relaciones de dominación, propias de ciertas mentalidades religiosas y se establece un nuevo modelo de relaciones humanas: el modelo del Reino de Dios.

El deseo de poder

La solicitud de Santiago y Juan expresa una realidad presente en la comunidad de los discípulos, la lucha por el poder. El medio ambiente judío estaba claramente dañado por ese deseo. Fariseos y Saduceos luchaban por controlar el Sanedrín y las familias sacerdotales se congraciaban con el Cesar a fin de conseguir un sumo sacerdocio. Los discípulos vivían de acuerdo a la mentalidad de su tiempo y anhelaron un lugar de preeminencia en el Reino Mesíasico que ellos esperaban instaurar con Jesús. Deseaban compartir con él su autoridad escatológica y juzgar a Israel. Una situación similar vivía el cristianismo del primer siglo, dado que al interior de las iglesias se daban luchas por el poder religioso que asociaban los puestos de autoridad con el prestigio.

El deseo de poder se anidó en el corazón de los hijos de Zebedeo. Su mentalidad fue expresión de sus valores: la preeminencia y el dominio. Aunque seguían a Jesús no habían logrado romper con la mentalidad de su tiempo, sus expectativas eran de glorificación y trono.

La mentalidad de dominio utiliza a la religión para servirse de los hombres y ejercer control sobre ellos. La historia muestra que la religión se ha utilizado como instrumento de dominación. A la luz de este deseo se piensa, valora y relaciona con los hombres.

Con Jesús en el sufrimiento

Jesús advierte un peligro en el seno de los suyos. No han entendido la naturaleza de la vocación, ni el criterio de su tarea. Él no puede concederles poder en el Reino. Pero les orienta, les ubica y calma su vehemencia sin humillarles. En la respuesta de Jesús se entrelazan tres consideraciones: 1) Jesús subordina su autoridad sobre el Reino al Padre, 2) la solicitud de los discípulos manifiesta su incomprensión y 3) les concede participar de su sufrimiento, simbolizado por la copa y el bautismo.

La incomprensión de los discípulos es explicable, no estaban preparados para enfrentar el martirio de Jesús. El les habla en un lenguaje incomprensible a la luz de la mentalidad de su tiempo. Es contraste con su concepción del mesianismo. Jesús afirma que podrán participar de su sufrimiento que es parte de su misión, la copa y el bautismo que compartirán con él. No es sufrimiento para alcanzar el poder ni la gloria mesiánica.

La búsqueda del poder fue el factor de división. Al oír los otros diez discípulos la solicitud de los hijos de Zebedeo se enojaron. Enojo que produce la envidia y el mismo deseo de poder. Sus consecuencias fueron claras, la lucha por el poder enemistó y dividió a los discípulos de Jesús. Es origen de división ayer y hoy. Permitir que la larva del afán de poder se enquiste en el corazón, en el seno de la iglesia, es abrir la puerta a la división, a la separación, al enojo, al distanciamiento. Aún más, contradice la esencia misma de la fe.

El modelo del servicio

Jesús habla de sojuzgamiento al referirse a la forma como los poderosos se relaciona con sus pueblos. Describe el modelo del mundo y lo contrasta con su propia vivencia. El modelo del mundo no es criterio que seguir en la comunidad de los cristianos. Por el contrario, ante Dios la grandeza humana se da en el servicio, así se da la realización de lo humano en la perspectiva del Reino. Este modelo de servicio tiene un elemento de fondo que el Apóstol San Pablo supo ver con claridad: el amor. El servicio no es acción que encubra el corazón, sino lo manifiesta como entrega, servicio y atención. La palabra de Jesús se dirige a la raíz de nuestra forma de ser y de servir en medio del mundo. Frente a la búsqueda del poder y las relaciones humanas (tanto políticas como

religiosas) Jesús nos da el criterio del servicio como mentalidad, espíritu y carácter de los suyos.

Jesús es el modelo de esta vida de servicio: vino a servir y dar su vida. Entre los suyos se reveló como el que sirve. (Lc. 22:27) Lo que entraña un cambio radical de valores y mentalidad porque excluye la ambición religiosa como deseo de sobresalir y de dominar. El mismo no se enseñorea, sino que sufre como Siervo por muchos. Este modelo del servicio cristiano. Su vida y ministerio infunden en la iglesia una mentalidad de entrega y amor.

El servicio como entrega de amor es el modelo de relaciones del Reino. Más que una tarea que se realiza, es la entrega de la vida por otros. Es así que en la comunidad de fe toda responsabilidad que implique autoridad ha de ejercerse bajo el criterio de la entrega de amor como servicio a los otros.

Jesús nos llama a profundizar la conversación en la dimensión de las relaciones con los hombres rompiendo con la mentalidad del mundo. Así se ejercita de manera práctica el amor a Dios y al prójimo. Por esta razón el término que el Nuevo Testamento utiliza para referirse al ministerio es Diáconos, servicio. Acción que se da en la entrega generosa y libre, no es servicio de esclavitud como al que fueron obligados los judíos en Egipto. En su palabra el Señor nos llama a la conversión de nuestra forma de pensar, valorar, actuar, a fin de que vivamos como sus discípulos, conjugando una mentalidad, un espíritu, un carácter y un ministerio de servicio.

La autoridad de Jesús como servicio, fue entrega, fue ofrenda para que muchos hombres fuesen y sigan siendo rescatados del poder del pecado y de la muerte. Su ofrenda de vida fue costoso rescate por la liberación de los hombres. Asimismo, la entrega de los suyos se abonó para bien de otros. El servicio cristiano es entrega de amor y el amor germina vida. Es el estilo de vida que ha de leudar las relaciones de dominio y sojuzgamiento que vivimos como sociedad e incluso al interior de la comunidad de fe. Hay que cerrarle el paso al afán de poder, es causa de división y ruina del ministerio cristiano.

Domingo 5 de julio de 1987

LA HUMILDAD MESIÁNICA

Mateo 21:1-11

21 Cuando se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagué, al monte de los Olivos, Jesús envió a dos discípulos ² con este encargo: «Vayan a la aldea que tienen enfrente, y ahí mismo encontrarán una burra atada, y un burrito con ella. Desátenlos y tráiganmelos. ³ Si alguien les dice algo, díganle que el Señor los necesita, pero que ya los devolverá.»

⁴ Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta: ⁵ «Digan a la hija de Sión: “Mira, tu rey viene hacia ti, humilde y montado en un burro, en un burrito, cría de una bestia de carga.” »

⁶ Los discípulos fueron e hicieron como les había mandado Jesús. ⁷ Llevaron la burra y el burrito, y pusieron encima sus mantos, sobre los cuales se sentó Jesús. ⁸ Había mucha gente que tendía sus mantos sobre el camino; otros cortaban ramas de los árboles y las esparcían en el camino. ⁹ Tanto la gente que iba delante de él como la que iba detrás, gritaba: — ¡Hosanna al Hijo de David! — ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! — ¡Hosanna en las alturas!

¹⁰ Cuando Jesús entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió. — ¿Quién es éste? — preguntaban. ¹¹ —Éste es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea —contestaba la gente. Mateo 21:1-11 NVI

LA HUMILDAD como un sentimiento, como una actitud, como un valor y como un hecho es distintiva de la vocación mesiánica de nuestro Señor Jesucristo. Como sentimiento, mueve el alma de Jesús; como actitud, dispone su ánimo; como valor, le da significación a su actuar; como hecho se traduce en acciones y obras. Es, a su vez, característica de su pueblo: su vocación mesiánica vivencia esta realidad, la de la humildad. La humildad de Jesús fue un choque con la teología judía y la fe popular. Se esperaba a un Mesías guerrero, poderoso y vengador. Jesús entró en Jerusalén limpio manos y humilde de corazón.

La humildad es carácter sustantivo del mesianismo de Jesús. La narración de su entrada a Jerusalén expresa la fe total del cristianismo primitivo: Rey bondadoso, doliente y humilde; frente a la ideología religiosa del poder, la venganza y la guerra.

Las ideologías (como sistema de ideas que encubren la realidad del mundo, de la historia y del hombre) usan la máscara del poder para ocultar sus miserias. América Latina sabe del poder devastador de las ideologías del poder, disfrazadas de valores sublimes, pero con alma satánica.

Lo sabemos también en el mundo personal, familiar y eclesial. Las ideologías distorsionan la fe, en tanto que son expresiones de intereses personales, familiares o de grupo. No se interesan por el Reino, sino por el “yo” o el “nosotros”.

La iglesia de Jesucristo ha oído de su Maestro: aprended de mi, que soy manos y humilde de corazón” (Cf. Mateo 11:29). La humildad de Jesús no es abatimiento de sus

valores humanos, sino una forma de entender la vida que desnuda el alma humana de las mascaradas y armaduras. ¿Cómo explicar la soberbia, el orgullo y la vergüenza humana? Son actitudes de la carne, obra del enemigo de nuestras almas, criterios del mundo, oscuridad de la vida. Ante toda la soberbia, el orgullo y la vergüenza, Jesús actúa en dimensión de la humildad y el servicio, no lleva una espada en su mano, su arma es el servicio sencillo y sincero; no cabalga sobre un blanco corcel, seguido de ejércitos poderosos, sino de un sencillo pollino, transporte propio de los pobres, y seguido por una multitud agitada, que no entendía a cabalidad lo que les dice.

La humildad cristiana, la humildad mesiánica, no es debilidad como carencia de fuerza espiritual, sino carácter de Reino que solidariza al hombre con su prójimo. Veámoslo en perspectiva bíblica.

Cristo, el modelo

Aprended de mí, dijo Jesús, que soy manso y humilde de corazón. La madurez, la perfección y ejemplaridad humana están en Cristo. Él es el modelo del hombre nuevo. Con claridad Jesús nos instruyó en la bondad de ser imitadores de él, como quien asume una actitud más que quien repite un comportamiento. Ser manso y humilde de corazón fue instrucción del Maestro. Reconociendo por corazón no sólo lo emotivo de nuestra personalidad, sino toda su integridad: actitudes, valores, pensamientos, hechos.

El carácter cristiano

Marca distintiva de nuestro ser en el mundo y nuestra relación con Dios (CF. Proverbios 3:34 y 1 Pedro 3:5) Salomón y Pedro instruyen a sus lectores de la actitud de Dios ante el hombre. Quien asume su miseria y vive en consecuencia se abre a la gracia, quien se afirma así mismo y ensoberbece su corazón, resiste a Dios. La humildad es carácter distintivo del cristiano, es su atuendo ante el mundo y sus hermanos: Vestirse como escogidos de Dios es hacerlo de humildad (Colosenses 3:12).

Es actitud ante la Palabra

El Señor pone sus ojos, afirma Isaías, sobre aquel que muestra su humildad temblando ante su Palabra. La marca del soberbio es resistir la Palabra de Dios, cerrar sus oídos, endurecer su corazón. Quién se cierra a la palabra de Dios distorsiona su fe, su práctica, la naturaleza del reino de Dios. Temblar ante la Palabra es permitir que ella toque nuestro cuerpo y lo sensibilice a su fuerza y poder, porque se puede temblar de sobrecogimiento espiritual. Un cuerpo sensible a la Palabra de Dios desencadena un temblor generador, no paralizante.

Es actitud ante el hermano

La humildad no es indefinición, sino soporte paciente y reconocimiento de los otros. Ser humilde en las relaciones fraternales es disposición que se vierte en el hecho de

vivirse como piedra de apoyo, poniendo las espaldas para que otros salgan, surjan, se superen en su fe, en su amor, en su obediencia, en su visión. Es el desafío del carácter de la vida cristiana, prestarnos para que otros se apoyen y les reconozcamos como superiores a nosotros mismos. ¿Con complejo de inferioridad? ¿Con disposición a ser su apoyo? Porque al salir el otro, todos salimos con él, en tanto que como cuerpo todos dependemos unos a otros (Efesios 4:2; Filipenses 2:3).

Es actitud en el servicio

¿Con que actitud servimos a Dios? ¿Como si él nos debiera algo y le hacemos un favor; a regañadientes, como si nos obligaran, con dejadez, como si no valiera la pena; con irresponsabilidad, como si Él no pidiera cuentas! Pablo da testimonio de la actitud con que sirve al Señor: “sirviendo al Señor con toda humildad”. Es decir, con toda sencillez, como no mereciendo un privilegio tan grande. Como quien recibe un regalo inmerecido. No con actitudes de poder y de venganza.

Con espíritu de superación

La humildad del Reino es siembra que produce alegría, comunión con Dios y vida (Isaías 29:19; 57:15). Al soberbio nada le produce gozo, todo le parece pequeño; el vengativo se ahoga en su dolor, amarga su corazón. El humilde cosecha una expansión de alegría en Jehová, su Dios. El Señor habita con los humildes (con ellos compartió Jesucristo) y su presencia ensancha la vida, vivifica.

En la perspectiva del Reino y del ministerio de la iglesia, la humildad, más que un sentimiento inferior, es un hecho concreto que se manifiesta en el estilo de vivir con que asumimos nuestra fe, nuestro servicio a Dios, nuestras relaciones con el prójimo. En Jesús fue pollino al entrar en Jerusalén; en su pueblo, hechos concretos que nos despojan de gloria vana y orgullo insano. Ejercitemos nuestra vocación mesiánica en hechos de humildad. Amén.

Domingo 19 de julio de 1987

JESUS EN EL TEMPLO

Mateo 21:12-17

¹² Jesús entró en el templo y echó de allí a todos los que compraban y vendían. Volcó las mesas de los que cambiaban dinero y los puestos de los que vendían palomas. ¹³ «Escrito está —les dijo—: “Mi casa será llamada casa de oración”;—pero ustedes la están convirtiendo en “cueva de ladrones”. ¹⁴ Se le acercaron en el templo ciegos y cojos, y los sanó. ¹⁵ Pero cuando los jefes de los sacerdotes y los *maestros de la ley vieron que hacía cosas maravillosas, y que los niños gritaban en el templo: « ¡Hosanna al Hijo de David!», se indignaron.

¹⁶ — ¿Oyes lo que éstos están diciendo? —protestaron. —Claro que sí —respondió Jesús—; ¿no han leído nunca: »“En los labios de los pequeños y de los niños de pecho has puesto la perfecta alabanza”?

¹⁷ Entonces los dejó y, saliendo de la ciudad, se fue a pasar la noche en Betania. Mateo 21:12-17

LA AUTORIDAD MESIANICA de Jesús se entretiene en las tres escenas de este pasaje. Al echar fuera a los mercaderes, al sanar a los enfermos y al recibir la alabanza de los niños. Son hechos que dan testimonio del cumplimiento de los tiempos mesiánicos, en el corazón mismo de la religión judía, el Templo.

Los judíos esperaban, en relación con el Mesías, la purificación del Templo, dado que los ejércitos romanos habían penetrado hasta el mismo lugar santísimo al que solo podía acceder el Sumo Sacerdote una vez al año. ¿Por qué entonces se escandalizaron de lo hecho por Jesús? Lo que está en juego es la aceptación de Jesús como Mesías y su autoridad. Las autoridades judías ya habían tomado una postura, para ellos Jesús no era el Mesías. Por tanto, el relato de Mateo se centra en el testimonio de Jesús como Rey legítimo del pueblo de Israel.

Veamos las tres escenas del pasaje a la luz de la autoridad mesiánica y su significado en el contexto del reino de Dios.

La expulsión de los mercaderes

Los versos 12 y 13 describen la entrada de Jesús al Templo, al patio de los gentiles, en donde las autoridades judías habían permitido que se aposentaran los mercaderes y los cambistas. La reprimenda de Jesús es clara, el Templo lugar de oración, de encuentro con Dios, de meditación espiritual; se había convertido en un mercado en un lugar de explotación y usura. El deseo de facilitar la ofrenda y el cambio de moneda extranjera para el pago del impuesto del Templo se había corrompido por el espíritu mercader y la ganancia deshonestas, llegando a ser un acto injusto de explotación del prójimo. No obstante, Jesús, asumiendo su vocación mesiánica, encarna un acto profético en el que simboliza la venida del Mesías en juicio.

La corrupción y la extorción que se daban en el Templo fueron síntoma de la descomposición en que había caído el judaísmo en tiempo de Jesús. La religión se había transformado en una fuerza opresora sobre el hombre, reduciéndolo a un ser manipulado y oprimido. Jesús muestra su autoridad purificando el Templo de Dios, estima a la oración como el sentido primordial del culto y la adoración. “Mi casa, casa de oración será llamada”. Desatender este sentido es hacer caso omiso de la enseñanza de Jesús. Por ello, si el cuerpo de cada cristiano es ahora el templo del Dios viviente, guardarlo para la comunión con Dios y la oración es responsabilidad del cultivo espiritual. Transformarla en carnada de los mercaderes, es corromper lo que Dios ha dignificado por creación y redención.

La sanidad de los enfermos

El desprecio por los enfermos y su marginación eran actitudes comunes entre los judíos. Más aun cuando se trataba de enfermedades que se consideraban razón de impureza cultica, como el flujo de sangre y la lepra. La presencia de los enfermos y el milagro de Jesús no es accidental, la enseñanza de la escena es clara, los que son marginados por la religión oficial son objeto de la misericordia de Jesús, el Mesías legítimo de Israel.

La relación del Mesías con los que sufren, su propio dolor y la marginación de que son objeto por otros, está marcada por el espíritu liberador del reino mesiánico. Su sanidad es testimonio del advenimiento, de la presencia del reino en Jesús.

La autoridad mesiánica de Jesús significa que el poder del Reino transforma la enfermedad en salud, la marginalidad en aceptación, la impureza cultica en razón de misericordia y de acercamiento liberador. Por todo aquel que vive enfermo, que gusta de estar enfermo, el reino de Dios significa la entrada a la dimensión del poder liberador de Jesús. La autoridad mesiánica de Jesús no es razón de sojuzgamiento, ni de marginación; sino de liberación, salud, sanidad. No es un acto aislado, sino un hecho que muestra el sentido del reino de Dios. Así es el Reino que el Señor inauguró: los enfermos y despreciados encuentran apoyo y solidaridad.

Con la misma confianza y fe que se acercaron los ciegos y los cojos a Jesús podemos acercarnos cada uno de nosotros. Ya sea que estemos imposibilitados para ver o caminar. Si la ceguera o alguna cojera del alma nos inmovilizan, nos incapacitan para ser en el mundo seres generadores. El Espíritu Santo transforma la realidad de muerte en realidad de vida y de Vida que sólo el Espíritu de Dios nos puede dar.

La alabanza de los niños

Los sacerdotes y escribas se escandalizan al oír las alabanzas mesiánicas. Es decir, no es consecuencia de la sanidad o de la expulsión de los mercaderes solamente, sino la interpretación de estos hechos a la luz de la esperanza de Israel, de un Mesías que purificaría el Templo y sería bendición de los necesitados. Los escribas y sacerdotes ya

habían tomado su decisión en relación a Jesús, su corazón estaba cerrado, su ánimo dispuesto al enfrentamiento.

Jesús acepta la alabanza y cita el Salmo 8:2. De esta manera el Señor calla la boca de sus enemigos de su Ungido, a través de la alabanza de los niños, dispuestos aceptar la presencia del Mesías en Jesús. Probablemente no entiendan lo que realmente sucede, pero Jesús reconoce su disposición como un testimonio más del Reino. Así es que, al sacar a los mercaderes del Templo, sanar a los enfermos y reconocer la alabanza de los niños, Jesús asume su vocación mesiánica y Mateo subraya que es Él, el Rey legítimo de Israel, aunque las autoridades religiosas no lo hayan entendido.

Tres lecciones podemos resaltar de lo aprendido en este pasaje:

1.- El Templo del Señor, nuestro cuerpo, ha de estar destinado a la oración y hemos de cuidarlo con la reverencia que demanda. No puede ni debe ser objeto de los mercaderes que terminan por explotarlo y lastimarlo.

2.- El Reino de Dios significa salud para los enfermos; a los ciegos le vuelve la visión y como una visión trasformada: visión del Reino; y a los cojos les pone sobre sus pies para que caminen los senderos de Dios, por la senda angosta que lleva a la vida eterna.

3.- Las alabanzas de los niños reconoce a Jesús como el Mesías legítimo de Israel y haberlo reconocido así en nuestro corazón debe movernos a una adoración genuina, fervorosa y alegre.

Así que a cuidar el templo del Señor, a caminar en su salud y adorarlo con todo el corazón, él es el Rey, nuestro Rey. Amén.

Domingo 26 de julio de 1987

EL FRUTO DEL ESPIRITU ES FE

Mateo 21:18-22

¹⁸ Muy de mañana, cuando volvía a la ciudad, tuvo hambre. ¹⁹ Al ver una higuera junto al camino, se acercó a ella, pero no encontró nada más que hojas. — ¡Nunca más vuelvas a dar fruto! —le dijo.

Y al instante se secó la higuera.

²⁰ Los discípulos se asombraron al ver esto. — ¿Cómo es que se secó la higuera tan pronto? —preguntaron ellos. ²¹ —Les aseguro que si tienen fe y no dudan —les respondió Jesús—, no sólo harán lo que he hecho con la higuera, sino que podrán decirle a este monte: “¡Quítate de ahí y tírate al mar!”, y así se hará. ²² Si ustedes creen, recibirán todo lo que pidan en oración. Mateo 21: 18-22

LA FE ES DON DE DIOS. Nace en el corazón del hombre por obra y gracia del Espíritu Santo. La Biblia habla de ella de diferentes maneras: como un cuerpo de doctrinas reveladas por Dios a su pueblo, como la aceptación de estas verdades, como lealtad a Dios, como confianza, como creencia. Jesús la menciona equipándola a la seguridad y certeza en el poder de Dios que se demuestra con la forma de vivir. Por ello se acerco a buscar frutos en la que hoy conocemos como la “higuera estéril”. En la carta a los Hebreos a la fe se le menciona como certeza y convicción, certidumbre de la realidad de Dios, misma que se muestra en frutos concretos: como la ofrenda de Caín la preparación del arca de Noé, la obediencia de Abraham, la maternidad de Sara, el maltrato de Moisés, el paso del Mar Rojo y la caída de los muros de Jericó. Es decir, por la fe se conquistaron reinos, hicieron justicia, fuertes batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. La fe es un camino que transitar con paciencia con los ojos puestos en Jesús (cf. Hebreos 11 y 12).

Una higuera sin fruto

Jesús ve a Israel como una higuera estéril. Llena de hojas, pero carente de fruto. Es árbol frondoso pero carente de vida. Es juicio mesiánico sobre Israel y sus autoridades religiosas.

Nuestro Señor no encuentra en su pueblo la paz que es el control de Dios sobre el corazón, ni la justicia y la misericordia, valores que han de conformar el estilo de vida del Israel de Dios. Como lo señalan los Proverbios de Salomón “el fruto del impío es para pecado” (10:16b). Israel es infiel a su Dios, por más que sus verdades fueron acordes a la enseñanza de la ley.

La palabra de juicio de Jesús a la higuera la confinó a una vida de esterilidad. No producir fruto es el castigo que recibió. Así lo entendió la iglesia. La reacción del

pueblo a Dios y la resistencia al Mesías tuvieron como consecuencia una esterilidad que acabó en sequedad repentina. La apariencia de la higuera no fue consecuente con su realidad. Hay una trampa en la apariencia. Así como la hay en quienes han aprendido un comportamiento o un tipo de conducta por “deslizamiento”. Es decir, sin que sea consecuente con la realidad espiritual de la vida: la relación con Dios y con su prójimo.

La fe como fruto

El Nuevo Testamento enseña que la fe es un fruto del Espíritu, un don de Dios. Jesús fue claro cuando dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en el. Este lleva fruto; pero separados de mí nada podéis hacer”. (Juan 15:5). Es decir, la confianza en Dios, la certidumbre de su realidad y su obra en consecuencia con su poder está en relación íntima con permanecer en Jesús y él en la vida del cristiano. Esta permanencia en el espíritu del Evangelio de Juan es un cultivo en la Palabra. La fe se alimenta en la Palabra, en ella abreva, se nutre, se enriquece. La fe se alimenta en obediencia a la Palabra. Es decir, volvemos al enfoque de Jesús: la fe se nutre en la práctica de la misma, al obedecer la palabra. Para decirlo de otra manera, la fe como creencia se nutre en la fe como obediencia. Y la fe como obediencia tiene su sustento en la fe como creencia. Una reciprocidad clara entre creer y vivir. Es la fe que se manifiesta de manera excelente en las situaciones límite, recordemos el caos que señala la Carta a los hebreos: frente a fieras, a ejércitos poderosos, a sacrificios y maltrato. Este sendero angosto de la fe es parte sustantiva del cristianismo. Hoy se vive de maneras diversas: en medio de persecuciones, como testimonio en culturas paganas, en el resfriamiento de la fe de muchos, en el cristianismo nominal de otros. La higuera estéril no solo representa a Israel, sino a todos aquellos que se han deslizado hacia una fe muerta, llena de verdades abstractas y temores, pero lejos de mantener una relación viva cotidiana e íntima con la Palabra y con Jesús.

Los enemigos de la fe son tan fieros y peligrosos como los que la iglesia enfrentó en el pasado. Hoy, ciertamente, están revestidos con modernas apariencias: es estilo de vida de las grandes ciudades, el endiosamiento de la economía es decir, las idolatrías a los bienes de este mundo y a los placeres de la carne. Realidades de muerte en las que estamos inmersos y que es preciso ubicar a fin de transformar con la fe que es creencia y obediencia.

El Apóstol San Pedro instruye a los hermanos acerca de esta realidad transformadora de la fe cuando les dice que: “Porque si estas cosas están en vosotros (añadid a vuestra fe virtud) no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro 1:8)

Los discípulos se asombraron al ver el poder de la Palabra de Jesús sobre la higuera. Jesús les instruyó acerca de la relación entre el poder divino y la fe. Pero la fe que no se deja arrastrar por la duda, la fe sin reservas. Es la fe que Dios ha otorgado a la iglesia para que fructifique en paz, amor, misericordia, justicia. No importa que tan fiero

o poderoso sea el enemigo. La historia del pueblo de Dios muestra que el poder divino es mayor que cualquier poder humano o espiritual.

Fe que se cumple en la oración

La vida de fe es vida de oración. Alguien ha dicho que la Palabra sin la oración es letra muerta y que la oración sin Palabra es peligro para caer en el iluminismo. Jesús instruyó a sus discípulos en que la fe se hace concreta en la oración de petición. Orar no es práctico para evadir la realidad, sino fuerza espiritual para transformarla. Porque la oración desencadena en la vida fe, el poder de Dios que hace posible lo imposible y creíble lo increíble. En esta esperanza vive la iglesia, no por lo que sabemos, ni por lo que miramos, sino en el poder de Dios que sostuvo a su pueblo y nos ha sostenido a nosotros, desde el primer día que creímos hasta hoy.

El cristiano que ora con fe no da lugar a sus caprichos, por el contrario, se somete a la decisión soberana de Dios. Por ello, el cristiano que ora pone su confianza en Dios y no en las cosas del mundo.

En tiempos de expansión misionera, como los que vive la iglesia. Cuando los retos son tan grandes que nos parecen inalcanzables, debemos volver nuestra fe, recibida como un don divino y fruto del Espíritu, en oración sistemática y ferviente, henchida de esperanza y sostenida en Dios. ¿Cómo olvidarlo si tenemos ante nosotros el reto de tantas colonias en la nuestra ciudad sin una iglesia evangélica? No lo olvidemos, Jesús espera fruto de sus hijos, no los que sean de engañosa apariencia, sino fruto de benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. Asímanos la enseñanza de nuestro Señor. Amén.

Domingo 16 de agosto de 1987

LA AUTORIDAD ESPIRITUAL

Mateo 21: 23-27

²³ Jesús entró en el *templo y, mientras enseñaba, se le acercaron los jefes de los sacerdotes y los *ancianos del pueblo.

— ¿Con qué autoridad haces esto? — lo interrogaron —. ¿Quién te dio esa autoridad?

²⁴ — Yo también voy a hacerles una pregunta. Si me la contestan, les diré con qué autoridad hago esto. ²⁵ El bautismo de Juan, ¿de dónde procedía? ¿Del cielo o de la tierra?

Ellos se pusieron a discutir entre sí: «Si respondemos: “Del cielo”, nos dirá: “Entonces, ¿por qué no le creyeron?” ²⁶ Pero si decimos: “De la tierra”... tememos al pueblo, porque todos consideran que Juan era un profeta.» Así que le respondieron a Jesús:

²⁷ — No lo sabemos.

— Pues yo tampoco les voy a decir con qué autoridad hago esto. Mateo 21: 23-27 NVI

Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto ir y hacer discípulos en todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado y he aquí yo estoy en vosotros todos los días hasta el fin del mundo. Amén.

LA IGLESIA ha recibido poder y autoridad del Señor Jesucristo para cumplir su tarea en el mundo. Los principales sacerdotes y ancianos de Israel (las autoridades religiosas y civiles) se acercan a Jesús en el templo para interrogarle acerca de la fuente y origen de su autoridad. ¿Es de él, de los hombres o de Dios? Le solicitan sus credenciales, como lo harían a cualquier otro profeta rabino. Su preocupación es jurídica y religiosa. Aunque al final del pasaje que consideramos en esta ocasión su mala fe queda al descubierto.

El cumplimiento de la misión de la iglesia en el mundo contemporáneo no puede soslayar el problema de la autoridad espiritual. Entendido tanto en el sentido de eficacia como de sabiduría e integridad. Es decir hay tres elementos que considerar cuando hablamos de la autoridad de la iglesia hoy: primero, la eficacia de su tarea, segundo: su integridad moral para cumplirla y tercero: su conocimiento de la Escritura y del mundo en que ha sido colocada para cumplir su quehacer. No obstante antes de considerar estas tres cuestiones debemos detenernos en algunos elementos previos al problema de la autoridad la fuente de la autoridad espiritual, el sentido de su ejercicio y la responsabilidad que con lleva.

El problema de la autoridad

Permítanme referirles la historia de dos amigos, uno creyente y otro incrédulo. El primero de ellos testificaba de Cristo, explicando con claridad lo que hemos llamado el plan de salvación e invitado a su compañero a aceptar a Cristo para volver a nacer y tener una vida nueva. Después de haberle escuchado con atención, el amigo incrédulo le respondió. Entiendo lo que dices pero no te puedo oír, porque tus hechos hablan más que tus palabras. Esta historia resume el problema de la autoridad. Lo que hacemos refleja la fuente última de autoridad en nuestra vida. Por ello a los sacerdotes y ancianos les interesaba saber si lo que Jesús hacía, purificar el Templo y enseñar le había sido dado de los hombres, de él mismo o de Dios. Porque la tarea del reino sólo puede cumplirse cuando se ejerce bajo la autoridad y la encomienda de Dios. El cumplimiento de la misión de la iglesia descansa en la fuente última de su autoridad y la coherencia que demanda para su estilo de vida. Dios no espera perfección de los suyos en el cumplimiento de sus tareas, demanda integridad y compromiso, es decir, el despliegue de la vida, criatura que él ha hecho: para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos que sean uno para que el mundo crea.

La fuente de la autoridad espiritual

Dios delega autoridad en el Hijo para cumplir su misión. A su vez delega autoridad en los suyos para hacer discípulos, bautizar, enseñar. La fuente de la autoridad espiritual es Dios. Aunque la rectitud moral, la integridad intelectual y la eficacia de la tarea son criterios que refuerzan la autoridad, no son su origen. Dios le ha concedido autoridad a la iglesia para cumplir su tarea en el mundo, porque solo él es Señor. No es autoridad que se ejerza sobre los hombres, sino con los hombres en la tarea que Dios nos ha encomendado (Mateo 22.25) Por ello, la iglesia pierde su autoridad en tanto que credibilidad cuando cae en la idolatría del poder y ejerce su ministerio para enseñorearse de los hombres y buscar el poder terreno. Si los sacerdotes y ancianos esperaban credenciales religiosas de Jesús para poder enseñar o purificar el Templo, él les señala su incompetencia para poder juzgar, dado que así con la dureza de su corazón les estorbó para entender que Dios estaba actuando en el Bautista así les estorba para entenderlo a él. Es decir, como en muchos de los profetas, no recibieron su autoridad de ser humano alguno, sino directamente de Dios. En este mismo sentido los discípulos han recibido su autoridad de Jesús para cumplir su tarea en el mundo.

El sentido de la autoridad espiritual

No es el hombre mismo, sino el Reino de Dios. (Mensaje incompleto)

LA VOLUNTAD DE DIOS

Mateo 21: 28-32

²⁸» ¿Qué les parece? —Continuó Jesús—. Había un hombre que tenía dos hijos. Se dirigió al primero y le pidió: “Hijo, ve a trabajar hoy en el viñedo.” ²⁹“No quiero”, contestó, pero después se arrepintió y fue. ³⁰Luego el padre se dirigió al otro hijo y le pidió lo mismo. Éste contestó: “Sí, señor”; pero no fue. ³¹¿Cuál de los dos hizo lo que su padre quería?

—El primero —contestaron ellos.

Jesús les dijo: —Les aseguro que los recaudadores de impuestos y las prostitutas van delante de ustedes hacia el reino de Dios. ³²Porque Juan fue enviado a ustedes a señalarles el camino de la justicia, y no le creyeron, pero los recaudadores de impuestos y las prostitutas sí le creyeron. E incluso después de ver esto, ustedes no se arrepintieron para creerle. Mateo 21: 28-32

DIOS DEMANDA OBEDIENCIA de sus hijos. Espera que acatemos su voluntad con gozo, que asumamos con humildad sus designios para que vivamos cediendo el control de nuestro ser a su Santo Espíritu.

Como toda familia también en la familia de Dios hay hijos desobedientes. Los primeros actúan de acuerdo a la voluntad de su Padre, los segundos encubren con sus palabras su falsedad y terminan por vivir en sentido contrario a la voluntad del Padre. Dios como Padre, tiene un propósito para la vida de sus hijos y espera que la acatemos con gozo en nuestro corazón. Para que nuestras palabras hagan eco a las del salmista “Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios” (Salmo 143:10)

¿Cuál es la voluntad de Dios para nuestra vida? ¿A niveles personales, familiares y eclesiásticos? Veamos lo que la Palabra de Dios enseña.

La obediencia

La palabra oculta o revela. La respuesta del segundo hijo fueron palabras que encubrieron la realidad de su corazón. Afirmando de palabra, negaba en la práctica. Dios espera una obediencia activa en sus hijos. Le es más agradable que los sacrificios y holocaustos (1 Sam. 15:22) y que supere la vida antigua (1 Pedro 1:14) porque de esa manera se pasa a formar parte de la familia de Dios (Marcos 3:35) El hombre se excluye a si mismo del Reino y de la familia de Dios cuando encubre con sus palabras la desobediencia de su vida.

Primera lección, Dios demanda obediencia de sus hijos, esa es su voluntad.

Los que creemos en el Hijo

Los publicanos y las ramera eran los grupos humanos despreciados entre los judíos. Eran ejemplo del hombre pecador. A ellos recurre Jesús para ejemplificar la

naturaleza de su reino y lo que espera Dios de sus hijos. La voluntad de Dios es que creamos como lo hicieron los publicanos y las rameras. Como Abraham que por fe salió de su lugar sin saber a dónde iba (Hebreos 11:8) y su fe se mostro en sus obras al ofrecer a Isaac como holocausto al Señor (Santiago 2:22) La fe no es una realidad distinta a las obras. La Biblia no acepta la distinción entre interior y exterior. Creer y vivir son una misma realidad. Doctrina y práctica no pueden estar divorciadas. Porque de la abundancia del corazón habla la boca.

El ejemplo excelente de obediencia es Jesucristo mismo, el Hijo de Dios. Y porta el título de Hijo con la dignidad de quien supo delinear su carácter en la obediencia total. Dispuesto a beber de la copa del sacrificio por acatar la voluntad del Padre (Lucas 22:42) su vida se realizaba en acatar la voluntad del Padre y acabar lo que le había encomendado (Juan 4:34). Su obediencia se consumó en la muerte ignominiosa de la cruz (Filipenses 2:8). Es por la obediencia del Hijo que nuestra fe, nuestra propia obediencia es don de Dios para la salvación. No son nuestras propias obras las que nos dan entrada al Reino, sino la obra de la fe que vive de lo que Cristo Jesús hizo por nosotros. Es en su obediencia que nuestra obediencia tiene sentido (Romanos 5:19).

Segunda lección. Dios demanda que nuestra obediencia se muestra en la fe. La voluntad de Dios es que creamos en el Hijo.

Es que cambiemos nuestra actitud

“Mucho ruido y pocas nueces” dice el refrán popular. Así podríamos calificar la respuesta del segundo hijo a su Padre, dado que prometiendo ir no cumplió. Así califica Jesús la actitud de los sacerdotes y ancianos llenándose la boca de la ley, no procedían de igual manera, Dios espera un cambio de actitud de los hombres en relación con la su voluntad. Sufre la incredulidad y la dureza de un corazón como el de las autoridades religiosas que se opusieron al hijo y lo llevaron a la cruz. Llenándose la boca de Dios, eran esclavos del pecado (Romanos 6:16) su actitud era de una fe fingida (2 Timoteo 1:5) aunque por la misericordia de Dios, había otros que obedecían a la fe (Hechos 6:7). Desobedecer es pecado que diezma al pueblo de Dios, lo vuelve estéril (Deuteronomio 28:62) e incluso lo lleva a la muerte (Josué 5:6) Hay que renovarse en el entendimiento del Espíritu para que sepamos entender la voluntad de Dios y vivamos en consecuencia. El espera un cambio de actitud: no la dureza de la desobediencia ni la religiosidad superficial que no se vuelca en hechos concretos, sino la comprobación de su voluntad que es agradable al Espíritu y perfecta (Romanos 12:2)

Tercera lección. La voluntad de Dios es que transformemos nuestra actitud y que dejando a un lado las palabras que encubren y la dureza de nuestro corazón, creamos y nos arrepintamos de nuestra falsedad.

Que la entendamos

Los hijos de la parábola entendieron la voluntad y la orden de su Padre; sin embargo, hay quienes luchan por entender cuál es la voluntad de Dios para su vida. El Apóstol San Pablo nos exhorta a poner toda nuestra disposición para que sepamos a ciencia cierta que quiere Dios de nosotros (Efesios 5:17)

Hasta aquí hemos señalado que la voluntad de Dios es que obedezcamos, que creamos en el Hijo y que cambiemos nuestra actitud. Pero ¿Cuál es la voluntad de Dios para aquellos que ya hemos puesto nuestra vida en las manos del Señor y hemos confesado a Cristo Jesús como nuestro salvador?

Escribiendo a la iglesia en Tesalónica, el Apóstol San Pablo lo señala con claridad: pues la voluntad de Dios es vuestra santificación (1 Tesalonicenses 4:3) Si ya hemos creído, el Señor espera de nosotros una vida santa, consagrada a él. Y entendamos por santidad tanto la madurez en la fe como el ser apartados para el servicio del Señor. Lo santo es aquello que se destina al servicio del culto. La santidad de los cristianos es vivir como instrumentos de su gracia en este mundo.

En la misma carta Pablo señala otra faceta de la voluntad de Dios para la iglesia. Dad gracias en todo porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús (5:18) Agradecemos al Señor sus bendiciones y la prueba a que nos somete, todo lo que viene del Señor es para bendición de nuestra fe y formación de nuestro carácter. Gracias por la abundancia y por la escasez, por la salud y por la enfermedad. La voluntad de Dios es que nadie se pierda por ello entendemos cada segundo de nuestra vida en los designios del Señor (Juan 3:39).

Vivir de acuerdo a la voluntad de Dios es obediencia activa, tiene una promesa de Dios que ha de alentar a nuestro vivir. Amén.

Domingo 30 de agosto de 1987.

JESUS, FUNDAMENTO DEL REINO

Mateo 21: 33-46

³³»Escuchen otra parábola: Había un propietario que plantó un viñedo. Lo cercó, cavó un lagar y construyó una torre de vigilancia. Luego arrendó el viñedo a unos labradores y se fue de viaje. ³⁴Cuando se acercó el tiempo de la cosecha, mandó sus *siervos a los labradores para recibir de éstos lo que le correspondía. ³⁵Los labradores agarraron a esos siervos; golpearon a uno, mataron a otro y apedrearon a un tercero. ³⁶Después les mandó otros siervos, en mayor número que la primera vez, y también los maltrataron.

³⁷»Por último, les mandó a su propio hijo, pensando: “¡A mi hijo sí lo respetarán!” ³⁸Pero cuando los labradores vieron al hijo, se dijeron unos a otros: “Éste es el heredero. Matémoslo, para quedarnos con su herencia.” ³⁹Así que le echaron mano, lo arrojaron fuera del viñedo y lo mataron.

⁴⁰»Ahora bien, cuando vuelva el dueño, ¿qué hará con esos labradores?

⁴¹—Hará que esos malvados tengan un fin miserable —respondieron—, y arrendará el viñedo a otros labradores que le den lo que le corresponde cuando llegue el tiempo de la cosecha.

⁴²Les dijo Jesús: — ¿No han leído nunca en las Escrituras: »“La piedra que desecharon los constructores ha llegado a ser la piedra angular; esto es obra del Señor, y nos deja maravillados”?

⁴³»Por eso les digo que el reino de Dios se les quitará a ustedes y se le entregará a un pueblo que produzca los frutos del reino. ⁴⁴El que caiga sobre esta piedra quedará despedazado, y si ella cae sobre alguien, lo hará polvo.

⁴⁵Cuando los jefes de los sacerdotes y los fariseos oyeron las parábolas de Jesús, se dieron cuenta de que hablaba de ellos. ⁴⁶Buscaban la manera de arrestarlo, pero temían a la gente porque ésta lo consideraba un profeta. Mateo 21: 33-46

EL ENDURECIMIENTO ESPIRITUAL conduce a la vanidad y a la idolatría. Los judíos se ensordecieron y cayeron en lazo del diablo. Se desubicaron al entender el Reino como su propiedad, negándose a rendir cuentas y a entregar el fruto de su trabajo. Jesús advierte que el Reino será entregado a otros que den el fruto esperado, siendo él la piedra principal sobre la cual es edificado.

Jesús anuncia el reino. Sus milagros, su poder espiritual, sus enseñanzas y su propia vida, su muerte y resurrección, deben ser interpretados a la luz del Reino y, a la vez, el Reino a la luz de la vida y las enseñanzas de Jesucristo. En Jesús y el Reino encontramos la voluntad de Dios para el hombre y su propósito para su pueblo en las diferentes etapas de la historia.

Divorciar a Jesús del Reino o al Reino de Jesús es dividir una misma realidad. El uno sin el otro no puede ser entendido.

Veamos las consecuencias espirituales del endurecimiento del corazón y lo que Jesús afirma de su papel en el reino a la luz de nuestro tiempo y realidad.

El endurecimiento espiritual

El pueblo de Dios no está exento del peligro del endurecimiento espiritual. Israel cayó en repentinas ocasiones. El itinerario de su pecado es claro, consideramos el caso de su cautiverio en Halahm Asiria, durante el reinado de Oseas, hijo de Ela, del que da cuenta (2 Reyes 17:1ss). Israel pecó en contra de Jehová su Dios. Así lo describe la Escritura: “temieron a dioses ajenos, anduvieron en los estatutos de las otras naciones; en secreto, hicieron cosas torcidas, levantaron imágenes de otros dioses y, a pesar del reiterado anuncio de los profetas para que volvieran de sus malos caminos, desobedecieron y endurecieron su corazón, no creyendo en Jehová su Dios, se hicieron vanos, se entregaron a hacer lo malo y en esos caminos maleducaron a sus propios hijos, hasta que el Señor les destruyó y entregó como esclavos en la tierra de Asiria.”

La idolatría y la desobediencia se levantan como los grandes pecados del pueblo de Israel. Pecados que les llevaron a encallecer su corazón y a endurecerse de tal manera que pasaron por alto las exhortaciones de los profetas. La parábola que Jesús pone a consideración de los ancianos y sacerdotes, también habla de labradores malvados que al endurecer su corazón atentaron en contra de la vida de los profetas y, sintiéndose propietarios del Reino, no rindieron el fruto esperado y calaron con la vida del mismo hijo de su Señor. El endurecimiento espiritual es una enfermedad que conduce a la desobediencia, a la esterilidad y al asesinato. Y todos sabemos que hay muchas formas de matar.

La palabra de advertencia es clara ¿O acaso la iglesia de Jesucristo está exenta de caer en el endurecimiento de su corazón? La desobediencia, el cerrar los oídos a la Palabra de Dios, el comportarse de acuerdo a los ídolos de este tiempo, son testimonio de un corazón de piedra que se levanta en contra del Ungido de Dios. Hay una advertencia que no debemos soslayar, sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida. Es consejo sabio que registran los proverbios. A Israel le fue quitado el Reino, es lección que pervive para nosotros porque hay un juicio sobre los hijos de Dios y es el que habrá de examinar la mayordomía de la vida: si hemos sabido guardar el fruto espiritual en nuestro corazón, pensamiento, decisiones y acciones, nuestras relaciones fraternales, palabras y actitudes. Es juicio en el que se evalúa lo que hemos sembrado de acuerdo a los designios del Señor para nuestra vida.

Jesucristo la piedra principal

Los judíos cayeron desmenuzados en la roca de la salvación. Rechazaron a Jesús y en su actitud escribieron su propio juicio. Porque por voluntad soberana del Padre, nuestro Señor ha venido a ser piedra principal del Reino, criterio que define su naturaleza, su principio y su fin. El que caiga sobre ella será quebrantado y si en alguien

cae será desmenuzado. Nos habla del poder de la piedra y la suerte de los que se le resisten a él.

Al decir que Jesucristo es la piedra principal, la Biblia afirma que es él la clave de entrada al Reino y el criterio de su naturaleza. En este sentido Jesús espera fruto de los labradores que están al cuidado de la viña. Labradores que no se olvidan que son solo asalariados; no los propietarios y que los frutos que el Señor espera son la fidelidad total al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, al rey de los jueces y de los profetas, al Dios de Jesucristo, y espera fidelidad que se vierta en obediencia a sus designios, renunciando a vivir de acuerdo a las normas del presente siglo malo, que ha entronizado al hombre y sus deseos como ídolo al pie del cual se ofrecen toda clase de sacrificios.

Nadie puede ser parte del reino de Dios si no ha confesado a Jesucristo como Señor y Salvador de su vida. Si no ha depositado en él toda su lealtad y asumido su compromiso de seguirle.

El fruto del Reino

El Señor de la viña espera que sus labradores den fruto de lo que ha dejado bajo su cuidado. Fruto de un corazón sensible al soplo del Espíritu y a la Palabra de Dios. Es fruto que nace de un corazón que es habitación del Espíritu de Dios y que en esa dimensión se mueve. Porque el fruto del Espíritu es amor y es mansedumbre. Jesús espera de sus siervos vidas consecuentes con su ejemplo.

El deseo de poder, el orgullo y la soberbia son asechanzas satánicas que sacaban la vida de los hijos de Dios. Caer en estos horrendos pecados es abrir la puerta al endurecimiento espiritual, de trágicas consecuencias, ayer, hoy y en el día del juicio final. Perder la conciencia de Dios y de siervos es pecado que lastima la integridad de los discípulos y a la iglesia. Por ello hay que mantenerse alertas de lo que hay en el corazón y de las actitudes con las que vivimos nuestra fe. El Reino de Dios tiene como piedra principal a Jesucristo y es en él que hemos de andar cada día, siguiendo su ejemplo y permitiendo que él lo controle todo. Solo así es que podremos fructificar en hechos de amor y de misericordia. Porque aún queda la otra opción: después de haber oído las palabras de Jesús, los judíos buscaron ocasión de echarle mano. A tal grado se había petrificado su corazón. Hay muchas formas de callar la voz del Señor en nuestro corazón. Cobremos conciencia de ello y asumamos sus palabras con gozo y disposición total a la obediencia. Amén.

Domingo 13 de Septiembre de 1987

¿PREPARADOS PARA EL REINO?

Mateo 22:1-14

22 Jesús volvió a hablarles en parábolas, y les dijo: ²«El reino de los cielos es como un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo. ³Mandó a sus *siervos que llamaran a los invitados, pero éstos se negaron a asistir al banquete. ⁴Luego mandó a otros siervos y les ordenó: “Digan a los invitados que ya he preparado mi comida: Ya han matado mis bueyes y mis reses cebadas, y todo está listo. Vengan al banquete de bodas.” ⁵Pero ellos no hicieron caso y se fueron: uno a su campo, otro a su negocio. ⁶Los demás agarraron a los siervos, los maltrataron y los mataron. ⁷El rey se enfureció. Mandó su ejército a destruir a los asesinos y a incendiar su ciudad. ⁸Luego dijo a sus siervos: “El banquete de bodas está preparado, pero los que invité no merecían venir. ⁹Vayan al cruce de los caminos e inviten al banquete a todos los que encuentren.” ¹⁰Así que los siervos salieron a los caminos y reunieron a todos los que pudieron encontrar, buenos y malos, y se llenó de invitados el salón de bodas.

¹¹»Cuando el rey entró a ver a los invitados, notó que allí había un hombre que no estaba vestido con el traje de boda. ¹²“Amigo, ¿cómo entraste aquí sin el traje de boda?”, le dijo. El hombre se quedó callado. ¹³Entonces el rey dijo a los sirvientes: “Átenlo de pies y manos, y échenlo afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes.” ¹⁴Porque muchos son los invitados, pero pocos los escogidos.» Mateo 22: 1-14 NVI.

“Yo le dije: Señor, tú lo sabes, y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la Sangre del Cordero”. Apocalipsis 7:14

DIOS ES AMOR. Las acciones que despliega en el mundo son manifestaciones de su ser. Dios es perfecto. Su perfección es actuar en armonía con su ser. La Biblia enseña que Dios es amor y bajo ese criterio entendemos su acción en el mundo. Con palabras de amor llama al hombre a vivir en comunión con él, y a gozar de sus promesas, a ser partícipe de su reino y acceder a la excelencia de sus bendiciones. La rebeldía del hombre, su pecado se manifiesta en el desdén con el que reacciona ante su palabra, la indiferencia a su invitación y la impenitencia de su actitud. Dios es amor y por ello actúa con justicia: dando herencia de vida a los que responden y enjuiciando con ejecuciones fulminantes a los indignos. El amor de Dios renueva la naturaleza humana, transforma y dignifica la vida en sentido mesiánico, cubre con vestidos resplandecientes la desnudez; lavando al hombre en la sangre del Cordero.

¿Indiferencia, violencia o impenitencia?

El texto de Mateo 22:1 al 14 muestra tres narraciones humanas ante el llamado amoroso de Dios: la indiferencia, la violencia y la impotencia.

La indiferencia es la actitud de aquellos que disimulan la invitación de amor ocupándose en los asuntos de su vida cotidiana. El pasaje habla de los negocios y la labranza. Es imagen del hombre que ha puesto su corazón en las cosas que perecen, desoyendo la invitación de Dios a hacer tesoros en el cielo, donde no actúa la fuerza destructiva de la corrupción. ¿No es acaso la actitud de indiferencia la que abrigan muchos corazones fincados, enamorados, obsesionados con los objetos que producen placer epidérmico, satisfacciones visuales, auditivas, olfatorias?

La violencia es la reacción de los fanáticos. De los que han perdido la conciencia de sí mismos, de la realidad y de Dios, abstraídos en los ídolos que bien pueden ser dioses de barro, de ideas, de metal o de tela. Observemos la violencia asesina con que reaccionaron aquellos que siendo convidados por amor, mataron a los siervos del Señor del reino. Es la violencia del que se siente descubierto en su pecado, señalado en su error, exigido al compromiso.

Las autoridades judías se mostraron violentas, especialmente las religiosas y civiles matando a los profetas, llevando a la cruz a Jesús, persiguiendo a la iglesia. El pueblo por su parte se mostraba indiferente, ocupado en las mercancías y los negocios. La multitud de curiosos que le acompañaban no discernía su llamado a la conversión, a la renuncia, a la abnegación. Pensaban que con agregarse a la “bola” participarían de la excelencia de su gracia. Lo cierto es que ayer y hoy el hombre sigue reaccionando a la llamada amorosa de Dios con indiferencia, con violencia y con impenitencia. ¿Cual es nuestra reacción? ¿Los negocios de la vida determinan nuestra indiferencia? ¿El pecado origina reacciones de violencia, o el temor nos orilla a la impenitencia?

La fiesta ya está preparada

Dios ha dispuesto el Reino para sus convidados. En Jesucristo el Reino se ha hecho presente y los hombres han sido convidados a participar de sus bendiciones. Por ello, desde el principio de los tiempos, Dios ha llamado al hombre y le sigue llamando hoy. Ayer lo hizo a través de hambrunas, sequías, fuego, nubes, plagas, milagros, testimonios, profecías; lo hizo en el testimonio del Hijo, quién afirmó: “el que me ha visto a mi, ha visto al Padre” y enseguida por el testimonio de los santos, quienes martirizados, lastimados, ofendidos, perseguidos, le rogaban al mundo “reconciliaos con Dios”; y hoy lo sigue haciendo a través de su iglesia, la que ha recibido el ministerio de la reconciliación y la encomienda de anunciarle a todo hombre (indiferente, violento o impenitente) que Dios ya lo tiene preparado, y que ya es la hora del Reino por los suyos. Dios invita una y otra vez al hombre a participar de su Reino, porque le ama y quiere vivir en comunión con él. Porque su perfección le hace amar con derramamiento de sí mismo.

Dios llama a través de la Palabra y el silencio de sus siervos, las bendiciones y los sufrimientos de los santos, la riqueza y la pobreza de la iglesia; en cada actitud, en cada mano que se estrecha, en cada palabra de aliento, en cada represión de amor, en cada esfuerzo misionero, en cada acción evangelizadora, en cada clase que se imparte, en cada discipulado que se sigue, en cada mirada pastoral, Dios llama al hombre y le invita a participar del universo excelente de su Reino. Porque el hombre no ha sido creado para la muerte, ni su fin es el holocausto. Dios lo creó para que sea partícipe de su gloria y de las excelencias de su Reino. Un dominio divino en el que imperan la justicia, el amor, la paz, el compañerismo, el gozo y la alabanza. Es palabra para el indiferente que se desvive por los intereses de este mundo y acaba sumido en la especulación frustrante, es palabra para el fanático que celoso de su fe, termina agobiado por el odio; y es palabra para el impenitente que temeroso del futuro y la novedad de vida, prefiere seguir “seguro” en su infinito.

El Reino se ha hecho presente

Dios espera del hombre la aceptación gozosa, comprometida y honesta de su invitación a participar del banquete mesiánico en la perspectiva del Reino. ¿Oiremos hoy su voz o endureceremos nuestros corazones como los judíos lo hicieron en Meribá? (Salmo 95:8). La interrogante cristiana del primer siglo halla respuesta en las palabras de Mateo. Los que participarán del Reino son aquellos que han oído la invitación del Señor y han accedido a la fiesta de bodas. Sin distingos: los pobres están, los ciegos, también los minusválidos, impedidos y proscritos de igual manera. Las multitudes han sido invitadas a participar del Reino y en los proscritos de la religión oficial, Jesús ha constituido, por pura gracia, su nuevo pueblo, el nuevo Israel, heredero del Reino de Dios.

La actitud judía fue el endurecimiento, la del pueblo la indiferencia, la de los seguidores, la impenitencia. Dios espera del hombre una actitud de aceptación a su invitación, no un seguimiento ambiguo y temeroso, sino un discipulado comprometido. El que le rechaza, a si mismo se hace indigno, abona para su destrucción, porque la paga del pecado es muerte. No así los que han sido lavados por la sangre del Cordero, cuya vida se vierte en acciones de los santos, testimonio de la nueva vida, la justicia y la fidelidad del Reino.

¿Podríamos olvidarlo en esta enorme ciudad llena de asechanzas y pecados? La aspiración de la iglesia es presentarse delante de Dios digna y sin mancha. Ocupémonos de nuestra salvación, preparándonos para el Reino que ya está aquí y que vendrá. Amén.

Domingo 13 de septiembre de 1987.

EL CRISTIANO Y EL ESTADO

MATEO 22:15-22

15 Entonces salieron los fariseos y tramaron cómo tenderle a Jesús una trampa con sus mismas palabras. 16 Enviaron algunos de sus discípulos junto con los herodianos, los cuales le dijeron: —Maestro, sabemos que eres un hombre íntegro y que enseñas el camino de Dios de acuerdo con la verdad. No te dejas influir por nadie porque no te fijas en las apariencias. 17 Danos tu opinión: ¿Está permitido pagar impuestos al César o no?

18 Conociendo sus malas intenciones, Jesús replicó: —¡Hipócritas! ¿Por qué me tienden trampas? 19 Muéstrenme la moneda para el impuesto. Y se la enseñaron. 20 —¿De quién son esta imagen y esta inscripción? —les preguntó.

21 —Del César —respondieron.

—Entonces denle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

22 Al oír esto, se quedaron asombrados. Así que lo dejaron y se fueron.

LA FE CRISTIANA NO NOS EXIME de responsabilidad ante el Estado ni de compromiso social. La formación cristiana heredada en la América Latina mantuvo un divorcio radical entre la fe y la sociedad, entre el ser cristiano y la política. Abstenerse de cualquier participación activa en los asuntos ciudadanos llegó a equiparse con una buena ética cristiana. ¿Es una consecuencia de nuestra declaración de fe, en la que afirmamos que la Iglesia y el estado deben de estar separados? En este asunto tan espinoso como lo fue en los tiempos de Jesús, cuando los judíos debatían acaloradamente si debían pagarse tributo al César o no, debemos guardar, sin embargo, algunas diferencias. El gobierno romano era un Imperio que sujetaba a la mayoría del mundo conocido y que en su descomposición avanzaba hacia la deificación del Cesar. Las líneas de distinción entre religión y política se diluían con gran facilidad hasta llegar a complementarse. No es nuestra situación, dado que han transcurrido veinte siglos de historia y la situación presente nos define como naciones independientes políticamente, aunque sujetas a ciertas dependencias de otro tipo, regidas en lo interno por principios democráticos en proceso de afinación.

A todo esto el interrogante que ha de movernos a reflexión y meditación espiritual es cuál es el papel del cristiano en su sociedad especialmente en relación con el Estado y la política.

La indiferencia

Los discípulos de los fariseos y los herodianos (secta que apoyaba a Herodes) se acercan a Jesús con palabras de reconocimiento y admiración que ocultan intenciones perversas. No debemos pasar por alto la naturaleza de sus intenciones. No es que realmente les interese la respuesta de Jesús sobre el asunto de los tributos, sino que pretenden hacerle quedar mal ya sea con la multitud, si acepta el tributo; o con las

autoridades, apareciendo como un Mesías nacionalista opuesto al poder romano. Aunque no debemos perder de vista que es una pregunta mal intencionada, reflejo una de las más agrias polémicas en Israel. Situación que ya había desatado una persecución romana.

La problemática judía, más que un asunto político, era en el fondo una tensión religiosa, dado que el César había ordenado que se imprimiera su imagen en el denario, deslizándose hacia su deificación. Los judíos no reconocían a otro Dios que a Jehová y nunca aceptaron la circulación de moneda en Israel. No obstante había algunos que estaban dispuestos a pagar tributo al César. Lo cual era totalmente legal en todo el Imperio.

Jesús observa, sin embargo, que detrás de la pregunta se esconde el interés mezquino de los fariseos por exhibirlo públicamente y comprometerlo, y más aún, su renuencia a oír el llamado al arrepentimiento y transformar sus lealtades, depositándolas en Jesús, el Hijo de Dios.

Dos lecciones pueden desprenderse hasta aquí: Primero ser cristiano no es una excusa para eximirnos de nuestra responsabilidad como ciudadanos y en segundo lugar, las preocupaciones temporales, por dignas que sean, no deben soslayar nuestra lealtad total al Señor. Ambas tensiones están presentes en nuestra realidad. Hasta quienes por temor a ensuciarse se mantienen al margen de sus responsabilidades ciudadanas y su posibilidad de servir a la nación y hay otros que respondiendo a una vocación política se comprometen en acciones partidarias o de administración pública y renuncian a su fe diluyéndose en el estilo de vida contrario al del Evangelio de Jesucristo.

Lealtad y responsabilidad

No debemos de olvidarlo, el cristiano está comprometido a ser leal a su Señor por sobre todas las cosas, no reconociendo a otro dios, ya sea religioso, ideológico, político o social, pero también está comprometido a vivir con responsabilidad su presencia en el mundo. Porque si bien es cierto que nuestra ciudadanía está en los cielos, también reconocemos que toda autoridad está dada por Dios y que su propósito es administrar la justicia y el bien de la nación. Las implicaciones personales son claras: en tanto que lealtad a Dios es definida la cuota de negación personal, arrepentimiento y fe que se demanda, ubicándose en relación con Dios como mi Señor y en tanto que responsabilidad ciudadana, reconociendo la autoridad del Estado y de la responsabilidad personal de ser un buen ciudadano. La participación activa en la administración de la ciudad y de la nación no debe ser estorbada por una fe que poniendo sus ojos en el cielo, se olvida de que la tierra es su campo de misión y objeto de responsabilidad ante el Creador. La evasión de los impuestos, las diferentes formas de corrupción abierta o solapada, la indiferencia y la crítica pertinaz solo desgastan la vida social y la conciencia cristiana.

El amor transformador

Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó que debemos amar a Dios por sobre todas las cosas y nuestro prójimo como a nosotros mismos. El amor es poder transformador: amar a Dios cambia radicalmente nuestra existencia y amar a nuestro prójimo da un vuelco total a nuestras relaciones. Darle a Dios lo que es de Dios y al cesar lo que le corresponde es asumir nuestro compromiso espiritual y ciudadano bajo el poder transformador del amor. Porque si el Señor nos demanda lealtad total, se la ofrecemos llenos de amor y si Jesús ha puesto como criterio de este amor el que vivamos con el prójimo, lo entendemos así cuando podemos contribuir al mejoramiento de nuestra sociedad y al sostén del Estado. Porque en última instancia no se trata de dar apoyo a una u otra forma de gobierno aunque los bautistas tenemos como principio rector a la democracia, sino de reconocer que la autoridad civil y política es necesaria para el buen funcionamiento de la nación, dado que en él descansa la administración de justicia y el equilibrio de las fuentes sociales.

El amor es la fuerza espiritual que cambia la realidad. Y hablamos del amor de Dios que es entrega, renuncia, sacrificio, no excusa para apropiarse del otro o explotarlo. Es fuerza divina que puede transformar nuestra lealtad y dar respuesta a la pregunta de Jesús: ¿me amas? Y es la fuerza que puede transformar nuestra presencia como ciudadanos, sirviendo a los hombres en amor y por amor.

Así que, la fe cristiana no nos exime de nuestra responsabilidad ante el estado, pero tampoco debe diluirse en intereses mezquinos. Hay que amar. Amén.

Septiembre 6 de 1987

LA RESURRECCION ES VIDA

Mateo 22:23-33

²³ Ese mismo día los saduceos, que decían que no hay resurrección, se le acercaron y le plantearon un problema:

²⁴ —Maestro, Moisés nos enseñó que si un hombre muere sin tener hijos, el hermano de ese hombre tiene que casarse con la viuda para que su hermano tenga descendencia.

²⁵ Pues bien, había entre nosotros siete hermanos. El primero se casó y murió y, como no tuvo hijos, dejó la esposa a su hermano. ²⁶ Lo mismo les pasó al segundo y al tercer hermano, y así hasta llegar al séptimo. ²⁷ Por último, murió la mujer. ²⁸ Ahora bien, en la resurrección, ¿de cuál de los siete será esposa esta mujer, ya que todos estuvieron casados con ella?

²⁹ Jesús les contestó: —Ustedes andan equivocados porque desconocen las Escrituras y el poder de Dios. ³⁰ En la resurrección, las personas no se casarán ni serán dadas en casamiento, sino que serán como los ángeles que están en el cielo. ³¹ Pero en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no han leído lo que Dios les dijo a ustedes: ³²“Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”?— Él no es Dios de muertos, sino de vivos.

³³ Al oír esto, la gente quedó admirada de su enseñanza. Mateo 22: 23-33 NVI

DIOS CREÓ, SUSTENTA Y CONSUMARÁ LA VIDA. Es el Dios de la vida. Los ídolos engendran muerte, tocaban la vida biológica y social, que decir de la espiritual. Hay quienes viven con un horizonte de muerte. Lo finito de su visión les lleva a idolatrar el dinero, el honor y el poder. Si todo termina en esta vida-dice el materialista práctico-comamos y bebamos que mañana moriremos. Son palabras que expresan un estilo de vivir y de organización social.

La problemática saducea

Para toda nación es importante contar con una población alfabetizada. Reconocemos que el analfabetismo es causa de retraso económico y social. Pero, que podríamos decir de aquellos que sabiendo leer no lo hacen? Técnicamente se les clasifica como analfabetas funcionales. También los hay en el campo de la Biblia, que contando con una no solo no la leen, sino que leyéndola no la comprenden. Su horizonte de muerte les ciega la visión, la carnalidad en la que se anclan no les permite discernir lo que es del Espíritu. Jesús calificó como ignorantes a los saduceos, quienes sustentando su fe únicamente en el Pentateuco, afirmaban que en él no se enseñaba la doctrina de la resurrección de los muertos. Su incredulidad les lleva a ridiculizarla, llevándola al absurdo en el caso de la mujer que fue esposa de siete hermanos.

Jesús identifica en dos áreas la ignorancia saducea: desconocen la Escritura y el poder de Dios. No han pedido reconocer al Dios vivo, comprometido totalmente con la vida.

Toda doctrina desemboca en una práctica. La de los saduceos no fue la excepción. Al desconocer la resurrección solo se ocupaban de los bienes de este mundo, llegando a ser famosos por sus riquezas y puestos de autoridad: eran la mayoría en el sanedrín y en el sacerdocio (Mateo 21:23). La finitud de su horizonte les llevaba a vivir por el dinero, el honor y el poder.

La doctrina de la resurrección ha sido blanco de burla y escarnio de los hombres. Así lo sufrió el Apóstol San Pablo en el Areópago (Hechos 17:32).

Jesús confirma la doctrina de la resurrección.

La reconoce implícita en el texto de Éxodo 3:6, en el que se afirma al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, como aquel que les hace partícipes de su vida.

Los fariseos, por su parte, tenían la esperanza de que al final de la historia habría una vida feliz como recompensa para los justos. La reducían a su dimensión escatológica. Jesús afirmó en diversas ocasiones la doctrina de la resurrección. Así lo registró Juan el evangelista (5:29) y la iglesia primitiva convirtió la propia resurrección de Cristo en verdad central de su proclamación (Hechos 4:2). Tema de instrucción en la pluma del Apóstol San Pablo (1 Tesalonicenses 1:19)

La doctrina de la resurrección de los muertos, confirmada por nuestro Señor Jesucristo, tiene como fundamento la fe en un Dios de vivos. La muerte espiritual y la muerte física son enemigos de Dios que tratan de imponer su realidad en medio del mundo. Los cristianos creemos en el Dios vivo y verdadero que llama a los hombres a una genuina conversión de los ídolos falsos que el hombre inventa y convierte en tiranos.

La vida sobre la muerte

Jesús confirma la doctrina de la resurrección. Su trascendencia es clara para la vida del hombre y del pueblo de Dios. No es solamente una enseñanza de la Escritura, sino una vivencia en la que caminamos y hemos recibido por la fe en Jesús. Lo que quiere decir que la resurrección se da desde que creemos y que culminará en el día final. La calidad de esta vida se despliega desde Dios. Así lo afirma la escritura: “Tu eres el Mesías, el Hijo de Dios Viviente” (Mateo 16:16) Dios no es un ídolo sin vida en el que el hombre pueda proyectar sus sueños, temores, deseos e inquietudes. Los ídolos son portadores de las ilusiones y miserias humanas. Dios es el Dios vivo que se revela así mismo y llama al hombre a la conversión, al abandono de aquello que es humanamente apetecido: poder, prestigio, honor, riqueza. Estos son los valores de un horizonte finito, en el que se ha eliminado a Dios y del que solo atinamos a ser súbditos humildes. Jesús revela a Dios como Dios vivo y a la resurrección como la victoria de la vida sobre la muerte. Ni la muerte física ni la muerte espiritual tienen la última palabra. Quien pertenece a Dios no está sometido a la muerte. Un elemento debemos subrayar: La resurrección cristiana no es un evento final en la historia, también es una realidad por la

fe en Jesucristo en Hijo, pues el mismo es la resurrección y la vida. Creer en él abre la puerta para participar del dominio de la vida. (Hechos 14:15 y Juan 11.25).

El significado de la resurrección

Señalamos tres consecuencias de la resurrección para el cristiano.

En su carta a los Romanos el Apóstol San Pablo establece una comparación entre la vida de Cristo y la de sus discípulos. La semejanza se da en su muerte y también en su resurrección. Es decir, participar de su muerte es morir al viejo hombre, a fin de no servir más al pecado; y participar en la semejanza de su resurrección se da en la nueva vida que tiene a Dios como su razón de ser. Vivos para Dios como instrumentos de Justicia. (6:1-14).

El mismo Apóstol, al escribir a sus amados en Filipos, afirma que todo lo ha perdido y lo ha dejado a fin de ganar a Cristo y participar del poder de su resurrección. Es decir, por vivir en sí mismo la fuerza del Dios vivo que levantó a Jesús de entre los muertos. Fuerza que viene de Dios y se manifiesta en el creyente por el Espíritu mismo.

Finalmente el Apóstol San Pedro aporta un tercer elemento en relación con la resurrección. Alabando a Dios el Padre el Apóstol Pedro afirma que mediante la resurrección de Jesucristo Dios nos hizo renacer para una esperanza viva que tenemos como herencia reservada en los cielos. Herencia sin contaminación, sin corrupción y sin peligro de destrucción (1 Pedro 1:13). No es menor el desafío, a como tampoco lo es la promesa. Amén.

Domingo 20 de septiembre 1987

EL AMOR

Mateo 22: 34-40

³⁴ Los fariseos se reunieron al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos. ³⁵ Uno de ellos, *experto en la ley, le tendió una trampa con esta pregunta: ³⁶ —Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?

³⁷ —“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente”—le respondió Jesús—. ³⁸ Éste es el primero y el más importante de los mandamientos. ³⁹ El segundo se parece a éste: “Ama a tu prójimo como a ti mismo.” ⁴⁰ De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas. Mateo 22: 34-40 NVI

LA ESENCIA DE LA FE CRISTIANA ES EL AMOR. Así lo afirmó Jesús en el diálogo que sostuvo con el escriba fariseo. El mundo está lleno de fuerzas amenazantes que pretenden destruir el amor. Estos demonios se anidan en el corazón de los hombres y en la sociedad. La amenaza más peligrosa es la que divide al amor en pequeñas partículas, perdiendo de vista su totalidad. Identificar los demonios que se han entronizado en el corazón de los hombres es tarea insoslayable, ¡y qué decir de la asimilación de las palabras de Jesús: el amor ha de mover la totalidad de la persona!

La pregunta farisea

Los judíos no desconocían los mandamientos de amar a Dios y amar al prójimo. La legislación estaba formada por 613 mandamientos, todos igualmente importantes. A través de esta legalidad los judíos normaban su comportamiento moral y religioso. Sin embargo, en la atmósfera rabínica se discutía cual de estos 613 mandamientos era el más importante. Algunos rabinos negaban que hubiese uno o varios mandamientos sobresalientes, afirmando que si alguien quebrantaba un solo mandamiento, quebrantaba toda la ley. Otros rabinos aceptaban la superioridad de uno o varios mandamientos sobre los demás. Este segundo grupo valoraba especialmente la ley referente al sábado.

La ética judía, es decir, las leyes que normaban su vida moral estaban conformadas por una serie de mandatos que les asfixiaba en un legalismo exacerbado. En este ambiente polémico Jesús es abordado y se le demanda una elucidación o interpretación de la ética judía en su esencia.

A simple vista la cuestión planteada a Jesús por el escriba parece muy ajena a la situación de la moral contemporánea. La realidad de la etapa final del siglo XX y de las grandes urbes, como la Ciudad de México, coinciden en la urgencia de definir cuál es el elemento esencial de la moral cristiana. Hay quienes piensan que la ética cristiana está retirada en el mundo contemporáneo. Que sus respuestas a las preguntas sobre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto ya no son satisfactorias. Sin embargo, esta es una apreciación real si lo que tenemos frente a nosotros no es más que una serie de preceptos, leyes y prohibiciones. La voz de nuestro Señor Jesucristo, su respuesta a la interrogante

nos lleva a considerar que la esencia misma de nuestro estilo de vivir es el amor como una totalidad en la vida humana. Y que si bien es cierto que las relaciones humanas, la forma de vida, la cultura y la sociedad han cambiado, la necesidad de amar y ser amado y de vivir en hechos concretos de amor sigue siendo urgentemente contemporánea porque es esencialmente humana.

El sentido de la vida

¿Vivimos en una sociedad deshumanizada? Una característica humana es tener conciencia de finalidad. Los animales trabajan, es decir transforman su realidad, su medio de vida, pero no saben para qué. Sólo aseguran su subsistencia. El ser humano es propio y profundamente humano, cuando las tareas que desarrolla adquieren sentido, tienen una finalidad. La deshumanización de la sociedad es la pérdida del sentido del trabajo humano o el abaratamiento de sus finalidades. A diferencia de las éticas contemporáneas centradas en la satisfacción egoísta de los apetitos individuales, la enseñanza de Jesús define que el sentido de la vida del cristiano es amar a Dios por sobre todas las cosas, y al prójimo, como a sí mismo. Ciertamente es un estilo de vida constante en el aniquilamiento urbano de la vida comunitaria. La gran ciudad aísla, individualiza, abstrae al hombre de su prójimo y de Dios, los demonios que se han entronizado en el corazón del hombre y la sociedad, lastiman la dimensión del cuerpo, el sentido relacional de la vida humana. Así tanto los legalismos de ayer y de hoy, como los fanatismos ideológicos, el materialismo práctico no son más que diversas manifestaciones de los dioses-demonios de la riqueza, el poder y el placer. Hay que tomar conciencia que la lucha cristiana en el mundo contemporáneo se da, como ayer en la intimidad del corazón del hombre, pero también contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad.

Si los cantos de las sirenas seducen para postrarse ante el placer (fornicaciones, adulterios, lujurias) la riqueza (codicia, hurto, envidia) y el poder (machismo, autoritarismo, egocentrismo) el cristiano sabe que el sentido de su vida es amar a Dios por sobre todas las cosas y el prójimo como a sí mismo.

El amor es estilo de vida

Amar es una capacidad humana que refleja la imagen de Dios, es ciertamente un sentimiento, pero debe ser revelado en hechos concretos. El amor, es lo que da sentido a todos los mandamientos de la Escritura, Jesús ubica al hombre no frente a una serie de máximas que cumplir, sino a la persona de Dios, a Jesús y a sus discípulos les importan las personas. Los seres humanos, necesitan amar a Dios y amarse a sí mismos, dejarse amar por su prójimo. Solo así la vida adquiere sentido. El resquebrajamiento de las relaciones humanas, y de la personalidad así como de toda nuestra estructura social son gemidos que demandan la manifestación de los hijos de Dios.

Estamos comprometidos con el amor, con el amor de Dios que es entrega y sacrificio, con el amor de Dios que regenera, libera, dignifica, afirma. Y el amor cristiano no se presta a ambigüedades, se trata de renunciar a todo lo que estorbe a nuestra lealtad a Dios, se trata de amar al prójimo, al más cercano, al cónyuge, a los hijos, a los parientes políticos, a los que profesan otra religión, a los que tienen otro estilo de vida, a los que lo tienen todo y a los que no tienen nada, a los que visten ropajes delicados y a los que apenas alcanzan a cubrirse del frío.

Hay que amar en totalidad. Amén.

Domingo 4 de octubre de 1987.

JESUS, EL CRISTO

Mateo 22:41-46

⁴¹ Mientras estaban reunidos los fariseos, Jesús les preguntó: ⁴² — ¿Qué piensan ustedes acerca del *Cristo? ¿De quién es hijo?

—De David —le respondieron ellos.

⁴³ —Entonces, ¿cómo es que David, hablando por el Espíritu, lo llama “Señor”? Él afirma:

⁴⁴ »“Dijo el Señor a mi Señor:

‘Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga a tus enemigos
debajo de tus pies.’ ”

⁴⁵ Si David lo llama “Señor”, ¿cómo puede entonces ser su hijo?

⁴⁶ Nadie pudo responderle ni una sola palabra, y desde ese día ninguno se atrevía a hacerle más preguntas. Mateo 22: 41-46 NVI

¿QUIEN ES CRISTO HOY? Fue la interrogante con la que iniciamos hace tres años la predicación del Evangelio según San Mateo, los fariseos, saduceos, escribas y rabinos, fueron estorbados por la dureza de su corazón y por su concepción teológica sobre el mesías y no pudieron ver en Jesús al Cristo, el Hijo de Dios ¿Acaso nosotros estamos exentos de la dureza del corazón o las distorsiones de una educación cristiana superficial? Meditar a la luz de la Escritura sobre Jesús, el Cristo y hacerlo a la luz del presente es tarea insoslayable. El Señor nos llama a profundizar nuestra fe, nuestro compromiso cristiano. Por ello el estudio sistemático del Evangelio nos ha dado una visión amplia del ministerio de nuestro Señor y nos permite comprender sus momentos difíciles con fariseos y otras autoridades judías, hasta llegar al pasaje que registra su último diálogo en el que Jesús les interroga. Podemos comprender que el Mesías es mucho más que Hijo de David, es Hijo del Hombre, el Hijo de Dios, declaración ampliamente proclamada por la iglesia primitiva y tema de las cartas apostólicas.

El origen del Mesías

Jesús se mantiene en el ámbito de los debates teológicos que preocupaban a los fariseos en su tiempo. ¿Cuál es el origen del Mesías? La ley, los salmos y los profetas hablaban del Mesías como Hijo de David pero también como Hijo de Dios e Hijo del hombre. Había ciertas concepciones populares sobre el Mesías que formaban parte de la religiosidad del pueblo. En términos generales los judíos identificaban al Hijo de David con un Mesías guerrero y victorioso que restauraría la Monarquía de Israel y ocuparía el trono de David. Ciertamente Jesús como lo asienta Mateo en la genealogía es de la simiente de David, pero no ha venido a ocupar su trono en Israel, sino a cumplir su promesa dada a Abraham; es decir, ser bendición para todas las naciones de la tierra. No es un Mesías nacional para Israel, sino un Mesías universal, para todos los hombres. Por

ello, es que David le reconoce, inspirado por el Espíritu de Dios, como Señor. Es mayor que un heredero de su trono.

También el pueblo esperaba a un Mesías triunfante. Algunos veían en él la esperanza de la Independencia de Israel del Imperio Romano. Recordemos que ya en la cruz, uno de los malhechores le dijo, muéstrame que eres el Cristo, baja de la cruz sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros. Pero Jesús no bajó de la cruz y en ese acto voluntarioso reveló la naturaleza de su vocación y de sí mismo. (Lucas 23:39)

El hijo de Dios

Así le llaman sus discípulos (Juan 6:69). Reconocen en él la naturaleza del Dios viviente. Ven en él, como Lázaro, la presencia del Dios que se ha manifestado en medio del mundo. Jesús es el Hijo de Dios que se hace presente en medio de la realidad de los hombres, con una trascendencia tal que no se circunscribe a su pueblo Israel, sino a toda la creación. Esto quedará asentado una y otra vez y con mayor firmeza a medida que el Espíritu se revelaba en el corazón de los apóstoles (Juan 11:27)

No desconocen los discípulos, por cierto, la promesa dada a David. Así lo afirman (hechos 2:30)

Los discípulos entendieron, a la luz de la resurrección de Cristo, la necesidad de su padecimiento, sufrimiento y muerte en la cruz. La mesianidad de Jesús no se entendió como victoria militar y triunfo sobre los romanos, restablecimiento del trono, sino como un sufrimiento redentor, expiatorio, sacrificial (cf Hechos 3:18; 20:23; 1 Pedro 2:21). Parte central de este sufrimiento fue su muerte en la cruz, castigo cruento, considerado como indigno por los judíos. El crucificado era maldito y se le consideraba un desheredado del pueblo de Dios. (Romanos 5:8; 8:34). A la pregunta ¿Quién es el Cristo? Los cristianos respondieron “el Hijo de Dios”, ciertamente de la simiente de David, pero mayor que él, cuya misión estuvo marcada por el dolor, el padecimiento y la muerte más ignominiosa. Una muerte que tiene sentido en nosotros. Porque por nosotros murió en el Calvario. Y decimos que fue por nosotros porque la Biblia lo afirma claramente (Gálatas 3:13) su muerte quitó la condenación de la ley, dado que El es el fin de la ley (Romanos 10:4) Y en esa muerte nos concedió el perdón de nuestros pecados.

Hasta aquí hemos señalado que Jesús como el Cristo, es el Hijo de Dios, título que le eleva sobre la concepción judía del hijo de David; que su vocación mesiánica no lo vio como triunfo militar, sino como padecimiento y muerte, que concedió el perdón de Dios y el cumplimiento de la ley. Y que en ese perdón nos redimió (Juan 4:32)

Hay que creer en El.

No es suficiente aceptar una declaración doctrinal. No es suficiente aceptar la enseñanza de la Escritura de Jesús como el Cristo. La misma palabra nos enseña que el hombre necesita abrir su corazón para creer en él. Los discípulos lo confesaron como el Cristo y fue confesión de fe (Juan 6:68). Los samaritanos vieron en él al Salvador del

mundo, fue confesión de fe (Juan 4:42). El Apóstol San Juan afirma que su Evangelio se escribió para que el hombre creyese en Jesús como el Cristo, el hijo de Dios y para que creyendo, tenga vida en su nombre (Juan 20:31).

Cristo es poder de Dios para salvación (1 Corintios 1:24) porque su muerte y resurrección nos dan el perdón de nuestros pecados, nos reconcilian con Dios y una nueva vida (2 Corintios 5:18). Por ello, el Espíritu Santo actúa en nosotros, en el corazón, para llevarnos a creer en Jesús como el Cristo, el hijo del Dios viviente.

Un elemento más debemos señalar en relación con la vocación mesiánica de nuestro Señor. Porque si bien es cierto que El nos perdonó y redimió, dándonos vida en su nombre. También vino a consumar la obra de reconciliación que Dios realiza en el mundo (Efesios 1:10; 2 Corintios 5:18). Reunir a todas las cosas en Cristo, reconciliando consigo al mundo y al hombre con su prójimo. Así que Jesús el Cristo es perdón de Dios, fin de la ley, redención, vida eterna y reconciliación. Todo esto nos pone en nuevas relaciones con Dios y en nuevas relaciones con el mundo y con los hombres. No debemos olvidar esta enseñanza de la Escritura, mucho menos endurecer nuestro corazón para no responder a su ofrecimiento de vida eterna y de nuevas relaciones con Dios y con el prójimo. Por ello hay que creer, porque al que cree que Jesús es el Cristo Dios le concede nueva vida.

Cristo hoy es el don de Dios para novedad de vida. Su ofrecimiento de reconciliación al mundo y a cada hombre que se acerque a él con fe. Las distorsiones de nuestra mente y de nuestro corazón no han de dar lugar a endurecimiento ante su Palabra. Porque su amor nos constriñe y su gracia nos alienta a reconocerlo como sumo Amor y perdón de nuestros pecados. En su hijo amado el Señor nos abre horizontes de esperanza y de fe. Creamos. Amén.

Domingo 11 de octubre de 1987.

¿ENALTECERSE O SERVIR?

Mateo 23:1-36

23 Después de esto, Jesús dijo a la gente y a sus discípulos: ² «Los *maestros de la ley y los fariseos tienen la responsabilidad de interpretar a Moisés.³ Así que ustedes deben obedecerlos y hacer todo lo que les digan. Pero no hagan lo que hacen ellos, porque no practican lo que predicán. ⁴ Atan cargas pesadas y las ponen sobre la espalda de los demás, pero ellos mismos no están dispuestos a mover ni un dedo para levantarlas.

⁵ » «Todo lo hacen para que la gente los vea: Usan filacterias grandes y adornan sus ropas con borlas vistosas;⁶ se mueren por el lugar de honor en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas,⁷ y porque la gente los salude en las plazas y los llame “Rabí”.

⁸ » «Pero no permitan que a ustedes se les llame “Rabí”, porque tienen un solo Maestro y todos ustedes son hermanos. ⁹ Y no llamen “padre” a nadie en la tierra, porque ustedes tienen un solo Padre, y él está en el cielo. ¹⁰ Ni permitan que los llamen “maestro”, porque tienen un solo Maestro, el *Cristo. ¹¹ El más importante entre ustedes será siervo de los demás. ¹² Porque el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

¹³ » ¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, *hipócritas! Les cierran a los demás el reino de los cielos, y ni entran ustedes ni dejan entrar a los que intentan hacerlo.

¹⁵ » ¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Recorren tierra y mar para ganar un solo adepto, y cuando lo han logrado lo hacen dos veces más merecedor del infierno que ustedes.

¹⁶ » ¡Ay de ustedes, guías ciegos!, que dicen: “Si alguien jura por el templo, no significa nada; pero si jura por el oro del templo, queda obligado por su juramento.” ¹⁷ ¡Ciegos insensatos! ¿Qué es más importante: el oro, o el templo que hace sagrado al oro? ¹⁸ También dicen ustedes: “Si alguien jura por el altar, no significa nada; pero si jura por la ofrenda que está sobre él, queda obligado por su juramento.” ¹⁹ ¡Ciegos! ¿Qué es más importante: la ofrenda, o el altar que hace sagrada la ofrenda? ²⁰ Por tanto, el que jura por el altar, jura no sólo por el altar sino por todo lo que está sobre él. ²¹ El que jura por el templo, jura no sólo por el templo sino por quien habita en él. ²² Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por aquel que lo ocupa.

²³ » ¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Dan la décima parte de sus especias: la menta, el anís y el comino. Pero han descuidado los asuntos más importantes de la ley, tales como la justicia, la misericordia y la *fidelidad. Debían haber practicado esto sin descuidar aquello. ²⁴ ¡Guías ciegos! Cuelan el mosquito pero se tragan el camello.

²⁵ » ¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! *Limpian el exterior del vaso y del plato, pero por dentro están llenos de robo y de desenfreno. ²⁶ ¡Fariseo ciego! Limpia primero por dentro el vaso y el plato, y así quedará limpio también por fuera.

²⁷ » ¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas!, que son como sepulcros blanqueados. Por fuera lucen hermosos pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre. ²⁸ Así también ustedes, por fuera dan la impresión de ser justos pero por dentro están llenos de hipocresía y de maldad.

²⁹ » ¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Construyen sepulcros para los profetas y adornan los monumentos de los justos. ³⁰ Y dicen: “Si hubiéramos vivido nosotros en los días de nuestros antepasados, no habríamos sido cómplices de ellos para derramar la sangre de los profetas.” ³¹ Pero así quedan implicados ustedes al declararse descendientes de los que asesinaron a los profetas. ³² ¡Completen de una vez por todas lo que sus antepasados comenzaron!

³³ » ¡Serpientes! ¡Camada de víboras! ¿Cómo escaparán ustedes de la condenación del infierno? ³⁴ Por eso yo les voy a enviar profetas, sabios y maestros. A algunos de ellos ustedes los matarán y crucificarán; a otros los azotarán en sus sinagogas y los perseguirán de pueblo en pueblo. ³⁵ Así recaerá sobre ustedes la culpa de toda la sangre justa que ha sido derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la de Zacarías, hijo de Berequías, a quien ustedes asesinaron entre el *santuario y el altar de los sacrificios. ³⁶ Les aseguro que todo esto vendrá sobre esta generación. Mateo 23: 1-36 NVI.

DIOS JUZGA LAS ACTITUDES HUMANAS. No pasa por alto la soberbia, el orgullo y el enaltecimiento; ni descuida la humildad, el servicio y el buen ánimo. Al soberbio lo humilla y al humilde lo enaltece. Sabe que está en juego el corazón de su pueblo, la salud de su fe, la claridad de su vocación y de su misión en el mundo. Los 36 versículos del capítulo 23 dan testimonio del juicio condenatorio de Jesús a los escribas y fariseos: representantes de la fe de Israel, fueron testimonio de la descomposición en que cayó el pueblo de Dios. Su palabra no sólo es condenatoria, sino de advertencia y de enseñanza para los suyos: frente al enaltecimiento que procuran las sectas judías, los discípulos han sido llamados a la grandeza de la humildad y el servicio.

Denuncia de letrados y fariseos

La decadencia de la religión judía se hizo manifiesta en el legalismo minucioso que incurrió. La norma de su comportamiento era código detallado cuyo centro es la doctrina, más que el Dios que la sustenta. La sutileza es delicada. Ciertamente Israel recibió la ley de parte del Señor, pero sobre la ley, los rabinos habían bordado una serie de reglamentos y normas que adquirieron valor en sí mismo, imponiéndose sobre el hombre como una camisa de fuerza, una carga imposible de llevar.

Sin embargo, la descomposición de la fe de los fariseos y escribas se muestra con toda claridad en su incongruencia entre palabra y acción, entre teoría y práctica, entre lo que se enseña y lo que se hace. Se apropiaron de la doctrina y la convirtieron en un instrumento para alcanzar el poder y servirse de los hombres. Hay una inconsecuencia de fondo, dado que la Palabra no ha sido dada para servirse de los hombres oprimirlos, sino para servir y liberar. Jesús encontró en el judaísmo una serie de castas privilegiadas que fomentaban la vanidad y la ambición. Ostentando vanidosamente sus títulos de maestro.

Jesús respeta la ley y la institución del rabinato y señala, a su vez, la consecuencia de los líderes judíos. Observa que su comportamiento está muy lejos de ser ejemplar.

La denuncia de Jesús es contemporánea. Llamada de atención para sus discípulos, advertencia para quienes le servimos. La descomposición de la fe es manifiesta cuando se le utiliza para afirmarse personalmente, imponerse sobre otros y oprimir a los que están en proceso de aprendizaje. No es desconocimiento de la autoridad, sino un criterio de su ejercicio. No debe usarse para prestigio personal o por ambición; sino con el genuino deseo de servir, mostrando en la propia vida la doctrina que se enseña. El mejor testimonio de la palabra de libertad es una vida libre del orgullo y la ostentación.

Los siete ayes

El capítulo tres de Mateo recoge siete inectivas contra los escribas y fariseos. El verso 23 resume la acusación de Jesús en su contra: se olvidan de lo esencial de la ley la justicia, la misericordia y la fe. Ante el prójimo, acciones sustentadas en un corazón sano, ante Dios, lealtad total. Al perder de vista estos elementos básicos de la ley, cayeron en legalismos tales que provocaron desaliento en muchos y a otros les estorbaron la entrada al reino, al manifestar su oposición a Jesús y hacer uso indebido de su autoridad espiritual. Lastimaron a las viudas y fanatizaron a sus discípulos. Jesús condena a los representantes de una religión cerrada, hipócrita, opresiva y fanática. Y subraya elementos básicos en las relaciones con el prójimo y con Dios. Frente a la codicia y el orgullo, la justicia y la misericordia; frente al fanatismo, la fe, la lealtad a Dios.

El discipulado cristiano no ha de perder de vista estos elementos esenciales. La formación del cristiano no ha de darse sólo a la luz del comportamiento y la doctrina, sino básicamente a la luz de una regeneración de sus relaciones que manifiesten el poder liberador del evangelio.

El poder del servicio

Los escribas y los fariseos hicieron uso del poder religioso para oprimir. El poder del Espíritu de Dios es poder liberador que se desencadena a través del servicio fraternal. Jesús fue claro con su discípulo. Entre ellos, el servicio se valora como criterio de su comportamiento en el reino, en sus relaciones fraternales. En el servicio fraternal

Dios ha diseñado un camino para salir de actitudes y comportamientos cerrados. En el que vive sirviendo se da la bienaventuranza de la felicidad. Porque es testimonio de su amor a Dios y su amor al prójimo. El que ama, sirve.

Jesús señaló al servicio como criterio de su discipulado. Pablo, al hablar de los dones, lo menciona como uno de los carismas del Espíritu. En el programa de discipulado cristiano se le señala como un ministerio sustentado en las disciplinas de la Palabra, la oración, el testimonio y el compañerismo. Al conjugar una vida espiritual de oración, lectura, meditación, y aplicación de la Palabra, el compañerismo fraternal y el testimonio de nuestra fe al mundo, se vive el servicio cristiano. Servimos con la oración, con la Palabra, con actitudes fraternales de amor y compartir nuestra fe a quienes no conocen del Señor. Es con espíritu de servicio y no engrandecimiento u orgullo con lo que ejercemos nuestros ministerios en la comunidad de fe. Porque nos importan las personas, su edificación, liberación, dignificación en la perspectiva del Reino de Dios. Por ello, el servicio se da desde la perspectiva de la justicia divina, que es una justicia sustentada en la gracia, que opta por los más necesitados, por los pecadores, con el don de restaurarles amando con el amor redentor de nuestro Dios y siendo leales a Dios por sobre todas las cosas.

No debemos pensar que la enseñanza de la ley y las instituciones dadas por Dios han de ser pasadas por alto. Pero no olvidemos que hay criterios esenciales definidos por nuestro Señor para cultivar con fervor y disciplina espiritual. Reiteremos que estos criterios son la misericordia, la justicia y la fe.

El juicio condenatorio de Jesús a escribas y fariseos es para leerlo como una palabra de advertencia y de instrucción para sus discípulos hoy. Dios juzga las actitudes humanas y no pasa por alto la descomposición de los valores y el comportamiento de los suyos. La exhortación de la Palabra es a ser instrumentos de su reino en todo momento. Dios humilla a los soberbios y enaltece a los humildes. Es acción divina que a su tiempo habrá de manifestarse. Por ahora el Señor ha definido la ruta de nuestro caminar en el mundo. Él espera de sus discípulos que vivan con justicia, con misericordia y con fe. Es decir, amando al prójimo como a uno mismo y amando a Dios por sobre todas las cosas. Lo que da sustento a la doctrina y a la instrucción es el amor. Así es que estemos dispuestos a caminar en amor. Amén.

Domingo 18 de octubre de 1987.

LAMENTO DE AMOR

Mateo 23:37-39

³⁷ » ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste! ³⁸ Pues bien, la casa de ustedes va a quedar abandonada. ³⁹ Y les advierto que ya no volverán a verme hasta que digan: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”» Mateo 23: 37-39 NVI.

JESUS NOS AMA. Es verdad sublime que conocemos a la luz de su Palabra y de la experiencia de nuestra propia vida. Dios amó al mundo y en razón de su amor envió a su único hijo, para que ofrendara su vida con el propósito de que ningún hombre se pierda. El amor de Dios fue y es entrega; fue y es sacrificio, fue y es desprendimiento generoso de sí mismo. Amor que se encontró con la humanidad incapaz de aceptar el amor, resistente a la gracia de Dios que cubre multitud de pecados. Por eso Jesús exclamó: “¡Jerusalén, Jerusalén!” Es lamento de un amante despreciado, rechazado, violentado. El amor del Cristo escatológico, deseoso de proteger a su pueblo del juicio de Dios y del castigo a su dureza espiritual, realidad de muerte que les transformó de la ciudad santa en una guarida de asesinos.

Jesús no olvida que Jerusalén fue la antigua Salem del sacerdote Melquisedec, ciudad de ofrenda generosa ante Abraham, ni olvida que es la ciudad de David, estrado de los pies de Dios, pueblo escogido para edificar Templo a Jehová y asentamiento del sacerdocio de Aarón. ¡Cómo olvidar la historia de una ciudad señalada por la permanente acción de Dios! ¡Cómo pasar por alto la descomposición espiritual, gemela de la dureza de corazón y la corrupción de su fe! Ya los profetas habían dado palabra de advertencia y juicio: “Pero si no hacen caso de estas advertencias, este palacio quedará convertido en ruinas. Yo, el señor, lo afirmo” (Jeremías 22:5 cf. 1 Reyes 9:7).

Todos conocemos la tristeza que embarga a un corazón que no encuentra en quien depositar su amor. Que deseoso de dar y compartir, solo recibe renuencia, rechazo, frialdad. Jesús se encontró con una ciudad indiferente y, más aún, de reacciones violentas ante la permanente búsqueda de Dios. Porque ya los antiguos judíos habían asesinado y lapidado a los profetas enviados por el Señor.

La desorientación espiritual

El desorientado ha perdido su destino. Equivocando el camino, vaga sin rumbo fijo. Gasta todas sus energías y nunca llega a algún sitio. Jesús recibió el rechazo de Israel: no le permitían cobijarlos bajo sus alas, juntarlos bajo su cayado pastoral y sus palabras de Cristo escatológico. Recordemos las palabras del profeta, cada cual se apartó por su camino, vagaban por las montañas como ovejas que no tienen pastor. Algunas se fueron tras ídolos deleznable, otras buscando seguridad en otras naciones y pueblos,

algunas más caían abatidas por los enemigos del hombre. En su insensatez se volvieron contra los enviados de Dios, desoyendo sus advertencias e invitación a volverse a Dios. Jesús encontró la misma actitud, su generación era fiel heredera de sus antepasados, asesinos de profetas y de enviados del señor, rebeldes ante Dios. A tal grado llegó su insensatez que cegaron la vida de los siervos de Dios y les lapidaron, castigo de adivinos e idolatras. ¡Hasta dónde llega un corazón endurecido, un corazón perturbado por la desorientación espiritual que ha perdido el fin de su vivir, el horizonte de su visión! Volviendo su vista a los ídolos, viéndose a sí mismo los idolatras caen en tremendos errores y desequilibrios. Pero el amor de Jesús no se devalúa, ni su búsqueda se descuida. El Buen Pastor ha salido por las ovejas perdidas dispuesto a curarlas, sanarlas y protegerlas. Aunque las ovejas se resistan al amor que redime y restaura y prefiera los malos caminos y los peligros que le asechan.

El Cristo escatológico

La ilustración de la gallina que extiende sus alas para proteger a sus polluelos es conocida en la Biblia. Jesús la usa al hablar de su propia acción con Israel: congrega al pueblo con el propósito de apacentarlo, pastorearlo y sobre todo, protegerlo del juicio escatológico que viene sobre la ciudad. Ante el peligro que se avecina, Jesús extiende sus brazos de amor protector (Cf. Deuteronomio 32:11; Salmo 36:8 y 91:4). Cristo aparece aquí como el Soberano escatológico cuya misión no es destruir, sino guardar a su pueblo, congregarlo, apacentarlo, darle seguridad. Israel, sin embargo, se resiste al amor protector de Dios, prefiere seguir su propio camino, su propia insolencia y desequilibrio espiritual. Ciertamente vive desorientada, pero no permite la dirección de la Palabra en los profetas y la dirección del Mesías en sus hechos de amor.

Un mundo desolado

El desierto, la soledad, lo desolado hablan de ausencia de vida, del imperio de la muerte, de la esterilidad, aún más, de la ausencia de Dios. La ciudad santa ha sido convertida en cueva de ladrones, su fruto es una ciudad desolada y vacía. Esta palabra de Jesús se cumplió con la persecución de los judíos y la destrucción del Templo y la ciudad por el Imperio Romano. La aridez es compañera de la resistencia al amor. Quien no se deja amar y proteger por Jesús termina su vida vacía, desolada, destruida. Su rebeldía tiene consecuencias. Vive engañado por las ilusiones efímeras de su realidad presente, porque se olvida que hay palabra de juicio, que Dios no pasa por alto las actitudes de su pueblo ni la rebeldía de su corazón. Que su amor es justo y que su amor se da en la perspectiva de su santidad. Y que la santidad de Dios no convive con el pecado que ha sido impermeable a su amor y gracia.

Hasta aquí hemos señalado que Israel, especialmente Jerusalén, ha sido insensible al amor de Dios revelado en el Hijo, que ese amor se ha resistido al no permitir que Jesús cumpla su misión protectora, mesiánica y pastoral; que tal resistencia trajo como

consecuencia una realidad desértica, de muerte. Es Palabra que señala la crisis de la desorientación espiritual aunada a la dureza de corazón. Ciertamente es palabra que se ha destinado a Jerusalén, pero que nos hace meditar en la grandeza del amor de Dios y en la dureza de nuestro propio corazón. Nuestro amor al mal y desapego al bien. Nuestra idolatría y aridez humana. Es palabra que nos exhorta a abandonar la preferencia por los peligros de la muerte y volvernos a una vida victoriosa en la gracia de Dios. Hay mucho que meditar y hacer.

La esperanza del reencuentro

Jesús advierte sobre su retorno y su esperanza de ser aclamado como Mesías por Israel. Esta aclamación tiene como antecedente la conversión del pueblo, su disposición al amor y a la reconciliación. Su palabra final es palabra de esperanza. A como lo es también para su iglesia que vive en medio de la ciudad y en medio de corazones refractarios al amor y a la gracia de Dios. Es palabra que debe orientar nuestro caminar y sensibilizar nuestro corazón. Hoy es ocasión para el reencuentro. Jesús nos ama, no lo dejemos con un lamento en sus labios y un dolor en su corazón. Amén.

Domingo 25 de octubre de 1987

JESÚS Y LA DECONSTRUCCION

Mateo 24:1-2

24 Jesús salió del templo y, mientras caminaba, se le acercaron sus discípulos y le mostraron los edificios del templo.

² Pero él les dijo: — ¿Ven todo esto? Les aseguro que no quedará piedra sobre piedra, pues todo será derribado

MUERTE A LA CARNE. No hay espacio para la piedad ni para la conmiseración cuando se trata de tomar decisiones en relación con la vida antigua, con el viejo hombre, con el pecado, con la carne. “Olvidando ciertamente lo que queda atrás”. Más aun cuando estamos ubicados en el tiempo de Dios, el *Escatón* de Dios. Tiempo de decisiones, tiempo de consumación, tiempo de juicio. La ambigüedad es destructiva, la indecisión paraliza, porque el que a dos amos sirve, con alguno queda mal.

La deconstrucción escatológica

Deconstruir es quitar piedra por piedra. El tiempo de Dios señala el momento de derribar lo que está edificado. La misión de Jesús, su tarea mesiánica consistía en limpiar su era, meter el filo del arado en el surco para remover desde lo profundo. Caer como grano de trigo en la tierra y morir. Por ello llama a sus discípulos a la renuncia, a la negación, al desprendimiento.

Para Israel llegó el tiempo de la deconstrucción escatológica. Jesús advierte a sus discípulos que no quedará piedra sobre piedra en la majestuosa construcción del Templo. El judaísmo ha llegado a su límite. En él se han cumplido los tiempos y el tiempo de Dios. Él mismo es el Templo que será destruido y que en tres días se reedificará. La presencia plena de Dios está en él, no en una construcción de manos humanas. En él habita la plenitud de la deidad, es el Verbo que se hizo carne.

La deconstrucción entraña toma de decisiones, Jesús supo definir su vida con virilidad y certidumbre. Salió de manera definitiva del Templo, habló definitivamente sobre el futuro del mismo.

Sus hechos y sus palabras mostraron un corazón decidido, sabía que el tiempo de Dios se estaba cumpliendo. Lo escueto de la narración de Mateo subraya una acción decidida y una sintonía perfecta con la voluntad del Padre.

Hay que tomar decisiones.

La indecisión desgasta la vida. Provoca incertidumbre, paraliza. Más aún cuando la indecisión es testimonio de un corazón dubitativo que no atina a romper con lo que lo mantiene cautivo. La vida cristiana es toma de decisiones, es definición, es integridad. Por ello se inicia con una deconstrucción. Expresión que muestra el camino de la renuncia, de la negación, del desprendimiento. Hay que reparar en ello, la vida del

hombre ha sido construida, piedra sobre piedra, en muchas ocasiones, sobre decisiones equivocadas, “prendidas de foco”, incertidumbres, apetitos de la carne, orgullo o egoísmo. Poco a poco se va construyendo un enorme santuario de insensatez y orgullo. Es edificio que deconstruir piedra por piedra. La conversión señala el inicio de ese proceso, cuando la lealtad se cifra en Jesucristo y se entra en la dimensión del Reino. En ese momento el Espíritu de Dios inicia una obra de deconstrucción de las adherencias de la carne, fortaleciendo la voluntad. Porque hay que “hacer morir”.

El “pico” de Dios apunta a todas y cada una de las obras de la carne, manifiestas para todos. Porque a cada hombre le llega el momento de encararse con el Señor, cuando la Palabra le es anunciada llamándole al arrepentimiento y la fe.

Es tiempo de definición

Hay que ser claros, exactos y precisos en nuestras relaciones con Dios y en nuestras relaciones con el pecado. Una vida nebulosa, imprecisa y ambigua no está en el diseño del Señor para sus discípulos. Tomar decisiones es definirse. Jesús tomó decisiones, se definió y salió del Templo con una palabra de juicio. El judaísmo había llegado a su límite y no lo habían comprendido. El Templo de Jerusalén, orgullo de Israel, sería destruido y nunca más vuelto a edificar. Dios estaba formando un nuevo Templo en su hijo y a su vez en la comunidad de redimidos, habitación de su Santo Espíritu. Ya no serían piedras del reino mineral, sino piedras vivas, edificadas sobre la Roca de la Salvación.

Los santuarios que construye el hombre son razón de su orgullo y vanidad. En ellos cifra su seguridad y los define a costa de su propia vida. Los santuarios de nuestras sociedades contemporáneas ciertamente se edifican para alabanza de sus deidades. La caída de las mismas es tan estrepitosa que arrastra naciones, pueblos, familias e individuos. El asesinato y los dos suicidios que resultaron de la caída de las bolsas de valores, las crisis nacionales que ha provocado, son claro testimonio de lo señalado. Los ídolos humanos son deleznable, tienen ojos y no ven, pies y no caminan. Se cobran caro la fidelidad de sus seguidores. Los tiempos difíciles urgen a la toma de decisiones: ¿Que dios es el centro de nuestra adoración?

El tiempo de reconstrucción

Al tomar decisiones y definir el rumbo de la vida no hay que olvidarnos que el hombre es un ser en relaciones y que Dios espera que no endurezca su corazón al sople del Espíritu. La descomposición del judaísmo había dado lugar a relaciones de injusticia y descuido. Muchos eran los marginados en Israel. La reconstrucción de la vida en la perspectiva del Reino y en la deconstrucción de cada piedra en la que se ha edificado una vida de soberbia, ambición, pecado y orgullo: pero no puede ser entendida sin la construcción de nuevas relaciones de amor, respeto, solidaridad, fe y justicia. Hay que empezar por las prioridades y ellas señalan que la relación fundamental del hombre es la

que mantiene con Dios. El nos ha buscado en Jesucristo y ha derramado su amor, por ello la palabra exhorta “reconciliaos con Dios”. Pero también ha diseñado caminos de amor y solidaridad entre los hombres y de responsabilidad con la naturaleza y de buena mayordomía con la vida personal. El discipulado es un proceso de reconstrucción que se inicia con la decisión de seguir a Cristo renunciando a todos los ídolos y se sigue con una reconstrucción de nuestros valores, actitudes, hábitos y pensamientos, para que todo se viva en la dimensión del Reino de Dios.

Cierto, hay que tomar decisiones, roguémosle al Padre que están orientadas por el Espíritu y aprobadas por Él, porque la vida no se puede fincar en carnalidades. A la cerne, hay que hacerle morir. Sólo el Espíritu da vida. Amén.

Domingo 1 de noviembre de 1987.

LLAMAMIENTO A LA PERSEVERANCIA

Mateo 24:3-28

³ Más tarde estaba Jesús sentado en el monte de los Olivos, cuando llegaron los discípulos y le preguntaron en privado:

— ¿Cuándo sucederá eso, y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?

⁴ —Tengan cuidado de que nadie los engañe —les advirtió Jesús—. ⁵ Vendrán muchos que, usando mi nombre, dirán: “Yo soy el *Cristo”, y engañarán a muchos. ⁶ Ustedes oirán de guerras y de rumores de guerras, pero procuren no alarmarse. Es necesario que eso suceda, pero no será todavía el fin. ⁷ Se levantará nación contra nación, y reino contra reino. Habrá hambres y terremotos por todas partes. ⁸ Todo esto será apenas el comienzo de los dolores.

⁹ »Entonces los entregarán a ustedes para que los persigan y los maten, y los odiarán todas las naciones por causa de mi nombre. ¹⁰ En aquel tiempo muchos se apartarán de la fe; unos a otros se traicionarán y se odiarán; ¹¹ y surgirá un gran número de falsos profetas que engañarán a muchos. ¹² Habrá tanta maldad que el amor de muchos se enfriará, ¹³ pero el que se mantenga firme hasta el fin será salvo. ¹⁴ Y este *evangelio del reino se predicará en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin.

¹⁵ »Así que cuando vean en el lugar santo “el horrible sacrilegio”,^[a] de que habló el profeta Daniel (el que lee, que lo entienda), ¹⁶ los que estén en Judea huyan a las montañas. ¹⁷ El que esté en la azotea no baje a llevarse nada de su casa. ¹⁸ Y el que esté en el campo no regrese para buscar su capa. ¹⁹ ¡Qué terrible será en aquellos días para las que estén embarazadas o amamantando! ²⁰ Oren para que su huida no suceda en invierno ni en *sábado. ²¹ Porque habrá una gran tribulación, como no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás. ²² Si no se acortaran esos días, nadie sobreviviría, pero por causa de los elegidos se acortarán. ²³ Entonces, si alguien les dice a ustedes: “¡Miren, aquí está el Cristo!” o “¡Allí está!”, no lo crean. ²⁴ Porque surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes señales y milagros para engañar, de ser posible, aun a los elegidos. ²⁵ Fíjense que se lo he dicho a ustedes de antemano.

²⁶ »Por eso, si les dicen: “¡Miren que está en el desierto!”, no salgan; o: “¡Miren que está en la casa!”, no lo crean. ²⁷ Porque así como el relámpago que sale del oriente se ve hasta en el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. ²⁸ Donde esté el cadáver, allí se reunirán los buitres. Mateo 24: 3-28 NVI

LA PREOCUPACION DE LOS DISCIPULOS es manifiesta. Quieren saber qué señales habrá en el tiempo del cambio de época y el inicio del reinado de Dios. Cuestionan a Jesús sobre las señales que procederán a su venida. El tema es definido por la interrogante de los discípulos: los tiempos finales de este siglo y las manifestaciones apocalípticas antes de la venida del Mesías. La respuesta de Jesús es una réplica y una

instrucción, es un llamamiento a la perseverancia, a la confianza y a no dejarse extraviar por falsos cristos que tratarán de extraviar a los elegidos, a los cristianos.

Aunque la crisis final de este siglo era tema de discusión común entre los judíos, Jesús no pierde de vista la preocupación de sus discípulos, no se pierde en elucubraciones que estimulen el morbo, sino que da palabra de exhortación y de confianza. Los peligros son claros, no lo son menos sus consejos e instrucciones pastorales.

Que no se turbe el corazón

La gran crisis cósmica de los tiempos finales puede transformarse en una gran crisis del corazón de los discípulos. Los versículos 4 al 8 subrayan las manifestaciones universales del tiempo del fin. Para el judaísmo y Jesús lo entiende así, el final de este siglo traerá manifestaciones naturales y sociales de gran envergadura. Son los dolores de parto del alumbramiento de la era mesiánica, de la manifestación universal del Reino de Dios. En estos acontecimientos históricos hay lugar para la aparición de engañadores, falsos Cristos que procuran extraviar a los cristianos de su fe. A la luz de este peligro de extravío hay dos palabras pastorales del Señor: no dejarse engañar, no turbarse. El que se deja engañar se extravía; el que se turba, defecciona. Es decir, el que cae en engaño pierde su camino, quita la mirada de su objetivo; y el que se desanima es desleal a quien le redimió, le abandona, traiciona, deserta. El peligro del engaño está en que los falsos cristos harán grandes manifestaciones, semejantes a las de Cristo y aquellos que siguen las señales y se dejan impresionar, podrán ser extraviados, quitando sus ojos del Autor y Consumador de la fe. Es decir, que el primer peligro es confundir a Cristo con impostores. Y que el segundo es caer presa del desanimo, el desaliento y el temor al vivirse los tiempos en crisis cósmica en que todos los elementos naturales, sociales y políticos sufrirán una gran transformación. Es principio de dolores, esto deben saberlo los seguidores de Jesús, quienes tendrán el privilegio de seguir a Cristo también en su sufrimiento. Sin embargo los creyentes deben permanecer tranquilos, los tiempos de crisis universales no están fuera de la Soberanía de Dios. El tiene el control de los acontecimientos y no hay que dar cabida a la turbación. Quien se desanima defecciona. Es acción de traidores.

Perseverar y proclamar

Los versos 9 al 14 suben de tono en las manifestaciones de la crisis apocalíptica y se hace cercana a los discípulos. La misión de Jesús no estuvo exenta de dolor y sufrimiento, tampoco lo está la de los discípulos. La crisis final repercutirá en persecución, engaño y aborrecimiento. Muchos caerán en el desanimo. En tiempo de persecución y tribulación, hay que perseverar. Aguantar hasta el fin. La firmeza en la fe, la constancia, permanecer en la esperanza, es derrotero que seguir cuando el cristiano extraviado vive tiempos de sufrimiento personal por causa de su fe. La crisis también será profunda entre los discípulos, de tal forma que algunos serán engañados y darán lugar al

odio en su corazón. Pero el consejo es claro, hay que aguantar hasta el límite de la resistencia, recordando que nadie será probado más allá de lo que pueda resistir. Y la perseverancia se manifiesta en la proclamación universal del evangelio del Reino de Dios. Es decir, aún en los graves momentos que anticipan el final, la iglesia, por el contrario, la provoca. En la proclamación y en la resistencia perseverante de los elegidos, se está gestando la manifestación de la nueva era, la inauguración del Reino de Dios.

La fidelidad de Dios

La prueba crece en intensidad y se centra en Jades. Jerusalén, será arrasada. Es el punto culminante de la prueba. Al llegar este momento Jesús les aconseja a sus discípulos huir. Ya los proverbios señalaron que el inteligente es aquel que ve el pecado y se aparta. No hay que salir huyendo, porque el que este firme, mire, y no caiga, pero al mismo tiempo en que se acentúa la prueba, también se acerca la inminente manifestación del Hijo del Hombre. Son tiempos de intensidad, tanto de la muerte y el dolor como de la manifestación de los propósitos divinos. El desastre magno de la ciudad hace urgente la huida. Algunos ven en la abominación desoladora la ocupación militar Palestina, otros la profanación del Templo. Lo cierto es que saldrán otros engañadores para tratar de persuadir con sus exclamaciones a los escogidos, pero Dios es fiel y la tribulación será cortada por amor a ellos. Dios no pierde el control de la historia, aún en el recrudecimiento de la crisis. El sigue leal a su amor por los suyos. El impedir que los fieles sean arrastrados por el desastre.

Cristo será claramente manifiesto

No debe haber preocupación en el corazón de los discípulos ni en el corazón de la iglesia. No hay necesidad de que nadie nos indique la manifestación final del Señor. Será como un relámpago, manifiesto a los ojos de todos. Porque las ovejas oyen su voz y la conocen. No es una manifestación secreta a un grupo de iniciados. Es manifestación pública y universal. Así que la palabra de Jesús apunta al consuelo del corazón de los discípulos y al discernimiento de las posturas apocalípticas que más que aclarar, confunden el corazón de los suyos. El mensaje es claro: el tiempo final será un tiempo de profundas convulsiones, como los dolores de parto de una nueva era, en ellos les corresponde a los elegidos no dejarse engañar, no turbarse, perseverar, proclamar el evangelio del Reino de Dios y confiar en que el Señor sigue siendo fiel. El corazón de los suyos reposa confiado en medio de la tormenta porque saben quién es el Dios en que han depositado su esperanza.

Domingo 8 de noviembre de 1987

ANTE EL FIN, VIGILANTES

Mateo 24:29-51

²⁹»Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días,» “se oscurecerá el sol y no brillará más la luna; las estrellas caerán del cielo y los cuerpos celestes serán sacudidos”.

³⁰»La señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria.

³¹Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo.

³²»Aprendan de la higuera esta lección: Tan pronto como se ponen tiernas sus ramas y brotan sus hojas, ustedes saben que el verano está cerca. ³³Igualmente, cuando vean todas estas cosas, sepan que el tiempo está cerca, a las puertas. ³⁴Les aseguro que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sucedan. ³⁵El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras jamás pasarán.

³⁶»Pero en cuanto al día y la hora, nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre. ³⁷La venida del Hijo del hombre será como en tiempos de Noé.

³⁸Porque en los días antes del diluvio comían, bebían y se casaban y daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca; ³⁹y no supieron nada de lo que sucedería hasta que llegó el diluvio y se los llevó a todos. Así será en la venida del Hijo del hombre. ⁴⁰Estarán dos hombres en el campo: uno será llevado y el otro será dejado.

⁴¹Dos mujeres estarán moliendo: una será llevada y la otra será dejada.

⁴²»Por lo tanto, manténganse despiertos, porque no saben qué día vendrá su Señor. ⁴³Pero entiendan esto: Si un dueño de casa supiera a qué hora de la noche va a llegar el ladrón, se mantendría despierto para no dejarlo forzar la entrada. ⁴⁴Por eso también ustedes deben estar preparados, porque el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperen.

⁴⁵» ¿Quién es el *siervo fiel y prudente a quien su señor ha dejado encargado de los sirvientes para darles la comida a su debido tiempo? ⁴⁶*Dichoso el siervo cuando su señor, al regresar, lo encuentra cumpliendo con su deber. ⁴⁷Les aseguro que lo pondrá a cargo de todos sus bienes. ⁴⁸Pero ¿qué tal si ese siervo malo se pone a pensar: “Mi señor se está demorando”, ⁴⁹y luego comienza a golpear a sus compañeros, y a comer y beber con los borrachos? ⁵⁰El día en que el siervo menos lo espere y a la hora menos pensada el señor volverá. ⁵¹Lo castigará severamente y le impondrá la condena que reciben los *hipócritas. Y habrá llanto y rechinar de dientes. Mateo 24:29-51 NVI

AMENAZAS QUE SE CIERNEN SOBRE LA IGLESIA: La persecución, el sufrimiento, el odio, la discordia, la muerte. Es el tiempo del fin, de la gran crisis de todo el universo. La iglesia no está exenta de los dolores de parto de una nueva era, del Reino de Dios, y a la vez permanece confiada porque la venida del Hijo del Hombre tiene el propósito de congregar a todos los suyos.

La manifestación gloriosa del Hijo.

La venida del Hijo del hombre en medio de las conmociones universales que se describen acentúa la gloria y el poderío indiscutibles de su manifestación. El hijo del hombre ha recibido el poder al ser exaltado en su resurrección y al regresar al mundo en toda su gloria, de congregar a todos los suyos desde un extremo del mundo hasta otro. Se acentúa su poder y su gloria, se enfatiza el cumplimiento de sus promesas, se subraya la universalidad de su manifestación a todos aquellos que han sido lavados en la sangre del Cordero.

La manifestación del Hijo es principio de la liberación progresiva de la humanidad, de la consumación del Reino de Dios, cuando poder tras poder caiga estrepitosamente y sólo se levante en majestad y gloria el Hijo, el vencedor sobre la muerte y los enemigos de Dios. Su manifestación anuncia la renovación definitiva de todas las cosas y el fin de esta era.

¿Estará la iglesia exenta de los dolores y sufrimientos del fin de la era? Mateo recogiendo las palabras del Maestro exhorta a los discípulos a permanecer vigilantes, porque también la amenaza se cierne sobre ellos. La espera del Mesías que vuelve tiene un llamado presente a la vigilante fidelidad. Por ello Jesús les instruye en la parábola de la higuera, que el tiempo llegará y que deben esperarlo, sabiendo leer las señales de los tiempos, y sin impacencias. Es nota de apaciguamiento dentro de la espera del fin de la nueva era que ya se ha iniciado en la persona de Jesús.

Una vigilante espera

El momento del fin de la historia no puede ser perdido. Sabemos que vivimos en el penúltimo tiempo, pero que este tiempo continuará de acuerdo a la voluntad del Padre, el único que sabe el día y la hora del final de la historia. Los discípulos saben que este día se acerca, deben estar vigilantes, porque se manifestará sin previo aviso.

Jesús recuerda los días de Noé. En los que durezas del corazón de los hombres y el mantenerse ocupados en sus labores cotidianos les tomaran inadvertidos al momento del diluvio. No creyeron las palabras de Noé, consideraron una conducta desequilibrada sus preparativos para la inundación pero el día llegó e inesperadamente empezó a cubrirle la tierra de agua hasta que todo fue cubierto y el juicio de Dios vino sobre la faz de la tierra. Por ello, la palabra para los discípulos y para nosotros hoy, fue y es: hay que estar vigilantes, porque nadie sabe el día ni la hora, vendrá como ladrón en la noche, cuando los hombres estén trabajando, comiendo y dándose en matrimonio. En el momento en que no lo esperan.

La alerta, la vigilancia son un estado de preparación para afrontar la angustia, para no dejarse envolver por los intereses cotidianos y para aguardar la manifestación del Hijo. Porque su llegada se dará en un momento de persecución para los suyos. En el momento en el que el fruto está maduro. Y es a la vez la ocasión en que el Señor transformará el sufrimiento y persecución en un día de victoria y salvación. La palabra de

Cristo es palabra de advertencia y exhortación y es palabra de triunfo. Porque aquellos que han soportado hasta el fin las adversidades, verán al hijo rescatarles con paso victorioso y triunfante.

Una vigilancia activa

El carácter de la vigilancia de la iglesia se perfila en la parábola de los siervos de la viña. El siervo vigilante es aquel que mantiene una actitud de servicio. Al irse su Señor le ha dado una encomienda, una tarea que debe cumplir, una misión específica. De tal manera que su estado de alerta se vierte en el cumplimiento de su tarea de una manera fiel, inteligente y prudente.

No soslayamos el hecho de que el advenimiento del Mesías en gloria, fue entendido por la iglesia primitiva, como un tiempo de espera, que en algunos, dio lugar al ocio y al relajamiento de su comportamiento. Pablo subrayó este hecho en su carta a los tesalonicenses, exhortándoles a trabajar y nuestro Señor enfatiza a que la espera vigilante se da en el cumplimiento de la misión. El siervo cae en infidelidad y violencia cuando nota que su amo tarda en volver, pero el Señor no pasa por alto su nefasto comportamiento y le corrige con energía. En contraste, el siervo vigilante es el que se ocupa en su tarea y espera confiado el regreso de su Señor. Es una vigilancia activa.

Cumplir una tarea en medio de tensiones no es fácil. Mucho menos cuando las tensiones son de carácter cósmico, universal; y ¡qué podríamos decir al observar que se trata de la gran crisis final! El cumplimiento de la tarea misionera es oportuno en todo momento. La ascensión de Cristo al Padre dio principio al tiempo final en que la iglesia espera su manifestación en gloria. Desde ese momento la iglesia ha vivido en medio de las tensiones de la persecución, la muerte, el enfriamiento de muchos. Y la iglesia permanece hasta el día de hoy cumpliendo con fervor su tarea. Este quehacer misionero tiene una esperanza y tiene una razón. La razón es que cada uno de aquellos que hemos sido lavados en la sangre del Cordero nos hemos sabido amados por Dios y por ello le amamos. Es decir; y la esperanza que alienta nuestro vivir es que sus palabras no pasarán y Él ha prometido congregar a todos los suyos, desde el oriente hasta el occidente. Su palabra nos da seguridad, descansamos confiados en sus promesas.

Ante la perspectiva del fin, que solo el Padre sabe cuándo será, recibimos en nuestro corazón la palabra de permanecer vigilantes, cumpliendo nuestra misión con inteligencia, prudencia y fidelidad. Amén.

Domingo 15 de noviembre de 1987

VELAR ES ACTUAR

Mateo 25:1-13

25 »El reino de los cielos será entonces como diez jóvenes solteras que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al novio. ²Cinco de ellas eran insensatas y cinco prudentes. ³Las insensatas llevaron sus lámparas, pero no se abastecieron de aceite. ⁴En cambio, las prudentes llevaron vasijas de aceite junto con sus lámparas. ⁵Y como el novio tardaba en llegar, a todas les dio sueño y se durmieron. ⁶A medianoche se oyó un grito: “¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!” ⁷Entonces todas las jóvenes se despertaron y se pusieron a preparar sus lámparas. ⁸Las insensatas dijeron a las prudentes: “Denos un poco de su aceite porque nuestras lámparas se están apagando.” ⁹“No —respondieron éstas—, porque así no va a alcanzar ni para nosotras ni para ustedes. Es mejor que vayan a los que venden aceite, y compren para ustedes mismas.” ¹⁰Pero mientras iban a comprar el aceite llegó el novio, y las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas. Y se cerró la puerta. ¹¹Después llegaron también las otras. “¡Señor! ¡Señor! —suplicaban—. ¡Ábrenos la puerta!” ¹²“¡No, no las conozco!”, respondió él. ¹³»Por tanto —agregó Jesús—, manténganse despiertos porque no saben ni el día ni la hora. Mateo 25: 1-13 NVI

LA PARABOLA DE LAS DIEZ VIRGENES es una exhortación a estar vigilantes ante el regreso de Jesucristo en gloria. Nadie sabe la hora de su regreso, es urgente velar y ser prudentes estando preparados.

Los capítulos 24 y 25 son llamados el apocalipsis de Mateo, dado que se ocupan de las palabras de Jesús sobre los tiempos finales, las señales de su regreso y la actitud que debe guardar la iglesia ante tales acontecimientos. Si el capítulo anterior es un llamado para estar en guardia ante la aparición de falsos maestros, el capítulo 25 es palabra de exhortación a permanecer en fidelidad. El peligro no admite confusión, hay que cuidarse de caer en la insensatez de la infidelidad y el descuido de la vida espiritual.

Lo que la iglesia no debe hacer

Israel cayó en desobediencia largos períodos de su historia, situación que era explicada desde diferentes perspectivas: debilidad militar, crisis económica, mal gobierno, etc., pero la Palabra de Dios tenía su propio juicio: “En estos días (los de los jueces) no había rey en Israel; cada uno hacia lo que bien le parecía”. (Jueces 21:25) ¿Cuál es el comportamiento de los hijos de Dios, del nuevo Israel, en el tiempo de espera del regreso de Cristo? La parábola de las diez vírgenes nos muestra dos tipos de comportamiento: el insensato y el prudente.

La insensatez espiritual, la falta de sentido se caracteriza por el abandono de la tarea que Jesucristo encomendó a su pueblo. Las vírgenes insensatas son señaladas por su falta de apercebimiento para esperar la llegada del novio. No han preparado el aceite para

pasar la noche en vela y la llegada del novio sorprende. Su falta de razón es clara: si no saben la hora en que el novio va a llegar ¿Cómo es que no se prepararon para su espera? La incertidumbre ha de dar lugar a la prudente y necesaria preparación: no al descuido insensato.

Hoy vivimos en la hora penúltima un tiempo de espera. Las señales de la venida de Cristo ya se han estado cumpliendo. Es tiempo para estar preparados para su regreso. La insensatez de la iglesia es también caer en la indolencia del descuido y el estar ocupados en lo importante pero no en lo urgente, en lo secundario y no en lo prioritario. Cristo vendrá en la hora que el Padre lo disponga, su venida es clara promesa en la Palabra. Su tardanza es el espacio de tiempo que Dios nos ha concedido para proclamar la palabra, hacer discípulos por todas las naciones. Es tiempo de cumplir la misión, de hacerlo con un ritmo acelerado, sin indolencia y sin soslayar lo prioritario. Caer en el descuido es falta de sentido que tiene claras consecuencias.

El velar es actitud y acción

La exhortación a velar no es una palabra que señala una actitud pasiva de espera, sino una exhortación a traducir la espera en acción misionera. ¿Qué actitud espera el Señor de los suyos? La prudencia que es preparación para su venida. Así como la mujer prudente sabe estar prevenida para tiempos de crisis, especialmente lista con doble ropa para el frío, el cristiano sabe que la venida de Cristo le urge a estar preparado, velando y traduciendo su fe en hechos de transformación de su propio entorno y de su realidad en el poder del Espíritu.

Velar es permanecer fieles al Señor. La insensatez es ocuparse en otras tareas o caer en la indolencia del descuido. Debemos entenderlo, velar no es una actitud pasiva de espera, sino permanecer fieles a Cristo Jesús, nuestro Señor en medio de asechanzas del tiempo final. Por ello es que la Escritura usa como sinónimos los términos cristiano y fiel. Ser cristiano es ser fiel, ser fiel es ser cristiano (Efesios 1:1) A los infieles el Señor les dice: “Apartaos de mí, no os conozco”.

Si el descuido de la vida cristiana es imprudencia de graves consecuencias, el cultivo de la fidelidad espiritual es contenido de la tarea del discipulado. Ser cristiano es ser discípulo, es traducir el mensaje a la vida, es transformar las palabras en hechos, es traducir una lección en acción. Por ello, velar es actuar, es actuar en consecuencia con el Señor que nos ha llamado a ser como él es. Sólo una cosa nos ayuda a permanecer fieles, la relación que el discípulo establece con su Maestro, no sólo una relación de enseñanza – aprendizaje, sino una relación de amor. Jesús dijo: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado, permaneced en mi amor”. Y el apóstol Juan en consonancia con su Maestro nos enseñó: “Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio” (2 Juan 6). Es decir, amar a Jesús es ser fieles a sus mandamientos, traducirlos en hechos concretos.

Quien se prepara para la venida de Cristo en su fidelidad activa sabe que de él recibirá una gran recompensa, la recompensa de estar juntos por la eternidad con su maestro y señor y que recibirá palabras de aliento de quien reconocerá la integridad de su vida. (Mateo 25:21-23) Los discípulos participarán del reino de su Señor, los cristianos seremos partícipes de la consumación de la salvación. Es la esperanza que ha de alentar nuestra fidelidad.

¡Que mayor aspiración de nuestro corazón que permanecer fieles a quien siempre nos ha sido fiel! Y que mayor aspiración que traducir nuestra fidelidad en los hechos que él demandó de nosotros, especialmente en los últimos tiempos, en los que se requiere fe y paciencia, porque los días son malos y la fe de muchos se enfría (Apocalipsis 13:10; 14:12).

Hay que ser fieles en el cumplimiento de nuestros quehaceres; al evangelizar, compartiendo las buenas nuevas de salvación; al sembrar iglesias, con el poder y la espada del Espíritu, que es la Palabra; al educar, sabiendo que han recibido ese don y al servir a la comunidad, reconociendo que hemos de hacerlo como al Señor y no a los hombres.

Hay que superar la debilidad

A estas alturas alguien podría encontrar Palabra a su necesidad de superar la debilidad, a ser fiel en medio de la abulia y el desinterés, el descuido. Tres disciplinas básicas de nuestra vida cristiana, el velar en oración, la permanencia en la Palabra y el compañerismo (Mateo 6:13; 1 Pedro 5:8) Porque Jesús nos enseñó a orar; “no nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal”; y el apóstol San Pedro nos advierte que hemos de ser sobrios y velar, porque el adversario anda como león rugiente. La oración, la lectura y la aplicación de la palabra y el compañerismo fraternal son tareas diarias que no debemos descuidar, es fuerza que nos impele a cumplir la misión en todo momento y en todo lugar. No debemos olvidarlo, velar es actuar y hacerlo en dimensión de nuestra tarea. Hay que estar preparados. Amén.

Domingo 22 de noviembre de 1987.

EL ENEMIGO DE LA RIQUEZA

Mateo 25: 14-30

¹⁴»El reino de los cielos será también como un hombre que, al emprender un viaje, llamó a sus siervos y les encargó sus bienes. ¹⁵A uno le dio cinco mil monedas de oro, a otro dos mil y a otro sólo mil, a cada uno según su capacidad. Luego se fue de viaje. ¹⁶El que había recibido las cinco mil fue en seguida y negoció con ellas y ganó otras cinco mil. ¹⁷Así mismo, el que recibió dos mil ganó otras dos mil. ¹⁸Pero el que había recibido mil fue, cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor.

¹⁹»Después de mucho tiempo volvió el señor de aquellos siervos y arregló cuentas con ellos. ²⁰El que había recibido las cinco mil monedas llegó con las otras cinco mil. “Señor —dijo—, usted me encargó cinco mil monedas. Mire, he ganado otras cinco mil.” ²¹Su señor le respondió: “¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! En lo poco has sido fiel; te pondré a cargo de mucho más. ¡Ven a compartir la felicidad de tu señor!” ²²Llegó también el que recibió dos mil monedas. “Señor —informó—, usted me encargó dos mil monedas. Mire, he ganado otras dos mil.” ²³Su señor le respondió: “¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! Has sido fiel en lo poco; te pondré a cargo de mucho más. ¡Ven a compartir la felicidad de tu señor!”

²⁴»Después llegó el que había recibido sólo mil monedas. “Señor —explicó—, yo sabía que usted es un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido. ²⁵Así que tuve miedo, y fui y escondí su dinero en la tierra. Mire, aquí tiene lo que es suyo.” ²⁶Pero su señor le contestó: “¡Siervo malo y perezoso! ¿Así que sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido? ²⁷Pues debías haber depositado mi dinero en el banco, para que a mi regreso lo hubiera recibido con intereses. ²⁸»”Quítenle las mil monedas y dénselas al que tiene las diez mil. ²⁹Porque a todo el que tiene, se le dará más, y tendrá en abundancia. Al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. ³⁰Y a ese siervo inútil échelo afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes.” Mateo 25:14-30 NVI

LA MELANCOLIA Y LA TRISTEZA van de la mano con la pérdida de sentido en la vida, con no tener objetivos, propósitos ni metas dignas de ser alcanzadas. Las grandes naciones, poderosas y prósperas enfrentan serios problemas sociales causados

por la riqueza y el bienestar; la melancolía, la depresión, el aburrimiento, la pérdida de sentido en la vida. El escritor mexicano Octavio Paz ha dicho: la civilización occidental nos ha dado más cosas, no más ser.

La melancolía y la tristeza que desembocan en pereza y desgano son el lado oscuro de la historia del vendedor de los globos. Se dice que hace varios años un vendedor de globos ofrecía su producto en las calles de una gran ciudad. Cuando sus ventas bajaban un poco, soltaba un globo. Al flotar en el aire, se reunía una nueva multitud de compradores y su negocio se fortalecía por unos minutos. Alternaba los colores; primero soltaba un blanco, luego un rojo y después un amarillo. Al cabo de un tiempo, un pequeño le jalo la manga, miro al vendedor a los ojos y le hizo la siguiente pregunta: “Señor, si soltara el globo más feo y despintado, ¿subiría? El vendedor de globos miro al pequeño y con compasión, sabiduría y comprensión le dijo.” Hijo, lo que los hace subir es lo que está adentro de ellos”. Por más bello que sea el globo, sin gas, no subiría. Lo que está adentro de los hombres es lo que hace “subir”.

La pereza

La parábola de los talentos dedica siete versículos al mal empleado. Su pereza no es solo un defecto de su personalidad; responde a toda una manera de ver la vida: el fatalismo oriental, que minusvalúa el esfuerzo humano al considerar que todo depende de Dios. Es decir, al vivir los tiempos finales algunos pensaban que el hombre ya nada podía hacer, ¿para qué trabajar y preocuparse? En nuestra propia cultura hay expresiones populares que dan cuenta del fatalismo que aqueja muchas almas, el “ya ni modo” es eslogan que justifica el abandono de una actividad. Y qué la falta de responsabilidad en una actividad. Y qué decir del fatalismo que ha cautivado muchos corazones por los tiempos de crisis, las grandes deudas que aquejan a nuestras naciones y los problemas que se han convertido en tema de conversación cotidiana.

Igualmente fatalista la expresión del hombre común que afirma “ya ni modo”, como la del moderno hombre de grandes responsabilidades con una visión cerrada del futuro y de las posibilidades de toda una nación. Y ¿Qué decir del fatalismo en que caemos al abandonar una tarea en el reino, o cumplirla sin la energía espiritual que respira alegría?

El hombre y su tesoro

La parábola de los talentos habla de un Señor que al irse deja en manos de sus empleados sus tesoros. A cada uno reparte de acuerdo a sus capacidades, a uno cinco, a otros dos y al último uno. ¿De qué tesoro se trata? Algunos han señalado que el tesoro es la palabra de Dios, otros que es Jesucristo el Hijo, lo cierto es que la parábola no se centra en la descripción del tesoro. Es una parábola del reino, se trata de los tesoros del reino que todo cristiano ha recibido, podemos llamarles talentos, dones, ministerios, lo cierto es que cada hombre ha de tomar conciencia que desde que nace ha recibido tesoros de parte

del Señor: sus aptitudes naturales y, al integrarse a su pueblo carismas y tareas bien definidas en el cuerpo de Jesucristo.

Si la pereza es resultado de una visión fatalista de la vida, los discípulos son advertidos para no caer en tal actitud, que no solo conduce al descuido de los dones recibidos, sino a su pérdida y descomposición. Todos sabemos que el cerebro humano es una creación maravillosa de Dios, que su potencial es asombroso y que en un gran porcentaje nunca alcanzamos a utilizarlo a plenitud. Pero también sabemos que las células del cerebro que no se utilizan mueren y que los miembros de nuestro cuerpo que lleguen a quedar inmóviles pueden atrofiarse. Un globo que no se suelta nunca podrá elevarse y perderá su gas hasta desinflarse totalmente. Pero a diferencia del globo de la historia, el ser humano no sólo cuenta con el “gas espiritual” que Dios sopló en la nariz de Adán, cuenta con un propósito definido. Es decir, los talentos han de multiplicarse no por el hecho mismo de multiplicarlos, sino con un propósito definido en su vida. No “subir” de manera azarosa, sino “subir” con un propósito definido. La generación de riqueza material, cultural, espiritual en el mundo ha de llenar necesidades, debe responder propósitos bien definidos. La multiplicación de los talentos espirituales también: los bienes no son nuestros, son del Señor, ante él somos responsables. Así es que la vigilante fidelidad que se cuida de la pereza cuenta con tres grandes armas: el espíritu de Dios que es la energía que nos hace “elevarnos”, un propósito bien definido, es decir, tenemos una misión que cumplir en la perspectiva del reino y un criterio de acción, somos responsables de los talentos ante quien nos los dejó bajo custodia para multiplicarlos. En palabras el Apóstol San Pablo esta enseñanza se expresó de la siguiente manera: “ O ignorarías que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cuál tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio, glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en nuestro espíritu, los cuales son de Dios”. (1 Corintios 6:19)

Trabajo y responsabilidad

El amor protector de Dios no es razón de pereza o fatalismo, por el contrario, nuestro Señor estimula el trabajo y la responsabilidad. Es estímulo que encontramos en su Palabra, es motivación interior por su Espíritu y es sentido de vivir de acuerdo a la misión que nos ha encomendado. Y aún más, es saber que estamos participando en la tarea más importante de este tiempo, la transformación del mundo a fin de que se cumpla los propósitos con los que fue creado. Transformación en el poder del Espíritu que cambia la vida de los hombres, las familias, las ciudades y las naciones. Una tarea grande y gratificante, que cada cristiano debe cumplir en su propia parcela de acuerdo a los talentos que ha recibido, pero cuidándose de no enterrarlo con actitud de fatalista pereza. Al final de los tiempos el Señor tiene palabras de aliento y gratificación para los fieles que han sido vigilantes y responsables. La gracia de Dios no nos hace perezosos, sino seres activos que asumen la gran responsabilidad de los talentos

recibidos. Es para los siervos fieles para quienes el Señor ha deparado el gozo escatológico al que hace referencia la parábola de los talentos. Si la pereza es el enemigo de la riqueza, la mayordomía cristiana que es reproducción es testimonio de fidelidad vigilante. Amén.

Domingo 29 de noviembre de 1987

LA MISION DEL SERVICIO

Mateo 25: 31-46

³¹ »Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, con todos sus ángeles, se sentará en su trono glorioso. ³² Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará a unos de otros, como separa el pastor las ovejas de las cabras. ³³ Pondrá las ovejas a su *derecha, y las cabras a su izquierda.

³⁴ »Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: “Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. ³⁵ Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; fui forastero, y me dieron alojamiento; ³⁶ necesité ropa, y me vistieron; estuve enfermo, y me atendieron; estuve en la cárcel, y me visitaron.” ³⁷ Y le contestarán los justos: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ³⁸ ¿Cuándo te vimos como forastero y te dimos alojamiento, o necesitado de ropa y te vestimos? ³⁹ ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y te visitamos?” ⁴⁰ El Rey les responderá: “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí.”

⁴¹ »Luego dirá a los que estén a su izquierda: “Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. ⁴² Porque tuve hambre, y ustedes no me dieron nada de comer; tuve sed, y no me dieron nada de beber; ⁴³ fui forastero, y no me dieron alojamiento; necesité ropa, y no me vistieron; estuve enfermo y en la cárcel, y no me atendieron.” ⁴⁴ Ellos también le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, o como forastero, o necesitado de ropa, o enfermo, o en la cárcel, y no te ayudamos?” ⁴⁵ Él les responderá: “Les aseguro que todo lo que no hicieron por el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron por mí.”

⁴⁶ »Aquéllos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna. Mateo 25. 31-46 NVI

“LOS ANGELITOS DE LA CIUDAD” son los niños traga fuego, vende chicles, cirqueros de esquina. A los que llamamos marginados, pobres, huerfanitos, desamparados. Los que limpian vidrios a fuerza y ahora ofrecen libros en paquetes para que nadie se los compre. Jesús les llamo “pequeñitos”, los que tienen hambre, los que tienen sed y frio, los que han sido privados de su libertad, los enfermos. La literatura ha llamado a estos niños marginados “angelitos” porque: “De tantos pisotones, los niños de México se van muriendo, caen, caen en el primer barranco, en medio de los desperdicios, y al caer descubren que tienen alas. Y también se las descubren los adultos y por eso se las pintan en la caja o se las pegan antes de enterrarlos. Los entierran entre flores y cohetes porque son “angelitos”.”

El desafío de la urbe

La gran ciudad se nos viene encima en la inmensidad de sus carencias: agua, drenaje, electricidad, seguridad, transporte, recreación. Los recursos se agotan y en el

agotamiento el desperdicio es ofensivo. Cada ciudadano, cada habitante de la ciudad tiene un vecino, dos, tres, cien, mil, un millón, veinte millones de vecinos, de prójimos, con enormes necesidades humana de seguridad, recreación y salud. Padecemos ya en nuestro cuerpo el impacto de esta realidad, las enfermedades de las vías respiratorias adquieren carácter de epidemia por las inversiones térmicas que sufrimos. Las necesidades humanas son igualmente inmensas: las neurosis, la soledad, la agresividad, el frío y el hambre. Este es el cuadro que hemos llamado el desafío de la ciudad. La dureza a que nos conduce, la insensibilidad con que nos comportamos. ¿Quién conoce a los habitantes de esta urbe, a los angelitos de la ciudad, a los pequeñitos de Jesucristo? ¿A quién le preocupa el empobrecimiento de las relaciones humanas? Para el cristiano el prójimo cuenta, es decir el vecino, el más cercano. El Espíritu pone en el corazón de la iglesia sensibilidad al prójimo y le impele a volcarse en acciones de servicio que satisfagan las necesidades humanas, materiales y de afecto. En la perspectiva del juicio final hay palabras sobre las relaciones del discípulo con los marginados. Es palabra de fortalecimiento moral, porque lo que cuenta en el día del juicio son los hechos que dan testimonio de un espíritu de solidaridad. Tenemos una misión de servicio que cumplir.

El mundo de relaciones

El tema del texto nos confronta con una desafiante realidad. Hay un compromiso moral del cristiano con su prójimo. No somos islas en el mar de la urbe, Dios nos creó para ser- con otros. El prójimo cuenta. Ese angelito que comparte nuestro techo pero que desconocemos ¿Qué siente, que piensa, que anhela el ser que hemos traído al mundo? El ámbito de relaciones de la urbe inicia en el hogar. Todos nos necesitamos, anhelamos una mano que se tienda generosa, una mano de discípulo que se sepa responsable de su hermano, de su prójimo, de todo ser humano. En la perspectiva del fin Jesús advierte a sus discípulos que hay un compromiso moral que no pueden pasar por alto. El mundo de relaciones nos impele a aprender a-ser-con-otros. Es imperativo cristiano servir a todos los hombres. En la medida en que servimos, dibujamos nuestro carácter de discípulos, de cristianos, de seres humanos. La motivación del servicio debe ser clara: el amor a Cristo que constriñe nuestro corazón, la fe en Jesús de Nazaret que se dio a sí mismo para servir a la humanidad. Viviendo en la dimensión de su servicio se crece y se dignifica la propia humanidad. Esta narración puede ejemplificarlo: se dice que un hombre fue invitado a recorrer el cielo y el infierno, al empezar por el infierno encontró una enorme mesa adornada con los mejores manjares y a su alrededor una gran cantidad de comensales con rostros de amargura y endémicos por el hambre, en sus manos tenían amarrados enormes tenedores de un metro y medio, por lo cual les era imposible llevarse un bocado con sus manos a la boca. Enseguida el viajero fue conducido al cielo y encontró el mismo cuadro, solo que los que estaban a la mesa reían y comían con alegría. Al igual que los anteriores en sus manos tenían enormes tenedores de metro y medio, pero los habitantes del cielo habían aprendido a servirse unos a otros y

cada uno alimentaba a su vecino con facilidad. La lección es clara, el egoísmo del infierno les condujo a la amargura y al hambre, el servicio del cielo les permitió a todos alimentarse a satisfacción. El ser humano no es una isla que viva para sí, el Señor nos ha diseñado para vivir, soñar, sentir, ser con otros. El individualismo, el egoísmo son autodestructivos, nos conducen a la ruina, a la soledad y al fracaso. Dios nos ha creado para servirnos por amor unos a otros, no para servirnos de los otros.

Liberados para servir

Dios nos ha liberado para una existencia creadora al servicio de los demás. Jesús lleva la delantera en este camino y a sus discípulos nos ha dejado la tarea de discernir sus huellas en la vida cotidiana, en el mundo de relaciones de la urbe. Las palabras del gran juez y soberano del final de los tiempos nos permiten discernir su presencia en el otro, en el que sufre en el encarcelado, en el enfermo, en los niños y mujeres marginados social, económica, moral y afectivamente. Llamados a servir a los pobres y a los ricos empobrecidos por su satisfacción egoísta. Por ello la Palabra nos exhorta a que todo cuanto hagamos, lo hagamos como al Señor, y no a los hombres. El evangelio transforma la visión de la urbe. El Señor se identifica con los traga fuegos, limpiavidrios y desamparados de la ciudad; Jesús se identifica con la madre carente de cariño, con el padre que refugia su tristeza en el trabajo, con los hijos que buscan la primera oportunidad para salir del hogar y vagan por el mundo buscando un padre o una madre que les ame. En ellos está presente el Hijo del Hombre. Servirles es servirlo a él.

La ciudad demanda solidaridad, requiere hechos concretos de obediencia de la iglesia. Hechos que se entienden desde la realidad del reino que ha sido anunciado e inaugurado por Jesucristo. No se trata de un hecho aislado de amor, sino de un estilo de vivir en la dimensión del reino. Porque la presencia del reino se verifica en los frutos del reino que cada cristiano y cada comunidad de fe ha de verter de manera natural, dado que el espíritu de libertad ha transformado de tal manera el corazón que cambia el lenguaje de palabras, de actitudes y gestos, a fin de que sean instrumento vinculatorio y servicial en la perspectiva del Dios que ama y sirve. Cada hecho de la iglesia ha de dar testimonio de ser penetrado por el amor.

Todos tenemos un vecino a quien servir, un prójimo que está a nuestra mano para ser servido. Dar, cobijar, recibir, visitar, son verbos que expresan acciones concretas de servicio, en esta dimensión vivamos. Amén.

Domingo 6 de diciembre de 1987

LA MISIÓN ES ENTREGA

Mateo 26:1-5

“1Después de exponer todas estas cosas, Jesús les dijo a sus discípulos: 2 «Como ya saben, faltan dos días para la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para que lo crucifiquen.»

3 Se reunieron entonces los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el palacio de Caifás, el sumo sacerdote, 4 y con artimañas buscaban cómo arrestar a Jesús para matarlo. 5 «Pero no durante la fiesta —decían—, no sea que se amotene el pueblo.»

EL DESÁNIMO, el desaliento en el cumplimiento de nuestras tareas son fruto del descuido de la vida espiritual. Cuando el corazón arde como la zarza de Horeb que nunca se apaga, o rebosa como la copa del salmista, es fervor que se aviva por la presencia y acción del Espíritu en la vida de los creyentes. Dejar de orar, de meditar en la Escritura, de congregarse en la comunidad de los redimidos, tiene como resultado el desánimo y el desaliento, que son ahondados por la falta de apoyo, la crítica mordaz o el juicio descalificador de otros, que ociosos, gastan su vida aniquilando a otros.

Ante la confabulación, la entrega

Al terminar Jesús de compartir con sus discípulos el sermón que conocemos como el Apocalipsis de Mateo; al concluir el evangelista la narración de los grandes discursos de Jesús, el Maestro anuncia a los que le siguen su entrega y su crucifixión. En contraste con el anuncio de Jesús, Mateo describe la reunión secreta de las autoridades judías en el patio del Templo. Su resistencia y oposición a Jesús llega a su clímax. Buscan ocasión para matarle. Jesús ha identificado con claridad las carencias de las autoridades judías: su legalismo extremo, su ignorancia de las Escrituras, su hipocresía, la dureza de su corazón, su ceguera espiritual. Una y otra vez han sido resistentes a las palabras de Jesús, a las señales del Reino que acompañaron su ministerio, a su enfrentamiento permanente a la forma como Jesús vivió su identidad mesiánica. Este proceso de incomprensión y choque llega ahora a desembocar en una confabulación para darle muerte. Jesús nos muestra ante los enemigos de su Reino y su ministerio que la misión se cumple con entrega... a pesar de todo. A pesar de los odios asesinos, a pesar de las confabulaciones, a pesar de las incomprensiones, hay que entregarse en la misión recibida.

Podemos identificar las amenazas que se ciernen sobre el cumplimiento de la misión que la iglesia ha recibido de parte de su Señor. Ciertamente hemos señalado que el desánimo y el desaliento son sentimientos que nos paralizan en el cumplimiento de las tareas. De esto hay suficientes antecedentes en la Escritura, el mismo pueblo de Israel, caminando por el desierto y sufriendo las privaciones del mismo, anhelaban regresar a la mínima comodidad que disfrutaban en Egipto, oponiéndose a Moisés y despertando un

deseo de retroceso que el siervo del Señor enfrentó con decisión. Habría que seguir adelante, porque la misión es entrega... a pesar de todo. Asimismo cuando estaba ya a la vista la tierra prometida y enviaron espías para que reconocieran al enemigo, regresaron desmoralizados, con sus inspecciones, porque vieron gigantes y se sintieron menos y les paralizó. Y también podemos señalar al mismo Moisés quien le reclama a Dios el haberle enviado a un pueblo duro de cerviz e incircunciso de corazón. Y los nombres de los grandes profetas y líderes del pueblo de Dios pueden ser añadidos a esta lista y reconocer que en ellos el cumplimiento de la misión en su entrega personal fue posible por el don de la fe, que les permitió caminar como viendo hacia el invisible y descansando en las promesas de Dios. Porque cuando el desánimo y la frustración asoman, hay que orar y leer la Palabra, permanecer en el compañerismo, para que la fe se restablezca, se afirme y se acreciente bajo el cuidado del divino Espíritu de Dios en la comunidad de los fieles. En medio de las confabulaciones y los odios que la entrega despierta, hay que cumplir la misión a pesar de todo. Y ese a pesar de todo es, en muchas ocasiones, a pesar de nosotros mismos.

¿Quién podría desconocer los llantos amargos del rey David, cuando se vio en las palabras del profeta Natán y tuvo que clamar a Dios que le volviera el gozo de su salvación? ¿O quién podría olvidar la exclamación del apóstol San Pablo quien dijo: miserable de mi, quien me librá de este cuerpo de muerte? Porque en muchas ocasiones hay que cumplir la misión con entrega a pesar de nosotros mismos.

En la dimensión de la misión como entrega también debemos recordar las carencias familiares con que muchos cumplen sus ministerios. Como es el caso del profeta Oseas quien sufrió una esposa infiel; o el patriarca Abraham la incredulidad de Sara, quien se sonrió ante la promesa de tener un hijo, o la mudez de Zacarías ante su incredulidad al anuncio del ángel sobre el embarazo de Elisabet su mujer. Ciertamente que los hogares también son blanco del enemigo y en ellos debemos superar deficiencias de carácter, incredulidad, luchas. El gran tesoro de la proclamación del Evangelio está ciertamente en vasos de barro, para que la honra sea a Dios y en ninguna manera sintamos que alguna virtud humana es digna de recibir reconocimiento en el cumplimiento de la misión, porque la misión es entrega a pesar de todo.

Entrega de vida

La iglesia primitiva tuvo como ejemplo digno de seguir y de imitar en todo a su Señor Jesucristo. Pablo mismo señala que hemos de identificarnos con su muerte y con su resurrección. Jesús nos muestra el significado de la entrega, es entrega de una ofrenda de vida por amor. Es decir, Jesús estuvo dispuesto a ir a la cruz, por amor a los hombres, pero también por obediencia a su padre celestial. Así es que si somos carentes de amor, aun nos queda el recurso de la obediencia, ahí tenemos el don del amor que todos hemos recibido desde que creímos. La misión cristiana se manifiesta en el amor de la iglesia y en la obediencia de la iglesia. Pero es entrega de vida, para no caer en el engaño de quien

podría entregar sus bienes o su propio cuerpo como sacrificio, pero no entrega de vida, entregando su corazón en un intenso amor por el Señor y por los hombres.

Dos elementos quisiera recordar de esta entrega. Es, en primer lugar, entrega como humillación, como solidaridad, como hacerse con los otros en una misma necesidad de Dios y de su amor. Pablo dice: me hice a todos como todos para ganar a algunos y de Jesús sabemos que se hizo hombre-siervo por amor a los hombres, para redimirles, salvarles, dignificarles con el amor de Dios y entregarles el don de una existencia plena en su Reino y de lucha en la presente era. En segundo lugar, no podemos soslayar el hecho de que el cumplimiento de la misión es entrega a pesar de la cruz. Es decir, toda misión tiene una cuota de sufrimiento, de dolor y de ocasión de muerte, cuyo sentido cobra valor en la perspectiva de la redención, la liberación de los hombres. Una y otra vez la sangre de los mártires es el abono de la misión. Sin entrega sacrificial poco o nada fructifica. Porque es preciso que el grano de trigo caiga y muera para que lleve mucho fruto.

Frente al desafío misionero que ha sido una constante en la historia de la Iglesia, es preciso recordar que la misión de siembra de iglesias, de evangelización, de educación, de adoración, de servicio, no puede ser cumplida si no se da en la perspectiva de la misión como entrega a pesar de todo. Es el nivel de ánimo espiritual y compromiso misionero que Dios ha puesto como llamamiento a su iglesia. A ella le toca asumir esta vocación y comprometerse en cada acción.

Domingo 13 de abril de 1987

LA MISIÓN ES ENTREGA DE AMOR

Mateo 26:6-13

“6 Estando Jesús en Betania, en casa de Simón llamado el Leproso, 7 se acercó una mujer con un frasco de alabastro lleno de un perfume muy caro, y lo derramó sobre la cabeza de Jesús mientras él estaba sentado a la mesa.

8 Al ver esto, los discípulos se indignaron.

—¿Para qué este desperdicio? —dijeron—. 9 Podía haberse vendido este perfume por mucho dinero para darlo a los pobres.

10 Consciente de ello, Jesús les dijo:

—¿Por qué molestan a esta mujer? Ella ha hecho una obra hermosa conmigo. 11 A los pobres siempre los tendrán con ustedes, pero a mí no me van a tener siempre. 12 Al derramar ella este perfume sobre mi cuerpo, lo hizo a fin de prepararme para la sepultura. 13 Les aseguro que en cualquier parte del mundo donde se predique este evangelio, se contará también, en memoria de esta mujer, lo que ella hizo.» NVI

¿CUÁL ES LA SOLUCIÓN A LOS PROBLEMAS DEL HOMBRE? La Iglesia ha confesado a través de los siglos: “Cristo es la única esperanza”. Y lo es porque es la ofrenda del amor de Dios a la humanidad. La Biblia dice que Dios amó al mundo de tal manera que dio a su único hijo, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Cristo es la ofrenda del amor de Dios, su bálsamo, el perfume con el que nos ha cubierto generosamente. Por grandes y profundas que sean las necesidades humanas, Cristo es suficiente para dar agua al sediento y pan al hambriento, agua viva que nunca se agota y que corre desde el interior como ríos de agua viva.

Cristo está en donde lo necesitan

En la ciudad de Betania, una aldea a pocos kilómetros de Jerusalén, en la casa de un hombre que ha sido sanado de su lepra y que se llamaba Simón. Comparte con él en el calor de su hogar, o tal vez en la soledad de un leproso. Está en donde se le necesita. Hasta ahí llega la mujer que busca al Maestro. Jesús está en donde lo necesitan y es accesible a los necesitados.

La misión de la iglesia se da con perspectiva universal: en todo tiempo y en todo lugar. El objetivo de la misión de la iglesia es hacer discípulos a través de todas las naciones. La Biblia enseña que cada cristiano es un misionero porque ha sido llamado a mostrar en su vida la fuerza del amor de Dios que transforma, regenera, reconcilia, restaura. Dondequiera que haya un discípulo, ahí se da una vocación misionera que ha de verterse en acción misionera en su campo de influencia. Hay ciertamente misiones

geográficas, pero también las hay de influencia, es decir, con todos aquellos con quienes compartimos nuestra vida, nuestro tiempo, nuestras actividades cotidianas. Hablamos más que de una misión geográfica, de una misión relacional. Porque si ciertamente Jesús estuvo en la ciudad de Betania, su presencia se dio en el hogar de alguien que había sido alcanzado por sus hechos de misericordia. Su cuerpo había sido sanado y ofrece su propio hogar para que la mujer pueda acercarse a Jesús. Estamos en el ámbito de la acción misionera cuyo principio es estar en donde se es necesario y ser accesible a quienes nos solicitan. Aquí no hay predicación, sino proclamación de vida con presencia y entrega. La acción misionera se da en la manifestación de los hechos de misericordia, la sanidad del leproso, el compartir su casa, el participar de su mesa, el ser accesible a otros.

La acción misionera se da en gestos de amor

El relato de Mateo describe la actitud de una mujer que se acerca al Maestro no buscando recibir salud corporal, no busca satisfacer más que su propia necesidad de honrar al Maestro. Si esta mujer es María, la hermana de Lázaro o una mujer pecadora, en cualquier caso podemos afirmar que su gesto de amor generoso que da y no pide, ofrece y no solicita, honra y no busca su propio bien. La misión de la iglesia tiene como centro de su proclamación el hacer memoria de la acción de esta mujer, que simboliza la actitud de quienes se han adherido al amor del Maestro, darse en ofrenda generosa, abundante, tal vez, excesiva de amor.

El ser accesible a la mujer y al derramamiento del ungüento es un hecho de misericordia de Jesús que dignifica a la mujer, porque le permite no sólo recibir, sino también dar y dar lo mejor, lo especial, lo más caro. Hay una gran lección para la iglesia en la actitud de esta mujer. La acción misionera es entrega de amor que *da*, porque más bienaventurado es dar que recibir. La forma en como lo da es aún testimonio mayor, con reverencia y respeto se acerca, derrama el ungüento y lo aplica con solicitud. Es un dar en amor, no por mera filantropía, no porque le sobra, sino porque ama.

Una iglesia misionera sabe dar y sabe dar con amor, considerando una ofrenda al Señor todo aquello de lo que nos desprendemos para bien de quienes necesitan o para bien de la adoración al Señor. Nuestro santuario, el culto, los implementos del mismo, la manera como venimos a adorar, son un testimonio del amor o el desdén con el que vemos al Señor. ¿Traemos el mejor ungüento? ¿Lo hacemos con amor? ¿Nos preparamos en nuestro corazón y en nuestro cuerpo para encontrarnos con el Señor? Porque la perspectiva bíblica del hombre no acepta la diferencia entre lo interior y lo exterior, para Dios todo el hombre es importante, lo que lleva dentro y lo que lleva fuera. Y al actuar misioneramente cada día debemos recordar que la misión se da en hechos de misericordia que testifiquen de la generosidad de un corazón que ama. Si los cristianos del tiempo de Mateo debían justificar el dinero que invertían para el culto y la adoración, siendo confrontados por quienes se preocupaban por los pobres, recordaron que Jesús aceptó la

ofrenda de amor de esta mujer y a su vez nos enseñó que siempre podemos ejercer misericordia con los pobres. Lo suntuario sin servicio no agrada a Dios, el servicio sin adoración tampoco. La reprimenda de los discípulos no tiene lugar. Jesús acepta los hechos de amor que se vierten en ofrendas generosas. ¿Representó para la mujer un sacrificio? Probablemente sí, pero fue un acto de amor que valió su precio y su costo. La obra misionera dignifica al ser humano porque le da y le enseña a dar. Jesús se dio a sí mismo y enseñó a sus discípulos la grandeza del servicio, Jesús se ofreció a sí mismo y enseñó a sus discípulos que más bienaventurado es dar que recibir.

¿Cuál es la solución a los problemas del hombre? Aprender a dar en amor. Aprender a darse en amor. Es restauración del carácter y de los valores humanos que es obra de la Palabra y del Espíritu y de la acción pastoral de la iglesia. Jesús no nos salvó para convertirnos en seres que sólo saben extender la mano, él nos ha restaurado para que vivamos en la dimensión de su amor generoso, recordando el ejemplo de esta mujer, que supo dar y dar en y por amor.

Acción misionera trascendente

Las grandes batallas de los generales, las grandes obras intelectuales, los grandes edificios y las grandes fortunas descansan en el olvido. El unguento de esta mujer ha trascendido veinte siglos de historia, porque fue un hecho generoso de amor a Jesús. Esta mujer ignoraba seguramente el significado de su acto, pero Jesús afirmó que así se le preparaba para la sepultura, es decir, le da sentido en su muerte. Porque todos los actos de amor de la iglesia sobran sentido en la muerte de Jesús, es decir, es por su sacrificio, por su entrega, por su cruz, que la acción misionera de la iglesia tiene eficacia. Porque no es por nosotros mismos, sino por lo que Jesús ha hecho. Es por su entrega que sabemos lo que es el amor, el perdón, la salvación, la reconciliación, la restauración. En su entrega es que la nuestra es eficaz. Debemos recordar el hecho de esta mujer, porque su amor se engrana con el amor de Dios que es amor redentor.

De esta entrega.

Es, en primer lugar, entrega como humillación, como solidaridad, como hacerse con los otros en una misma necesidad de Dios y de su amor. Pablo dice: me hice a todos como todos para ganar a algunos y de Jesús sabemos que se hizo hombre-siervo por amor a los hombres, para redimirlos, salvarlos, dignificarlos con el amor de Dios y entregarles el don de una existencia plena en su Reino y de lucha en la presente era. En segundo lugar, no podemos soslayar el hecho de que el cumplimiento de la misión es entrega a pesar de la cruz. Es decir, toda misión tiene una cuota de sufrimiento, de dolor y de ocasión de muerte, cuyo sentido cobra valor en la perspectiva de la redención, la liberación de los hombres. Una y otra vez la sangre de los mártires es el abono de la misión. Sin entrega sacrificial poco o nada fructifica. Porque es preciso que el grano de trigo caiga y muera para que lleve mucho fruto.

Frente al desafío misionero que ha sido una constante en la historia de la Iglesia, es preciso recordar que la misión de siembra de iglesias, de evangelización, de educación, de adoración, de servicio, no puede ser cumplida si no se da en la perspectiva de la misión como entrega a pesar de todo. Es el nivel de ánimo espiritual y compromiso misionero que Dios ha puesto como llamamiento a su iglesia. A ella le toca asumir esta vocación y comprometerse en cada acción.

Domingo 13 de abril de 1987

DIOS TRANSFORMA LOS ACONTECIMIENTOS

Mateo 26:14-16

“14 Uno de los doce, el que se llamaba Judas Iscariote, fue a ver a los jefes de los sacerdotes.

15 —¿Cuánto me dan, y yo les entrego a Jesús? —les propuso.

Decidieron pagarle treinta monedas de plata. 16 Y desde entonces Judas buscaba una oportunidad para entregarlo.» NVI

DIOS ESTÁ PRESENTE en los acontecimientos de la historia consumando el drama de la redención del hombre, del mundo y de la propia historia. ningún acontecimiento escapa a su voluntad. En este pasaje su amor se entreteje a pesar del hombre, transformando un hecho de traición en el acto de entrega del Hijo por el Padre.

La entrega

Jesús actúa desde sí mismo en la entrega que pacta con los principales sacerdotes. Judas es responsable de ese acto, por él habrá de responder. Mateo subraya que dados ciertos acontecimientos, a saber, su ungimiento en Betania y el anuncio de su muerte, Judas toma la decisión de entregarlo, pactando criminalmente con las autoridades religiosas de Israel, que habían estado buscando ocasión de matarlo. Al final del ministerio del Señor, marcado por el acto de amor generoso de la mujer y el anuncio de su muerte, se preludia la manifestación del discípulo traidor.

La búsqueda de Judas

La descripción de la entrega que procura Judas se desarrolla en tres búsquedas: busca a los sacerdotes, busca una recompensa y busca la oportunidad para entregarlo. El fin que persigue está centrado en él mismo, sus propios intereses, que al creer frustrados, desencadenan una acción devastadora, de una trascendencia oculta a los ojos de su propio autor. Su pacto con los enemigos del Hijo de Dios, deja aflorar sus intereses particulares, centrados en una recompensa económica en la que muchos han visto reflejada su codicia y avaricia y la estrategia de quien ha pasado de amigo a enemigo, buscando la ocasión en que pueda consumir su entrega. Aquí hay todo un cuadro de lo que se entreteje en la acción de quien abandona su fe, abandona a su Maestro, elude la cruz y la muerte: pacta con los enemigos del Hijo de Dios, busca una recompensa y espera la oportunidad de consumir su traición. Es una búsqueda de muerte que responde al yo que se ha enseñoreado del corazón.

Motivaciones ocultas y manifiestas

Las acciones humanas nacen de necesidades y de valores. Judas manifiesta necesidades y valores al actuar en complot con los principales sacerdotes. ¿Qué ha sucedido con su discipulado, había logrado tocar sus necesidades y sus valores? O tal vez Judas había aprendido un comportamiento pero no había permitido que la Palabra tocara sus valores y necesidades. La conversión con que se inicia el camino del discipulado ha sido definida como un cambio de lealtad. Ser cristiano es, en este sentido, poner la lealtad en Jesucristo. Cifrar en él nuestras metas y objetivos en la vida, asumir sus valores. Las treinta monedas de plata que Judas acepta por la vida de Jesús son testimonio de su incapacidad para percibir las palabras de su Maestro, su concepción mesiánica era tan fuerte que no le permitía entender lo que Dios estaba revelando de su mesías en Jesucristo. Las motivaciones de nuestras acciones que son controladas por el yo, o por el diablo, tienen su fin en nosotros mismos y un fin que termina autodestruyendo, porque el ego es tan grande que todo lo ahoga., despertando violencia y recelo hasta con el hijo de Dios. Por ello nuestro Señor dijo: el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo. Judas no se negó y actuó en el sentido de su propio corazón.

¿Dónde estaba Dios?

El Señor de la historia y del mundo es actor principal de los acontecimientos centrales de la historia de la redención. Mateo subraya la presencia divina cuando cita la profecía de Zacarías, refiriendo las treinta monedas de plata, precio de un esclavo. Es decir, en la palabra profética Mateo ve el anuncio del precio a pagar por la vida del Hijo de Dios. Ciertamente Judas actúa de acuerdo a su corazón: que el diablo estaba presente es indudable, como más adelante quedará claro; pero que Dios estaba presente es una verdad indubitable. Dios no está al margen de la historia ni de la vida del Hijo, ni de la vida del hombre. Dios actúa en la historia con un propósito redentor. Dios estaba entregando al hijo en mano de los pecadores, al permitir el desenlace de los acontecimientos que lo llevarían a la cruz.

Dios transforma para redención

Jesús está frente a los acontecimientos más dolorosos de su ministerio. En Jerusalén le espera la humillación, el abandono del Padre y de la cruz. Judas ha pactado con los sacerdotes y en breve tendrá ocasión de consumir su maldad. Es una historia de dolor, traición y muerte, lo que rodea los últimos días de Jesús. Pero el amor de Dios por el hombre está detrás de todo ello. El amor que transforma la muerte en vida, la traición en entrega, la cruz ignominiosa en el símbolo del amor entrega. El señorío de Dios sobre la historia es con el propósito de transformar el sentido de los acontecimientos, a fin de que estos redunden en su propósito redentor. Dios actúa a pesar de la maldad humana, a pesar de las fallas de los discípulos, a pesar de las debilidades de quienes le siguen. A pesar de los propósitos de Judas, Dios transforma su traición en el acto de entrega de amor de Dios al mundo, sacrificando a su Hijo. Esto no exime de responsabilidad a Judas, ni

deja la puerta abierta para acciones diabólicas con propósito asesinos, pero si testifica que Dios está presente en la historia humana para consumir sus propósitos de amor, salvación, redención, restauración. Jesús va a la cruz por la entrega del traidor, porque es su acción la que lo lleva a ella, y por él, porque a pesar de su traición, lo ama, como ama a los judíos que gritan que sea crucificado, y ama a los soldados que le humillan la noche anterior. El amor de Dios puede cubrir la ignominia con redención, el odio con amor, el egoísmo con entrega.

Dios transforma los acontecimientos y los corazones de los hombres imprimiéndoles un sentido de redención y una visión de Reino. El discípulo lucha en contra de su yo, en contra de sus propias maneras de entender la realidad y en contra de las fuerzas enemigas de Dios que pretenden destruir su obra. Dios transforma la entrega asesina de Judas en su entrega de amor; el propósito de su muerte es propósito de vida y en esta misma dimensión actúa en la historia personal y en la historia humana. Dios está comprometido con la vida y con el hombre.

Dios transforma la traición de Judas, -al consumarse en la muerte del Hijo en la cruz-, en la manifestación de su amor, al entregar a su Hijo para redención del hombre. Ese acto central en la historia de la redención, es el que puede transformar los acontecimientos y los corazones de los hombres. En su cruz Jesús cargó las enemistades y los pecados de los hombres. En su cruz el pagó la culpa que todos tenemos, porque “no hay justo ni aún uno”. Y es por su cruz que él nos ha salvado de la muerte, del odio y de la traición, para vivir en la dimensión de su amor redentor. Por ello, hay que mantener nuestra vista en el Hijo amado, no quitando de él nuestro corazón, porque dar lugar al diablo tiene consecuencias de muerte que no debemos olvidar; pero depositar en él nuestra fe es creer que Jesús puede transformar cada acontecimiento de nuestra historia en la perspectiva de su Reino y para consumación de su redención. Amén

Domingo 27 de diciembre de 1987

LA NUEVA ALIANZA

Mateo 26:17-29

“17 El primer día de la fiesta de los Panes sin levadura, se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: —¿Dónde quieres que hagamos los preparativos para que comas la Pascua?

18 Él les respondió que fueran a la ciudad, a la casa de cierto hombre, y le dijeran: «El Maestro dice: “Mi tiempo está cerca. Voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos.” » 19 Los discípulos hicieron entonces como Jesús les había mandado, y prepararon la Pascua.

20 Al anoecer, Jesús estaba *sentado a la mesa con los doce. 21 Mientras comían, les dijo: —Les aseguro que uno de ustedes me va a traicionar.

22 Ellos se entristecieron mucho, y uno por uno comenzaron a preguntarle: —¿Acaso seré yo, Señor?

23 —El que mete la mano conmigo en el plato es el que me va a traicionar —respondió Jesús—. 24 A la verdad el Hijo del hombre se irá, tal como está escrito de él, pero ¡ay de aquel que lo traiciona! Más le valdría a ese hombre no haber nacido.

25 —¿Acaso seré yo, Rabí? —le dijo Judas, el que lo iba a traicionar.

—Tú lo has dicho —le contestó Jesús.

26 Mientras comían, Jesús tomó pan y lo bendijo. Luego lo partió y se lo dio a sus discípulos, diciéndoles: —Tomen y coman; esto es mi cuerpo.

27 Después tomó la copa, dio gracias, y se la ofreció diciéndoles: —Beban de ella todos ustedes. 28 Esto es mi sangre del pacto,^[a] que es derramada por muchos para el perdón de pecados. 29 Les digo que no beberé de este fruto de la vid desde ahora en adelante, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre.» NVI

DIOS PERDONA al pecador. La antigua alianza establecía que para que el pecador obtuviera el perdón debía presentar un sacrificio, un holocausto que el sacerdote ofrecía al Señor como su intermediario. La carne del cordero era quemada y su sangre derramada en el sacrificio. Permanentemente el pueblo de Israel debía presentar sacrificios a Jehová. La antigua alianza expresaba el pacto de Dios con los patriarcas y la salida de Israel de la cautividad en Egipto, hecho que dio lugar a la institución de la fiesta de la Pascua. Durante esa festividad recordaba el pueblo la muerte de los primogénitos

egipcios y cómo Dios los había sacado de su servidumbre y opresión. Es una celebración de la vida y la liberación.

La inminencia del fin en el ministerio de nuestro Señor Jesucristo se respira en los últimos capítulos del Evangelio de Mateo. El desenlace está a la puerta y en los discípulos hay temor a la catástrofe que se avecina. Jesús desea celebrar una Cena Pascual con sus íntimos. Sabe que su tiempo está cerca. La inminencia de su sacrificio cubre esta última reunión de mesa. Judas es convidado como uno de los doce, en la exclamación de su Maestro. En la intimidad de esa reunión, bajo la incertidumbre del futuro y el temor a lo que viene, turbados los discípulos por la traición, Jesús instituye la nueva alianza en un espíritu de dolor sacrificial. El pan y la copa son los símbolos de la nueva alianza, el nuevo pacto, el Nuevo Testamento, que en Jesucristo Dios ha preparado para el hombre.

El pecado como distanciamiento

La transgresión de la ley de Dios distancia al hombre de su Creador. El Pacto de Dios con Israel les comprometía a vivir en la integridad de su fe y en la obediencia de sus estatutos. Por eso las familias judías eran instruidas a la luz de la ley, enseñándola, guardándola, escribiéndola, repitiéndola. El alma de las familias judías debía ser cubierta por la palabra para que su fruto germinara en bendición. El distanciamiento de Israel es el olvido de la ley, el descuido de los estatutos o la rebeldía de la desobediencia. Como una mala esposa que abandona a su marido, un hijo que deja el hogar o un pueblo que rompe el pacto, Israel se distanció de Dios y se alejó de la llama que mantenía ardiendo su fe y su esperanza. El distanciamiento de Dios se entrelazó con el distanciamiento de su prójimo y con una permanente y pronunciada caída moral y espiritual. La ley les hacía conciencia de pecado y les llevaba de la mano por el camino del Señor. Pero su observación externa, como los fariseos, se había transformado en una carga difícil de llevar que oprimía y esclavizaba. Así que ya no se trataba de observar la ley de esta manera, dado que en el cumplimiento de los tiempos ésta había cumplido su cometido, llevar a los hombres a Cristo, su plenitud, su fin.

Judas es el tipo de hombre que sufre el impacto del pecado, Jesús le ofrece la plenitud y él busca su aniquilación, renuncia a su posibilidad de ser en el Reino de Dios. Las fuerzas del infierno se apoderan de su alma y su corazón y camina en sentido contrario al del Reino de Dios, aún en el intimidad, escucha de Jesús la confirmación de su propósito.

Comunión con Él

La ley del Antiguo Pacto establecía los ritos que el pueblo debía cumplir para reconciliarse, servir al Señor, estar en comunión. Debía ofrecer ofrenda y holocausto por el perdón de sus pecados, echar mano del sacerdote para que el gran día de la expiación los pecados del pueblo fueran perdonados y así se restableciera la comunión con Dios.

Pero también Israel escuchó una y otra vez la llamada de los profetas a que se arrepintieran de corazón, dejaran sus malos caminos y buscaran al Señor.

Jesús, en la misma festividad de la Pascua, en la conmemoración de la vida y la liberación, revela el propósito de Dios para restablecer una nueva alianza, ahora con todos los hombres, que restaure la relación rota por el pecado. Porque los hombres han amado sus tinieblas, como lo hizo Judas, el discípulo traidor. Jesús habló de su cuerpo como el pan que es partido y nos invita a comer de él y beber de su sangre que es el vino que nos invita a beber. Que su cuerpo es partido y su sangre derramada es una realidad consumada en la cruz del Calvario, e invitación para que a través de su sacrificio podamos restablecer la comunión con su Padre celestial. La Cena entraña rompimiento de pan y derramamiento de sangre, un cuerpo molido y un madero manchado por las gotas de la sangre de un hombre justo son el testimonio del amor redentor de Dios a pesar de la obstinación humana de aniquilar su esperanza de plenitud, se ha decidido a otorgarle el regalo de la vida y de la liberación. No hay otra manera de vivir en los designios de Dios ni de acercarnos a él que a través de la comunión con toda la personalidad del Hijo y especialmente en la aceptación de su sacrificio expiatorio. Es él ahora el Cordero que se ha sacrificado voluntariamente para el perdón de los pecados de todos los hombres. Es Jesús quien ha estado dispuesto a sacrificar su vida para que nosotros podamos acercarnos a él, encontrar la vida y la liberación. El pan y el vino son los signos de este nuevo pacto que en Jesucristo Dios establece con la humanidad.

Para remisión de pecados

Remitir es abrogar una deuda, condonar un castigo. Es un término jurídico que nos permite entender que nuestro Dios ha condonado nuestra deuda al cobrarla en el sacrificio de Jesucristo. Que la realidad del hombre es el pecado es tan cierto como que esta realidad del hombre es el pecado es tan cierto como que esta realidad es transformada por la gracia de Dios en el perdón y salvación. Para todo aquel que vive cansado por el peso de su pecado, Dios tiene una palabra de aliento, hay perdón para todos, el perdón nos ha alcanzado a cada uno de quienes hemos aceptado vivir en comunión con él.

Una celebración expectante

Cada vez que la iglesia de Jesucristo participa en esta celebración, al conmemorar el sacrificio de Jesucristo por nuestros pecados, lo hace con la conciencia de su promesa de volverlo a hacer en la consumación del reino del Padre. Es decir, en la celebración de la cena, de la nueva alianza, se hace en conmemoración del hecho histórico de la muerte de Jesús, del acontecimiento personal en que cada uno lo ha hecho una realidad para sí mismo y lo hace con la esperanza de que la novedad de vida, de perdón, de liberación y salvación vendrá a su cumplimiento pleno en Jesucristo. Es decir, que la conmemoración

de la Cena tiene una dimensión futura, en la esperanza de que un día no muy lejano le veremos tal cual Él es y participaremos con Él de este gran banquete celestial.

La plenitud humana solo es posible en Jesucristo. No es la ley, ni las obras, ni los sacrificios lo que dan al hombre su plenitud. No es posible eludir la cruz ni el sacrificio de Cristo. Es en Él y en su muerte expiatoria que el hombre puede vivir plenamente, en vida eterna que es vida con calidad de Reino. Jesús es el pan de vida, sólo él que come de él no tendrá hambre y es él la fuente de agua viva que nunca se agota y que brota del mismo seno de Dios para calmar la sed de los hombres. Hay una decisión que tomar en la conmemoración de su sacrificio, es un anuncio que ha de movernos a la salvación, a la reconciliación.

Domingo 3 de enero de 1988

¿CÓMO VENCER LA DESILUSIÓN?

Mateo 26:30-35

“30 Después de cantar los salmos, salieron al monte de los Olivos.

31 —Esta misma noche —les dijo Jesús— todos ustedes me abandonarán, porque está escrito: »“Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño.” 32 Pero después de que yo resucite, iré delante de ustedes a Galilea.

33 —Aunque todos te abandonen —declaró Pedro—, yo jamás lo haré. 34 —Te aseguro —le contestó Jesús— que esta misma noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces. 35 —Aunque tenga que morir contigo —insistió Pedro—, jamás te negaré.

Y los demás discípulos dijeron lo mismo.» NVI

EL HOMBRE cifra sus ilusiones en lo que le da seguridad, satisfacción y prestigio. Le ilusionan los bienes de este mundo, terminar una carrera profesional, sacar adelante a sus hijos. En ocasiones se ilusiona con seres humanos: el ser amado. Y qué decir del día del matrimonio, o la posibilidad de una vida mejor. Muchas de estas ilusiones se derrumban como castillos de arena porque hay factores que no están en sus manos controlar: una crisis económica que daña sus bienes materiales y le obliga a abandonar sus estudios, a posponer sus planes; la enfermedad que llega inesperadamente y todo lo aniquila; o descubrir que el hombre no es lo que suponía, ni su prójimo lo que esperaba. Lo cierto es que la ilusión va de la mano de la desilusión. Como el blanco del negro, la luz y la oscuridad. Un ser ilusionado corre el riesgo de la desilusión. Pero en la desilusión está latente la posibilidad de construir ilusiones mejor fincadas, maduras, de fe. Alguien ha dicho que se necesita valor para ver en las ruinas de un desastre, que nos mortifica, humilla y traba, los elementos del futuro éxito. Pedro y los discípulos necesitaban más que valor, fe, para ver en su desilusión, Dios estaba fraguando la esperanza de toda la humanidad.

¿Dónde estamos?

Hay hombres que se desilusionan y hay otros que son desilusionados “por naturaleza”. Hablemos de la desilusión como un problema espiritual, cuando decae la fe, se pierde la esperanza, se cae en derrotismo de ánimo y visión.

Es indudable que el Apóstol Pedro era un hombre valiente, que su intención de mantenerse leal a su Maestro, venga lo que venga, es de una profunda sinceridad. No en balde carga la espada —como lo refiere Juan—. Con la que herirá al soldado romano. Su voluntad es firme y su fidelidad a costa de su propia vida. ¿Por qué Jesús le advierte que se escandalizará de él y le negará? La conmoción de ver al mesías como Pastor herido aniquilará lo más profundo de sus ilusiones. Pedro y los apóstoles están dispuestos a

luchar por su causa y sufrir el dolor físico de su propia muerte. Pero ¿cómo podrían enfrentar el dolor espiritual de ver a su Maestro dejarse prender e ir a la cruz con mansedumbre? Pedro estaba listo para luchar con la espada y dar su vida en contra de quienes procuraban matar a su Maestro, pero fue inmensamente grande su conmoción, su escándalo, al constatar que su Maestro no solo no sacaba la espada, sino que le reprendía por hacerlo, entregándose voluntariamente. ¿Qué pensaba Pedro? No lo sabemos, tal vez veía cobardía en la entrega de Jesús o defección a su misión. Lo cierto es que el impacto fue terrible y antes de que cantara el gallo, le negó tres veces.

Quien no se niega a sí mismo, termina negando a Jesús. Quien mantiene sus ilusiones por encima de su fe y a pesar de ella termina en la más profunda desilusión. Hay que negarse a sí mismo para vencer la desilusión. La afirmación de que Pedro tenía una exagerada confianza en sí mismo y que esa confianza le llevó a caer estrepitosamente, es un juicio que tal vez descubre el velo de su personalidad, pero no toca el fondo de su caída. Pedro sufrió una desilusión de fe, al querer sustituir la negación espiritual por el sufrimiento corporal. Es mucho más fácil sufrir en la carne que sufrir en el espíritu. Pedro estaba dispuesto a morir con Jesús, pero no a morir a su yo, a sus ilusiones y a su propia naturaleza. Cuando el hombre se afirma a sí mismo, por nobles que sean sus propósitos, desemboca en la defección. Esta misma enseñanza subyace en las palabras del Apóstol San Pablo cuando afirma que bien podríamos ofrecer nuestro cuerpo para ser quemado, pero si no tenemos amor, nada somos. Porque es más fácil sufrir el dolor del cuerpo y de la carne, aún el dolor de nuestro pecado, que el dolor espiritual de negarse a uno mismo. El discipulado no puede eludir el “negarse a sí mismo”, de la misma manera que la misión no puede cumplirse sin el “tomar la cruz cada día”.

El Pastor-herido

Nuestro Señor Jesucristo cita las palabras del profeta Zacarías, hablando de un solo pastor que será herido y sus ovejas dispersadas. Es preciso que el pastor sea herido para que cumpla con su misión redentora. Jesucristo sabía lo ineludible de la cruz, de la humillación, de la soledad, de la deshonra, del abandono del Padre en la hora culminante de la muerte. El Pastor herido sufre en su entrega voluntaria, en la soledad del abandono y en la deshonra. Sufrir en su cuerpo y en su espíritu. Al ver el pecado del hombre, su cuerpo es partido y su sangre baña el madero. Sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados. El siervo sufriente a nadie le es agradable, todos esconden de él el rostro. Su herida de muerte afligió su cuerpo y afligió su espíritu.

La manera de vencer la desilusión es negándose a uno mismo. Ya sea que se caiga en la desilusión o sea un desilusionado “por naturaleza”, es preciso acatar la voluntad divina para vencer el desánimo, la dispersión y la negación, no pueden ser eludidos, están en la voluntad de Dios para su Hijo y para sus hijos. Aún en la hora de la muerte Jesús es Señor. Se entrega de manera voluntaria, doliente y filial. El Cristo doliente hace caer y al ver su dolor Pedro dio lugar al abandono y a la negación.

La negación personal, que es afirmación de Cristo en nosotros, es acción de fe, obediencia y aceptación de la vida y ministerio del Hijo. Ser discípulo es poner nuestras ilusiones en el Hijo amado de Dios, de la manera como él se ha querido revelar. Por ello, la fe cristiana no es una proyección de las ilusiones o miserias humanas, sino la negación de las mismas en la cruz del Calvario para resucitar con Dios en la aceptación de su propio proyecto para la vida del hombre, al redención del mundo y la transformación de la historia. El discipulado ha de llevar cautivo todo pensamiento a Cristo y sujetar toda ilusión a la voluntad de su Señor. Porque sólo en las cenizas de la vida humana, en la negación del yo, en el grano que cae y muere, es que puede fructificar la vida plena, la vida eterna, la vida nueva que en Cristo Jesús ha otorgado a los hombres. Mantener las ilusiones humanas, es pasar por alto la experiencia de Pedro y las palabras del Maestro. El discipulado es una dimensión de fe para cifrar todas las esperanzas en Cristo Jesús.

Justamente la negación a uno mismo, la muerte y el sufrimiento del Hijo-Pastor, son la posibilidad de la resurrección y de la nueva vida. Cuando las ilusiones del hombre son las de Dios y la visión de los discípulos es la del Hijo. Seguir a Jesús y confiar en él. Hay que clavarse en el mismo madero y vivir en la fe de quien nos amó hasta el fin. La fe en Cristo, la obediencia a Cristo, es la única alternativa que Dios ha puesto para el hombre. Si la desilusión lleva a la negación, la fe en Jesús como Mesías sufriente y resucitado, nos conduce al seguimiento y a la obediencia.

Antes de negar a nuestro Señor hemos de confesarlo. Matar el orgullo de la falsa seguridad en sí mismo y caminar el sendero de la obediencia y la mansedumbre. *La desilusión se vence con la fe y la obediencia*, es renuncia al yo y es cultivar ilusiones celestiales en el seguimiento de Jesús Resucitado. En Galilea, lugar de frontera, lugar de misión, se revelará a sus discípulos como el Dios de la vida, que les concede la paz y les encomienda la tarea de proclamar la buena nueva y de llamar a los hombres a negarse a sí mismos, tomar la cruz e ir en pos de él. Amén

Domingo 10 de enero de 1988

LA ORACIÓN EFICAZ

Mateo 26:36-46

«36 Luego fue Jesús con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo: «Siéntense aquí mientras voy más allá a orar.» 37 Se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentirse triste y angustiado. 38 «Es tal la angustia que me invade, que me siento morir —les dijo—. Quédense aquí y manténganse despiertos conmigo.»

39 Yendo un poco más allá, se postró sobre su rostro y oró: «Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo.[a] Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.»

40 Luego volvió adonde estaban sus discípulos y los encontró dormidos. «¿No pudieron mantenerse despiertos conmigo ni una hora? —le dijo a Pedro—. 41 Estén alerta y oren para que no caigan en tentación. El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil.»

42 Por segunda vez se retiró y oró: «Padre mío, si no es posible evitar que yo beba este trago amargo,[c] hágase tu voluntad.»

43 Cuando volvió, otra vez los encontró dormidos, porque se les cerraban los ojos de sueño. 44 Así que los dejó y se retiró a orar por tercera vez, diciendo lo mismo.

45 Volvió de nuevo a los discípulos y les dijo: «¿Siguen durmiendo y descansando? Miren, se acerca la hora, y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores. 46 ¡Levántense! ¡Vámonos! ¡Ahí viene el que me traiciona!». NVI

OREN SIN CESAR (1 Tes. 5:17) Es un imperativo, una orden, una exhortación del Apóstol San Pablo a la iglesia de Tesalónica. La oración es un depósito santo del pueblo de Dios: Israel fue un pueblo educado en la oración y también la iglesia primitiva lo fue. ¿Por qué debemos orar? ¿Cuándo, cómo y para qué debemos orar? En los momentos que vivimos como iglesia y ante los grandes desafíos misioneros que tenemos por delante, la oración ha de ser una práctica personal, familiar y de iglesia imposible de soslayar. Sin oración ferviente, sistemática y eficaz, las metas de siembra de iglesias serán inalcanzables. Es urgente orar, orar sin cesar.

La oración es una compañera fiel de la misión de la iglesia, como lo fue en cada momento del ministerio de nuestro Señor Jesucristo, especialmente y de manera intensa en los momentos cruciales; pero siendo una práctica común en el cultivo de su comunión con el Padre. Los Evangelios describen que Jesús pasaba la noche orando, se apartaba a lugares solitarios para orar o se levantaba de mañana para buscar el rostro de su Padre. Oró en Getsemaní y lo hizo en los momentos más profundos de su angustia. La misión cristiana va acompañada del dolor y el sufrimiento, ante la incomprensión de la tarea o la

angustia de la cruz y el vituperio del nombre de Dios. Hay en la misión tiempo de incompreensión, cansancio, sacrificio, desgaste, dolor; por ello debemos de orar, siempre orar. Orar eficazmente.

La oración nace de una necesidad

La oración eficaz nace de un corazón necesitado de la fuerza de Dios. Como el angustiado corazón de Jesús ávido de oración. Los discípulos fueron testigos que calmó la tempestad, sanó la enfermedad, liberó espiritualmente a los que el diablo oprimía, vivió ante sus ojos la gloria de Dios en la transfiguración; ahora en Getsemaní, cargado de angustia, necesita orar. Su sentir refleja al del salmista cuando exclama: “Dios mío, mi alma está abatida en mí; me acordaré por tanto de ti...” (Salmo 42:6). Jesús solicita a sus discípulos permanecer cerca de él, velando mientras ora y se postra ante su Padre celestial. La humanidad de Jesús se muestra en plenitud en el huerto de oración, su vocación no puede eludir el dolor de su sobajamiento y desprecio, de su cruz y vituperio del nombre de su padre, aún más, su vocación no puede eludir el cumplimiento de la voluntad de Dios, una oración que surge de la angustia de su humildad y de su obediencia de hijo.

La necesidad de orar para la iglesia hoy día no es menor. También lo necesitamos para cumplir la misión, es decir, la voluntad del Padre para nuestra vida. El Señor nos ha hecho partícipes de su gloria al concedernos la salvación, la regeneración, la santificación, ¿no estaremos dispuestos a participar también de su angustia y dolor? Pedro, Jacobo y Juan, testigos de su gloria, no pudieron acompañarle en su sufrimiento, su propia tristeza les venció y cayeron víctimas del sueño; es decir, de la incompreensión, de la ininteligencia de la misión de su Maestro, no estaban en comunión con él. La angustia de Jesús le llevó a la oración, la tristeza de los discípulos les metió en un profundo sueño. ¿Cómo reaccionamos ante el sufrimiento del Reino y la angustia de la misión? ¿Oramos o dormimos? Es menester orar, para no caer en tentación.

¿Cuándo orar? En el tiempo de la angustia en la batalla espiritual, en los momentos cuando el enfrentamiento espiritual se recrudece. Cuando nuestra fe y vocación son probadas, cuando parece que nuestro Dios está lejos, cuando las lágrimas nos acompañan de día y de noche y somos razón de burla y escarnio de los que nos conocen. Hay que orar, como Jesús oró derramando su alma ante el Padre celestial y dispuesto a sujetarse a su voluntad. Porque las batallas espirituales se ganan primero en el campo de la oración.

La oración eficaz es oración incesante. Jesús lo hizo en tres ocasiones, su oración fue la misma una y otra vez. Recordamos la parábola del juez y la viuda, la que consiguió lo que quería por su insistencia. La oración eficaz es oración persistente, permanente, incesante. Es oración intensa, como la de Jesús en Getsemaní testificada por su sudor como sangre. Hay que orar porque Dios bendice en la oración: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el

oportuno socorro” (Hebreos 4:16) La oración en todas las necesidades y ansiedades de la vida es el medio que Dios ha señalado para que obtengamos libertad en toda ansiedad y la paz de Dios sobrepuja todo entendimiento (Cf. Filipenses 4:6-7). Si hemos afirmado que la oración es sostén en el tiempo de la prueba, también la Biblia enseña que la oración eficaz es incesante, es decir, con un deseo ardiente que es constante, que sabe esperar de Dios su anhelo.

La iglesia y la oración

La eficacia de la oración de la iglesia, ayer y hoy, radica en la obediencia. Quien espera que Dios haga como le pide debe, por su parte, hacer lo que Dios le manda. Jesús nos enseñó a orar “Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo” y afirmó en Getsemaní, “no como yo quiero, sino como tú”. Externa su dolor, pero se sujeta a su Padre. Si nosotros desatendemos sus preceptos, él desatenderá nuestra plegaria. Grave problema es a la oración la desobediencia. La oración es el recurso espiritual que nos capacita para obedecer. Por ello hay que vencer primero en la lucha de la oración, lo demás es seguridad de victoria. Pero quien cae derrotado en su vida de oración, no sujetando su voluntad a la del Padre, es aplastado hasta el polvo por las huestes espirituales de maldad que batallan en contra del Reino de Dios.

Los discípulos cayeron vencidos por sus ojos cargados de sueño. Su sueño es testimonio de la tristeza de la carne a la que les condujo el no comprender lo que estaba sucediendo en el ministerio del Maestro. No estaban identificados con su Señor. Creyeron que el fracaso estaba en la puerta, que la estrategia de Dios no tendría resultado. Como muchos de sus contemporáneos esperaban un Mesías de gloria, poderoso, guerrero. Su mesianismo triunfante no les permitió ver ni entender la mansedumbre, la debilidad y la humildad de Jesús. No pudieron ver en la debilidad de Jesús la fuerza de Dios. Pensaban que no era adecuada la estrategia de Dios manifestada en el Hijo. Dios en Jesús manifiesta que su fuerza es la fuerza del amor y no la de la guerra o el poder.

La estrategia de Dios no falla, por angustiada y ligada al sufrimiento que nos parezca. No hay atajos, el camino que Dios ha trazado para su pueblo es el del amor. Amén

Domingo 17 de enero de 1988

HAY QUE HACER LA VOLUNTAD DE DIOS

Mateo 26:47-56

“**47** Todavía estaba hablando Jesús cuando llegó Judas, uno de los doce. Lo acompañaba una gran turba armada con espadas y palos, enviada por los jefes de los sacerdotes y los *ancianos del pueblo. **48** El traidor les había dado esta contraseña: «Al que le dé un beso, ése es; arréstenlo.» **49** En seguida Judas se acercó a Jesús y lo saludó.

—¡Rabí! —le dijo, y lo besó.

50 —Amigo —le replicó Jesús—, ¿a qué vienes?

Entonces los hombres se acercaron y prendieron a Jesús. **51** En eso, uno de los que estaban con él extendió la mano, sacó la espada e hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole una oreja.

52 —Guarda tu espada —le dijo Jesús—, porque los que a hierro matan, a hierro mueren.^[b] **53** ¿Crees que no puedo acudir a mi Padre, y al instante pondría a mi disposición más de doce batallones^[c] de ángeles? **54** Pero entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras que dicen que así tiene que suceder?

55 Y de inmediato dijo a la turba: —¿Acaso soy un bandido,^[d] para que vengan con espadas y palos a arrestarme? Todos los días me sentaba a enseñar en el *templo, y no me prendieron. **56** Pero todo esto ha sucedido para que se cumpla lo que escribieron los profetas.

Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.» NVI

EL DISCIPULADO es obediencia. Tomar la decisión de sujetarse a la voluntad de Dios. La sabiduría del discípulo está en decidir de acuerdo a la voluntad de Dios. El sabio halla la vida aunque el mundo presuma que la está perdiendo, porque el que pierda su vida por causa de Cristo, la hallará (Cf. Mc. 8:35). Obedecer la voluntad de Dios es ser sabio y encontrar la vida.

En una sociedad en donde el esfuerzo, el sudor, el trabajo y el sacrificio se miden por los resultados que producen especialmente en términos de economía, hay que reconocer que la Escritura nos ubica en la armonía divina, que no se mide por dinero, tesoros o inversiones, casas o automóviles, terrenos o haciendas, sino por la cuota de amor y obediencia con que cada hombre ofrenda su vida. El discípulo invierte su tesoro esperando oír en los cielos la voz de su Señor decirle: “bien, buen siervo y fiel, en lo poco fuiste fiel, en lo mucho te pondré”. A veces nos parece poco el tesoro que Dios nos ha concedido para multiplicarlo. Pero son pequeños talentos que producen grandes dividendos si los ponemos en las manos del Dios que multiplica.

El discipulado como obediencia a la voluntad de Dios se ve amenazado por tres peligros que debemos reconocer.

Los peligros del discípulo

Resistencia al cambio. ¿Qué fue lo que movió el corazón de Judas para consumar la traición que había estado cavilando desde hacía tiempo atrás? La Escritura afirma que era codicioso y que metía la mano en la bolsa de las ofrendas. Asimismo que el diablo entró en su corazón para llevarlo hasta los sumos sacerdotes a pedir la recompensa de su traición. Judas representa a esa multitud de hombres y mujeres, oyeron las enseñanzas del Maestro, fueron testigos de sus milagros y aún objeto de su amor, pero no quisieron tomar la decisión de romper con su pasado y con su forma de vivir. La primera amenaza del discipulado es no tomar la decisión de romper con el pasado y deformar la vocación que Dios pone en su horizonte. A Judas no le importó que su traición se consumara después de participar de la Pascua con Jesús y en el mismo lugar de la oración prefirió decidir por su pasado.

La segunda amenaza del discipulado es ejemplificada por el temperamento y el comportamiento del Apóstol Pedro. La sinceridad de sus actos y el valor de su entrega son indiscutibles; pero su estrategia para defender a su Maestro fue fallida. Así se lo indicaron las palabras de su Señor. El discípulo no puede luchar con armas humanas, mucho menos violentas, para cumplir con su vocación. Las armas humanas no son útiles cuando se trata de asumir la voluntad del Padre y ser fiel a la Escritura, especialmente cuando estas armas humanas son contrarias al espíritu del Reino de Dios. Pedro no entendió el propósito de Dios y quiso luchar con estrategias de hombres que lo llevaron a enfrentarse a los designios de la Palabra. Es decir, la carne nos estorba para asumir los propósitos divinos en las dimensiones de su Reino. La Escritura nos exhorta a hacer morir las obras de la carne, porque la carne y el Espíritu se oponen.

La primera amenaza del discipulado es el temor al cambio aferrándose al pasado. La segunda amenaza es *echar mano de armas humanas que se oponen al Espíritu de Cristo*. Las dos desembocan en la huida y el abandono del Señor, al no aceptarle en el momento de su humillación y su aparente derrota. La tercera amenaza del discipulado es *el abandono*. Jesús lo enfrentó en su ministerio porque después de haberles enseñado, muchos volvieron atrás y no quisieron estar con él. Hay heridas que el hombre no permite le sean tocadas. Su dolor es tal que prefiere el abandono a la salud.

El discipulado es obediencia

Después de haber orado intensamente y al percatarse de la presencia de los que iban a aprenderlo, Jesús asumió con decisión el propósito de su vida. Las Escrituras debían ser cumplidas. En dos ocasiones repite la misma sentencia: para que se cumplan las Escrituras. La manera de vencer a las amenazas del discipulado es obedecer la Palabra y ser fieles a Dios, en cualquier circunstancia y desafío. La obediencia, que es caminar

por el sendero angosto, es una lucha en contra de la resistencia al cambio y al abandono de lo viejo, es mortificación de la carne. Es una lucha intensa y dolorosa dado que la inclinación al pecado es una debilidad humana. En esta lucha el corazón del discípulo debe ser negado, diciendo: “no” al yo y afirmando en él la voluntad de Dios. Dios pone en las manos de sus discípulos otras armas para la lucha espiritual: el arma de la obediencia y la fidelidad a su voluntad en cada encrucijada de la vida que demande tomar una de decisión.

No hay debilidad en la entrega de Jesús, no hay debilidad en él por resistirse a aceptar la ayuda violenta de Pedro o la intervención milagrosa de los ángeles. Su fuerza está en su entrega de vida por obediencia y la fuerza del amor lo que le sostiene en esos momentos cruciales. No hay flaqueza en él, sino el cumplimiento de los designios eternos.

En la medida en que el discípulo renuncia al poder de las armas humanas o al poder milagroso que trata de eludir la toma de su decisión y se entrega en obediencia, opera en él la fuerza del Espíritu que le lleva a acatar la voluntad de Dios y vivir sostenido por la fuerza poderosa del amor. No hay otra ayuda que el discípulo necesite para cumplir con su vocación, le es suficiente la fuerza del amor que testifica del don del Espíritu en su alma y se muestra en la obediencia a la voluntad de Dios revelada en su Palabra.

No hay duda en ello, la obediencia a la voluntad de Dios no es asunto de adivinanza o “prendida de foco”, e sujeción a su Palabra, porque en ella Dios se ha revelado. Amén

Domingo 24 de enero de 1988

¿CUÁL ES TU VISIÓN?

Mateo 26:57-68

“57 Los que habían arrestado a Jesús lo llevaron ante Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los maestros de la ley y los ancianos. 58 Pero Pedro lo siguió de lejos hasta el patio del sumo sacerdote. Entró y se sentó con los guardias para ver en qué terminaba aquello.

59 Los jefes de los sacerdotes y el Consejo en pleno buscaban alguna prueba falsa contra Jesús para poder condenarlo a muerte. 60 Pero no la encontraron, a pesar de que se presentaron muchos falsos testigos.

Por fin se presentaron dos, 61 que declararon: —Este hombre dijo: “Puedo destruir el *templo de Dios y reconstruirlo en tres días.”

62 Poniéndose en pie, el sumo sacerdote le dijo a Jesús: —¿No vas a responder? ¿Qué significan estas denuncias en tu contra?

63 Pero Jesús se quedó callado. Así que el sumo sacerdote insistió: —Te ordeno en el nombre del Dios viviente que nos digas si eres el *Cristo, el Hijo de Dios.

64 —Tú lo has dicho —respondió Jesús—. Pero yo les digo a todos: De ahora en adelante verán ustedes al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo.

65 —¡Ha blasfemado! —exclamó el sumo sacerdote, rasgándose las vestiduras—. ¿Para qué necesitamos más testigos? ¡Miren, ustedes mismos han oído la blasfemia! 66 ¿Qué piensan de esto?

—Merece la muerte —le contestaron.

67 Entonces algunos le escupieron en el rostro y le dieron puñetazos. Otros lo abofeteaban 68 y decían: —A ver, Cristo, ¡adivina quién te pegó!».NVI

TODO HOMBRE TIENE UNA IMAGEN DE SU VIDA. Algunos centran su mirada en la satisfacción de sus propios intereses, que pueden ser altos y positivos o mezquinos y miserables. La imagen que el hombre tiene de su vida nace de la educación que ha recibido en su hogar; en algunos casos sólo sobrevivir sin objeto alguno, sin propósito; en otros, con una conciencia de superación personal y prosperidad. La sociedad también tiene su parte en la imagen que señalamos, todo grupo humano tiene un modelo de hombre y de mujer. Así es en nuestro caso, el modelo del hombre de éxito, de prosperidad. Jóvenes y adultos desean llegar a ser ricos, poderosos, exitosos. ¿Qué dice la

Escritura acerca de la visión del hombre y del designio de Dios para él? Consideremos esta interrogante a la luz del juicio de Jesús realizado en el Sanedrín o Consejo.

El sistema opresor

El Apóstol San Pablo al escribirle a los efesios (6:12) les señala que la lucha espiritual de los cristianos no es contra sangre carne, sino contra huestes espirituales de maldad, contra principados y contra potestades, contra aquél que gobierna en las tinieblas, las tinieblas de este siglo. Cuando Jesús es llevado ante el Sanedrín sabe que su enfrentamiento no es ante un puñado de 71 hombres, sino ante un sistema opresor dominado por el señor y gobernador de las tinieblas, el enemigo de Dios. Sus acciones son claras en la Escritura: levanta falso testimonio mintiendo, enajena a los hombres que no pueden cuestionarse a sí mismos y sigue un propósito de muerte.

Falso testimonio. Es una mentira cuyo propósito es destruir al hombre. La historia del Edén nos recuerda a la mujer engañada por la serpiente, prometiéndole que llegaría a ser como Dios. Mentira que formó y forma una falsa conciencia, una falsa idea de sí mismo. Es el mismo poder de mentira que opera en nuestra sociedad acerca de la manera como el hombre puede alcanzar su propósito, su plenitud. El engañador siembra codicia y tenemos hoy día la riqueza mundial acumulada en el 10% de la población; siembra deseo de poder y provoca engaño en el corazón del Sumo Sacerdote y el Sanedrín; siembra deseo de placer y provoca que muchos cifren su felicidad y realización en dar rienda suelta a sus pasiones.

Observemos que el pasaje de esta ocasión señala que todo el sistema de Israel está bajo el poder del maligno. Un poder que ha cautivado y oprimido el corazón de los hombres, llevándolo a oponerse a Dios. No permiten que sea la Palabra la que les juzgue; por el contrario, se levantan como acusadores y jueces ante la manifestación plena de Dios en Jesucristo.

La visión de Jesús

La visión del profeta Isaías sobre el Siervo Sufriente se cumple en Jesús ante el Sanedrín. El Sumo sacerdote le exige que se defienda ante las falsas acusaciones. Jesús guarda silencio. Ellos no entienden la historia, ni tienen la vida del hombre en sus manos. El silencio de Jesús no da lugar al cuestionamiento de sus mentiras. Están enajenados, ellos lo son todo: acusan, ordenan, juzgan, preparan todas las cosas para consumar sus propósitos. ¿Para qué hablar? Su silencio les indica que aunque ellos tienen el poder en el Sanedrín, Jesús está cumpliendo el propósito del padre para su vida. Está ahí por amor a los hombres. Le acusan de blasfemia porque se ve a sí mismo como el libertador de los hombres de los últimos días, es el Mesías de Dios que amenaza el poder del maligno. La visión que Jesús tiene de sí mismo los hombres la llamaron blasfemia, porque no está ante ellos como quien tiene poder y gloria, sino humillado, solo, abandonado. No opone poder a poder, sino obediencia, humildad, amor y silencio.

Mateo subraya que si aún los discípulos piensan que la estrategia de Jesús ha fallado, en realidad Dios está cumpliendo su propósito redentor en Él. Jesús no está en las manos de los judíos. Jesús es rechazado, acorde a la visión de Isaías. Es el Mesías sufriente, herido y lastimado. Y en medio del juicio Jesús afirma ante sus enemigos que en su tiempo el Hijo del hombre estará a la diestra del Padre y regresará en gloria.

Las palabras de Jesús son un eco del Salmo 110:1 y Daniel 7:13. El primero habla del Hijo del hombre a la diestra del Padre, es decir, compartiendo su poder y el segundo es la profecía del regreso del Hijo en gloria para restaurar su Reino. A pesar de la oposición del enemigo, del pecado encarnado en todo el sistema social y en el corazón del hombre, el hijo vencerá, Dios vencerá, su pueblo vencerá con Él. El hijo del Hombre ha triunfado sobre todo el sistema opresor y sobre el corazón humano lleno de mentira, juicio y maldad. Ningún poder podrá resistir la venida de su Reino, su instauración definitiva como lo anunció Daniel y lo confirmó nuestro Señor Jesucristo. Un Reino que se acercó en Él y que ya está entre nosotros.

El Reino de Dios sufrió del odio que desencadena burla, ultraje, tortura, muerte. El rostro de Jesús fue escupido y golpeado. Pero Jesús estuvo ahí, ocupando nuestro lugar, porque nos ama y porque en su sacrificio nos ha liberado del poder del enemigo, de la muerte y del pecado que enajena, engaña, oprime. Nuestra vida ha de mantener esta visión porque nuestra lucha no es contra sangre y carne.

Una visión que nos permite entendernos como instrumentos de su reino donde quiera que estemos. Amén

Domingo 31 de enero de 1988

”A ESE HOMBRE NI LO CONOZCO”

Mateo 26:69-75

“69 Mientras tanto, Pedro estaba sentado afuera, en el patio, y una criada se le acercó.

—Tú también estabas con Jesús de Galilea —le dijo.

70 Pero él lo negó delante de todos, diciendo: —No sé de qué estás hablando.

71 Luego salió a la puerta, donde otra criada lo vio y dijo a los que estaban allí:

—Éste estaba con Jesús de Nazaret.

72 Él lo volvió a negar, jurándoles: —¡A ese hombre ni lo conozco!

73 Poco después se acercaron a Pedro los que estaban allí y le dijeron: —Seguro que eres uno de ellos; se te nota por tu acento.

74 Y comenzó a echarse maldiciones, y les juró: —¡A ese hombre ni lo conozco!

En ese instante cantó un gallo. 75 Entonces Pedro se acordó de lo que Jesús había dicho: «Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces.» Y saliendo de allí, lloró amargamente. NVI

LA CONFESIÓN DE FE es dar testimonio de Jesús como el Mesías de Dios, el Salvador. De nuestra vida, ante todo aquel que demanda razón de la esperanza que hay en nosotros. Ser testigo de Jesús como Salvador y Señor es dar evidencia de su buena obra en nuestra vida: liberándonos del pecado y dominando la totalidad de la personalidad: sentimientos, pensamientos, voluntad, valores, comportamiento. Pedro, el discípulo valiente que prometió a Jesús que no lo dejaría, que estaba dispuesto a dar su vida por él y que no se escandalizaría, está sentado en el patio del Sumo Sacerdote y en tres ocasiones consecutivas niega a su Señor. Asegura no conocerlo y acaba maldiciendo con desesperación.

La negación

Desde la celebración de la Cena Pascual de Jesús con los suyos, uno tras otro se agolpan los eventos en el corazón de Pedro, quien sigue a Jesús hasta el lugar de los acontecimientos. Hay quienes ven temor en su negación de Jesús, en el rechazo de su discipulado, evita ser apresado junto a Jesús. Pero su Maestro dijo: “todos ustedes me abandonarán” (Cf. Mateo 26:31)

Pedro negó ser un discípulo de Jesús. No se vio como un seguidor del Mesías sufriente. Esperaba participar del triunfo de un Mesías guerrero. La incompreensión del

desenlace de la vida de su Señor, turbó su corazón y lo llevó a la negación definitiva ante quienes le identificaron como seguidor de Jesús.

¿Qué caso tenía correr el riesgo de ser apresado y juzgado si ya todo había terminado? ¿Si su Señor no se había defendido ni le permitió defenderlo? Jesús se había entregado en manos de sus captores y ahora estaba siendo juzgado por el Sanedrín. Pedro era un discípulo decepcionado de su Maestro.

Pedro falló en la médula del discipulado, la fidelidad. Ya por temor o por decepción incurrió en deslealtad a quien estaba siendo juzgado en lugar de él, en lugar de los demás discípulos y de toda la humanidad. El discípulo se dejó vencer por el mal. Buscaba salvar su vida, temiendo a quienes podían matar su cuerpo. Se olvidó de las enseñanzas de su Señor, cuando le decía: “No teman a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma [...] Pero a cualquiera que me desconozca delante de los demás, yo también lo desconoceré delante de mi Padre que está en el cielo (Mateo 10:28, 33). Jesús ha establecido un pacto con sus discípulos, ambos están comprometidos a confesarse: Jesús delante de su Padre, sus discípulos delante de los hombres. Pedro negó, no confesó. (2Timoteo 2:12)

La confesión de fe del discípulo de Cristo incluye la afirmación verbal de ser seguidor de Jesús y la muestra vivencial de su declaración. Así lo afirma la Escritura en Tito 1:16. Cuando el Apóstol San Pablo se refiere a algunos creyentes que profesando seguir a Cristo con sus hechos niegan conocerlo. Su infidelidad es de vida, permitiendo que el diablo o la carne se enseñoree de ellos. Y ¿cómo anunciar nuestra fe en el Salvador y Señor si permitimos que el pecado nos domine y la carne controle nuestro comportamiento?

El discipulado cristiano es mucho más que el aprendizaje de una doctrina o la adquisición de conocimientos bíblicos, entraña vivir a Cristo, imitar su comportamiento, identificarnos con sus valores, mantener una relación personal e íntima con él.

El arrepentimiento de Pedro

Jesús había provisto bendición para su discípulo en el tiempo de negación. Le dio palabra de advertencia: antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Fue palabra que se verificó en el canto del gallo y que iluminó su corazón. La sentencia del Maestro lo hizo volver en sí, salir del lugar, y llorar con amargura por lo que había hecho delante de las mujeres, los alguaciles, todos los que estaban reunidos ahí.

En medio de la negación, de la infidelidad, de la traición hay palabra de Dios para los discípulos. Como la hubo para Israel, quien fue convocada una y otra vez por los profetas a enmendar su camino y volverse a Dios. El arrepentimiento se testifica con los hechos: renuncia a los ídolos, relaciones de justicia, confesión de Dios como único Señor. Las palabras de Jesús llevaron a Pedro a cobrar conciencia de su traición, le hicieron llorar y arrepentirse de su error.

La confesión

La Biblia enseña que la predicación se centra en un llamado a la confesión de Jesús como Mesías de Dios, el Salvador, del mundo: “9 que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo.” (Romanos 10) La confesión es para salvación.

El discipulado es confesión de Jesús como Hijo de Dios y Mesías, es decir, como el Salvador del mundo, enviado por el Padre para la redención de la humanidad en la perspectiva de su reino. Es confesión de Jesús como Señor, como aquel que tiene autoridad, soberanía sobre la vida de los hombres, del mundo y de la historia. Él es soberano sobre todo. Es confesión de Jesús como el Resucitado, quien ha vencido a la muerte y al pecado, quien ha derrotado definitivamente en su cruz a Satanás, haciendo presente el Reino entre los hombres. Pero, como enseña la Escritura, la confesión de Jesús entraña mucho más que la proclamación verbal de su mesianismo, señorío y resurrección. Es testimonio vivencial, encarnado en la vida de la iglesia, tanto en sus relaciones internas como externas (Cf. Hechos 19:18; 1 Juan 4:15)

Se confiesa para ser confesado

Jesús afirmó que Él confesaría delante de su Padre a aquel que le confiese delante de los hombres. Es confesión que él espera en toda circunstancia, de palabra y de hecho, como pueblo de Dios. Confesar a Jesús tiene como propósito dar testimonio de fidelidad y ser instrumento de él hasta que toda lengua se una a nuestra confesión (Cf. Filipenses 2:11; Apocalipsis 3:5). Confesión verbal que va íntimamente ligada a las buenas obras que son el testimonio vivencial: relaciones santas al interior de la iglesia y servicio al mundo. Ser discípulo es confesar a Jesús como Mesías, Salvador y Señor, no lo olvidemos. Amén

Domingo 7 de febrero de 1988

LA ENTREGA DE JESÚS

Mateo 27:1-2

“1Muy de mañana, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron la decisión de condenar a muerte a Jesús. 2 Lo ataron, se lo llevaron y se lo entregaron a Pilato, el gobernador.” NVI

EL PADRE ENTREGA AL HIJO en manos de los hombres, lo pone bajo su poder. Israel, representado por las autoridades, decide llevar a Jesús a su muerte, y lo conduce ante Poncio Pilatos a fin de que confirme su sentencia. Jesús se ha puesto en sus manos, sin oponer resistencia, porque ama a su Padre. Así como Isaac en manos de Abraham, quien caminó obedientemente hasta el lugar del sacrificio. El Padre ha querido someter al Hijo a padecimientos, entregándolo para consumir su plan redentor. Asimismo, Jesús espera tu entrega de vida, a fin de que poniéndote en sus manos, él cumpla su propósito en ti.

El Evangelio según San Mateo señala en diversas ocasiones la entrega del Hijo para muerte (Cf. 17:22; 20:18; 26:2; 26:16; 26:21; 26:24; 26:45; 26:43). En el capítulo 27 describe como los judíos entregaron a Jesús en manos de Poncio Pilatos a fin de que el gobernador romano ratificara su sentencia de muerte. La entrega del Hijo fue un hecho que impactó el corazón del evangelista, y que ahora hemos de considerar, procurando entender lo que su entrega significa, a fin de que su propósito se cumpla y le entreguemos el corazón.

En manos de los hombres

El siervo sufriente que es descrito magistralmente, inspiradamente, por el profeta Isaías se cumple en Jesús. Él fue despreciado y desechado, sus discípulos escondieron de él el rostro, fue menospreciado por su propio pueblo. Israel, como ovejas descarriadas que se apartaron por su propio camino, levantó su voz en contra de su Pastor y lo condenó a muerte. Las manos de Jesús fueron protectoras, sanadoras, salutíferas; las manos de su pueblo se mancharon de sangre del Cordero, fueron manos de muerte. Se rebelaron en contra del autor de la vida. Quien fue creador con el Padre, sustentador y regenerador, es condenado a morir. Vez tras vez les habló de la dureza de su corazón, su hipocresía, su amor al poder y al dinero. Fue la palabra que no quisieron oír y levantaron su mano en contra de él, juzgándolo como criminal y sentenciándolo a morir como blasfemo.

Israel representa a la humanidad. El Apóstol San Pablo nos dice que no hay justo ni siquiera uno, porque todos nos hemos descarriado como ovejas y que la paga de nuestro pecado es muerte. El pecado del hombre es transgredir los mandamientos divinos, romper la relación con su creador, hacer lo malo, sabiendo hacer lo bueno. El pecado dejó a los judíos endurecidos, llegando a levantar la mano en contra del hijo de Dios.

Su entrega es voluntaria

Jesús se entrega voluntariamente. Las autoridades judías creían que su voluntad se estaba imponiendo sobre Jesús, pero es él quien de manera voluntaria y humilde, se entrega en manos de sus captores, es por eso que no recurre a los ángeles para que lo defiendan. Está dispuesto a obedecer a fin de que se cumplan las Escrituras y la voluntad de su Padre. Jesús se entrega por obediencia a su Padre y por amor a los hombres. Sabe que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados y está dispuesto a que la suya se derrame si es el precio que hay que pagar por la regeneración de la humanidad.

La entrega de Jesús fue la culminación de un propósito que los judíos habían buscado desde tiempo atrás. La entrega de Jesús fue un acto de su propia obediencia al Padre y de su amor por el hombre, porque Jesús se ve a sí mismo como la oveja que es conducida al matadero, llevando sobre sí los pecados de la humanidad. Pero, en su soberanía, es Dios quien está tras la entrega de Hijo, como fue prefigurado en la entrega de Isaac por Abraham. Sacrificio que se consumó porque Dios se agradó de Jesús, su entrega tuvo como fin su muerte en el Calvario.

El Padre entrega al Hijo

Lo entrega por amor a los hombres. Isaías nos dice que el cordero es sujeto a quebrantamientos y padecimientos. El Sanedrín ha lastimado a Jesús, lo ha escupido y golpeado, lo han ofendido. Su quebrantamiento fue mucho más que físico, fue total. El quebrantamiento del Hijo y su padecimiento estaban en la voluntad del Padre, porque es el Padre quien entrega al hijo como ofrenda por los pecados de la humanidad. Su entrega tiene como horizonte la muerte, pero como fin la vida, dado que el propósito regenerador del padre se está cumpliendo en él. El advenimiento de la nueva era que los judíos esperaban con la llegada del Reino de Dios, se ha iniciado. La era en que el pecado es perdonado, el hombre es regenerado y la historia encuentra su cumplimiento, a fin de que toda la creación vea la gran obra de reconciliación y restauración. Hasta aquí debemos subrayar tres lecciones: 1) Los hombres entregan al Hijo a muerte por su pecado; 2) Jesús se entrega voluntariamente por obediencia a su Padre y por amor al ser humano; 3) el Padre entrega al Hijo como cordero pascual para la redención de la humanidad y el cumplimiento de sus propósitos eternos, porque ama sacrificialmente.

Jesús espera que los hombres retribuyan su entrega con entrega, amor con amor, su obediencia con seguimiento, su muerte con muerte y su resurrección con nueva vida. Es decir, la entrega de Jesús, así como el pacto de Dios con Israel, son recíprocos. Dios mismo ha dicho desde la antigüedad: “dame, hijo mío, ti corazón” y en labios de Jesús dijo al hombre: “Sígueme”.

Reiterémoslo, si Jesús se ha entregado es por nosotros, él espera nuestra entrega a él. Es la invitación que Él hace al hombre y que constituye la médula del discipulado y el reino de Dios. El espera que tú y yo nos entreguemos a él, es decir, nos pongamos a fin

de que el pueda lavar nuestras heridas, restaurar nuestra vida, sanar nuestras enfermedades, abrir nuestros ojos, hacer latir nuestro corazón. Él espera nuestra entrega a fin de que en reciprocidad a la suya pongamos todo nuestro ser en sus manos de amor y misericordia, para que en el hueco de su mano atravesada por los clavos de su sacrificio, él regenere nuestras vidas, perdonando nuestros pecados y liberándonos de su poder opresor. La fe cristiana tiene su origen en esta entrega de reciprocidad. La entrega de Jesús espera nuestra entrega. Su juicio y condena esperan nuestra entrega total. Es decir, hay que poner en sus manos la mente, el corazón, la voluntad, las actitudes, los sueños y las expectativas. Él quiere regenerarnos.

La entrega de Jesús espera tu entrega. Dale tu vida a Cristo, ponte en sus manos y él cumplirá su propósito de vida en ti. Amén

Domingo 14 de febrero de 1988

LA MUERTE COMO FIN

Mateo 27:3-10

“3 Cuando Judas, el que lo había traicionado, vio que habían condenado a Jesús, sintió remordimiento y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos.

4 —He pecado —les dijo— porque he entregado sangre inocente.

—¿Y eso a nosotros qué nos importa? —respondieron—. ¡Allá tú!

5 Entonces Judas arrojó el dinero en el *santuario y salió de allí. Luego fue y se ahorcó.

6 Los jefes de los sacerdotes recogieron las monedas y dijeron: «La ley no permite echar esto al tesoro, porque es precio de sangre.» 7 Así que resolvieron comprar con ese dinero un terreno conocido como Campo del Alfarero, para sepultar allí a los extranjeros. 8 Por eso se le ha llamado Campo de Sangre hasta el día de hoy. 9 Así se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías: «Tomaron las treinta monedas de plata, el precio que el pueblo de Israel le había fijado, 10 y con ellas compraron el campo del alfarero, como me ordenó el Señor.» NVI

LA VIDA Y NO LA MUERTE es el fin que Dios tiene para el hombre. Ante él se levantan dos perspectivas del futuro, la oscuridad de la muerte o la semilla de la vida. En ese horizonte el reino de Dios irrumpe como un rayo de luz que ilumina la cruz de Jesús. Es un rayo de esperanza que disipa la oscuridad del hombre, su miseria, su pecado. ¿Dónde hemos puesto los ojos? Una y otra vez la mirada del hombre se pone sobre sí mismo, llenándolo todo y ocasionándole la muerte. Porque, parafraseando al poeta, “no hay dolor más grandes que el dolor de ser consciente de nuestro propio pecado”.

El hombre ¿su propio juez?

Judas es el anti-modelo del discípulo, eligió la muerte como su fin y terminó colgado de un árbol como costal de huesos. Se percató de su error cuando vio a Jesús juzgado, condenado y llevado ante la presencia del Procurador romano, a fin de que ratificara la sentencia del Sanedrín. Percatarse de su error lo llevó a una fútil y desesperada congoja. Se erigió en su propio juez, estimulado por la indiferencia de los sacerdotes.

El remordimiento es fruto de la conciencia que acusa ante el peso de la evidencia del propio mal, es acompañado de la frustración que conduce a la muerte. El remordimiento es verse reflejado en una imagen como le sucedió al célebre personaje de la novela *El retrato de Dorian Gray*. Impresión que Judas no pudo resistir, porque no hay dolor más grande que el dolor de percatarse de la propia miseria. Le sucedió a David

cuando se vio reflejado en las palabras del profeta Natán, y le sucedió a Pedro cuando escuchó el canto del gallo. Hay una notable diferencia con la experiencia de Judas, David se percató de su pecado por la palabra del profeta, Pedro por la advertencia de Jesús, Judas por la acusación de su propia conciencia ante la evidencia de su traición. Cuando la palabra alumbró la conciencia, conduce a la vida a diferencia del remordimiento, que conduce a la muerte.

El hombre nada puede hacer por sí mismo para salvarse, incluso el cobrar conciencia de su miseria lo cual conduce por camino de muerte. Se le va la vida en un continuo proceso de auto culparse que cada vez lo sume más profundamente en un camino sin retorno: se pasa el tiempo observando fallas; sin dejar un espacio para la gracia que todo lo puede transformar. Este proceso tiene como fin la muerte.

El ego de Judas lo llena y fue barrera que lo separó de Jesús. Su ego produjo remordimiento, culpa y frustración y le condujo de la auto justificación a la auto condenación. ¿Hay que terminar colgado de un árbol y con las entrañas desparramadas por la tierra, para percatarnos del resultado que produce la auto condenación? Si el profeta ha dicho: “los muertos que vos matasteis, gozan de buena salud”. Bien podríamos decir ahora, hay quienes piensan que están vivos, pero sufren de muerte atroz. No es necesario expirar para estar muertos. Hay quienes ya se han juzgado y condenado a vivir una existencia sin propósito, sin horizonte, sin luz ni esperanza. Su autocastigo se ve en la frustración de su vida.

El hombre que vive adorando a su ego, no deja espacio alguno para Dios en su vida. Se acusa, se condena, y se castiga a sí mismo y es causa de su ruina; queriendo conservar su libertad no se liga totalmente a Jesús y queriendo vivir una religión barata, no asume compromisos. Se resiste a poner su vida en las manos de Dios.

La Vida como fin

El discipulado con reservas es su propia negación. Por ello, quien ha puesto su mano en el arado no puede mantener compromisos con el pasado, con el mundo, con el yo que todo lo ahoga. El discipulado es un camino que se inicia con el dolor de ser consciente del propio pecado. Una conciencia iluminada por el Espíritu de Dios que conduce al arrepentimiento y no al remordimiento que mueve a la conversión, a la senda angosta cuya puerta es Jesucristo. Para entrar por esa puerta hay que negarse a sí mismo. Porque la fe es don de Dios, que aunada al arrepentimiento, conduce a la vida.

El arrepentimiento no es una vuelta sobre sí mismo, como quien observa su miseria y se ahoga en ella, sino una vuelta a la gracia de Dios, sobre la base del ofrecimiento de la salvación en Cristo Jesús. Quien se arrepiente ve la luz del Espíritu alumbrar su horizonte y en él una cruz que es el precio de la salvación. Seguir al Señor, como afirmaba Crisóstomo, es desprenderse de toda preocupación en uno mismo. ¿Hay alguna bendición en pasarnos la vida observando nuestra propia miseria, culpándonos inmisericordemente o siendo indiferentes al pecado como los sacerdotes? La historia de

Judas muestra con claridad como auto culparse tiene como fin la muerte, porque el arrepentimiento que es asumir el perdón y la gracia de Dios es promesa de Vida que se constituye en el fin de la vida.

La muerte de Cristo y su resurrección ya se han consumado en la historia de la humanidad. Permitir que se consumen en nuestra historia es decisión que germina vida en medio de la miseria de la muerte.

El discipulado con reservas no es discipulado y conduce a la muerte, porque el yo se antepone a Jesús. El discipulado es morir al yo para que Cristo viva y para que viviendo en él, genera vida en la dimensión del amor, la gracia y el perdón. ¿Por qué culparnos si Cristo es el perdón de Dios? ¿Por qué castigarnos si él llevó sobre sí nuestro castigo? ¿Por qué vivir en muerte si él murió para darnos vida? ¿Es que acaso seremos simiente de Abraham sin caminar en fe, pueblo de David sin vivir el gozo de la salvación? Hay que recordar que el fin de la vida del hombre no es muerte. Porque el juicio de Dios es para vida, no para muerte. Es un juicio dese la gracia, el amor y la misericordia. Por ello, cuando la Palabra llega a la conciencia del hombre, esta es iluminada por la vida y no oscurecida por la muerte (Cf. Salmo 16:11). El único que juzga es Dios, al hombre le compete arrepentirse y dejarse amar.

Jesús es ofrecimiento de vida, él es el horizonte del discípulo, porque la religión barata que elude el compromiso y la entrega sencilla y confiada, produce muerte. Hay que vivir en plena comunión con Dios, porque su propósito es que ninguno se pierda, sino que todos tengan vida eterna. Amén

Domingo 21 de febrero de 1988

EL SILENCIO DE JESÚS

Mateo 27:11-14

“11 Mientras tanto, Jesús compareció ante el gobernador, y éste le preguntó: —¿Eres tú el rey de los judíos?

—Tú lo dices —respondió Jesús.

12 Al ser acusado por los jefes de los sacerdotes y por los ancianos, Jesús no contestó nada.

13 —¿No oyes lo que declaran contra ti? —le dijo Pilato.

14 Pero Jesús no respondió ni a una sola acusación, por lo que el gobernador se llenó de asombro.» NVI

LA REALEZA DE CRISTO fue rechazada por las principales familias sacerdotales de Jerusalén. Desde el inicio de su ministerio Jesús fue portavoz del advenimiento del Reino, del Reino de Dios o del Reino de los cielos. Ante Pilato es acusado de pretender ser el rey de los judíos. ¿Por qué guardó silencio Jesús ante la acusación de los sumos sacerdotes? ¿Por qué aceptó con reservas la afirmación del gobernador romano? ¿Cuál es el significado de su realeza hoy, aquí y para nosotros? Son preguntas a las que pretendemos contestar a la luz del pasaje que hemos de considerar en esta ocasión.

La resistencia a la confesión

El centro de la fe de la iglesia primitiva se expresó en una confesión sencilla, pero plenamente significativa: Jesucristo es el Señor. Su señorío sobre el mundo, la historia, las huestes espirituales y los hombres, definía su carácter de Rey. El rechazo de esta verdad por parte de las autoridades judías se recrudece cuando se deciden a echarle mano, juzgarlo y condenarlo a muerte. Lleva a Jesús ante Poncio Pilato y lo acusan de pretender ser el rey de los judíos. El alegato busca inculparlo como agitador político, dado que eran comunes los levantamientos en contra del poderío romano, con el fin de expulsarles como fuerza de ocupación y volver a ser una nación independiente. Jesús guarda silencio ante la acusación de aquellos que han tomado ya la decisión de llevarlo a la muerte, pensando que con ese acto darían por concluida su pretensión de ser el hijo de Dios.

A pesar de las autoridades judías y romanas, Dios está consumando su propósito redentor en la historia humana. Jesús aparece aquí como el siervo sufriente, vislumbrado por el profeta Isaías. El Mesías rechazado y matado por su pueblo.

La actitud de los sacerdotes es una reacción humana que testifica de su incompreensión de la obra de Dios y de la necesidad en que ha caído su propio corazón. No

están dispuestos a confesar a Jesús como rey, como Mesías, como el Hijo de Dios. Ya han hecho su propio veredicto, acusándolo de instrumento de Satanás. Lo cierto es que la necesidad de los sacerdotes fue una resistencia a confesar a Jesús como Señor. A decir: “es el Rey de reyes, él es Señor de señores”.

El hombre *necesita* confesar a Jesús como su rey y como señor de su vida. Los despropósitos de la conducta humana cuando el hombre pretende enseñorearse sobre sí mismo o sobre su prójimo, son evidentes. El señorío sobre uno mismo nos lleva a dar rienda suelta a los apetitos de la carne que batallan en contra del espíritu, lastimando la integridad de nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo; las relaciones con otros, al vivirnos como seres en relaciones, son frustrantes, porque los intereses mezquinos del hombre caído afloran cuando vive para sojuzgar, explotar, lastimar, usar, empobrecer. El hombre necesita confesar a Jesús como Rey y Señor de su vida, como lo hicieron los cristianos primitivos, porque ellos sabían que su Dios le había exaltado hasta lo sumo, al resucitarlo de la muerte y concederle la autoridad y el poder sobre sus enemigos y sobre toda la creación, como afirma el Salmo 110 y a su vez los apóstoles Pablo y Pedro (Cf. Filipenses 2:10; 1 Pedro 3:22) Antiguas confesiones de fe que recogen el más íntimo sentir de los hermanos que fueron testigos de su muerte y resurrección. El hombre necesita confesar a Jesús como Rey, porque en esa confesión asume la voluntad del Padre celestial, creador y sustentador de todas las cosas.

Silencio soberano

El silencio de Jesús es testimonio de su prudencia y prueba de su señorío, de su realeza. Ante Pilatos acepta ser Rey, pero con las reservas a que puede prestarse una mala interpretación del gobernador. Cuando sus propios hermanos de raza le acusan, guarda silencio. Nos les concede poder alguno sobre su vida. Él se ha puesto en las manos del Padre y es el propósito del Padre el que se está cumpliendo en la historia. Antes que las autoridades judías dieran su veredicto, el Padre ya había dado el suyo y Jesús como hijo forjado en la obediencia, asumió en su propia vida al siervo sufriente predicho por Isaías.

Ni Pilatos ni los sumos sacerdotes tienen la historia en sus manos. El primero pretende liberarlo al saberlo inocente, los segundos pretenden matarlo a toda costa. Pero Pilato no tiene autoridad sobre él, tampoco los sacerdotes, sólo Dios tiene autoridad sobre la vida de su Hijo.

Jesús testimonia con su propia vida que la realización de la vocación humana se da en sujeción a la autoridad y soberanía de Dios. El hombre necesita asumir a Jesús como Señor para encontrar la vida eterna, asumir que es la condición de posibilidad de encontrar la realización de nuestros días aquí en la Tierra y por la eternidad. En la medida en que Jesús es confesado como Señor y como Rey de la vida singular de cada hombre, en esa medida encuentra la razón y el propósito de vivir. Lo demás son sueños ilusorios que terminan como suspiro.

El silencio de Jesús es testimonio de la conciencia de su vocación y, a su vez, ejemplo a asumir, dado que sólo en obediencia es posible cumplir la vocación de Dios para nosotros. Porque así como Jesús puso su vida en rescate por muchos, así los suyos, al vivir bajo su señorío, aprendemos a poner nuestra vida al servicio de su Reino. No porque alguien o algo nos la quite, sino porque hemos aprendido a ofrendar en Aquél que es la ofrenda de Dios. Por ello, quién acepta a Jesús como Rey, es alcanzado por su silencio redentor y enseñado a guardar silencio cuando esto es necesario o a confesar: ¡Jesucristo es el Señor! Para la gloria de Dios Padre, como lo afirmará el apóstol san Pablo.

Jesús nos invita hoy a discernir las señales de los tiempos y descubrir las fuerzas espirituales o humanas que pretenden sojuzgar y enseñorearse sobre él. Son huestes espirituales de maldad que se mueven en los espacios y tiempos de la historia presente y que bien pueden ser identificados en los valores que proyectan: codicia, idolatría, desamor, resentimientos, afán de dominio, soberbia, etc., y que al transformarse en sistemas de vida, aparecen encarnados en cada relación y en cada estructura o institución del mundo en que vivimos. Observémoslo en el caso de los sumos sacerdotes, porque ciertamente era un problema de su propio corazón que había logrado infiltrarse como sistema de relaciones en el que el hombre se compromete a sujetar su vida de manera absoluta él. Así que la conclusión no acepta incertidumbre. Jesús anhela ser confesado por cada uno de nosotros como Rey y Señor. ¡Confesémoslo con todo el corazón! Amén

Domingo 28 de febrero de 1988

¿HASTA DÓNDE VAS A LLEGAR?

Mateo 27:15-26

“15 Ahora bien, durante la fiesta el gobernador acostumbraba soltar un preso que la gente escogiera. 16 Tenían un preso famoso llamado Barrabás. 17-18 Así que cuando se reunió la multitud, Pilato, que sabía que le habían entregado a Jesús por envidia, les preguntó: — ¿A quién quieren que les suelte: a Barrabás o a Jesús, al que llaman Cristo?

19 Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió el siguiente recado: «No te metas con ese justo, pues por causa de él, hoy he sufrido mucho en un sueño.»

20 Pero los jefes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud a que le pidiera a Pilato soltar a Barrabás y ejecutar a Jesús.

21 —¿A cuál de los dos quieren que les suelte? —preguntó el gobernador.

—A Barrabás.

22 —¿Y qué voy a hacer con Jesús, al que llaman Cristo?

—¡Crucifícalo! —respondieron todos.

23 —¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido?

Pero ellos gritaban aún más fuerte: —¡Crucifícalo!

24 Cuando Pilato vio que no conseguía nada, sino que más bien se estaba formando un tumulto, pidió agua y se lavó las manos delante de la gente.

—Soy inocente de la sangre de este hombre —dijo—. ¡Allá ustedes!

25 —¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! —contestó todo el pueblo.

26 Entonces les soltó a Barrabás; pero a Jesús lo mandó azotar, y lo entregó para que lo crucificaran.» NVI

CUANDO LOS SENTIMIENTOS quedan presos de una locura, es muy difícil levantarse, afirmaba Juan Crisóstomo. Una mente oprimida por la envidia que alienta el odio en los demás, arroja fuego al propio corazón, hipoteca su futuro, siembra cardos en su camino. Así como el cuerpo humano sufre de enfermedades que desgastan su salud, la mente del hombre y su corazón, también son afectados por las fuerzas que buscan exterminarlo desde la raíz. Una mente oprimida lleva al hombre por caminos insospechados de maldad: se vacila al ver la injusticia, se envidia a quien tiene lo que

mucho se ha deseado, se utiliza a los otros para alcanzar fines deleznable. El comportamiento de Poncio Pilato, el gobernador romano, el de los sumos sacerdotes judíos y la multitud que está esperando el veredicto, son ejemplos nefastos de los extremos a que se puede llegar cuando los pensamientos quedan presos de una locura, por insignificante que parezca a los ojos de la gente.

Vacilación ante la injusticia

Los débiles vacilan, no están firmes en sus convicciones ni en sus acciones, se mueven de un extremo a otro de acuerdo a la fuerza de los vientos que los rodean. ¿Hasta dónde pueden llegar los débiles? Hasta donde los arroje el viento de sus pasiones o las locuras de los otros. Pilato, gobernador romano, vaciló ante la injusticia que los sacerdotes judíos procuraban realizar en la persona de Jesús. Al interrogarlo personalmente y por el testimonio de su esposa, Pilato sabía que Jesús era inocente. Quiso liberarlo al reconocer públicamente que era inocente; volvió a intentarlo aún concediendo que fuera culpable, invocando una ley de amnistía. Pero ni como inocente, ni como un supuesto culpable pudo liberarlo. Vaciló ante la insistencia de los sacerdotes y el conato de tumulto del pueblo. Quien no se mantiene firme ante los embates de la vida, de las corrientes de este siglo, llega tan lejos como lo conduzcan los propios movimientos de su entorno. La Biblia les llama barcas sin timón arrojadas por todo viento. ¿Por qué vacila Pilato? Es representante del poder político y como tal busca afianzar su posición a costa de respaldar, aún pasivamente, una injusticia. Quien busca afirmar su poder personal, la seguridad de su vida o la satisfacción de sus intereses egoístas y carece de fundamentos, es vacilante ante la injusticia y pasa por alto el irrespeto a la vida de los otros.

Envidia enceguecedora

La vida aprisiona los pensamientos en una locura de la que es muy difícil levantarse. Se pierde el ánimo al observar prosperidad de otros, deseando codiciosamente el bien del prójimo, la motivación que tuvieron los sacerdotes judíos para entregar a Jesús no era ignorada por el gobernador: “porque sabía que por envidia le habían entregado”. Las mujeres se acercaban dispuestas a servirle de sus bienes, le invitaban a sus hogares a compartir la mesa, las multitudes oían sus enseñanzas por horas, reconociendo en él autoridad. Los sacerdotes envidiaban la ascendencia que Jesús tenía entre los suyos. Y la envidia aprisionó sus pensamientos hasta enfermarlo de odio. Es el testimonio de una mente reprobada que no ha querido tener en cuenta a Dios: “estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de *envidia*, homicidios, contiendas, engaños y malignidades” (Romanos 1:29). La responsabilidad de los jefes judíos en la muerte de Jesús es ampliamente señalada en el Evangelio. Su mente enferma

no reparó en el daño que se hacían a sí mismos, pues quien alienta el odio, arroja fuego al propio corazón y a su destino.

El corazón envidioso no se detiene en sus acciones. Echa mano de todo artificio para conseguir sus propósitos; engaña, utiliza, miente, asesina, y todos sabemos que hay muchas formas de matar.

Cuando preguntamos al intitular el mensaje ¿Hasta dónde vas a llegar? Observamos que la defensa de su poder llevó a Pilato a vacilar ante la injusticia, a los sacerdotes la envidia los llevó al asesinato de un justo y la multitud permitió ser utilizada en una abierta manipulación por parte de sus dirigentes, no sabiendo enfrentarlos a su mal proceder.

La manipulación

El hombre caído cifra en el poder su seguridad, echa mano del control y el dominio sobre otros para obtener sus intereses egoístas. Los sacerdotes no estaban dispuestos a perder su poder sobre el pueblo y el Evangelio afirma claramente que: “los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiese a Barrabás, y que Jesús fuese muerto” (vs. 20) Su poder de persuasión logró que la multitud pidiese un asesino en lugar de un justo, les hicieron ver lo blanco como negro y el bien como mal. Gritaron casi hasta el tumulto ¡crucifícale! Pidiendo la muerte para aquel que les había ofrecido la vida. Las ideologías del poder van de la mano de acciones de muerte.

La envidia lleva a la manipulación de otros a fin de conseguir los intereses particulares. Este es el peligro de aquellos que ejercen cualquier tipo de poder, al manipular se engaña, se chantajea, se oprime. La manipulación puede llegar hasta el enajenamiento, cuando se oprime de tal forma se llega a controlar las decisiones de otros, sus valores y sentimientos. Los sacerdotes, enfermos de poder, manipularon de tal forma a la multitud que lograron persuadirla para que pidiera la vida de Jesús. Una multitud que le había oído enseñar, pero que nunca se comprometió a seguirlo, es utilizada como instrumento de quienes habían pretendido dese tiempo atrás quitarle la vida a Jesús.

El amor es entrega

Jesús entregó su propia vida por amor. No olvidemos que Jesús afirmó que nadie le quitaba la vida, sino que él voluntariamente la entregaba. Su amor redentor se ha dado en el testimonio de su silencio ante quienes le acusan, llevando en su cuerpo el pecado de todos los hombres. Es Amor con mayúscula, porque es perfecto. Jesús es justo, sin culpa. Su muerte es ofrenda para el bien de toda la humanidad. Es la encarnación del himno del amor de 1 Corintios 13, porque no buscó lo suyo, ni encontró complacencia en la injusticia. La miseria de Pilato y de los sacerdotes, de la multitud que vocifera reclamando su muerte, se muestra en su vacilación ante la injusticia, en la envidia que les enceguece, en la manipulación de que son objeto; pero aún más, en la ausencia de amor

en su vida, por eso buscan desesperadamente mantener sus privilegios, tenían vacía su alma. Con loca ceguera pretendían llenar con hojarasca el vacío de su ser.

Bendigamos a Dios con todo el corazón porque él hizo posible el camino del amor, mostrándonos que quien ama, se entrega y quien ama realiza su vocación a pesar de las envidias y las vacilaciones de los que le rodean. Cuando el alma humana enloquece de envidia y sin detenerse llega a tocar los abismos más profundos, de esos abismos el amor de Dios nos puede rescatar y cubrirnos con su amor a la sombra de la cruz. Amén

Domingo 6 de marzo de 1988

JESÚS ES ESCARNECIDO

Mateo 27:27-31

“27 Los soldados del gobernador llevaron a Jesús al palacio y reunieron a toda la tropa alrededor de él. 28 Le quitaron la ropa y le pusieron un manto de color escarlata. 29 Luego trenzaron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza, y en la mano derecha le pusieron una caña. Arrodillándose delante de él, se burlaban diciendo: —¡Salve, rey de los judíos!

30 Y le escupían, y con la caña le golpeaban la cabeza. 31 Después de burlarse de él, le quitaron el manto, le pusieron su propia ropa y se lo llevaron para crucificarlo.» NVI

EL SUFRIMIENTO DE JESÚS fue el pago por la redención del hombre. Fue puesto en manos de los soldados romanos y lo humillaron, lo avergonzaron, lo ridiculizaron y golpearon por nuestra salvación. El relato de Mateo nos describe con sencillez la forma como Jesús es ultrajado por la compañía romana, como el poder es utilizado para humillar al hombre, violentarlo moral y físicamente hasta aniquilarlo. Si es indignante la afrenta que sufre un ser humano que es agredido por otro, ¿qué podemos decir ante la afrenta moral y física de Jesús sufrida en manos de la compañía romana? No es solo indignante, sino lacerante, al recordar que su sufrimiento inocente tuvo como fin la redención de toda la humanidad. Su vocación mesiánica fue un camino de dolor, sufrimiento y humillación, fue el Siervo sufriente de Dios.

El camino de la humillación

La flagelación física a que todo condenado estaba sometido, consistía en azotarlo públicamente en el patio del gobernador con el látigo romano, compuesto por pedazos de hueso y plomo. Después de ser flagelado Jesús fue conducido al interior del palacio para ser escarnecido por la compañía romana de soldados.

La violencia moral. La narración mateana sube gradualmente de tono en la violencia moral que se ejerce en Jesús. Le ridiculizan al ser investido como rey, se burlan de él por suponer que ha pretendido ser el rey de los judíos, lo humillan gritándole: ¡salve, rey de los judíos! Ridiculizar a otros, avergonzarlos públicamente y humillarlos con palabras escarnecedoras es aniquilarles moralmente. Es pasar por encima de la dignidad de un ser humano, pisotearlo hasta el polvo. Ciertamente el derecho ha dictado una serie de leyes que protegen la dignidad humana aún en caso límite como la guerra o el pago de una deuda penal; pero nos llama la atención el hecho de que los soldados que representan al pueblo que dio a luz el derecho romano, son ejemplo de abuso de poder y de la autoridad que han recibido para administrar la justicia o, en este caso, cuidar los intereses del imperio. ¿Justifica, acaso, la defensa de nuestros intereses la violencia moral sobre otros? Es mentalidad de imperio que no le concede dignidad a aquellos que

están sometidos bajo su poder. La humanidad en toda su miseria es claramente representada en esta compañía de soldados romanos. En ello vemos no los espíritus de los demonios, sino la voluntad humana y la razón dominada por el autoritarismo y el abuso de poder. Misma carencia que padecemos hoy, al observar las nefastas consecuencias que tienen para la dignidad humana el abuso del poder en todas las esferas de la vida, social, económica, política y religiosa. En Jesús sufren todos aquellos que de una u otra manera han sido objeto del abuso moral de quienes detentando un poquito de poder, lo utilizan para aplastar y humillar la dignidad de otros. Recordemos, por ahora, las mujeres y los niños, a los desvalidos y desempleados, los marginados social, económica y políticamente; pero especialmente a aquellos que están siendo humillados y sojuzgados por los poderes opresores que se han entronizado en su propio corazón. Por ellos sufre Jesús la humillación, su pasión tiene como fin la redención.

El hombre ha sido creado a la imagen y semejanza de Dios. Esa es su dignidad de criatura divina. El anuncio del Reino de Dios es la promesa de restaurar en él la imagen divina e introducirlo en la gracia de Dios que perdona, salva, restaura, reconcilia. Una lección hemos de considerar, ejercer autoridad o gozar de cualquier poder en las relaciones humanas, es responsabilidad de ver y tratar a nuestros semejantes con la dignidad que Jesús les dio cuando afirmó: al hacerlo a uno de estos pequeños, a mí lo hicieron.

De la violencia moral a la física

No se conformaron con la ridiculización y la burla, tenían que llegar a la agresión física, a golpearlo cobardemente en la cabeza con la vara que le había colocado en la mano como cetro. Tenían que escupirle su rostro, golpearle las mejillas. No les bastó la violencia moral, tenían que golpear su cuerpo. La violencia física que se ejerce contra un indefenso ante la agresión es testimonio de cobardía e impotencia, de enajenación y autoritarismo. La violencia física que sigue siendo pan de cada día en nuestras tierras, montañas y valles. La violencia física que sufren miles de niños golpeados y matados por sus propios padres, mujeres por varones y hombres por mujeres, ancianos por sus hijos o ciudadanos por quienes deben proteger su seguridad. Es violencia física que aniquila por los sentimientos de impotencia y temor que provoca. Jesús, no obstante, guardó silencio ante su humillación. Guardó silencio ante los golpes y los esputos que cayeron en su rostro. Siervo que sufre con obediencia su pasión, para que los hombres sean liberados de la opresión de su propio pecado y sean restaurados a la imagen de Aquel que todo lo dio por nosotros. La humillación de Cristo y sólo su humillación tienen un sentido redentor. Por que sólo él no conoció pecado y padeció injustamente, porque sólo él lo hizo en cumplimiento de la voluntad de su Padre, sabiendo que el rescate de los suyos significaba la pérdida de su propia vida. Quien estuvo dispuesto no sólo a dejar su gloria divina y vaciarse plenamente en la humanidad, sino humillarse hasta el aniquilamiento físico y moral.

La misión es encarnación

Jesús cumplió plenamente en obediencia la tarea que le había sido dada por el Padre. Enviado a anunciar las buenas nuevas de salvación, le tocaba vivirlas, llamado a proclamar la cercanía del Reino, le tocaba inaugurarlos, enviado a anunciar el perdón de los pecados, le tocó vivirlo. Cumplió su misión a pesar del escarnecimiento. Por eso lo amamos y lo adoramos, porque si la compañía romana lo afrentó, nosotros como su pueblo lo adoramos y reconocemos en su humillación y en su pasión, el perdón y la salvación. No olvidemos que la marca de la misión cristiana sigue siendo la encarnación, que vivir con el hombre y por su regeneración entraña humillación, padecimiento y sufrimiento redentor. El sufrimiento de la iglesia, de quienes están cumpliendo su tarea redentora, tiene sentido en el sufrimiento de Cristo. Es por su humillación que la nuestra es bendición y tiene valor. Ahí en donde un hijo de Dios es humillado física y moralmente, nuestro Señor está haciendo presente su Reino y llamando al mundo a entrar en el espacio de la dignificación humana al liberarlo de la opresión que el poder y la violencia muestran como testimonio de su pecado.

Jesús fue escarnecido para que el hombre fuese liberado de la humillación en que lo postra el pecado en todas sus manifestaciones. Él murió y padeció por ti y por mi, para restaurarnos a la dignidad de hijos de Dios para introducirnos en su dimensión de amor, respeto y fraternidad que es el perfil y los valores de su Reino. Glorifiquémosle con todo el corazón. Amén

Domingo 13 de marzo de 1988

ES TIEMPO DE SEPULTARSE

Mateo 27:57-61

“57 Al atardecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también se había convertido en discípulo de Jesús. 58 Se presentó ante Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús, y Pilato ordenó que se lo dieran. 59 José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia 60 y lo puso en un sepulcro nuevo de su propiedad que había cavado en la roca. Luego hizo rodar una piedra grande a la entrada del sepulcro, y se fue. 61 Allí estaban, sentadas frente al sepulcro, María Magdalena y la otra María.» NVI

SEPULTARSE no admite dilaciones. En ello nos va la vida y la vida eterna. Todos aquellos que hoy nos congregamos tenemos del Señor, en su palabra, una lección que se muestra en su propia vida: el murió y fue sepultado. Su cruz tuvo como fin la tumba nueva de José de Arimatea, una roca que al ser colocada a la puerta de la misma, cerraba a los ojos de todo el mundo un episodio más de los levantamientos judíos.

La sepultura de Jesús no es el fin de un suceso marcado por el fracaso. Es la consumación de su sacrificio y la última batalla en contra del más poderoso enemigo, la muerte.

Jesús enfrentó en su ministerio uno a uno a los enemigos del hombre: la religión como legalismo, el poder político y militar opresor, las enfermedades, los espíritus esclavizadores, la miseria moral y espiritual. Mateo de refiere a su lucha en contra del último y más poderoso enemigo del hombre, la muerte. La enfrenta en su propio terreno, en el devastador poder que hace que deje de latir su corazón, su sangre. Ya no hay dolor, ni sudor, ni sangre. El cuerpo de Jesús pende del madero sin vida. Todo es silencio, oscuridad. El drama de la redención culmina. ¿Qué de nosotros? ¿Impasibles espectadores de la muerte de este Justo? ¿Qué nos dice, qué significa, qué entraña para nosotros hoy y aquí su muerte?

El sepulcro: “Ya no vivo yo”

Afirmamos que sepultarse no admite dilaciones, mucho menos indecisiones o retrocesos. Jesús murió en el madero, su cuerpo fue recibido por un simpatizante y colocado en un sepulcro prestado. Las mujeres que le siguieron observan la escena. Imaginemos su dolor.

Pablo afirma al hablar del bautismo, que también nosotros sus seguidores, hemos muerto con él, simbolizando este hecho cuando bajamos al agua en el bautismo: muertos y ¡sepultados!

Morir y ser sepultado. He aquí la primera tarea del cristiano. Antes de caminar, antes de aprender, antes de servir, es preciso morir y ser sepultado. Acompañar a Jesús hasta la cruz, crucificarse con él y dejarse colocar en el interior de una tumba. Sepultarse es llegar hasta el final, para que no haya dudas, incertidumbre o dilación.

No deja de ser cierto que muchos fueron y son simpatizantes de Cristo, lo bajan de la cruz, lo sepultan, cierran su tumba y asunto concluido. Caminan hasta su casa y continúan en los ajetreos de la “vida secular”. Seguro que recuerdan sus enseñanzas, sienten su muerte, sufren su separación. Pero “la vida tiene que seguir”. No aceptan que la cruz y el sepulcro son parte del discipulado, del seguimiento de Jesús. Fácilmente y con hechos altruistas se desentienden del sepulcro. Pero no, ¡es tiempo de sepultarse! De lo contrario, la muerte permanece poderosa ante el hombre, devastadora, imbatible. Tarde o temprano el hombre debe enfrentarse a la muerte, no hay otra, o la enfrenta solo o la enfrenta con Jesús. O la enfrenta bajo el peso del pecado o la enfrenta bajo el peso de la cruz, o la enfrenta como condenación o como la culminación de la vida.

Hoy vemos a muchos amados nuestros caminar por la vida bajo el peso del pecado; bajo el poder destructor de la muerte. Hoy, la muerte espiritual les provoca caos en la mente, en su cuerpo, en su espíritu, en su vida familiar, profesional, social, económica, política. ¡Qué opresión! El pecado todo lo desorganiza, afecta la integridad de la vida humana. Por eso, ante la muerte, Jesús avanza el camino y nos lleva de la mano. Nos invita a que vayamos con él hasta su cruz y con él hasta el sepulcro. Hoy es tiempo de sepultarse.

El sepulcro: “Cristo vive en mí”

El pecado en nosotros debe morir. La carne, debe morir. Del pecado, Cristo se encarga; de la carne, el Espíritu Santo. Pero cada uno sabe que hay que morir y que es decisión que está en nosotros. Solo tú y yo podemos decir “ya no vivo yo”, renuncio a gobernar en mi vida, renuncio a mi propio proyecto, al poder devastador del pecado. Quito mis ojos y mi corazón de mí, de mi egoísmo y entonces afirmo con todo mi ser: “Cristo vive en mí”, su muerte y sepultura fue la mía y así lo testifiqué cuando fui bautizado.

Es tiempo de sepultarse, afirmando y asumiendo “Cristo vive en mí”. Reiterémoslo, vivo en él y él en mí; vivo en él y él conmigo. Mas que compañerismo con Cristo, la vida cristiana es comunión con él; en una relación en que el hombre da en la medida en que ha recibido. Sepultarse no es sólo muerte a la vida antigua, es también afirmación de la vida de Cristo en nuestro ser: mis manos son suyas, mi mente, mi corazón, mis pies; todos los órganos, sistemas y sentidos que forman mi cuerpo son suyos, para que él cumpla su propósito en mí y su proyecto en la historia.

El sepulcro: vivir por la fe

El bautismo simboliza nuestra unión con Cristo en su muerte. Es testimonio, a la vez, de que creímos en él. Es testimonio de fe. En el mismo sentido, la vida cristiana es un camino de fe. Porque cada paso que damos como muertos al mundo y al yo, lo damos en lealtad que Jesucristo nuestro Señor nos merece. Caminar en fe es caminar en lealtad, fidelidad, compromiso con el propósito de Dios para mi vida y su proyecto para el

mundo. La tensión de este caminar es clara. Porque hay humanidad en nosotros, pero humanidad que en su vertiente de nueva vida, la entendemos en fe. Hay tensión que trasciende para crecimiento o para miseria, si gana en nosotros la carne.

Aclaremos. Cuando al bautizarnos testificamos de nuestra muerte y sepultura con Cristo, anunciamos que “ya no vivo yo”, sino que “Cristo vive en mí” y que por ahora, aún viviendo en el tabernáculo terrenal que es nuestro cuerpo, caminamos por fe. Depositando en Cristo nuestra confianza de que Aquel que empezó en nosotros la buena obra, la culminará en el día final. Por eso no nos desentendemos de su sepultura, ni creemos que en ella está el final de su obra. Le acompañamos hasta el sepulcro y enfrentamos con él la muerte para vencerla.

El sepulcro: “de la vida a la muerte”

En la perspectiva cristiana la vida germina de la muerte; por eso no podemos esperar, ¡hay que sepultarse!, pero sepultarse con Cristo, el único que enfrentó a la muerte y la venció. Morir al viejo hombre y resucitar en Cristo a un nuevo hombre, creado a la imagen y semejanza de nuestro modelo. Cristo resucita en el corazón del que se ha sepultado con él y se hace presente a través del Paracleto, del otro Cristo que es el Espíritu Santo. Porque si la carne es muerte, el Espíritu es vida. Cristo resucita en nosotros, nos ama; y Cristo resucita con nosotros, para acompañarnos en el sendero de la vida. A través del Espíritu nos da poder para continuar su testimonio en el mundo.

Es tiempo de sepultarse. De ofrecerle al Señor nuestra muerte y sepultura. La sepultura significa para nosotros morir al yo y al mundo; vivir en Cristo, con Cristo y por Cristo; caminar en fe y asumir la nueva vida que germina de la muerte redentora. Morimos nosotros para vivir en él y con él y de esta manera vivir en la dimensión redentora hacia el mundo. Porque hay que morir por otros, para que los otros también germinen a nueva vida. Amén

Domingo 27 de marzo de 1988

LOS MALVADOS, ¿SE ASEGURAN?

Mateo 27:62-66

“62 Al día siguiente, después del día de la preparación, los jefes de los sacerdotes y los fariseos se presentaron ante Pilato.

63 —Señor —le dijeron—, nosotros recordamos que mientras ese engañador aún vivía, dijo: “A los tres días resucitaré.” 64 Por eso, ordene usted que se selle el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, se roben el cuerpo y le digan al pueblo que ha *resucitado. Ese último engaño sería peor que el primero.

65 —Llévense una guardia de soldados —les ordenó Pilato—, y vayan a asegurar el sepulcro lo mejor que puedan.

66 Así que ellos fueron, cerraron el sepulcro con una piedra, y lo sellaron; y dejaron puesta la guardia.» NVI

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS es el centro de la fe cristiana. Verdad central en la predicación apostólica (Cf. Hechos 1:11; 2:24; 2:31; 2:32; 3:15, 26; 4:10; 4:33, etc.) Los discípulos testificaron a diestra y siniestra del poder de Dios que resucitó a Jesucristo de entre los muertos y le sacó del sepulcro a pesar del sello en la piedra y de la guardia que custodiaba afuera. La polémica primitiva sobre la resurrección de Jesús cruza este pasaje, como bien dice Crisóstomo, la vehemencia con que los fariseos y sacerdotes tratan de asegurar el sepulcro, viene a confirmar la evidencia de su resurrección. Porque se acusaba a los discípulos de haber robado el cuerpo e inventar la historia de su resurrección.

Hoy, la resurrección de Jesús es el centro de la fe cristiana, de todos aquellos que nos llamamos discípulos de Jesús, la Biblia da clara evidencia de su resurrección a través de los relatos evangélicos y del poder que desencadenó en el corazón de los primeros cristianos, enfrentando peligros, asechanzas y muerte; pero sin dejar de decir o que habían visto y oído.

¿Aseguran la muerte?

Los principales sacerdotes y fariseos (que nuevamente aparecen en el relato del Evangelio) quieren asegurarse de que nadie pretenda sacar a Jesús del sepulcro y afirmar que ha resucitado. Temen que tal declaración provoque un caos entre el pueblo. Solicitan al gobernador una guardia para custodiar el sepulcro y ellos mismos van y sellan la tumba. Quieren asegurarse que lo hecho por Jesús en el pueblo termine definitivamente. Su corazón lleno de maldad y de odio da un paso tras otro para asegurar su propósito. Porque a pesar de la tumba sellada, de la gran piedra y de la guardia, la tumba se encontró vacía. No podían acusar a los discípulos, ellos mismos prepararon el camino a su pesar,

de las pruebas de la resurrección. Por eso la Palabra afirma que todas las cosas obran para bien a los que aman a Dios. Una confabulación que pretendió asegurar la muerte del Hijo, vino a ser prueba de su resurrección.

Así actúa Dios, vence la muerte y trastoca los acontecimientos para bendición de los suyos. Es verdad que alienta nuestra fe. Si hoy vivimos la presión de quienes quieren sellarnos en el sepulcro de la muerte espiritual y se juntan a una para esgrimir estrategias de opresión. Dios lucha de nuestro lado y trastoca las estrategias de muerte para que, muy a su pesar, vengan a ser pruebas de su poder y veracidad del actuar de Dios. Es Dios quien tiene la última palabra sobre nuestra vida, la vida en el poder, en la obra del Espíritu Santo. Por eso es resurrección milagrosa, trasciende las confabulaciones humanas y la finitud del hombre. ¿Crees que son poderosos los enemigos a los que te enfrentas y que procuran poner diques a tu nueva vida? Si son otros seres humanos, si es el pecado o la carne, si es el enemigo de nuestras almas, no te olvides que Jesús resucitó del viejo hombre al nuevo hombre, creado a su propia imagen y semejanza. No permitas que se turbe tu corazón, cree en Dios, cree en el poder de su resurrección, cree en Dios, cree en la obra del Espíritu Santo, cree en el milagro de la resurrección. Quiriendo asegurar la muerte, los judíos aseguraron la resurrección. Así obra Dios.

La vigencia de la fe

El Apóstol Pablo fue tocado por la gracia de Dios cuando se enfrentó en el camino de Damasco a la persona del Resucitado. Al oír la voz de Jesús, “Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues?” no había argumento que esgrimir. La realidad de la voz y la visión fue indubitable. Y desde ese momento se convirtió en un testigo del Resucitado. Así mismo el Apóstol Pedro y todos los discípulos con él se vieron a sí mismos como testigos de la resurrección de Jesús y afirmaban a diestra y siniestra que por la resurrección, Jesús el carpintero de Nazaret, el predicador de Galilea, había sido testificado como Hijo de Dios, Mesías de Israel, Señor y Cristo. Exaltado por el Padre de la humillación a que se sujetó durante su ministerio.

Pablo sabía que la verdad en la que se sostiene la fe cristiana es la resurrección de Cristo. Por ello afirma “si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, aun estáis en vuestros pecados”.

Hoy día, la vigencia de la fe cristiana se afirma en la realidad del Cristo vivo, exaltado con el Pare y que es Señor de todo lo que existe. Es Cristo vivo que quiere ser conocido como una persona que nos sale al encuentro y demanda nuestra confesión. ¡Cristo es el Señor! No es, estrictamente, la aceptación de una doctrina, sino el conocimiento y la entrega a una persona viviente. En esa relación de fe es que Dios les concede a todos los discípulos la promesa de la nueva vida, de la resurrección. Una persona que actúa en nosotros con todo el poder de Dios y nos transforma desde las entrañas, desde lo profundo de nuestro ser, a fin de que nos reconciliemos con él, con nosotros mismos, con el prójimo y con toda la creación.

La miseria humana, la trascendencia del pecado en nuestra vida y ciudad, hace urgente el anuncio del Cristo resucitado. Un anuncio que se testifica viviendo en esa dimensión, porque Dios actúa en nosotros de una forma extraordinaria.

La exaltación de Cristo

Hasta aquí hemos señalado que la resurrección de Cristo fue un hecho indudable a la luz de las propias artimañas judías, que es la realidad que le da vigencia a la fe cristiana, y por último, es la acción del Padre y del Espíritu del hijo, a fin de exaltarle hasta lo sumo y hacerle Señor. Adorar al Cristo resucitado es adorarlo en la confesión de Señor, él recibió el poder y la gloria. Esto fue claro en la proclamación de la iglesia primitiva. Una y otra vez los hermanos afirmaban “Cristo es el Señor”. No hay otro Dios, no hay otro poder, no hay otra realidad que nos determine, solo Cristo. Sólo él es Señor y sólo él tiene autoridad sobre nuestra vida y sobre la historia. Porque él es el poder de Dios, el poder de la vida, el poder que venció a la muerte y al pecado.

Dios concede a sus hijos vivir en el poder de la resurrección. En el poder que vence por obra del espíritu el poder de la muerte, el impacto del pecado, cuya obra tiene como fin el silencio eterno, el llanto y el crujir de dientes. Ante nosotros se levanta el Resucitado, nos llama a creer en Él, a confesarle como Señor, a vivir en su resurrección. ¡Qué mejor manera de celebrar la resurrección que viviendo en el poder de Dios! ¡En la nueva vida de paz, gozo y esperanza! ¡En la nueva vida del amor sacrificial! Por ello, amados hermanos, unamos hoy nuestras voces para adorar al Resucitado, para adorar a quien nos dio vida y en ella nos sostiene. Amén.

Domingo 3 de abril de 1988

EL DESVARÍO DEL PECADO

Mateo 28:10-15

“10 —No tengan miedo —les dijo Jesús—. Vayan a decirles a mis hermanos que se dirijan a Galilea, y allí me verán.

11 Mientras las mujeres iban de camino, algunos de los guardias entraron en la ciudad e informaron a los jefes de los sacerdotes de todo lo que había sucedido. 12 Después de reunirse estos jefes con los *ancianos y de trazar un plan, les dieron a los soldados una fuerte suma de dinero 13 y les encargaron: «Digan que los discípulos de Jesús vinieron por la noche y que, mientras ustedes dormían, se robaron el cuerpo. 14 Y si el gobernador llega a enterarse de esto, nosotros responderemos por ustedes y les evitaremos cualquier problema.»

15 Así que los soldados tomaron el dinero e hicieron como se les había instruido. Esta es la versión de los sucesos que hasta el día de hoy ha circulado entre los judíos.» NVI

EL AMOR AL PODER es una fuerza que no se detiene ante nada, atenta en contra de la integridad del hombre, vulnerando su conciencia moral y su conciencia espiritual, aniquilando sus escrúpulos; atenta en contra de la fe al desvirtuar los hechos de Dios. Amar el poder es desvariar porque es condenarse a vivir en el extravío de los ídolos que tarde o temprano se levantan como tiranos implacables que asesinan a sus propios súbditos. “Porque si ver el mal, deprime; hacerlo, destruye; pero provocarlo, nulifica a la postre a quien lo ha maquinado”. El mal es el amor al poder.

La apología es la defensa de la fe cristiana ante doctrinas que pretenden destruirla. El evangelista Mateo, respondiendo a la realidad de la iglesia a la que escribe, mantiene una permanente defensa de la fe ante los ataques de la sinagoga judía. Los versos 10 al 15 del capítulo 28, expresan su defensa de la verdad histórica de la resurrección de Cristo Jesús ante el dicho popular, difundido por los judíos, que los discípulos habían robado el cuerpo de la tumba. La proclamación de la iglesia primitiva tuvo como centro la resurrección de Cristo, así que el ataque de los judíos era contra la verdad central del cristianismo con la pretensión de destruirlo desde su raíz.

¿Qué es lo que mueve a los ancianos y sacerdotes de Israel para atacar de esa manera la fe? No hay otra respuesta mas que los desvaríos de su pecado. Porque es evidente a la luz del testimonio de Mateo que más que defender la fe de Israel, están saliendo en defensa de sus propios intereses, del poder que tienen sobre el pueblo. Por ello no les preocupa discernir la realidad del acontecimiento de la tumba vacía, sino evitar la reacción que la resurrección de Jesús podría provocar en la ciudad.

Atentos a la palabra del Señor, preocupémonos en esta ocasión por discernir las amenazas que se ciernen sobre la fe para destruirla. Porque hoy como ayer la fe cristiana

enfrenta ídolos que procuran atraer el corazón del hombre para cautivarlo. Consideremos como actúa el hombre cuando es oprimido por el dios del poder, y dispongamos el corazón para vivir en el poder liberador de la resurrección de Jesucristo nuestro Señor.

El desvarío del poder

Amar el poder es aniquilar la conciencia moral y espiritual, porque amar el poder es ponerlo como el centro del vivir. Así sucedió en el caso de los ancianos de Israel.

Sobornan. El soborno es corromper a uno con dádivas para conseguir de él una cosa. Diríamos que quien soborna corrompe y se corrompe. Quien ama el poder y ha perdido sus escrúpulos no se detiene y ofrece dádivas a otros a fin de mantener su situación de privilegio. Esto sucede cuando se defiende equivocadamente el poder económico, político, social, familiar o religioso. Quien soborna procura alcanzar un fin sin preocuparse por los medios que utiliza para ello. Los ancianos judíos sobornaron a la guardia pretoriana con el fin de que desvirtuara un hecho que amenazaba su lugar de poder. Pero se olvidaron de que su lucha en contra de la incipiente iglesia cristiana, sino contra el dios que había levantado a Cristo Jesús de entre los muertos, para resucitarlo con poder. Se olvidaron que hay un Dios que defiende a los suyos, como defendió a Mardoqueo de la horca, llevando a morir en ella al propio Amán, enemigo del pueblo de Dios (Ester 9:25) y se olvidaron que Dios desbarata la trama de los astutos y evita que sus manos logren sus intrigas, como afirma el libro de Job (5:12) y se olvidaron que Dios abomina el corazón que fragua planes perversos (Proverbios 6:18) guardándoles su parte en el lago de fuego y azufre (Apocalipsis 21:18).

Hay una apología cristiana que cada creyente ha de librar en el interior de su propio corazón. Sin olvidar que el mismo Señor fue tentado por el diablo en el desierto prometiéndole todos los reinos de la tierra, si le adoraba. El poder es atractivo, de él hay que defender el corazón, porque es un ídolo carnicero que destruye a quien lo adora, al oponerle al actuar de Dios en la historia.

Mienten. Tras el soborno la mentira. Un pecado conduce a otro. No solo se utiliza al prójimo como instrumento para afirmar la propia situación sino que se desvirtúa la verdad de los hechos a fin de destruir a quien se considera una amenaza. Así se condujo Nerón al acusar a los cristianos de incendiarios, como te ateos y carnívoros. Pero tanto los judíos como los emperadores de ayer y hoy están ante el Dios que juzga el corazón del hombre y afirma que el que profiere mentiras no escapará, porque el embustero termina en el lugar del sufrimiento eterno (Cf. Pr. 19:5; Ap. 21:8).

Manipulan. Adivinando el temor de los soldados por su aparente descuido en la tumba, los ancianos judíos les prometen persuadir a Pilato, intercediendo por ellos. Utilizan su influencia religiosa para manipular al gobernador. Todo lo han arreglado: dinero para el soborno, mentira para acusar a inocentes y desvirtuar la verdad de los hechos, persuasión para manipular a la autoridad romana. Son fieles herederos de los falsos pastores que apuraron la decadencia de Jerusalén y que son confrontados por los

profetas Isaías (Cf. 1:23; 5:23) y Amós (Cf. 5:12). Pero el que quiere vivir en comunión con Dios sabe que hay que sacudirse de la mano el soborno (Is. 33:15) como si fuera un hierro caliente.

Defendamos nuestra fe

Defendámosla en la intimidad de nuestro propio corazón. Porque los ídolos del poder, la riqueza y el sexo siguen devastando, pretendiendo aniquilar al pueblo de Dios. Ayer cayeron Ananías y Safira codiciando y mintiendo; Juan tuvo que sufrir la mentira de Diótrefes, enquistado como un tumor canceroso en la iglesia, Hay que luchar por defender nuestra fe ante las diversas doctrinas que se difunden por el mundo; pero aquí y ahora debemos enfrentar a las falsas ideologías del poder, la riqueza y el placer, que no sólo se enquistan en el corazón del hombre, sino en el corazón de nuestra sociedad.

La fe cristiana es un estilo de vivir que cree que la humanidad alcanza la plenitud de su ser cuando, siguiendo el ejemplo del Maestro, sirve a los hombres con un propósito redentor, no les soborna para afirmar sus privilegios; la fe cristiana es vivir la verdad de la resurrección, viendo en ella, como afirma la Palabra, la manifestación del poder de Dios para nuestra justificación, dejando atrás la esclavitud en que vivíamos bajo el poder del padre de mentira; ser cristiano es amar, dándose en sacrificio, no manipulando con la complicidad de quienes se dejan sobornar. No lo olvidemos, Dios desbarata la trama de los astutos, porque al final su verdad se revela para salvación. Permitamos que el poder de su resurrección afirme nuestra conciencia moral y espiritual, porque el mundo en que vivimos ha de ser leudado por la fe en el Cristo resucitado, que venció la muerte y con él nos levantó a una nueva vida en él. Amén

Domingo 17 de abril de 1988

LA GRAN COMISIÓN

Mateo 28:16-29

“16 Los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña que Jesús les había indicado. 17 Cuando lo vieron, lo adoraron; pero algunos dudaban. 18 Jesús se acercó entonces a ellos y les dijo: —Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. 19 Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, 20 enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo.» NVI

LA MISIÓN DE LA IGLESIA es el tema del Jesús resucitado. Sus últimas palabras dan sentido a la vida de sus discípulos y son el centro de toda la existencia de la iglesia. Por ello, alguien ha dicho que “la iglesia existe para la misión.” ¿En qué consiste la misión de la iglesia?, ¿en dónde se sostiene la misión de la iglesia? y ¿cuál es la promesa que la inspira? Es el tema que hemos de abordar en esta ocasión.

La autoridad de Cristo

Los once discípulos se dirigen a Galilea con el fin de encontrarse con su Maestro resucitado. Galilea es sobre todo un lugar de importancia teológica. Ahí ejerció su ministerio nuestro Señor y ahí marchó hacia Jerusalén para consumir los designios de su Padre. Es región limítrofe con los territorios gentiles. Es lugar que anuncia la dimensión misionera de la iglesia: el mundo.

Las actitudes de adoración y duda de los discípulos ante el Resucitado nos muestra que el Señor ha elegido instrumentos débiles para cumplir su misión ante el mundo. Algunos, con un gesto de sumisión ante su presencia se postran y le adoran; otros aun vacilantes quedan consternados porque carecen de la fe suficiente.

Dos notas sobresalen en el encuentro de los discípulos con Jesús. En primer lugar, Jesús ubica a los once en una perspectiva de misión. Les envía no sólo a las ovejas perdidas de Israel, sino a todo el mundo, porque el Cristo resucitado tiene el poder y la autoridad sobre las potestades celestes y terrestres. Y, en segundo lugar, Dios ha escogido instrumentos débiles que se debaten entre la consternación y la duda para cumplir sus tareas aquí en la tierra. Frágiles vasos de barro, como dice el Apóstol San Pablo, para que el poder y la gloria pertenezcan al Señor.

La misión de la iglesia descansa en una sola fuente de autoridad, El Cristo resucitado, quien, ha vuelto a la vida glorificado por el poder de Dios y con autoridad sobre las potestades celestes y terrestres. Sólo su autoridad puede fundamentar la misión, porque las potestades espirituales que andan en las regiones celestes y las potestades terrestres no pueden oponerse al poder del Cristo que venció la muerte y ha de cumplirse a pesar de la debilidad de los mensajeros que Dios ha escogido y a pesar de la oposición

de diversas potestades espirituales y materiales. No olvidemos que la misión descansa en el fundamento del Cristo resucitado.

La misión de la iglesia

Solemos aprender de memoria los versos que componen lo que se ha llamado “La gran comisión” y los hemos utilizado como garantía de campañas de evangelismo y siembra de nuevas iglesias. Ciertamente en ella hay una enseñanza sobre el anuncio del evangelio de Jesucristo y la extensión misionera de la Iglesia. No obstante, revisemos la orden del Señor para descubrir en que consiste la gran comisión del Cristo resucitado que puso en manos de la iglesia.

Id. En opinión de reconocidos eruditos esta expresión hace la diferencia entre la misión judía y la misión cristiana. Para los judíos la misión consistía en llamar a las naciones a que volvieran su rostro a Jerusalén para que adoraran al Dios de Israel. En palabras del Cristo resucitado la misión consiste en ir a todas las naciones. Es decir, la misión deja de ser hacia adentro y se convierte en una misión hacia fuera. La expresión “todas las naciones” debe ser entendida como la totalidad de la misión, nadie debe quedar fuera de ella, por razones de raza, cultura o religión. El Cristo resucitado tiene potestad sobre todos los reinos del mundo. Descubrir esta ordenanza para las iglesia de América Latina, de nuestro país, es una necesidad impostergable. Por ello celebramos con regocijo en nuestro corazón la valiente decisión de quienes se deciden a ir, por fe, hasta las tribus y pueblos que aun no han sido alcanzados, para cumplir la misión que el Señor encomendó a la iglesia. ¿Les acompañaremos en oración y compromiso misionero? Es nuestro privilegio.

Discernir las dimensiones del ir es tarea ineludible, porque no sólo se trata de cruzar barreras geográficas, sino de cultura, de clase social, de religión, de cosmovisión. La misma ciudad es un mosaico de subculturas que deben ser cruzadas por la iglesia para llevar el evangelio del reino a todo hombre, toda raza, todo sexo, toda cultura. El ir también debe darse aquí, en donde cada uno de nosotros puede fermentar sus relaciones cotidianas con el mensaje del Evangelio de Jesucristo. Ir es cruzar las fronteras de todo grupo humano para alcanzarlo en su propio contexto.

Hacer discípulos no se agota en el anuncio del evangelio del Reino ni en un llamamiento a la conversión. La tarea señalada por nuestro Señor consiste en dos grandes vertientes; el bautismo y la instrucción.

Bautizarles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Por qué ordenó nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos que al ir a todas las naciones bautizaran a los que se adhirieran a la fe? Porque el bautismo es un símbolo que significa: 1) que el hombre se ha arrepentido de sus pecados, ha creído en Cristo Jesús como su Salvador y ha resucitado con él a una nueva vida. El bautismo es testimonio de un cambio de vida en la dimensión del Reino de Dios. 2) El bautismo significa que quien se ha adherido a Jesucristo no se avergüenza de anunciarlo a todos aquellos que están a su alrededor , es

un testimonio público de su fe. 3) El bautismo significa que toda la Trinidad participa de la regeneración del hombre. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Porque es el Padre, quien toma la iniciativa de buscar al hombre, el hijo quien derrama su sangre en propiciación de sus pecados y el Espíritu Santo quien opera la obra de regeneración en él. La Biblia enseña que la obra misionera de la iglesia consiste en bautizar a los hombres, como primer testimonio de su discipulado.

La instrucción. La enseñanza de las instrucciones de Cristo no es algo adicional o secundario a la conversión. Se trata e la médula misma del discipulado, porque muestra la unicidad de Cristo, tanto el Cristo histórico como el Cristo resucitado son una y la misma persona. El énfasis no está en el aprendizaje de su doctrina, sino en el espíritu ético de la enseñanza. Es decir, se enseña a guardar todas las cosas, una nueva forma de vivir, de actuar, de caminar en la vida. Instruir es mostrar a cristo y su interpretación última de la voluntad de Dios. Es decir, como el cumplimiento de la voluntad de Dios debe ser transformada en práctica, lo que significa enseñar a caminar a las personas en la perspectiva de la fe cristiana, que ha sido sintéticamente descrita en el Sermón del monte. Ir a bautizar e instruir, es una orden en la que el Señor se ha comprometido. Su promesa es acompañarnos hasta el fin. Cumplamos pues con la certeza de que en esta grandiosa obra, no estamos solos. El va con nosotros. Amén.

Domingo 24 de abril de 1988